

HEINZ REIN
Final en Berlín

TRADUCCIÓN DE CHRISTIAN MARTÍ-MENZEL

narrativa sex topiso



Final en Berlín

Final en Berlín

HEINZ REIN

TRADUCCIÓN DE CHRISTIAN MARTÍ-MENZEL



sextopiso

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Todos los derechos reservados.

Título original *Berlin Finale*

Copyright © SCHÖFFLING & CO. VERLAGSBUCHHANDLUNG GMBH,

Frankfurt am Main, 2015

Primera edición: 2017

Traducción © CHRISTIAN MARTÍ-MENZEL

Ilustración de portada
© MÜNSTER STUDIO
www.munsterstudio.com

Copyright © Editorial Sexto Piso, S. A. de C. V., 2017
Paris 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, Ciudad de México, México

Sexto Piso España, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sexto piso.com

Diseño
Estudio Joaquín Gallego

Conversión a libro electrónico
Newcomlab S.L.L.

ISBN: 978-84-16358-69-4

Índice

PORTADA

SEMIFINAL

BERLÍN, ABRIL DE 1945

PRIMERA PARTE. CALMA ANTES DE LA TORMENTA

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII. ETNOLOGÍA DE UNA PEQUEÑA CIUDAD ALEMANA

IX

X

XI

XII

XIII. BIOGRAFÍA DE UN NACIONALSOCIALISTA

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

SEGUNDA PARTE. HASTA LAS DOCE Y CINCO

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX. LA HISTORIA DEL CONDUCTOR DE TRANVÍA MAX ECKERT

XX

EL FINAL

¿EL NUEVO INICIO?

NOTAS

Para Erich Weinert

¡La bala en pleno pecho, la frente abierta del todo, sobre una tabla ensangrentada, hacia el aire nos habéis alzado! ¡Allí arriba con un grito salvaje en un gesto de dolor, aquel que dio la orden de matar, maldito sea para siempre!

FERDINAND FREILIGRATH, *Los muertos a los vivos*

SEMIFINAL

Eris agita sus serpientes
Todos los dioses huyen
Y las nubes que crean el trueno
Caen pesadas sobre Ilión.

*Eris schüttelt ihre Schlangen,
Alle Götter fliehn davon,
Und des Donners Wolken hangen
Schwer herab auf Ilion.*

SCHILLER, *Cassandra*

BERLÍN, ABRIL DE 1945

Un terremoto destruyó en pocos minutos Lisboa, San Francisco y Tokio. Fueron necesarios varios días para que se extinguieran los incendios de Roma, Chicago y Londres. Los incendios y terremotos que asolaron el punto de la superficie terrestre que conforma la intersección geográfica de 52 grados y 30 minutos, latitud norte, y de 13 grados y 24 minutos, longitud este, se prolongaron durante casi dos años. Se iniciaron en la despejada y oscura noche del 23 de agosto de 1943 y finalizaron en el encapotado día del 2 de mayo de 1945.

La ciudad de Berlín, a treinta y dos metros sobre el nivel del mar e incrustada en una duna de la era glacial, permaneció en este lugar hasta la noche en que la destrucción inició su infausto recorrido. Había pasado de ser un pueblo de pescadores a convertirse en una población fortificada, de sede de margraves y príncipes electores de Brandeburgo a residencia de los reyes de Prusia y capital del Reich alemán imperial y republicano. Formada como consecuencia del avance colonizador de las tribus alemanas hacia los asentamientos de los vendos y eslavos, durante cientos de años permaneció al margen de las regiones de origen de la cultura alemana. Pasó a ser un baluarte del país colonial alemán, una fortificación del viejo Oeste alemán y una avanzadilla del nuevo Este alemán. Más adelante fue zona de influencia y posteriormente el centro de la historia alemana. Está conformada por una gran cantidad de ciudades pequeñas, medianas y grandes, por pueblos, poblaciones, granjas y fortificaciones, dispersos entre el río Havel y los lagos de Mecklenburgo al este, que se unieron en dirección hacia las viejas poblaciones fortificadas de Berlín y Kölln. El buril de la historia ha trabajado con tacañería en ella, las huellas de su ascenso y sus transformaciones no han sido muchas, aunque han mostrado su rostro ambiguo mediante algunos rasgos nobles, que han marcado fuertemente el núcleo central de la ciudad. Las huellas de su caída, que se produjo acto seguido de su proclamación como capital del gran Reich alemán, no se deben tener en cuenta. Los incendios, denominados de rápida propagación, y las tormentas de acero, tejidas con alfombras de bombas, han transformado el semblante animado de la ciudad en la mueca de una calavera.

El 23 de agosto de 1943, la ciudad fue herida por primera vez cuando mil doscientos aviones de la aviación británica perseveraron en el primer gran ataque. Los suburbios del sur de Lankwitz, Südende y Lichterfelde se convirtieron dentro del mar de la vida en una isla de la muerte ennegrecida por el humo. Sin embargo, en esta ocasión no fue el mar el que se tragó la isla, sino que la isla desplazó al mar, pues pronto ya no estaba sola, por todas partes, en Moabit y en Friedrichstadt, alrededor de Ostkreuz y en Charlottenburg, en la Moritzplatz y en el Lustgarten se formaron islas de la muerte, que fueron extendiendo sin cesar sus orillas hacia el frente y crecieron hasta unirse. Finalmente, toda la ciudad se convirtió en un país de la muerte, en el que quedaban algunas zonas de agua con vida. Cada ataque destrozaba una parte de la estructura de la ciudad, destruía las propiedades y empeoraba las condiciones de vida.

Debido a la destrucción, barrios enteros de la ciudad quedaron desiertos. Los extensos terrenos fabriles, rodeados de chimeneas ya enfriadas, se convirtieron en un desierto de naves demolidas y maquinaria oxidada, tuberías, barrotos, alambres y vigas de acero. Un gran número de calles, en las que las fachadas erguidas ribeteaban las aceras como casas aún llenas de vida, se convirtieron en cónicas imitaciones. Otros barrios han sido mutilados hasta quedar irreconocibles y están llenos de vidas que jadean desesperadamente. Los torsos de sus casas desfiguradas se alzan desnudos y feos entre los montones de ruinas, se elevan como islas sobre el mar de la destrucción, están

pelados y descompuestos, los cabrios de los tejados dispersos son como costillares a los que les hubieran arrancado la piel, las ventanas están ciegas como ojos cuyos párpados estuvieran permanentemente cerrados y que parpadean vidriosos de vez en cuando. Las paredes están desnudas y han perdido el brillo, como mujeres envejecidas a las que una esponja despiadada hubiera limpiado el carmín y el maquillaje.

En otras partes de la ciudad, la destrucción no es tan completa, en sus hileras de casas la zarpa de la guerra ha provocado inmensos huecos, que dan paso a menudo a una visión sorprendente de los edificios posteriores, que han escapado al impacto y que por primera vez permiten ser vistos desde la calle. Ya no pueden esconder sus fachadas feas tras la barata suntuosidad de las casas delanteras, pues el huracán de las explosiones ha ventilado, por decirlo así, la cortina. En estas calles se dan todos los grados y variantes de la destrucción, desde el exterminio total hasta las casas de cartón y celofán, casas cuyos entramados del tejado han ardidido y otras a las que el fuego ha consumido hasta el primer piso, mientras que otras han sido barridas por la onda expansiva de las explosiones, que ha arrancado los armazones de las ventanas, las persianas y las puertas de sus marcos, y sobre las que se apilan los esqueletos secos del entramado como osamentas de cadáveres. Hay viviendas que cuelgan como nidos de golondrina sobre las fachadas reventadas, pues las bombas han caído en diagonal, y sótanos que aguantan la presión de las casas desmoronadas y únicamente los tubos humeantes de las estufas entre los montones de escombros de varios metros de altura dejan entrever que allí vegeta gente como en una zorrera. La anatomía de las casas se ofrece en canal: las escaleras y los tabiques, los huecos del ascensor y las chimeneas son como huesos, las tuberías de gas y agua como arterias, los radiadores y las bañeras como vísceras. Los restos mortales se consumen en medio de la jungla de las ruinas y sólo la naturaleza empieza a vestir la destrucción desnuda cubriendo por completo de malas hierbas las escombreras.

La amplia red de tráfico, tejida con las numerosas líneas de tranvía y autobús, de trenes elevados y subterráneos, del suburbano y de los circulares, de los trenes urbanos rápidos y de los trenes de cercanías, está destrozada, reparada provisoria y parcialmente. Los horarios se modifican de un día para otro, pues la destrucción de los raíles, de los cables eléctricos, de las catenarias, de los cables de señalización, los túneles, los viaductos, los puentes y las estaciones obliga a restricciones, cierres y desviaciones.

Los rasgos característicos de la ciudad, las edificaciones del clasicismo burgués, agrupadas alrededor de la isla del Spree y el eje oscilante de la avenida Unter den Linden, las características de su semblante, conseguidas con las manos maestras de Schinkel, Schlüter y Eosander, Rauch, Knobeldorff y Langhans, se han borrado antes de que la arquitectura fría y cerebral de Speer se haya podido adueñar de ellas. Sus monumentos típicos son ahora los búnkeres altos, los acumuladores de miedo, los inhaladores de fuga, las moles de cemento gris verdoso que esconden cañones antiaéreos, que machacan con fuerza como si fueran enormes mamuts Friedrichshain, Humboldthain y el parque zoológico; no hay ningún rasgo que serene su arquitectura brutalmente utilitaria. A éstos se juntan los innumerables refugios subterráneos y búnkeres de superficie en las plazas y las estaciones del centro de la ciudad, en el extrarradio y en las parcelas ajardinadas y su variante más primitiva, las trincheras antiaéreas, que se cavan en parques y bosques de la ciudad y en los terraplenes de los trenes de cercanías.

La ciudad contaba al estallar la guerra con 4 330 000 habitantes; en abril de 1945, sólo quedan en ella 2 850 000. Los hombres han tenido que alistarse, están obligados a servir a la organización Todt o han entrado en la última leva del Volkssturm, han sido trasladados con sus negocios a otra

parte; las mujeres han huido a las zonas que supuestamente no corren peligro de bombardeos aéreos; los ancianos y los enfermos han sido evacuados; los jóvenes deben prestar el servicio social; los escolares han sido evacuados al campo; los judíos trasladados a la fuerza. La pérdida de población es seguramente mucho mayor, pues de entre los 2 850 000 habitantes de la ciudad, 700 000 son trabajadores forzados extranjeros de los países sometidos y colaboracionistas: ucranianos, polacos, rumanos, griegos, yugoslavos, checos, italianos, franceses, belgas, holandeses, noruegos, daneses, húngaros y los judíos y prisioneros de los campos de exterminio del Este aptos para el trabajo. Viven hacinados en barracas, que se encuentran en las zonas más despobladas entre la ciudad y los suburbios, la mayoría de las veces a lo largo de las vías del tren, construidas a toda prisa y cercadas con alambre de espino. La similitud que guardan con los asentamientos provisionales para las víctimas de los bombardeos, grises y desoladores entre las zonas boscosas y los huertos, es sorprendente, sólo que aquí (como en todas partes) el alambre de espino es sustituido por la red invisible de un sistema de vigilancia y coacción estudiado hasta el último detalle.

Los ministerios han abandonado Berlín, los han *trasladado* o retirado a *zonas más seguras*, en la Wilhemstraße desmontan los despachos, día y noche los remolques de camiones se cargan con expedientes, armarios y cajas, aunque también con muebles, enseres y maletas. Los altos burócratas de los ministerios y del Partido huyen de la ciudad, sólo permanecen los denominados *informantes*, aunque también de ellos se ocupan y están previstos en el amplio *Plan de transporte Thusnelda* con los trenes especiales Adler y Dohle en Lichterfelde Oeste y Michendorf, así como con innumerables automóviles privados.

Ante los aullidos ensordecedores de las sirenas de alarma las musas callan, sólo las voces de sus hermanas más jóvenes e ilegítimas resuenan en las pocas horas que hay entre los cortes de la corriente eléctrica y las alarmas aéreas desde micrófonos y bandas sonoras de películas, aunque el bajo heráldico del dios Marte se diluye entre los chillidos del tiple histérico de la despreocupación ordenada. El pequeño grupo de la fila para ver *Camaradas*, *Kolberg*, *La patrulla Hallgarten*, *El espía del emperador* y *El gran rey* permanece aislado frente a las interminables colas que se forman para ver *Corazones jóvenes*, *Una casa alegre*, *Mi compañero viene enseñada*, *Un marido modelo*, *Alrededor del amor*, *La mujer de mis sueños*, *Todo empezó sin ningún problema*, *Viva el amor*, *El hotel nupcial*, *El gran amor*, *El hombre que fue Sherlock Holmes*, *Las mujeres son las mejores diplomáticas*, *Un hombre para mi mujer*, *Fritze Bollmann quería pescar*, *Cartas de amor*, *Sangre ligera*, *Una noche estupenda* y *A mí no se me habla de amor*. El coraje fatigoso de *Fridericus Rex* y de la canción de Horst Wessel se mezclan con *Vals real*, las sintonías de los noticiarios, las risas torturadas y los aullidos de las sirenas en una cacofonía aterradora.

En esta ciudad en ruinas, cuyo cuerpo ha sido incendiado y destruido, cuyas entrañas han sido desgarradas y rajadas, la gente vive apiñada y lleva una existencia más terrible y difícil que la de los soldados, cuya vida está enfocada por completo hacia la lucha y el peligro. Los habitantes de esta ciudad aún mantienen bajo la apenas menos persistente amenaza de morir por una explosión o un incendio, ahogados o enterrados, un simulacro de vida privada y arrastran su exigua carga de civilización. Deben ocuparse de sí mismos y de sus familias, trabajar y contar en cada instante con que en cualquier momento puedan tener que interrumpir la labor que les ocupa, ya sea dormir o amar, fresar o calcular, cocinar o afeitarse, y entregarse a su destino, que no les concederá la más mínima oportunidad de huir. Llevan una existencia de nómadas y cavernícolas, introducen en sus hijos el germen de una neurosis quizá incurable y los convierten en analfabetos. Ven cómo la

sustancia de la juventud se agota en los campamentos del servicio social y los puestos antiaéreos y cómo se mata la sensación de unas reglas de vida sensatas mediante la educación para convertirse en nómadas de guerra. Ya se han alejado tanto de su origen que dejan que lo humano se reseque y se atrofie, hasta tal punto que ya sólo son mecanismos que reaccionan obedientemente a la más leve presión de un dedo o al chasquido de la lengua. Es la flema de la gente que se ha vuelto fatalista, que ha entregado completamente su propia voluntad y que, testaruda, sigue el camino que le han marcado una vez que acepta impasible las órdenes como una ración de más y elogia y deja que se certifique su indiferencia tanto interior como exterior una y otra vez como heroísmo y su paciencia como perseverancia. Ya no pertenece al *género audaz*, tal como la describió Goethe. Bajo las cenizas de sus almas anestesiadas aún late la esperanza de la Divina Providencia, que anuncia el Anticristo, y cuyo famoso giro de la providencia divina gustan tanto de nombrar ahora Hitler y Goebbels, Fritzsche y Dittmar. Saben que la perdición, que tiene la fuerza de un torrente entre el Volga y el océano Atlántico, no se detendrá a las puertas de su ciudad. Sin embargo, en ellos no arde la chispa revolucionaria, ninguna ira desatada rompe las cadenas de la coacción, ningún grito de desesperación despierta las conciencias. Las catástrofes que desatan las fuerzas aéreas británica y americana de forma escolástica en el espacio aéreo sobre la ciudad absorben la capacidad de pensamiento, envían a los afectados a la caza de alojamiento, alimento y vestimenta, bonos y cartillas de racionamiento, identificaciones como víctimas de bombardeos, emplean a los que se han librado en el saneamiento, el aseguramiento de las propiedades y cada vez más frecuentes esfuerzos agotadores para que lleguen a sus puestos de trabajo. Las formas de la vida civilizada están rotas, las viviendas se han convertido en oscuros agujeros, ya que han arrancado y hecho jirones el envoltorio protector colocado encima de las madejas de nervios sensibles de la gran ciudad: los cables de teléfono y eléctricos, las tuberías de gas y de agua y las canalizaciones. Los habitantes de la gran ciudad han regresado a la bomba de agua, la cocina de leña y las lámparas de sebo.

Los gestos de las personas y la forma en la que hablan tienen algo de extrañamente angustiado, cada ruido que destaca en la fluida monotonía hace que se sobresalten y que escuchen atentamente. Sólo conocen un tema de conversación: la situación aérea, si el Reich está libre de enemigos, si los escuadrones de bombarderos ya han entrado en el espacio aéreo alemán, qué dirección han tomado, si ya se largan. Cada persona que abandona su vivienda se despidе de sus familiares como aquel que va a emprender un viaje largo y fatigoso a un país desconocido y peligroso, cada una de ellas abandona su casa con una maleta, una mochila, una cartera atiborrada de cosas o un bolso de bandolera, pues la alarma a menudo le sorprenderá y le obligará a buscar refugio en cualquier sitio, lejos de su casa.

Aunque no se trata sólo del peligro de la guerra aérea lo que abrumba a las personas. Una amenaza diferente ha aumentado incluso su peso: los frentes. Tras cruzar el Rin en Remagen y Oppenheim los aliados occidentales han alcanzado el Elba en un grandioso ataque a través del oeste y el centro de Alemania, y desde los cabezas de puente de Pulawy, Warka y Baranov, las tropas soviéticas han avanzado por Polonia y el este de Alemania hasta el Óder. Y aunque el frente del oeste está en movimiento constante, Berlín ha orientado su rostro hacia el este, donde tras el Óder las tropas soviéticas están dispuestas a atacar.

Sobre la ciudad se ha instalado la inquietud antes de la tormenta, una inquietud que genera una calma siniestra, que se extiende tras esta última barrera al este de la ciudad. Se trata de una calma incesante, en la que transitan sin cesar hasta el Óder los convoyes y caravanas de automóviles desde las fábricas de armamento del interior de Rusia, desde Cheliábinsk, Sverdlovsk, desde

Gorki, Magnitogorsk y desde las fábricas combinadas de los Urales y Kusnetsk. No hay nadie en la ciudad que no sepa que cada día de la calma antes de la gran tormenta se utiliza para emplazar nuevos cañones, poner a disposición los nuevos tanques, colocar los nuevos aviones listos para volar y conducir las nuevas divisiones a sus puestos. La Unión Soviética y los Estados Unidos, esos mundos lejanos, se han acercado inquietantemente, la distancia entre la bandera de las barras y estrellas y la bandera roja se ha reducido a la distancia que existe entre Fráncfort del Óder y Magdeburgo y en medio se encuentra la ciudad sitiada, que, antaño protegida por las corrientes del Volga y del Canal de la Mancha, parecía el interior inaccesible de un país, el torso de Berlín. Bien es verdad que los ejércitos enemigos aún se encuentran tras las dos grandes corrientes, que forman las últimas murallas, pero sus flotas aéreas ya están cercándolas y estrangulando sus delgados hilos de vida, preparan el último ataque, que en cualquier momento se desatará sobre el Óder y el Elba y se abalanzará sobre la ciudad con la violencia de una avalancha.

El torso se ha transformado en una fortaleza improvisada y la han conducido al estado de defensa. En las afueras de la ciudad se han cavado hondas zanjas para los tanques; las trincheras atraviesan los huertos y los campos; se han preparado refugios para una sola persona junto a las vías férreas, en terraplenes y zonas boscosas; las carreteras de acceso permanecen bloqueadas por los cañones y las barricadas contra los tanques. En los cruces de las calles se han enterrado tanques inutilizados; la artillería antiaérea se ha marcado objetivos finales; las empresas han dejado de trabajar, ya que apenas existe suministro de corriente eléctrica, carbón y combustible. Sus trabajadores y empleados han sido trasladados a los recintos de las afueras, no dejan de cavar zanjas y colocar barricada tras barricada. Patrullas del ejército, de las SS, de la OT, de la Gestapo y de la policía buscan por las calles, en los restaurantes y salas de cine, en los refugios antiaéreos y en las salas de espera de las estaciones de ferrocarril a trabajadores fugitivos y desertores, y el Partido aplica cualquier medida de presión necesaria para obligar a todo el mundo a alistarse.

Los frentes al este y oeste de la ciudad son como oscuros frentes tormentosos. Son como tormentas lejanas; aún no se oyen los truenos, tampoco se ven los relámpagos tras el frente, aunque un viento arremolinado anuncia la cercanía de la tormenta, se extiende una luminosidad agobiante y de un amarillo sulfuroso, sobre la ciudad se nota el bochorno de la tormenta. Una espera temblorosa se ha apoderado de las personas, que oscilan amedrentadas entre la esperanza de un milagro inminente, una y otra vez prometido por los dirigentes, y el horror paralizante ante el final. Mientras las bombas y los proyectiles de fósforo caen sobre la ciudad, así como el fuego y el azufre cayeron sobre Sodoma y Gomorra, los pequeños grupos de la resistencia aguardan la liberación con un ansia dolorosa, pues no han sido capaces de liberarse por sí mismos.

PRIMERA PARTE. CALMA ANTES DE LA TORMENTA

Ahora debemos pensar y actuar como Federico el Grande. Si realmente tenemos que sucumbir, entonces todo el pueblo alemán sucumbirá con nosotros y de forma tan gloriosa, que incluso pasados mil años la historia mundial aún hablará en primer lugar de la heroica caída de los alemanes.

DR. JOSEPH GOEBBELS
Reichsminister de Propaganda e Información,
a los periodistas, en marzo de 1945

I

14 de abril, 14:00 horas

A primera hora de la tarde del 14 de abril de 1945 alguien abre la puerta de uno de los restaurantes de la calle Am Schlesischen Bahnhof como nunca nadie lo ha hecho hasta ahora. No la abre con brusquedad ni de una simple patada, como gusta hacer a algunos de los clientes; tampoco levanta arrogante o con esfuerzo el picaporte, o acaso sin más ceremonias. No, abre la puerta lentamente y casi se diría que lo hace con cautela, dejando abierto un pequeño resquicio. El espacio entre el bastidor de la puerta y el escaparate de al lado es lo suficientemente ancho para que un joven enjuto pueda pasar por él. Vuelve a cerrar la puerta con premura, recorre veloz con la mirada el local vacío y se dirige con pasos apresurados, como si temiera que alguien le pudiera salir al paso, hacia la esquina más lejana, que además es la más sombría. Allí se deja caer pesadamente en una silla con un suspiro profundo apenas audible, se reclina durante unos segundos y cierra los ojos para a continuación abrir los párpados con un esfuerzo enérgico, como si le hubiera sacudido una descarga, y gritar en voz alta:

—¡Una cerveza!

El dueño de la taberna ya ha servido en sus treinta años de servicio a muchos tipos extraños y, por lo tanto, sabe muy bien cómo valorar correctamente a sus clientes. Sabe distinguir sin más a un tipo duro de un ladrón ocasional, a una vagabunda de una profesional del oficio, a un timador de un jugador de cartas del montón. Enseguida sabe cuándo tiene que tratar con un pendenciero y cuándo con un borracho inofensivo. Saca sus conclusiones, si uno quiere llamar así a los juicios más instintivos, del comportamiento y la vestimenta, de la actitud y los ademanes, de la forma de hablar y la mirada. Y con ese que acaba de colarse por la puerta, que tímido se ha escondido en la esquina más oscura y ha suspirado aliviado, como si hubiera saltado al último bote de salvamento, y en cuyos ojos se reflejan el acoso y el miedo, cuyos movimientos hablan de nerviosa vigilancia, cuya vestimenta ha recogido de todas partes y no precisamente del mejor de los sastres —una vestimenta que sin duda no concuerda con su dueño, pues el joven tiene unas manos no cuidadas, pero largas y finas, con unos dedos flexibles y ágiles—, no existe la menor duda de que algunas cosas no están en regla.

El tabernero tira la cerveza, saca su grueso cuerpo de detrás del mostrador y de paso examina de nuevo al cliente solitario con atención: el gorro de esquiar, con manchas en la parte derecha; las botas salpicadas de suciedad, que con toda seguridad no se ha quitado desde hace días, y la mochila verdosa y desgastada. Está clarísimo: se trata de un desertor.

Cuando le sirve la cerveza en la mesa le pregunta como de pasada:

—¿Y adónde le lleva el viaje, joven?

El aludido se sobresalta y parpadea intranquilo.

—¿Viaje? —exclama—. ¿Qué viaje? ¿Tengo pinta de ser un viajero?

El tabernero se echa a reír a carcajadas.

—No debe tomárselo tan literalmente, joven —le dice—. Simplemente he preguntado. Uno debe entablar conversación con sus clientes, ¿no es cierto?

Una vez dicho esto se sienta frente a su cliente y busca su mirada sin disimular su curiosidad.

–Claro –confirma el joven, aunque por su ademán no es difícil darse cuenta de que no quiere que le den conversación, que incluso le resulta incómodo. Se bebe la cerveza de un energético y único trago y empuja el vaso hacia el tabernero con brusquedad.

–¡Otra!

–Ahora mismo –contesta el tabernero, aunque no muestra ninguna intención de ponerse de pie. Sus ojos pequeños, colocados entre unos párpados ampulosos, no sueltan a su cliente, giran sin cesar a su alrededor.

El joven desvía la vista avergonzado y empieza a leer los carteles de la pared: «¡Un pueblo, un imperio, un líder!», «Boa-Lie, el refresco más delicioso», «¡Nunca capitularemos!», «Tan deliciosamente refrescantes, cigarrillos de Bergmann Privat», «¡Prohibida la entrada a los judíos!». Aparta la vista asqueado, agarra el diario *12-Uhr-Blatt* del gancho y empieza a leer:

OKW, Alto Mando de las Fuerzas Armadas: Prioridad zona media.

Se desatan duros enfrentamientos callejeros en la ciudad del Danubio. Weimar ha caído.

Al igual que fanfarrias de victoria los titulares desfilan gruesos y negros. Pasa por alto el informe, al parecer sólo le interesan los frentes alrededor de Berlín.

Cuartel General del Führer, 13 de abril

Desde el frente hasta la bahía de Pomerania, no se informa de operaciones militares importantes. El enemigo prosigue en Silesia y en la zona baja del río Óder con sus preparativos de ataque. Se han hundido lanchas de desembarco...

–Tú –le dice el tabernero, y golpea varias veces la mesa con el índice–. Quisiera preguntarte algo. El joven se encoge de hombros momentáneamente, pero no aparta la vista del periódico.

Entre el Ems y el Weser...

En Wittenberge del Elba tropas de exploración combaten en la orilla occidental con nuestra cabeza de puente. Más al sur los americanos avanzan hacia Magdeburgo.

–¡Déjate ya de tonterías! –le dice el tabernero, y en su voz se entremezclan de forma extraña la orden y el ruego–. ¿Desde cuándo estás de camino?

El joven lanza una última y rápida mirada a los titulares.

Un continente devastado lanza su maldición sobre Roosevelt.

Un instigador es juzgado por el destino.

Gran sobresalto en Londres. Asesinatos en masa a sus espaldas.

Entonces baja el periódico y observa al camarero con los ojos muy abiertos.

–¿A qué se refiere usted, señor?

–¡Quisiera saber cuándo pusiste pies en polvorosa! –le dice el tabernero, impaciente.

–No le entiendo –contesta el joven, y aparta de nuevo el periódico a un lado, como si le molestara; entonces se endereza, coloca ambas manos sobre las rodillas y avanza el tronco hacia delante. Su postura denota tensión y la disposición a huir.

–A mí no me engañas, joven –opina el tabernero, y con su boca gruesa y fofa esboza una ancha

sonrisa—. Tú has puesto pies en polvorosa, te has esfumado, estás hasta las narices o, también se podría expresar así, has desertado.

El joven se pone de pie dando un respingo y saca a toda prisa un revólver del bolsillo del abrigo.

—Le mataré a tiros si intenta usted entregarme —grita sin aliento.

El tabernero se reclina cómodamente en la silla, apoya la barbilla en el pecho y lo observa con las cejas alzadas:

—Esconde ese trasto —le dice con tranquilidad—. Conmigo no lo necesitas.

—No me fio de usted —dice el joven alterado, y no aparta el dedo del gatillo—. No me fio de nadie, hoy en día todo el mundo es...

—No todo el mundo, joven, no todo el mundo —le interrumpe el tabernero—. Esconde ese trasto y toma asiento.

El joven vuelve a tomar asiento, vacilante, aunque no suelta el revólver y observa cualquier movimiento del gordo tabernero.

—¿Quién es *usted* —le pregunta—, que se considera una excepción?

El tabernero ríe a carcajadas.

—Soy Oskar Klose, tabernero. Mi nombre está fuera bien grande y ancho para todo aquel que sepa leer. ¿Y quién eres tú?

—No, no —dice el joven—. Así no puede usted hablar conmigo. Me intenta sonsacar y entonces...

Niega con la cabeza, saca un billetero del abrigo y deja un billete de cinco marcos sobre la mesa.

—Cóbrense usted la cerveza.

El tabernero rechaza con desprecio el billete.

—¿Por qué no confías en mí, joven? —le pregunta.

—¿Y por qué debería confiar precisamente en *usted*? —le devuelve la pregunta el joven—. La confianza es una planta que ya no crece en la Alemania de Hitler.

—Ahora te has ido de la lengua, joven —dice Klose y coloca su gruesa mano sobre el brazo del joven.

El joven sacude enojado la mano.

—Déjelo usted estar, de lo contrario... —añade amenazador y vuelve a empuñar el revólver.

—Ya está bien de tantas tonterías —dice Klose enfadado y golpea con la palma de la mano en la mesa—. Yo tengo buenas intenciones contigo y tú... Estás harto de esta mierda, hasta las cejas, eso está clarísimo.

—Entonces no soy el único en Alemania —deja caer el joven.

—Nooo, seguro que no eres el único —dice Klose—. Y puedes creerme: odio a la chusma parda como a la peste, realmente puedes confiar en mí. ¿O te piensas que eres el primero que ha puesto rumbo a mi negocio por haber mandado el maldito uniforme a la mierda y haber huido pasara lo que pasara?

—Pues no me cuenta nada nuevo, señor Klose —dice el joven—. Pero es que hay tantos traidores y soplones...

—Suele pasar, incluso suele pasar a menudo —concede el tabernero—, pero en mi caso...

Niega con la cabeza y añade:

—Siéntate, quiero contarte algo.

El joven se sienta de nuevo en la silla, aunque se mantiene inclinado hacia delante, alerta y dispuesto a saltar, sin dejar de agarrar el revólver con la mano.

–Yo participé en la Primera Guerra Mundial –empieza a decir Klose–, lo que quiere decir que me obligaron a participar. Fui un mal soldado. No es que fuera cobarde, durante mi vida ya he demostrado a menudo lo contrario, sino que no me entraba en la cabeza que la gente de a pie como nosotros tuviera que romperse los huesos por los grandes señores. Y cuando uno tiene esos pensamientos en la cabeza no puede ser un buen soldado. ¿No es verdad?

El joven asiente.

–Así es exactamente ahora, sólo que...

Klose hace un ademán de rechazo.

–Después podrás soltar tu rollo, ahora me toca a mí. Por entonces me ataron unas cuantas veces al poste de castigo y eso es algo que uno no olvida nunca. Tampoco otras cosas, como cuando por ejemplo los de las SA me rompieron el escarapate el día de la llamada toma de poder y me molieron a palos, pues en mi local se habían reunido los de Solidaridad y los de Fichte y porque yo siempre hacía aportaciones a la Ayuda Internacional al Trabajador, la Rote Hilfe y el Eiserner Front, aunque de ello no debes de tener ni la más remota idea. ¿Qué edad tienes?

–Veintidós.

Klose niega con lástima con la cabeza.

–Joven, tú ya no has crecido en tiempos normales, aunque es verdad que tampoco es que antes las cosas fueran tan normales... Pero cuando empezaste a pensar los envenenadores ya te habían contaminado el cerebro. ¿Y cómo te llamas?

El joven es reacio a contestar y juguetea con el revólver.

–Vamos, desembucha de una vez, joven –le conmina Klose.

–Joachim Lassehn –contesta el joven finalmente.

–Mucho gusto –dice Klose con una pequeña reverencia irónica–. Yo soy Oskar Klose, cincuenta y ocho años, viudo, dueño de esta distinguidísima taberna para cocheros, aunque eso ya lo sabes. ¿Y qué profesión tienes?

Lassehn ríe amargamente y encoge resignado los hombros.

–¿Profesión? –pregunta–. ¿Cómo quiere que tenga una profesión? Piense usted, señor Klose, y entonces verá que su pregunta, y discúlpeme por ello, es absurda. Terminé el bachillerato en la Pascua de 1941 y entonces decidí matricularme en el Conservatorio de Música para cursar estudios de piano. Sólo había pasado un semestre y ya me llegó la convocatoria del servicio social. Eso me fastidió terriblemente, pues soy bastante débil y mis manos –y mostró al tabernero sus manos delgadas y delicadas– sirven más para tocar el piano que para utilizar la pala. Y del servicio social pasé directamente al servicio militar. ¿Cómo quiere que tenga un oficio?

–Tienes razón, Joachim –admite Klose–, ha sido estúpido por mi parte preguntártelo. ¿Y qué más?

–Se cuenta muy rápido, señor Klose –responde Lassehn–. Formación militar en el Munsterlager, ocupación de Noruega y justo después de alegre cacería de soviets. Pronto estuve hasta las narices, me puede creer. No sé si soy un tipo de persona especial, pero no pude conectar con mis camaradas. Siempre lo encontraban todo correcto y en orden y se lo creían todo a ciegas, aunque quizá no habría que ser tan severo a la hora de enjuiciarlos, pues los educaron para no tener juicio alguno, para obedecer ciegamente, para adorar a sus ídolos. Se puede usted poner en nuestra piel, señor Klose. Seis años de escuela nazi, cuatro años en las Juventudes Hitlerianas, un año de servicio social, y encima martilleándonos el cerebro con la prensa y la radio, ¿y le sorprende...?

–«A mí ya no me sorprende nada», decía el difunto Otto Reuter –deja caer Klose, aunque lo

dice sin sonreír; en su rostro bondadoso y ancho de mejillas rojas ha hecho su aparición un rasgo de maldad y amargura-. Tienes razón, joven, maldita sea, pero hálame de ti primero. Está claro que ellos no tardaron en darse cuenta de lo que te pasaba.

–Naturalmente –confirma Lassehn–, me hicieron la vida imposible y me vejaron según todas las reglas del arte militar prusiano en cada ocasión que pudieron, especialmente cuando me pillaron al no entregar una octavilla soviética.

–¿Qué tipo de octavilla? –pregunta Klose.

–De soldados alemanes en cautiverio ruso, aún recuerdo el texto de memoria bastante bien:

¡Camaradas en el frente! ¡Hombres y mujeres alemanes!

Nuestras bajas son absurdas y no tienen sentido. Nuestros camaradas mueren por un motivo completamente inútil.

Existen dos Alemanias:

La Alemania de los parásitos nazis y la Alemania de los trabajadores, la Alemania de los ladrones y asesinos embrutecidos y la Alemania del pueblo honesto y trabajador.

Entre estas dos Alemanias se abre un abismo. El pueblo alemán no necesita esclavizar a otros pueblos, sino liberarse del yugo nazi.

El pueblo alemán no necesita dominar territorios extranjeros, sino ser señor de su propio país. Debe limpiar su propia casa de la peste nazi, que ha condenado al pueblo alemán al hambre, las privaciones y a interminables guerras.

Con la caída de Hitler nuestro pueblo podrá, y así lo hará, tener en sus propias manos el destino de Alemania.

Conseguirá una nueva Alemania, en la que el pueblo será el señor en su propia casa.

–El texto decía más o menos esto.

–Lo conozco, joven –apunta Klose.

–¿Lo conoce? –le pregunta sorprendido Lassehn–. ¿Usted también ha estado allí fuera?

–No –ríe Klose–, pero Moscú emite en alemán en treinta y uno onda corta.

Lassehn asiente.

–Ésa es la razón. Aunque deje que le siga contando. Cuando un día me negué a ejecutar a prisioneros de guerra rusos que no habían cometido más delito que llevar un carné del Partido Comunista en el bolsillo o ser judíos, o simplemente tener un aspecto inteligente, entonces, como se suele decir, ocurrió. Me trasladaron a una compañía de castigo.

Klose asiente.

–Entiendo, el comando suicida: desactivar proyectiles sin estallar, desenterrar minas, tender puentes bajo fuego enemigo. ¿No es así?

–¡Exactamente! –confirma Lassehn–. Ya por entonces intenté pasarme a las filas de los rusos, pero no fue posible, pues las SS vigilaban muy de cerca. Entonces en diciembre del cuarenta y tres me hirieron en Vorónezh. Al principio sólo pareció ser un simple orificio en el muslo, pero la herida empeoró porque decidieron no administrarme una inyección contra el tétanos. Durante semanas mi pierna derecha corrió el peligro de ser amputada, en todo caso permanecí en cama durante meses, primero en Járkov, después en Kóvel, hasta que finalmente aterricé en la Alta Silesia, en Ratibor, cuando nuestro gran Führer se acercaba a nuestra patria en una grandiosa marcha triunfal. Cuando el doce de enero los rusos iniciaron el gran ataque en la cabeza de puente

de Baranov, nuestro hospital militar se vació sin piedad alguna. A quien no estaba ya agonizando lo declararon apto para el combate. En Ratibor crearon una compañía de reserva y allí me enviaron. La compañía no contaba aún con todo el equipamiento cuando los rusos irrumpieron en la zona industrial de la Alta Silesia. Tal como estábamos, apenas armados y sin ropa de abrigo, llegamos al frente; todo estaba patas arriba. Yo ya no participé en ello, me deshice de mi fusil, en una granja abandonada me agencié ropa de civil y me quité de en medio. Llegar hasta Berlín fue endiabladamente difícil, pues por todas partes campa la policía secreta o pulula la Gestapo. Y éstos no dudan un segundo en abatirte. Bueno, en todo caso ya estoy en Berlín.

Klose lo ha escuchado con atención.

–Muy bien, joven –le dice–, ¿y a partir de ahora?

Lassehn encoge sus hombros estrechos.

–No tengo un plan determinado –contesta–, aunque la guerra ya no se puede alargar mucho: los nuestros están completamente acabados. En cuanto el ruso se desate en el Óder...

–Es lo que pienso yo –confirma Klose–, pero dejemos por un momento de lado la alta estrategia y ocupémonos de la cuestión más candente del día: ¿Dónde quieres alojarte? ¿Dónde viven tus padres?

Lassehn baja la cabeza:

–Mis padres fallecieron en agosto del 43 en el gran bombardeo de Lankwitz –dice en voz baja.

Se produce una pequeña pausa. Klose eleva lentamente los hombros, como si con este movimiento quisiera expresar un sentimiento, después se pone de pie y enciende la radio.

–Vamos a ver cuál es la situación aérea –dice al hacerlo.

«... con el sonido del gong son las dos y dos minutos de la tarde. Atención: boletín de la situación aérea. Sobre el territorio del Reich no hemos detectado formaciones enemigas de bombarderos. Repito: sobre el territorio del Reich...»

–Desfachatez –deja caer– sobre el territorio del Reich. Sobre el resto del territorio del Reich que aún nos queda, debería decir.

«... no hemos detectado formaciones enemigas de bombarderos. Sigue el boletín de la Wehrmacht, cuartel general del Führer, catorce de abril. El Alto Mando de la Wehrmacht...»

–Vamos a ver lo que nos sirven hoy –dice Klose.

–Lo más importante es el frente en el Óder –opina Lassehn–, la tranquilidad que hay allí...

–¡Silencio! –dice Klose–. ¡Mejor escucha!

«En el frente, hasta el lago de Stettin, en la bahía de Danzig y en Curlandia, no se han producido enfrentamientos de mención.

En el Elba, tras duros combates con unas fuerzas alemanas debilitadas, el enemigo consiguió alcanzar la costa este de la orilla al sudeste de Magdeburgo con fuerzas más débiles. En el centro de Alemania los americanos siguen avanzando con sus ataques hacia el norte y el sudeste. Tropas de reconocimiento tantearon el terreno junto al río Saale en Halle y a ambos lados de la ciudad de Zeitz».

Klose apaga la radio de nuevo con un gesto de desprecio.

–Ya sabemos cómo sigue –afirma furioso–, lo sabemos exactamente. El ataque fue rechazado victoriosamente, aunque lamentablemente se perdió la plaza.

Vuelve a dirigirse a Lassehn, que ha apoyado ambos brazos sobre la mesa a lo ancho y tiene la mirada perdida, y lo golpea varias veces con el dedo índice en el hombro.

–No te dejes ir, joven –le dice–, no cedas.

Lassehn lo mira con los ojos nublados.

–Ya está, señor Klose.

Klose vuelve a sentarse.

–¿No tienes familiares en Berlín? –le pregunta.

En el rostro de Lassehn se dibuja una pequeña y tímida sonrisa.

–¿Familiares? No, bueno, sí, resulta que... –dice vacilando claramente–. Resulta que hay una mujer.

–Joachim, haz el favor de expresarte de forma clara –le dice Klose, sonriendo totalmente comprensivo–: te refieres a una esposa o, más bien, a una amiga, una pequeña gatita caliente con la que acurrucarse. ¿Tengo razón?

–Esta vez no, señor Klose –le responde Lassehn en serio–. Tal como le he dicho: una mujer. Resulta que estoy casado.

–Vaya, vaya –dice Klose moviendo la cabeza–. ¿Y cómo es eso?

–Una pregunta singular, señor Klose, y difícil de contestar.

–Un gran amor y esas cosas, entiendo.

Lassehn niega con la cabeza de forma prácticamente imperceptible.

–¿Un gran amor? –dice ensimismado–. Realmente no sé si se trató de un gran amor. Unos cuantos meses antes de que me hirieran, me concedieron un permiso. Me sentía muy sólo. No tengo amigos, pues siempre he sido un solitario; mis amigos han sido Bach, Beethoven y Chopin. Las mujeres no jugaron hasta entonces ningún papel en mi vida, hasta que la conocí y de repente me vencieron la soledad y el odiado deber de tener que regresar al frente... Sabe usted, señor Klose, cuando uno está tan metido en la mierda al final ya todo le da igual, pero cuando consigue deshacerse de ésta y conoce de nuevo la limpieza, aunque deba regresar a ella... Así que, simplemente, yo necesitaba a alguien que, por decirlo así, sirviera de blanco para mis pensamientos, deseos y añoranzas. En mí se despertó el ardiente deseo de la ternura femenina, el deseo de abrirme completamente a otra persona, era...

Lassehn interrumpe sus palabras y mira interrogativo a Klose.

–Espero que no le esté aburriendo, señor Klose, seguro que no está usted acostumbrado a...

–¡Estoy más que acostumbrado! Tranquilo, tú sigue contándome –lo anima Klose–, hablas casi como un poeta, se trata de algo diferente, lo escucho con gran placer, así que sigue con tu historia.

Lassehn asiente agradecido.

–Sienta bien poder desahogarse del todo por una vez. Sí, no se trataba sólo de eso, sino que, hasta cierto punto, se trataba del deseo de contar con un refugio para los pensamientos cuando uno está allí en la nieve y el fango y el hielo, cuando la vida parece ser la cosa menos valiosa del mundo, cuando uno sólo se ve rodeado de burdas conversaciones de soldados rasos, sobre jalar y empujar el codo, sobre hembras y... Dios, usted mismo lo sabe, señor Klose, usted también ha sido soldado. Sí, entonces conocí a Irmgard y me enamoré de ella, como seguramente me hubiera enamorado de cualquier otra, pues la predisposición estaba latente. A ella le pasó seguramente lo mismo y la misma noche los dos ya habíamos decidido que nos casaríamos durante ese permiso. Algo así va muy rápido si uno dispone de los papeles y además con los matrimonios que se

consuman durante los permisos no hilan tan fino. Así que nos casamos, aunque nuestras vidas no cambiaron mucho: yo regresé al frente y mi mujer se quedó a vivir con su tía y siguió trabajando... Sí, ésta es toda la historia.

Klose niega con la cabeza.

–Vaya, vaya –dice entonces y expira con fuerza–. Sólo por ese poco de... bueno, ya sabes, hombre, ¿tenías que casarte ya mismo?

–Pero señor Klose –le contradice Lassehn–, ya le he dicho que no se trataba de eso.

–No me vas a convencer, joven –dice Klose enérgico–. ¿No había otra manera de conseguirla?

–Eso también jugó su papel –admite Lassehn–, aunque no fue decisivo.

–¿Y qué edad tiene tu señorita esposa? –pregunta Klose.

–Veintitrés.

Klose asiente unas cuantas veces.

–Le has impuesto el jugar el papel de esposa joven. Y, además –Klose le dirige a Lassehn una mirada examinadora–, me puedo imaginar que debes de ser un chaval muy guapo una vez afeitado y de punta en blanco, no por nada tienes un aire artístico, algo que les gusta a las muchachas. Bueno, entonces se casó contigo. ¿Y qué es hoy en día el matrimonio? Hoy uno se casa como antes se fraguaban las amistades, ya viene a ser lo mismo. Hoy en día el matrimonio tiene el mismo valor que todo el Estado de Hitler. Aunque una cosa sí que la tengo clara: apenas conoces a tu mujer, si no resultaría imposible.

–En esto tiene razón, señor Klose –dice Lassehn–, los pocos días de los que dispusimos...

–No hace falta que me lo expliques –ríe Klose–: fuera de la cama, dentro de la cama y en medio sólo conversaciones de luna de miel. De tu mujer conoces las piernas, el pecho, su dulce morrito y otras cosas bonitas, pero no tienes ni la más mínima idea de qué hija de Dios se trata. ¿Me equivoco?

Lassehn observa sorprendido a Klose y asiente:

–Es increíble, señor Klose, cómo sabe usted...

Klose ríe a carcajadas.

–No hay nada increíble, pero el viejo Klose no viene de un pueblo, sino de Rixdorf, y allí sólo nacen chavales inteligentes. Te entiendo, estudiante de música Joachim Lassehn, por una vez querías vivir bien antes de regresar a Vóronezh, antes de dejarte marear de nuevo con la lotería de la muerte. A mí me pasó lo mismo por entonces. Cuando regresé de permiso desde Francia, también rebosaba de vitalidad y me dediqué a cepillarme todo el dinero a lo loco. Cuando la vida y la muerte están ligadas tan estrechamente como en la guerra, entonces uno bebe de la vida como de un pozo y no puede echarse a perder ni una sola gota de agua. Tú has procedido de una manera un poco más civilizada, Joachim, aunque en el fondo se trató de lo mismo.

Lassehn permanece sentado en completo silencio.

–Te has quedado completamente callado, joven –dice Klose–. ¿En qué piensas?

–En las palabras de nuestro comandante del batallón la primera vez que entramos en combate –responde Lassehn.

–¿Y qué es lo que les contó el buen tío a sus niños? –pregunta Klose.

–Que la guerra es la madre de todas las cosas –responde Lassehn–, que sólo en ella se desarrolla la personalidad y se muestran los verdaderos valores humanos.

Suelta una carcajada, corta y como una sacudida, como dividida en pequeños chillidos sarcásticos. Su rostro de muchacho, con arrugas profundamente enraizadas, se ha tensado en una

mueca de maldad y amenaza, los ojos azules casi tiernos albergan la mirada de un depredador al acecho.

–Parece ser que no te ha convencido –dice Klose–. Tu propio valor humano se te ha vuelto de repente sospechoso, ¿no es así?

–Sí –estalla Lassehn–, en la guerra he descubierto capacidades en mí de cuya existencia no tenía ni idea, concretamente la capacidad de venganza, asesinato y homicidio. Con nosotros estaba un cabo primero, un así denominado *Volksdeutscher* de los Sudetes, sus palabras me pellizcaban como tenazas, sus órdenes eran como collejas en la nuca.

Lassehn, cuyas manos estaban hasta entonces tranquilas sobre la mesa, cierra los puños.

–Ése te estuvo jorobando todo el tiempo –añade Klose y asiente–. Lo conozco, muchacho, en uno algo se afloja, hasta que un día el resorte se suelta.

–Sí –confirma Lassehn un poco más tranquilo–, entonces desaparecen la paciencia, la tozudez y la lealtad, a uno lo recorre un sentimiento de venganza como un dolor ardiente que lo ciega... Así fue ese momento, la ira era como una niebla que me rodeaba, entonces alcé la culata del fusil y me abalancé sobre él con toda mi rabia.

Respira profundamente y relaja las manos.

–¿Y entonces? –pregunta Klose.

Lassehn permanece sentado imperturbable.

–Se apartó hábilmente y golpeé en el aire –replica lentamente.

–¿Y qué pasó después? –le urge.

–Nada –responde Lassehn–. Extrajo un cuchillo de la bota y quiso abalanzarse sobre mí, aunque de repente pasó un avión «Rata» por encima nuestro y nos lanzó unas cuantas bombas. Sabe usted, señor Klose, los rusos lanzan una especie de bombas de pequeño calibre, pero de gran fuerza explosiva, un trasto como ése cayó cerca y un trozo de metralla le arrancó el pecho al cabo primero...

–Vaya potra tuviste, joven –dice Klose–. Aunque no te veía capaz de atacar a un superior con la culata del fusil...

–Ya se lo he dicho –dice Lassehn animado–. Soy un hombre pacífico, señor Klose, odio la violencia en todas sus formas, pero...

–Está bien –dice Klose, y coloca la mano derecha sobre el brazo de Lassehn–. Ahora volvamos a ocuparnos del presente. ¿Y dónde vive tu apreciada señora esposa?

–En Charlottenburg –contesta Lassehn y suspira profundamente.

–¿Y qué es lo que le pasa al joven esposo? –pregunta Klose–. Está sentado aquí en lugar de irse a casa. ¿No tienes valor?

–Sí –prorrumpe en risas Lassehn–, exactamente es eso lo que me pasa.

Su rostro está serio, alrededor de su boca se aprecia un gesto de desesperación muda.

–Imáginese usted la situación, señor Klose. Mi mujer vive en el convencimiento de que yo me encuentro en el frente y de repente aparezco aquí, de forma ilegal, clandestina, sucio y venido a menos; un desertor, un traidor a la patria. ¿Y cómo sé yo cómo se lo va a tomar?

–No es bueno pensar demasiado –dice Klose–. Hombre, Joachim, malo sería si... ¡Se trata de tu mujer! –Klose cierra los ojos–. ¿Qué me quieres decir ahora? Antes has dicho que estaba todo en regla con los papeles del registro civil y ahora dices lo contrario. Tienes que explicármelo, chaval.

–Mire usted, señor Klose, la situación es la siguiente –dice Lassehn lentamente–. Irmgard es mi esposa, legalmente y... también en otro sentido, ya me entiende usted, pero aparte de esto no hay

nada entre nosotros, absolutamente nada. Desde esos días después del matrimonio no he vuelto a verla y prácticamente ya hace dos años desde eso.

Klose silba entre los dientes.

–Por allí sopla el viento. Hmmm, hmmm, ahora lo entiendo todo, chavalote, de tu mujer sólo sabes qué aspecto tiene, cómo besa y qué tal es en la cama. Joachim, hombre, es para morirse de la risa.

Lassehn niega indignado con la cabeza:

–Pues no encuentro nada divertida la situación, señor Klose, todo el asunto es muy serio, pues yo no soy una persona superficial, puede usted creerme.

Klose se pone de nuevo serio.

–Tienes razón, Joachim, disculpa la broma, no tenía mala intención. Ahora se me ha hecho la luz: uno regresa a casa habiéndose quitado el bonito uniforme gris, ya no cree en la victoria final y no se atreve a volver a su casa, pues quizá su mujer es una bruja nazi y se lleva horrorizada las manos a su moño de estilo teutónico. ¿Nunca llegasteis a escribiros?

–Sí –responde Lassehn–, aunque no muy a menudo, y nunca pude formarme una imagen de ella a partir de sus cartas. Irmgard sólo escribía sobre pequeñas cotidianidades o de recuerdos recientes de los pocos días en que estuvimos juntos. Además, sus misivas eran siempre bastante cortas. Aunque aparte de esto hay algo más.

–¿Algo más? ¿El qué, hombre?

–Usted ha dicho antes que yo sólo sabía qué aspecto tenía mi mujer.

–¿Y?

–Ni eso sé, señor Klose –dice Lassehn deprimido–. Han pasado ya prácticamente dos años, nunca antes y tampoco después la había visto, su imagen se ha ido ocultando del todo en el transcurso de estos dos años por la guerra y las heridas, por la miseria y la muerte. Al principio tuve muy claro su rostro frente a mis ojos, pero su imagen iba palideciendo cada vez más, yo intentaba desesperadamente recordarla, pero en vano, no lo conseguía. Y a ella le debe ocurrir lo mismo. No hay que descartar que nos crucemos en la calle y no nos reconozcamos. Conozco la partitura de la sonata *Claro de luna*, puedo escribirle la partitura entera de la *Apasionada*, pero desconozco el rostro de mi mujer. Bueno, ahora ya lo sabe usted todo.

Klose ha escuchado sin hacer ni un solo gesto.

–Vaya, vaya –dice tras un rato–. Vaya historia. ¿Y qué va a ser de estos dos tortolitos?

–Ni yo mismo lo sé –replica Lassehn–, aunque algo tengo claro y es que debo proceder con mucha cautela, debo acercarme sigilosamente a mi mujer como un cazador lo hace a un animal salvaje peligroso, que si se le irrita puede convertirse en una bestia asesina. No es una comparación agradable, pero está justificada.

Klose ha escuchado asintiendo.

–Vaya, vaya –dice–. ¿Cómo es tu mujer? ¿Es buena persona o es un mal bicho? ¿Crees que sería capaz de denunciarte?

–Eso es justamente lo que no sé –responde Lassehn–, y por esta razón no me he dirigido directamente a casa. –Se detiene y reflexiona–. Es una buena persona, por lo menos es la impresión que me dio, aunque no sé cómo es realmente en esencia... sí, no tengo ni idea.

–Bueno, entonces debemos pensar qué es lo que vamos a hacer, jovencito –dice Klose y se pone de pie–. Cuidado, que viene alguien. Presta atención, chaval, si de repente y sin motivo alguno enciendo la radio quiere decir que acecha el peligro.

II

14 de abril, 21:00 horas

La noche se ha desmayado sobre la ciudad en ruinas que es Berlín. La estrecha hoz de la luna brilla en el cielo de un azul oscuro, las estrellas resplandecen unas junto a otras. Es una noche que parece hecha para la meditación y la reflexión, para el descanso plácido y los sueños felices. Sin embargo, en esta ciudad esto ya no existe. Desde la oscuridad de la noche que cae se desliza un miedo estrangulador ante lo ineludible, el horror febril de la espera presiona los corazones. El gran silencio de la noche, que antes era como una mano suave, se ha convertido en una amenaza horrorosa, la gente se obliga a callar con el fin de no pasar por alto la llamada de las sirenas, que continuamente retumban en sus oídos, aunque permanezcan en silencio, dan vueltas alrededor de sus cerebros, están siempre allí como el recuerdo de un sueño terrible, pues los sueños terribles se convierten en una realidad aplastante y vehemente día tras día y noche tras noche. Aquí el miedo y el espanto constituyen la amenaza nocturna, los sueños febriles, las esperas angustiantes, el sueño escaso, la escucha atenta tras el aullido de las sirenas, una desconsideración extraordinaria en la lucha por la propia vida en el asalto de los refugios antiaéreos que ofrecen seguridad frente a las bombas, aquí no existe la paz tras las prisas y el trabajo del día, ningún descanso en las mullidas camas. Aquí ya hay apiñadas diez mil personas en cuclillas en los refugios antiaéreos y estaciones de metro, millones aguardan preparadas con impaciencia el concierto infernal de las sirenas; hay maletas y, al alcance de la mano, cascos de acero, máscaras de gas y gafas protectoras; los aparatos de radio emiten a todo trapo, aunque nadie escucha música o palabras, en realidad da completamente igual si la radio emite a Beethoven o a Léhar, a Rilke o a Goebbels, dejan que todo penetre en ellos con indiferencia, sólo se escucha atentamente el momento en el que se suprimen la música o el habla, la voz del locutor se aparta a un lado como un telón, anuncia la hora y se inicia su anuncio desgraciado: «Atención, atención, se inicia el boletín sobre el estado del espacio aéreo», o en la radiodifusión comienza la tríada y toma la palabra el puesto de mando de la división de Berlín. Entonces la ciudad, por la que los tranvías conducen fantasmalmente por desfiladeros de casas desiertas y el tren de cercanías se abre paso como un tren fantasma entre las filas de ruinas, revive durante un cuarto de hora, la gente corre con maletas, mochilas, carteras, mantas, camillas y cochecitos de niño para alcanzar los búnkeres, se precipita por las escaleras hacia los refugios antiaéreos, se sienta en estrechos bancos pegados a la pared y escucha atentamente con los sentidos alertas, sus cuerpos se convierten por completo en el pabellón de la oreja, sus cerebros son como células de selenio, que producen determinadas reacciones ante determinados sonidos. Mientras tanto, muy por encima de la tierra firme se encuentran los aviones, que atraen hacia sí los brazos de los focos, hacen volar por los aires los cañones antiaéreos, hacen que cascadas de luz roja, amarilla y verde planeen sobre la tierra, dejan caer cargas mortíferas y dañinas, construcciones de acero y pólvora, que extinguen todo lo que tocan. Cuando los gritos alargados de las sirenas resuenan sobre la ciudad ardiente, la gente surge de cuevas y agujeros, toma aire, ha conseguido salvar sus pertenencias, ha salvado la vida y ha escapado de la destrucción para el resto de la noche.

Klose está detrás de la barra de su restaurante y gesticula con los brazos.

–Vamos, señores –grita–, hemos acabado, ahora mismo sonará la alarma aérea, ya deben de estar en Magdeburgo, aproximándose a la marca de Brandeburgo. Así que un poco de rapidez, señores.

–¿Qué es lo que se avecina? –pregunta uno de los clientes–. ¿Un ataque leve?

–Lo de siempre –responde Klose–. Unas dos docenas de los rápidos, el escuadrón de combate se ha desviado hacia Alemania central.

–Gracias a Dios –replica el otro.

–¿Cómo que gracias a Dios? –le pregunta Klose–. Que las bombas caigan sobre el tarro de los demás, piensas tú, lo importante es conservar tu preciada vida, ¿no es así?

–La caridad bien entendida empieza por uno mismo –insiste el otro.

–Realmente eres un buen compatriota –le replica Klose–, el Führer puede estar orgulloso de ti.

–Me río de los compatriotas, Klose –replica el otro–: cada uno para sí mismo, la seguridad social nacionalsocialista para todos nosotros.

–Hace un tiempo estupendo para volar –dice uno de los clientes mientras abona su consumición.

–No digas tonterías, Krause –le replica Klose–. Ellos vuelan haga el tiempo que haga, ya hace tiempo que deberías haberlo comprendido. Aparecen cuando reluce el sol y con luna llena, llueva o nieve y en la noche más oscura, no hay hierba ni Göring que lo impida, por mucho que vista a tantas niñas con pantalones de hombre.

–Puedes decir lo que quieras, pero es una canallada que nos abrumen noche tras noche –dice un conductor de tranvía.

–Es la guerra total, señor ministro de tráfico –dice Klose y se encoge de hombros–. Aquí sí que no puedes hacer nada. Qué te piensas, si los nuestros pudieran hacer lo que quieren... Ahora fuera, gente, y cerrar rápido la puerta, no sea que se vea luz desde la calle.

Una vez los clientes han abandonado el restaurante Klose cierra con llave, baja la persiana y se dirige al cuarto trasero. Lassehn está estirado sobre el sofá y duerme profundamente, su respiración es lo único que se oye en la pequeña habitación de muebles anticuados. Está estirado de lado, con el rostro dirigido hacia la pared, sólo se ha quitado el abrigo y se ha cubierto con él. Bajo sus botas ha colocado una pila de periódicos, incluso se ha quedado con la gorra puesta.

Klose se detiene frente al sofá y observa cómo duerme Lassehn.

–Tú –le dice y le sacude con cuidado el hombro–, dentro de nada empezará la alarma aérea.

Lassehn se separa de la pared y parpadea dormido hacia la luz.

–¿Qué es lo que pasa? –pregunta con la lengua pastosa.

–Ahora mismo... ya ha empezado a sonar la alarma. La alarma aérea, joven –replica Klose–. ¿Y ahora qué voy a hacer contigo?

–Cerca de aquí hay un refugio grande –dice Lassehn, y se endereza–, allí en la estación de Wriezen.

–No, chaval –le replica rápidamente Klose–, no puedes ir allí, el control es muy estricto, enseguida te llamarían a capítulo con la pinta que llevas. Aunque tampoco te puedo llevar a mi refugio antiaéreo, el vigilante del refugio controla demasiado, a mí mismo ya me tiene fichado; no, no, te llevarían enseguida y a mí contigo y quizá a todos los demás. No, mejor que lo dejemos estar.

–¿Y no podría quedarme arriba, en su vivienda me refiero? –pregunta Lassehn vacilante–. Puede usted confiar en que...

–Lo sé –lo interrumpió Klose–, no me parece que seas alguien que se dedique a robar.

Se interrumpe y asiente.

—Está bien, quédate arriba entonces. Yo tampoco iría al sótano, aunque el vigilante del refugio insiste en que todos los vecinos se reúnan abajo en cuanto suene la alarma, sobre todo aquellos con los que no se puede contar, como yo mismo. Sabes, tiene miedo de que alguien envíe señales de luz a los aviadores. ¡Como si les hiciera falta! Por cierto, te he dejado unos cuantos periódicos sobre la mesa. Si tienes ganas de leer, puedes echarles un vistazo. Merece la pena.

Hace una pequeña pausa y silba los primeros compases de «La marcha de los toreros».

—Hasta luego, entonces.

Le da una palmada a Lassehn en el hombro y abandona la habitación.

Lassehn se queda solo y enseguida es consciente de hasta qué punto se ha metido bajo el ala de Klose y cómo a su lado ya se siente un poco más seguro. Justamente la forma sencilla y nada patética, en cierto sentido como de pasada, de cuidar y preocuparse por él, cuando sólo hacía unas cuantas horas que había llegado a su taberna por pura casualidad, como un hombre totalmente desconocido y abandonado, la naturalidad con la que le ha dado de comer y de fumar y le ha cedido un espacio para dormir, sin malgastar una sola palabra en elogiar sus buenas acciones y colocarse su bondad como una flor en el ojal. Justamente ha sido eso lo que le ha hecho bien a Lassehn y por ello ahora se siente doblemente abandonado. Lo que le ha invadido no era temor, sino sólo un sentimiento de infinita soledad en un intervalo de silencio. Siente como si estuviera completamente solo: todos los habitantes de esta ciudad han encontrado cualquier tipo de refugio, que supone una promesa de protección; sólo él está abandonado a su suerte frente a los aviadores británicos.

Se da la vuelta hacia la pared e intenta volver a dormirse, aunque no lo consigue. Los pensamientos se han puesto en marcha, le laten en las sienas, le golpean los pulsos, persiguen la sangre por las venas. El sueño ya no regresa, los pensamientos golpean al cansancio, el gran cansancio, que más que un agotamiento físico es un ansia de silencio y tranquilidad y seguridad. Lassehn escucha atentamente, pero todo está tranquilo, inquietantemente tranquilo; la noche está tejida de oscuridad y silencio.

Lassehn se coloca de espaldas y piensa en el pasado. Se le aparece la imagen de sus padres. El padre con su barba de chivo, la mirada fría, el cabello ralo de un rubio oscuro; siempre algo inaccesible, desagradablemente correcto, un funcionario de cuerpo entero, siempre dispuesto a darle al Estado lo que es suyo. La madre, baja, algo gruesa, veloz con la lengua y trabajando, bondadosa, siempre mediadora y comprensiva. Y la de él mismo, un mal alumno, no porque fuera vago o tonto, sino porque no tenía cabida en la rígida presión de la escuela y de las Juventudes Hitlerianas; él era músico, sólo músico, y esa inclinación casi maníaca hacía que todo lo demás perdiera su razón de ser y que las exigencias y necesidades de la vida, la lucha diaria en la escuela y las peleas con su padre, que no quería admitir que su hijo se convirtiera en músico, la oposición a las organizaciones de masas y el afán de notoriedad de los subalternos, a la uniformización del pensamiento y la sumisión, al servicio en las Juventudes Hitlerianas y la dependencia al mismo tiempos de éstas (ya que sin una buena nota de la dirección no era posible matricularse en el Conservatorio) perdieran su significado. Nunca hasta ahora había podido probar la fortuna de quedarse absorto con la música, siempre había algo que se interponía en el camino y que exigía una atención imperativa.

Cuando más se adentra en sus recuerdos más sombras le asaltan y más rasgos dolorosos descubre en ellos. Cierra los ojos con el fin de ahuyentar las imágenes del pasado, aunque éstas penetran a través de los párpados cerrados. Ha tenido que trabajar para el servicio social y

convertirse en soldado y al mismo tiempo que se ha quitado la ropa de civil ha tenido que abandonar su antigua vida, su antigua vida compuesta por Beethoven y Rilke, los lagos de Havel y la academia de canto, las apacibles sombras de la noche entre los pinos que destacan y un camino entre los ondulantes campos de cereales, con un cielo limpio de las nubecillas que provoca la metralla al estallar, los surtidores que salen disparados desde la tierra y el humo de las ciudades que arden. ¿Y qué es lo que ha quedado de este pasado? Los padres han muerto abrasados de forma miserable y desvalida y han sido enterrados en una fosa común cavada en un vivero de árboles. Él mismo, que siempre ha sido un solitario, que nunca ha pertenecido a la tan cacareada *Volks-gemeinschaft*, la comunidad étnica, se ha desprendido ahora completamente de ella, ha dado un paso que ya no tiene vuelta atrás. ¿Y adónde lo lleva el camino que ha tomado? ¿Dónde se encuentra su norte? ¿Cuál es su meta?

Lassehn lucha con exasperación por alcanzar la claridad, se defiende desesperado contra la sugerencia nihilista de que la vida no depende ni de la fatalidad ni de la providencia, ni tampoco de un destino predeterminado ni de la benevolencia de un poder, que aún está dispuesto a llamar Dios, sino que tiene una falta de sentido total. ¿Cómo se ha desarrollado su huida? La había sopesado a menudo e igualmente la había descartado, antes de que hubiera madurado un plan claro y una intención firme, esperó el momento más idóneo, lo acechó y se presentaron muchos momentos idóneos, aunque no lo encontraron preparado, hasta que de repente, cuando marchaban por el bosque, tropezó y cayó y se le soltó una polaina. Se quedó rezagado mientras la ataba y cuando se enderezó la compañía ya se había alejado unos veinte metros, observó al último hombre y permaneció quieto, los veinte metros se convirtieron en treinta y él seguía sin moverse, ya eran cincuenta metros y es como si se hubiera quedado rígido, y entonces eran ya cien metros, él quería ponerse en movimiento, pero entonces el último hombre desapareció justamente en el recodo del camino. Entonces retiró el pie que había adelantado y lo apoyó pesadamente contra el musgo, la obstinación se había apoderado de él y de repente se dio cuenta: ésta era la oportunidad; no la había buscado él, sino que ésta lo había acechado a él y lo había alcanzado, cuando él quiso pasar a su lado todo distraído. Primero se hizo a un lado, se adentró en el bosque a toda prisa y después corrió. Cuando finalmente sus pulmones se quedaron sin aliento, se lanzó bajo unas matas. Aturdido, observó las copas balanceantes de los pinos hasta que el frío se apoderó de él de nuevo. Así es como ocurrió, no fue ninguna decisión valiente lo que le empujó a proseguir el camino que había iniciado.

En primer lugar, su fuga fue sólo un salto desde un tren que se dirigía veloz hacia la perdición, la salvación de la vida desnuda, pero de ninguna manera tuvo la sensación de ser alguien al que hubieran salvado, que notara la tierra firme bajo sus pies, pues con cada paso vacilante que daba hacia la desconocida tierra virgen, crecía en él la inseguridad. No posee la robustez y la despreocupación de un soldado de infantería merodeando; siempre y dondequiera que esté, se siente acechado, siempre se impone la pregunta por el sentido de lo que hace, aquello que del simple pensamiento ha pasado a ser una realidad, que de repente se ha escindido de la coexistencia forzada del pueblo, se ha vuelto independiente y en sus pretensiones ya no lo puede calcular previamente. Lo único seguro es que ha quemado las naves y una y otra vez surge la sorpresa de que algo así podía ocurrir. A menudo se ve como un muerto que caminara por el reino de los vivos, ya no forma parte de nada, ni de las alegrías ni tampoco de las penas, aunque no es algo que le aflija demasiado, pues antes ya había hecho su camino en solitario. Sin embargo, se siente vacío y exhausto, la música ya es apenas un recuerdo lejano; hermosos días aquéllos, el

recuerdo de su mujer se ha apagado como una vieja pintura. ¿No ha quedado nada más que el vegetar, la satisfacción de las necesidades más primitivas, el hambre, la sed, el apareamiento?

Lassehn yace allí como un enfermo, encerrado en sí mismo, aunque no sufre ningún dolor, sólo una oscura sensación de extravío. El dolor hubiera estremecido su sangre y la hubiera hecho arder y hubiera agujoneado sus pensamientos, pero este sentirse perdido en la más insondable de las profundidades del horror no es un dolor; deja caer los pensamientos una y otra vez en el vacío, siente como si en su camino ya no hubiera nada más, como si ya no pudiera penetrar nada en su corazón. Nunca ha existido algo que le haya hecho sombra a la música, los discursos encendidos y patéticos nunca le han causado impresión, las ideas de los soldados siempre le han provocado repulsión y él siempre se ha refugiado en la música para huir de la violación espiritual y física, aunque de repente ya sabe que no es suficiente, que la música sólo ha supuesto un remedio, una huida de la realidad, que en realidad siempre ha sentido en él la necesidad de huir.

Lassehn abre los párpados muy tensos, aparta el abrigo y se pone de pie de un brinco, se coloca frente al espejo y, horrorizado, clava la mirada en el vidrio mate. ¿Esto es lo que ha quedado de él? Examínate bien, Joachim Lassehn, muy bien; éste eres tú: la cara chupada, con un pliegue bien grabado sobre la raíz de la nariz, unas sombras profundas y grises bajo los ojos, el cabello corto e hirsuto, una pelusilla espesa de un rubio oscuro sobre los labios, la barbilla y las mejillas, la piel muy tensa sobre el cráneo... Con miradas penetrantes Lassehn clava los ojos en el rostro reflejado en el espejo, tira hacia abajo de su piel con el cuchillo mellado de su propia dilaceración, despega la carne de su lívida osamenta y observa la calavera con las cuencas de los ojos vacías y los pómulos desnudos.

Lassehn alza el puño con el fin de acabar con la visión, aunque la mano se desmaya sin fuerza. ¿Qué es él? ¿Un muerto que no puede soportar la visión de su propio cráneo, desnudo de todos sus accesorios vivos? ¿Un muerto, a este lado del río Leteo, que no se atreve a renunciar a un miserable resto de vida? ¿Un muerto que ya se sabe vencido, pero que una y otra vez intenta eludir el hálito de la muerte, que finalmente lo derrotará?

Lassehn se deja caer en una silla y hunde el rostro entre las manos, sus pulmones jadean como si hubiera corrido intensamente.

—No —dice entonces en voz baja—. ¡No, no! —se grita a sí mismo, y se pone de pie de un salto—. ¡No! —vocifera a la imagen reflejada en el espejo y le da la espalda.

Entonces su mirada se fija en los periódicos. ¿De qué le sirven los periódicos? Encoge indiferente los hombros. ¿Qué le importa lo que digan los periódicos? Sin embargo, les echa un vistazo rápido, el *Angriff*, el *Völkischer Beobachter*, el *12-UhrBlatt*, el *Deutsche Allgemeine Zeitung*, el *Berliner Morgenpost*, el *Das Reich*. Es extraño que Klose parezca darles importancia, que pruebe aquí y allá esa masa uniforme de opiniones. ¿Y, a pesar de todo, no se dibujó una extraña sonrisa en sus labios cuando le señaló con un breve movimiento de cabeza la pila de periódicos? Lassehn vuelve a agarrar los periódicos y ahora se da cuenta de que algunos artículos están subrayados en rojo.

Piensa que no está de más echarle un vistazo a eso tan interesante e importante, que merece ser subrayado en rojo.

Éste es el *Berliner Morgenpost* del 2 de marzo.

Una obstinada defensa de las armas y los corazones.

Un ejemplo para toda la nación alemana: ¡El espíritu de Königsberg! — ¡Lucha hasta el último golpe de culata!

Prusia del Este, 2 de marzo.

El espíritu que une a los soldados y la población de Königsberg se refleja en este llamamiento del *Kreisleiter* Wagner, en el que entre otras cosas se dice:

De la misma forma que la defensa de la fortaleza de Königsberg se ha afianzado, han aumentado las pérdidas de los soviets y sus dificultades de avituallamiento. A medida que pasan los días, nos acercamos a la hora en que hagan su aparición nuestros ejércitos, que barrerán de Alemania a las hordas bolcheviques. Hasta entonces haremos todo lo posible por formarnos mejor y ser más firmes y duros.

¡Utilizad por ello cada minuto libre para entrenaros en el tiro y dedicaros al cuidado y mantenimiento de las armas! ¡El arma es vuestra vida! ¡Saber manejarla es vuestra victoria! ¡Quien abandone su arma o su lanzagranadas y los deje al alcance del enemigo es un traidor y debe morir! ¡Utilizad cada minuto para ampliar y mejorar las posiciones! ¡Toda paletada más profunda en la tierra os puede salvar la vida! Buscad cobijo siempre bajo tierra y aferraos a cualquier pedazo de vuestra tierra natal. ¡El sudor ahorra sangre! ¡Luchad como los indios, batíos como los leones!

Cualquier medio que utilicéis para conservar la posición y que sirva para aniquilar a los bolcheviques es razonable y sagrado. ¡No hay que retirarse! ¡Quien no quiera luchar y huya será abatido! ¡Acabad con los cobardes, los sabelotodo y los pesimistas! ¡Cuando un mando o su subordinado flaquea, entonces el más valiente debe hacerse con el mando! Ni la edad ni el cargo, sino sólo la valentía y la determinación son decisivas. La infantería bolchevique es un desecho y un cúmulo de chusma. En cuanto les metamos los dedos en los ojos ya tendremos la mitad ganada. ¡No vaciléis frente a los tanques! ¡Destruidlos con los lanzagranadas o dejad que os pasen por encima! ¡A continuación la infantería los destrozará!

El Führer dice: el último batallón sobre el campo de batalla será alemán. Nosotros queremos disponer de la fuerza y del orgullo para formar parte de ese batallón. Así apelo a vuestro ardor. ¡Hombres! ¡Soldados! ¡Han puesto en nuestras manos el destino de nuestras madres, mujeres e hijos, el destino de nuestra ciudad y la libertad de nuestra patria al Este de Prusia! ¡Hombres del Volkssturm! ¡Para nosotros no se pone el sol! ¡Salud para nuestro Führer!

Lassehn agarra ahora el *Das Reich* del 11 de marzo.

EL MOMENTO DEL CAMBIO

Del ministro del Reich, el doctor GOEBBELS

El artículo es demasiado largo para él, así que sólo lee los párrafos marcados en rojo.

La historia no ofrece ningún ejemplo que muestre que el valor inquebrantable hasta el último aliento de un pueblo haya sido sometido al final por la fuerza bruta. En el momento decisivo se enciende siempre a tiempo aquel poder inexplicable para las personas de la providencia, que no permite que las leyes eternas de la historia sean puestas fuera de circulación.

También hay que contar sin duda con la influencia que puede tener la fuerza mental de un pueblo, aunque naturalmente cuando éste es consciente de ella.

Contamos con una ventaja frente al enemigo, que él no es capaz de igualar. Según el estado

de las cosas puede tener una repercusión total tras cierto tiempo. Debemos esperar a este momento, por muchas víctimas que ello suponga. Traerá el cambio definitivo a la guerra.

Así que esto es lo que escribía Goebbels hace cuatro semanas. ¿Y qué es lo que daba de sí el director general de los borrachos, Ley? La edición vespertina del *Angriff* del 17 de marzo publicaba su artículo:

VIAJE AL FRENTE DEL RIN

Por el doctor ROBERT LEY

Ahora el Rin se ha convertido realmente de nuevo en el frente y los hombres alemanes deben defenderlo a vida y muerte. No quiero decir con ello que el Rin represente el destino alemán. Lo mismo sirve aquí lo que en su momento dije sobre Berlín: nos batiremos antes del Rin, por el Rin y pasado el Rin. Nos batiremos hasta el último aliento, no importa dónde nos encontremos. Aquí los espacios, los ríos, las ciudades y las provincias no juegan ningún papel.

Bajo los cañonazos de Meiderich, las bombas y las granadas, continúa el trabajo. Las chimeneas echan humo, los cables de transporte zumban como de costumbre, los trenes ruedan y las personas se acostumbran al fuego de la artillería. Están acostumbrados a tanto sufrimiento, han presenciado tantos bombardeos que ya están preparados para las granadas. En todo caso: siguen trabajando. Producen bajo el fuego de artillería más duro con el fin de que el soldado disponga de armas para luchar. Quien no se utilice para ello y disponga de un minuto libre puede cavar, montar barricadas contra los tanques o prestar servicio en el *Volkssturm*. Los alemanes del Rin y del Ruhr son un pueblo excelente, allí todos juntos, los trabajadores, los ingenieros y los mandos de operaciones conforman una única comunidad militar que comparte un mismo destino. Estoy orgulloso de pertenecer a ellos.

Acababa de llegar a Colonia, a la derecha del Rin, cuando el *Gauleiter*, el jefe de la circunscripción territorial, Grohé llegó como último a la orilla en un bote neumático.

Quien pensara que se iba a encontrar con un hombre roto estaba equivocado. ¡Al contrario! Con el mismo fanatismo y el odio salvaje que antaño cuando iniciamos juntos la lucha por Colonia, me dijo: «Ahora que he conocido a esos perros cobardes de allá estoy más convencido que nunca de nuestra victoria». Entonces supe que el viejo fanático y nacionalsocialista Josef Grohé, que anteriormente se había batido docenas de veces en las peleas duras y durísimas, y había salido más que airoso, hoy atormentaría a los americanos.

Nosotros volveremos a conquistar todo esto por segunda vez. No les dejaremos ni un solo metro cuadrado de tierra alemana y ni una sola persona de sangre alemana. Deberán subsanar todos los delitos que han cometido contra Alemania. ¡No les regalaremos nada y tampoco olvidaremos nada, ojo por ojo y diente por diente!

Lassehn deja asqueado los periódicos a un lado. Siente, y así lo nota —es más, lo sabe—, que aquello que ha hecho no lo ha hecho sólo por conservar la vida, para salvarse del caos general que provocaba el hundimiento, sino que hay algo diferente que le empuja con una violencia irresistible, una fuerza inconcebible alimentada por una fuente inherente a él, pero que desconoce. ¿No hay algo allí con lo que se pueda inflamar y que pueda hacer frente al fuego del corazón y del espíritu? No conoce ninguna idea que sostenga su vida, sólo conoce el rechazo de aquello que

hasta ahora ha surgido como idea con *pathos* y fuerza bruta, sólo conoce el asco, porque en las manos arregladas y las botas relucientes de los portadores de esta idea ve chorrear la sangre, sólo conoce la resignación, porque ha ido a parar a una maquinaria que aplasta a todos como insectos, que se limitan a intentar escapar de la falange.

Debe haber algo por lo que valga la pena vivir, pero él no lo conoce, hasta la fecha se lo han ocultado o falseado. Han sembrado en él hasta tal punto las mentiras y calumnias, que la mala hierba de los prejuicios ha cubierto por completo la capacidad de pensar.

Lassehn le echa otra mirada al espejo y repasa con el índice de la mano derecha los contornos de su rostro, lo acompaña como acariciando la barbilla, las mejillas, los labios, la nariz, la frente, las orejas y este contacto silencioso de su propio dedo extrañamente le hace bien, es como si él mismo se insuflara de nuevo aliento, como si ese roce hubiera restablecido el contacto con la vida.

—No —dice de nuevo, y mueve la cabeza de un lado a otro, sonrío levemente frunciendo sus labios pálidos y faltos de sangre. Aún no es un muerto, sólo es un muerto aparente al que ahora, mediante la fuerza misteriosa de una idea desconocida, se le ha insuflado vida de nuevo. El tiempo que va desde el inicio de su fuga y el inicio de su nueva vida ya no es un intervalo vacío y muerto en el más hondo seno de su vida, sino como una fermata tras una coda que termina en dolor, un compás silencioso en el que se reúne la energía para crear nuevos acordes, que conducen desde la frontera de la resignación fatal hasta una obstinada voluntad de vivir. Sabe que ahora luchará por el conocimiento, pese a que no tiene claro dónde lo encontrará y quién se lo facilitará, aunque por el momento ello no le preocupa.

De repente sus pensamientos se ocupan de Klose y entonces sonrío sincero con sus labios algo torcidos, de manera que su nariz se arruga y en su barbilla aparecen dos líneas claras.

Klose es realmente la única persona entre la gente que conoce Lassehn a la que la ola nacionalsocialista no ha empapado o derribado, a la que no han afectado de ninguna de las maneras todos los discursos grandilocuentes y los astutos trucos propagandísticos, a la que nada ha podido corromper. Lassehn no sabe que existen personas como él, pues hasta ahora no se había encontrado con ninguna; tampoco sabe de dónde procede la firmeza de Klose y por qué su fuerza de resistencia es inquebrantable, aunque intuye que las raíces de esta fuerza se remontan a una época de la que el bachiller Joachim Lassehn aún no era consciente. Sobre esos tiempos no sabe nada o sólo aquello que los profesores, los *Jugendführer*, los encargados de la propaganda, los periódicos y la radio le dejaban saber y eso era...

La cadena de sus pensamientos se ve interrumpida repentinamente. Los cañones antiaéreos empiezan súbitamente a ladrar y martillar, el silencio se ve roto por el violento retumbar, por encima se destacan los tonos delicados y cantarines de los aviones y el veloz aullido de las bombas que caen hacia la tierra. El suelo tiembla, los cimientos de la casa tiemblan, la onda expansiva se cuele por todas las ranuras, de las paredes se desprende el polvo de la cal.

Lassehn escucha el concierto infernal durante unos minutos, después recoge su abrigo del suelo y se tumba en el sofá. Lo que está pasando allí fuera no le incumbe para nada, se coloca el gorro de esquiar sobre los ojos y se cubre con el abrigo hasta el cuello.

Momentos después se ha dormido profundamente.

III

14 de abril, 23:00 horas

Cuando Lassehn despierta de nuevo no sabe si ha dormido unos pocos minutos o muchas horas. Aún se cierne sobre él una nube de somnolencia. Quiere regresar al sueño cuando le llega una voz. No es la voz de Klose, algo estentórea y áspera y con acento berlinés, sino que es la voz pulcra, dura, sobria, la voz algo amanerada de un locutor entrenado y habituado.

Lassehn retira la gorra que le cubre los ojos y alza la cabeza, aunque no puede alcanzar a ver nada, debe enderezarse para poder volver la cabeza y entonces ve...

Frente al altavoz está sentado Klose, aunque no está solo, lo acompañan otros dos hombres, pegados al altavoz, con las cabezas adelantadas y las manos tras las orejas como si escucharan atentamente. Sus rostros son duros y angulosos, en tensión por la determinación y obstinación.

La voz que lo ha despertado suena clara a través del altavoz y no se detiene, no quita hierro a las cosas, las llama por su nombre, se burla amarga y cruelmente de los dioses nazis y los convierte en pequeñoburgueses amorales, codiciosos y sanguinarios.

Nunca hasta entonces ha oído Lassehn un lenguaje como ése. El corazón le empieza a latir salvajemente y un aro de hierro le presiona la frente, parpadea intranquilo y mira angustiado a su alrededor; quisiera preguntar, pero escucha atentamente, fascinado, aguanta la respiración con el fin de no perderse una sola palabra. La voz de allá arriba viene de un mundo completamente diferente, un mundo que no está pillado por las tenazas de acero de la tiranía. Lassehn quisiera chillar, hay algo en su interior que necesita sacar gritando: alegría, esperanza, liberación, odio, suplicio; aunque su garganta sólo es capaz de emitir un resuello afónico.

Klose se vuelve y se tapa la boca con el dedo índice, los otros dos hombres perseveran en su postura sin prestarle atención.

«La emisora occidental del soldado en onda corta a cuarenta y uno y treinta y dos metros. La hora de las noticias...».

Un crepitar del altavoz; Klose ha apagado el aparato. Lassehn baja los pies del sofá y se levanta, se arregla el pelo y se coloca bien la chaqueta, después permanece indeciso en medio de la habitación.

–Ven aquí, Joachim –lo llama Klose, acompañándose de un gesto–, quiero que conozcas a mis amigos.

Lassehn se dirige lentamente a su encuentro.

–No seas tan temeroso, joven –lo anima Klose, y le presenta a ambos hombres–. Éste es el doctor Walter Böttcher y éste es Friedrich Wiegand, antiguo secretario sindical.

Lassehn se inclina rígida y torpemente por dos veces y murmura su nombre.

–Siéntate, joven –le dice Klose–, y no temas, que ya les he hablado a ambos de ti, pequeño desertor.

–Señor Klose –dice Lassehn, suplicando mientras se deja caer pesadamente en una silla–, no utilice siempre esa expresión conmigo.

–¿Por qué no? –le pregunta el doctor Böttcher mientras observa atentamente a Lassehn–. No supone ninguna vergüenza ser un desertor, señor Lassehn, al contrario: desertando usted ha

demostrado más valor que sus camaradas, que han seguido cumpliendo con su supuesto deber testarudamente. Y es que soy de la opinión de que su deserción no es una cobardía, pues de esta manera se ha liberado de unas ataduras odiosas y no ha permitido que abusen más de usted, pues no quería seguir siendo culpable de los crímenes cometidos contra pueblos extranjeros como también contra el pueblo alemán. Mucho más cobardes son los otros, que cumplen con todas las órdenes, por muy crueles y brutales que sean, y de esta forma ahogan su conciencia. Es cierto que son fieles a las órdenes y valientes a la antigua manera prusiana, pero sólo porque son cobardes, porque les falta la valentía para terminar con ello y presentar resistencia. Así es como lo debe ver, señor Lassehn.

–Se lo agradezco, doctor –dice Lassehn en voz baja y le sostiene la mirada al doctor Böttcher–. Resulta difícil orientarse cuando uno no dispone de referencias, de una pauta a seguir.

–Su generación, señor Lassehn, se encuentra en una situación deplorable –le dice el doctor Böttcher todo serio–. Nosotros, lo que quiere decir especialmente Wiegand y yo y también nuestro amigo común Klose, hemos hablado sobre ello muy a menudo y hemos llegado a la conclusión de que no ha existido una generación joven tan desgraciada como la suya. El alcance de su desgracia sólo se manifestará en todo su horror tras el hundimiento, que sólo es cuestión de unos cuantos meses. Tras la destrucción de sus cimientos esta generación perderá el suelo bajo los pies y se precipitará al vacío, y entonces permanecerá con las manos vacías y los corazones frustrados, reconocerá la mentira y la corrupción como víctima de las que ha sido objeto, aunque también abjurará de todos los demás ideales y de cualquier creencia nueva que se le ofrezca, sólo mirará por encima del hombro con una profunda desconfianza y con desprecio a cualquiera que tenga la pretensión de liderar un proyecto o que le hable de ideología y, de manera consciente o inconsciente, lo valorará todo con los parámetros que le han inculcado.

–Esta juventud, doctor, a la que yo también pertenezco –objeta Lassehn–, no ha conocido otra cosa. El desprecio por todo aquello que se enfrentara al nacionalsocialismo se le ha metido hasta en los tuétanos e incluso el día que reconozca la vileza del nacionalsocialismo y los crímenes cometidos por sus dirigentes, tampoco habrá ganado de ninguna manera confianza en los líderes espirituales y políticos de los tiempos del 33.

–Tiene usted toda la razón –se inmiscuye ahora Wiegand en la conversación–. En primer lugar, quizá lo importante no será tanto presentar a esta juventud, de manera precipitada, ideas viejas o nuevas preparadas y a punto, sino hacerla olvidar lo que el nacionalsocialismo le ha infiltrado, sin cesar y con ácidos corrosivos, desde muchas fuentes turbias.

–Está claro, amigos –se inmiscuye ahora también Klose–, lo que a uno le machacan en su interior durante la juventud permanece agarrado como un garfio. Cuando yo iba a la escuela se glorificaba al viejo Federico y a Bismarck, y en lo que a mí se refiere, a decir verdad, sólo mucho más tarde me he vuelto muy crítico.

–Así le ocurrió a usted y a nosotros, Klose –dice el doctor Böttcher–, aunque por lo menos en la Alemania imperial existía una oposición, había determinadas libertades, uno tenía la posibilidad de informarse por otras vías. Sin embargo, esta juventud no tiene ninguna oportunidad para ello, está excluida de todo aquello que esté fuera del círculo del nacionalsocialismo, todo lo que aprende lo hace a través de un espejo deformante, se le infiltra la así llamada concepción del mundo nacionalsocialista como panacea lista para ser aplicada y todas las cosas de este mundo, ya se trate de la historia alemana o del coleccionar sellos, de biología o de música de baile, se interpretan en este sentido.

Lassehn suspira profundamente y en sus ojos se asoman el desamparo y el suplicio.

—¿No se dice en el *Fausto*?

Oh, ¡feliz aquel que todavía tiene esperanza
de emerger de este mar de confusión!
Lo que se necesita no se sabe
lo que se sabe no se puede usar.

—Y así es exactamente. Le envidio, doctor, le envidio a todos ustedes, porque... Cómo lo podría decir..., hasta cierto punto les envidio por su edad.

El doctor Böttcher ríe amargamente.

—Sí, así es. Por primera vez en la historia, la juventud no se siente superior por su edad, no está orgullosa de ser joven. Cuando ahora ha dicho, señor Lassehn, que nos envidia la edad no lo ha formulado del todo adecuadamente; no es nuestra edad lo que ahora le parece tan deseable, sino el conocimiento y la experiencia que hemos ido acumulando durante este tiempo, pues el nacionalsocialismo aún no había restringido el pensamiento a una única fórmula primitiva. Y es que la mayor parte de su generación aún no es consciente de este hecho, porque aún está enterrada bajo la guerra y los discursos obstinadamente optimistas de Hitler y Goebbels, pero un día la guerra terminará y los Hitler y los Goebbels ya no estarán aquí, sólo entonces cuando el gran silencio irrumpa sobre ellos y ya no haya nadie que justifique sus acciones, cuando desde todas partes sólo se les reprochen sus faltas, sólo entonces reconocerá que se ha traicionado vergonzosamente a su juventud, abusado de forma infame de su capacidad de entusiasmo, que su pensamiento ha sido conducido hasta la locura. Entonces se abrirá frente a ella el gran vacío, pues mientras las generaciones mayores se podían refugiar en antiguas ideologías, en el socialismo, el comunismo, el liberalismo o la democracia, en la Iglesia o en cualquier otro sistema filosófico, la juventud se quedará espiritualmente a la intemperie. ¿Tiene usted idea de lo que pasará después de la inevitable derrota, señor Lassehn?

Lassehn niega con la cabeza.

—No, doctor, cómo podría —responde—. A pesar de todo, la Alemania de Hitler me ha parecido hasta ahora un Estado de orden...

—... construido sobre una farsa sin escrúpulos y mantenido mediante medidas de represión brutales —le interrumpe el doctor Böttcher.

—Seguro —admite Lassehn—, pero si este orden cae entonces todos los instintos y pasiones reprimidos se liberarán y entonces sólo podrá reinar el caos.

—No existe duda alguna —afirma el doctor Böttcher con prudencia, como si calibrara cada una de sus palabras— de que esta guerra nos empuja hacia la más grande catástrofe de nuestra historia, aunque no nos falta experiencia a la hora de perder guerras mundiales, señor Lassehn. También después de la guerra de 1918 regresó a su patria un ejército de millones de soldados, hombres que durante años no habían conocido otra cosa que trincheras y burdeles para la tropa, la lucha cuerpo a cuerpo mortal y la satisfacción de las necesidades más primitivas, que desde el punto de vista espiritual y físico se vieron terriblemente denigrados y que únicamente tenían recuerdos atávicos de una vida normal. Estos hombres, y entre ellos había muchos cientos de miles, que pasaron directamente del pupitre de la escuela a los cuarteles y fueron conducidos a los campos de batalla y que de la vida sabían lo mismo —o incluso menos— que usted hoy en día, también regresaron un día a la patria y una ola de brutalidad y vileza, de asesinatos y violencia, atravesó nuestro país, aunque también había fuerzas que pusieron orden al caos y reprimieron la violencia.

–Los mismos represores se encontraron sometidos después por los mismos reprimidos, querido doctor –apunta Klose–. Vuestro fallo...

El doctor Böttcher lo detiene con un movimiento rápido de la mano.

–Ahora no vamos a enzarzarnos otra vez en una pelea sobre nuestros errores y los vuestros, querido Klose –dice él–. De lo que se trata, aquí y ahora, es de procurar que este joven, que nunca ha creído en algo o que no ha tenido la oportunidad de creer en algo y que parece negarse a ello, que en el futuro crea en algo, porque seguramente de forma inconsciente la terminología nazi aún anida en él, por lo tanto, explicarle a este joven que también tras esta guerra volverá a resucitar en Alemania el orden, y no *a pesar de*, sino *porque* el nacionalsocialismo habrá desaparecido.

–No me puedo imaginar, doctor –duda Lassehn–, que de este mundo de atrocidades, infamias y crímenes nazca jamás un camino que lleve a una vida de orden, a una vida de limpieza y libertad, de música y amor. ¿De qué tipo de orden se tratará?

–Eso aún no lo sabemos hoy en día –responde el doctor Böttcher–, dependerá de la fase final de la guerra. Volvamos, sin embargo, al punto inicial de nuestra conversación: también entonces había mucha gente, y especialmente entre la burguesía, que no se podía ni imaginar que Alemania pudiera perder la guerra, porque eso significaba el hundimiento de su mundo. Como vemos, el mundo no se ha hundido, sólo un determinado mundo burgués se había hundido.

–Pero sólo lo pareció –se inmiscuye Wiegand–. La clase de los señores capitalista y agraria sólo desapareció de vista, aunque siguió viva, primero limitada, oculta, apenas se la notaba, pero en silencio conservó con cuidado todas sus partes espirituales y materiales, para entonces, como sorprendentemente habían permanecido intactas, volverlas a colocar con todo su peso, lo que finalmente se convirtió en la base del nacionalsocialismo. Esta guerra, cuyo último acto ojalá estemos viviendo ahora, es en el fondo sólo una continuación de la Primera Guerra Mundial, que materialmente dejó a Alemania por los suelos, pero que políticamente la dejó intacta.

–Éste es el gran reproche que debemos hacerles a los vencedores de Versalles: no hicieron nada o muy poco por fomentar la democracia en Alemania –afirma el doctor Böttcher asintiendo con la cabeza–, sino que más bien con su política consiguieron que el pueblo alemán políticamente inmaduro confundiera de nuevo el efecto con la causa y en parte rechazara la democracia o en parte no supiera utilizarla, por lo que lentamente, pero de forma segura, volviera a caer en los brazos del militarismo y el nacionalismo en sus diferentes formas. Ahora deberemos evitarlo, y yo tengo del todo claro que esto sólo será posible con la ayuda de los que ahora son nuestros presuntos enemigos.

–Aunque una cosa sí que debemos tener clara –dice Wiegand aprovechando la pequeña pausa que ha hecho el doctor Böttcher–. Los soldados que retornen ahora no son soldados al estilo de la Primera Guerra Mundial, embrutecidos, astrosos, confundidos, amargados y cansados. Estos soldados han pasado por la escuela de la así denominada concepción del mundo nacionalsocialista, tienen la conciencia de pertenecer a una raza superior, haber cometido crueldades inimaginables y la devastación en muchos países; han llevado a la práctica, hasta sus últimas consecuencias, la máxima de que el fin justifica los medios. Si el soldado de la Primera Guerra Mundial abatía al oponente uniformado en una lucha cuerpo a cuerpo hasta cierto punto en legítima defensa, el soldado de esta guerra ha asesinado conscientemente y en la creencia de ser racialmente superior y la pretensión de poder de su nación, no sólo a los soldados enemigos, sino también a innumerables personas de cualquier sexo y edad, y se ha quedado con sus bienes. Este enfoque espiritual no se podrá eliminar sin más con la derrota militar, sino que seguirá influyendo en las personas, y por lo menos hasta que sean capaces de ver que no han sido los fallos

estratégicos los que han conducido a la derrota de su Führer, que ni siquiera la guerra era una equivocación, sino que todo este movimiento era un crimen en sí mismo.

–Hablan ustedes de la derrota venidera como de un hecho irrefutable, señores míos –dice ahora Lassehn–. No me malinterpreten, no es que desee la victoria, pues tengo claro que en el caso de una victoria nosotros los alemanes nos convertiríamos en una raza de humanos depredadores peligrosa, pero estar tan seguro de ello...

–Hombre, Joachim –lo interrumpe Klose casi enfadado–, los soviets están en el Óder, preparados para efectuar el asalto a Berlín; en el otro lado, los ingleses y los americanos han sobrepasado hace tiempo la línea Sigfrido y el Rin. ¿Y aún tienes dudas?

–Yo no considero que la situación actual vaya a influir en lo realmente decisivo –dice el doctor Böttcher, y con un gesto de la mano llama la atención–, lo realmente importante es nuestra absoluta inferioridad material. ¿No han entendido ustedes que el tan famoso lanzagranadas es sólo un sucedáneo ante la falta de armas de defensa pesadas? ¿No saben ustedes que debido a la falta de carburante muchas veces los aviones de la Luftwaffe no pueden despegar? ¿No han sido testigos de que la aviación americana y británica bombardea con total libertad todo objetivo que desea a cualquier hora del día o de la noche? ¿No saben ustedes que están enviando al frente a los ultimísimos reservistas, prácticamente niños o ancianos inválidos, como Volkssturm? ¿No han visto ustedes en las calles de Berlín esas ridículas barricadas contra los tanques, que deben frenar a un enemigo, que ya ha sobrepasado sin esfuerzo el muro atlántico, la línea Sigfrido y todos los grandes ríos?

–Él cree en el arma milagrosa –dice Klose riendo.

–No ha errado usted el tiro del todo, señor Klose –responde Lassehn–. No creo en ella, pero me temo que allí arriba están preparando algo atroz. Se oyen tantos rumores, que se trata del v3 o de un arma desesperada, granadas de gas o de la guerra bacteriológica...

–Vaya, hombre, Joachim, un estudiante de música –ríe Klose–, ¿te has dejado embaucar? Bueno, si por lo menos estuvieran preparando algo...

–No deberías reírte de ello, Klose –le dice Wiegand serio–. Admito que hay momentos en los que la testaruda confianza de Goebbels y Fritzsche me estrangula como una soga.

El doctor Böttcher asiente con la cabeza.

–Hace unos meses Goebbels escribió en *Reich* lo siguiente: «Hace poco hemos visto unas armas alemanas modernas, ante cuya visión nuestros corazones se detuvieron por un momento». Esta frase, y lo admito abiertamente, me ha perseguido en sueños.

–No resulta sencillo, incluso resulta muy complicado, ponerse en su situación mental –dice entonces el doctor Böttcher–, pues no cuentan ni con una base espiritual sólida, ni tienen raíces en otra interpretación de la vida. Rechazan el nacionalsocialismo, la concepción del mundo prescrita y decretada a la fuerza por el Estado, pero tampoco disponen de otra, pues no la conocen. ¿Cree usted en Dios?

Lassehn se encoge de hombros.

–Pues no lo sé, doctor –responde–, realmente no lo sé. En realidad, no me han educado de forma religiosa, aunque tampoco en el ateísmo; las creencias de mi hogar paterno eran hasta cierto punto un anticuado requisito burgués que, en algunas pocas ocasiones, como por ejemplo la confirmación o para la Navidad, se sacaban a relucir; pertenecían a la reputación, se trataba de unas creencias sin responsabilidad alguna y, en el fondo, también sin contenido.

–Así que usted no cree en Dios –diagnostica el doctor Böttcher sobriamente–. Puede que no

conozca los sistemas filosóficos fuera del mito de Rosenberg, es cierto, pero santo cielo, ¿qué sentido tiene entonces su vida? ¿Únicamente satisfacer los deseos materiales?

–No, doctor –responde Lassehn–, he encontrado el sentido de mi vida en la música.

–La formulación de su respuesta demuestra que ya no es el caso o que, por lo menos, se le han presentado considerables dudas al respecto.

El doctor Böttcher se acerca las gafas presionándolas un poco con dos dedos hacia la frente.

–La música –prosigue en voz baja–, la música es uno de los dones más excelsos del espíritu humano, aunque por sí sola no puede ser el contenido, el objetivo de una vida. La música por sí sola es insuficiente, debe estar enraizada en algo. Nada lo es por sí solo, mi joven amigo.

–La música me lo dio todo cuando estuve en condiciones de practicarla –le contradice Lassehn–. En mi interior no había espacio para otra cosa y le atribuyo básicamente a ella que no me viera contagiado por el nacionalsocialismo. Usted no me podrá convencer...

–Usted es aún muy joven, señor Lassehn –le replica el doctor Böttcher suavemente, colocando su mano sobre el brazo de Lassehn–, y no quisiera de ninguna manera servirme de mi edad para argumentarlo. Sin embargo, usted me concederá seguro la razón cuando sostengo que dispongo de más experiencia y comprensión de los hechos. Usted afirma que el vivir únicamente para la música le ha permitido resistir a la infección nacionalsocialista. Yo, sin embargo, creo que usted, completamente poseído por la música, hubiera resistido a cualquier otra influencia. ¿No había contemplado usted hasta entonces el arte como un objeto?

Lassehn asiente.

–No obstante, doctor, el arte es en sí mismo una tarea sin una finalidad determinada.

–Vaya, vaya –dice el doctor Böttcher animado–, ¿y los artistas no están integrados en su entorno, no se moldean con sus influencias, no están sujetos a las leyes universales? ¿Es así o no?

–Claro que sí –admite Lassehn a regañadientes–, pero con su arte se elevan por encima de la vida cotidiana.

El doctor Böttcher sonríe indulgente.

–Usted cree que puede alzarse sobre el día a día, señor Lassehn, pero usted está preso en él como cualquiera de nosotros. El arte no está al margen o sobre las leyes de la vida, la independencia del artista es únicamente una ilusión, tampoco el arte es apolítico ni debe observar sólo lo artístico sin el apoyo de un ideal o una creencia. Nunca podrá usted interpretar a Bach a la perfección sin saber empatizar con su pensamiento ingenuo, nunca podrá usted percibir toda la profundidad de las sonatas de Beethoven si no entiende su cabeza revolucionaria; usted seguirá siendo siempre un técnico si no insufla vida a las partituras con su propia mentalidad y espíritu.

Lassehn ha dejado caer la cabeza.

–¿Y cuál es la solución, doctor? –pregunta en voz baja–. Usted me ha mostrado la incertidumbre espiritual de mi estado y desde hace años tengo la sensación angustiosa de que la vida se me va como arena entre los dedos, aunque aún no me ha indicado cómo puedo salir de esta situación. Usted y el señor Wiegand y el señor Klose disponen de unos fundamentos políticos e ideológicos. ¿No podrían hacerme partícipe de ellos?

–No es tan sencillo como con los nazis –dice el doctor Böttcher sonriendo–, con ellos uno entra en el Partido y ya recibe gratis y de franco la ideología a base de instrucciones, normas de conducta, reglamentos, etcétera. Nuestra ideología, señor Lassehn, se adquiere, no se puede aprender, aunque con mucho gusto me ocuparé de usted. Aunque sobre todo le confiaré al cuidado de nuestro amigo Wiegand, que dispone de más tiempo que yo. Yo soy médico y tengo mucho trabajo en la consulta, mientras que Wiegand es un ilegal.

Lassehn se vuelve dando un respingo.

–¿Vive usted de forma ilegal? –le pregunta a toda prisa–. Yo también tendré que hacerlo...

Wiegand se defiende con ambas manos de la tormenta de preguntas que amenaza con irrumpir.

–Poco a poco, señor Lassehn –dice con prudencia–. Seguramente usted desea que le aconseje cómo puede hacerlo. Bien, la respuesta es en realidad muy sencilla. No existe una regla fija, uno debe comportarse según la situación, básicamente ser desconfiado, mantener siempre los ojos abiertos y guardarse de soltar la lengua. Cuándo fue el momento en que usted decidió... disculpe, es verdad que no quiere usted oír hablar de ello. ¿Desde cuándo está usted en camino?

Lassehn se lo piensa un momento.

–Desde... –echa la cabeza hacia atrás... desde el veintidós de enero.

–Lo que supone casi tres meses –dice Wiegand–, así que no es que le falte a usted experiencia.

–Es cierto –admite Lassehn–, aunque durante todo este tiempo he estado en camino, he transitado las carreteras provinciales y sobre todo me he adentrado en los bosques, me he sumado a las columnas de trabajadores extranjeros y mezclado entre las caravanas de refugiados. Sin embargo desconozco cuáles son las circunstancias en Berlín, pues no estaba en la ciudad desde septiembre del cuarenta y tres.

–Es aconsejable actuar con pies de plomo, señor Lassehn –dice Wiegand serio–, durante estos días los controles se han intensificado considerablemente. ¿No ha leído usted el nuevo llamamiento a que la población refuerce la atención?

Lassehn niega con la cabeza.

–Le dejo el *12-Uhr-Blatt*, allí podrá leerlo –prosigue Wiegand–. Ya hemos hablado antes sobre su situación. Puede usted ir alternando entre la casa de Klose y la mía.

–¿La suya? –pregunta Lassehn sorprendido–. ¿Pero no vive usted de forma ilegal?

Wiegand sonríe con los labios pegados.

–Así es, pero uno puede vivir ilegalmente de formas diversas. Usted se debe pensar que o bien uno se pasa todo el tiempo agachado en un sótano oscuro o que transita por las calles con la cabeza gacha. No, querido, a la larga no resulta, aunque todo depende de la razón por la que uno viva de forma ilegal. Un criminal con una orden de busca y captura vive por decirlo así de forma ilegal, porque no quiere ir a la cárcel. Un judío que se esconde de la Gestapo también vive de forma ilegal con el fin de evitar que lo deporten al este y de esta forma sufrir una muerte segura. Un soldado, que como usted ha abandonado la tropa, porque la nostalgia lo arrastra irremediabilmente de vuelta a casa o porque ya no quiere seguir soportando la demencia sangrienta de la guerra, también vive de forma ilegal, pues una vez ha dado el paso ya no hay vuelta atrás sin que lo cuelguen.

Wiegand interrumpe sus palabras y observa interrogativo al doctor Böttcher.

–¿Y de qué forma vive usted ilegalmente? –le pregunta Lassehn.

Wiegand duda antes de responderle.

–En cierto sentido de forma legal –y el doctor Böttcher se echa a reír.

–Se lo puedes contar todo tranquilamente al joven –le dice Klose–, es de una pieza, tengo vista para ello; no abrirá el pico, no delatará a nadie.

–¿Vive ilegalmente de forma legal? –le pregunta sorprendido Lassehn–. La verdad es que no lo entiendo.

–Podría seguir alargando esta paradoja –dice el doctor Böttcher–. Vive de forma ilegalmente legal de manera ilegal, aunque naturalmente usted no lo puede entender. Wiegand está apuntado en la policía conforme a las reglas, está en posesión de una documentación intachable, dispone de

una cartilla militar, que ha resistido ya varios controles, incluso trabaja en una empresa importante, concretamente en los ferrocarriles Karlshorst. Con él está todo en orden.

–¿Dónde está entonces la ilegalidad? –pregunta Lassehn.

–¡Ay, qué ingenuo eres! –ríe Klose con estruendo–. Friedrich Wiegand sólo se llama Friedrich Wiegand para nosotros. Para el mundo de allá fuera, para la policía, para las autoridades militares y para el resto de las administraciones, se llama... ¿Cómo te llamas, Fritz?

Wiegand no ha vencido del todo su desconfianza, que aún sigue estando despierta en él. Sonríe y asiente levemente con la cabeza.

–Franz Adamek –contesta.

–Eso lo he entendido –dice Lassehn y se une a las sonrisas de los hombres–, está viviendo usted en la ilegalidad legal. ¿Pero por qué vive usted de forma ilegal?

–También eso lo quiere usted saber, señor Lassehn – dice Wiegand en cierta manera a regañadientes–. Antes era secretario sindical y participé en algunas huelgas. Podría decir perfectamente que participé de forma excelente. Cuando nuestro encantador miembro del Partido, presidente y *guarda forestal* Hermann Göring le prendió fuego al Reichstag, el 28 de febrero de 1933, me encarcelaron por vez primera. Y eso se repitió en diferentes ocasiones: todos los funcionarios políticos fueron arrestados para ponerlos bajo custodia preventiva, vaya una expresión bonita que gastaban entonces, e internados en un campo de concentración. Cuando el mayor Führer de todos los tiempos empezó a cabalgar el veintiuno de junio de mil novecientos cuarenta y uno hacia el este se hizo necesaria de nuevo una acción de este tipo, aunque en esa ocasión no me detuvieron porque me enteré de todo y me escondí, me convertí en un ilegal. ¿Le resulta suficiente la información?

Lassehn niega con la cabeza.

–Todavía no, señor Wiegand –replica–, tengo una pregunta para usted, que me parece que tiene su importancia. ¿Por qué no siguió viviendo clandestinamente? ¿No corría un gran peligro viviendo únicamente bajo un nombre falso y probablemente en otra dirección?

–Tiene toda la razón –admite por su parte Wiegand–, el peligro de ser reconocido se da en todo momento y también sé que estoy en la lista de las personas buscadas por la Gestapo. Ello, sin embargo, no me intimida para seguir realizando mis actividades ilegales.

Lassehn reflexiona durante unos momentos.

–Actividades ilegales –dice a continuación–, con el acento puesto en las actividades, ahora entiendo.

–Lo ha adivinado –dice Wiegand y la sonrisa que forman sus labios se refleja por primera vez en sus ojos–. Ya he dicho que uno puede vivir de forma ilegal por diversos motivos. Yo lo hago por motivos políticos, pues en el caso de que me hubieran internado en un campo de concentración apenas habría tenido libertad de movimientos, hubiera permanecido continuamente bajo vigilancia, no me hubiera resultado posible encontrarme con mis amigos políticos, no podría realizar activamente mis...

Interrumpe sus palabras y se muerde los labios.

–Abreviando, todo paso que diera estaría estrechamente vigilado.

–¿Y nadie le molesta a usted bajo su nombre falso? –le pregunta Lassehn.

–Si es que se puede decir que hoy en día se puede vivir sin ser molestado –le responde Wiegand–. De tiempo en tiempo, cambio de barrio con la intención de no permitir que nadie se entere de mis relaciones, para no concederle a nadie la posibilidad de familiarizarse con mis costumbres y, finalmente, para no ser conocido en una zona, lo que restringiría mi libertad de

movimientos. La mayor equivocación de aquellos que viven ilegalmente es creer que están seguros, pensar que nadie los vigila o que no llaman la atención. La experiencia me ha enseñado que todo el mundo observa a los demás, que todo el mundo desconfía de su vecino, ya sea porque teme que lo delaten o porque él mismo es un soplón, eso sin contar a aquellas criaturas que, sin ser realmente soplones, se convierten con gusto en instrumentos del partido, con el fin de demostrar su lealtad y fiabilidad. Hoy en día todo el mundo lleva una máscara que sólo se quita cuando está solo, incluso en los círculos más íntimos de la familia se habla midiendo las palabras cuidadosamente cuando los niños están presentes. Ya se han dado muchas desgracias a causa de niños que divulgaron inocentemente observaciones irreflexivas de sus padres. Conozco el caso de un grupo entero al que descubrieron porque el hijo de seis años divulgó la alusión de uno de nuestros camaradas.

–Propongo dar por finalizado el curso de formación sobre teoría y práctica de la vida ilegal – dice el doctor Böttcher, y echa un vistazo a su reloj de muñeca–. Están a punto de dar las doce de la noche.

–Pues ya va siendo hora de que yo también me vaya –dice Wiegand, y se pone de pie–, entro a trabajar a las seis de la mañana.

También el doctor Böttcher se pone de pie.

–Yo también tengo mucho trabajo mañana. ¿Nos deja usted salir por la puerta principal, Klose? Klose asiente.

–Es lo mejor, así estáis enseguida en la calle y no tenéis que cruzar el patio.

Lassehn permanece sentado, todo indeciso.

–¿Y qué va a hacer usted? –pregunta Wiegand.

–El chico pasará esta noche en mi casa –contesta Klose en su lugar–. ¿Y para mañana tienes algún plan? –Se dirige directamente a Lassehn.

–Mañana quería ir a Charlottenburg –responde Lassehn titubeante.

–Es cierto –dice Klose–, querías sondear el terreno en casa de tu joven mujer. Bueno, no te falta razón, seguramente allí tendrás mejor alojamiento, con amor y esas cosas.

Wiegand le tiende la mano a Lassehn.

–Adiós, señor Lassehn –dice con modestia–, ¿nos volveremos a ver en casa de Klose?

Lassehn le da un buen apretón de manos, la pregunta le hace bien, se le antoja como una muestra de confianza.

–Sí, claro –contesta con ganas.

También el doctor Böttcher le estrecha la mano.

–Adiós, joven; no se separe de Klose, a su lado está en buenos manos.

Klose abre lentamente con llave la puerta de entrada del restaurante, procurando no hacer ruido alguno, empuja la puerta con cuidado y observa la calle silenciosa, oscura y nocturna.

–Vía libre –dice dándose la vuelta–. Adiós.

El doctor Böttcher y Wiegand se deslizan de puntillas rápidamente hacia el exterior. En pocos segundos han desaparecido en la oscuridad.

IV

15 de abril, 9:00 horas

En la Kurfürstenstraße se alza una casa, que se diferencia claramente de las otras casas vecinas. No se trata de una casa de alquiler de cuatro pisos, sino de un edificio de solera; no tiene una entrada principal al uso, sino un portal con puertas espejadas, enmarcadas por unas cuantas columnas iónicas; no está formado por viviendas, sino por salas. Este edificio había sido la sede y el punto de encuentro de muchas logias, aquí se juntaban muchas personas para pasar unas cuantas horas en una velada desenvuelta y distendida, se celebraban los ritos de las logias fraternales, que ciertamente estaban un poco pasados de moda y eran un poco ridículos, aunque, como se puede imaginar, estaban llenos de misterio y de una seriedad majestuosa, mientras al mismo tiempo se practicaba una caridad tácita. Cuando estas ceremonias oficiales ya se habían llevado a cabo y la velada habitual se prolongaba con una tertulia alrededor del café y, a continuación, un baile o entretenimientos nocturnos de cabaret con actuaciones de diletantes de entre los miembros o prolongadas sesiones de naipes a un cuarto de *pfennig* el punto, entonces alguien imparcial y sin prejuicios que hubiera entrado allí no hubiera pensado ni por asomo que en aquel lugar se reunían los miembros de las logias instigadoras y peligrosas para la nación. Es más, hubiera tenido más bien la impresión de que allí organizaban sus amigables veladas una burguesa asociación coral o un club de bolos, pues uno podía ver dignas ancianas señoras sentadas a la mesa mientras se escuchaban sencillas conversaciones de café, bonitas jóvenes y guapas niñas con hombres arreglados y simpáticos jovencitos bailando sobre el parqué, además de generaciones de hombres más ancianos jugando al póker o los naipes en las salas adyacentes. Como en todas partes aquí se iniciaban los romances, se alcaheteaba y se cerraban los tratos. Se trataba de gente absolutamente inofensiva la que entraba y salía de aquí y cuyo capricho consistía únicamente en que no se llamaba a sí misma club o asociación, sino logia o hermandad.

Cuando ocurrió lo inaudito, que un hombre del mundo del hampa vienesa pasara a ser nombrado para sustituir a un senil mariscal de campo de la Gran Guerra como canciller del Reich alemán, entonces en esta casa de la Kurfürstenstraße cambiaron algunas cosas. Ya no se deslizaban sobre el parqué los delicados zapatos de mujer o los dignos zapatos de charol; éstos fueron relevados por el paso de firmes botas de caña alta y recias botas militares: ahora en las habitaciones resonaban voces cortantes, bruscas, imperativas y gangosas, y donde antes tenían lugar discusiones para conceder apoyo a miembros de la asociación en apuros, llamados hermanos y hermanas, ahora una araña enorme empezó a tejer su telaraña mortal para extenderla en todas direcciones. Los gruesos directivos, llamados grandes maestros, habían desaparecido, ahora en las salas había sentados hombres altos y delgados con rostros duros y angulosos, de mirada fría, vestidos con uniformes grises. Sus galones negros del cuello mostraban estrellas o barras, así como las runas de las SS, y en el antebrazo de sus mangas un rombo negro con las iniciales SD.

La Oficina Central de Seguridad del Reich de las SS se había establecido en la Kurfürstenstraße. La agencia de seguridad era la denominación inofensiva para un aparato de poder que disponía de un poder ilimitado, no debía rendir cuentas a nadie, para el que no existía ley alguna y que ignoraba cualquier juzgado, cuya única tarea consistía en asegurar el poder del

partido nacionalsocialista con todos sus medios y eliminar a todos sus contrarios despiadadamente. La agencia de seguridad extendía desde aquí todas sus antenas, de forma vertical y horizontal, en toda dirección, en cualquier dimensión.

No existía aspecto de la vida en Alemania, y sobre todo en Berlín, que no estuviera controlado desde aquí. Desde aquí se enviaba el ejército de soplones y se introducían en todos los canales de la vida pública y privada; aquí se reunía todo el aluvión de informes, delaciones y denuncias; para los contables y tesoreros de la muerte no había nada insignificante o demasiado nimio para no ser registrado, anotado en fichas o para abrir un expediente; desde aquí se abastecían incesantemente los campos de concentración con nuevo material humano, se suministraban nuevas víctimas a los que impartían la ley del Tribunal del Pueblo. En esta casa la dignidad del ser humano era un concepto desconocido, la libertad del individuo se había sustituido por la coacción dentro de la sociedad, las personas se clasificaban entre las que estaban a favor del Estado nacionalsocialista y las que estaban en contra, con lo que todos aquellos que no estaban a favor o que se sospechaba que no lo estuvieran eran considerados sin más como enemigos y tratados correspondientemente. Aquí se ideaban, consultando a sumisos expertos técnicos, todos los procedimientos, de los que ni siquiera se hubiera tenido que avergonzar el juez más cruel de la Inquisición, y se ideaban las monstruosidades técnicas que posibilitaron la aniquilación, al mismo tiempo lucrativa y sin vuelta atrás, de millones de pertenecientes a la subraza y, por lo tanto, criaturas que no merecían vivir.

La Kurfürstenstraße, hasta entonces una de las muchas calles del oeste del viejo Berlín con nada de particular, se convirtió en un concepto. Existen muchas calles de Berlín, cuyos nombres se han convertido en conceptos, en ocasiones incluso falsos. Así, por ejemplo, la Ritterstraße es sinónimo del comercio de exportación e importación; la Ackerstraße, del lumpemproletariado; la Tauentzienstraße, del hampa mundana; la Münzstraße, de los bajos fondos; la Lindenstraße, de la socialdemocracia; y la General-Pape-Straße, del llamamiento a filas y del alistamiento. Al nacionalsocialismo se le reservó convertir los nombres de las calles en sinónimo de un terror mortal; la Prinz-Albrecht-Straße, la Burgstraße, la Kurfürstenstraße, la Große Hamburger Straße, las citaciones que partían de aquí infundían el miedo y el espanto, pues una acusación equivalía casi siempre a una condena a ser internado en un campo de concentración, ser testigo de complicidad.

En una de las habitaciones de esta casa de la Kurfürstenstraße está sentado un hombre grande y ancho, vestido con un uniforme del SD. En los galones de su cuello relucen cuatro estrellas plateadas, los rasgos de su rostro ancho y algo fofo están notablemente tensos, los labios son delgados y descoloridos, y permanecen bien cerrados, una profunda marca cruza la mejilla izquierda desde la boca hasta la oreja, el cabello rubio ralo está algo canoso y con una raya bien marcada a un lado, los ojos de color azul claro tienen algo del color del cielo de un frío invierno.

Este hombre, al que todos los encargados de seguridad de las oficinas de Berlín tienen que rendirle cuentas, es el *Sturmbannführer* Wellenhöfer, el director del departamento de seguridad de la central de Berlín. Se le teme, pues tiene fama de ser cerebral y frío como el hielo, un sabueso implacable y despiadado sin límites. Se lo conoce por no mostrar ningún tipo de emoción y no tener ningún tipo de consideración. Su cara sonriente, de la que alardea tanto frente a sus subordinados como frente a todos los visitantes e incluso ante las víctimas desgraciadas de sus perros rastreadores, es una máscara bien calculada, con la que consigue sonsacarles información, inducirlos a confidencias y provocar su imprudencia. Únicamente quien es capaz de observar con atención a Wellenhöfer y mirarlo atentamente y sin reservas a los ojos reconocerá que su sonrisa

no es verdadera, que en cierto sentido es forzada, como la de una careta a través de la cual sólo los ojos miran con franqueza. Los labios y los ojos no son congruentes en su expresión, pues mientras alrededor de la boca se forman arrugas provocadas por la sonrisa y entre los labios incluso llegan a asomar alguna que otra vez los dientes, sus ojos reflejan un brillo frío. A pesar de que Wellenhöfer exige de sus subordinados unos informes escuetos, claros y objetivos, aunque no tolera los rodeos y rechaza con brusquedad cualquier fórmula de cortesía, permite a las personas que tienen la desgracia de ser interrogadas por él, que se explayen sin más, nunca los interrumpe, incluso los anima un poco de vez en cuando, aunque por lo demás persevera en un silencio torturador. Sabe que su víctima será más locuaz si él prolonga su silencio, y que con seguridad llegará el momento en el que el narrador revelará cosas que no habría querido decir. Cuando llega ese momento, entonces Wellenhöfer se abalanza como un ave rapaz, clava sus garras en la carne de su víctima y ya no lo suelta hasta que no ha desembuchado todo aquello que aún ocultaba. Wellenhöfer es un hombre que no deja nada al azar. Todas las acciones de cierta trascendencia las realiza él mismo o, por lo menos, las dirige mediante directivas exactas, tiene una mirada infalible para lo esencial, es capaz de disculpar antes un gran fallo cometido en el ardor del combate que una negligencia o incluso la inobservancia de una orden.

En la mañana del 15 de abril de 1945 tiene sentado enfrente a un civil. Por su postura es fácil reconocer que sobre sus encorvadas espaldas carga con un peso enorme, está sentado en el mismo borde de un sillón, tiene los brazos bien pegados a los lados y en ángulo con el pecho, sus dedos juegan nerviosos con los botones de su chaleco, tiene la cabeza bien hundida entre los hombros, su mirada es insegura y salta de un punto a otro, únicamente evita a propósito la mirada del *Sturmbannführer*.

Este hombre es Deiters, inspector superior de los ferrocarriles del Reich, encargado de seguridad en los ferrocarriles Karlshorst. No es la primera vez que comparece en esta habitación a petición de Wellenhöfer. Desde que en los ferrocarriles Karlshorst se han detectado una serie de desperfectos, que sólo se pueden atribuir a actos de sabotaje, en repetidas ocasiones ha recibido la orden de acudir a la Kurfürstenstraße y, en cada ocasión, Wellenhöfer le ha preguntado con un tono cada vez más enérgico si aún no ha sido capaz de detener a los autores o, por lo menos, evitar mediante un servicio de vigilancia más severo que se repitan esos actos de sabotaje, a lo que Deiters no sólo ha respondido negativamente, sino que siempre ha debido admitir que, de nuevo, han vuelto a inutilizar una locomotora, ha fallado una grúa de carga de carbón, que aumenta el número de los ejes sobrecalentados y que un día incluso la grúa de plataforma de la nave grande estaba tan dañada que varias locomotoras se quedaron bloqueadas y no pudieron salir. Sólo en una ocasión estuvieron a punto de detener al responsable, cuando lanzó un artefacto explosivo en la caldera de una 03, pero en el último momento consiguió defenderse de su perseguidor con una llave inglesa y desaparecer en la oscuridad de esa nave tan amplia. Por lo menos, y eso fue lo único positivo de ese incidente nocturno, se avanzó un paso, pues se averiguó que el autor del atentado era sin ninguna duda alemán, pues cuando lo sorprendieron cerrando la caldera siseó un taco entre los dientes con un acento que ningún extranjero habría utilizado. Sin embargo, eso fue todo lo que se pudo hacer; a pesar de la cada vez más densa red de vigilancia y control, no se pudo avanzar más. Sólo estaba claro que había que buscar al autor entre los trabajadores de la fábrica, pues además de conocer bien el recinto de la fábrica con sus naves para las locomotoras, las grúas, los talleres, los equipos señalizadores, los surtidores de agua, las fosas para la escoria, las vías y agujas, el tipo de sabotaje delataba también unos conocimientos excelentes, pues con un mínimo de esfuerzo se había conseguido el máximo de destrucción.

Aunque el taller principal no había quedado inutilizado, pues existían suficientes alternativas, se habían producido alteraciones sensibles.

El autor del atentado, que también debía tener acceso a la central de las locomotoras, había inutilizado preferentemente aquellas máquinas destinadas para el avituallamiento del frente oriental.

Ahora Deiters está a la espera de los resultados de las investigaciones del SD, después de que a principios de febrero le hubieran apartado sin vacilar de la investigación el caso.

—Le he citado hoy aquí, señor Deiters —inicia Wellenhöfer la conversación—, para comunicarle que hemos identificado al autor del atentado con bastante seguridad.

Deiters se levanta sobresaltado de su silla.

—¿De verdad? —pregunta prácticamente sin aliento—. ¡Le felicito!

—¡Gracias! —contesta Wellenhöfer sin prestar atención, lo observa con un menosprecio frío y se enciende un cigarrillo.

—¿Y de quién se trata, si puede ponerme en conocimiento? —pregunta Deiters—. Debe usted informarme sobre ello para que pueda adoptar las medidas oportunas.

Wellenhöfer expulsa el humo de su cigarrillo juguetonamente.

—Usted no va a adoptar ninguna medida, señor Deiters —le dice cortante y frío—. Usted hará lo que yo le ordene, ni más ni menos.

—Por supuesto —dice Deiters sonriendo abochornado—, sólo opinaba.

—Su opinión es completamente indeseada y además no tiene el más mínimo interés —prosigue el *Sturmabführer* en el mismo tono—. No le he citado hoy aquí para oír sus opiniones irrelevantes, sino para impartirle órdenes y normas de conducta concretas.

Deiters se doblaba ante la voz cortante y agresiva.

—Naturalmente —dice en voz baja—. ¿Me permite usted otra pregunta, señor *Sturmabführer*?

—Se la permito —responde Wellenhöfer despectivo—. Por lo demás, quiero llamarle de nuevo la atención para recordarle que no puede dirigirse a mí como señor *Sturmabführer*. Me sorprende una y otra vez que usted, como camarada del Partido, no conozca mejor las costumbres de las SS. ¿Qué es lo que quiere usted saber?

—¿Ya han detenido al saboteador? —pregunta Deiters.

—¿Detenido? —le pregunta a su vez Wellenhöfer—. ¡No diga usted sandeces!

—Yo... no entiendo, usted decía... —tartamudea Deiters.

—Que no entiende usted nada hace tiempo que lo sé —prosigue Wellenhöfer—. ¡Detenido! Naturalmente, si usted hubiera procedido a detenerlo sin más, hubiera irrumpido como el famoso elefante en una cacharrería. No, querido, a un tipejo como su saboteador no se lo detiene, se deja que circule libre durante un tiempo y se lo observa, pues un tipo como él dispone siempre de enlaces. Cuando tengamos a toda la banda entonces sí que podremos agarrarlo, no antes.

—Hasta que llegue ese momento —se atreve a objetar Deiters—, entonces será capaz de realizar todo tipo de perjuicios.

—¿Considera que soy un idiota? —estalla el *Sturmabführer*, lanza la cabeza hacia adelante como si fuera un toro y planta ambas manos en el escritorio—. Naturalmente que el hombre debe sacarse fuera de los talleres, debe llevarse a algún sitio donde no pueda salir corriendo o moverse del sitio ni provocar ningún daño y donde esté siempre bajo vigilancia. Por esta misma razón le he emplazado hoy aquí, para...

El estridente teléfono lo interrumpe. Wellenhöfer descuelga el auricular.

–Wellenhöfer –contesta brevemente–. ¿Siering ya ha llegado? Que venga a verme inmediatamente.

Vuelve a dejar el auricular y se dirige de nuevo a Deiters.

–El *Untersturmführer* Siering es el hombre que ha resuelto provisionalmente con éxito el caso. Ahora mismo le escuchará.

Pasan unos pocos minutos, Wellenhöfer fuma su cigarrillo con placer hasta el final, Deiters se reclina en su butaca y mantiene la mirada fija en el suelo. Cuando llaman a la puerta se sobresalta.

En la habitación aparece un hombre joven.

–¡*Heil* Hitler! ¡Se presenta el *Untersturmführer* Siering!

Wellenhöfer responde al saludo y le indica la silla.

–Éste es el inspector superior Deiters, de los ferrocarriles Karlshorst –dice señalando con la mano como con descuido hacia Deiters.

Siering lo saluda con un movimiento de la cabeza y se sienta.

–Mi sospecha se ha convertido en una certeza al cien por cien, *Sturmbannführer* –afirma.

–¡Bien, Siering! –exclama Wellenhöfer asintiendo satisfecho–. Se lo agradezco. Tras su ejecución final y exitosa solicitaré un ascenso para usted.

–Muchísimas gracias –dice Siering.

Wellenhöfer le resta importancia con un gesto de la mano.

–Está bien –dice–. Ahora quisiera que me resumiera el resultado de sus pesquisas.

–¿En presencia de este señor? –pregunta Siering señalando con la cabeza a Deiters.

–No pasa nada –responde Wellenhöfer–; de todas formas, debemos confiarnos a él, pues gracias a su informe se hará de una vez una idea general de cómo hay que proceder en casos como este. Así que desembuche.

Siering se reclina y cruza los brazos sobre el pecho.

–En primer lugar, había que delimitar el círculo de los sospechosos e ir estrechándolo cada vez más –empieza a contar–. Después comprobé las horas en las que se habían realizado los diferentes sabotajes y entonces llegué a un resultado concreto: todos los sabotajes se habían producido en la franja horaria entre las diez de la noche y las seis de la mañana. Por lo tanto, en el círculo entraban sólo los trabajadores, empleados y funcionarios que prestaban sus servicios durante estas horas, que son, a excepción de algunos empleados de oficina que trabajan sólo de día, todos.

–No serán todos –deja caer Deiters–, no querrá usted meter en el círculo de los sospechosos a los cargos directivos del departamento.

El *Untersturmführer* recorre con la mirada la habitación y la detiene en Deiters, como si se diera cuenta de su presencia por primera vez.

–¿Por qué no? –le pregunta de vuelta–. En principio todo el mundo es sospechoso, también usted, señor inspector superior.

–No pensará usted que... –se defiende Deiters.

–No me interrumpa –dice Siering, categórico–, no me hace ninguna ilusión explicarle a usted mis métodos de trabajo. Por lo demás, sólo le remito al 20 de julio.¹

Le vuelve a dar la espalda a Deiters y se dirige al *Sturmbannführer*.

–Prosigo entonces. Las características de los actos de sabotaje ya limitaban considerablemente este círculo grande de los sospechosos, pues a partir de éstas resultó lo siguiente: los sabotajes se realizaron únicamente de noche y de forma regular en intervalos de unas tres semanas, lo que quiere decir que se acumulaban en una semana; a continuación, se producía una pausa de catorce días durante la cual todo seguía su curso normal, y entonces se reiniciaban de nuevo, para

transcurrida una semana cesar de nuevo, y así cada dos semanas. No podía tratarse de una coincidencia. Descubrí la solución a ese supuesto acertijo al revisar los horarios de servicio de los ferrocarriles Karlshorst: las semanas en las que se produjeron los sabotajes coincidían exactamente con uno de los turnos. El círculo en el que había que buscar al saboteador se redujo considerablemente, concretamente en dos tercios.

–¡Excelente!

Deiters no puede reprimir la observación.

–Sí, excelente –dice irónico Wellenhöfer–, algo así no se le había ocurrido a un experto auténtico como usted. Prosigá, Siering.

–De esta forma contaba con un círculo de personas reducido del que ahora debía ocuparme –prosiguió Siering–. Los extranjeros también estaban descartados, pues el saboteador, que en una ocasión casi cayó en nuestras manos, parece haber maldecido en un alemán perfecto. Debo decir abiertamente que este dato tampoco me pareció en absoluto tan valioso, tal como le ha gustado plantear al inspector superior. Lo que me convenció realmente de que el saboteador es alemán ha sido la minuciosidad y lo sistemático en su proceder, que no creo capaz en los belgas, holandeses, serbios, italianos y que sé más yo que gandulean por los talleres. Aunque el círculo de los sospechosos se haya reducido considerablemente, aún quedaba un gran número de personas: exactamente cuarenta y siete. Sometimos al maquinista, que en su momento había llegado a las manos con el saboteador, a una identificación discreta de esas cuarenta y siete personas, pero no condujo a ningún resultado. Gracias a más pesquisas e interrogatorios exhaustivos, quedó excluida otra serie de personas. Voy a mencionar únicamente a los dos trabajadores que se ocupan de sacar la escoria de las locomotoras y que de hecho trabajan toda la noche sin interrupción y que se pueden observar mutuamente, además del fogonero, que alimenta la sala de calderas, el maquinista y el carbonero de la locomotora modelo Teckel, es decir, de la locomotora del taller, que a su vez se controlan el uno al otro. Además, descarté del círculo de sospechosos a una serie de funcionarios ya jubilados, que se habían ofrecido voluntariamente para trabajar, así como algunos camaradas del Partido en los que se puede confiar totalmente. Mediante este método deductivo el número de los sospechosos se redujo a dieciocho, aunque este número permaneció constante. Así que no me quedó otro remedio que someter a estas dieciocho personas a un control concienzudo, investigué sus relaciones familiares, conversé con sus vecinos y conserjes, y en ocasiones incluso trabé conocimiento con ellos mismos. De esta manera la sospecha se centró finalmente en unas pocas personas, a pesar de que la sospecha no supone ninguna prueba, y aunque yo hubiera emitido sin más una orden de detención contra las seis personas que finalmente consideraba que eran candidatas, quizá entre ellas hubiera estado el verdadero perpetrador, aunque por otra parte no hubiéramos detenido al resto de la banda, a la que sin ninguna duda pertenece. Nos hubiéramos excedido, *Sturmbannführer*, sólo quería exponer en detalle todo indicio que señalaba a una u otra persona, aunque sólo diré que estas seis personas eran todas solitarias, sin familia y que procedían de fuera, en parte de zonas a las que por el momento ya no podemos llegar. Los padrones de las comisarías eran completamente anodinos y no ofrecían ningún indicio, sólo me llamó la atención que uno de ellos se había mudado, curiosamente, muy a menudo; está inscrito policialmente en Berlín desde marzo de 1942 y durante estos tres años se ha mudado como mínimo siete veces. Con el fin de no llegar precipitadamente a conclusiones falsas hice investigar estas siete direcciones previas y así averigüé que el frecuente cambio de vivienda no se debía a los bombardeos, como quizá se podía suponer, en seis de los casos no había sido tampoco despedido por el casero, sino que él mismo había dejado la habitación. En todas partes ha dejado

una buena reputación y se le describe como un hombre tranquilo y reservado, que nunca recibía visitas y que sorprendía sumamente cuando un día dejaba la habitación sin motivo alguno. Unos cuantos días de seguimiento no produjeron ningún resultado, aunque debo decir que la alarma aérea de todas las noches me estropeó los planes una y otra vez. No menciono los momentos en los que sospeché de las otras cinco personas, sino que quiero evidenciar aquí cómo y por qué yo... llegué a sospechar de esta persona determinada.

»Cuando ayer por la tarde sostenía de nuevo en la mano los expedientes de estas seis personas y no paraba de hojearlos, los leía de nuevo por encima con el fin de conseguir quizá una prueba a partir de un detalle totalmente intrascendente, entonces leí que a ese... ese hombre en concreto le habían concedido una baja por enfermedad entre el dieciséis de enero y el siete de febrero: el médico que le atendió fue el doctor Walter Böttcher, de la Frankfurter Allee catorce, diagnóstico: una septicemia. A este doctor Böttcher ya lo conocemos bien, aunque hace años que no tenemos nada contra él; el que haya atendido al susodicho puede ser simplemente una casualidad, ya que éste vive cerca de donde el doctor Böttcher, a saber, la Lebuser Straße. Por otra parte, está claro que se podría argumentar que la persona en cuestión reside cerca del doctor Böttcher a propósito, pues probablemente tiene en él a un correligionario. Pues bien, cualquiera de las dos probabilidades es válida.

Siering se interrumpe, ha hablado con entusiasmo, sus mejillas se han enrojecido intensamente y en sus ojos ha hecho aparición la mirada de un perro sabueso, los dedos de su mano derecha se colocan entre el uniforme y el cuello, como si el primero se le hubiera quedado estrecho.

–Lo cuenta usted bien –dice Wellenhöfer, benévolo, y le hace un gesto con la cabeza a su subordinado–. Va mejorando como escritor de novela policíaca.

Deiters confirma las palabras mediante un gesto enérgico de la cabeza, también a él se le nota una gran tensión.

–No podía quitarme de la cabeza lo de la baja médica –prosiguió finalmente Siering–, la leí una y otra vez, y entonces es como si me atravesara un rayo, saqué mi cuaderno de notas y eché una ojeada a los datos de sabotaje, y allí estaba: en el tiempo comprendido entre el 16 de enero y el 7 de febrero hubo una semana en la que el turno en cuestión, concretamente entre el 21 y el 27 de enero, y durante ese turno por primera vez desde que se iniciaron los sabotajes no se produjo ninguno. ¡Estaba claro!

Siering respira profundamente, como si se hubiera desembarazado de un gran peso.

–Sin embargo, yo quería proceder con seguridad –prosigue a toda prisa–. Esta mañana, bien temprano, cuando la casera del susodicho había salido, conseguí entrar en la vivienda y procedí a registrar su habitación. Debo decirlo: el hombre es absolutamente neutro, no hay ni una sola de sus pertenencias que ayude a sacar conclusiones sobre su persona, ni una de sus prendas lleva un monograma, no tiene fotos de familiares, absolutamente nada, aunque justamente esta total neutralidad es la que ha puesto el punto y final a mis sospechas: considero que este hombre es un ilegal.

–¿Y cómo se llama este hombre? –pregunta Wellenhöfer.

–Franz Adamek –contesta Siering.

–Caramba –se inmiscuye Deiters–. ¿Adamek? Apenas me lo creo, se trata de un hombre tranquilo y juicioso, un buen trabajador, ¡realmente es increíble!

Wellenhöfer ignora totalmente la observación.

–¿Franz Adamek? –pregunta–. Nunca había oído hablar de él. ¿Existe algún cargo contra su persona?

–No –responde Siering–, ya he repasado todas las listas de búsqueda, pero el nombre no aparece por ninguna parte, aunque tampoco quiere decir que sea el verdadero.

–¡Así es! –confirma Wellenhöfer–. Si se sospecha que este hombre vive ilegalmente, entonces lo hace, con toda seguridad, bajo un nombre falso.

–Yo me atrevería a sacarle su nombre verdadero –dice Siering–. Podríamos...

Wellenhöfer alza la mano.

–Un momento, Siering –dice rápidamente–, antes de que sigamos hablando quisiera despachar al señor Deiters. –Y se dirige al inspector superior–. Escuche atentamente lo que voy a decirle, señor Deiters. Usted responderá personalmente de que mis órdenes se cumplan a rajatabla. Debe trasladar inmediatamente a Adamek, le hará saber de este traslado a través de una tercera persona cualquiera, pues usted ya sabe demasiado para que se lo pueda comunicar de forma completamente imparcial y además no confío en su talento como actor.

–Como usted mande –dice Deiters con la boca pequeña–, lo trasladaré a la sala de calderas, allí estará siempre...

–Usted no tomará en este asunto ninguna decisión –lo interrumpe Wellenhöfer de forma abrupta–. Adamek no debe participar de ninguna de las maneras en los turnos, lo trasladará usted a la brigada de mantenimiento, bajo la vigilancia de un jefe de cuadrilla estricto y de confianza que no le quite la vista de encima. ¿Me ha entendido?

–Por supuesto –responde Deiters–, así lo ordenaré.

–¡Se lo ruego! –dice Wellenhöfer, y el tono tajante de su voz confiere a sus palabras el matiz de la mentira, pues aquí no se trata de un ruego, sino de una orden–. Y ahora déjenos a solas.

Deiters se ve de este modo despedido, se pone de pie, se inclina frente a Wellenhöfer y Siering y saluda brazo en alto. Después abandona la habitación.

Wellenhöfer lo observa con aire sombrío.

–Material humano inservible –dice molesto–, al que hay que darle todo mascado para que pueda pillar algo.

Sin embargo, su rostro se ilumina cuando mira a Siering.

–Seguirá manteniendo bajo vigilancia a Adamek, le asignaré dos buenos agentes. Lo que me importa es saber con quién se relaciona este Adamek. Tiene usted libertad de acción completa, Siering, no tiene usted ningún compromiso. Sabe a qué me refiero, ¿cierto?

–Naturalmente, *Sturmbannführer* –asiente Siering con un gesto de la cabeza mientras toquetea con los dedos su chaqueta–. Aquí tiene usted una fotografía de Adamek, la he conseguido en los expedientes de personal del taller.

–Déjeme verla –dice Wellenhöfer y agarra la fotografía.

Frunce el ceño de forma pronunciada y aleja a cierta distancia la fotografía para verla mejor.

–Yo conozco esta facha –dice lentamente–, segurísimo que la conozco. ¿Pero de dónde?

–No se trata tampoco de un rostro común –observa Siering.

–Por eso mismo –observa Wellenhöfer pensativo–. Maldita sea, ¿de dónde conozco yo a este golfo?

Permanece durante unos segundos inamovible, sólo sus ojos parpadean inquietos.

Siering sigue sentado en silencio y se cuida de estorbar la concentración de su superior.

Entonces Wellenhöfer golpea con fuerza la mesa con el puño.

–Ahora lo sé –exclama en voz alta–. Cuando dirigía un comando en Sachsenhausen ya me topé con esta carroña. Ahora mismo no recuerdo su nombre, pero enseguida lo sabremos.

Alza el auricular del teléfono y marca un número.

–¿Es el archivo? –pregunta–. Habla Wellenhöfer. Necesito enseguida la lista de los presos que estuvieron en Sachsenhausen entre el 34 y el 36.

Cuelga el auricular.

–Recuerdo exactamente al tipo, era alguien destacado en el sindicato, uno de los radicales –le comenta a Siering. Su voz denota cierta excitación, se trata de la tensión de un cazador apasionado, que dispone de la suficiente claridad para cazar y en su campo de tiro en cualquier momento puede aparecer un animal extraordinario.

–Este Adamek, o como se llame, era uno de esos tíos que a pesar de todos los golpes era imposible de doblegar, en cuyas jetas siempre había tal maldito gesto de superioridad, que siempre me hacía hervir la sangre y me ponía furioso, de manera que yo lo aporreaba hasta que no podía más. Y a pesar de todo nunca pude eliminar el aire de superioridad de esos cerdos.

–Lo conozco, *Sturmbannführer* –confirma Siering–, en estos perros hay algo a lo que no podemos acceder, sabrá el diablo de qué se trata y a qué se debe. En Dachau me topé en una ocasión con un pastor, que había criticado al Führer desde el púlpito. Hice que lo llevaran a mi presencia y le dije: «¡Escucha, pastor! ¡Ahora vas a decir bien alto y claro “¡Heil Hitler!”». El pastor me miró fijamente, con grandes ojos, y entonces dijo bien alto y claro: «¡Alabado sea Jesucristo!». «Espera, mal bicho», pensé yo, «ahora verás cómo aprendes» y lo golpeé con la fusta en toda la jeta, que enseguida se le tiñó de rojo. «Debes decir “¡Heil Hitler!”», le grité yo. El pastor permaneció inmóvil, únicamente sus obesas mejillas temblaban de vez en cuando, ni se limpió la sangre que le cubría los ojos. «¡Alabado sea Jesucristo!», repitió él en voz alta y clara. Yo le arreé por segunda vez, aunque no dejaba de exigirle y él siempre respondía de la misma forma. Y así por lo menos unas veinte veces, *Heil Hitler* y Alabado sea Jesucristo y de por medio siempre una buena en la jeta, hasta que finalmente el cerdo se desplomó y la diñó. Aunque mientras entregaba su espíritu pastoral no dejó de mascullar su Alabado sea Jesucristo. Sinceramente debo decir que admiré el dominio de ese tipo, aunque justamente eso me azuzaba y aumentaba mi rabia.

Wellenhöfer asiente.

–Adamek era un tipo exactamente igual –dice–, le ordenaba que vaciara las letrinas con las manos, debía fregar hasta dejar relucientes las habitaciones de las tropas de las SS con una bayeta del tamaño de un pañuelo, pero no había manera de eliminar ese gesto de superioridad de su rostro. La facha de ese tipo me enervó finalmente de tal forma, que con mis propias manos lo até al potro y lo fustigué veinticinco veces con toda mi rabia, y sin embargo el mal bicho ni siquiera gritó. Al final se desmayó y cuando volvió a recuperar la conciencia gracias a una ducha fría, me lanzó una mirada que parecía querer decirme: «Podrás golpear mi cuerpo, pero no mis convicciones». Seguro que habría acabado matando a ese mal bicho, pero me destinaron a Buchenwald, que acababan de inaugurar. Maldita sea, y ahora me lo topo de nuevo, sólo que su nombre... Aunque ahora mismo lo sabremos, el listado ya está aquí.

Llaman a la puerta, entra un miembro de las SS, saluda, entrega el listado, desaparece.

Wellenhöfer abre el listado y empieza a leer. El silencio reina en la habitación, sólo se oye la respiración rápida de Wellenhöfer y el crujir del papel. Siering permanece sentado expectante y observa el dedo de Wellenhöfer, que va de una línea a otra. De repente se interrumpe el silencio. Wellenhöfer arroja el listado sobre la mesa, se pone de pie y le da una fuerte palmada en el hombro a su *Untersturmführer*.

–Ha conseguido usted una buena presa, Siering –dice–. Qué nos importa ahora el pequeño

saboteador de Karlshorst, andamos buscando a este Franz Adamek desde el año 41, quién sabe si llegó a participar en el 20 de julio.

–¿Y de quién se trata realmente? –pregunta Siering con expectación.

–¡El cerdo se llama Friedrich Wiegand! –responde Wellenhöfer triunfal.

15 de abril, 10:00 horas

El suburbano de Berlín está conformado por un viaducto sobre innumerables curvas amuralladas de once kilómetros de largo, que con su huella de cuatro vías atraviesa el núcleo de la ciudad desde el este hacia el oeste. Las casas y las fábricas quedan en primerísimo plano, sus muros cortafuego desnudos y negros de humo forman una gigantesca balaustrada, con huecos en el puente de Jannowitz, en la Alexanderplatz, la Bolsa, la estación de Friedrichstraße, el parque zoológico y la plaza de Savigny, a través de los cuales los engranajes de la ciudad golpean contra el viaducto en una ola ancha. Únicamente entre las estaciones de Tiergarten y Bellevue, al cruzar el eje este-oeste denominado Charlottenburger Chaussee, se rebañan de un vistazo detalles significativos: el zoológico, la puerta de Brandeburgo, la columna de la victoria, el puente de Charlottenburg, antes de que la oscura garganta de los muros cortafuego se abalance de nuevo sobre él.

Lassehn se ha bajado del tren en la estación Schlesischer Bahnhof con el fin de dirigirse hacia Charlottenburg.

El horror se ha apoderado de él al fijarse en la faz desfigurada de la ciudad con sus muros ennegrecidos por el humo, las ventanas ciegas, los soportes de hierro deformados, la madera carbonizada, las montañas de escombros, los cables eléctricos hechos jirones, las calles destrozadas.

La estación de cercanías es una estación fantasma, Berlín se ha convertido en una Pompeya habitada, una ciudad que en muchas partes ya se ha descompuesto y que en otras supura por sus heridas recientes.

Las dos edificios altos, angulosos y macizos justo antes de la entrada a la estación de Alexanderplatz permanecen curiosamente de pie, sus torres blancas antes vistosas y luminosas por el vidrio y el cemento y el revoque blanco como la nieve, son ahora de una elegancia deslucida de cartón, madera y cemento de un gris sucio. Poco después de salir de la estación de Alexanderplatz se inicia una destrucción prácticamente completa, que se extiende en realidad hasta Charlottenburg. Lassehn mira los fosos grises y oscuros, obstruidos por muros que se han venido abajo y el aparcamiento de largas filas de automóviles destrozados, antes eran calles luminosas con balcones en los que florecían los geranios, con anuncios luminosos y coches, que se deslizaban por un asfalto liso y brillante. Sin embargo, por detrás de la estación de Lehrte se extiende el escalofriante desierto de lo que había sido el barrio de Hansa. En una sola noche fue borrado completamente, ardió en un gigantesco incendio que se propagó rápidamente bajo un cielo muy cubierto y de lluvia.

Lassehn está aturdido.

En estos treinta minutos que dura el trayecto desde la Schlesischer Bahnhof hasta Charlottenburg es consciente por primera vez de que esta ciudad es su patria y hasta la fecha él no había visto en ello nada destacable, había considerado sus virtudes como algo natural, como si no pudiera ser de otra forma. Ahora comprende que mucho se ha perdido irremediamente, que el final de la guerra no parece estar a la vista y que mucho más se hundirá en los escombros y la ceniza.

Hay una cuestión que le acucia y no es capaz de dar con la respuesta. ¿Qué es lo que capacita a las personas para soportar y tolerar tal existencia, que eufemísticamente denominan vida? ¿Se trata realmente de la creencia en un gran ideal, en una divina providencia que los capacita para ello? ¿Se trata simplemente de una obligación férrea que aplasta sin compasión a cualquiera que no se someta? ¿O se trata acaso de la pequeña oportunidad de intentar salvar el propio y diminuto yo del caos general?

Lassehn examina los rostros de los viajeros. Están cansados, son rostros flácidos, en los que únicamente se reflejan la desesperación y la resignación, aunque también hay rostros duros y enconados, arrugados y angulosos, en los que ya no puede florecer ninguna sonrisa despreocupada. Le viene a la memoria un artículo que acaba de leer ahora mismo en el periódico y que casualmente acaba de guardarse, vuelve a observar esos rostros y saca el periódico del bolsillo del abrigo, su mirada se desliza por las líneas. Sí, allí está:

Nos hemos convertido en un pueblo a la defensiva. Trabajamos, trabajamos y luchamos, caminamos y recorreremos largas distancias, sufrimos y toleramos, y todo ello lo hacemos con una dignidad muda. No debemos permitir que nos sobrevenga la debilidad, ni un solo segundo debemos volvernos veleidosos. Debemos mantenernos firmes sobre nuestras piernas, aunque sangremos por miles de desgarros y rasguños, y el cuerpo de nuestro pueblo esté atravesado por innumerables heridas. Más adelante se convertirán en nuestras cicatrices de honor. La nación mostrará por siempre el rostro del guerrero.

Quien ha escrito esto no es cualquier autorzuelo, no es cualquier reportero del PK, que ha dado rienda suelta a su vena lírico-guerrera, no, el artículo lo ha escrito nada más y nada menos que el mismísimo doctor Joseph Goebbels, y se ha publicado el 11 de febrero de 1945 en el *Reich* bajo el título «Un pueblo a la defensiva».

Lassehn sigue observando con atención los rostros, pero aquí no se trata de dignidad muda, de honor, de haber sido herido en la guerra y tener derecho a mostrar las cicatrices, de orgullo, de pertenecer a una nación de guerreros, y tampoco de rostros pálidos bien alimentados y apacibles. En esos rostros no puede leer más que la desesperación y una obstinación testaruda, una humillación a regañadientes frente a un desastre cuya sombra ya los está rozando, la lucha contra el propio destino, que no se deja avasallar. Antaño parecía tan claro e inequívoco que éste los acompañaba; el a menudo citado sentido de la historia y la siempre conjurada providencia realmente parecían estar de su lado. Bien es verdad que al principio no se estaba de acuerdo con la guerra, cada uno hacía lo que consideraba su deber, pero el convencimiento no era enardecido. Las columnas del ejército no desfilaban por las calles en dirección a las estaciones cantando como en 1914, acompañadas de música y adornadas con flores; las mujeres y muchachas no las vitoreaban como entonces, y en las ventanas no se ondeaban banderas. Al fin y al cabo, se trataba de una guerra que se había iniciado con un ataque y que al principio no tuvo mucha resonancia. Sin embargo, tras la victoria sobre Polonia empezaron a familiarizarse con el hecho de la guerra y, lo que antes de la guerra y al empezar ésta no se había conseguido y tampoco se podía conseguir (porque todo se gestionaba en secreto y bajo tierra, y también porque aunque se tergiversaran los hechos astutamente no se podía hacer de ello una guerra defensiva), esto es, conseguir su aprobación y generar cierto grado de entusiasmo, ocurrió finalmente cuando Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica, Francia, Yugoslavia y Grecia se rindieron. Parecía justificarse así el éxito militar y político de los dirigentes del Reich y, además, desde todas partes llegaron los grandes

beneficios de los países vencidos (después de que la seductora y aparente prosperidad de los años previos a la guerra no dejara ninguna duda sobre la razón de ser de las directrices económicas nacionalsocialistas); para entonces ya se estaba completamente de acuerdo con la guerra, ésta se convirtió en su asunto, creyeron de repente en sí mismos y también parecía tan prudente como conveniente apoyar al vencedor.

Cuando el hechizo del ejército alemán avanzó incluso hasta Moscú, toda Europa estaba derrotada y Gran Bretaña parecía ser una isla apartada que ya no valía la pena arrasarse, entonces se agregaron también los últimos indecisos y el grupo de los íntegros ya era, sin remedio, una minoría. La gran masa del pueblo apoyó a los vencedores, estaba totalmente anestesiada y se había vuelto inmune a las influencias externas, mediante una propaganda gigantesca que se sirvió de todos los medios de la psicología de masas y la mentira, y de esta manera, al haber colaborado finalmente con una banda de criminales, para bien o para mal, estaban ligados a ella, tan fuertemente encadenados a ella que su caída suponía su caída, la revancha contra ella también sería la revancha contra ellos mismos, y por ello todas las decisiones que se tomaron en contra de ella se vieron no como decisiones, sino como los efectos secundarios o la interacción de la suerte de la guerra y, finalmente, cuando los reveses se convirtieron en sistemáticos, como un destino inevitable. Y por ello se soportaron todos los reveses que se iniciaron con la batalla de invierno frente a Moscú, se prolongaron en Stalingrado, El Alamein y la eliminación de la flota de submarinos, en los desembarcos en Italia y Francia, la pérdida de los pozos petroleros rumanos y culminaron con los avances hasta Varsovia, Aquisgrán y Budapest, y finalmente hasta el Elba y el Óder, y los violentos bombardeos aéreos diarios sobre el Reich.

Ésta es la situación durante estos días de abril. A pesar de que todos los pronósticos han demostrado ser falsos, a pesar de todas las promesas contrarias y esperanzas una y otra vez defraudadas, y a pesar de que la superioridad material del enemigo es demasiado evidente para que se la pueda obviar sin más y su estrategia comprime cada vez más al Reich con una precisión mortal, la gran masa del pueblo aún no quiere creer en una derrota y en el hundimiento. Cada palabra optimista de Goebbels en el *Reich*, todo rumor alentado desde arriba y difundido con expresión seria se recibe con avidez, y eso que ahora, cuando los vientos son suficientemente propicios, se puede oír el estruendo de los cañones del frente oriental en Erkner, Strausberg y Königs Wusterhausen, donde finalizan su recorrido los trenes de cercanías. ¿En qué motivos se sustenta esta fe casi grotesca? ¿Sólo en el miedo al bolchevismo y las democracias occidentales?

Lassehn no deja de examinar los rostros a su alrededor, aunque es incapaz de leer algo en ellos, son rostros no únicamente duros, sino también endurecidos.

Lassehn abandona la estación de cercanías en Charlottenburg. La estación está completamente arrasada, no hay tejado y las vigas de hierro cuelgan en el aire, los andenes están destruidos, las salas de espera incendiadas y se han venido abajo, todo el funcionamiento es improvisado y alrededor de la estación hay un escenario escalofriante de casas arrasadas.

Lassehn cruza la Stuttgarter Platz, en la que parece que la vida se ha extinguido, y se adentra como aturrido en la Kaiser-Friedrich-Straße. Niños abandonados trepan como cabras montesas y gritando salvajemente sobre las escombreras y los cráteres que han dejado las bombas, sobre los restos de muros y las barricadas. Están familiarizados con los colores de la ciudad muerta, el negro de los incendios y el rojo de la herrumbre, y no les preocupa que las lágrimas y la sangre, las maldiciones y los rezos cuelguen sobre las ruinas. La guerra, que hasta hace poco habíamos llevado a los países extranjeros, piensa él, ahora ha vuelto a nosotros como un bumerán y nos

devuelve el golpe, nos hace pagar por lo de Varsovia, Róterdam y Coventry. ¡La lógica terrible de una justicia vengadora!

Entonces se detiene frente a un inmueble. ¿No es aquí donde vivía su mujer? La metralla ha alcanzado la placa blanca con el número y la ha dejado irreconocible, las casas vecinas están destruidas. Lassehn sigue dudando. ¿Había antes una librería en el edificio? Ya no lo recuerda, pues sólo vivió aquí una semana, aunque finalmente decide entrar. Cuando quiere ir a abrir la puerta y tiene la mano sobre el picaporte alguien la abre con fuerza desde el interior. Lassehn da rápidamente un paso hacia atrás.

Una mujer sale por la puerta, lo mira de pasada, susurra una disculpa y a continuación pasa a su lado: Lassehn se queda paralizado, ha sido como si lo atravesara una descarga eléctrica. ¿No era ésa Irmgard, su mujer? Tiene que reunir todas las fuerzas para volver la cabeza y seguir con la mirada a esa señora. La figura le resulta familiar, aunque hay decenas de miles de mujeres y muchachas en Berlín de figura similar. ¿Y el modo de andar? No, Lassehn no reconoce su modo de andar; siempre que acompañó a su mujer, fue a su lado, nunca se dio la ocasión de que ella fuera por delante de él y no hay ni un solo detalle que recuerde con nitidez. Si le pidieran a Lassehn que jurara que la señora con la que se había encontrado ese 15 de abril de 1945 a las once de la mañana en el portal de la casa del número 46 de la Kaiser-Friedrich-Straße había sido su esposa no habría podido prestar ese juramento. En cierta manera guarda cierto parecido con la imagen que su memoria conserva de manera poco clara, cierto parecido, nada más. ¿El motivo de ello radica en que su memoria es deficiente o en que su mujer ha cambiado tanto que él ya no es capaz de establecer una identidad entre el recuerdo y la realidad?

Lassehn reacciona y entra en el oscuro pasillo de la casa, que no está iluminado. Las ventanas del portón están claveteadas con listones y la luz de noche de emergencia no funciona. Palpando llega a una puerta, cuyo vidrio opalino deja pasar un rayo de luz hacia la oscuridad del pasillo y llama con los nudillos. Casualmente se trata de la puerta de casa de la portera.

Le abre una mujer bajita y rechoncha.

—Sí, ¿qué es lo que quiere? —le pregunta con el picaporte en la mano y decidida a despachar a quien ha llamado lo más deprisa posible.

—Disculpe usted —le dice Lassehn—, ¿aún vive en este edificio la señora Lassehn?

—¿Cómo ha dicho que se llama la mujer? —le pregunta a su vez la portera.

—Lassehn —responde Lassehn.

—No vive aquí —dice la mujer.

Lassehn sonrío con aire de superioridad.

—Si ya no vive aquí —dice indulgente—, sí que ha vivido aquí, por lo menos hasta septiembre del 43.

—No, no, joven —dice la mujer con decisión—, usted seguro que se equivoca; hace veinte años que soy portera de este inmueble, conozco a mis inquilinos perfectamente. ¿Cómo ha dicho que se llama? Deletrémelo.

—Lassehn —responde Lassehn—. Ele-a-ese-ese-e-hacheene.

—Nunca he oído ese nombre —dice la mujer convencida—, seguro que nunca ha vivido aquí.

—Pero querida señora... —empieza a decir mirando la placa en la puerta, que justo en ese momento ilumina un rayo de sol que ha entrado por la ventana—, pero querida señora Buschkamp, la señora Lassehn ha vivido aquí con toda seguridad, si es que no vive todavía. Yo mismo... —Se interrumpe, algo le detiene la lengua, le advierte de que no revele su identidad.

—¿Qué le pasa? —le pregunta enseguida la mujer.

–Yo mismo la he visitado aquí en una ocasión –dice Lassehn, completando la frase que había empezado–. Lo que pasa es que ahora no recuerdo...

La señora Buschkamp lo observa extrañada.

–¿Y qué edad se supone que tiene la señora Lassehn?

–Veintitrés años –responde Lassehn.

–Aquí no hay ninguna mujer de veintitrés años –dice la señora Buschkamp toda convencida–. ¿Y con quién se supone que debería vivir?

–En la parte de atrás –responde Lassehn–, con su tía, la señora... algo así como Meyer.

La señora Buschkamp suelta el picaporte y abre un poco más la puerta.

–Entre usted, joven –le dice amablemente–, el asunto me interesa. Aquí tiene usted una silla –continúa–, no le veo a usted muy firme, como si el estar de pie no le gustara.

Lassehn le da las gracias y se deja caer pesadamente en la silla.

–Ahora vamos a tratar el caso Lassehn y la tía Meyer –le dice la señora Buschkamp de forma bonachona–, pues me interesa personalmente, ya que conozco a todo el mundo en el edificio. Aquí apenas entra o sale alguien a quien yo no conozca. ¿Lassehn me dice? La verdad, joven, es que nunca lo había oído, no en mi casa.

–Pero yo lo sé muy bien... –objeta Lassehn–. Ella se llama Irmgard.

–¿Irmgard? –pregunta la señora Buschkamp pensativa–. Hombre, Meyer –da un grito y se pone a reír–. Usted se refiere a Irma Niedermeyer, claro, a ella la conozco, acaba de salir de la casa, tendría que habérsela encontrado usted. ¡Acaba de salir!

Lassehn se queda paralizado, siente como si una mano de acero le presionara el pecho. ¡Así que sí que era su mujer la señora con la que se había cruzado hacia algunos minutos en el portal de la casa! ¡Y ella no lo había reconocido! Había estado a un solo palmo de él, murmuró una escueta disculpa, lo había mirado de pasada y ella no lo había reconocido, no reflejó ni una pizca el haberlo reconocido. Lassehn oculta su consternación tras una sonrisa de asentimiento.

–Sí –dice, y procura conferirle a su voz un tono de indiferencia–, Irmgard Lassehn, de soltera Niedermeyer, ésa es la mujer.

–¿Irmgard Lassehn, de soltera Niedermeyer? –repite la señora Buschkamp sorprendida–. Pues hombre, es verdad –añade y se golpea con la palma de la mano en la frente–, Irma se había casado, debió ser a mediados del cuarenta y tres, lo había olvidado por completo. No ha de extrañar a nadie.

–¿Cómo que no ha de extrañar a nadie? –se interesa Lassehn.

–Bueno, hombre, no es un verdadero matrimonio –dice la señora Buschkamp, desdeñosa, y niega enérgicamente con la cabeza–. Viene un soldado de permiso, le sonríe a una muchacha y se acuesta con ella, y para que el niño tenga un apellido se casa con ella.

–¿El niño? –pregunta Lassehn.

–Bueno, lo decía en general –dice la señora Buschkamp–, es sólo una manera de hablar. Se trata de un matrimonio moderno, tan rápido que no hay compromiso alguno. Se permite el intercambio, ninguno sabe nada del otro, pero igualmente se casan, entren, entren siempre para dentro, el Führer necesita soldados. Dios mío, qué grande es tu reino animal, siempre se encuentra uno con tontorrones.

–Permítame... –protesta Lassehn, pues se siente aludido y preferiría explicarle a esta mujer sencilla los motivos de su matrimonio, aunque rápidamente cambia de opinión. Por un momento ha olvidado que es un desertor, que no puede permitirse exponerse a la luz.

–¿Le he ofendido? –pregunta la señora Buschkamp y observa a Lassehn atentamente–. ¿Quién es

usted en realidad, joven?

–Me llamo Kempner –responde Lassehn– y soy amigo del señor Lassehn, en realidad sólo un conocido, quisiera ver...

–Un momento –le interrumpe la señora Buschkamp. Escucha atentamente hacia la habitación de al lado–. Pronto habrá una alarma aérea. Córcholis, una ya no llega a nada...

«Atención, atención, éste es un comunicado sobre el estado del espacio aéreo. Una unidad completa de la aviación enemiga se encuentra sobre el Mar del Norte en un vuelo de aproximación hacia Schleswig-Holstein. Repito...».

–Bueno, habrá que empezar a prepararse si quieren terminar con todo poco a poco –dice la señora Buschkamp, y echa un vistazo a la calle–. La unidad que se ocupa de los refugios ya está en camino.

Lassehn está consternado, pues recuerda las palabras de Klose de que los refugios antiaéreos se controlan continuamente con mucho rigor. Aún lleva encima la cartilla militar, pero no un permiso de vacaciones, y además no lleva puesto el uniforme, cualquier patrulla del ejército o de la Gestapo puede ser su perdición.

–¿Y dónde se puede refugiar aquí uno en caso de alarma antiaérea? –le pregunta.

–En la estación hay un refugio antiaéreo público, aunque sólo le dejarán entrar si lleva billete de tren –le responde la señora Buschkamp–, aunque unas cuantas casas más adelante, pasada la Pestalozzistraße, cruzando la calle, hay otro. No está tan lejos.

–¿Y usted dónde se refugia? –le pregunta Lassehn.

–Yo me quedo aquí en mi casa –responde la señora Buschkamp orgullosa–. La vieja Buschkamp no deja su casa sola, habiendo tanta gente mayor. Sólo faltaría.

Lassehn la escucha fingiendo interés, aunque nada de eso le importe. La situación en la que se encuentra, en la que él mismo se ha metido, y el hecho de que su mujer haya pasado junto a él como un extraño le irritan; se trata quizá de la única oportunidad de conseguir información de una persona imparcial sobre su mujer y sobre sí mismo.

–Para volver de nuevo al asunto, señora Buschkamp –empieza de nuevo–, antes ha dado a entender que la señora Lassehn y su marido hacía muy poco tiempo que se conocían...

–Así es, exactamente –responde la portera–, y disculpe usted que vaya preparando un poco las cosas mientras hablamos y me haya desviado un poco de la conversación, pero debo tenerlo todo preparado para cuando suene la sirena.

–¿Hace mucho que conoce usted a la señora Lassehn? –pregunta Lassehn.

–¿Mucho? Eso depende, pues desde que vive en esta casa, hará unos seis o siete años – responde la señora Buschkamp–. Hay que admitir que es una muchacha guapa, pero por lo demás... –Y hace un ademán de rechazo mientras saca un abrigo del armario y lo coloca en una percha para tenerlo preparado.

–¿A qué se refiere? –le pregunta Lassehn curioso.

La señora Buschkamp se da la vuelta hacia él en un santiamén.

–¿Quiere usted interrogarme, joven?

Lassehn ríe obligado.

–Ni por asomo, querida señora Buschkamp –le asegura–; le pregunto nada más, sin ninguna intención.

La señora Buschkamp aguza los ojos.

–¿Sin ninguna intención? –le pregunta con incredulidad–. ¿Quién es usted?

–Ya se lo he dicho, me llamo Kempner –responde Lassehn–, y soy un simple conocido de

Lassehn. Y ya que estaba por aquí cerca...

–Tanto da que se llame usted Kempner o Schulze o Müller –dice la vieja enérgicamente–, el nombre no viene a decir nada. Se expresa usted de forma muy confusa, joven. ¿No será usted quizá del servicio secreto?

Esta sospecha es tan sorprendente, que al principio Lassehn está completamente desconcertado, aunque después se echa a reír aliviado.

–¿Del servicio secreto? –pregunta sonriendo–. Por supuesto que no, es únicamente interés personal...

La señora Buschkamp da un paso hacia Lassehn y se lo queda mirando fijamente.

–Primero el tal Lassehn es un amigo suyo, después se trata de un simple conocido y ahora es interés personal –dice negando enérgicamente con la cabeza–. No cuadra. ¿O es que quizá Irma le pone cachondo?

Lassehn hace un gesto de rechazo con la mano.

–Se equivoca usted, señora Buschkamp.

La señora Buschkamp le guiña un ojo de forma pícaro.

–Bueno, bueno, joven –dice bondadosa–. A mí ni me va ni me viene, aunque con ella no tiene ninguna posibilidad.

Lassehn debe contenerse para no suspirar aliviado.

–¿Quiere decir que le sigue siendo fiel a su marido? –pregunta.

La señora Buschkamp se encoge de hombros.

–Eso no lo sé –responde–, aunque me ha entendido usted mal: me refiero a que usted no tiene ninguna posibilidad con *ella*.

–¿Y por qué no? –pregunta Lassehn afectado.

–Usted debería tener otro aspecto –opina la señora Buschkamp–, ir de punta en blanco, como un caballero de las revistas de moda o, mejor aún, en uniforme de oficial. ¡Esta Irma es una finolis de mírame y no me toques! La... Ay, madre mía, ya han vuelto a bajar la música.

En el altavoz ha disminuido el volumen de la música, tras unos segundos en silencio, en los que sólo se oye el zumbido monótono de la electricidad, empieza a hablar el locutor.

«Atención, atención, éste es un comunicado sobre el estado del espacio aéreo. La formación de combate que se aproximaba a Schleswig-Holstein se dirige ahora hacia el noroeste de Alemania. Otra formación de combate se aproxima a la Baja Austria. Repito...».

La señora Buschkamp prepara un bolso en bandolera, una máscara de gas y un casco de acero.

–Éste va a ser de nuevo de armas tomar –le dice con semblante serio–. Lárguese de aquí con tiempo, señor Kempner, para que cuando suene la alarma esté usted en casa. ¿Dónde vive usted?

–En la Schlesischer Bahnhof –responde Lassehn–. ¿Cree usted que llegaré a tiempo?

–Si sabe usted hacer magia –dice la señora Buschkamp–. Aunque ¿no quería hacerle usted una visita a los Niedermayer? Al fin y al cabo, da lo mismo en qué sótano esté usted.

–Ahora que la señora Lassehn se acaba de ir... –objeta Lassehn.

–Mira con éste –dice la señora Buschkamp, y echa los brazos en jarras–. Ya lo digo yo, usted está colado por Irma. ¿No pregunta usted por él?

–Sí, claro, ¿dónde... dónde está el señor Lassehn? –pregunta Lassehn tartamudeando.

La señora Buschkamp rompe a reír y suena como el grito de un arrendajo.

–Ya está bien que se le haya ocurrido *la* pregunta. ¿Así que no lo sabe usted? El... la verdad es que no me acuerdo de su nombre... bueno, el marido de Irma es soldado, estuvo en el hospital, en

alguna parte de la Alta Silesia, sabe Dios por dónde andará ahora. Ya hace unos cuantos meses que Irma no recibe cartas tuyas.

—¿Cuándo fue la última vez que el señor Lassehn estuvo de permiso? —pregunta Lassehn.

Le gustaría hacerle preguntas más detalladas, pero no se atreve, tiene miedo de la mirada inquisitiva y la lengua afilada de esa mujer resuelta.

—Uf, ¿de permiso? ¡Y dale con el permiso! —dice la señora Buschkamp—. Bueno, el joven marido durmió entonces ocho noches en casa de su joven mujer y desde entonces tiene todo muy mala pinta. ¡Oh, un matrimonio! Apenas se acercan el uno al otro, se huelen y ya se han casado: yo lo llamo un matrimonio de perros. Bueno, ¿ya ha empezado? Ah no, era sólo el tranvía. Una ya se vuelve loca y se estremece con cualquier ruido.

Lassehn asiente unas cuantas veces con la cabeza. No sabe cómo plantear todas las preguntas que necesita hacer sin volverse sospechoso.

—En todo caso, era un joven simpático. Lo vi dos o tres veces —prosigue la señora Buschkamp—. Un tipo guapo, algo blando. La verdad es que no le pegaba a Irma.

—¿Y eso? —deja caer Lassehn.

Ha sido presa de una tensión extraña, siente como si un juez imparcial dictara su sentencia a través de la boca de esa mujer sencilla.

—Ya entonces me asombró mucho —prosigue la señora Buschkamp— cuando la vi llegar con ese jovencito. Entiéndame usted bien, señor Kempner: encontré al joven muy simpático, pero no encajaba con Irma. Para mí en realidad él era demasiado poco.

—¿Y por qué «en realidad»? —pregunta Lassehn afectado—. Yo tenía quizá la impresión...

—Qué va —lo interrumpe la señora Buschkamp—, usted sigue siendo aún muy joven, ¿qué va a entender de estas cosas? Mire usted, Irma es una persona segura de sí misma, sabe exactamente lo que quiere, necesita a un hombre que por lo menos sea diez años mayor que ella, del que pueda aprender algo en cada relación, me entiende usted, en *cada* relación. Y ese... Bueno, cómo se llama...

—Lassehn —le ayuda Lassehn.

—Correcto —le interrumpe ahora la señora Buschkamp—, y ese tal Lassehn era el medio que necesitaba, con él seguro que podía hacer lo que quisiera. La primera vez que vino aquí con él, yo me encontraba justamente tras el portal y estaba molesta por los críos que andaban por allí, así que agucé el oído. Bueno, en cuanto lo vi llegar del brazo de Irma, pensé para mí misma: «¿De dónde ha sacado a este jovencito? Tiene la pinta de no haber dormido nunca con una mujer».

Lassehn se asusta ante la mirada perspicaz de la mujer.

—Yo no hubiera seguido dándole vueltas al asunto si se lo hubiera llevado una sola vez a la cama, quizá quería probar cómo uno como él... Bueno, usted ya me entiende. Pero que se casara con él, eso aún no lo entiendo hoy en día, y juraría que ella tenía motivos muy concretos para hacerlo.

Lassehn mantiene la respiración ante la impaciencia, es consciente de que esta desconocida sabe mucho más sobre su mujer que él mismo. Los pensamientos, que a menudo quieren alzar una voz de advertencia, pero que siempre son calmados, van tomando cuerpo, aunque él ya no dispone de la tranquilidad para ir observándolos uno a uno con detalle y relacionarlos entre sí. La voz de esta mujer desconocida, que ahora ha entrado realmente en el meollo de la cuestión y que sólo aparentemente se está exhibiendo, no le deja ningún margen de reacción, pues con cada nueva frase abre nuevas perspectivas, que antes estaban bien escondidas y que por lo tanto ningún presentimiento las había anunciado.

–Debo decirle que el joven me dio lástima –prosigue la señora Buschkamp imperturbable–, quizá él se lo tomó todo muy a pecho y cuando pasó la semana, entonces... Sabe usted, señor Kempner, soy una mujer vieja y sencilla, pero tengo ojos en la cara y el corazón en su sitio. Cuando los veía, a mí siempre me parecía que Irma, al joven, sólo lo toleraba. Sí, cuando salía con el otro, con el jefe de escuadrón, entonces estaba enamorada perdida, no hacía más que comérselo con los ojos: si hubiera podido se lo hubiera metido en los pantalones...

Lassehn siente como si una mano helada le agarrara el corazón y se lo presionara con sus dedos huesudos. La voz de la mujer le llega desde la lejanía, no puede hilvanar ningún pensamiento, su cerebro se llena o vacía de pensamientos alternativamente. Se pone de pie y mira a través de la ventana, siente que ha empalidecido hasta las raíces del cabello, aunque no quiere que la mujer lo vea. Aprieta los dientes con fuerza para evitar formular las preguntas que luchan por surgir de él y consigue reprimirlas. Únicamente la respiración ronca se le escapa entre los dientes, que él encubre con una tos forzada.

–Bueno, el amor no mira por dónde va –prosigue la señora Buschkamp.

Lassehn ha conseguido reprimirse hasta tal punto que puede hacerle una pregunta con voz tranquila, aunque se mantiene apartado, pues aún no es capaz de controlar los músculos del rostro.

–¿Estaba la señora Lassehn o, mejor dicho, la señorita Niedermeyer de entonces, prometida con el jefe de escuadrón? –pregunta él.

–¿Prometida? No, nunca llevó puesto el anillo –responde la señora Buschkamp–, pero estaba completamente colada por él, era un hombre grande y guapo, un hombre de verdad. Ve usted, por eso no entiendo que justo poco después se casara con lo completamente opuesto, un jovencito tan mono al que primero tenía que instruir. Y por eso sostengo una y otra vez que esta Irma debía de tener un motivo muy concreto para hacerse enseguida con otro e incluso casarse con él.

–¿A qué se refiere usted, señora Buschkamp? –pregunta Lassehn mientras se agarra con fuerza las manos para contenerse–. Y el jefe de escuadrón...

–... ya no vino más, simplemente ya no apareció por aquí –termina la frase la señora Buschkamp–. En Berlín hay más muchachas bonitas, todas ellas quieren probar rápido el amor antes de que les caiga una bomba encima de la cabeza. Ya no es como antes, cuando las muchachas se lo pensaban largamente. Ahora que durante cada hora tienen que contar con que la maravillosa vida en el tercer reino divino de Hitler puede acabarse, quieren convertirse en mujeres lo antes posible, aunque sea sólo un breve encuentro entre dos alarmas aéreas. Hemos llegado muy lejos.

Lassehn se ha vuelto de nuevo y asiente unas cuantas veces con la cabeza, aunque ahora mismo no le interesan las reflexiones generales, su atención está puesta en un tema muy concreto, que se agudiza en un punto muy determinado y que él debe arremeter con una pregunta, da igual lo que salga de ello. Reúne toda su fuerza interior y al mismo tiempo procura que su rostro muestre una total indiferencia. La pregunta se le atraganta, lo deja sin respiración, aunque sale de él como un géiser, ya nada la puede detener.

–¿Y por qué motivo, señora Buschkamp –habla muy lentamente, enfatizando las palabras como si no quisiera, para así poder contener mejor la inseguridad en la voz–, piensa usted que la señorita Niedermeyer se casó con Lassehn, cuando en su corazón aún anidaba el amor por el otro?

–Qué bonito le ha quedado, joven –opina la señora Buschkamp–, ni el mismísimo Goethe lo hubiera expresado mejor. Sí, así es como uno pregunta a la gente, y después resulta que ha sido la vieja Buschkamp quien lo ha dicho. Ahora llega, señor Kempner, la siguiente alarma aérea.

La música, que sin interrupciones se ha deslizado junto a las orejas de Lassehn y que finalmente

había dejado de percibir de manera consciente, se vuelve a detener. Entonces suena la voz pingosa del locutor:

«Atención, atención, éste es un comunicado sobre el estado del espacio aéreo. La nutrida formación de combate anunciada en vuelo de aproximación hacia el noroeste de Alemania se dirige ahora hacia el espacio de Hannover-Braunschweig. Una formación de combate ha sobrevolado la Baja Austria en dirección hacia el sur. Otra formación de combate se dirige hacia el oeste de Alemania. Repito...»

–Bueno, entonces parece que ya vienen –afirma la señora Buschkamp–. Mire usted por la ventana, a ver cómo puede alcanzar corriendo el búnker. Cuando la radio dice «el noroeste de Alemania» es que están medio avanzados, cuando dice «Hannover-Braunschweig» es que ya han avanzado del todo.

–¿Y qué hace usted cuando suena la alarma? –pregunta Lassehn.

–Muertos de vacaciones, sentados sobre la pala del sepulturero –prosigue la señora Buschkamp–. No sé cómo lo aguantan...

–Bueno, usted lo aguanta –objeta Lassehn.

–Yo soy una vieja –responde la señora Buschkamp–, nada puede ya conmigo, ya no considero mi vida tan valiosa. Sin embargo, las mujeres jóvenes con niños pequeños deben seguir trabajando para la economía tan bien como durante los tiempos de paz y así se destrozan la vida. Y me crea usted o no, las señoras remilgadas de nuestro vecindario se quejan de los americanos y de los ingleses por lanzarnos las bombas. Que los nazis no tienen la culpa, nada de eso, y que el Führer ya les enseñará lo que vale un peine.

La señora Buschkamp se interrumpe.

–¡Madre mía, el cuco!

–¿Perdón? –pregunta Lassehn–. ¿El cuco? ¿Qué cuco?

La señora Buschkamp se lo queda mirando perpleja.

–¿No sabe usted lo que eso significa?

–Llegué ayer mismo a Berlín –se disculpa Lassehn–, de ahí mi desconocimiento.

–Algo le pasa a usted, joven –dice la señora Buschkamp y aguza los ojos–, aunque ahora no tengo tiempo para tomarle el pulso. Lo ve usted, ya suena el aviso de la artillería antiaérea.

El altavoz emite tres sonidos, siempre los mismos: es el temido tritono de la muerte. Y entonces emite otra voz, no la rutinaria voz del locutor de la radio, sino la voz dura y brusca de un oficial.

«Atención, atención, aquí el puesto de mando de la división de artillería antiaérea de Berlín. Procedemos a emitir los comunicados sobre el estado del espacio aéreo. Las unidades avanzadas de los nutridos escuadrones de la aviación de combate enemiga se encuentran ahora rumbo hacia el este en la zona de Magdeburgo-Stendal. El núcleo del escuadrón enemigo sobrevuela ahora los espacios entre Magdeburgo-Braunschweig y Hannover-Braunschweig. Se anuncia alarma aérea pública en las afueras al oeste de la capital del Reich».

–Ya ha empezado el sarao –dice rabiosa la señora Buschkamp.

Lassehn ha dejado aparcada por unos momentos la pregunta que le urge, aunque ahora vuelve a aflorar.

–Estaba usted por responder una pregunta, señora Buschkamp –le recuerda él.

–¿Así que iba a hacerlo? –le pregunta a su vez la señora Buschkamp.

–Así es –responde Lassehn decidido–, la cuestión de por qué la señorita Niedermeyer, Irma como la llama usted, se casó tan inesperadamente con el joven Lassehn. Usted dio a entender antes que presentía que ella debía de tener motivos para ello.

La señora Buschkamp se acerca mucho a Lassehn, que se encuentra de pie tras una silla y se agarra al respaldo.

–Ésta es una cuestión de conciencia, señor Kempner, y su interés es realmente grande. Pero como usted dice que es amigo de Lassehn se lo voy a explicar para que le pueda decir al joven cómo son las cosas. Yo le lavo la ropa a los Niedermeyer y en alguna ocasión me he dado cuenta de que varias veces faltaba una pieza de ropa determinada de Irma. ¿Me entiende usted?

Lassehn observa a la señora Buschkamp sin entender nada.

–Si le soy sincero no la entiendo, señora Buschkamp –responde él–. ¿Qué tiene que ver esto con la ropa?

La señora Buschkamp niega con la cabeza ante tanta ingenuidad.

–Bueno, entonces se lo tengo que explicar claramente, joven –dice ella–. Creo que Irma sólo se casó con el joven Lassehn porque su antiguo amante, el capitán, la había dejado en estado. Bueno, ahora ya lo sabe usted.

Lassehn se ha quedado aturdido.

–Usted cree...

–Ahora no dispongo de tiempo para creer –dice la señora Buschkamp rápidamente–. ¿Es que no la oye usted? ¡La alarma!

VI

15 de abril, 11:30 horas

El ataque diurno de los americanos se desarrolla sobre Berlín y los alrededores. Las escuadrillas, las agrupaciones y las unidades de los bombarderos y de los cazas que los custodian sobrevuelan en formación la zona de Berlín; son obras maestras del espíritu y de la técnica que se fabrican sin cesar, que centellean ante los relámpagos de la artillería antiaérea y el fuego de los cazas; arsenales voladores cuyos cañones y ametralladoras están dispuestos de tal forma que no existe ningún ángulo muerto, y en cuyos vientres permanecen acuclillados hombres de piel clara y oscura. Estudiantes, trabajadores, empleados de *drugstore*, funcionarios y granjeros americanos aguardan impacientes, desde que hace horas empezaran a girar las hélices en los aeropuertos de Gran Bretaña, los pocos segundos durante los cuales el objetivo de esta misión aérea aparece en su visor.

Los tres millones de habitantes de la ciudad permanecen ahora acuclillados en los sótanos y en las trincheras, se agolpan en los búnkeres y en las estaciones subterráneas del metro y de los trenes de cercanías; los bomberos de la ciudad y sus alrededores están preparados para actuar, los comandos de extinción de las empresas han preparado las mangueras y los garfios, las hachas y los picos; la policía permanece en estado de alerta total; el incesante tictac de los aparatos de morse resuena en las comisarías; los cañones antiaéreos apuntan hacia el cielo.

En las calles los tranvías y autobuses están vacíos, así como los carruajes con su carga, cuyos caballos birlados han sido aparcados en el pasillo de alguna casa.

Los callejones estrechos entre los edificios están fantasmagóricamente vacíos y silenciosos, de vez en cuando pasa a toda velocidad una motocicleta que rompe el silencio, desde muy lejos retumba y resuena el fuego de las baterías de la zona exterior de la artillería antiaérea. La ciudad contiene la respiración, la sangre se ha coagulado en sus venas, las pulsaciones se disparan por el miedo a ser cazado; bajo un cielo de primavera azul claro con algunas nubecillas blancas ha caído sobre la ciudad una expectativa mortal.

La gran ciudad se extiende 880 kilómetros cuadrados hacia el paisaje de Brandeburgo, rodeada en muchos de sus alrededores por enemigos muy superiores y espléndidamente equipados, mientras también el cielo sobre ella está controlado por los enemigos. Nada la protege, ninguna mano divina se posa protectora sobre ella, ninguna nube encubridora, tampoco la oscuridad negra de la noche, las muchas baterías antiaéreas ni tampoco los pocos escuadrones cazabombarderos ni los muchos puestos de observación, que se extienden desde la frontera del Reich hasta la misma ciudad. Las emisoras de las baterías antiaéreas, de la policía y para el aterrizaje de los aviones informan ininterrumpidamente sobre la fuerza, la dirección y el emplazamiento del enemigo, lo controlan obstinadamente de cuadrícula en cuadrícula, aunque todo ello sólo tiene un valor platónico, pues no hay nada que sea capaz de repeler o de detener el ataque, ni tan siquiera retrasarlo, imparable e inalterable, como un corredor de fondo recorriendo vuelta a vuelta, cronómetro en mano, una pista de ceniza; así siguen su curso los escuadrones, dibujando una estela blanca en el cielo immaculado, delimitando con sus dibujos extravagantes, que apuntan como rayos petrificados hacia la tierra, su zona objetivo; se abren sus compuertas, las bombas se precipitan en

caída vertiginosa sobre las casas, las estaciones, las fábricas, las calles, los puentes, los justos y los pecadores, los vivos y los nonatos; hacen temblar el aire con las explosiones, con los gritos de las piedras y de las personas, y la gran ciudad está allí, desvalida, y se ofrece a los impactos destructores.

Lassehn está sentado en el refugio antiaéreo del inmueble de la Kaiser-Friedrich-Straße 26. Ha buscado una esquina apartada, a la que apenas llega un rayo de luz de las bombillas; no le importa nada todo lo que ocurre a su alrededor; se encuentra muy lejos; reconoce cada detalle, oye cada ruido, siente las sacudidas, pero lo percibe todo con la serenidad de un espectador completamente indiferente. El refugio antiaéreo alargado está dividido en dos sótanos, algunas bombillas desnudas irradian una incómoda luz clara y fría hacia las bóvedas, pegados a los muros hay bancos, han colocado camas junto a los tabiques del refugio antiaéreo, también hay bancos entre los pilares desplazados posteriormente y en cualquier hueco y esquina uno puede sentarse en muebles de todo tipo: sillas de mimbre, sillones de cuero, taburetes, banquillos, divanes, sofás, sillitas de niño, banquetas, sillas de trenza... Junto a las paredes se amontonan bultos como en una consigna: maletas negras, marrones, amarillas y grises, de piel, pana, fibra vulcanizada, cartón; en algunas destacan distintivos coloridos de tiempos mejores, *Gran Hotel Bellagio*, *Hotel Carlton*, *Budapest*, *Bellevue-Terminus*, *Engelberg*, *Weißer Hirsch*, *Schwarzburg*, fundas de cama llenas, mochilas repletas como para gigantes, cartones, cajas de todos los tamaños; de un perchero cuelgan en una larga línea trajes, abrigos, vestidos, trajes de chaqueta, abrigos de pieles. El sótano está a reventar, no hay ni un solo sitio libre, todo el mundo ha ocupado el suyo, que por puro hábito ya se han adjudicado. Antes, cuando en 1940 los bombardeos provocaban largas alarmas antiaéreas pero pocos daños, el camino hacia el refugio antiaéreo se había convertido casi en un entretenimiento popular, se celebraban partidas de naipes y se charlaba animadamente, los niños habían descubierto cómo jugar entre los bancos, prácticamente nada era peligroso y era casi un medio de que los camaradas del edificio entraran en contacto; por entonces aún tronaban desde los altavoces las fanfarrias de los comunicados especiales y los coros de la canción de Engelland, ningún titular del *Völkischer Beobachter* había sido lo suficientemente grueso y ancho a la hora de hacer suya la pretensión de poder del nacionalsocialismo, la aviación del enemigo se rechazaba con un encoger de hombros desdeñoso, se creía que se podía rechazar, y a menudo tenían lugar animadas discusiones sobre cuál era, en teoría, el mejor lugar para refugiarse. Unos sostenían que lo más seguro era colocarse cerca de la entrada al sótano del inmueble de al lado; otros, que cerca de la salida; otros consideraban que el mejor lugar era junto a la pared maestra de la casa que daba al patio, mientras que otros opinaban todo lo contrario, que la pared de enfrente, el fundamento de la pared cortafuegos, era la que tenía esa virtud, mientras que otros preferían situarse allí donde se encontraban los refuerzos. En lo que se refería al comportamiento en caso de peligro los pareceres tampoco eran unánimes. Mientras algunos se pegaban al suelo en cuanto oían acercarse un proyectil, otros se enderezaban; mientras unos vaciaban los pulmones ante la onda expansiva, otros contenían la respiración.

En este sótano sólo hay dos personas que aguardan los acontecimientos con una tranquilidad estoica: Joachim Lassehn y la señora Buschkamp. Dicha tranquilidad viene ocasionada por motivos de índole completamente diferente, pues mientras en lo que se refiere a la señora Buschkamp tiene su causa en una intrepidez completamente innata, en lo que se refiere a Lassehn se trata de una total indiferencia.

Al principio, en ambos sótanos aún reina un trajín nervioso, que suele producirse durante los primeros minutos tras una alarma aérea; la gente busca su sitio, los vecinos se saludan entre sí, se

guarda el equipaje, se cierran las válvulas de ventilación, a continuación se intercambian conjeturas sobre el posible objetivo del escuadrón enemigo, para lo que es importante saber desde qué dirección del cielo llega el escuadrón, aunque todo esto ocurra de forma casi automática, con la mecánica de un acontecimiento ensayado cientos de veces.

Sin embargo, el trajín llega a su fin y empieza a extenderse un silencio inquietante, todos los sentidos se apagan en beneficio del oído: ahora ya sólo tiene vida la oreja, nadie llega a percibir el indefinido olor a moho del sótano, nadie nota el frío que sube desde el suelo de piedra, nadie llega a ver los rostros tensos y desfigurados a la fría luz de las bombillas desnudas. Un silencio ahogado presiona las gargantas, las respiraciones dificultosas son lo único que se llega a oír en esa calma silenciosa; todos escuchan atentamente, mientras los corazones laten cada vez más rápidamente y las manos tiemblan, los ruidos que se precipitan sobre el sótano desde el mundo de allá arriba. A pesar de que el sótano se encuentra completamente por debajo del nivel de la calle, no tiene ventanas, las puertas de hierro de las esclusas de gas y las válvulas de aire están cerradas herméticamente, se llega a oír el canto delicado y regular de los aviones cuatrimotor, el retumbar de los cañones y el desagradable siseo, bramido y aullido de las bombas que llueven desde el cielo. Y a pesar de que tras cuatro años de guerra aérea es un hecho generalmente conocido que las bombas, cuyo descenso es audible, ya han llevado a cabo su trabajo de aniquilación, pues las bombas son más rápidas que el sonido que genera su estela de aire, a pesar de ello todos hunden la cabeza entre los hombros; da la impresión que la sangre se les hiela en las venas, clavan las uñas con fuerza en las palmas de las manos, la tensión mental ha alcanzado tal grado que casi los aboca a una sumisión abúlica. Como si un estilete invisible dibujara las líneas del espanto en sus rostros. Un estallido ensordecedor desgarrar el aire, el sótano empieza a temblar a oleadas como si se tratara de un terremoto, una sensación tirante atraviesa los cuerpos desde abajo, una terrible onda explosiva exprime el aire en un golpe rápido a través de las puertas cerradas y martillea los tímpanos, las tejas impactan sobre el asfalto, los cristales se hacen añicos, la piedra salta en pedazos, a la casa parece que le crujen las articulaciones, las bombillas titilan, su luz se debilita, sólo los filamentos siguen ardiendo, se recuperan, se apagan del todo, algunas mujeres gritan con voz chillona, los niños empiezan a llorar, otro gimotea en voz baja, una mujer de edad se arrodilla frente a su banco y empieza a rezar en alto: «¡Padre nuestro que estás en los cielos!», uno de los pocos hombres que hay grita con voz no del todo firme: «¡Silencio! ¡Silencio!». Y una y otra vez, el silbido, el temblor, la onda explosiva, el impacto; entonces, de repente, todo ha pasado tal como se ha iniciado, las primeras olas del escuadrón de ataque han sobrevolado el municipio. La luz vuelve a titilar y brilla con la intensidad de antes, las mujeres sollozan unas cuantas veces más y se suenan con fuerza, se observan, y sus ojos reflejan, además del sobresalto, una gran sorpresa por el hecho de que la muerte sólo las haya tocado, de que las haya rozado con su aliento helado y, a pesar de todo, las haya dejado con vida.

Lassehn ha permanecido inalterable ante estos hechos; nada lo ha alcanzado: ni el peligro, ni la extinción que produce, ni los gritos de las mujeres, ni el requerimiento a conservar la calma; está sentado en un rincón ganado al muro, mantiene las piernas estiradas y la cabeza inclinada de tal modo que con la barbilla se toca el pecho.

Intenta ordenar los pensamientos que antes le han invadido, aunque se trata de una empresa complicada, pues se han enmadejado en un ovillo denso que no resulta fácil de desenredar; no es capaz de dar con el principio y por ello aleja sus recuerdos del presente y de un futuro aún completamente oscuro y llama a la puerta del recuerdo. Al principio ésta sólo se abre un resquicio, aunque en cuanto el flujo de los recuerdos arremete contra ella se abre del todo. Mucho

de lo que entonces no estaba claro, era incomprensible e inexplicable, colocado sobre las vivencias como una silueta, perceptible pero no accesible, es hoy cristalino y duele con una dureza extrema.

Las imágenes se suceden una tras otra, no son todas igual de nítidas, algunas han perdido el color, otras parecen subexpuestas, aunque muchas destacan con nitidez frente al fondo sombrío. Este fondo sombrío constituía el estado de ánimo del turista Joachim Lassehn, nacido de la desesperación por tener que malgastar sus mejores años en vano. Esta desesperación no era sólo la consecuencia de las desmoralizantes batallas en Voronesch y Orel, sino que ya se había iniciado cuando fue llamado al servicio social, cuando intentaron inculcarle una determinada forma de ser, reprimir cualquier pensamiento propio, adaptar el cuerpo y el espíritu a los objetivos militares. No eran tanto las fatigas del trabajo y la monotonía de la formación lo que le producía rechazo, sino más bien esa represión de cualquier emoción no reglamentada y lo que había iniciado el servicio social, aún bajo el pretexto de la igualdad social y de hacer de ellos hombres, lo continuaba el servicio militar; aquí ya no se consideraba necesario el mantenimiento de estos lemas, aquí se marchaba sin rodeos hacia el objetivo de fortalecer físicamente al joven y de convertirlo espiritualmente en un instrumento sin voluntad propia, con el fin de conducirlo de la forma más rápida hasta el campo de batalla.

En Noruega, Lassehn se vio trasladado a un entorno hostil, no había disparos y no se producían combates, pues la Gestapo y los seguidores de Quisling se ocupaban de la resistencia subterránea de los noruegos, y sin embargo Lassehn era el humillado, en realidad, a pesar de que pertenecía al ejército vencedor. Resultaba insoportable mirar los rostros orgullosos y reservados de los noruegos, experimentar cómo se ponían de pie enseguida, de forma ostensiva, y abandonaban el café en cuanto un soldado alemán cruzaba el umbral o cuando quedaba un sitio libre junto a él en el tranvía a rebosar. Se avergonzaba de su superioridad y no dejaba de sorprenderle una y otra vez la naturalidad con que sus camaradas se sentían superiores por vestir un paño gris claro con hombreras y emblemas nacionales; el uniforme. Detestaba el uniforme que debía llevar, pues se había convertido en el blanco del odio y el desprecio y la ira justificada; no era capaz de andar por las calles con el paso autoritario del conquistador y mirar los rostros de las personas del pueblo vencido de forma desafiante; no entendía a sus camaradas, que eran capaces de nadar tranquilamente en ese mar de hostilidad y que incluso se sentían a gusto haciéndolo. El hecho de que Noruega no estuviera en el frente les supuso todo tipo de desavenencias, siempre que se percataran de ellas.

Entonces llegó la misión del regimiento en el frente oriental. Por más que Lassehn aborreciera el combate, que ahora sustituiría a la vigilancia de un pueblo oprimido, la lucha que le esperaba le parecía, por el momento, una salvación. Sin embargo, el sentimiento de alivio no se prolongó por mucho tiempo, pues también el frente oriental contaba con una retaguardia con una población enemiga y, para su horror, Lassehn tuvo que reconocer que la guerra no sólo consistía en luchar contra un ejército enemigo, sino que el sentido de esa guerra parecía radicar justamente en no pacificar la retaguardia, sino en abonarla con la sangre y los cadáveres de la población que se había quedado atrás para los que antes habían colonizado el este, siempre que no los hubieran secuestrado como botín de guerra y no fueran utilizados como trabajadores esclavos. No era capaz de deshacerse de las impresiones por las que estaba obligado a pasar y enfocar su atención en cosas más alegres, la guerra había absorbido ese resto minúsculo de aceptación y esperanza que aún quedaba en él. Cuando fue plenamente consciente de ello, pensó seriamente en el suicidio, pero fue entonces cuando le concedieron un permiso. El permiso no sólo significaba escapar de

los mandos y las órdenes durante unas cuantas semanas, poder arrancarse la costra de sangre y mugre y abrir los poros de la piel respirando un aire que no estuviera saturado por el hedor de los cadáveres; un permiso también prometía suspender las torturadoras características comunes de los refugios y poder finalmente abandonarse al propio ritmo. Se encontró con un Berlín cambiado: la huida recomendada por las autoridades tras la destrucción de Hamburgo había provocado en la ciudad una fiebre salvaje y los tres primeros ataques nocturnos por parte de los ingleses cayeron sobre ellos como tormentas infernales. Cuando en la estación de Lankwitz Lassehn se bajó del tren y caminó por la Leonorenstraße, aún tenía la sensación de que todo sería la mitad de terrible, pero cuando llegó al cruce de la Kaiser-Wilhelm-Straße, se detuvo perplejo, pues de repente se encontró en medio de una ciudad muerta, en la que los rastros de vida se habían convertido en montones de escombros. Siguió andando todo aturdido, paso a paso, sin voluntad; bajo sus botas crujían los vidrios, sus pies tropezaban con montones de escombros; lo llevaron junto a la iglesia de Lankwitz, hasta la Gallwitzstraße, y desde la Havensteinplatz hasta la Seydlitzstraße, e ininterrumpidamente le acometieron sólo la muerte y la destrucción; había mirado a derecha e izquierda y desde las ruinas ennegrecidas se habían elevado las imágenes de un pasado incendiado, de la vida indolente y burguesa, compuesta de un bienestar ambiguo y de una comodidad sin remordimientos de conciencia, una arrogancia esnob y un arribismo de poca categoría. Todo eso había ocurrido allí: las columnas de anuncios con sus tentadoras promesas, los bailes matinales y la orquesta filarmónica, los bailes en las noches de verano y los campeonatos de pesos pesados, las tiendas con sus letreros esmaltados, el pienso para perros de las marcas Spratt y Juno, los preservativos Fromm y el Chlorodont, las cabinas telefónicas con los auriculares estilizados y el eslogan «Sé breve», el césped verde y los árboles en las calles, los tilos, los castaños, las acacias; y las viviendas, las viviendas, las viviendas, en altos bloques de nueva construcción, con dos, dos y media, tres y cuatro habitaciones, con estufas, calefacción individual por pisos y calefacción central, instalaciones de agua caliente y calentadores de baño Junkers, trituradores de basura y antena de radio comunitaria, con muebles anticuados y modernamente sobrios, con retratos del Führer en los comedores y hadas danzando encima de las camas, con librerías, Goethe, Schiller, Lessing, Uhland, *Mein Kampf*, *El mito del siglo xx* de Rosenberg, *Via Mala* de Knittel, *Los Wiskotten* de Herzog y el manual de contabilidad *Soll und Haben*; y banderas, banderas, banderas, rojas con un círculo blanco y en el centro la cruz gamada negra, desde pequeños banderines colgados entre las ventanas dobles hasta la bandera de varios metros de largo del casero que cuelga de la escotilla del tejado... De alguna manera a Lassehn le pareció lógico no encontrar a sus padres, que también el bloque de viviendas de la Seydlitzstraße se hubiera incendiado, que sus padres se hubieran asfixiado junto a muchos otros en el sótano y que hubieran sido enterrados junto a innumerables víctimas en Baumschulenweg. Lassehn permaneció completamente insensible, frío y como muerto frente a las largas y uniformes filas de las tumbas, que apenas eran más grandes que una topera.

Se dirigió, con el fin de confrontarse al pasado y demostrarse a sí mismo que aún existía alguna relación con éste, hacia la Prager Platz, para visitar a Ursula, la hermana menor de su madre, a quien quería con el amor dolorosamente desesperado de un sobrino algunos años más joven. Había sido un día nublado, la noche había irrumpido temprano y sólo cuando se bajó del metro en la Nürnberger Platz recordó que Ursula ya no estaba en Berlín, aunque, obstinado, subió los escalones hacia la Nürnberger Straße, cruzó la Prager Platz, esa plaza redonda rodeada de enormes lápidas, y entró por la Aschaffener Straße, en esa garganta de piedra calcinada con

escombreras y muros que estaban allí como falsos decorados, en los que las ventanas desnudas miran fijamente como cuencas de los ojos muertas. Estaba oscuro y no se reconocía nada, aunque al igual que cuando él estaba sentado al piano y no necesitaba echar un vistazo a sus notas para tocar, también fue capaz de encontrar en la oscuridad y en medio de la destrucción la casa cuyas escaleras tantas veces había subido, siempre con el corazón acelerado. Ascendió por el camino, que antes había sido un pasillo y ahora se había convertido en el lecho pedregoso de un río, y se plantó frente a la casa del jardín, como se llama en el oeste de la ciudad al edificio posterior, y si una luna cubierta y pálida no hubiera deambulado por el muro en ruinas e iluminado las vigas carbonizadas de manera dolorosamente clara, él habría podido pensar que la casa aún se mantenía en pie. Durante minutos, estuvo mirando fijamente la casa vacía, pelada y desnuda, y una esquina en la que se alargaban profundas y negras sombras. En esa esquina había estado el piano, ante el cual él solía sentarse, y también había un sillón donde ella se sentaba y escuchaba inmóvil. Siempre debía tocar las mismas piezas para ella, la *Escocesa* de Beethoven y el *Movimiento perpetuo* de Weber o, cuando le apetecía algo muy festivo, la *Appassionata*, música de otro mundo, de una estrella lejana, y cuando finalizaba, ella se ponía de pie y acariciaba su cabello con suavidad. La luz deslumbrante de los faros de un coche que circulaba por allí pasó fugazmente por encima de sus hombros y disolvió el encantamiento, alumbró los muros vacíos y el tocón muerto del árbol y el suave rostro del pasado se transformó súbitamente en la mueca del presente.

Por entonces ése era el sombrío trasfondo: el servicio social, Küstrin, Stavanger, Orel, Lankwitz, Baumschulenweg, la Aschaffénburger Straße; en la oscuridad no apareció ninguna mancha clara, entre bastidores no salió ningún tono amable, no le acompañó ningún recuerdo de amistad y ternura, sólo quedaba la música, aunque ésta sólo sonaba en él muy baja, la acallaban a gritos, vociferando, a tronidos, vibraba inalcanzable lejos y alto en las esferas; el joven soldado estaba solo en la gran ciudad, la soledad era de repente como una enorme campana de cristal que hubieran colocado encima de él. A su alrededor latía la vida, sólo él había sido excluido; su naturaleza reservada y su introversión no le permitían participar, unirse sin prejuicios y sin consideraciones, precipitarse en el delirio de un local de entretenimiento histérico; no podía, no iba con él, era contrario a su naturaleza, aunque la idea de tener que regresar al frente oriental, tener que escuchar de nuevo las conversaciones bastas de sus camaradas, el olor de la sangre en la lucha y ser sometido a órdenes descabelladas, tener que ver los rostros de sufrimiento de la población torturada, sin contar con el menor apoyo en la propia patria, alguien a quien pudiera confiar sus pensamientos, cuando amenazaban con cubrirse con sangre y asco, esa idea le hacía ser más comunicativo y sensible de lo habitual, aunque el motor de esa receptibilidad debía ser alimentado primero desde el exterior.

Exactamente por entonces se encontró Lassehn con Irmgard Niedermeyer. Estaba sentado en el tren de cercanías enfrente de ella; al principio no la prestó atención, puso la vista en un asiento cualquiera y allí se sentó. Tenía la mirada puesta en las hileras de casas, innumerables filas delante de las cuales pasaba el tren, desde cuya ventana, de vez en cuando, podía echar un breve vistazo a las viviendas, aunque entonces, como impelido por un poder mágico, volvió la cabeza de la ventana y su mirada topó con la de la muchacha, que estaba sentada enfrente de él en diagonal, y la apartó a toda prisa cuando la mirada de Lassehn se fijó en ella. En Lassehn algo se puso de repente en marcha, la tristeza se transformó en un ansia espantosa de ternura y cuidados, por tranquilidad y un objetivo para sus pensamientos. Observó el rostro de la muchacha: era alargado y algo pálido, el pelo oscuro y moreno caía sobre su frente redonda en una suave ola, la boca mostraba una curva afectuosa y apasionada. La tristeza ensombrecía el rostro de la muchacha,

aunque los rasgos de ilusión por la vida y alegría de vivir no habían sido cubiertos del todo; de vez en cuando aparecía una pequeña sonrisa vacilante, que hacía fruncir levemente las comisuras de los labios y que sus ojos chispearan de forma leve y clara. Lassehn asimiló cada uno de los rasgos de su rostro; en cierto modo los inhalaba con la respiración, como alguien que se asfixia bombea el aire fresco en sus pulmones con profundas inhalaciones. Creció en él una gigantesca ansia de procurar y recibir ternura, ya no podía retirar la mirada de la muchacha y ahora ocurría lo contrario: el rostro de ella se volvió lentamente hacia él, como si una mano invisible volviera su cabeza en esa dirección, pero como Lassehn no se volvió y tampoco bajó la mirada, sus miradas se entrelazaron intensamente.

Ambos estaban profundamente serios, sólo de vez en cuando parpadeaban. Lassehn no podría decir si esa mirada duró unos pocos segundos o muchos minutos y cuando las miradas se separaron en sus rostros apareció una pequeña sonrisa. Lassehn cerró los ojos de alegría, su corazón latió con tal fuerza que lo notó hasta en las sienes y cuando volvió a abrir los ojos ya le esperaba la mirada de la muchacha y entonces ya nada separó sus miradas, ni la timidez ni la vergüenza.

Cuando la muchacha bajó del tren también lo hizo Lassehn, como si no pudiera ser de otra forma; al bajar lo apartaron a empujones y por unos segundos perdió a la muchacha de vista. Enseguida se apoderó de él una profunda excitación, atravesó la muchedumbre a pasos rápidos y sin consideración, hasta que la vio en la escalera que llevaba a la salida; allí estaba ella y lo miraba tranquilamente, lo estaba esperando. Lassehn la tomó de la mano, lo que en el mismo momento le pareció ridículo, ingenuo y torpe, pero no sabía cómo comportarse, lo que debía decir, nunca antes se había dirigido a una muchacha en la calle; aparte de pequeños e insignificantes coqueteos, nunca había tenido una relación con una chica. En el servicio social y militar siempre se había negado a sumarse a sus camaradas en sus ordinarias diversiones, y por ello tuvo que soportar alguna que otra burla y también alguna sospecha absurda; las relaciones ocasionales siempre se habían quedado en lo superficial, pues no contaba con el don del diálogo ligero, en sus conversaciones siempre se mezclaban rápidamente tonos más pesados, a los que, si no encontraban un eco, muy rápidamente seguía el silencio. Así pues, las muchachas no le eran desconocidas, pero siempre le habían resultado enigmáticas y difíciles de entender; tampoco había buscado su relación y, finalmente, tampoco tuvo ya ocasión de buscarlas, especialmente porque no consideraba las amistades superficiales y los encuentros eróticos sin compromiso.

Y ahora se había topado con una mirada que no indicaba una relación ocasional, sino en cuya profundidad parecía brillar el destino. Ella le había dedicado una sonrisa que parecía surgir más de la melancolía y la seriedad que de la coquetería. Una muchacha simplemente se había parado y lo había esperado como si fuera lo más obvio, lo había cogido de la mano y ambos cruzaron la barrera de salida de la estación y anduvieron por unas cuantas calles. Al principio no cruzaron ninguna palabra entre ellos, sólo las miradas y el apretón de las manos; notaba los latidos de la muchacha en la mano y le inundó un gran sentimiento de felicidad, como alguien a quien liberasen de la fría soledad; empezó a hablar, primero lentamente, con palabras cuidadosas y precavidas; sus palabras eran como una piedra, que al principio no se deja desplazar, pero que una vez ha entrado en movimiento y ha enfilado una pendiente empieza a rodar.

Esa tarde Lassehn se agotó. Tras una breve separación, volvió a encontrarse con la muchacha esa misma noche. Fue como un milagro increíble. Al día siguiente se inscribieron en el registro civil de Charlottenburg; una semana más tarde, se casaron; una semana después, Lassehn tuvo que regresar al frente. Esas dos semanas fueron únicas en su ebriedad, aunque la felicidad estuvo

mezclada con el dolor, la belleza cubierta por la mueca del espanto y la unión lastrada desde un principio por la separación; aunque quizá fue justamente ese dualismo el que produjo esa ebriedad única. Lassehn se abrió por primera vez a otra persona completamente, se sumergió en ella, sintió los latidos de una muchacha, una mujer, su mujer, en su pecho, su aliento caliente y acelerado en su boca, su calor en todos los poros de su cuerpo; se trataba de un deseo que embriagaba, insaciable en su afán de entregarse completamente al otro y poseerlo por completo, que disolvía el resto de los pensamientos y acaparaba toda actividad. El misterio del otro sexo se le había revelado por primera vez. Los días se convirtieron en una única y vibrante espera de la noche y la noche en una espera del amanecer, que le descubría una cabeza sobre su hombro con el cabello despeinado y oscuro. Lassehn se avergonzaba a menudo de su suerte, que yacía aquí en una cama blanca junto a un cuerpo blando y caliente, mientras que sus padres habían encontrado la muerte de forma espantosa, aunque después siempre se justificaba a sí mismo. ¿No debía volver al frente, no tenía por lo tanto el derecho a sacar antes partido de su vida?

El recuerdo inflama a Lassehn. Es un recuerdo caliente y doloroso, aunque el dolor que ahora le acomete es distinto a aquel que ha sido la música de acompañamiento de su fortuna. Éste es el dolor del conocimiento de que aquella fortuna tampoco era verdadera. Ahora que ha asimilado nuevos conocimientos, mucho de lo que antes no conseguía explicarse y que por su inexperiencia atribuía a lo imprevisible de la esencia de la mujer se le aparece bajo una luz completamente distinta.

Antes siempre ignoraba por completo los recuerdos que ahora le invaden, pero estos recuerdos son ahora demasiado concretos, es incapaz de eludirlos, le obligan implacablemente al análisis y a hacer balance, exigen imperiosamente el reconocimiento y el ajuste de cuentas. Lassehn no sentía por entonces que su mujer lo comprendiera. Tenía un deseo grandísimo de ternura, necesitaba sentir una mano suave acariciándole el cabello con cariño, necesitaba sentir una tranquilidad absoluta apoyada en el hombro querido, sentir el latido de su corazón y el murmullo de su sangre, pero ella no lo entendía: cuando él no sentía deseo y sólo quería estar cerca de ella con el fin de sentirse confirmado, ella se adueñaba de él con una ternura brutal, lo ahogaba con caricias y no cedía hasta que aquello no finalizaba en un abrazo salvaje. La necesidad de Lassehn de una ternura no erótica no siempre terminaba de la misma forma, también ocurría que su mujer lo rehuía desmotivada; en su cercanía, se deshacía de él como de una pieza de ropa innecesaria y apenas lo rozaba con la mirada, vacía e insustancial, que él sentía como un extraño indiferente.

Lassehn había percibido con total nitidez que la relación sexual por sí sola aún no había conseguido establecer un contacto completo entre ellos; cada vez más a menudo surgía el presentimiento de que su mujer no le había abierto en modo alguno el libro de su vida, algo que sí había hecho él, y, sin embargo, todos los presentimientos y dudas eran tan pequeños e insignificantes frente a esa gran pasión que una y otra vez se apoderaba de ellos. Ahora se demostraba que estos presentimientos y dudas habían enraizado y, a la luz de una reflexión completamente nueva, lo enviciaban todo. Mucho de lo que entonces había pasado desapercibido o había sido rechazado con un encoger de hombros ganaba ahora en significado. ¿Por qué Irmgard había insistido en que se casaran enseguida? Lassehn lo había sentido entonces como una petición completamente normal, incluso se amoldó a sus deseos, aunque le sorprendiera lo repentino del asunto. Hoy en día era consciente de la discrepancia entre esa petición y la actitud de Irmgard frente a esas cuestiones. Esta actitud era libre y no estaba lastrada con conceptos tradicionales; como había insinuado alguna vez a la ligera, ella no era inexperta en asuntos eróticos y, antes de casarse con él, había tenido otras relaciones. ¿Por qué entonces ella sólo le había concedido el

abrazo una vez estuvieran unidos legalmente, cuando con otros hombres no había insistido hasta ese extremo? Por entonces Lassehn había buscado alguna justificación y la había encontrado en el hecho de que ella no estaba dispuesta a que la utilizaran, y no fue consciente de la trivialidad de ese punto de vista. Hoy en día sabe –y este conocimiento le duele profundamente– que en modo alguno se trataba de la pretensión de asegurarse el sustento material, sustento al que como mujer de un soldado tenía derecho; tampoco del tedio del vagabundeo erótico, sino únicamente del intento de legitimar mediante su matrimonio con él al hijo, aún por nacer, de otro hombre.

«¿Pero por qué concretamente conmigo?», se pregunta Lassehn desesperado. «¿Por qué me ha elegido precisamente a mí de entre la masa de hombres? ¿Sólo he sido el medio para lograr un fin determinado? ¿Sólo por este motivo ella se ha entregado sin escrúpulo alguno y ha ahogado con arrebatos de pasión sus vacilantes advertencias sobre la responsabilidad, con el fin de disipar cualquier duda que pudiera surgir más adelante? ¿Había sido todo premeditado? ¿No había estado en juego aquí el amor, a pesar de todos los demás motivos, que quizá eran su causa, pero en absoluto tenían efecto?». Toda pregunta llevaba a otra pregunta, la cadena de pensamientos no se interrumpía.

Si se trataba de amor, ¿no podría haber hablado ella claramente? ¿No había sentido la obligación de hacer cuentas con el pasado, estando abierta y despiadadamente en contra de ella misma y de él, en lugar de aceptar una nueva relación con una mentira o, por lo menos, con un silencio consciente de su culpabilidad? Aunque eso había sido sin duda cobardía, que era más fuerte que la sinceridad, quizá también miedo, todo ello –justo cuando acababa de empezar– podría llegar nuevamente a su final. En todo caso, en modo alguno las cosas son tan inequívocas y claras como la señora Buschkamp quiere verlas, su interpretación es demasiado simplista. Lassehn pertenece a las personas que no creen en la maldad premeditada; cree que prevalecen la debilidad, la imprudencia, el miedo, la cobardía y la incapacidad como supuestos pecados sin importancia y no sabe que el dulzor del primer abrazo es el que aún le produce temblores. Lassehn anda a tientas por sus sentimientos como si atravesara la espesa maleza de una selva virgen, en la que hay que conquistar cada paso y librar a machete cada nuevo camino, aunque él debe ir por ese camino, pues al final del mismo se encuentran la verdad y la claridad. Bajo cualquier circunstancia, debe hablar con su mujer, cuanto antes mejor; debe saber si el camino que emprendió con ella el 21 de septiembre de 1943 conduce a un futuro en común o si ya terminó cuando, dos semanas más tarde, partió al frente oriental.

Y entonces, como un rayo, le alcanza la pregunta. ¿Y dónde está el niño que por entonces esperaba Irmgard?

VII

15 de abril, 12:00 horas

Lassehn se pone de pie sobresaltado cuando una mano le agarra con fuerza el hombro.

–¿Y usted quién es? –le pregunta una voz ruda y áspera.

Lassehn escucha la pregunta como si llegara de muy lejos. Se ha sumergido tan profundamente en el pasado, que sólo regresa lentamente al presente. Ahora las palabras toscas le arrastran, sus pensamientos regresan de nuevo a la actualidad.

–¿Perdone usted? –pregunta de manera mecánica.

–Quiero saber quién es usted –repite la voz impaciente y exigente.

Finalmente desgarra el velo que el pasado ha corrido sobre él y Lassehn es consciente de dónde se encuentra: en el refugio antiaéreo del inmueble de la Kaiser-Friedrich-Straße en Charlottenburg. Y acto seguido, también es consciente de su situación: un desertor indocumentado en una ciudad en la que se busca intensamente a los soldados que han desertado, un desertor rodeado de extraños, cada uno de los cuales puede ser un traidor, un soplón, y aun cuando sólo sea por el miedo a haber ayudado a un desertor, a no haberlo entregado, pues a pesar de que todo el edificio de este estado tiembla y se tambalea y el Partido, la Gestapo y la Wehrmacht agonizan bajo los golpes destructivos de un adversario superior, su poder se extiende todavía como un aro de hierro alrededor de todos, el miedo al terror es suficientemente grande como para asegurarse con cada amenaza la insistencia deseada, con cada orden la obediencia incondicional, tras cada uno se alarga siempre la sombra negra de las SS, el espanto del campo de concentración y el juicio de sangre del Tribunal del Pueblo. El hombre frente a Lassehn viste hasta cierto punto de civil militar, casco de acero, cazadora, cinto y máscara de gas, botas altas y pantalones de montar, brazalete azul y distintivo del Partido.

Lassehn se palpa el bolsillo del pantalón en busca del revólver, quisiera tener por si acaso el arma lista para disparar. Mientras persevera en su frágil estado de tranquilidad, cada uno de sus músculos se tensa y considera la posibilidad de huir.

–¿Y con qué derecho me pregunta usted? –le pregunta.

–Soy el encargado de este refugio antiaéreo –le responde el hombre.

–Muy interesante –dice Lassehn sin perder la calma–, no tengo nada en contra, por mí puede usted seguir siéndolo.

En la frente del hombre se hincha una vena gruesa y roja, aunque éste llega a dominarse.

–Soy responsable de la seguridad del refugio antiaéreo –le dice– y además soy *Blockwalter* del Partido. ¿Y usted quién es?

–Me llamo Kempner –le contesta Lassehn–. ¿Le es suficiente?

El hombre no presta atención a la pregunta.

–¿Su pasaporte, quiero ver sus papeles! –le exige.

–No tengo –dice Lassehn–, perdí todos mis papeles al huir.

–¿Al huir? –pregunta sorprendido el vigilante del refugio antiaéreo–. ¿De qué huía usted?

–De los rusos, naturalmente –responde Lassehn y procura mostrar despreocupación–. Tuvimos que abandonar nuestra casa sin más, de golpe y porrazo.

El hombre lo mira de arriba abajo.

–¿Dónde? –le pregunta brevemente.

–En el Neumark –responde Lassehn–, entre Soldin y Lipiany.

–¿Y sin papeles? –prosigue el hombre–. Uno siempre lleva los papeles encima.

–No siempre –le contradice Lassehn–, cuando uno está trabajando en el campo...

El hombre entorna los ojos, uno puede ver cómo tras su frente los pensamientos corren a toda velocidad y se precipitan.

–¿Desde cuándo está usted de camino?

Lassehn mueve la cabeza.

–Bueno, desde hará unas dos semanas, tal vez tres –responde, y se pregunta adónde quiere llegar con esas preguntas.

–Pues hay algo que no concuerda, hombre –dice el guardián del refugio antiaéreo tras una breve pausa.

«¿Me he enredado?», piensa Lassehn. «Todo lo que he contado suena muy verosímil, yo mismo podría pensar que ha ocurrido realmente así».

–¿Y qué es lo que no concuerda? –pregunta, y con la mirada mide la distancia hasta la salida del refugio.

–Usted ha dicho que acababa de trabajar en el campo –le dice el otro–, cuando tuvo que huir de repente.

–Así es –responde Lassehn–. Y por qué...

–¿A mediados de marzo estaba trabajando en el campo? –le pregunta el hombre de nuevo–. ¿Con nieve y hielo? ¿Estaba quizá desenterrando patatas y cosechando zanahorias? No se lo cree ni usted, hombre.

Lassehn se asusta, ahora ve que su pretexto ha sido una grave equivocación, en su cabeza todo empieza a dar vueltas de forma insoportable, es como si le levantaran lentamente la tapa de los sesos.

El hombre se acerca mucho a Lassehn.

–¿Y entonces? –pregunta en tono amenazador–. O bien se identifica usted o me acompaña a la comisaría inmediatamente después del cese de la alarma. Mientras tanto permanecerá usted aquí tranquilamente sentado.

–¡No pienso hacerlo! –dice Lassehn incorporándose lentamente y quitándole el seguro al revólver que esconde en el bolsillo del pantalón–. No tiene usted ningún derecho...

–¡No sea usted impertinente! –dice el hombre–. ¿Ningún derecho? Todos tenemos el derecho a detener a personas sospechosas. ¿No ha oído usted nada de desertores, espías y agentes? ¡Y por lo demás, con esto ya estoy más que autorizado! –le dice mostrándole la insignia del Partido.

–Ésta es... –quiere replicarle Lassehn, quiere decirle que tampoco esa insignia lo legitima.

–¿Qué es lo que está pasando aquí? –se entromete una voz de mujer.

La señora Buschkamp se dirige a ellos y con una mirada ya se ha hecho cargo de la situación.

–¿Qué es lo que quiere usted de mi sobrino, señor Exner?

El guardián del refugio antiaéreo se vuelve a toda prisa.

–¿Es éste su sobrino, señora Buschkamp? –le pregunta sorprendido.

–¡Quién iba a ser si no! –exclama la señora Buschkamp–. Apareció por aquí ayer, aún está medio muerto, déjelo usted en paz.

En primer lugar, Lassehn recibe la intervención de la portera con sorpresa; después, con alivio, desconoce qué la ha motivado a ello, pero en cualquier caso le está agradecido por haberlo

ayudado en esa situación delicada. Una vez haya alcanzado de nuevo la escalera del sótano ya no tendrá miedo; sólo corre peligro en el refugio antiaéreo lleno a rebosar, donde piernas estiradas, cochecitos de niño, maletas y estufas eléctricas suponen obstáculos para una huida.

–¿Y por qué no ha dicho enseguida que es su sobrino? –pregunta el hombre.

–Pues porque no me lo ha preguntado –deja caer Lassehn y vuelve a relajarse.

Aunque la situación se haya calmado un poco, hay que andarse con cuidado, no sea que la recién ganada condición de sobrino le plantee nuevos problemas, que deberá solucionar con tiento, pues ahora toda la atención se concentra en él y la desconfianza del confidente se ha desviado, aunque no se ha entibiado.

–Sigue durmiendo –le dice la señora Buschkamp a Lassehn–, debes de estar reventado.

–¿Usted se hace responsable del joven? –dice Exner.

–Pues claro que me hago responsable –responde la señora Buschkamp–. Y ahora lárguese de aquí, esperemos que pronto cese la alarma y que pueda meterse en la cama.

–No tiene pinta –dice otro que se desliza justamente por el estrecho pasillo–, aún nos sobrevuelan un montón de escuadrones.

Exner se vuelve hacia el que ha hablado.

–¿Y desde dónde vuelan? –pregunta.

La expresión de su rostro ha cambiado inmediatamente, la amenaza que se refleja en sus ojos y que ha avanzado de forma decidida su barbilla, refleja un temor que hace temblar sus mejillas y proyecta una sombra oscura sobre sus ojos.

–Desde Potsdam y Luckenwalde –responde el otro–, probablemente vuelan desde el sur y el suroeste.

–Escuchemos a ver qué dice la emisora de la policía –dice Exner.

Ambos se alejan, rápidamente el interés se aleja de Lassehn, las siguientes olas de bombarderos americanos que se acercan volando ensombrecen su pequeña e insignificante persona. Vuelve a asegurar el revólver y lo esconde bien en lo más profundo del bolsillo de su pantalón.

–Señora Buschkamp –dice en voz baja mirando con agradecimiento a la vieja señora –, le agradezco...

La señora Buschkamp hace con la mano un movimiento rápido de rechazo.

–Serás bobo –dice en voz alta–, ¿por qué tenías que molestar al señor Exner?

–Pero... –pretende defenderse Lassehn.

–A callar –le increpa la señora Buschkamp–, ¿quieres causarle molestias a tu vieja tía?

Lassehn sonríe y asiente, comprende finalmente que con la señora Buschkamp ha ganado una nueva tía y que este nuevo parentesco no es de ninguna manera inofensivo para ella, pues cualquier palabra en falso puede ponerle en gran peligro no sólo a él, sino también a ella. No quiere llevarse a engaño, pues la escena se ha grabado en la conciencia de todos los inquilinos del edificio y enseguida generará comentarios, tan pronto como la amenaza inminente del ataque aéreo de ese día haya pasado. Sigue con la mirada a la vieja, que regresa a su sitio junto al paso que une ambos sótanos, se sienta, saca las gafas del bolsillo de su abrigo y empieza a leer un libro desgastado. ¿Qué es lo que ha movido a esa mujer para intervenir de esa manera en su defensa, elevar la voz a su favor, ponerse en peligro, que en cada momento se puede acentuar y cuyas consecuencias son imprevisibles? ¿Qué le ha motivado a ello? ¿La compasión? ¿La bondad?

Lassehn tiende a atribuir todo lo bueno de las personas a los sentimientos, a explicarlo mediante la bondad innata del alma humana. No sabe, o no se lo ha explicado de tal manera, que

podría reconocer que emociones como la compasión, la buena disposición y la fidelidad también pueden ser el resultado de un modo de pensar. El nacionalsocialismo ha privado a muchas palabras de su contenido noble y de esta forma el modo de pensar también conlleva el olor a canalla del nacionalsocialismo. Aun así, Lassehn sabe desde ayer que todavía hay modos de pensar con los que el nacionalsocialismo no ha podido acabar y a los que éste no ha sabido embaucar a pesar de toda su palabrería, pero en esta mujer vieja y decidida, con los ojos algo entornados y su rápida jerga berlinesa, no cree que encontrará esta forma noble de pensar.

¿Entonces por qué motivo lo ha sacado del apuro? ¿Sólo por simpatía, compasión y bondad? Lassehn no ha conocido en los varios años en los que ha tenido que arreglárselas a ninguna persona que poseyera estas cualidades; por el contrario, él se ha encontrado casi siempre con dureza, egoísmo, desconfianza, cada persona parecía ser una isla, una isla sin playa en la que puedan varar las embarcaciones forasteras. Y ahora, durante dos días seguidos, dos personas completamente desconocidas han aceptado la suya, un tabernero de la Schlesischer Bahnhof y una portera de Charlottenburg, un extraño paralelismo de los hechos. ¿Permite esto sacar alguna conclusión acerca de los habitantes de esta ciudad?

Lassehn deja vagar su mirada alrededor, bajo sus párpados caídos. De los rostros de las personas se ha desvanecido un poco la expresión de miedo, aún se oye a intervalos el profundo zumbido de los aviones cuatrimotor, aunque ya no explosiones. La tremenda tensión del primer cuarto de hora, cuando en la cercanía explosionaba bomba tras bomba, cuando cada uno se agarraba con fuerza a su bolso y se agazapaba como si fuera a saltar, dispuesto a apartar sin contemplaciones a cualquiera que se pusiera en medio con el fin de llegar hasta la salida, esta tensión se diluye ahora en una locuacidad burbujeante, en ocupaciones pequeñas y nerviosas.

La relación entre las personas, hasta ahora mismo prácticamente en la frontera de la enemistad, se vuelve de nuevo conciliadora, poco a poco el vecino y la vecina, hasta ahora mismo rivales en la lucha por la vida, recuperan rasgos más humanos, aunque el enlucido no deja de ser muy fino.

Si el escuadrón de bombarderos aún hubiera lanzado una serie de bombas en la cercanía, el enlucido se hubiera desconchado enseguida y hubiera sacado a la luz los instintos salvajes. Aunque ola tras ola sobrevuela la parte oeste de la ciudad sin descargar sus bombas y por los boletines de la emisora de la policía pronto resulta claro que los bombarderos regresan, por lo que no se espera ninguna descarga. Cuanto más grande es la distancia que hay entre la ciudad y los escuadrones que se alejan, los rostros van ganando rasgos más humanos y aquí y allá atruena incluso alguna risa en el sótano. Aunque está claro que los americanos pueden realizar grandes ataques diariamente y no hay nada más seguro que el ataque nocturno de algunas docenas de Mosquitos británicos, la gente se siente momentáneamente a salvo, se cree liberada de la insoportable carga que han puesto sobre ella, y esta conciencia permite que se reaviven, hacer planes para las próximas horas, incluso citarse para ir al cine por la noche. Por muy increíble que parezca, en medio de las ruinas, en las casas medio derruidas, en las calles bloqueadas por los escombros y las barricadas contra los tanques aún funcionan los cinematógrafos, hacen sus pases rápidamente en las pocas horas en las que no sufren los cortes de corriente, aunque incluso así pocas veces disponen de tiempo de hacer un pase de un tirón, pues las frases de los locutores del noticiario y la cháchara de las sombras de la pantalla se ven ahogadas por las sirenas. Lassehn sabe que, con el despertar de los ánimos de vivir, el interés se dirigirá de nuevo hacia su persona y, ya que no siente ninguna necesidad de volver a tener un altercado con el vigilante del refugio antiaéreo, se pone de pie y se dirige hacia la salida con pasos bamboleantes y conscientemente descuidados, no demasiado deprisa, pero tampoco demasiado lentamente.

–Tengo que ir a fumarme un cigarrillo –dice al pasar junto a la señora Buschkamp.

En el vestíbulo hay algunos hombres fumando, Lassehn ve de un vistazo a Exner en una esquina hablando alegremente con un hombre grande en un uniforme pardo del Partido. Todo le apremia a huir rápidamente, pero se controla, acelera sus pasos sólo un poco y sólo cuando al acercarse a las escaleras del sótano está a salvo de todas las miradas, sube a toda velocidad los escalones, abre de un empujón la puerta del sótano y sale al patio. Un cielo azul limpio de nubes se extiende por encima del hueco rodeado de casas, hay un silencio absoluto; en esta hora de la tarde se ha extendido una profunda tranquilidad por toda la ciudad, en la que las personas se deslizan rápidamente por los pasillos como ratas.

En el pasillo Lassehn se enciende un cigarrillo y aspira profundamente el humo. ¿Debería irse? En realidad, ha venido aquí para ver a su mujer, para hablar con ella, considerar la posibilidad de vivir juntos, encontrar alojamiento hasta... Sí, ¿hasta cuándo?

Lassehn sale del portal de la casa. La calle está completamente vacía, como si un imán hubiera atraído toda su vida de ella, recorre con la mirada la Kaiser-Friedrich-Straße, hacia el noreste se alza un banco de nubes oscuro y de un negro grisáceo, que asciende lentamente.

«Qué tiempo más extraño», piensa él, «aquí un cielo de primavera, azul claro, con un sol deslumbrante, pequeñas nubecillas blancas y detrás un muro de temporal gris oscuro y amenazador, en el que hay torbellinos y borbotones, y que centellea, y aun así no hay viento, apenas corre una pizca de aire. ¡Qué tiempo más extraño!». Aunque de repente un susto lo deja helado. Aquello que se eleva allí detrás no es una nube tormentosa, es humo bien espeso, devastación y destrucción. Muerte y ruina, ésta es la huella terrible de la guerra, que ahora tiene lugar desde Egipto y la estepa kazaja, desde Narvik y Creta hasta Berlín. Y ésta es la situación. Mientras que aquí sólo cayeron algunas bombas indirectamente, allá atrás los bombarderos dieron con su objetivo de forma total y precisa.

Lassehn se sobresalta cuando tras él se abre la puerta de entrada de la casa, rápidamente introduce la mano en el bolsillo del pantalón a la búsqueda del revólver, este movimiento se ha convertido en estos días en un movimiento completamente instintivo, aunque devuelve rápidamente el revólver a su sitio e incluso se avergüenza un poco. La señora Buschkamp ha salido por la puerta.

–Ah, es usted –dice Lassehn.

–Sí, soy yo –dice la señora Buschkamp–. ¿Qué hace usted frente a la puerta? ¿Espera usted a que los faisanes de oro tengan apetito?

–Estaba pensando en algo –contesta Lassehn.

–Pues no lo haga en la calle –dice la señora Buschkamp toda decidida–. ¿Le falta a usted el aire? ¿O es que quiere que le cuelguen?

Lassehn niega con la cabeza, incluso está un poco enfadado, le parece que los cuidados de la vieja ya van demasiado lejos.

–Vea usted allá atrás –dice despistando y señalando la nube funesta.

–Nada nuevo, yo ya ni miro –dice la señora Buschkamp–. Ya hemos participado todos de ello, yo mientras tanto ya he comido, ya no hay nada que nos pueda afectar. Pero bueno...

Las sirenas rompen el silencio sepulcral, que se ha extendido como una mortaja sobre la ciudad, con tres tonos largos y chillones.

–El toque previo al cese de alarma –comenta la señora Buschkamp–. Bueno, una vez más nos hemos burlado de la muerte.

–La suerte lo es todo –dice Lassehn por decir algo.

La señora Buschkamp lo examina con miradas rápidas y despreciativas.

–Entre usted en mi casa –le dice–. Rápido, antes de que salgan los demás del sótano.

Lassehn la sigue vacilante.

–Se lo agradezco –le dice una vez está sentado frente a ella en la portería.

–Está bien –dice la señora Buschkamp con un gesto de rechazo–, no se lo voy a cobrar.

–¿Por qué lo ha hecho usted? –pregunta Lassehn–. No me conoce.

La señora Buschkamp lo mira indulgentemente.

–¿Cuando uno saca agua del pozo tiene que verla y conocerla? –le pregunta.

–Naturalmente que no –admite Lassehn–, pero usted no tenía ningún motivo...

–Contenga usted la respiración, joven –prosigue la señora Buschkamp, ofendida–. *Usted* me hubiera dejado ir sin más, ¿no es así?

–No lo sé –admite Lassehn con sinceridad–. Vaya mierda –prosigue, y se enfada consigo mismo–. Tiene usted toda la razón, si me lo está reprochando indirectamente, señora Buschkamp, este sistema nazi, que supuestamente nos educa a todos para ser héroes y para que matemos al dragón, en realidad nos ha convertido en unos miserables cobardes, nos acoquinamos frente a todo uniforme pardo de mierda, hacemos la pelota ante cualquier trozo de insignia; han ahogado toda humanidad en nosotros, han aplastado toda individualidad y si el humanismo no ha muerto del todo en Alemania es únicamente porque los perros no tuvieron el tiempo suficiente para exprimir de nosotros el último resto de decencia y de sentido de la justicia.

Lassehn se ha sorprendido él mismo de su arrebato, aunque se siente liberado y algo justificado frente a esta mujer mayor de ojos claros.

La señora Buschkamp lo mira seria y pensativa.

–Lo ha bordado usted, señor Kempner, así es exactamente, ni yo misma lo hubiera dicho mejor.

Su rostro de mujer, arrugado como una pasa, se contrae con fuerza.

–Cuándo se sabrá lo que estos delincuentes han hecho de nosotros –prosigue–. Qué se piensa usted, cómo me he sentido de inferior y vacía al tener que saludar alguna que otra vez con el «¡Heil Hitler!»». ¡Pero es que la ponen a una bajo tal presión, que en ocasiones realmente una no puede hacer otra cosa, aunque por dentro seguimos siendo como siempre, puede usted confiar en ello! Un clic y ellos ya no pueden mirar dentro.

Se golpea el pecho de un manotazo y ríe burlonamente.

–... Usted es aún joven, señor Kempner, apenas ha podido aprender otra cosa, pero eso que ha aprendido realmente debería servirle, a no ser que...

Lassehn asiente.

–En todo caso, y disculpe usted mi pregunta quizá insistente o molesta, ¿por qué está usted en contra del Gobierno hitleriano?

La señora Buschkamp se pone de pie y se coloca en jarras.

–Hombre, ¿y aún me lo pregunta?

–Me interesan sus motivos –subraya Lassehn–, en cierto sentido soy un alumno que...

–Bueno, entonces mire usted a su alrededor –dice la señora Buschkamp rápidamente–, y encontrará motivos suficientes, aunque no debería haber esperado a la guerra para odiar a esta banda. Hombre, ¿es que estaba usted ciego? ¿No ha vivido usted cómo perseguían a los judíos, cómo han destrozado nuestros sindicatos, cómo han arrastrado a nuestros mejores compañeros hasta los campos de concentración y les han disparado cuando huían? ¿No ha vivido usted que todo un pueblo tenga que cerrar el pico al vestirse los capitalistas de socialistas y habernos puesto a todos nosotros a sus órdenes y que ahora su maldita guerra no deje títere con cabeza?

Lassehn se ha sorprendido con el arrebató de la mujer, sus maneras tranquilas y reflexivas se han convertido en una erupción de apasionada cólera, su rostro se contrae, entre sus arrugas han aparecido profundos pliegues. Aunque Lassehn no haya entendido todo lo que la mujer mayor ha soltado a borbotones en su berlinés cerrado, de algo sí que está convencido: este aluvión mana de una ira justificada.

–Así es como lo veo en líneas generales –prosigue la señora Buschkamp–. ¿Y cómo pinta en particular? ¿Cómo repercute en el pequeño hombre, en un sencillo proletario? Míreme usted, tengo sesenta años, y en mi vejez estoy sola; a mi marido se lo llevaron hace una semana en la última leva militar, mi hija fue evacuada con su niña, su marido está desaparecido, mi otra hija ha sido trasladada con su negocio al oeste de Prusia, sabe Dios dónde debe parar, y mi hijo...

Se interrumpe y se vuelve a sentar.

–Mire usted, señor Kempner, una ha trabajado durante toda su vida, dando el callo y consiguiendo cosas, ha criado a un hijo, consiguió que fuera a la Escuela Técnica de Beuth para que se formara como técnico, quizá se convirtiera en ingeniero y entonces...

Su voz pierde fuelle y se convierte prácticamente en un murmullo.

–... y entonces un día llega una carta donde pone: «Murió heroicamente en Marsa Matruh por el Führer, el Pueblo y la Patria». Sé exactamente lo que quiere decir: quiere decir que lo han enterrado en la arena del desierto, quizá incluso han colocado una pequeña cruz de madera, que desaparecerá con la próxima tormenta de arena. Así es, señor Kempner, una ha criado a un joven, habiendo puesto todo: amor, preocupación, orgullo, esperanzas, también disgustos y enfados, mucho trabajo y dinero; una estaba orgullosa de que hubiera conseguido algo y de que para ello hubiera hecho algo, y un día todo eso se resume en una muerte heroica. Fin, pasado está, simplemente una muerte heroica, el Partido le transmite sus más profundas condolencias. Por el Führer, el Pueblo y la Patria. ¿No es una mierda? ¿Por qué razón ha muerto? ¿Por qué bien? De eso ya me hago cargo yo. ¿Pero por eso? ¿Por ellos? ¿Enterrado en el desierto, un juguete para las hienas, pasto de los chacales?

Permanece sentada como de piedra y ha dejado que las manos reposen en su regazo.

Lassehn está conmovido, se acerca a la mujer mayor y apoya la mano suavemente sobre su hombro; por un momento se ha visto incluso tentado de acariciar su pelo oscuro y moreno, en el que se mezclan abundantes canas, pero lo ha dejado estar, le parecen demasiadas confianzas.

–Puedo entender su dolor, señora Buschkamp –dice en voz baja–, una ha sembrado vida y ha cosechado muerte.

La señora Buschkamp alza de nuevo la cabeza, durante unos segundos su mirada está completamente ausente, aunque de repente se sacude la rigidez.

–Pero no crea usted que moriré de dolor, no, no, señor Kempner, yo estoy hecha de otra pasta –dice riéndose chillonamente–. Él no murió en vano, mi Werner, él me dejó algo, que aún conservo íntegro. ¿Y sabe usted qué es? Odio, un odio enorme, que nadie me podrá arrebatarse, una amarga enemistad a muerte contra los bandidos que se hacen llamar Gobierno y Partido. Pero no se crea usted que antes no odiaba a esa chusma; pues claro que sí: siempre odié a esos tipos, pero se trataba en cierto sentido de un odio general, como quizá odian los perros a las chinches, su odio no es el de un perro en concreto o hacia una chinche en concreto, sino en contra de toda la especie. Ve usted, así pasa conmigo. Tras la muerte de mi Werner, mi odio se ha convertido en un odio completamente personal, vale para cada nazi que conozco y puede estar usted convencido de que no me olvidaré de ninguno cuando las cosas cambien. Los pequeños Hitlers que nos hacen la vida imposible y que nos fastidian, que nos dan en el hocico cuando de nuestras bocas no sale ninguna

palabra sobre su orgullosa gran Alemania, que se plantan frente a nuestras puertas y escuchan atentamente, no sea que tengamos puesta alguna radio extranjera, que controlan puntillosamente las listas para ver cuánto ha aportado cada uno al auxilio de invierno del pueblo alemán y que prestan atención a que en nuestras ventanas ondee el trapo ese de la bandera, que siempre están pendientes de que todo el mundo diga «¡Heil Hitler!»; esos pequeños Hitlers, como este Exner de aquí y otros golfos como él, a éstos los odio en cuerpo y alma, ya me gustaría ver bambolearse a esos perros, pues son casi más culpables de nuestra desgracia que los de arriba, pues qué pueden hacer los de arriba, Adolf, el pie zambo, Hermann, el Heinrich de los cadáveres y como se llamen todos ellos, ¿qué pueden hacer ellos si los de aquí abajo no colaboramos? No pueden hacer nada. ¿Y qué tiene que decir usted a eso, señor Kempner?

Lassehn se encoge de hombros.

—La verdad es que no he reflexionado sobre el asunto tanto como usted...

—¿«Reflexionado»? ¿Ha dicho usted «reflexionado»? —le interrumpe la señora Buschkamp—. Si aquí no hay nada que reflexionar: uno lo siente, lo ve si no tiene los ojos en el cogote y se fija de verdad. No me parece para nada que haya nacido usted tonto y que no haya aprendido usted nada, no tiene usted pinta de ser un labriego. ¿Con esa cara y esas manos? La historia que le ha contado usted a Exner en el sótano sólo se la ha creído porque se piensa que es mi sobrino. Que hay algo en usted que no concuerda se le nota en la cara, usted no se lo puede ni imaginar, usted no.

Lassehn se asusta.

—¿Usted cree? —pregunta a toda prisa.

La señora Buschkamp suelta una carcajada.

—¡Lo ve, la misma pregunta ya le ha delatado! ¿Qué es lo que pasa con usted? ¿Realmente no tiene papeles?

—Sí —contesta Lassehn—, tengo papeles, auténticos, pero no están completos.

—¿Y? —le pregunta la señora Buschkamp, y lo mira.

—Tener una documentación incompleta puede ser, bajo ciertas circunstancias, peor que no tenerla —responde Lassehn.

—Un momento —lo interrumpe la señora Buschkamp—, una documentación incompleta es peor...

—Y niega enérgicamente con la cabeza—. No, no lo entiendo.

Lassehn duda por unos segundos. ¿Le debe decir la verdad a esa señora mayor? ¿Está obligado a ello? Pero entonces se decide.

—La verdad es —empieza a hablar lentamente— que dispongo de mi cartilla militar, pero no del permiso, lo que quiere decir...

Los ojos de la vieja se iluminan.

—Ahora ya lo entiendo todo —dice y asiente—. ¿Así que es usted uno de ellos? Y además anda usted por aquí en ropa de civil. Usted escapó a toda prisa de Prusia, se largó de allí, ¿verdad?

Lassehn se limita a asentir y, aunque sabe que esta mujer no supone ninguna amenaza, el hecho de que conozca su secreto le oprime la garganta.

—Mis respetos, señor Kempner, mis más sinceros respetos —dice la señora Buschkamp aprobatoriamente—. Pero ahora debe usted largarse, no sea que aparezca Exner, ese mal bicho pardo, no tenga la idea de darle la lata y eso es mejor que lo evite.

—¡Y usted! —Lassehn hace la pregunta que ya antes le había ocupado de forma exhaustiva—. ¿Qué va a hacer usted al respecto...?

La señora Buschkamp hace un gesto de rechazo.

—Ya me ocuparé yo de Exner, déjelo usted de mi cuenta. Pero si no tiene dónde quedarse,

entonces no deje usted de visitar a la vieja Buschkamp, ella se ocupará de darle cobijo. Bueno, ahora yo en su lugar me daría prisa...

Lassehn asiente.

–Aunque yo quería visitar a las Niedermeyer...

–No hay nadie en casa, señor Kempner –dice la señora Buschkamp–, la vieja tía seguro que no está en casa, en cuanto oye la emisora de Nordwestdeutschland se larga y busca refugio en el búnker del Tiergarten. Irma se acaba de ir, justo cuando llegó usted, así que ya no puede hacer usted nada, tendrá que regresar usted en otra ocasión.

Lassehn se dispone a irse y le tiende la mano a la vieja mujer.

–Muchas gracias, señora Buschkamp –le dice con afecto–. Pronto volveré, seguro. ¡Adiós!

–¡Adiós, señor Kempner!

El «señor Kempner» le llega a Lassehn como una bofetada, le duele profundamente, pues no le ha contado a la vieja toda la verdad.

VIII. ETNOLOGÍA DE UNA PEQUEÑA CIUDAD ALEMANA

La gente ha renunciado voluntariamente a su nobleza, ha descendido por voluntad propia a este nivel tan bajo. Huye aterrada del fantasma de su propia grandeza, se agrada en su miseria, adorna sus cadenas de cobarde sabiduría.

SCHILLER, *Don Carlos*

Para el carácter de una población resulta decisivo si se ha originado a partir de un paisaje o de cualquier circunstancia del paisaje –la existencia de un vado, el confluir de las aguas, el cruce de calles, la abundancia de la naturaleza, la fertilidad de los campos...–, o si simplemente se ha fundado, le debe su nacimiento a una especulación no exenta de riesgo, cuando su nacimiento no se ha producido en el seno de la tierra, sino en el sobrio despacho de un agente de la propiedad, cuando la simiente que la ha engendrado y el óvulo que lo ha recibido no pertenecen a las fuerzas de la naturaleza, sino que son el fruto de un espíritu comercial, que en la tierra sólo ve la parcela, en el bosque la madera y en las aguas sólo las orillas encarecidas, y todo ello lo contabiliza correspondientemente. El espíritu, que se manifiesta en el progenitor de estos lugares y que en su bautismo los apadrina, lo acompaña en sus caminos más lejanos, pues un pueblo o una ciudad no son sólo materia, piedra y madera y hierro y asfalto: se han puesto en marcha y unido gracias al espíritu humano; éste se plasma en ellos, éstos lo acogen en sus poros y lo reflejan. Así se origina una interacción constante, que con el paso del tiempo se debilita o se refuerza: o bien la materia somete a las personas o el humano viola la naturaleza.

Eichwalde, una de las paradas del tren de cercanías que cubre el trayecto entre la Görlitzer Bahnhof y Königs Wusterhausen, es el producto de una fundación, originada en el cerebro de mercaderes y especuladores de terrenos. Aquí no existen las tradiciones, las necesidades agrícolas no han jugado aquí ningún papel; lo decisivo fue la provechosa situación del tráfico y la cercanía de la gran ciudad. La construcción del lugar se realizó según un plan establecido. Mucho de ello ha quedado sólo en anuncios y promesas seductoras, pues la rápida urbanización del asentamiento no pareció hacer necesario su cumplimiento. Desde el principio se quiso atraer a una determinada clase social; al prohibirse la construcción de cualquier tipo de industria, se quería atraer a un público burgués: funcionarios, cargos medios y hombres de negocios medianos que, bien es verdad, extraían su fuerza económica del proletariado industrial, aunque por lo demás se distanciaban de éste y sobre todo no querían que en su área residencial les importunaran las miradas de los trabajadores y, más tarde, de los trabajadores en paro, pero que por otra parte no podían permitirse la exclusividad de la alta burguesía en el Wannsee y el Nikolassee, en Dahlem y Grunewald. La población vecina de Schulzendorf, cuyas casas en buena parte fueron construidas por los mismos obreros durante largos meses y años de trabajo penoso en las horas libres después la jornada laboral y durante los domingos, fue descartada con desprecio por ser un «asentamiento de albañiles». Aunque no se pudo evitar por completo la afluencia de elementos no burgueses, ya que la adquisición de terrenos estaba abierta a todo el mundo. Así se colaron en este ambiente burgués por lo menos cierto número de individuos que, según la terminología marxista, deberían

incluirse en la aristocracia trabajadora. A pesar de ello, la población de Eichwald formaba –fuera de las excepciones un todo homogéneo, y esta homogeneidad en el fondo sólo se puede atribuir a una causa: la propiedad. Es la propiedad de los pertenecientes a la mediana y pequeña burguesía, que han conseguido gracias al trabajo, la suerte y otras circunstancias favorables, y a la que se agarran con fuerza, que defienden con todos los medios y por la que miran a todos por encima con un sentimiento de desprecio, que no los ha llevado tan lejos. Que aquí –sobre el suelo del temor a la expropiación– las ideas socialistas no tuvieran entrada lo tiene claro cualquiera que conozca el carácter de estas poblaciones.

En este lugar –y aquí Eichwalde representa a cientos y cientos de poblaciones, pueblos, pequeñas ciudades, urbanizaciones, lugares, aldeas y comunidades–, cada uno vive para sí mismo, aquí cada uno se considera una individualidad específica, pues aunque se trata de la individualidad de las ovejas, que simplemente no se juntan bien pegadas en el rebaño, sino que trotan a una buena distancia, no por ello renuncian a la especificidad de la oveja como especie. La limitación de sus posibilidades de avanzar económicamente se corresponde con la estrechez de su mundo interior. El servilismo y la veneración por la fuerza política y militar se complementan con su desprecio por los más débiles, los sometidos, los caídos. Aquí es donde el nacionalsocialismo encuentra su mejor caldo de cultivo, donde resulta por completo socialmente aceptable, donde incluso banqueros, grandes industriales y militares, profesores de universidad, poetas y artistas se adornan con la insignia del Partido y la denominación Partido de los trabajadores es simplemente una de las muchas denominaciones del hombre de Braunau. Si uno ha seguido hasta ahora los lemas de algunos de los treinta y tres partidos de la República de Weimar y una democracia mal entendida, ahora se agarra con ambas manos a la resistente cuerda de una nueva autoridad. A la indiscutible autoridad de la monarquía le siguió un vacío, en el que todas las autoridades, el Gobierno, la Iglesia, la familia empezaron a tambalearse, ya no ofrecieron ningún asidero y finalmente se disolvieron, se perdieron el prestigio social y la seguridad económica. En casos así la propia inferioridad se transfiere sin vacilar a la nación y se la convierte finalmente en la pauta de acción. La infeliz propensión alemana hacia lo doctrinario, lo absoluto y la exclusividad le conviene a la pretensión total de poder de la violencia nacionalsocialista; obedientemente, se dejan arrastrar y se avienen a pensar de la misma manera dentro de la así denominada comunidad del pueblo; cada uno aporta lo suyo para cambiar y adquirir la terminología de la casa Parda, conteniendo en un escalofriante aumento todos los ingredientes de la supuesta esencia alemana: el orgullo nacional y el sentimiento social, el espíritu militar y comercial, la labor de pionero y el antisemitismo. La constitución de una nueva capa de mediana burguesía parece ahora asegurada, una vez que el ascenso y el poder de la clase obrera la han colocado a su mismo nivel, robándole de ese modo a la pequeña burguesía sus pretensiones de ocupar el penúltimo escalón de la escala social. La autoridad de la gracia de Dios ha sido sustituida –tras el interregno de una época sin autoridad– por la pretensión de poder de una nueva autocracia, que al principio se acepta con dudas, pues proviene de las mismas filas, y a la que después se le da la bienvenida con entusiasmo, pues ha tenido éxito. Al lado, la mediana y pequeña burguesía, que anhela creer en algo y que, al perder sus bienes y ahorros durante la inflación, se ha acercado preocupantemente al nivel de las masas proletarias, ve su oportunidad en esa coyuntura, y cuándo se ha resistido un corazón burgués a su reclamo. Uno asiste a la recuperación de la economía y oye la llamada del trabajo y el pan, se ríe de las voces admonitorias que profetizaban que la misma manivela algún día se giraría para una escalofriante danza de la muerte, que algún día ese trabajo se acabaría y que con ello desaparecería el pan. No se sienten como tales las cadenas que el nacionalismo

coloca a sus súbditos, pues el servilismo alemán ante la razón de Estado y las órdenes que provienen de arriba ascienden a un nuevo plano al elevarlo a la raza aristocrática y el derecho de autodeterminación y la falta de libertad personal se compensa con la primacía del pueblo alemán en el mundo. Deslumbradas por los éxitos económicos de la aparente recuperación, las masas pequeñoburguesas se someten al nacionalsocialismo y se identifican con sus objetivos, que convierten en suyos y exageran con un orgullo altivo; se entregan a la propia capacidad de decisión y renuncian a cualquier pensamiento moral, pues el Führer siempre tiene la razón. Y ya que nadie toma la palabra se deslizan finalmente hacia un trauma psíquico cuando se consume su violación espiritual y mental. El péndulo del sentimiento de ser alemán siempre ha oscilado entre el autodesprecio y la autopresunción, y a la *actio* en una dirección ha seguido la *reactio* en la dirección opuesta; se respira con alivio ahora que se forma parte de un pueblo de hermanos y se pertenece o se simpatiza con el mismo partido. El cambio de todos los valores en su contrario, la desfiguración de todas las virtudes hasta que se vuelven irreconocibles, el desprecio hacia todos los ideales que puedan ofender la hegemonía del programa nacionalsocialista, todo ello se acepta sin objeción alguna, se coloca uno bajo una tutela a la que sigue una inconcebible y autoinducida enajenación mental. La institución del odio como idea del Estado se recibe con convencimiento, en ella se puede descargar el resentimiento estancado del pequeñoburgués hacia las minorías políticas, religiosas y raciales. Con fascinación se escucha atentamente la voz poderosa, que con insolente desprecio declara como no válidos los conocimientos espirituales de una historia mundial de muchos miles de años, que mueve toda piedra en Alemania y hace rodar toda rueda, que pone en movimiento al ejército y surca los mares de todo el mundo, a la que hay que agradecerse todo y que siempre tiene razón, y no se dan cuenta de que la fidelidad se convierte en falta de carácter, la atención en bizantinismo, la obediencia en esclavitud, el servicio al Estado en delación.

Allí donde Eichwalde se convierte en municipio de Zeuthen, en una pequeña y corta calle lateral, hay una pequeña casa, estrecha y con la fachada puntiaguda, que en realidad no se diferencia en nada de las otras casas de los alrededores. Fue construida bien apartada de la calle y está rodeada de varios pinos altos, mientras que frente a la fachada que da a la calle hay varios abetos blancos. Esta casa, por poco llamativa que parezca desde fuera, ha sido el centro de atención general durante mucho tiempo, hasta que este interés, mezcla de curiosidad y sensacionalismo, fue superado por otros grandes incidentes, pues la sed de sensacionalismo y la curiosidad nunca pueden ser un estado permanente. En diferentes ocasiones la atención pública se centró una y otra vez en esta casa, y entonces se recordaba enseguida su oscuro pasado. Nada se graba mejor en la memoria de los pequeñoburgueses que el recuerdo de las cosas que son perjudiciales para otros y de esta forma mejoran el propio yo; nada resulta más idóneo para que el partido gobernante lo vea a uno con complacencia y se lo considere un ciudadano leal que sumarse al boicot del proscrito.

La casa de la que aquí se habla pertenece al antiguo secretario sindical y diputado Friedrich Wiegand. No obstante, en pocas ocasiones ha podido disfrutar de su propio hogar y del idílico silencio y la paz del paisaje de Brandeburgo, pues durante los años en los que se instaló en esa casa en Alemania se dirimían las más duras batallas de los trabajadores, que lo llevaron de una huelga a otra, de un encierro a otro, de una negociación tarifaria a otra, de Berlín a la cuenca minera del Ruhr, de la costa a la Alta Silesia, desde Sajonia hasta Baden.

A estos años los siguió inmediatamente la llegada al poder del nacionalsocialismo, que a

Wiegand únicamente le supusieron persecución y detenciones. Lo detuvieron por primera vez el día del incendio del Reichstag; lo dejaron en libertad veintisiete meses después para tenerlo bajo la vigilancia más estricta. Durante los años siguientes, cada vez que se producía una crisis interna y externa del régimen de Hitler era detenido de nuevo y enviado a un campo de concentración, hasta que poco antes del ataque contra la Unión Soviética decidió hacerse ilegal, pues la vigilancia policial y los controles continuos de la Gestapo ya no le dejaban ninguna libertad de movimientos, y la labor clandestina le exigía una entrega total. Wiegand desapareció de Eichwalde, simplemente ya no estaba allí, ningún registro domiciliario aportó prueba alguna sobre su paradero actual, ningún control nocturno por sorpresa permitió dar con él o con algún rastro suyo.

Su familia permaneció en la casa, su mujer y sus cuatro hijos. Su mujer, Lucie Wiegand, es una de esas mujeres que pase lo que pase permanecen junto a su marido, no porque las costumbres y la moral así lo exijan, tampoco por hábito y perseverancia natural, sino porque la une a él un sentimiento poderoso e incontenible y una férrea creencia en todo lo que él defiende. Ni por un segundo se ha vuelto veleidosa, nunca ha luchado por un arrebató de debilidad contra el destino que la privaba sin cesar de su marido, tampoco ha intentado aprovecharse nunca del enfrentamiento entre su marido Friedrich Wiegand y el político Friedrich Wiegand, todo lo contrario: siempre lo apoyó para que no cediera, nunca ha pensado en que él se pasara al bando nacionalsocialista con el fin de escapar a los peligros que los amenazaban y así poder disfrutar al fin de una existencia hasta cierto punto pacífica.

En el Estado nacionalsocialista el trato con criminales no es necesariamente peligroso, aunque sí que es un delito grave el trato con los así denominados enemigos del Estado y elementos políticamente poco fiables (y también, naturalmente, con los judíos).

Alrededor de la familia Wiegand se creó inmediatamente un círculo mágico que nadie se atrevía a cruzar, pues el foco de la vigilancia policial enfocaba a todo aquel que se atreviera a acercarse. Aunque no había nadie allí que se arriesgara a ello, pues siempre tenía en contra el empeño del vecino alemán de no llamar la atención bajo ningún concepto o de convertirse en impopular. El odio, que en la mayoría de los habitantes siempre había latido en contra del defensor del socialismo, salió de repente a la luz del día y se avivó.

Lucie Wiegand se tomaba con orgullo el aislamiento que se le impuso poco después de la toma de poder de los nacionalsocialistas, no intentó romper el círculo de silencio que se alzó a su alrededor y no respondió a ningún saludo que no se le hiciera clandestinamente y de forma furtiva. Siempre había mantenido poco contacto con el mundo burgués que la rodeaba; los puntos de contacto con éste siempre habían sido de naturaleza general y superficial; no echaba de menos la compañía, el ostracismo no le dolía, aunque descubrió la cobardía e hipocresía de su entorno burgués, que de repente ya no toleraba.

Lucie Wiegand es una mujer de estatura mediana, delicada; a pesar de que ha dado a luz a cuatro hijos, sigue siendo delgada como una jovencita; la cara alargada, cuya belleza apenas se ha enturbiado, a pesar de los susurros, las preocupaciones y el sufrimiento, muestra la tez delicada de las rubias pelirrojas. Las características de su cuerpo son equivalentes a las de su alma y su espíritu. Al igual que su cuerpo es, a pesar de su constitución frágil, insólitamente resistente, el dominio mental y espiritual de sí misma está determinado por una fuerte voluntad de no plegarse a ninguna coacción externa. Ni en las horas oscuras se ha dejado plegar por lo que generalmente se denomina destino, que pende irrevocable sobre las personas, sino que ha organizado su vida siempre de forma positiva. Como la mayoría de las mujeres, no se ha perdido en detalles, sino que

siempre ha perseguido un gran objetivo. Cuando en la primavera de 1941 se desató una nueva ola de detenciones de antiguos funcionarios comunistas y socialdemócratas, y de políticos burgueses de izquierdas y católicos, y Friedrich Wiegand contaba con que sería enviado de nuevo a un campo de concentración, ella estuvo enseguida de acuerdo cuando éste eligió la clandestinidad como la única alternativa posible.

A pesar de estar continuamente rodeada de odio y persecución, de enemistad y desprecio, no contemplaba su vida como un desastre o un destino funesto, pues en cierto sentido ella misma lo había provocado con su adhesión política y su voluntad de perseverar en ella. Y, a pesar de todo, sobre su vida se cernía una profunda tragedia. Se trataba de la tragedia de los padres de Alemania, quienes, por motivos políticos, religiosos u otros, estaban enemistados con el nacionalsocialismo, y tenían que ver con una rabia impotente cómo se les arrebatava completamente de las manos la educación y la guía espiritual de sus hijos, y cómo éstas eran forzadas a tomar una dirección cuyas consecuencias ellos tenían claras, pero contra las que no podían hacer nada. Aparte de esto, la vida le había deparado a Lucie Wiegand una amargura muy particular.

Robert, su hijo mayor, era un arribista desconsiderado; había sido dotado con una inteligencia que transformaba todos los valores ideales en materiales. Las convicciones sólo suponían para él un escalón más en la escala social, algo de lo que uno se apropiaba o rechazaba según las circunstancias. El contenido de estas convicciones no jugaba aquí ningún papel, siempre que sirviera al objetivo que se ambicionaba. Esta característica de la esencia del joven ya tuvo consecuencias bastante desagradables en el colegio, lo que le comportó varias reprimendas por parte de sus padres, aunque ello no salió hasta cierto punto de la esfera privada. Sin embargo, esto cambió enseguida, en cuanto el nacionalsocialismo llegó al poder y penetró, con sus exigencias y extorsiones, en todos los poros de la vida pública y privada. De pronto, el muchacho se vio aislado; le dedicaron observaciones maliciosas que le llegaban como inmundicia y, muy pronto también, tuvo que reconocer que sus padres sólo lo consolaban, pero que, de ninguna manera, le prestaban ayuda en público, por lo que se vio obligado a buscar ayuda. Aunque era un buen alumno –por entonces cursaba el cuarto curso de enseñanza secundaria en el instituto de Eichwald–, vio cómo le impedían progresar, o por lo menos le ponían obstáculos, tanto más cuando algunos profesores ya se habían quitado la máscara y, dándole un trato muy estricto al «chaval socialista», intentaban conseguir una buena reputación entre los diversos sectores del Partido y el nuevo alcalde.

Ya que al muchacho el respeto, de cualquier tipo, le era desconocido cuando se trataba de su propia persona y la consideración sólo suponía un obstáculo, y ya que el reconocimiento público le era más importante que la propia confirmación, el joven de trece años dio un paso que lo separó de sus padres con un golpe duro: se hizo miembro de las Juventudes Hitlerianas, que por entonces aún no era la organización violenta de la juventud alemana. Sin embargo, no sólo dio ese paso, sino que renegó de sus padres en público, se apartó de ellos y en poco tiempo se convirtió en el miembro más apasionado de las Juventudes.

Lucie Wiegand –por entonces su marido había sido detenido por primera vez– no era en absoluto el tipo de madre que hubiera abofeteado a un hijo por su arbitraria manera de proceder o que lo hubiera abrumado con reproches; más bien intentó ser convincente con él; había entendido que el joven, vista la sociedad civil que lo rodeaba –que, ondeando las banderas, se había sometido al nuevo tribuno de la plebe–, no quería permanecer a un lado, que no podía soportar ver cómo otros se arrebataban de convencimiento y se entregaban a una psicosis en masa mientras él

permanecía únicamente como un espectador ajeno y expulsado, que se había apoderado de él un fuerte complejo de inferioridad. Sin embargo, con firmeza, el joven hizo caso omiso de todas sus palabras, pues no quería desempeñar el papel de un paria, sino disfrutar de los mismos derechos y ser igual de respetado que los demás.

Tampoco cambió nada cuando Wiegand regresó del campo de concentración una vez lo pusieron en libertad y se enteró de la transformación de su hijo. El muchacho no atendía a razones, prosiguió el camino que había iniciado con la lógica férrea que había heredado de su padre y permitió que el veneno del nacionalsocialismo se infiltrara en él, de la misma forma que asimilaba con avidez y se apropiaba de todo aquello que fuera conveniente y útil para su nuevo papel.

De rechazar a los padres y sus convicciones a despreciarlos sólo había un paso. Después de todo, la casa de sus padres era para él sólo un lugar donde dormir y alimentarse y los restos de sentimiento que habían quedado fueron eliminados concienzudamente mediante el socavamiento sistemático de la autoridad de los padres por parte de las Juventudes Hitlerianas. Lucie Wiegand sufrió lo indecible con esta relación. Cuando observaba el rostro duro de su hijo, cuando notaba sus ojos fríos sobre ella y sobre su marido, se horrorizaba de repente: ¿ése era su hijo, que había concebido con amor, que se desarrolló en su cuerpo? Entonces recorría con sus pensamientos todas las fases de su desarrollo, desde la primera vez que le dio el pecho hasta los días del presente. ¿Qué demonio se había apoderado del muchacho, que reprimía todo lo bueno que ella creía haber plantado en él en beneficio de un arribismo casi maniaco?

Una y otra vez intentaba influir en él de todas las maneras imaginables, evitaba los sentimientos y dejaba que hablara la razón, pero no podía llegar a él, la pertenencia a las Juventudes Hitlerianas lo desligaba de cualquier relación familiar, del respeto, del agradecimiento. En su desesperación, intentó jugar incluso la carta materialista, pero el joven de diecisiete años se rio burlescamente y miró a su madre, pequeña y delicada frente a él, con su mirada desvalida y los hombros caídos, con un aire de superioridad y menosprecio, pues por entonces se había acuñado la palabra del Reich milenario.

Cuanto mayor se hacía Robert Wiegand, más crecía la tensión entre él y su padre. Cuando la Gestapo detuvo de nuevo a Friedrich Wiegand durante la crisis austríaca de marzo de 1938, el hijo se limitó a decir cínicamente que quizá sería mejor que su padre se quedara en la cárcel, antes de que condujera a la desgracia a toda su familia, pues él ya no cambiaría, simplemente le faltaba el sentido para comprender lo nuevo; tampoco lo quería, pues un enemigo del Estado era un enemigo del Estado y la circunstancia de que casualmente fuera su padre no cambiaba nada.

Una vez Robert Wiegand terminó el bachillerato y cumplió con su año de servicio social, se presentó voluntario en las SS. Ahora, en abril de 1945, han transcurrido casi tres años desde que se fue de Eichwalde. Lucie Wiegand sólo guarda malos recuerdos del último permiso, únicamente la mitad de él, que su hijo pasó con ella. Debía reconocer con un estremecimiento que aquello que aparentemente se había adueñado de su hijo de un modo superficial, aquello que antes había sido sólo un medio para conseguir un fin, lo había asimilado hasta los tuétanos y se había convertido en parte esencial de su vida. Aunque no fue algo muy frecuente, durante su niñez manifestó de vez en cuando algún que otro gesto de conciliación, pero con el uniforme parecía haberse blindado: era una coraza en la que rebotaban sin surtir ningún efecto las lágrimas, las recriminaciones y la tristeza, los ruegos y las maldiciones. Vistiendo el uniforme parecía haber adquirido un derecho que lo liberaba de cualquier relación personal y que lo obligaba a una total insensibilidad frente a los destinos humanos, había alcanzado finalmente el estado espiritual final en el que ya no había

espacio para el pensamiento y el sentimiento individuales. Y de nuevo Lucie Wiegand tuvo que preguntarse horrorizada si el que hablaba de las razas inferiores como de parásitos molestos, de la necesaria reducción del potencial biológico del enemigo como si hablara de la erradicación de malas hierbas, era realmente su hijo, aquella semilla que un día introdujeron en ella y que alimentó con su sangre. Esa noche lloró largamente, no de pena, sino de vergüenza; hizo introspección y sacó a la luz sin miramientos sus propios pensamientos, pero no pudo culparse de nada, ella y su marido hicieron siempre todo para que el chico fuera como ellos y, sin embargo, se había demostrado que la presión exterior había sido más fuerte, aunque –y también eso lo tuvo claro esa misma noche– no sólo la presión exterior podía ser la causante, tenía que haber algo más, en las enseñanzas nacionalsocialistas debía surtir efecto un fermento que debía descomponer la capa protectora que durante cientos de años se le había inculcado a la humanidad y que había recubierto los instintos salvajes de los caníbales de la selva, que despertó de una sacudida a los bárbaros y sacó a la luz, incitó y excitó todas las pulsiones salvajes: el despotismo y el impulso conquistador, la rapacidad y el instinto asesino, la violación y la voluntad de incendio. La fantasía desatada de la infeliz madre vio cómo su hijo de sangre fría se abalanzaba sobre los torturados habitantes de la tierra rusa vencida con una ametralladora y una fusta, incendiando pueblos pacíficos; vio grabado en su rostro –que aún conservaba los rasgos del niño que fue, cuando aún era un espíritu inocente– el estigma de las dos runas de la muerte. Era simplemente inconcebible que su hijo vistiera el mismo uniforme que esos criminales que se habían llevado más de una vez a su marido y que aún, cada cierto tiempo, irrumpían de noche en su casa, lo registraban todo, la insultaban de forma indecente y descargaban su ira en cualquier objeto tras sus registros infructuosos; con un insolente movimiento de la mano, tiraban un jarrón del bufé o arrojaban con una rápida patada al perro hacia una esquina.

En su desesperación, encontró consuelo en sus otros tres hijos: Ernst, de veinte años; Katharina, de dieciséis; y Rosemarie, de trece años. Aunque eran más jóvenes que Robert y, por lo tanto, a diferencia de él, ya desde los primeros años estuvieron sujetos a la influencia del nacionalsocialismo. Así era, apenas habían podido conocer algo diferente, aunque el contrapeso de los padres había conseguido crear cierta compensación. Ya que la influencia nazi apenas se podía evitar, la visión del mundo que les proporcionaban los padres la habían resquebrajado. Especialmente ambas muchachas, cuya sensibilidad era la escala de medir las cosas, no consiguieron sustraerse a esta influencia, aunque en su corazón permaneció la duda. Precisamente la sensibilidad es lo que les permitió reforzar esa duda, pues nunca se les había pasado por la cabeza dudar de la sinceridad de su madre, y el hecho de que los profesores siempre destacaran a su hermano mayor como ejemplo a seguir del nacionalsocialista convencido y fanático consiguió que la duda fuera creciendo.

Ernst Wiegand sufrió a los catorce años una fractura complicada de la pierna y se quedó con una pierna más corta que la otra, por lo que fue eximido del servicio social y declarado inútil para el servicio militar. Era una mezcla extraordinaria, un idealista soñador y al mismo tiempo también un realista duro, se evadía de la cruda realidad y se perdía en un romanticismo alejado del mundo, aunque también analizaba los fenómenos de la realidad con una lógica aguda y un conocimiento sorprendente. Iba a lo suyo, como aquel cuyos pasos se detienen de vez en cuando y cuyas miradas sólo son capaces de percibir breves retazos del camino, pero cuyos pies no notan debajo de ellos el suelo firme ni sus ojos reconocen hacia dónde les conduce la calle. Algunos extremos de las enseñanzas del nacionalsocialismo le atraían, ya que no era capaz de reconocer que se aprovechaban de los tesoros de la cultura alemana para avanzar y escudarse tras ellos, que detrás

de Goethe, Beethoven y Kant marchaban las filas de los eternos mercenarios, los negreros y los asesinos teóricos de la raza, que se vestían con la cultura en cualquier ocasión sin ninguna responsabilidad como si se tratara de un traje de domingo (aunque un asesino se vista de frac, sigue siendo un asesino), que arreglaban y falseaban la herencia cultural en beneficio propio sin vergüenza como si de trileros se tratara. A pesar de todo ello, Ernst Wiegand no sucumbió a la ideología nazi, porque mientras la duda en sus hermanas era parte variable, aunque permanente, de su mentalidad, en él era un conocimiento (de hecho, incompleto). Aquello que en una ocasión había aceptado como verdadero y correcto se había clavado en él como un garfio y las pocas horas que había pasado con su padre en lugares de encuentro secretos cuando éste pasó a la ilegalidad, las preguntas se le agolpaban y había aprovechado ese poco tiempo para atiborrarse de todo el saber posible. De estos encuentros surgía siempre un rayo de luz hasta que de nuevo la máquina de propaganda oficial lo ensombrecía todo. A Ernst Wiegand lo confundían todos; creía a su padre, pero también creía algunas de las cosas que, de diversas maneras, habían inculcado al pueblo como verdades eternas, como tradición inalienable, como el derecho justificado de una gran nación. Superaba su capacidad el imaginar que aquello que se presentaba con plena convicción y con la cara del burgués desde los púlpitos, las cátedras y las tribunas no fuera una mentira y un engaño, una falsificación y una calumnia. Así oscilaba siempre, pues una cosa excluía la otra, entre lo que de alguna manera le era innato y no dejaba de generar una y otra vez en su interior y todo aquello que, con una violencia brutal para persuadir y la indulgencia excluyente del Führer, caía sobre él, sorprendiéndole en ocasiones cómo los prejuicios y las valoraciones expresados con tozuda perseverancia también se apoderaban de él, por lo que debía emplear toda su lógica para convertirse en su amo. No obstante, no podía evitar que en él quedara un resto, una especie de sedimento correoso. A su hermano mayor Robert lo despreciaba a conciencia y ese desprecio se convirtió en odio cuando, durante su último permiso, éste hizo la infame observación de que lo mejor sería que su padre no regresara nunca de la ilegalidad. Únicamente el hecho de que su trabajo –trabajaba como mecánico de precisión en la industria eléctrica– hubiera llevado a Ernst a Silesia precisamente ese día, impidió que los hermanos llegaran a las manos. Su partida repentina le ahorró una derrota que nunca hubiera podido superar, pues no sólo era físicamente el más débil, sino que además mentalmente siempre estuvo por debajo de su hermano, su rechazo del nacionalismo nacido del instinto y del conocimiento a medias habría chocado con la robustez y la brutalidad seguras de sí mismas y del triunfo del futuro dueño del mundo, y alimentadas por el poder; todos sus argumentos se hubieran ahogado en sus cinismos y hubieran sido vencidos por el dogma excluyente de la teoría racial.

En abril de 1945, Lucie Wiegand estaba sola. Su marido vivía a la sombra de la ilegalidad a sólo media hora de tren y a pesar de ello era inalcanzable; su hijo mayor luchaba en alguna parte del frente oriental; del más joven no sabía nada, pues su trabajo le había llevado a una ciudad que ocuparon por sorpresa los rusos; su hija de dieciséis años estaba en Pomerania cumpliendo su año de servicio social, mientras que su hija de trece años, Rosemarie, estaba en los Sudetes en un campo para niños desplazados. Ella misma estaba obligada a trabajar en la industria de armamento y se pasaba cada día nueve horas en la empresa Schwarzkopff, en la localidad de Wildau, dedicada a una labor monótona. Sus rasgos denotan ahora esa expresión de cansancio y agotamiento que se adhiere a las mujeres que trabajan mucho, y a pesar de todo en sus ojos se atisba un brillo que cada día reluce más y se convierte en una luz, pues las muelas de molino de la maquinaria de guerra aliada machacan los frentes con un ímpetu atroz. Cuando finalmente la

catástrofe los engulla quizá a todos, traerá sin embargo algo feliz con ella: el fin del maldito Reich de Hitler.

IX

15 de abril, 14:30 horas

El cambio de turno en los ferrocarriles Karlshorst ha finalizado. Entre las vías férreas de los trenes de cercanías e interurbanos, entre gran cantidad de vías de depósito, entre las largas filas de vagones de personas, entre trenes rápidos y de mercancías, entre locomotoras en cambio de vía, entre agujas e indicadores luminosos, puentes de señales y puestos de enclavamiento, los liberados del servicio parten en gran número, y a gran velocidad, hacia la estación de depósito de Rummelsburg, pues hace pocos minutos que las sirenas han empezado a sonar bien alto informando de la alarma aérea antes de la alarma total.

Friedrich Wiegand no tiene especial prisa, le da igual si la alarma lo encuentra aquí o en algún sótano o refugio subterráneo. Tiene un hogar, pero está vedado para él; tiene mujer e hijos, pero no los puede ver, aunque ahora mismo no piensa en ello, ahora le ocupa algo muy diferente y por ello anda lentamente, permite que los otros lo adelanten e ignora los avisos de advertencia. A paso rápido uno no puede reflexionar y reflexionar es justamente lo que tiene que hacer ahora. Tiene que conseguir aportar luz sobre algunas cosas, eso es mucho más importante que evitar un ataque aéreo o plantearse qué refugio antiaéreo es más seguro, o si aún dispone del tiempo suficiente para alcanzar un búnker.

El peligro que amenaza desde el aire no le asusta, pues hay otro peligro, aún no reconocible, no palpable, pero que está allí, en el ambiente. Wiegand no está ni un minuto seguro, la precaución a todas horas se ha convertido en una costumbre para él; sopesa cada palabra, controla cada gesto, regula su comportamiento en el entorno y determina sus actuaciones.

Aquí no se trata del miedo mezquino por la vida, sino de la preocupación por el cometido que se ha propuesto, una tarea que exige la mayor de las disponibilidades, que no logrará la aprobación ni el reconocimiento de nadie y cuya recompensa se encuentra en él mismo.

La destrucción o la inutilización temporal de locomotoras, el cortar los cables de las señalizaciones, el poner fuera de funcionamiento agujas importantes, incendiar depósitos de carbón, sin olvidar repartir octavillas y avisos en muchos lugares de los talleres son tareas de las que Wiegand se ocupa desde hace mucho tiempo. Exige un alto grado de agilidad, pues tiene que estar siempre allí donde no se le espera; debe concentrar en cada ocasión toda su atención para proceder en el momento adecuado sin levantar sospechas o ser descubierto. Tiene que arreglárselas siempre él solo; se trata de una lucha continua por dar con la ocasión, con el momento más apropiado, en contra de la casualidad y la turba que lo persigue. Cuenta con la ventaja de que conoce a sus perseguidores, los hombres de la seguridad de la fábrica y del ferrocarril, que desde hace unos meses se ha reforzado y vigila día y noche el recinto, aunque los vigilantes lo hacen con la minuciosidad testaruda de los funcionarios, hacen su ronda de forma leal y honrada, aparecen siempre a las mismas horas en puntos concretos, hasta tal punto que prácticamente funcionan a golpe de reloj; cada pocos días, organizan un registro de los trabajadores y empleados, una vez en el taller de las locomotoras, después de nuevo en la sala de los vagones, otra vez en las grúas o en las salidas, pero lo único que consiguen son cigarrillos o alcohol de contrabando o una mochila llena de carbón o madera con la que el ladrón pensaba

mejorar lo que tenía asignado. No, Wiegand no teme a este tipo de cazadores, son demasiado poco imaginativos; como agentes policiales trabajan con la misma monotonía con la que trabajarían un trozo de hierro en el torno o venderían billetes de tren. Más peligrosos son los colegas que aspiran a un ascenso delatando o chuleando, o aquellos que pertenecen al Partido o a las SA y ahora presienten el desastre que se cierne sobre ellos, sobre sus bienes y su vida, a los que les gustaría lanzarse al cuello de cualquiera que no esté al cien por cien con el nacionalsocialismo, que obligarían a cualquiera a luchar junto a ellos y también a morir con ellos, que no le envidian a nadie el sobrevivir a la catástrofe –una catástrofe que ya los está hipnotizando, que se dirige hacia ellos a pasos agigantados y que ya proyecta su sombra sobre ellos–. Sin embargo, esta gente no le resulta indiferente; en el transcurso de los últimos años ha aprendido a refrenar y educar su lengua, fingir sus expresiones, y en el Tercer Reich la hipocresía y un lenguaje complaciente son los requisitos que más se requieren.

Y, sin embargo, desde hace un tiempo algo ha cambiado. No se le ha escapado a Wiegand que, desde hace unas semanas, un joven al que no había visto nunca ha aparecido por el taller en repetidas ocasiones. Naturalmente no resulta nada extraordinario que en el taller aparezca gente nueva, aunque este joven destaca por algo muy particular, pues no viste un uniforme de los ferrocarriles, en ocasiones viste de civil de forma poco llamativa y la mayoría de las veces está acompañado de inspectores y mandos superiores de la dirección del taller, o bien viste un mono de color azul, bastante nuevo y sin rastros de haber trabajado con él, no está desgastado, ni desgarrado, no tiene remiendos ni manchas de aceite. Vagabundea como un perro de caza que hubiera perdido un rastro o deambula como si nada por allí, aunque sus ojos no dejan de observarlo todo. Se hace pasar por ingeniero que quiere conocer el taller y no desempeña mal su papel, incluso cuenta con algunos conocimientos técnicos de maquinaria, aunque no deja de ser un papel que interpreta. Wiegand ha comprendido pronto que aun así lo es todo menos un ingeniero, le parece más bien alguien que conoce alguna cita latina, pero no conoce la más simple declinación o conjugación, pues desconoce por completo el idioma.

¿Por qué razón entonces vagabundea este joven por el taller? ¿Durante estas semanas en las que los ferrocarriles del Reich requieren de hasta la última mano de obra se dispone de tiempo para que un joven ingeniero haga aquí, por decirlo así, su voluntariado, como si se tratara del hijo del jefe en el taller de un amigo? Es poco probable, muy poco probable. No es ningún secreto que, ante el avance de los ejércitos aliados, el estado de ánimo es muy malo en los ferrocarriles Karlshorst, pero sobre todo desde que los rusos han alcanzado ya Küstrin y Fráncfort, los extranjeros se han vuelto rebeldes, a menudo simplemente faltan al trabajo sin dar explicación alguna, se vuelven testarudos y, hace pocos días, un equipo de soldados formado por trabajadores del Este atacó a un jefe de cuadrilla y casi lo matan a golpes, pues ya no podían ver más cómo torturaba sádicamente a un grupo de ucranianas obligándolas a hacer los trabajos más duros en la vía férrea. ¿Debían dar de nuevo un escarmiento a unos cuantos hombres del campo de concentración? El chaval huele a soplón y no lo puede disimular con el perfume de la benevolencia ni simpatizando con los trabajadores: tiene un leve aire a proxeneta; actúa bien, pero sólo para el observador superficial. La mirada de Wiegand se ha agudizado durante los años de ilegalidad; no es que vea fantasmas, pero es capaz de desenmascarar y captar los matices.

O bien... Wiegand se detiene, un presentimiento lo golpea como si fuera una piedra. ¿O es que la presencia de este chaval está relacionada con su labor de sabotaje y con el reparto de octavillas? Wiegand se esfuerza por recordar un momento muy concreto.

¿Cómo ha ocurrido? El chaval también lo ha rondado a él, no cabe ninguna duda; las conversaciones, que en la mayoría de los casos no duraban más que unos cuantos minutos, no es que fueran forzadas, aunque por otro lado no se producían de forma natural, siempre tenían como punto de arranque cualquier asunto técnico del taller y de allí saltaban siempre a la guerra y la situación en general. El joven siempre daba a entender que ya estaba harto de la guerra y que el Führer debería terminar con ella de una vez por todas antes de que todo se pierda. Wiegand no hacía otra cosa que sonreír para sus adentros, hace ya decenios que dejó atrás la época en la que caía en la trampa del discurso provocador, así que no se dejó embaucar, llueve sobre mojado. Muy al contrario, echó pestes contra el perro de presa de Stalin, contra el alcohólico de Churchill y contra el criminal de guerra número uno, Roosevelt, y, por lo demás, resaltó su absoluta confianza en la victoria y en las nuevas armas que a partir de ese momento entrarían en acción. Sin embargo, aunque Wiegand ya durante la primera conversación sólo se expresó positivamente, el joven volvió a dirigirse a él en dos o tres ocasiones. ¿Quizá porque le resulta sospechoso?

Wiegand repasa mentalmente su comportamiento durante los últimos tiempos, pero no da con nada en particular que lo haga destacar como sospechoso entre la masa; siempre se ha dirigido al taller con la mayor de las precauciones, nadie lo ha sorprendido nunca, nunca ha contado con un confidente, siempre ha trabajado solo, pues en ello ve la mejor garantía de no ser descubierto. Sólo en una ocasión estuvieron a punto de detenerlo; aún recuerda perfectamente esa noche: todos sus detalles se han grabado firme e indeleblemente en su memoria. Ocurrió durante una alarma antiaérea. Una docena de Mosquitos había dejado caer al este de la ciudad sus minas y bombas y, justo después del aviso previo al cese de alarma, Wiegand y otros abandonaron el refugio antiaéreo. Las farolas de los largos postes sobre las vías de maniobras todavía no se habían encendido, aún estaba encendida la iluminación de emergencia en el taller de locomotoras (unas cuantas bombillas que apenas iluminaban con un tono azulado y turbio la sala alargada y oscura).

Sabía que justamente en la vía 1 se había puesto a punto una locomotora; debido a un fallo en la máquina, un convoy que transportaba munición se había quedado parado en Erkner y había que enviar una locomotora 03 de reemplazo desde Karlshorst; ya estaba echando vapor y sólo había que añadirle agua. En la sala aún no había ni un solo operario, estaba desierta, sólo se oía el golpeteo monótono del compresor de aire y los gruñidos de unos cuantos cazadores nocturnos, que hacían su ronda inútil por la ciudad. Se subió con decisión a la locomotora, con una llave inglesa desplazó la palanca que cerraba el conducto de humo y lanzó un cartucho de dinamita entre los tubos de salida de humos. En el mismo momento que cerraba el conducto de humo y quería volver a cerrar la palanca, alguien que aparentemente había pasado la alarma dormitando en una locomotora lo agarró por detrás.

El susto aturdió a Wiegand como un puñetazo que hubiera impactado directamente en su corazón, aunque únicamente durante unos segundos; no dio ocasión a que se iniciara una lucha, sino que tumbó al agresor de un golpe con la llave inglesa y desapareció en la oscuridad. Cuando pocos minutos después lo avisaron del cese de la alarma, ya se encontraba en su puesto de trabajo. Naturalmente, investigaron a conciencia, pero no consiguieron nada, sobre él no cayó ni un atisbo de sospecha y, por lo demás, nunca había mostrado ningún punto débil.

No, Wiegand niega con la cabeza y prosigue su camino, está descartado que... Y, sin embargo, hay algo que le advierte que debe proceder con el máximo cuidado. Aunque por el momento tampoco tendrá ocasión de realizar actos de sabotaje, pues a partir de mañana lo trasladan a una brigada de colocación de vía férrea. Por muy molesto que le resulte este traslado, también le

tranquiliza, en parte, pues si hubieran sospechado que se trata de un saboteador lo hubieran dejado en el taller para pillarlo in fraganti.

Cuando Wiegand alcanza la Lebuser Straße, las sirenas rompen el aire con tonos largos. ¡El cese de alarma! Los escuadrones americanos han cambiado de dirección y no han sobrevolado Berlín.

Lebuser Straße 4, una caja de piedra desnuda y gris que ya no merece la calificación de casa; en realidad nunca la mereció: cinco pisos que se alzan en la altura entre vecinos asimismo malogrados como una mole burda y que rodean un pequeño y oscuro patio cubierto de un asfalto alabeado y lleno de agujeros y con cubos de basura a rebosar. Se divide en una parte delantera, dos alas laterales y un edificio posterior. Hasta la última esquina está aprovechada al máximo, el arquitecto ha considerado aquí la comodidad como un despilfarro de espacio, pues se hubieran reducido los ingresos por alquiler. El ambiente del edificio es mohoso y sofocante, obra de la codicia y de un arquitecto complaciente.

Wiegand se estira en el sofá de su cuarto; está muy cansado y quisiera dormir unas cuantas horas antes de ir a ver a Klose. Sin embargo, no consigue conciliar el sueño, a pesar de que el cansancio le pesa sobre los párpados y siente las extremidades como si fueran de plomo. No sólo son los pensamientos que le asedian sin parar y que le impiden dormirse, es algo diferente, alguna cosa, que lo mantiene despierto. El recelo hostil con el que cada alemán trata a un extraño, la hipocresía con la que se protege, el rechazo esquivo que utiliza como una coraza, a Wiegand le son en gran medida propios. Es una persona objetiva y racional, no concede ningún valor a los presentimientos y presagios, no es para nada supersticioso, pero sin embargo reacciona a los menores indicios de su instinto, se percata de los más leves cambios y la más delicada oscilación en su brújula. Hay algo en esta habitación que le inquieta, hay algo, hay algo. ¿Pero qué?

Coge el *Montagspost* y lee por encima el boletín de la Wehrmacht; como siempre, lee primero las noticias del frente oriental, aunque en el este está todo tranquilo.

Entre el Drava y el Danubio [...] Los valientes defensores de Breslau [...] Entre la desembocadura del Neiße y el Oderbruch, los soviets han realizado numerosos ataques, apoyados, especialmente al oeste de Küstrin, por nutridas unidades de tanques. Nuestras divisiones rechazaron a los bolcheviques y aniquilaron en una dura batalla noventa y ocho de sus tanques. Con fuego pesado, la artillería arrebató al enemigo de forma eficaz sus puestos de concentración y salida de tropas. Desde las tierras bajas occidentales del Vístula [...] el frente de Sambia [...] Holanda [...] entre el Ems y la parte baja del Elba...

Al sudeste de Magdeburgo una división de granaderos rechazó a los americanos que habían cruzado el Elba. En el sur ya se están llevando a cabo contraofensivas contra otras cabezas de puente de la zona.

El Ruhr [...] En el Condado del Monte [...] Al oeste y sur del Harz [...] Al sur de Bernburg, una unidad de combate americana bien nutrida se hizo por la fuerza con el paso del río Saale. Las tropas de ataque que avanzan hacia Leipzig y Chemnitz han sido detenidas en las afueras de ambas ciudades por tropas de intervención de la reserva y de captación de soldados separados de sus unidades.

Wiegand deja el periódico a un lado; está inquieto; se endereza y mira a su alrededor, aunque todo está en su orden habitual. Nada ha cambiado. Sin embargo, hay algo... De repente Wiegand sabe de qué se trata: en la habitación huele a tabaco, no intensamente, aunque sí de forma perceptible.

Wiegand sabe a ciencia cierta que hace días que no fuma en la habitación. El olor que flota en el ambiente delata que hace muy poco que alguien ha fumado allí. El humo de tabaco que se ha condensado aquí desde hace más tiempo tiene otro olor, algo mustio y desabrido, pero éste es claramente más fresco. Wiegand se deja caer del sofá, da vueltas por la habitación y olfatea como un perro con el morro en alto.

No, no se equivoca. Hace poco que alguien ha fumado en la habitación; podría incluso asegurar que no se trata de uno de los cigarrillos habituales, un Stambul o un Juno o alguna marca nueva, sino que tiene un aroma dulce a tabaco rubio de Virginia. ¿Quién ha fumado aquí? No vale la pena reflexionar sobre algo cuando tiene la posibilidad de cerciorarse de ello. Wiegand abandona su habitación, cruza el pasillo y busca a la casera en la cocina.

–¿Ha preguntado hoy alguien por mí, señora Schmitz? –inicia con una pregunta la conversación.

–No, señor Adamek –le responde la mujer.

–¿Tampoco ha estado nadie esperándome en la habitación?

–Pues no, señor Adamek –reitera la señora Schmitz–, nadie ha estado en su habitación.

Wiegand permanece un momento indeciso, no sabe si debe seguir preguntando y cómo, pero entonces toma una decisión rápida, debe ir hasta el fondo del asunto, demasiadas cosas dependen de ello.

–¿Fuma usted, señora Schmitz? –pregunta Wiegand para ir al grano.

La señora Schmitz lo observa sorprendida y deja caer en su regazo la media que estaba zurciendo.

–Hace usted unas preguntas muy extrañas, señor Adamek –dice enojada.

–Extrañas o no extrañas –replica Wiegand impaciente–, le ruego que conteste usted a mi pregunta.

–Si es absolutamente necesario que lo sepa usted –le dice la señora Schmitz algo ofendida–, le diré que no fumo. Los pocos cigarrillos que obtengo mediante la cartilla se los envío...

Wiegand hace un rápido gesto de rechazo con la mano.

–Y sin embargo, alguien ha fumado en mi habitación –dice convencido–, ayer u hoy mismo.

La señora Schmitz deja a un lado lo que está remendando con un gesto decidido, como si quisiera iniciar así una fase completamente nueva de la conversación.

–¿Qué quiere usted decir con eso, señor Adamek?

–Nada, señora Schmitz, sólo preguntaba –responde Wiegand.

–Entonces lo siento, pues no entiendo su pregunta –dice la señora Schmitz.

Wiegand hace un esfuerzo.

–Quisiera que me dijera usted quién ha fumado en mi habitación hoy o en su defecto ayer.

–Nadie ha fumado en su habitación, señor Adamek, nadie ha estado en su habitación –dice la señora Schmitz subrayando ahora sus palabras–. ¿O se piensa usted quizá que tengo un amigo y justamente en su habitación...? Se lo ruego, por favor, señor Adamek.

–No me ha entendido usted, señora Schmitz –tranquiliza Wiegand a la mujer alterada–, no sospecho para nada de usted, en absoluto, pero tengo que saber quién ha estado en mi habitación.

–No lo sé –dice la señora Schmitz, y se encoge de hombros–, realmente no lo sé. ¿Es tan importante para usted?

«Es vital», piensa Wiegand, aunque naturalmente no se lo puede decir a la mujer; aún no ha podido ver tras la máscara que todo el mundo lleva en el Reich de Hitler; hasta ahora tampoco le ha interesado. Las preguntas habitualmente generan otras preguntas como respuesta y no tiene la menor intención de ventilar ni siquiera un extremo del abrigo de camuflaje que tiene que llevar;

para esta mujer él se llama Franz Adamek, es de Ratibor, vive separado de su mujer y trabaja en los ferrocarriles: eso fue lo que le dijo cuando en septiembre del 44 le alquiló una habitación amueblada y hasta la fecha no ha añadido nada a estos datos. Ha evitado todos los intentos de la señora Schmitz y de su marido, que hace unos días fue llamado a las filas del Volkssturm para organizar una especie de comunidad de vecinos, y, aparte de algunas conversaciones generales a raíz de encuentros fortuitos, apenas han cruzado una docena de palabras.

–No es algo tan importante –responde Wiegand–, aunque realmente me gustaría saberlo. Ya sabe usted que mi mujer no deja de espiarme... ¿Estuvo usted ayer mucho tiempo fuera?

–Ayer por la noche estuve una hora, quizá hora y media, en casa de mi hermana, en la Fruchtstraße –responde la señora Schmitz, y observa a Wiegand con sorpresa–. Quiere usted decir que durante mi ausencia alguien...

Wiegand no contesta a la pregunta.

–¿Y no hay nada que le haya llamado la atención? ¿No ha visto a nadie deambulando por la escalera o frente al portal?

La señora Schmitz niega con la cabeza,

–No, no he visto a nadie. Llamar la atención... Si usted cree que es algo particular que la cerradura costara de abrir, cuando normalmente funciona tan bien...

–¿La cerradura no estaba bien?

–Yo no diría tanto –opina la señora Schmitz–, pero me costó mucho abrirla, exactamente como si alguien la hubiera manipulado. ¿Cree usted realmente que alguien intentó entrar en casa?

–Opino que no sólo es que alguien lo intentara, sino que logró entrar aquí y luego entró en mi habitación –afirma Wiegand con convicción–. Bueno, en todo caso el asunto está concluido y no falta nada. Buenas noches, señora Schmitz.

«El asunto no está en absoluto concluido», piensa Wiegand al abandonar la cocina y dirigirse de nuevo a su habitación, «ahora es cuando empieza realmente y ahora mismo vamos a comprobar que realmente no falta nada».

Al entrar en su habitación percibe claramente el olor a tabaco. Empieza a revisar sistemáticamente todos los lugares donde guarda sus cosas. Parece que todo está bien ordenado, pero no tan intacto y ordenado para que Wiegand no se dé cuenta de que manos ajenas las han tocado. Desde que vive en la clandestinidad, Wiegand ha adoptado la costumbre de grabarse bien en la memoria dónde deja sus cosas y ahora ve muy claramente que lo han registrado todo y lo han vuelto a dejar en su sitio. El desconocido que ha sometido sus pertenencias a una inspección se ha esforzado mucho en dejar las cosas tal como estaban, aunque no le ha salido del todo bien, pues Wiegand sabe exactamente que no era el *Nachtausgabe* sino el *Berliner Morgenpost* el que estaba encima del pilón, que ha dejado a propósito el forro del bolsillo interior derecho de su chaqueta sin cuello del revés y que ahora está bien colocado hacia dentro. También se da cuenta de que el colchón de su cama sobresale un poco por la parte de la pared y que la sábana no está bien metida del todo. Y hay otras señales, sólo menudencias, pero que indican sin duda que aquí un espía muy taimado ha realizado un registro a conciencia. Y que también se ha llevado algo, una foto de pasaporte que tiene dos años y que Wiegand ya no necesita, pues entretanto los ferrocarriles del Reich han emitido nuevas identificaciones.

Una vez Wiegand ha examinado su habitación a conciencia, se sienta en un sillón, cruza las piernas y hace un resumen de todo lo que ha averiguado. Alguien se ha colado en secreto en la casa y ha registrado minuciosamente su habitación, y en el taller un extraño ha entablado conversación con él en varias ocasiones con mucho interés. ¿Existe alguna relación entre ambos

hechos? La pregunta tiene mucha importancia, pues contiene otra pregunta en sí: ¿están buscando al trabajador de los ferrocarriles Franz Adamek o al antiguo diputado Friedrich Wiegand? En todo caso, es seguro que sospechan de él. Por alguna razón sospechan de él y la simple sospecha en el Tercer Reich conlleva la Gestapo y el campo de concentración. Sigue sin estar claro por qué no lo han detenido todavía, las pruebas insuficientes nunca han impedido a la Gestapo detener a alguien. Los señores del Prinz-Albrecht-Palais y de la Kurfürstenstraße no son amables, y el hecho de que permitan que siga en libertad debe responder a algún motivo, no sería así si no tuvieran un propósito. No dispone de tiempo para averiguar lo que traman, ahora hay que actuar con rapidez y decisión.

Wiegand permanece durante unos minutos en completo silencio y observa cómo la luz del crepúsculo se introduce por la ventana. Siente la red que han echado sobre él casi de forma física, la nota sobre la piel, cómo se estrecha, cómo lo encierra, cómo lo deja sin aire, pero no tiene miedo, ha olvidado el miedo durante los difíciles años del terror nazi y tampoco antes lo conoció, cuando en las manifestaciones o en las peleas en las salas de reuniones había que arriesgar la propia integridad. Sin embargo, no hay ninguna red, por densa que sea, que no tenga un hueco por el que escapar. Sólo hay que saber dar con él.

Wiegand se pone de pie y recoge todas sus cosas; no son muchas, caben perfectamente en la maleta de tamaño mediano que saca del armario. En cuanto se haga oscuro del todo, abandonará el piso y nunca más regresará. Tampoco irá a trabajar mañana, no tiene ningún sentido ponerse en peligro y esperar a que el puño de la Gestapo lo golpee con toda su fuerza.

Wiegand no quiere engañarse: le siguen la pista y hay que borrar todo rastro.

15 de abril, 15:00 horas

Viajar hoy en día desde Charlottenburg hasta la Schlesischer Bahnhof es más difícil, complicado y casi exige más tiempo –en todo caso es más penoso y agotador– que lo que costaba viajar antes de Berlín a Königsberg. El tren de cercanías, que de todos modos sólo funciona en algún tramo o en una sola dirección, ha quedado fuera de servicio por completo tras el ataque. Tampoco funciona el metro o la mayoría de las veces, tras unas pocas estaciones, se dice: «¡Todo el mundo fuera!». Y nadie sabe, y casi nunca se averigua, si se reiniciará el servicio, ni dónde lo hará. Tras el ataque, los tranvías, cuyo recorrido cambia de un día para otro, sólo viajan irregularmente a las localidades del extrarradio del oeste y sudoeste de la ciudad, a Spandau, Lichterfelde, Wilmersdorf, Halensee, Grunewald; en dirección a Innenstadt y Moabit ya no hay ninguna línea que funcione.

Lassehn se ha dejado ir primero por la oleada de gente que se desplaza en dirección este. En la Wittenbergplatz se ha unido a un grupo de tres personas, dos hombres y una mujer, cuya meta es la Alexanderplatz. Han trabado relación sin ceremonia alguna, tras los ataques aéreos la gente se ha vuelto algo más comunicativa de lo habitual, no obstante, no hay una auténtica afabilidad en esta receptividad, simplemente es la reacción al haber superado una vez más el peligro: un gran asombro y cierta gratitud por haber salvado la vida. No tiene nada que ver con la tan citada comunidad del pueblo, sólo viene a ser una especie de certeza de la que se hace uso cuando la sensación de soledad y la amenaza de un peligro son tan fuertes que uno no se ve capaz de soportarlo solo, es la sensación liberadora de haber encontrado de nuevo la unión con el rebaño. Por un breve lapso de tiempo se saluda al vecino o a la vecina como si fuera un ser de la misma especie, se aplaza la rivalidad, la lucha por un sitio en el refugio o en el tren de cercanías, en la fila frente a la tienda de comestibles o por el favor de algún pez gordo del Partido.

Los ataques aéreos (y la guerra en general) no han convertido a las personas en la comunidad del pueblo de Goebbels, sino que más bien ha reunido una especie de débil gremio forzado de los amenazados. La sensación de estas personas antes y durante un ataque aéreo se puede comparar con la de un alumno que comprueba aliviado que no sólo su examen ha sido calificado con un insuficiente, sino que prácticamente toda la clase ha obtenido malos resultados. Una vez superado el peligro, cuando la vida aparece de nuevo por las cuevas y los sótanos y se abre paso hacia la luz del día oscurecida por las nubes de humo, a las personas les invade una sensación equiparable a la de los viajeros que, habiendo dejado atrás la muchedumbre al subirse a un tren, se sientan uno frente al otro en el mismo compartimento: aún persiste la alegría por el asiento conseguido y en el rival, que hasta ese momento consideraban peligroso, sólo aciertan a ver ahora a un compañero de viaje inofensivo y, por lo tanto, con los mismos derechos.

Lassehn se ha quedado parado frente a la estación de metro de Wittenbergplatz, cuyos accesos están cerrados. En su rostro se ha reflejado demasiado claramente el desconcierto como para que alguien lo hubiera pasado por alto. Mientras permanece indeciso frente a la reja y piensa si tiene sentido esperar, se han acercado dos hombres y una mujer que han echado un vistazo rápido y

experto al interior asolado del vestíbulo de las taquillas y que se han dado la vuelta. La mujer ha mirado de pasada a Lassehn y se ha quedado parada frente a él.

–Va a tener que esperar usted largo rato –le dice amistosamente.

–No cree usted que el metro... –quiere informarse Lassehn.

–¿Es usted de fuera? –le pregunta la mujer en lugar de responder.

«¿Tengo la pinta?», se pregunta Lassehn rápidamente y asiente.

–Vamos, Lisa –dice uno de los dos hombres–, es tarde.

–Voy ahora mismo, gordito –dice la mujer y rechaza el ofrecimiento con un gesto desenvuelto–. ¿Adónde quiere ir usted? –se dirige de nuevo a Lassehn.

–A la Schlesischer Bahnhof –responde Lassehn–. No cree que el metro...

–Ni lo espere, joven –dice el hombre al que la mujer se ha dirigido como «gordito»; tiene un rostro ancho y colorado con unas mejillas flácidas y una barbilla voluminosa.

–Únase a nosotros –le dice el otro hombre–, nosotros queremos ir a la Alex.

Es un hombre de estatura mediana y delgado, con unas gafas de concha oscuras, uno lo podría tomar por un profesor.

–Si me lo permiten –dice Lassehn formalmente.

No le quita los ojos de encima a la mujer, que tiene unos ojos claros y amables, y la boca pintada con un carmín rojo oscuro.

Así que Lassehn los acompaña por la Kleiststraße, en la que apenas queda una casa intacta, a derecha e izquierda sólo hay ruinas incendiadas, las calles que la cruzan están cerradas por los escombros. Caminan por el paseo y, allí donde el metro sale a la superficie en la estación elevada de la Nollendorflplatz, por la calzada. Hace tiempo que para los berlineses se ha convertido en un hábito familiar andar por la calzada, pues a menudo las aceras están intransitables por las ruinas y los escombros, y porque además resulta menos peligroso, pues no es infrecuente que los muros que se alzan al cielo se vengan de repente abajo. Justamente en estos días en la ciudad se comenta que en la Müllerstraße una casa en ruinas se vino abajo encima de un tranvía y mató a más de cuarenta personas, aunque los diarios no han informado aún de esta desgracia.

Lassehn escucha la conversación de los tres sin participar en ella; no ha tardado en enterarse de que la mujer está casada y que su marido está en Italia como tesorero del Estado Mayor, que ella trabaja en una oficina que llama «su puesto en el Reich» y que el hombre de rostro colorado es colega suyo, mientras que al hombre con las gafas de concha no lo conocen de nada, la relación tiene su origen únicamente en un encuentro en un refugio antiaéreo y sólo un objetivo común los ha convertido en compañeros de viaje. La mujer es la que lleva el peso de la conversación. A Lassehn le sorprende que se puedan dedicar tantas palabras a asuntos que a la luz de las ruinas y la continua amenaza aérea deberían haberse vuelto completamente insignificantes. Mientras la mirada de Lassehn vaga una y otra vez entre los muros destrozados, los montones de escombros humeantes y las montañas de ruinas, observa a las mujeres que con el rostro desencajado sacan cubos llenos de ceniza de las casas o esperan estoicamente en la calle, frente a las bombas de agua. Mientras los vidrios rotos crujen bajo sus botas y se deslizan sobre manchas plateadas, los tres caminan por las calles destrozadas con total indiferencia; en su mirada no se atisba ni espanto ni sorpresa y Lassehn se pregunta si esta gente es capaz de tener algún sentimiento. Da la impresión de que la abundancia de grandes acontecimientos, tanto negativos como positivos, ha recubierto su alma con un callo de impasibilidad completa y que sólo pueden percibir las sensaciones pequeñas e ínfimas, que en sus mentes sólo hay sitio para las preocupaciones más íntimas: comer, beber, dormir y copular, el racionamiento especial y el boletín del estado aéreo.

Lassehn sólo pesca aquí y allá algunas palabras de su conversación, aunque no es capaz de hacer nada con ellas, no le despiertan ninguna asociación, él tiene ahora mismo otra sensibilidad. A la vista de la destrucción que impera prácticamente en todas las calles, esa superficialidad le duele de un modo casi físico y al final no puede evitar hacer una observación en una pausa de la conversación.

–Me asombra –dice, y se esfuerza por que su voz no suene a reproche– que puedan andar ustedes tan impasibles por esta devastación. A mí me sobrecoge un espanto indescriptible...

El hombre de rostro colorado se dirige a Lassehn sorprendido y lo observa como si en ese momento se percatara de su presencia.

–No lo entiendo –dice–, se ha convertido en algo tan cotidiano...

El hombre de las gafas de concha lo interrumpe.

–Cotidiano, no hay duda, pero nosotros que hemos presenciado el auge de la destrucción...

–¿El auge de la destrucción? –menciona Lassehn–. Esto es...

–... paradójico, quiere usted decir –interviene el hombre de las gafas de concha–. Así es, se trata de una paradoja sarcástica, pues el auge y la destrucción son conceptos opuestos, aunque dejémoslo de lado por un momento. Quería decir, y así es como tiene que entender usted mis palabras, que hemos presenciado cómo casa a casa, calle a calle, barrio a barrio se venían abajo, pues esto no ha ocurrido de una sola vez, no estamos hablando, si se me permite la comparación, de una intervención rápida, sino de una gran herida que no deja de supurar una y otra vez. Cuando vimos las primeras casas destruidas con sus flancos arrancados, los soportes de hierro doblados y las vigas hechas astillas, estábamos tan horrorizados como lo está usted, aparentemente, ahora, pues las primeras casas destruidas eran huecos en medio de la vida y ahora la vida vegeta entre la destrucción. La destrucción es tan grande ahora, y está tan extendida, que una calle derruida ya no supone nada especial y no merece la menor atención. Le resultará muy difícil ponerse en nuestra piel.

–Cuando uno se mete naturalmente como forastero en este Berlín destrozado –dice la mujer rápidamente y casi sin aliento, como si temiera quedarse sin palabras–, entonces uno no puede más que horrorizarse. Sin embargo, tal como puede usted apreciar, también entre las ruinas y las pausas que dejan los ataques aéreos se vive.

–¿Y sigue siendo vida? –objeta Lassehn–. ¿No está toda acción ensombrecida por los peligros por venir, por...?

–Qué va –le interrumpe el hombre de rostro colorado de forma abrupta–, no se ponga usted elegíaco, jovencito, esto no encaja bien aquí. Aún estamos vivos...

–... y seguimos amando –dice la mujer, y ríe de forma algo histérica–. «Alegraos de la vida...». –Y tararea unos cuantos compases, aunque rápidamente enmudece.

Sin embargo, la conversación no prosigue, por lo visto la mujer y el hombre de rostro colorado se han ensimismado, de todas maneras, desde el principio el otro hombre siempre ha escuchado más que llevado la palabra.

Hasta el momento Lassehn no le ha prestado mucha atención a la mujer, antes cuando ha intervenido apenas le ha dedicado una mirada rápida y, en realidad, sólo se ha fijado en su boca de un rojo vivo, su risa y el tono familiar de su voz hacen que sólo ahora su atención se fije en ella. Es de una buena estatura media y tiene buen tipo, su conjunto es de tal corte que realza del todo el atractivo y las excelencias de su figura, y eso que calza unas recias botas de nieve y unos gruesos calcetines de lana, aunque ello se ve más que compensado por la falda, muy corta, pues deja ver unas piernas delgadas y bien formadas. La mirada de Lassehn, que recorre con cuidado su

cuerpo en un movimiento ascendente, empieza por los pies y se detiene en su rostro: es la cara bonita de una mujer ya no tan joven, de nariz pequeña y boca de labios gruesos, cejas muy cuidadas y redondos ojos claros, cuyas pestañas largas y oscuras denotan la mano experta de una esteticista. El cabello, que sólo se atisba por un rizo que sobresale del turbante marrón oscuro que lleva bien atado, es prácticamente rubio platino. Resulta difícil determinar su edad. Lassehn cree que debe de estar a finales de la veintena o principios de la treintena, aunque es algo de lo que no puede estar seguro, pues no tiene ninguna experiencia en estos asuntos.

Resumiendo, constata Lassehn, es una aparición de un atractivo poderoso, peligroso incluso; en cada movimiento, en cada mirada se revela una sensualidad sólo contenida con dificultad, sobre Lassehn tiene el mismo efecto de repulsión y magnetismo, posee todo aquello que estimula los sentidos y carece de todo aquello que determina el encanto de una muchacha.

–Es usted insólitamente alegre, señora –dice el hombre de las gafas de concha–. ¿De dónde saca usted el buen humor?

–De las pequeñas cosas, sólo de las pequeñas cosas –responde riendo–. Que hoy hace un buen día...

–... y al mismo tiempo los americanos cuentan con una excelente visibilidad –interviene el hombre de rostro colorado.

–... y por media libra de mantequilla que ayer recibí de manera adicional –prosigue la mujer.

–... a cambio de ciento setenta y cinco marcos –dice el hombre del rostro colorado.

–... y porque aún conservo mi vivienda –prosigue la mujer su enumeración.

–... y que hoy podría haberse ido al diablo –completa el obstinado hombre del rostro colorado.

–... y seguro que también por la carta llegada por correo militar de su marido –se permite añadir el hombre de las gafas de concha.

La mujer casi le reprende con su mirada.

–Sí, claro, seguro, también eso –dice a toda prisa, aunque no suena tan convincentemente alegre como cuando mencionó la mantequilla y el buen tiempo.

Entretanto han llegado al puente de Potsdam, también aquí casi todo son escombros, casas en ruinas y toperas, aunque se ha convertido ya en una destrucción en cierta manera ordenada y recogida; los escombros no están sobre las aceras, se han transportado hasta el interior de las ruinas, en los huecos de las fachadas incendiadas se han apilado cuidadosamente los ladrillos labrados, carteles y anuncios informan de los nuevos domicilios de las empresas y fábricas destruidas, hay avisos escritos a tiza, medio borrados, que dicen: «Están todos con vida», o: «Estamos vivos», o se registra el directorio berlinés de 1945, «Otto Schulz, ahora en la Hauptstraße 74, con los Pfeiffer» (éste es uno que quería seguir viviendo en el vecindario) o «La familia Baensch se ha trasladado a Basdorf, Summterstraße 26» (han preferido abandonar Berlín), aunque también hay inscripciones con pintura blanca fresca: «Romperán nuestros muros, pero no nuestros corazones», o: «Führer, te seguimos», o: «¡Nunca capitularemos!».

Al norte del puente se alza el torso de la Runder Platz: el semicírculo de un edificio, que se desmorona de nuevo antes incluso de que se terminara, los arcos de las ventanas tapados con tablones, rodeado aún por el armazón de los andamios, testigos ostentosos de una voluntad de construcción engreída, que, rabiosa, construye edificios para los próximos decenios y los derriba con el fin de alzar su templo babilónico.

–Debo decirles, señores –opina el hombre de rostro colorado–, que tengo un hambre terrible.

–Vayamos al Bayernhof –dice la mujer rápidamente–, quizá allí haya algo decente para comer.

–¡De acuerdo! –dice el hombre con las gafas de concha.

—¡Hecho! —dice el hombre del rostro colorado.

Lassehn no se pronuncia, la verdad es que le gustaría separarse del grupo, tiene un hambre atroz, pero no lleva cartilla de racionamiento y además le parece demasiado peligroso entrar en un restaurante, las patrullas especiales de la Wehrmacht, la Gestapo y de la OT tienen preferencia por los restaurantes —no por los cines— a la hora de cazar desertores, judíos y otros ilegales que no pueden permitirse los exorbitantes precios del mercado negro y que en los locales piden los menús no racionados, aunque la compañía de la mujer de los labios rojos (y Lassehn no le quita los ojos de encima a esa boca tan provocadora) lo retiene. Antes de que pueda tomar una decisión, se ve empujado hacia la puerta giratoria y se encuentra en un restaurante amplio, muy sencillo, revestido de madera, con mesas de madera pulidas y sillas campesinas, y que, a pesar de ello, ofrece una impresión casi distinguida.

A esta hora el restaurante no está muy concurrido. El hombre de rostro colorado y la mujer parecen moverse por aquí como por su casa y se dirigen directamente a una mesa sobre una pequeña tarima que hay al fondo del restaurante. Lassehn se ha dejado llevar, y aunque ignora cómo acabará todo, intuye que aquí podría ponerse en peligro. Pero, a fin de cuentas, los peligros acechan por todas partes y aquí hay una mujer con una boca roja provocadora y un cuerpo seductor y tentador; ahora mismo va por delante de Lassehn y asciende los escalones hacia la tarima, su falda se sube hasta las corvas y se tensa alrededor de sus caderas, y Lassehn mira a la mujer como suelen hacerlo los hombres; el velo se ha descorrido: el vestido sobre unos muslos firmes, un cuerpo delgado de caderas amplias, unos pechos exuberantes. Lassehn está aturdido, un anhelo ardiente de ternura femenina le tortura, la sangre bombea salvaje hacia el corazón y fluye por sus venas.

Se sienta junto a ella, los dos hombres enfrente de ellos. El hombre de rostro colorado parece estar enfadado, pues la mujer se ha sentado al lado de Lassehn, aunque se esfuerza obstinado en poner cara de indiferencia y saca con un movimiento imperturbable la cartera del abrigo, le hace su pedido al camarero y le entrega su cartilla de racionamiento. El hombre de las gafas y la mujer han dejado unos cuantos sellos de racionamiento sueltos sobre la mesa y esperan a que el camarero se dirija a ellos.

Lassehn permanece allí sentado sin saber adónde mirar; le da la impresión de que, estando en compañía y tomando el débil lazo social que lo une a esas tres personas de la mesa se siente doblemente abandonado y desamparado. Todos ellos —plenamente conscientes de la seguridad de su inviolabilidad civil, de que cuentan con documentos de identidad válidos y cartillas de racionamiento, una vivienda o por lo menos una habitación, una persona a la que recurrir o que les sirve de apoyo, a pesar de la guerra, de la escasez y de la muerte— están sentados alrededor de esta mesa conservando aún su dignidad burguesa, igual que antes almorzaban en el Rheingold o en el Kempinski, algo más modestamente, pero en el fondo de la misma forma. Sólo él está aquí sentado como un marginado; le da la impresión de ser un vagabundo que de repente ha ido a dar con una compañía distinguida.

—¿Y qué es lo que desea usted, señor?

Lassehn abandona su ensimismamiento con un sobresalto cuando el camarero se inclina un poco hacia él.

—Un menú, por favor —responde.

—Lo siento, señor —dice el camarero, y se endereza de nuevo—, pero por la tarde ya no servimos menús.

Lassehn está consternado, maldice su imprudencia al haber entrado en el local.

–Entonces déjelo estar –dice queriendo sonar indiferente, de manera superficial, aunque él mismo es consciente de que lo dice de forma apocada y lastimosa; intenta sonreír, pero sólo consigue un gesto espasmódico con la comisura de los labios.

El camarero alza arrogante las cejas.

–¿No quiere que le sirva una jarra de cerveza, señor?

Lo dice de forma muy correcta, aunque suena como si hubiera dicho: «Ay, pobre diablo, ¿no tienes ni cinco cochinos marcos?».

–Un momento –interviene la mujer, revuelve ávidamente en su bolso y deja sobre la mesa dos pequeños sellos de color de racionamiento–. Sírvale al señor lo mismo que a mí.

El camarero adquiere un gesto de excesiva confianza.

–Seguro que el señor querrá...

Sin embargo, la mujer lo interrumpe de forma abrupta.

–No pierda usted el tiempo –le dice imperativa–, y procure servirnos lo más rápido posible.

El rostro del camarero adquiere rápidamente una expresión de indiferencia, recoge los sellos de racionamiento de la mesa y se aleja rápidamente.

–Da la impresión de que te han bendecido con abundantes cartillas de racionamiento –dice el hombre de rostro colorado con una voz que suena bronca por la rabia apenas contenida.

–Abundantes o no abundantes –le replica rápidamente la mujer–, ¿es algo que te incumba?

–Naturalmente que no –dice el hombre de rostro colorado, y se muerde el labio inferior–. ¿No dispone usted de cartilla de racionamiento? –se dirige ahora a Lassehn.

–No –contesta Lassehn como disculpándose–, estoy en Berlín sólo desde ayer.

–Pues entonces debería tener usted sellos de racionamiento –prosigue el interrogatorio el hombre del rostro colorado.

–Fue todo tan rápido... –quiere explicarse Lassehn.

Siente como en su interior le invade el frío, con el codo palpa el bolsillo del pantalón con el fin de notar su revólver y mide con la mirada la distancia hasta la salida; sólo hay unos cuarenta metros y el pasillo es ancho, aunque en algunas mesas a derecha e izquierda hay sentados oficiales y dos altos cargos del RAD, el Servicio Alemán de Trabajo.

–Deja al señor en paz –dice la mujer, autoritaria–. Me puedo imaginar que huir de los bolcheviques no debe ser ninguna tontería, señor...

–Joachim Lassehn –responde Lassehn, y sonríe liberado, saludando a la mujer y a los dos hombres con una leve inclinación.

–Elisabeth Mattner –se presenta la mujer, y le sonríe tranquilamente.

Los dos hombres también se presentan, pero Lassehn no llega a entender sus nombres; tampoco le interesan; que la mujer se llama Elisabeth es lo único que entiende. Y siempre fue así cuando conocía a una chica: nunca descansaba hasta que sabía su nombre. Un apellido no sirve para nada, siempre suena seco y formal, absolutamente informal. Sin embargo, un nombre es como la música, se pueden hacer variaciones con él, que afluían en él la ternura, la nostalgia y la esperanza; con un nombre uno puede soñar, uno lo puede murmurar, y este de aquí es Elisabeth.

El hombre de rostro colorado sigue dando guerra.

–Resulta realmente muy extraño que un hombre tan joven como usted vaya por ahí vestido de civil –dice obstinado.

Ahora que Lassehn sabe que tiene a la mujer de su lado se vuelve osado.

–¿Y tengo que rendirle cuentas por ello? –le pregunta.

–¡Bravo! –exclama la mujer–. ¡Dele usted bien!

El hombre enrojece todavía más y en la sien se le hincha una vena gruesa y azulada.

–Me faltan las ganas suficientes de averiguarlo –contesta entre dientes y en sus ojos desorbitados centellea el odio.

Lassehn hubiera preferido dejar su revólver sobre la mesa de Klose, como hizo ayer la tarde, pero aquí naturalmente no puede hacerlo. «Mantén la calma», se susurra a sí mismo, «mantén bien la calma, sólo con calma y descaro podrás salir de esta situación, no ablandándote y cediendo».

–¿Y qué espera conseguir usted con ello? –le pregunta.

El hombre de las gafas de concha, que ha cogido un periódico del gancho y ha empezado a leerlo, intenta mediar:

–Dejemos las peleas a un lado, sino la comida no sabe bien –dice–. Usted debe tener seguro una identificación, señor Lassehn, así que nos la enseña y todo en orden.

–Simplemente estás celoso –le reprende la mujer al hombre de rostro colorado antes de que Lassehn pueda decir algo–. No se comprometa usted a nada, señor Lassehn, no lo necesita usted para nada.

–¿Celoso? ¡No seas ridícula! –dice el hombre de rostro colorado con la boca torcida–. En todo caso, no te metas en los asuntos...

En este momento crítico el camarero les trae la comida, le lleva un tiempo servir los platos y pregunta si se ha retrasado demasiado.

Lassehn respira aliviado, ganar tiempo significa ganar mucho. Mientras come es consciente de lo que la mujer, Elisabeth, acaba de decir: ¡el hombre de rostro colorado está celoso! ¿Celoso? ¿De él? Hasta ahora había interpretado el comportamiento de la mujer como una cordialidad general y sin compromiso. ¿Se trataba de más que eso? ¿No se acababan de conocer hacía apenas una hora? ¿Conocer? Y también eso es afirmar demasiado, han andado juntos un rato, nada más. Así que no se puede tratar de amistad. ¿Y amor? Naturalmente que no se puede tratar ya de amor: el amor no es así, el amor crece de un brote tierno, el amor es silencio y tranquilidad, soledad y dolor, aunque esta mujer, Elisabeth, es divertida y combativa, su mirada es limpia. Lassehn se devana los sesos mientras come la sopa, pero no da con ninguna explicación, pues desconoce que también existe el deseo animal, que sólo reclama el cuerpo y nada más.

De repente nota cómo algo topa con su pie, mira con cuidado por debajo de la mesa y ve cómo el pie derecho de la mujer se ha pegado al pie izquierdo de él. No puede tratarse de una casualidad que el pie de ella toque el suyo; quisiera retirarlo, pero está tan confuso que apoya su pie sobre el de ella y entonces siente mucho más claramente el contacto. Aunque resulta estúpido suponer que el pie de ella le transmitirá su calor, pues ella calza unas botas de nieve recias y él botas altas, éste le sobreviene como si ella hubiera tocado su cuerpo con la mano. Lassehn examina el rostro de ella por encima del borde del plato, pero su expresión no ha cambiado, muestra la misma despreocupación de antes, quizá muestre ahora un pequeño rasgo de tensión.

Sin embargo, en este momento es la comida lo que le requiere; la recibe con la atención y el agradecimiento de una persona que hace semanas que no ha tenido una de verdad, tiene que realizar un gran esfuerzo para controlarse y no acabar con la sopa rápidamente y devorar la verdura y las olorosas patatas a bocados violentos, y, aunque se contiene, termina mucho antes que los demás. La comida ha conseguido instalar cierta distancia entre él y su oponente, el hombre del rostro colorado, pero una vez terminada ésta se reduce de nuevo. Nota cómo el hombre de rostro colorado no deja de observarlo y él se oculta tras el *Deutsche Allgemeine Zeitung*, que ha

extendido frente a él. Su mirada se detiene en un artículo, que se ocupa de la nueva técnica de las alarmas aéreas.

Gracias al desarrollo militar hemos conseguido que nuestra red de radares berlinesa no se demore tanto como antes en detectar a los aviones enemigos. Por la cercanía del frente se ha reducido el tiempo que transcurre entre el inicio de la alarma aérea y la llegada de los aviones enemigos a la capital del Reich. Los departamentos militares competentes hacen todo lo posible para que el tiempo entre el inicio de la alarma aérea y el inicio de las hostilidades no sea inferior a los diez minutos. Sobre todo, durante la noche se agotan todas las posibilidades técnicas para que la alarma aérea se dispare a tiempo. La cercanía del frente tiene como consecuencia lógica que las alarmas sean más frecuentes, pues los cazas y aviones de ataque entran con más frecuencia en la zona de alerta berlinesa.

No consigue seguir leyendo, pues el hombre de rostro colorado se vuelve a dirigir a él.

—Es evidente que ha pasado usted hambre, joven —dice como de pasada. En su rostro se refleja algo así como una sonrisa, aunque no es sincera; un fulgor malvado en el fondo de sus ojos delata que utiliza la sonrisa para tapar sus aviesas intenciones.

Lassehn ignora la observación y se enciende el último de los cinco cigarrillos que Klose le ha dado esta mañana para el camino.

—Por lo menos parece que cigarrillos sí que no le faltan —sigue insistiendo el hombre de rostro colorado, una vez ha terminado de comer y ha empujado el plato lejos de sí, como si necesitara espacio para la discusión que se inicia ahora.

Lassehn sigue fumando su cigarrillo, por su cabeza desfilan los pensamientos. Si supiera cómo deshacerse de este repugnante tipo de rostro colorado sin perder el contacto con Elisabeth...

—¿Qué es lo que quiere usted de mí? —pregunta Lassehn e indignado frunce el ceño, indignado, aún nota el pie de Elisabeth sobre el suyo, lo que aumenta la confianza en sí mismo.

El hombre de rostro colorado se apoya con ambos antebrazos sobre la mesa y mira a Lassehn con dureza.

—Sólo quiero decirle una cosa, joven —dice lentamente, subrayando cada palabra—. Ahora mismo circula todo tipo de gentuza por Berlín: desertores, saboteadores, espías, los comunistas están de repente muy vivos y los judíos vuelven a ser igual de descarados...

—Exagera usted, señor —dice el hombre de las gafas de concha—, la situación tampoco es tan terrible.

—¿Y usted qué sabe al respecto? —prosigue el hombre del rostro colorado—. No podemos subestimar el peligro y por ello todo alemán decente está obligado a eliminar a todos los elementos sospechosos o de poca confianza, todos los medios están justificados.

El hombre de las gafas de concha entorna los ojos.

—No es necesario que me instruya usted sobre las obligaciones de un alemán decente... —le contesta alterado.

—Las opiniones sobre lo que es la decencia difieren y... —empieza a decir el hombre de rostro colorado.

—¡Naturalmente! —lo interrumpe el hombre de las gafas de concha—. Pero si resulta decente actuar como un delator...

El hombre del rostro colorado se vuelve hacia él por completo.

—No tolero de ninguna manera que me hable usted así —le dice amenazador—, así que además de

informarme sobre este joven parece ser que también tendré que hacerlo sobre su persona.

El hombre de las gafas de concha cede ostensiblemente. Lassehn es consciente de que en el fragor de la discusión ha hablado demasiado, que hubiera querido retirar sus palabras o por lo menos diluirlas posteriormente, pues sabe tan bien como cualquiera que, detrás de todo aquel que apela a la soberanía del Estado, se esconde un poder consecuentemente brutal que aplasta todo lo que se pone en su camino o que le supone un estorbo. Resulta muy fácil para aquel, que por el motivo que sea, el odio, los celos, la venganza, la envidia, el propio provecho, una vanidad enfermiza o simplemente por el simple deseo de hacer el mal, desea deshacerse de su oponente, buscar su perdición.

–Me ha entendido usted mal, estimado señor –transige el hombre de las gafas de concha–, me ha entendido usted mal del todo.

Lassehn nota un sabor insípido en la boca. Con toda seguridad el hombre de las gafas de concha es un buen ciudadano en su vida privada, sin tacha y seguramente también trabajador en su oficio, pero es de carácter débil, enseguida se doblega cuando otro cierra el puño, es alguien que permite la atrocidad y la injusticia, y que calma su conciencia con la excusa más común, extremo que no puede remediar.

–¿Entonces? –dice el hombre de rostro colorado lentamente–. Suelo entender bien las cosas. Si los enemigos de nuestro Reich, que hemos combatido con tanto sacrificio, se piensan ahora que ha llegado su hora, se equivocan por completo. Mi opinión no es decisiva y tampoco quiero que se tome al pie de la letra, pero le ruego que lea el último artículo del doctor Goebbels en el *Reich* y el editorial del doctor Levy en la *Nachtausgabe*...

–Muy bien dicho –dice diligente el hombre de las gafas de concha–, el artículo *Sin equipaje* era especialmente...

El hombre del rostro colorado le mira de pasada con desdén.

–¿Se piensa usted que hombres como el doctor Goebbels y el doctor Levy –prosigue– podrían escribir con tal potencia expresiva y brío si no estuvieran convencidos ellos mismos de la exactitud absoluta de sus palabras?

«Dios mío», piensa Lassehn, «estar aquí sentado y tener que oír esto sin poder decir nada al respecto, sin poder ponerse simplemente de pie y decir: “¡Animales! ¡Idiotas! ¡Malditos perros!”». Ay, qué miserables y cobardes nos hemos vuelto, cómo nos tienen maniatados, cómo nos han dejado primero sin habla y han obturado luego nuestro cerebro, cómo han deformado nuestro carácter y nuestra conciencia de seres humanos, mientras han promovido nuestra cobardía e hipocresía, qué miserable se ha vuelto nuestro carácter».

Ahora por primera vez la mujer se involucra en la discusión.

–Aquí sí que le tengo que dar la razón al gordo –dice–, aunque la situación actual pinta algo complicada, pronto cambiará. –A continuación, baja la voz hasta convertirla en un susurro misterioso–. Sé por una fuente muy fiable que en los próximos días utilizarán tres de nuestras armas de represalia y entonces...

No llega a terminar la frase, aunque en su voz vibra un tono de confianza y esperanza y tiene la mirada puesta en la lejanía, como si llegara a ver de nuevo los ejércitos alemanes en el Volga y en el Atlántico.

–No sabe usted con qué ganas las esperamos, estimada señora –dice enseguida el hombre de las gafas de concha y casi pone los ojos en blanco.

«Asqueroso cobarde», piensa Lassehn rabioso, «si ya no eres capaz de dar tu propia opinión,

por lo menos cierra el pico, pero no hagas como si quisieras conseguir una coartada frente a este gran cerdo».

–Hace un momento no me ha dado la impresión de que fuera usted tan buen nacionalsocialista – dice el hombre del rostro colorado todavía con desconfianza–. Sus declaraciones anteriores eran bastante... bueno, digamos que imprudentes.

–No sabe cómo lamento que usted tenga una impresión equivocada de mí, señor.

El hombre de las gafas de concha se deshace por así decirlo en su afán de servilismo.

Sin embargo, el hombre de rostro colorado ya no le está escuchando, su atención se ha desviado repentinamente de él, tampoco la merece Lassehn, sino dos hombres que acaban de entrar por la puerta giratoria y que pasan a lo largo del pasillo central. En sus ojos aparece una mirada de tensión, de maldad. Lassehn sigue esta mirada y observa a los dos señores, aunque no puede descubrir nada que le llame la atención en ellos, a no ser que parezcan extranjeros, italianos o húngaros. Cuando pasan junto a la mesa de Lassehn, el hombre de rostro colorado casi da un salto de la tensión, apoya ambos manos con fuerza sobre sus gruesos muslos y, como ofendido, repliega la cabeza entre los hombros.

–¿Qué te pasa, gordito? –le pregunta la mujer, y observa a los dos hombres, que han tomado asiento en la esquina más alejada del restaurante, en la última mesa de la fila.

–Si éstos no son judíos, entonces yo soy un bantú –responde el hombre del rostro colorado sin quitar el ojo a los dos hombres–. ¡Les voy a dar su merecido por ir por allí sin la estrella y tomarles el pelo a los arios, banda de judíos, malditos sean!

Lassehn se clava profundamente las uñas en el puño hasta producirse dolor. Por los judíos ha albergado tanto simpatía como antipatía. Igual que con otras personas, nunca ha aplicado la antipatía a toda una mayoría y la simpatía siempre la ha dirigido a los individuos que, según él, se la merecían. Ya que está acostumbrado a generar sus valoraciones y juicios a partir de la música, y el concepto judío tomó una forma concreta cuando en una ocasión casi lo expulsaron del instituto de bachillerato por tocar como bis en un concierto escolar y tras un aplauso estruendoso un *scherzo* de Mendelssohn, siempre ha considerado particularmente infame esta difamación tan extendida. Por unos segundos oye el *scherzo* de Mendelssohn en *Mi menor*, que se inicia con unos cuantos estacatos y da paso a unos burbujeantes pasos de una claridad edificante, aunque no es capaz de terminar con la melodía pues lo devuelven a la tierra dolorosamente.

El hombre de rostro colorado se ha puesto de pie y ha empujado hacia atrás su silla con escándalo.

–A esos dos les voy a dar su merecido –dice decidido–. ¿Me acompaña usted? –le pregunta al hombre de las gafas de concha.

El hombre de las gafas de concha asiente diligente, aunque se pone de pie vacilante.

–¿Estamos autorizados para ello? –pregunta con cuidado.

–Todo alemán está legitimado –responde el hombre de rostro colorado de forma abrupta–. ¿O quiere usted obtener primero una orden de detención o pedirle permiso a no sé quién? ¡Esos dos están fuera de la ley! Pero si tiene usted miedo... ¡Por favor!

–No, claro que no –dice rápidamente el hombre de las gafas de concha–, naturalmente que estoy a su disposición.

–Entonces, ¿por qué no vamos ahora mismo? –opina el hombre de rostro colorado, y sonríe con la boca torcida–. ¡Vamos allá!

La mano de Lassehn se dirige hacia su revólver, pero enseguida la retira, resultaría inútil, no podría ayudar a los dos judíos, pero además involucrarse él, estando ahora el restaurante todo

lleno y habiendo entre los clientes muchos oficiales y unos cuantos suboficiales de las ss. Le sienta muy mal ver cómo esos dos se acercan a la última mesa. Sin embargo, alguien desvía su atención.

–Vamos, señor Lassehn –le dice la mujer, se pone de pie y se abrocha rápidamente la chaqueta de su traje–. Nosotros nos vamos, no queremos tener nada que ver con lo que hagan ellos.

Lassehn se pone de pie lentamente, ve cómo el hombre del rostro colorado y el hombre de las gafas de concha ya han llegado a la última mesa, pero no puede entender lo que se está hablando allí, hay demasiado vocerío en el restaurante.

–Vamos, dese usted prisa –le urge la mujer–. ¿Qué nos importa eso? ¿No le apetece a usted más que nos vayamos juntos?

A pesar de que Lassehn presencia en su interior la escena del fondo, pues en lugar de los dos judíos podría haberse tratado de él mismo, el desertor Joachim Lassehn se excita cuando ve la boca roja de la mujer, algo entreabierta y llena de promesas de deleite. Le da una propina al camarero, que se acaba de detener cerca de ellos y se ha dado cuenta de su partida, y sigue a la mujer, que se dirige a pasos rápidos hacia la puerta giratoria. Una vez más se da la vuelta, pero ya no puede reconocer nada.

Entonces la puerta giratoria se lo traga y se encuentra con la mujer en la Potsdamer Straße.

XI

15 de abril, 20:00 horas

Cuando Lassehn llega de nuevo al local de Klose en la Schlesischer Bahnhof, ya ha caído el crepúsculo en el que se cruzan por un breve espacio de tiempo el día que termina y la noche que empieza a reinar. En cierto modo, Lassehn está más animado; ya ha dado sus primeros pasos por Berlín, aún inseguros y a tientas, guiados por el azar, si uno quiere describir como azar una alarma aérea, una vieja señora muy humana y una seductora y roja boca de mujer, pero no han dejado de ser unos pasos, y un niño que da sus primeros pasos en la habitación y mantiene su equilibrio frente al oscilante entorno, no podría estar más contento. Por ello mismo tiene muy claro que ha tenido mucha suerte y que del suelo firme bajo los pies al abismo que lo engulle todo sólo hay un paso.

Como es domingo, Klose no ha abierto su restaurante. En la puerta de entrada, cerrada por una verja extensible, hay un letrero en el que se lee: «Sin cerveza». Lassehn debe cruzar el oscuro pasillo y se topa con un hombre que viene desde el patio y que casi lo tira al suelo. Lassehn está a punto de maldecir en voz alta, pero se contiene, pues de las palabras y su réplica puede surgir finalmente la pelea, y Lassehn tiene que evitar a toda costa lo que le pueda causar impresión, sea buena o mala. Por ello reacciona sin decir palabra ni hacer nada, sino que prosigue su camino por el patio hacia el ala lateral, donde se encuentra la entrada posterior al local de Klose.

–Ah, el trotamundos –lo saluda Klose al abrirle.

–No lo he conseguido del todo –dice Lassehn, todavía en la escalera–, he...

–Aquí no, muchacho –lo interrumpe Klose–, primero entra. Las paredes tienen orejas –le dice Klose una vez se han sentado a la mesa–, no dejes de pensar en ello, pero ahora cuéntame todo lo que te ha pasado.

–La verdad es que me han pasado muchas cosas, señor Klose –responde Lassehn–, pero lo que era importante...

–¿Qué ha sido de tu joven mujer? –lo interrumpe Klose, y le guiña el ojo sonriendo–. ¿Ya no te va a dejar entrar en su cama?

Lassehn le informa, habla entrecortado y busca sin parar palabras para delimitar aquello que quiere decir; no quiere mentir, pero tampoco decir toda la verdad, una verdad que se le antoja humillante.

Aunque Klose es consciente de que Lassehn le oculta algo, no le insiste.

–Así que, de hecho, ha ocurrido lo que tú te esperabas –le dice pensativo–: no os habéis reconocido. ¿Y qué piensas hacer ahora?

–Tengo que hablar con ella –responde Lassehn–, no deja de ser mi mujer, cada uno de nosotros tiene responsabilidades frente al otro y además... hay algo que debemos aclarar.

Lassehn piensa en el niño que ya llevaba Irmgard en el vientre cuando se conocieron y que después desapareció de forma misteriosa.

–¿Así que de momento te quedarás a vivir conmigo? –le pregunta Klose–. ¿O tienes otra idea al respecto?

Lassehn mantiene la mirada baja.

–Si es posible, señor Klose –dice vacilante–, me gustaría quedarme en su casa.

Klose le pone la mano sobre el brazo.

–Si no es posible, haremos que sea posible. ¿Sabes lo que es la solidaridad?

Lassehn mira a Klose, en su mirada se mezclan la vergüenza y la interrogación.

–Pues realmente no –responde y habla como para sí mismo–, solidaridad, solidario, viene del latín de *solidus*, auténtico, sólido, duro, firme, verdadero...

–No tengo ni idea de si viene del latín o del griego –dice Klose, y su rostro es de una seriedad inusual, casi solemne–, pero que viene del movimiento obrero eso sí que lo sé con certeza. Significa que uno se hace responsable del otro, acude en su ayuda cuando está necesitado, eso es lo que entendemos como solidaridad.

–Eso también ocurre en el campo de batalla –objeta Lassehn–. He vivido casos en los que...

–Lo admito, no dudo de ello, yo también he sido soldado –lo interrumpe Klose–, pero no hay punto de comparación: uno es soldado por obligación, a los soldados se les presiona para formar parte de una comunidad, no tienen otra alternativa que convivir y apoyarse los unos en los otros. Con nosotros es diferente, nosotros nos hemos unido por voluntad propia; lo que en los soldados es obligación, en nosotros es convicción y todo tiene sus raíces en el voluntarismo.

–Yo no pertenezco de ninguna manera a vosotros –apunta Lassehn.

–No digas tonterías, Krause –le replica Klose en su tono campechano–, a nosotros pertenece todo aquel que está en contra del fascismo, haya desertado o se dedique al sabotaje, reparta panfletos en secreto o ejerza la resistencia pasiva sin más. Tú no eres un nazi...

Lassehn niega con la cabeza.

–Seguro que no, ya lo sabe usted, señor Klose.

–No era una pregunta, sino una constatación –prosigue Klose–. Todo aquel que no es un nazi, sea por el motivo que sea, es de los nuestros. Wiegand, por ejemplo, se ha vuelto comunista y el doctor Böttcher, socialdemócrata. Y conmigo podrás conocer a otros, curas católicos y gente que antes eran tibios demócratas, pero ahora todos pertenecen al mismo grupo: el enemigo común los ha reunido finalmente. Antes hubiera sido impensable que Wiegand compartiera con los católicos la misma posición inicial, pues tanto él como ellos eran demasiado dogmáticos, unos con Dios, el otro sin Dios, cada cual mantenía su punto de vista a solas.

–¿Y hoy en día ya no existen diferencias? –pregunta Lassehn.

Klose niega con la cabeza.

–Las diferencias permanecen y tampoco se niegan, pero ya no existe una oposición tan extrema, ya no se descartan sin más.

–Sigo entendiéndolo todo a medias –dice Lassehn, y alza los hombros lamentándolo–, me faltan aún muchos mimbres para que le pueda seguir del todo, me siento como si asistiera a una obra de teatro que ya ha empezado y, puesto que no conozco el principio, lo entendiera todo sólo a medias o no lo entendiera en absoluto. Aunque algo sí que he entendido y es que el señor Wiegand y el señor Böttcher no están del todo de acuerdo.

–Así es, joven, así es exactamente –dice Klose–, pero en cierto sentido son hermanos que han reñido por una herencia y ninguno de ellos quiere admitir sus propios fallos y observa como hipnotizado los del otro, se echan en cara su pasado y olvidan que tienen un padre en común. Ahora se lo piensan mejor y está bien así.

Lassehn asiente.

–Sí que formo parte de ellos, aunque tampoco sepa muy bien cómo he llegado ahí.

Klose hace un gesto de rechazo con la mano.

–Lo sabes muy bien, joven, sólo tienes que pensar en ello detenidamente; el fallo, o mejor dicho

el defecto, es que no se ha producido a partir de una determinada manera de pensar y por ello estás tan inseguro. Pero sólo con que sepas de dónde vienes o, por lo menos, adónde vas, ya habrás ganado mucho. Pero ahora vamos a ocuparnos de una vez de los asuntos prácticos, que también son importantes, ¿no es así?

Lassehn asiente, se siente algo angustiado, pues tiene claro que las dificultades en sí empiezan en este momento, hasta ahora ha estado de camino, tenía una meta y se ha dejado llevar hacia esta meta, ha marchado solo o junto a las caravanas de los refugiados y en algunas ocasiones incluso en transporte, según las circunstancias, ha pasado la noche en graneros o casas abandonadas o alojamientos masificados, se ha apropiado sin escrúpulos de alimentos o se ha colado en comedores públicos donde nadie le preguntaba por su nombre u otros datos, pero ahora su huida se ha vuelto más o menos estacionaria y es necesario aportar un poco de orden y sistema a la vida que ahora inicia.

–Querrás comer y beber –prosigue Klose–. ¿Tienes dinero, joven?

Lassehn asiente de nuevo.

–Unos doscientos marcos –responde.

–No es mucho hoy en día, tal como están los precios en el mercado negro –opina Klose–. ¿Y qué más tienes?

–Unas cuantas prendas de vestir, ropa interior y algunas cosas más, aunque está todo en casa de mi mujer.

Klose tamborilea con los dedos sobre la mesa.

–Bueno, veremos cómo te sacamos adelante; mañana intentaré conseguirte unas cuantas cartillas de racionamiento. Por lo demás, ya se me ocurrirá alguna cosa más.

–Señor Klose...

–Está bien –le rehúsa Klose–, podré hacerlo, tengo mis relaciones, no te morirás de hambre, joven.

Lassehn suspira profundamente.

–Si por lo menos la guerra terminara pronto para que yo no fuera una carga para ustedes durante mucho tiempo.

–Puedes estar seguro de que no sobrevivirán al verano –dice convencido–, ya aguantarás esas cuantas semanas o meses, pues depende sobre todo de ti. Hay gente que vive ilegalmente desde hace años, en ocasiones sin dinero y a menudo sin relaciones, andan durante todo el día sin rumbo fijo o se meten en un cine, duermen en las trincheras o en casas en ruinas. Vaya vida, siempre acosado, siempre hambriento; toda pisada enérgica, todo coche que frena, toda mirada atenta de cualquiera puede suponer la traición y la muerte... Ahora los ilegales lo tienen un poco más fácil, todo está patas arriba.

Lassehn apoya los codos en la mesa y deja caer la cabeza pesadamente entre las manos.

–Señor Klose, lo que me impacienta de esta manera no es únicamente la preocupación por ese poco de comida y de sueño –dice lentamente y respirando con dificultad–, se trata de la impaciencia por la esperanza de abandonar finalmente una existencia incierta, de terminar de una vez con toda la miseria y empezar de nuevo...

–Lo entiendo –dice Klose–, lo entiendo perfectamente: quieres volver a aporrear en el piano a tu Beethoven y tu Schubert, y también a todos los demás, se llamen como se llamen.

Lassehn niega enérgicamente con la cabeza.

–No, señor Klose, esta vez no me ha entendido usted –dice–. Lo que me contó ayer el doctor Böttcher no se me va de la cabeza y he comprendido que no le falta razón. La música por sí sola

es insuficiente, me dijo. Ve usted, es por ello que antes que nada quiero dar con una base sobre la que pueda construir mi nueva vida.

–¿Y qué harás con la música? –pregunta Klose.

–Para mí será una música de acompañamiento hasta que no suene conjuntamente, como acordes completos, con mi vida futura –responde Lassehn.

–Suena muy bien lo que dices, joven –dice Klose y sonrío pícaro–. Esperemos que nuestro querido Führer siga el acorde: ése sería el más bonito de los acordes, por el momento; antes, no obstante, habrá unas cuantas fuertes dis... dis...

–Disonancias –le ayuda Lassehn.

–Exacto, disonancias, con bramidos de temporal y choque de olas, pero no en el Rin, sino en el Spree y en el Panke, que harán mover las paredes. Hombre, cuando uno ve cómo en las calles construyen barricadas contra los tanques, tienen suerte de que la ciudad esté tan bombardeada, por lo menos no les faltan cascos y hierros, así no pueden pasar por apuros.

–¿Usted cree que defenderán Berlín? –pregunta Lassehn.

–Claro, dejarán que el pueblo luche hasta el final –dice Klose amargado–, no se arredran ante nada. Ya has tenido el *Volksblatt* en las manos, habrás leído el nuevo llamamiento de Heini Cadáveres.

Lassehn niega con la cabeza.

Klose saca el periódico del gancho, lo empuja hacia él y le indica un artículo.

–Ahí, lee, entonces tendrás suficiente.

Lassehn se acerca el periódico y lee:

Una orden del *Reichsführer* ss

¡Se defenderá toda localidad!

DNB, 12 de abril El *Reichsführer* ss Heinrich Himmler ha dictado la siguiente orden: el enemigo intenta mediante el engaño disponer la entrega de localidades alemanas. Con la ayuda de supuestos carros blindados de reconocimiento, consigue intimidar a la población con la amenaza de que si no entregan la localidad serán abatidos a tiros por los supuestos tanques o la artillería. También este ardid de guerra del enemigo fracasó en su objetivo. Cada pueblo y cada ciudad son defendidos y conservados con todos los medios. Todo hombre alemán responsable de la defensa de una localidad que contravenga este obvio deber nacional perderá el honor y la vida.

–Ahora ya estás al corriente –dice Klose cuando Lassehn alza la vista.

–Pero son cientos de miles las mujeres y los niños y gente mayor que viven en la ciudad –objeta Lassehn–. ¿Los evacuarán de aquí al menos?

Klose niega con la cabeza.

–Adónde, Joachim, piénsalo, está todo abarrotado con los refugiados del Este y además los trenes no están en condiciones para ello, los americanos y los ingleses destrozan sistemáticamente toda la red de ferrocarriles, cada día que pasa el transporte rodado es más escaso y peor, hombre, están en las últimas, y los golfos de allá arriba lo saben perfectamente, no son tan estúpidos.

–¿Y entonces por qué no terminan con todo esto? –pregunta Lassehn, desesperado–. Por lo menos sería lo más decente, antes que arrastrar consigo a muchos inocentes a una muerte segura.

–Ahora cierra la boca, Joachim –dice Klose–, quizá seas un buen músico, pero por lo demás eres un tipo bastante estúpido. No me lo tomes a mal, joven, que te lo diga de forma tan franca,

pero no me suelo morder la lengua. Sufres del mal hereditario de los alemanes: son buenos músicos y contables eficientes, ingenieros expertos y barrenderos aplicados; conocen a fondo las culturas de todos los tiempos y enseguida lo saben todo sobre todo tipo de cosas complicadas; son, en general, insólitamente trabajadores y aplicados, ávidos de saber y dotados, pero... Sí, ahora viene el gran *pero*, mi querido joven, pero no ven más allá de la punta de su nariz: el músico de su piano, el barrendero de su escoba, el contable... bueno, y etcétera. Su ombligo es el centro del mundo. Nosotros los alemanes no formamos parte de este mundo, sino que el mundo se ha construido a nuestro alrededor, para completarnos, como nuestra prolongación incompleta, los otros son únicamente diletantes y principiantes: todo ello se lo han machacado a los alemanes de todas las formas posibles durante tanto tiempo que ya se lo creen sin más y esta creencia se hereda de generación en generación.

Klose se detiene durante unos pocos segundos, ha hablado rápido, puede que algo excitado, y ahora debe tomar aire.

—Ahora me viene a la memoria una comparación que hizo una vez el doctor Böttcher y que encaja a la perfección. Comparó a los alemanes con un coleccionista de sellos, que presta atención a todos los detalles, las marcas de agua, el tipo de papel, el dentado, el tono del color, el tipo de cola y todo cuanto pueda haber, pero que se olvida completamente de la belleza del sello; a través de la lupa, despieza y analiza, pero sin prestar atención al conjunto en sí. Él lo denomina coleccionar sellos de forma científica, filatelia, pero de hecho de la esencia del sello no comprende nada. Y eso nos pasa a los alemanes en todos los ámbitos; al fijarnos sólo en los detalles, no vemos el total, nos perdemos en minucias y dejamos el gobierno a los especialistas políticos, que deben saber hacerlo, porque son efectivamente especialistas. ¡Somos realmente un pueblo singular!

Lassehn le ha escuchado como hechizado.

—Sí, yo he tenido la misma impresión, señor Klose —dice cuando Klose hace una pausa para encenderse un cigarrillo—. Hoy, en la Barnimstraße, cerca de la Königstor, he observado a un grupo de hombres construyendo una barricada contra los tanques toda la calle a través; dejando sólo un pequeño espacio para que pudiera pasar el tránsito, extrajeron los adoquines de la tierra, clavaron dos soportes de hierro en paralelo y rellenaron el hueco con tabloncillos y planchas. En realidad, no es necesario que se lo describa, pues seguro que ya lo habrá visto con sus propios ojos, y tampoco se lo cuento por los detalles técnicos, sino con la intención de demostrarle la anomalía física. Seguro que los hombres que realizaban ese trabajo están convencidos de que la defensa de Berlín será una desgracia terrible, y que deben tener claro que, tanto los que están venciendo desde el muro atlántico como los que se imponen en las grandes oleadas rusas, no fracasarán por unas ridículas barricadas contra los tanques. Los hombres parecían estar de bastante mal humor y cansados, no se daban especial prisa, aunque hacían su trabajo con una minuciosidad conmovedora: comprobaban que los soportes estaban suficientemente anclados en la tierra, discutían vivamente sobre si las paredes exteriores eran suficientemente resistentes para poder soportar la presión de la arena y las piedras, etcétera. En otro sitio —puede que en el Brauner Weg—, acababan de terminar una barrera, y debo decir que los trabajadores de allí no se diferenciaban en nada de los de la Barnimstraße: daban una y otra vez vueltas alrededor de la barrera y comprobaban su resistencia, estaban orgullosos de su trabajo y dejaron que un pez gordo de los pardos, que seguramente había dirigido y supervisado su trabajo, los elogiara y les diera una palmada en el hombro. ¿Acaso no saben estos hombres que, con estas barricadas que están

construyendo, quizá provoquen que derriben sus propios hogares y que destruyan el resto de la ciudad en el caso de que realmente haya que defenderla?

Klose asiente en repetidas ocasiones, de su cara ancha se ha borrado completamente la sonrisa y se ha ensombrecido.

–Interesante observación, Joachim, y lamentablemente es cierto, por una vez hay que decirlo, por desgracia la mayor parte de los obreros alemanes ha fracasado, ha trabajado a conciencia y aplicadamente en las fábricas de armamento, como si se tratara de su propio negocio. Sólo hace falta haber visto cómo la gente, tras las alarmas, cuando los tranvías y otros medios de transporte no funcionan o las aglomeraciones los colapsa, se apretuja y empuja por la mañana en el metro y los trenes de cercanías, cómo se insultan y a menudo incluso se sacuden unos a otros sólo por llegar a tiempo o, por lo menos, lo antes posible a sus puestos de trabajo. Joven, te lo digo, es vergonzoso, uno se desesperaría o se preguntaría si es que todos han perdido el entendimiento, si es que no ven que cada granada que no se fabrica, cada remache que no se martillea, cada pieza de hierro que no se produce acortaría la guerra.

Golpea con estruendo con la palma de la mano sobre la mesa.

–Uno se podría volver loco al pensar cómo un puñado de taimados demagogos y charlatanes ha conseguido poseer a todo un pueblo con sus ideas.

–Los nazis han conseguido –dice Lassehn– equiparar el nacionalsocialismo con la nación alemana, conseguir que se acepte generalmente la interpretación de que el hundimiento del nacionalsocialismo supone inevitablemente el hundimiento de Alemania y del pueblo alemán. He tenido muchos camaradas que explicaban abiertamente que no simpatizaban con el nacionalsocialismo, pero se veían forzados por la situación a defender Alemania. Debo ser sincero y admitir que yo pensaba de forma similar y que aún hoy no he terminado de deshacerme de los últimos restos de esta forma de pensar; que yo, aunque finalmente no en la victoria, sí que tenía esperanzas de alcanzar un acuerdo honorable...

–¿Un acuerdo con Hitler? –grita Klose–. ¡Nunca! Churchill, Stalin y Roosevelt nunca entrarán en negociaciones con este acróbata de la palabra de honor y permanente infractor de acuerdos; además, esa cuestión está hoy en día completamente superada, pues los otros ya tienen las manos en su gacete. No, no, querido joven, el pueblo alemán sólo puede recuperar su honor si se saca de encima a esta horda parda. ¿Pero cómo hemos llegado a esta conversación? ¿De qué hemos empezado a hablar, Joachim?

Lassehn debe recordarlo, pues la conversación ha tomado una dirección y ha adquirido un cariz que hacen insignificante el motivo que la ha originado.

–Dije –empieza a decir tras un rato– que sería más decente si los nazis terminaran de una vez...

–Exacto, eso es –dice Klose–. ¿Cómo puedes pensar que los nazis pueden ser decentes, joven? ¿No te das cuenta de que el idiota pardo de cabeza redonda y rapada y el enano de pie contrahecho gritan cada vez más asustados, porque ya no pueden dar marcha atrás? ¿Que conducen a Alemania hasta el abismo conscientemente porque ya no tienen ninguna solución? ¿No se han expresado claramente diciendo que si el Partido Nacionalsocialista se hundiera se llevarían consigo al abismo a todo el pueblo alemán, porque en ese caso estaríamos a la merced del sadismo y la esclavización de los bolcheviques y las plutocracias occidentales? No, joven, la decencia es una palabra que los nazis no conocen.

–Una y otra vez tengo que imaginarme –dice Lassehn– cómo será todo aquí: el fuego de artillería, la lucha en las calles, el combate de los tanques, los ataques aéreos y todo ello en medio de una ciudad habitada...

–Y entremedio, la Gestapo, las ss y el funcionario al mando que se ha vuelto completamente loco... –añade Klose.

Lassehn se estremece ante la idea.

–Simplemente no me lo puedo creer –dice.

Klose coloca la mano sobre su hombro.

–Querido mío –dice, y entorna los ojos–, parece ser que a pesar de todo aún no sabes de qué son capaces los nazis. ¿No sabes lo que han hecho en Breslau? Han construido un aeropuerto en medio de la ciudad, una verdadera pista de aterrizaje...

–¿En medio de la ciudad? –pregunta Lassehn incrédulo–. Eso es imposible.

–¿Imposible? –pregunta Klose soltando una carcajada corta y seca.

Lassehn asiente.

–Me refiero... de entrada es técnicamente imposible.

–¡Angelito! Para los nazis no existe el imposible, ya sea técnico o humano. Te voy a contar cómo lo han hecho. Primero han prendido fuego a las casas y las iglesias, después las han volado y han retirado los escombros y los hierros. Después las mujeres y los trabajadores civiles extranjeros han tenido que aplanar la pista de aterrizaje, rellenar y apisonar los agujeros y cráteres de las granadas, y todo ello bajo un intenso fuego de artillería. Asombrado, ¿eh, joven?

Lassehn se sacude.

–¡Es horrible!

–Sí, horrible. ¿Y sabes lo que pasó en Kolberg?

Lassehn niega con la cabeza.

–Allí los señores quisieron hacer como en 1807, con Gneisenau, Schill y el viejo Nettelbeck, una defensa heroica, directos hasta la película de Veit Harlan. ¿Realmente no sabes lo que ha sucedido en Kolberg?

–No, cómo lo iba a saber...

Klose le muestra los dientes como un depredador agresivo.

–Sí, claro, cómo lo ibas a saber. Eso es lo que dicen todos mientras se golpean el pecho, su pecho de ciudadanos inocentes. «¿Cómo iba a saberlo yo y qué puedo hacerle yo?».

–Señor Klose...

Klose hace un gesto de rechazo.

–Está bien. Siempre escondiendo la cabeza en la tierra, sin aprender nunca de los hechos.

Hace una corta pausa y tira enfadado la colilla en el cenicero.

–Pues Kolberg también se defendió, aunque la ciudad estaba a rebosar de refugiados del este y oeste de Prusia; en la ciudad, donde apenas residen cuarenta mil personas, había más de cien mil; las calles estaban a reventar con miles de carruajes, aunque ello no lo tuvieron en consideración sus señorías. La orden era: «¡Hay que defender toda la ciudad!». Así que la defendieron y sólo cuando cayeron las primeras granadas anticarro en la ciudad se ordenó su evacuación. «Evacuación sin problemas», escribió más tarde el *Völkischer*. ¿Sabes tú cómo se desarrolló?

–Cómo lo iba a saber...

–Eso, exacto, cómo ibas a saberlo, por supuesto. Pues te voy a contar yo cómo se desarrolló esa evacuación «sin problemas». Todas las salidas de la ciudad estaban bloqueadas, ya que el Partido y las autoridades habían huido con lanchas rápidas, las ss se hicieron cargo del comando. La única salida en el asedio era la del mar, así que las ss arrastraron a la gente como ganado bajo la tormenta y la nieve y la lluvia y el frío hasta el puerto, bajo un fuego ininterrumpido de artillería y

los ataques de los aviones en vuelo rasante. Allí la cargaron en pequeñas embarcaciones, pues las embarcaciones de la bahía estaban ancladas a quince kilómetros de la ciudad. Murieron más de veinte mil personas, Joachim. Las embarcaciones sobrecargadas zozobraron; también hubo víctimas en los combates en las calles, en las voladuras, y las SS eliminaban a todos aquellos que se negaban a abandonar la ciudad. Así es como sucedió, joven, y así será en Berlín, te lo prometo solemnemente.

Lassehn mantiene la mirada baja.

–Y ahora los nubarrones de tormenta acechan, amenazantes, frente a nuestra ciudad; sus sombras ya se ciernen sobre ella, pero todos se comportan como si no estuvieran allí; la gente sigue viviendo impasible, sigue trabajando y sigue llevando aún un resto de vida privada; la policía y las autoridades siguen ordenando y exigen la obediencia de sus mandatos. Y todo ello ocurre con una naturalidad pasmosa, como si siempre tuviera que ser igual, hoy, mañana y el día siguiente.

–Sí, joven, ésta es la tan loada perseverancia –dice Klose–, aunque esto no es ni perseverancia ni valentía: esto es simplemente una flema testaruda y una indiferencia fatalista; éste es el gran don de los alemanes, el mentirse a sí mismos y casi creérselo. Cuando mañana los T-34 o los Sherman rueden por la Alexanderplatz, entonces se tomará nota de ello, comprobarán que respeten las normas de tráfico y seguirán viviendo imperturbables, mientras hayan podido conservar su trocito de existencia privada.

–Eso suena muy pesimista –opina Lassehn.

–Uno sólo puede pensar de forma pesimista en la burguesía y aquellos que se incluyen en ella – replica Klose–; la burguesía es la que se sigue aferrando a Hitler y su Estado, pues presiente que con el hundimiento del Tercer Reich también habrá terminado la burguesía como clase independiente. Tampoco le han echado a Hitler la guerra en cara; sólo ahora que la están perdiendo, les surgen de repente las dudas. ¿Qué te pasa, Joachim?

Lassehn ha alzado la cabeza escuchando atentamente.

–Creo que alguien está llamando a la puerta, señor Klose.

Klose se pone de pie y da unos cuantos pasos hacia la puerta que conduce al pasillo.

–Es verdad –dice–. Por si acaso, escóndete en el bar.

XII

15 de abril, 20:30 horas

Wiegand abandona su vivienda cuando el crepúsculo descende sobre los cráteres de las calles y en el mar de nubes del cielo crecen las islas grises. Permanece frente al portal de su casa quien no quiere la cosa y se enciende un cigarrillo, aunque se trata sólo de una maniobra para echar un vistazo. Ya cuenta con que por allí andará ocioso un soplón para espiarlo, pero no descubre a nadie, la calle no está muy transitada en esos momentos, sólo los muy precavidos están ya camino del refugio de Friedrichshain con todas sus pertenencias.

Una vez enciende el cigarrillo, Wiegand se dirige lentamente por la Lebuser Straße hacia la Großer Frankfurter Straße, se detiene en varias ocasiones dejando la maleta en el suelo, como si le resultara muy pesada, y lanza una mirada precavida hacia atrás, aunque no acierta a ver a nadie. El crepúsculo beneficia en todo caso a un perseguidor, las calles no están iluminadas, sólo de vez en cuando llega el débil reflejo de luz de un portal.

Wiegand se detiene de nuevo en la esquina con la Großer Frankfurter Straße; ha oído pasos tras de sí; quiere que se acerquen y lo adelanten. Mientras tanto, se ocupa exhaustivamente de su cigarrillo y lanza una nueva mirada hacia la Lebuser Straße. Un hombre con una mochila pasa a su lado y tuerce hacia la Großer Frankfurter Straße, se detiene frente al cine Filmstern, coloca un pie sobre un montón de escombros y se ata los cordones. Wiegand vuelve a echar una mirada a la calle, aunque ya no ve a nadie: todo está en silencio ahora; cree que las pisadas de antes eran las de un grupo, pero sólo un hombre lo ha adelantado, precisamente el de la mochila, que permanece indeciso frente al Filmstern. Wiegand vuelve a levantar su maleta. En un principio, quería haber ido directamente a casa de Klose, pero ahora decide cambiar varias veces de rumbo con el fin de deshacerse de un eventual perseguidor. Se adentra en la Großer Frankfurter Straße y camina lentamente en dirección a la Strausberger Platz. Enormes escombreras bloquean la acera, aquí ya no queda casa que se haya librado de la destrucción; en los últimos meses, este barrio ha sido alcanzado de manera ininterrumpida por violentos ataques, a pesar de que antes apenas se hubiera visto afectado. De noche han caído varias minas antiaéreas con efectos terribles; de día, las bombas incendiarias, pues aquí, instalada en los edificios posteriores y fabriles, rodeada de bloques de viviendas, hay una industria variada de mecánica de precisión, una industria electrotécnica y gran cantidad de talleres textiles, dedicados todos a la fabricación de armamento.

Lassehn se detiene de nuevo en la Strausberger Platz. En la Strausberger Straße acaba de partir un tranvía de la línea 1, que tiene su estación final aquí, pues han arrancado las vías de la Großer Frankfurter Straße. El conductor toca enfurecido la campanita, pues seguramente una carretilla le bloquea el paso. El timbre produce un extraño y plano eco en la calle medio destruida, del cine al otro lado entre la Markusstraße y la Krautstraße salen los espectadores de la penúltima sesión, la única que con cierta seguridad se realiza sin interrupción entre el final de la jornada laboral y el principio de la alarma antiaérea. Durante unos minutos la calle se llena de las voces de la gente y del vivo golpeteo de los tacones; después, cae un silencio incluso más profundo sobre la oscuridad. En la farmacia de Böer brilla una luz opaca y el viento sacude los marcos sueltos de las ventanas de la caja de depósitos del Deutsche Bank.

Mientras tanto el ocaso se ha vuelto más denso, prácticamente la oscuridad se ha extendido sobre la ciudad, las pocas casas habitadas son como enormes cajas oscuras colocadas sobre las pintorescas montañas de piedras y escombros, sólo las trazas de luz en las ventanas oscurecidas, o un portal de entrada que cruje y que por un momento deja entrever una bombilla azulada, delatan que en ellas hay vida. Desde la Weberstraße llega un grupo de hombres, aunque también hay dos o tres mujeres ente ellos, que ríen con ganas y se defienden de las impertinencias; la conversación tiene lugar en voz alta y sin reservas. Wiegand escucha atentamente durante unos segundos el melodioso deje francés y envidia a esa gente por su despreocupación. Sigue parado en la Strausberger Platz frente a la cafetería donde se ha encontrado en varias ocasiones con su mujer, pues no podía arriesgarse a ir hasta Eichwalde. Mira a su alrededor, pero el hombre de la mochila ha desaparecido.

Wiegand desciende lentamente las escaleras del metro y compra un billete sencillo. Al darse la vuelta con el fin de mirar la hora, ve cómo un hombre con una mochila pasa por el tornio. Durante estos días hay muchos hombres que van con mochila por Berlín, aunque Wiegand cree reconocer en él al hombre que vio antes venir de la Lubuser Straße y que se quedó parado frente al Filmstern. Puede estar equivocado, naturalmente, pero en cualquier caso va a actuar como si ese hombre lo estuviera siguiendo y para ello hay diversos trucos probados y acreditados para deshacerse de un perseguidor molesto: casas con un pasaje hacia otra calle, edificios comerciales con elevador, saltar a un tranvía en movimiento o, finalmente, enfrentarse directamente al perseguidor y darle a entender amistosamente que su acecho no ha pasado desapercibido.

Wiegand recorre unas cuantas veces el andén de arriba abajo. El hombre de la mochila se ha sentado en un banco y lee la *Nachtausgabe*. Deja pasar el metro en dirección a Alexanderplatz sin alzar la vista. Intentar seguirlo hubiera resultado en todo caso inútil, pues en los vagones no cabe ni un alfiler. Se trata de la última media hora antes de la alarma de noche, la mayoría de los vagones del metro viajan prácticamente vacíos, sólo determinadas líneas van a reventar y una de ellas es la línea E desde Friedrichsfelde hasta Alexanderplatz. La Alexanderplatz ejerce la mayor fuerza de atracción sobre los ánimos miedosos del este y noreste de la ciudad, pues no sólo cuenta con dos refugios profundos absolutamente seguros, sino también con un andén de metro, situado dos niveles por debajo de la superficie y que también se considera absolutamente seguro, a prueba de bombas en el sentido más literal de la palabra. La alarma antiaérea vespertina se ha convertido en parte esencial de la vida, no se cuenta con ella como se cuenta con una autoridad desconocida, sino que se trata de un acontecimiento completamente incorporado al desarrollo del día y que ya prácticamente resulta indispensable. El anochecer se divide como algo evidente en el tiempo «antes de la alarma» y el tiempo «después de la alarma», igual que en historia se habla de los años «antes de Cristo» y «después de Cristo».

Wiegand se detiene frente a un tablón de anuncios, el papel aún huele a tinta fresca, en rojo se resaltan las cosas importantes.

REGISTRO OBLIGATORIO DE LOS REFUGIADOS

Muchos *Volksgenosse*, camaradas nacionales, han buscado en las últimas semanas refugio en el interior del país; trabajadores, empleados y funcionarios han perdido su puesto de trabajo; los soldados, el contacto con sus puestos o divisiones debido a la actuación enemiga. Con el fin de devolverlos de nuevo a la defensa activa de nuestro pueblo se ha procedido a ordenar lo siguiente:

1. Por ahora los permisos, salvo en caso de enfermedad, sólo se concederán por hechos de valentía.

2. Se anula la dispensa a los hombres que presentan servicios civiles que provengan de los territorios ocupados por el enemigo.

3. Todos los miembros de la Wehrmacht que no se encuentren en sus puestos o divisiones, incluidos los soldados de permiso y los enviados en misión, deben presentarse voluntariamente y enseguida según las disposiciones válidas de la Wehrmacht en los puestos dispuestos para ello (comandante de la plaza, comandancia, comisaría u puesto en el frente).

4. Todas las demás personas, que abandonaron su hogar a partir del 1 de enero de 1945 deben cumplir voluntariamente con los siguientes registros obligatorios una vez hayan ocupado su nuevo domicilio:

a) Todos los *Volksgenosse* deben inscribirse en el registro policial que les corresponda según su lugar de residencia.

b) Todos los hombres no alistados nacidos entre los años 1884 y 1929 deben presentarse además en la oficina de registro militar o comando militar de la plaza que les corresponda por su lugar de residencia y presentar su cartilla militar.

5. Las personas obligadas a registrarse sólo recibirán su remuneración de las cajas públicas una vez se hayan registrado.

Las oficinas de racionamiento, suministro, etcétera, tienen órdenes de facilitar las cartillas de racionamiento y realizar pagos únicamente una vez presentado el comprobante de registro.

6. Cualquiera que aloje a alguien obligado a registrarse debe exigir la presentación del comprobante de registro sellado que demuestre que se ha cumplido con esa obligación. En el caso de que no se presente este comprobante de inmediato el que facilita el hospedaje debe denunciarlo enseguida en la comisaría de policía.

7. Quien sepa de personas sospechosas de sustraerse a sus obligaciones laborales o para con la Wehrmacht debe denunciarlo inmediatamente a la policía.

El incumplimiento de la obligatoriedad de registro está penalizado. Quien además evite el registro para evitar sus obligaciones laborales o para con la Wehrmacht será considerado un desertor y tratado como tal. No será castigado únicamente el culpable, sino también aquel que lo ayude de cualquier forma.

Wiegand lee con un gesto irónico en la comisura de la boca, reconoce ese llamamiento como lo que es, el último coletazo de un sistema vencido, que intenta alargar la agonía con los mismos medios que siempre ha aplicado: tras unas frases de introducción, el puñetazo en el estómago y agarrar la cartera, la amenaza de un castigo y, finalmente, la invitación a la denuncia. Wiegand está tan absorto en la lectura que no oye la llegada del convoy y se da la vuelta sorprendido cuando éste entra en la estación y chirría al frenar. Se sube en un vagón de fumadores y se deja caer impasible en el asiento de cuero rojo. El hombre de la mochila parece que se sube a otro vagón... No, aquí está, se sube al mismo vagón que el de Wiegand, sólo que lo ha hecho por la entrada de la otra punta y ocupa un lugar al abrigo de una separación lateral que divide la fila central de asientos. Se trata de un escondite incompleto, pues el vagón está prácticamente vacío.

En la estación de la Memeler Straße se sube un grupo de ucranianos, llevan el distintivo azul de los trabajadores del Este y aprovechan la oportunidad extraordinaria de poder sentarse en el metro sin tener que soportar las miradas recelosas o los empujones. Traen consigo el olor a encerrado y desabrido de los barracones, el hedor de la ropa poco ventilada. Mientras trabajaban

en el campo o andaban por la calle cayeron en manos de los modernos negreros, fueron obligados a alistarse en el ejército de los trabajadores forzados de Sauckel y transportados hasta Alemania en vagones de ganado. Wiegand siempre los ha considerado como unos hermanos oprimidos, aunque a menudo ha tenido que observar que algunos trabajadores sólo ven en ellos a bestias de trabajo que han puesto a su disposición, y en ningún otro ejemplo como con el de los trabajadores forzados extranjeros ha entendido hasta qué punto la mentalidad nacionalsocialista de la raza superior y los subhumanos ya se ha apoderado del pueblo, con qué profundidad el veneno del racismo ha devorado sus cerebros. El trato despectivo y la actitud de superioridad de muchos trabajadores alemanes, la falta de todo sentimiento hacia los abusos contra los rusos siempre le han conmovido profundamente. En realidad, en bastantes ocasiones ha podido comprobar cómo los colegas veían en los trabajadores del Este a compañeros de clase oprimidos de otra manera muy especial y les han intentado facilitar las cosas y serles de ayuda para arreglárselas en un mundo extraño para ellos, además de protegerles de los robos por parte de los capataces u otros granujas, aunque ello ocurría naturalmente bajo la observancia del mayor posible de los cuidados, pues el servicio de seguridad de la fábrica y los grupos afines, el enlace sindical y el representante de la seguridad nacional impiden de entrada cualquier así denominado intento de confraternización o lo reprimen si se ha iniciado, siempre amenazan con la Gestapo y envían sin piedad a un campo al portavoz de los rusos, del que en muy pocos casos suele regresar. A pesar de todos los delatores y fanfarrones, no han podido evitar un entendimiento entre los trabajadores con conciencia de clase y sus camaradas rusos. El tratamiento *tovarisch* se ha convertido desde hace tiempo en algo célebre.

Wiegand observa los rostros anchos y bondadosos de los ucranianos; casi se ha olvidado del hombre de la mochila, que sigue de pie frente a la puerta de salida y está ocupado en encender una pipa. Cuando el convoy entra en la estación de la Petersburger Straße le lanza una rápida mirada a Wiegand y cuando Wiegand permanece sentado él también se sienta en el largo banco posterior y despliega de nuevo su periódico.

Wiegand quisiera intentarlo ahora, quiere abandonar el vagón en el último momento antes de que vuelva a partir, aunque no puede llevar a cabo su plan, pues el convoy ya no reanuda la marcha.

—¡Todos abajo! ¡Alarma antiaérea!

El grito de la revisora de la estación retumba sordo en la bóveda de la estación.

Wiegand agarra su maleta y desciende del vagón, se entretiene a propósito frente al torno para abandonar como último la estación. Son apenas una treintena de personas las que pasan por el torno. El hombre de la mochila es uno de los últimos; parece ser que también él ha dilatado todo lo posible la salida de la estación.

La Frankfurter Allee es una única quebrada oscura, el cielo está bien oscuro, no ha aparecido ni una sola estrella en la mortaja del cielo, está tan oscuro que Wiegand apenas puede ver más allá de cinco pasos. Toma la Petersburger Straße por azar, a la izquierda se alza una enorme montaña de gravilla, tras unos cien metros se inicia la fila de casas. Wiegand apenas distingue la flecha indicativa y las letras blancas de LS, refugio antiaéreo, deposita la maleta en el suelo y se detiene frente al portal con el fin de coger aire, pues la suave pendiente entre la Petersburger Straße hasta la Baltenplatz le ha dejado casi sin aliento. La calle se ha hundido en un silencio lóbrego, desde la circunvalación retumba el bufido percutiente de una pesada locomotora de mercancías, desde la

Warschauer Straße en dirección desde el puente resuena el petardeo de una motocicleta, la luz atenuada y baja de su faro se esparce por la oscuridad.

Cuando Wiegand quiere volver a levantar la maleta, una mano se posa en su hombro, él se gira y ve la sombra de un hombre más bien bajo.

–No debería estar aquí –dice el hombre de forma ruda e imperativa con una voz fina y chirriante–. ¡Diríjase usted enseguida al refugio!

–Tranquilo –le contesta Wiegand y se aferra a su maleta–. ¿Dónde está el refugio?

Ilumina con su linterna de mano el pasillo y ve de refilón un uniforme pardo y unas botas altas.

–¿Se ha vuelto usted loco? –le increpa el hombre–. ¡Apague usted ahora mismo la linterna!

–No es que sea usted muy amable –dice Wiegand, y entra en el pasillo del inmueble–. Lo mejor será que me indique usted el camino al refugio.

–Siga usted el pasillo todo recto, el patio a la derecha, la primera puerta.

La voz rechina como un verso dicho mil veces.

–¡Pero un poco rápido!

Wiegand está tentado de plantarle un puñetazo al hombre del uniforme pardo en todos los dientes, demasiadas veces ha tenido que dominar y reprimir violentamente esa explosión mental. Y aquí la oportunidad se presenta propicia: ahora mismo en el pasillo sólo se encuentran él y el pardo; ya tiene el puño preparado y está dispuesto a darse la vuelta cuando se echa hacia atrás con fuerza, no debe cometer actos imprudentes y además el hombre de la mochila podría encontrarse cerca.

En el refugio antiaéreo, un espacio alargado y de muchos rincones, se sienta en un banco que no está bajo la luz directa de una lámpara. No le importa nada de lo que ocurre allí: el vocerío, el altavoz, la irrelevante música que se va alternando y los comunicados del puesto de mando de la división, las especulaciones sobre los objetivos de los escuadrones británicos; para él visitar este refugio antiaéreo supone sólo una parada intercalada en su huida, que de hecho ya se inició el 30 de enero de 1933 y que finalmente lo llevó a la ilegalidad.

Sus pensamientos retroceden en el tiempo y regresan rápidamente al futuro, ya no es el hombre que se hunde en el pasado como en un baño caliente o que refresca sus recuerdos sentimentales con el fin de colorear el gris desolador del presente. Para él el pasado es la suma de las experiencias, sirve para reconocer las equivocaciones y, por lo tanto, para organizar el futuro, un futuro que pronto debe convertirse en presente y que el corazón y la razón apremian impacientes. Wiegand no entiende que antes en el pasillo hubiera estado a punto de ceder ante la ira. Ha superado doce años de la dictadura de Hitler y se ha refrenado en incontables ocasiones, así que ahora no se va a poner en peligro inútilmente.

Ha aprendido a callar cuando hay que callar y a hablar cuando hay que hablar, recuerda el día en el que tras dos años y tres meses fue liberado de Sachsenhausen. En el campo no desesperó, aunque los maltratos y las humillaciones apenas eran ya soportables y no se veía fin al suplicio. Los internos del campo no eran presos que cumplieran en la cárcel o en el presidio una pena determinada que se hubiera fijado durante un juicio en un juzgado ordinario y para los que cada día que pasaba la certeza de la libertad se acercaban. Los internos habían caído en la intemporalidad, los días pasaban grises camino de la incertidumbre. Hoy sabe lo que por entonces sólo era un presentimiento, que esa incertidumbre es parte de un sistema infernal, pues en las oficinas de Sachsenhausen vio por casualidad una circular del ministerio del Interior que informaba de lo siguiente:

En ningún caso se puede informar al preso de la duración del internamiento, incluso aunque el *Reichsführer* SS y el jefe de la policía alemana o el jefe del Sipo y del SD la hayan establecido.

Aún hoy, pasados casi diez años, un escalofrío le recorre el cuerpo cuando recuerda esa vida, esa vida que transcurría prácticamente en la frontera del entendimiento, a la sombra de la muerte y siempre le invade una ira pasional cuando recuerda el martirio de Ernst Heilmann, diputado del partido socialdemócrata, al cual los bandidos de las SS odiaban muy especialmente, por el motivo que sea, y con el que llevaron a cabo un juego brutalmente cínico: lo metieron a golpes en la caseta del perro, le ciñeron un collar al cuello y lo ataron a una cadena, para a continuación obligarlo a ir a cuatro patas, comer de una escudilla sin ayuda de las manos, ladrar y ponerse sobre las patas traseras y formar figuras con sus propios excrementos. Wiegand no ha olvidado nada, ni las terribles palizas, ni las formaciones durante horas, ni los ahorcamientos en los árboles y las sádicas torturas, pero aun así, nunca, ni por un segundo, se vino abajo o perdió la esperanza, hasta...

Sí, hasta el día en que lo liberaron. Ocurrió de repente, se produjo de forma totalmente súbita, le sorprendió casi más que su detención la noche del 28 de febrero de 1933, cuando el incendio del Reichstag, y antes de que hubiera recobrado el juicio ya se encontraba al otro lado de la valla de alambre de espino y frente a él se extendía el campo abierto, sin vallas, sin postes, sin formaciones, sin castigos. Estaba aturdido, no sabía cómo había llegado a Oranienburg; no se precipitó en la libertad como embriagado y corrió hacia ella rápidamente, sino que lo hizo lentamente, paso a paso, como si se desplazara por un terreno inseguro. En Oranienburg se subió en el tren de cercanías y viajó hasta la parada de Stettin, aunque tendría que haberse apeado en la parada de Gesundbrunnen; primero anduvo a diestra y siniestra por las calles del norte de Berlín y del centro de la ciudad, miró a su alrededor y se fijó en los rostros de las personas, y la angustia inicial que se introdujo en su pecho como un aire sofocante se convirtió en espanto.

Oyó que aún existía la risa y la alegría, vio que aún sobrevivía la despreocupación y, finalmente, reconoció que todo ello también se había dado mientras los alambres de espino de los campos de concentración se hundían profundamente en la carne de las personas inocentes. En esos momentos fue dolorosamente consciente de que la vida había seguido su curso y que había pasado por encima de ellos y que seguiría su curso, aunque de nuevo miles, decenas de miles y cientos de miles de personas colgaran de los alambres de espino de los campos como crucificados. Mientras hubiera gente cuyo único delito consistía en no someterse a ser excluidos por los nacionalsocialistas y verse involucrados en las torturas, la sangre, la fiebre y la mierda, se reírían histéricos con las bromas tontas de Rühmann y emocionados se secarían una pequeña lagrimita del raballo de los ojos con las lágrimas artificiales de Zarah Leander, cogidos del brazo se balancearían al compás de «La rubia Kathrein» y generarían sentimientos sublimes con una canción de Horst Wiesel, se elevarían con *El libro de horas* de Rilke a una campiña celestial y creerían en las proclamaciones de Hitler sobre la vocación alemana en el mundo, del foco purulento en su mismo centro no sabrían nada o no querrían saber nada y si llegaba algo a su conocimiento se librarían de ello al igual que se saca uno el polvo de encima de la ropa. Wiegand comprendió en esa amarga hora que hacía tiempo que el pueblo había hecho las paces con sus nuevos gobernantes y su nuevo orden, aunque ese orden fuera un presidio gigantesco.

Ese conocimiento le hizo desesperar por primera vez, anduvo por las calles de la ciudad mientras se preguntaba una y otra vez: «¿Para qué? ¿Para qué todo esto? Hay días en que me invade un sentimiento más negro que la más negra melancolía: el desprecio a los hombres». Las

tremendas palabras de Nietzsche en el *Anticristo* se intentaron meter en su cabeza, aunque finalmente no permitió que lo acompañaran.

Wiegand piensa en la larga serie de víctimas que se inició con Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, prosiguió con Eisner, Rathenau y Erzberger, incluyó a Scheer, Mühsam y Klausener y se cerró con Breitscheid y Thälmann. Tampoco olvida la interminable lista de piezas intermedias anónimas de la cadena, a la que cada día se unen nuevas víctimas, ejecutadas por la justicia nacionalsocialista y la barbarie de Himmler, que sufren la muerte de forma terrible, colgadas, guillotinas, torturadas, ahogadas, fusiladas, gaseadas, masacradas, agotadas e infectadas mortalmente. Lo que acontece diariamente y a cada hora en las cárceles y presidios, en los campos de concentración y de trabajo y en los frentes no es otra cosa que el asesinato, el asesinato a sangre fría y premeditado.

Wiegand ya se ha dado cuenta de que un hombre se ha sentado casi pegado a él, aunque hasta ahora no le haya prestado atención. De repente nota una mano sobre el brazo; no lo agarra, se trata de un contacto más bien familiar; se vuelve hacia el hombre y observa su rostro surcado de arrugas y curtido, de viejo trabajador, con ojos claros de gavilán bajo unas cejas espesas y oscuras.

—Qué casualidad más singular, compañero —le dice el trabajador en voz baja.

Wiegand queda aturdido por unos segundos, aunque no permite que se le note: ha aprendido a dominar cada músculo de su cara. No tiene miedo, lleva consigo una documentación en regla y auténtica, que ya ha pasado por varios controles exhaustivos: es Franz Adamek, de Ratibor, trabajador de los ferrocarriles del Reich. Lo que le ha desconcertado y aturdido durante unos segundos es el hecho de que se hayan dirigido a él como «compañero». Un trabajador lo llama «compañero», y no *Volksgenosse* o *Parteigenosse*, simplemente «compañero» y eso tras doce años de terror de Hitler, la presión de la Gestapo, los soplones y unas ideas corrompidas. A pesar de ello, Wiegand mantiene la distancia; los años en la ilegalidad no han transcurrido sin dejar huella, han generado en él una precaución casi psicótica.

—¿A qué se refiere usted? —pregunta Wiegand.

—Una casualidad singular —repite el trabajador.

—¿Qué es una casualidad singular? —pregunta Wiegand.

—Que nos encontremos aquí, compañero —responde el trabajador ya algo impaciente.

—Sigo sin entender —dice Wiegand sin estar por la labor—. ¿De qué me habla usted?

—Naturalmente que no me recuerdas —dice el trabajador—, pero yo te conozco perfectamente, aunque ahora mismo no consigo recordar tu nombre.

—Se equivoca usted seguro, estimado señor —le contradice Wiegand.

El trabajador se sorprende, su rostro se ve ensombrecido por el descontento.

—No me equivoco —responde él con una voz que al principio sonaba casi animada y que ahora se ha apagado—. Eres tú, y no eres tú, ya que...

No llega a terminar la frase y se vuelve con un gesto de la mano.

Wiegand repasa a fondo su memoria, pero no logra recordar al hombre, lo que no quiere decir nada, pues antes llegó a hablar en asambleas de cientos de personas y su fotografía apareció de vez en cuando en periódicos y revistas. Lo que realmente resulta extraño —y justo en este momento se da cuenta de ello— es que nadie nunca lo haya reconocido o, por lo menos, le haya dicho que le recordaba a alguien.

—Creo que me confunde usted con otra persona, querido señor —dice él con la esperanza de zanjar el asunto de una vez.

El trabajador se vuelve de nuevo hacia él y lo observa detenidamente.

–No, querido, estoy seguro de que no me equivoco: un rostro como el tuyo no lo olvida uno, más aún cuando va unido a tales recuerdos, aunque reconozco que tenía una opinión demasiado buena de ti...

No para de hablar, su voz se transforma simplemente en un gruñido iracundo que se enreda en su espeso bigote.

–¿De quién habla usted en realidad, señor? –pregunta Wiegand.

El trabajador casi se sobresalta al oír el tratamiento.

–Bueno –dice irónicamente, y en sus labios se dibuja una sonrisa de menosprecio–, también se ha vuelto corrupto, el señor camarada; se ha arrimado a los nazis, quizá incluso se ha vuelto uno de ellos. ¿Le habrán dado un buen cargo en el Frente Alemán del Trabajo? ¡Qué asco!

–No quiere usted explicarme... –empieza a decir Wiegand.

–Claro que te lo voy a explicar, sinvergüenza –dice el trabajador irritado–. Me he dirigido a ti como «compañero» y en esta palabra radica todo, la confianza, la solidaridad, las convicciones y la esperanza, y tú me has respondido con «señor» y «estimado señor». Está claro que ya no quieres que te recuerden que en una ocasión fuiste un camarada, que creíste en Marx y en Engels, en la lucha de clases, en el materialismo histórico y en la solidaridad entre los trabajadores.

–Déjelo ya –dice Wiegand temblando–. No sabe usted de qué habla. Y además habla usted demasiado alto.

–Me da completamente igual –dice el trabajador, enojado, aunque baja la voz,

Mientras habla se le forman en el rostro pliegues y dobleces, líneas y ángulos por los cuales los pensamientos se deslizan de un lado a otro como por raíles.

–Ha sido todo en vano, aguantar los doce años enteros... Incluso alguien como tú tiene cosas en común con los criminales. A uno le gustaría hacerse con una soga y colgarse.

Wiegand nota cómo el corazón le golpea con dolor, las palabras de este trabajador desconocido le generan un amargo dilema. Aparece la precaución ejercida cientos de veces, le advierte de que no debe fiarse de nada, le ordena permanecer firme y reservado, aunque también hay un sentimiento de vínculo, de inclinación, de hermandad hacia este hombre, para el cual los doce años de las frases hechas de Robert Ley no han tenido efecto alguno, cuyo socialismo no se ha dejado aguar ni por añadirle la palabrita «nacional» ni por las concesiones de *Kraft durch Freude*, la «fuerza mediante la alegría», ni *Schönheit der Arbeit*, la «belleza del trabajo». Y hay algo más, seguramente todavía más importante: ¿debe permitir que la decepción eche raíces en este hombre? No se trata de su persona, la de Wiegand, sino que él, el líder sindical, ha decepcionado en gran medida a un trabajador que ha sabido aguantar con firmeza estos doce años. Lo observa desde su lado. No, no se trata de un soplón ni de un traidor, sus palabras han sonado demasiado auténticas, su comportamiento es demasiado convincente. Mientras sopesa sus palabras, el otro sigue hablando.

–Ahora ya recuerdo quién eres, mi muy estimado *Volksgenosse* y quizá también *Parteigenosse* del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán –dice el trabajador y se queda mirando a Wiegand con una sonrisa sarcástica–, usted es el señor Friedrich Wiegand, antiguo sindicalista revolucionario y actual pez gordo del Frente Alemán del Trabajo...

A Wiegand ese sarcasmo casi le duele físicamente.

–Déjelo estar –dice austero–, habla usted demasiado alto, soy Franz Adamek, trabajador de los ferrocarriles del Reich.

El trabajador se queda mirando fijamente a Wiegand.

–Siempre la vieja cantinela –dice con desprecio–. Uno que quiere borrar su pasado se pone furioso con aquel que lo obliga a recordarlo –prosigue, apretando los labios–. Pero a mí no me engaña, usted es...

–Soy Franz Adamek, ningún otro –dice Wiegand rápidamente–. ¿Me entiende?

–No, usted es...

Wiegand agarra al trabajador con fuerza por el brazo.

–Silencio –le susurra–. Nadie debe saber quién soy en realidad. Tú lo sabes porque me has reconocido por casualidad. ¿Me entiendes ahora?

El trabajador lo examina durante unos pocos segundos con gesto sombrío, su mirada se ha quedado fija en él hasta que en sus ojos aparece un rayo de entendimiento.

–¿Ilegal? –pregunta todo alterado.

Wiegand asiente.

–Ahora entenderás por qué no dejo que cualquiera me aborde sin más, también creo...

–Está bien –dice el trabajador–, no hay que malgastar ni una palabra más.

–¿Y de qué me conoces?

–Desde hace tiempo, pero siempre desde la distancia –contesta el trabajador–, pero en abril o mayo de 1932 nos visitaste en la lampistería Frister en Oberschöneweide, hablaste en una asamblea de huelguistas, cuando una vez más nos estuvieron dando la lata con el cronómetro y quisieron recortarnos los salarios. Nunca olvidaré cómo arrastraste contigo a los camaradas; por entonces yo estaba en el comité de empresa de la Frister, incluso me senté a tu lado. Naturalmente que ya no lo recuerdas, hace mucho tiempo de ello. Estuviste magnífico, Friedrich Wie... –Se da un manotazo en la boca–. Disculpa, no debería decirlo. ¿Cómo te llamas ahora?

–Adamek, Franz Adamek –dice Wiegand–. ¿Y cómo te llamas tú?

–Richard Schröter –responde el trabajador–. Pensaba que hacía tiempo que te habían matado en un campo de concentración. ¿Qué es lo que haces ahora?

–Trabajo en los ferrocarriles Karlshorst –responde Wiegand–; mejor dicho, he trabajado allí hasta esta misma tarde, pero ya no iré más.

–¿Ambiente caldeado?

Wiegand asiente.

–Ambiente muy caldeado. ¿Y qué es lo que haces tú?

Schröter sonríe con los labios cerrados.

–Tengo la baja médica, así que no trabajo para la guerra. Si uno sabe cómo escaquearse la mar de bien, sólo hay que quererlo y contar con un buen médico, y yo lo tengo. Si antes vas a un médico de confianza y te receta una inyección de sal de cocina o te tragas la dosis pertinente de la metanfetamina Pervitin y los expertos se rompen la cabeza con tu extraña enfermedad.

–Y nada más... –dice Wiegand.

–¿Te piensas que me quedo sentado en casa cruzado de brazos? –exclama rápidamente Schröter–. No sabes de qué pasta estamos hechos. ¿Has oído alguna vez de las octavillas, del sabotaje y todo eso? Somos un pequeño grupo... ¡Cuidado, el peligro pardo!

Por el pasillo se acerca un hombre flaco y apenas de estatura mediana, vestido con el uniforme pardo del partido nazi, chaqueta marrón con distintivos marrón claro, dos galones y tres estrellas dorados, brazalete con la cruz gamada con los galones dorados de la hoja de encina, cartuchera marrón, pantalones marrones embutidos en unas botas altas relucientes color marrón. Bajo la gorra marrón con el ribete azul hay una cara amargada y arrugada, de mirada penetrante y ojeras

parduscas, una nariz puntiaguda y un pequeño bigote oscuro. Se acerca lentamente por el pasillo y su mirada se posa en todas partes.

En un instante en el refugio antiaéreo reina un silencio sepulcral: nadie dice una palabra, algunos se imponen una sonrisa sumisa, otros hacen ver que duermen. En el exterior se oyen los disparos huecos y sordos de los cañones antiaéreos.

–*Heil* Hitler, *Volksgenossen*! –grita el pardo. No se trata de un saludo, es la orden para someterse ante esta llamada, que como el sombrero de Geßler de la leyenda de Guillermo Tell está amenazadoramente bien calado.

–*Heil* Hitler! –muchas bocas exclaman el tributo, alto, claro, en susurros, cuchicheándolo, escupiendo; algunos sólo se limitan a mover los labios, aunque nadie se queda sin hacer el tributo.

Wiegand se retuerce de rabia por la impotencia. Tener que ver esto, cómo sesenta o setenta personas, trabajadores, empleados, comerciales, mujeres, ancianos y ancianas y niños callan, se humillan, obedecen como perros apaleados y gimen sumisos, se someten, se conracion, sonrén sumisos, y sólo porque un tipo enclenque con cara de soberano pasea su uniforme pardo por el pasillo, tener que ver cómo personas del todo honorables de repente se convierten en hipócritas, pelotas, lameculos, cobardes, porque tras ese uniforme pardo de mierda se esconde amenazador un poder inquietante, el señor de la muerte y de la vida, para bien o para mal, es algo que va más allá de sus fuerzas.

El pardo se detiene frente a Wiegand.

–¿A usted no le conozco! ¿Quién es usted? ¿Lleva usted documentos? –rechina su voz.

Wiegand saca sin decir palabra su carné de los ferrocarriles del Reich del bolsillo y se lo alcanza al pardo.

–¿Póngase de pie cuando le hablo! –le increpa el pardo mientras va posando la mirada en el documento y el rostro de Wiegand.

En toda la jeta, piensa Wiegand, en toda la jeta, maldito perro pardo, no me voy a poner de pie frente a ti. Continúa sentado, los músculos de sus pómulos no dejan de trabajar, le duelen los dientes de tanto apretarlos los unos contra los otros.

–Y esta es mi cartilla militar –dice y le alarga la pequeña cartilla de color marrón oscuro.

El pardo coge la cartilla y la hojea.

–¿Dispensado por prestar servicios civiles? ¿Por qué razón? –pregunta.

–Los ferrocarriles del Reich –contesta Wiegand–, son igual de importantes que estar en el frente.

El pardo cierra la cartilla militar y se la devuelve a Wiegand.

–¿Y por qué no se pone usted de pie, Adamek?

A Wiegand le somete una obstinación indomable, debe aportar toda su voluntad para mantener la tranquilidad, contraer las manos de ira contenida, para no lanzarse encima del enemigo, que ahora tiene a mano. Sí, se va a poner de pie, pero de una manera muy especial. Pega un brinco, entrechoca los talones y palmea las manos contra la costura de los pantalones.

–¡Trabajador de los ferrocarriles del Reich Adamek, presente! –grita dentro del sótano.

En el sótano se extiende una risa sofocada, alguien se parte de risa en voz alta. El pardo se pone rojo como un tomate, sus mejillas llenas de pliegues se estremecen, durante un momento permanece indeciso, entonces retrocede un paso.

–¡Silencio! –berrea.

Enseguida reina de nuevo un silencio sepulcral, algunos incluso esconden miedosos sus cabezas entre los hombros. El pardo permanece con las piernas extendidas mientras observa los rostros

con sus ojos pequeños, se dirige a Wiegand, que aún permanece tieso como un muñeco, las manos sobre la costura de los pantalones, y le devuelve la documentación.

–¡Este asunto tendrá sus consecuencias para usted, Adamek! –dice con dureza.

–¡A sus órdenes! –dice Wiegand y se lleva la mano derecha a la gorra en forma de saludo.

–¡Déjelo estar ya, diablos! –grita el pardo y se da la vuelta, avanza unos cuantos pasos y se da la vuelta de nuevo.

–Se ha ido a juntar usted con la mejor de las compañías –sisea–. Ese sujeto asocial, Schröter... ¡Señores, volveremos a vernos!

El pardo prosigue su camino lentamente y se detiene frente a una mujer joven. Está sentada en completo silencio, mantiene la cabeza apoyada en la pared y sus manos reposan sin fuerza en el regazo. Su rostro, seguramente antes de una belleza resplandeciente, está sin vida, mantiene los ojos muy abiertos, pero en ellos no hay ninguna expresión propia de las personas, unos ojos que miran por encima de lo que le rodea hacia el pasado o hacia el futuro.

–¡*Heil* Hitler, señora Franke! –dice el pardo–. ¿Ya está de nuevo de vuelta?

Quizá suene benévolo, pero se trata casi de una pregunta inquisitiva.

La joven permanece sentada sin moverse, únicamente cambia la expresión de sus ojos, su mirada muestra perturbación y desconcierto.

–¿Dónde está su hijita? –le sigue preguntando el pardo, ahora ya un poco impaciente, pues no está acostumbrado a que no le contesten, todo el mundo debe rendir cuentas, pues en la Alemania de Hitler no hay ningún trocito de tierra que no sea el patio de un cuartel y ninguna persona que no sea un soldado.

Mientras tanto la mirada de la joven se ha centrado, ha regresado por completo al presente, al refugio antiaéreo del inmueble de la Petersburger Straße y ahora se posa en el hombre del uniforme pardo. La cabeza de la joven se separa muy lentamente de la pared, las manos se separan del regazo y agarran la cabeza

–¿Por qué no me responde usted? –pregunta el pardo con una voz que casi ha ganado de nuevo toda su agudeza–. Como *Zellenwalter*, administrador de célula...

No puede seguir. La joven se descubre el rostro, en sus ojos arde la llama del duelo y de la ira.

–Le pido disculpas si todavía no me he registrado en su oficina –dice ella, su voz oscila, su mandíbula tiembla en un extremo dominio de sí misma–. Algo ha cambiado en mí. ¡No me registraré nunca más!

Su voz gana en decisión, es quebradiza, pero ya no oscila como antes.

–Camarada Franke, debo rogarle que... –empieza el pardo.

–Ruegue usted, ruegue usted todo lo que quiera –dice la joven–. Ya tengo más que suficiente, quiero terminar de una vez con este sinsentido. ¡Se acabó, se acabó, se acabó!

Ahora habla en voz alta, sus manos pequeñas se han convertido en puños.

–Y no me interrumpa, ahora hablo yo, durante mucho tiempo sólo habéis hablado vosotros, los de arriba; a nosotros sólo se nos permitía escuchar y callar, pero ahora no voy a permitir que me cierren la boca, ahora sale de mi boca y *usted* tiene que escuchar. Me ha preguntado usted por mi hija...

–Le advierto, camarada Franke... –quiere interrumpirla el pardo.

La joven rechaza sus palabras con un gesto de la mano.

–Mi hija está enterrada en algún sitio entre Schneidemühl y Kreuz, se congeló en la huida, se congeló en mis brazos. ¿Sabe usted lo que significa eso, estimado señor camarada del Partido? Tener que ver cómo el cuerpo de mi hija se iba congelando, cómo se le entumecían los miembros

uno a uno, cómo la vida salió volando de su pequeño cuerpo, cómo sus latidos eran cada vez más débiles, cómo finalmente ese tierno ser, que apenas una salida de sol antes sonreía y con su lengua había formado torpemente sus primeras frases, yacía sobre mi pecho, del que había mamado la vida, frío e inmóvil, de un azul oscuro por el congelamiento y con los ojos afligidos.

La voz de la joven se viene abajo, es como si las palabras se deslizaran lenta y pesadamente, como lágrimas, un sollozo se le agolpa en la garganta.

–Tranquílcese, querida señora Franke –intenta hablar el pardo.

Sin embargo, ya no hay manera de detener las palabras de la joven, el flujo de su discurso, que hasta entonces se contenía y estancaba por el temor y el miedo, ha abierto grietas en el dique y arrastra consigo toda reflexión y moderación.

–¿Y por qué ha sucedido así? Se lo voy a decir y no se trata de una atrocidad inventada por los judíos o por la propaganda enemiga, pues yo misma he participado y lo he visto con mis propios ojos. El único tren que había disponible en Heilsberg, se lo reservaron en secreto los peces gordos del Partido para ellos mismos y sus mujeres, y sin previo aviso pusieron pies en polvorosa cuando se informó que los tanques rusos estaban a veinte kilómetros de la ciudad. Entonces partimos a pie –hasta entonces ya os habíais encargado de hacernos la vida imposible– de regreso al Reich, con hielo y nieve, mujeres, niños y ancianos, apenas pudimos cruzar la nieve tan alta y oponernos al viento helado, mientras los peces gordos y sus mujeres marchaban a todo vapor con sus innumerables maletas cómodamente hacia el oeste. Y así en todas partes a las que llegamos, los peces gordos habían huido con sus automóviles, se guardaron en el bolsillo las órdenes de evacuación hasta que ya estaban listos para huir, y entonces comunicaron orgullosos que *su* población había aguantado hasta el último momento con firmeza y valentía. Finalmente, para nosotros sólo quedaron unos vagones abiertos y eso a una temperatura entre los diez y veinte grados bajo cero. Qué sabe usted entonces, mi muy estimado señor *Zellenwalter*...

El pardo quiere detener la marea del discurso.

–Camarada Franke, yo...

–¿Ha oído quizá ya alguna vez lo que ocurrió en las estaciones? –prosigue la joven alterada–. Cuando finalmente llegaba un tren, entonces se desataba una salvaje tormenta, quien daba un traspie ya no tenía escapatoria bajo las botas de una multitud fuera de sí, que a causa del miedo se había vuelto medio loca o loca del todo. Los niños eran alcanzados por las ruedas y aplastados, literalmente aplastados y convertidos en un montón deforme de carne y sangre y ropa. Y después, el viaje, el viento en contra nos llegaba por delante y el viento del este por detrás, y ambos nos quitaban el poco calor que nos proporcionaba la ropa, por lo que nos daba la impresión de que íbamos desnudos. Cuando el tren se detuvo en una ocasión durante el recorrido, descendimos con el fin de dar sepultura a los muertos, seis niños y cuatro ancianos, aunque tuvimos que dejarlos allí, pues la tierra estaba completamente congelada y dura como la piedra, así que los amontonamos, los cubrimos de nieve y colocamos unas cuantas ramas de abeto por encima. Ése fue un entierro cristiano, señor camarada del Partido, se lo aseguro; allí no hubo nada de luto orgulloso, allí sólo se oyeron todo tipo de maldiciones en contra del Führer y el Partido, y si hay Dios en el cielo, también dejará que la diñen ustedes de la misma forma miserable.

–Naturalmente que no sabía nada de todo ello, querida camarada –dice el pardo–. Puedo entender que esté usted tan alterada...

–Usted no entiende nada –arremete la joven contra él–. Usted no entiende nada y tampoco los otros de allá arriba, perros indiferentes; en caso contrario, ya hace tiempo que habrían terminado ustedes con esto.

–Ya no quiero oír nada más –dice el pardo furioso–, atribuyo lo que acaba de decir a su alteración.

–Estoy alterada –dice en voz alta la joven–, aunque sé exactamente de qué estoy hablando. Hemos callado durante demasiado tiempo y vosotros habéis considerado que nuestro silencio era un consentimiento. Los únicos culpables somos nosotros, por habérselo permitido durante tanto tiempo. Eche un vistazo a su alrededor, amigo del pueblo, cómo están todos aquí sentados, acobardados y trastornados, a pesar de que todos ellos están a punto de estallar de ira, no se atreven a murmurar o asentir para dar la razón cuando uno os grita la verdad a la cara. Haga usted lo que quiera, pero no voy a retirar nada de lo que acabo de decir.

–Le requiero a que calle de una vez –la increpa–. En caso contrario...

–Ya no temo nada –dice la joven, y apoya la cabeza de nuevo en la pared, su voz se ha reducido a un murmullo, cierra los ojos, de sus párpados fluyen las lágrimas.

El pardo se da la vuelta, permanece un momento indeciso y mira hacia el interior del sótano, tras la cual se marcha rápidamente hacia la salida. Una vez ha abandonado el sótano, las voces zumban como moscas, todo tipo de maldiciones salen a la superficie como burbujas, todo el mundo sabe de repente cómo hay que tratar al faisán dorado.

–Asocial soy –ríe Schröter furioso–, porque no cuelgo el trapo de la cruz gamada, porque no participo en la ayuda a los soldados en invierno y porque no estoy en el Frente Alemán del Trabajo. ¡Asocial! ¡Este miserable, este Himmelstoß² del ejército pardo! ¡Aunque ahora sí que está acelerado; uno lo pone en ridículo y una mujer lo humilla, esto sí que es lo nunca visto!

–¿Y quién es este fulano? –pregunta Wiegand.

–Es Otto Hille, *Zellenwalter*, y al mismo tiempo comisario jefe del grupo local de Baltenplatz, uno de los perros pardos más peligrosos que se pasean por Berlín; tiene sobre la conciencia a un buen montón de personas. Te voy a contar algo sobre él.

XIII. BIOGRAFÍA DE UN NACIONALSOCIALISTA

Cobardía, pereza y estupidez son las causas merced a las cuales tantos hombres continúan siendo con gusto menores de edad durante toda su vida y por lo que les ha resultado tan fácil a otros el erigirse en tutores suyos.

KANT

Ésta es la biografía del *Zellenwaller* y comisario jefe del grupo local, Otto Hille, de Berlín Este 112, Rigaer Straße 65. En primer lugar, nos parece necesario ocuparnos de la estructura del NSDAP, el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán y de sus innumerables organizaciones paralelas. Aquí hay que diferenciar claramente dos fases: la primera va desde la génesis y la toma del gobierno; la segunda, desde la toma del gobierno hasta su caída. El último apartado no debería someterse a una reflexión más en detalle, pues en esta fase del desarrollo con una consolidación cada vez mayor todo el pueblo alemán se dejó arrollar por el alud nacionalsocialista más o menos libremente y porque, desde un punto de vista psicológico, no da mucho de sí. El nacionalsocialismo, su terrible alcance y su enorme fuerza, su crueldad implacable y su amoralidad absoluta sólo se pueden entender analizando las naturalezas y los temperamentos, los deseos y los objetivos, los intereses y los motivos de las personas que ya antes de 1933 fueron miembros del Partido, pues fueron las que le confirieron su carácter, sus fundamentos y sus contenidos, que en la segunda fase de la historia del Partido se adoptaron de forma completamente inalterada y nunca perdieron su validez. A pesar de todo disfraz y refundición, a pesar de todas las pátinas culturales y la elegancia diplomática, la sustancia verdadera se transparentaba siempre y en todas partes. Sin duda, Hitler tenía razón a este respecto cuando afirmaba que el Partido debía actuar siempre según las leyes con las que se había formado. Y estas leyes eran la traición, el asesinato, el terror, la crueldad y la amoralidad, y el haber permanecido fieles a estas leyes y haberlas seguido siempre y en todas partes, es de hecho la única lealtad que se les puede atribuir a los nacionalsocialistas.

Por muy heterogéneos que fueran los elementos que convergieron en el Partido, antes de convertirse en *el* Partido del Estado, tienen un denominador común: todos ellos eran descarriados o estaban a punto de descarriarse. En primer lugar, están los soldados, que nunca pudieron encontrar una ocupación pacífica o nunca la habían tenido, y los oficiales, cuya profesión había perdido de repente su aureola y ya no ofrecía ninguna alternativa. Su necesidad común es la de subordinarse y al mismo tiempo poder impartir órdenes, eternos suboficiales que están acostumbrados a dar órdenes y que no necesitan hacerse cargo de ninguna responsabilidad, pues reciben las órdenes de mandos superiores. Después están los incontables que han fracasado en sus profesiones civiles y que nunca ven en ellos mismos la razón para ello, en su incapacidad o en su pereza, sino siempre en los otros y en el perjuicio que les han supuesto las circunstancias. Esta categoría incluye a los eternos holgazanes, los viejos encargados de las universidades, aquellos fracasados que dirigen la contabilidad o los talleres de mantenimiento. Y a continuación están los marcados por la naturaleza, cuya inferioridad está relacionada con un afán de notoriedad que

ambiciona la gloria, también los miembros de las organizaciones criminales de los años veinte, para los que se presenta la oportunidad de ascender al ruedo político. Todos ellos decidieron ser políticos porque el Führer también lo había hecho y porque parecía la forma más sencilla y menos laboriosa de ascender socialmente.

A ellos se les unieron las masas de la pequeña burguesía y de la clase media, que no contaban con ambiciones políticas y eran lo que en una ocasión el Führer había denominado, desdeñosamente, «un montón de interesados»; éstas se aferraron al nacionalsocialismo como la única esperanza de salvaguardar del hundimiento al edificio tambaleante y a punto de estallar del orden social burgués y devolverle su estabilidad. Finalmente hay que mencionar también a una horda de *desesperados* políticos, concretamente todos aquellos cuyo arribismo político no se vio satisfecho en otros partidos, que no habían podido imponerse o que por motivos la mayoría de las veces inequívocos habían sido más o menos apartados.

Este conglomerado de mercenarios y mafiosos, esta locura burguesa por la posesión y las existencias fracasadas de los perdedores en la lucha por la vida y los perseguidos por el destino, este enfermizo afán de protagonismo y la superioridad racial, este ser especial y antinatural dio como resultado el tipo que reivindicó ser el *homo teutonicus novus* y el portador de una nueva cultura y que obligó a cada área de la polifacética vida de un pueblo dotado a meterse en el lecho de Procusto de un miserable manual político y condenarla al onanismo espiritual. Lo que llegó más tarde, lo que declararon los cómplices científicos y los aduladores filosóficos como tesis y dogma, y pasó de generación en generación a ciegas como un axioma, era sólo la justificación y el motivo ulteriores, con ello sólo se intentaba tapar con la máscara burguesa la jeta del bárbaro. Lo que había presente de auténtico idealismo y creencia ingenua se quedó sin influencia alguna sobre la así denominada línea ideológica, y únicamente se permitió al margen con una profunda desconfianza. La esencia del partido permaneció invariable e irrevocable, basada en la muy heterogénea pandilla de aventureros, burgueses desarraigados y un desagradable lumpemproletariado y, no en último lugar, las hordas de la pequeña y mediana burguesía apolítica sin voluntad ni instinto que los siguieron y que se vio amenazada por el capital monopolístico y que temía hundirse en el proletariado industrial.

El *Zellenwalter* y comisario jefe del grupo local Otto Hille es válido como prototipo de un nacionalsocialista de los tiempos de 1933, es un así denominado «viejo luchador», cuyo número de afiliado está por debajo de los cien mil y cuya insignia del Partido está rodeada por una condecoración en forma de hojas de encina. Reúne en su carácter los rasgos esenciales que distinguen a un auténtico nacionalsocialista: la brutalidad y la insensibilidad, la desfachatez y la arrogancia, la terquedad y la falta de ideas. Los datos de su biografía, en sí irrelevantes, ascienden a un plano público por el hecho de que se sitúan en el ámbito de influencia de dos guerras y se relacionan con el absoluto desarrollo del poder de la mayor organización criminal de todos los tiempos.

Otto Hille, el mercenario pardo de Adolf Hitler, no aparece como individuo. No es producto de sí mismo, sino que se ha formado a raíz de una era completamente inhumana. Por ello se presenta aquí como prototipo, cuyos rasgos particulares no tienen que corresponderse aquí y allá con los de sus compañeros de Partido, pero que una vez retirada su envoltura exterior alcanzan lo que es el núcleo.

Hille, que nació en Berlín en 1885, se crió en la estrechez de una familia pequeñoburguesa, hijo de un vendedor de leche, un granuja aburrido y rubio, que ya desde pronto se deleitaba tiranizando a compañeros de colegio más débiles, al mismo tiempo que mostraba inclinaciones

exhibicionistas. Tiene que convertirse, ya que es hijo único, en «algo mejor», ascender por lo menos un peldaño en el escalafón social. Por lo tanto, se le envía a un instituto de formación profesional, aunque fracasa ya en el primer año: no tiene ganas de aprender, prefiere estar tras el mostrador de la lechería de su padre; sirve la leche, pesa la mantequilla y el queso, y hace las cuentas con una habilidad sorprendente. Muy pronto se maneja con el dinero, y no todas las monedas que pasan por sus manos van a parar a la caja registradora de su padre. *Non olet*, estas dos palabras son prácticamente las únicas que se le han quedado grabadas de la clase de latín y que lo acompañarán durante toda su vida. Su tiempo de aprendizaje en una corredería dura exactamente cuatro meses y medio y finaliza simplemente con el hecho de que él ya no se presenta más en la oficina, y ni intimidándolo ni rogándole se consigue que prosiga con sus prácticas. Ya que se mantiene firme, los padres, por entonces ya los más débiles, terminan cediendo, están desesperados, pues el ascenso social de su hijo ya ha fracasado en sus inicios. Es la desesperación de los pequeñoburgueses, que desprecia su propia posición. El joven holgazanea por la tienda y en la calle, ayuda en el negocio cuando necesita dinero y desaparece de vez en cuando durante semanas para regresar en un estado de mínimos a las lecheras de su padre. Cuando con diecinueve años se alista a los Lübbener Jäger del ejército ya ha tenido muchas relaciones con mujeres y ha cosechado una gonorrea y una denuncia por propagación de enfermedades venéreas.

La costumbre de generalizar las experiencias personales y de presuponer que los demás comparten la propia mentalidad, considerar las experiencias que divergen como pura casualidad y las mentalidades diferentes como algo anormal, es muy propia de Hille y conduce de por sí a la sobrevaloración de la propia persona e induce al menosprecio del entorno. Al igual que Hille valora a las mujeres de forma general por sus propias experiencias con mujeres casquivanas, también juzga su tiempo de servicio militar según los resultados que consiguió allí. Como el arte de los suboficiales consiguió enderezar a un muchacho encanallado como él, le acostumbró a la disciplina férrea y le aplastó los huesos necesarios, está convencido de que lo militar en general y el servicio militar alemán obligatorio en particular constituyen una escuela excelente de la educación. La vida del soldado, con su coacción implacable, su desarrollo monótono del día a día y su despreocupación en lo que se refiere a las obligaciones diarias le conviene en gran medida; el hecho de que, sin iniciativa propia, sea capaz de vivir únicamente según las órdenes y el reglamento es el descubrimiento más sorprendente de estos años. Una vez ha cumplido los dos años de servicio, capitula, y ahora se convierte él mismo en señor del cuartel, aunque sea pequeño, pero ya le es suficiente. Se trata de la vida más sencilla que uno pueda imaginarse: uno recibe órdenes, que transmite en un tono más severo; uno recibe broncas y las descarga con el doble de fuerza en los subordinados; todo está exactamente prescrito y reglamentado, no hay nada sobre lo que pensar y reflexionar; uno recibe lo indispensable para cubrir las necesidades diarias y si falta algo siempre se puede acudir a la lechería paterna.

Hille marcha a la guerra de 1914 con ganas. Aunque surge la posibilidad de quedarse como instructor en Lübben, insiste en ir al frente. Ello no tiene nada que ver con el arrojo, el valor o el convencimiento, pues la guerra en el campo de entrenamiento de Lübben siempre sería mucho menos peligrosa que en Francia o en Polonia, y los suboficiales también se sienten mucho mejor como estrategas de su patria que como cadáveres heroicos en una fosa común. Hille tiene sus motivos particulares, pues mientras tanto se ha casado, mejor dicho, ha tenido que casarse, pues la hija de un burgués de Lübben se ha quedado encinta y los padres de ella han insistido en la boda. Hille, al que la vida entre hombres con visitas ocasionales a la *venus vulgivaga* es lo que más le

gusta, aprovecha gustosamente la provechosa oportunidad de defender a la patria en el frente y así escapar de la molesta vida familiar.

Tras la guerra, Hille al principio no puede comprender que se haya acabado definitivamente con el juego de los soldados. Existe la posibilidad de unirse a Roßbach, a Ehrhardt o a Lüttwitz, pero ésta es una forma especial de jugar a los soldados; resulta demasiado inconstante, demasiado aventurera; al fin y al cabo, requiere iniciativa y capacidad de decisión, y a Hille eso no le va: él está por las órdenes jerárquicas y el ejercicio del reglamento y, si eso no es posible, prefiere dejarlo correr. En él anida sólo un espíritu aventurero pequeñoburgués, el anhelo de excesos y desenfreno siempre ha estado presente, aunque nunca vence del todo el deseo de subalternidad. Desmanes –sí, excesos–, con gusto, pero según órdenes o instrucciones; el fuerte sentimiento de arrastrar y fastidiar a otros como si modelara cera entre los dedos alcanza su clímax cuando uno se siente cubierto desde arriba y la responsabilidad se traslada a regiones superiores. Le gustan la independencia y la falta de moderación, pero sólo si se presentan de forma esporádica y están agrupadas alrededor de un núcleo firme, en el que uno se puede refugiar en cualquier momento. Como ya no puede ser el cuartel, volverá a ser la casa de los padres.

Se muda a Berlín con su mujer y sus tres hijos, y se hace cargo de la lechería de su padre en Weidenweg. Las cosas suceden de tal forma, que su mujer ocupa el lugar de su madre, que ha muerto durante la guerra, se hace cargo de la casa y del negocio, se esfuerza, se mata a trabajar y da el callo, mientras Hille no se ocupa de nada. Con la atmósfera del este de Berlín le rodea de nuevo el espíritu de su juventud, las conversaciones adolescentes y sus canciones de doble significado, los encuentros vespertinos en la Petersburger Platz y en la Weberwiese, los pequeños y discretos cines y los bares primitivos, cuya única ventaja parece residir en su débil iluminación y su poca visibilidad. Hille ya tiene treinta y cinco años, aunque aún no ha salido de los años de la pubertad, inicia una vida desordenada, frecuenta locales de mala reputación con chicas de igual reputación, visita con regularidad el hipódromo y conoce los caballos en Ruhleben y Mariendorf, Hoppegarten y Karlshorst casi mejor que a sus hijos, se precipita en el vértigo de la especulación al inicio de la inflación y se ocupa en general con todo tipo de asuntos, aunque no con un trabajo regular y de verdad. Cuando a primera hora de la mañana su mujer vierte la leche de las pesadas lecheras en los contenedores, él aún duerme, y cuando al mediodía cierra la tienda y él se acaba de levantar, se pone hecho una furia si la comida no está lista en la mesa. Sin embargo, la vida de soldado ha enraizado en él con demasiada firmeza, a su inconstancia e inestabilidad les falta algo de más relevancia, por lo que quiere ingresar en la policía, aunque lo rechazan; finalmente, y siguiendo la tendencia general, se hace miembro del Partido Socialdemócrata. Poco después se da cuenta que se ha equivocado de dirección: allí se discute y se somete todo a votación y eso no es para él, él sólo encaja allí donde se ordena y donde no se le impone ninguna responsabilidad; su interés sigue siendo tibio. Así que el día en el que se le da a entender que tendrán que expulsarlo del Partido si no cambia su forma de vida, se marcha él mismo por su cuenta, sin llevarse consigo una opinión demasiado favorable de los políticos demasiado sufridos y sin agallas, que aspiran a una forma de Estado que denominan democracia, en la que todo el mundo debe tener los mismos derechos y responsabilidades. Para su cerebro de suboficial esto es demasiado, el concepto de Estado es para él inseparable del concepto de mando, incluso son sinónimos. Sin embargo, la asociación de antiguos miembros de los Lübbener Jäger o de veteranos de la guerra Kyffhäuser no le satisfacen, incluso allí resuenan en gargantas roncadas del alcohol conocidos y enérgicos sonidos, y ocasionalmente se desfila a un paso, que apenas guarda relación con el paso de la oca, aunque detrás de ello no hay poder y no hay ímpetu, sólo una buena turca y sentimentalidad.

Hille vagabundea por la vida como un perro de caza, siempre con la nariz en la tierra y las orejas enhiestas. Todo lo que pasa a su alrededor no le importa, a no ser que esté relacionado directamente con su persona. Las elecciones y las sesiones del Parlamento, los comités de empresa y las cuestiones constitucionales son para él conceptos vacíos. El asesinato de Rathenau le conmueve menos que una descalificación a Rastenberg, y la Conferencia de Locarno no es ni mucho menos tan importante como el peso de Nabucodonosor en el Gran Premio de Pascua de Karlshorst.

A finales de 1923, Hille entra por primera vez en conflicto con la ley, se inicia en el baile de las viudas de Clärchen en la Auguststraße y termina en la Sala de lo Penal III en Moabit. Se enfrenta por una muchacha a un hombre durante el baile, la pelea prosigue en la calle, Hille tumba al adversario de un puñetazo, éste cae fatalmente con la cabeza contra el borde de la acera, fractura de cráneo y muerte, prisión y juicio son las consecuencias. Hille se topa con un juez indulgente, la sentencia es de un año de cárcel por homicidio involuntario y transgresión de la legítima defensa en estado de embriaguez.

Hille cumple la condena en Plötzensee. Es un preso ejemplar, no porque esté compungido y arrepentido por haber destruido una vida humana, sino porque el viejo orden prusiano se apodera de nuevo de él. Si no se tratara de una prisión, el gran edificio de ladrillo rojo entre el viejo velódromo y el canal de Spandau supondría una residencia ideal, en la que imperan el orden y la disciplina, la precisión y la limpieza; en ella se nota el puño de hierro de una autoridad que la indulgente República de Weimar no es capaz de aplicar. Aquí existe incluso la posibilidad de ser promovido y Hille se convierte pronto en vigilante. En cuanto nota entre sus manos el más mínimo rescoldo de poder, se vuelve implacable y severo con sus compañeros, que ahora se han convertido en sus subordinados y en seguidores y delatores del carcelero. En el pasillo donde se encuentran las celdas bajo su responsabilidad es donde mejor funciona, a él todo le sale a pedir de boca y cuando ha pasado el año a Hille casi le sabe mal tener que regresar de nuevo a la vida burguesa sin autoridad y sin órdenes.

Aunque pronto encuentra el sitio al que pertenece por inclinación y carácter. Al principio no quiere saber nada del nuevo Partido, ni le gusta el atributo «socialista» ni la denominación «obrero», para los que las palabras «nacional» y «alemán» sólo parecen ofrecer un equilibrio parcial; tampoco tiene intención de dedicarse a la política: sus experiencias durante el año que pasó en el partido socialdemócrata le amedrentan, aunque pronto ve que en el nuevo partido con ese nombre tan largo se practica un tipo completamente distinto de política; aquí no tienen lugar discusiones ni votaciones, aquí se ordena y dispone desde arriba, aquí se piensa todo por adelantado hasta el último detalle, aquí se aplica sobre todo el lema «El Führer siempre tiene razón». Sólo el hecho de que el hombre a la cabeza del partido sea un Führer y no un secretario general demuestra que aquí todo se hace de forma diferente que en el resto de los otros veinte partidos. La sorpresa de Hille se transforma pronto en alegría cuando se da cuenta de que en política existe la dirección y la acción, que aquí no se pregunta por su modo de vida y su pasado – a excepción de la pureza aria de su sangre contaminada por la gonorrea–, sino sólo si obedecerá ciegamente y cumplirá las órdenes. Esto es lo correcto para Hille y de esta forma se convierte en luchador de Adolf Hitler, el desconocido cabo de la Gran Guerra y deiforme mariscal de campo de las tropas pardas. Al igual que antes Hille aprendió en la instrucción frases y juicios sin preocuparse lo más mínimo por su contenido, ahora aprende obediente la nueva terminología política sin reflexionar. Sabe lo que tiene que saber, repite lo que le han dicho y con eso basta.

Ahora se inicia la vida de nuevo; marchan y desfilan, ordenan y obedecen, se someten a una

autoridad con la perspectiva de pertenecer pronto a los que ordenan. En las SA pronto se convierte en cabo primera y, poco después, en sargento y, al igual que en Plötzensee su ala era la más disciplinada y ordenada, pronto su tropa de los alrededores entre Ostkreuz y Zentralviehof se conoce como la unidad de asalto más aguerrida y dispuesta al combate. Tienen lugar las primeras peleas con la comuna en las Prachtsälen del Este y las escaramuzas callejeras en los límites del barrio de Friedrichshain y en el Laubengelände entre la Eldenaer Straße y la Landsberger Chauße. Mientras que en Souchez o en Le-Mort-Homme, en Verdún, Hille se mantenía en la retaguardia si era posible, ya que los franceses al fin y al cabo disparaban a matar, ahora siempre marcha en primera fila, pues se trata de un adversario desarmado, que además apenas tiene experiencia militar, si es que no carece de ella en absoluto, además de que Hille lo hace siempre bajo los efectos del alcohol para infundir respeto a sus tropas. Sus crímenes heroicos pronto le harán sentirse llamado para tareas más ambiciosas: se le asignará el liderazgo de una tropa de asalto de las SA, y cuando el doctor Goebbels se traslada a Berlín, para dirigir el NSDAP de la provincia de Berlín, se le asignará a Hille y su tropa de asalto la protección personal del nuevo *Gauleiter*. Cuando Hille forma su tropa y presenta honores de forma severa, al principio se queda perplejo y entonces quiere arremeter enfurecido contra ese miserable joven judío del pie zambo, que se ha permitido gastarle una broma desagradable. Por suerte, su disciplina militar es más fuerte que su impulso y ésta es su suerte, pues el pequeño hombre con aspecto judío es en realidad el hombre nuevo que el Führer ha enviado para conquistar Berlín. Hille está sin duda decepcionado, aunque rápidamente descubre rasgos arios en el rostro del doctor y cuando éste da el primer discurso a las SA berlinesa en el Palacio de los Deportes, Hille está convencido de que el Führer ha elegido correctamente. Los tópicos y clichés del nuevo *Gauleiter* le suenan a música celestial y cuando tras el encuentro está sentado con sus acólitos en el local de la tropa y sigue empujando el codo, expresa su entusiasmo por el doctor como un hombre «con mucho morro». A partir de entonces, el jefe de la tropa de asalto Hille se convierte en la sombra del doctor Goebbels, hable éste en las pistas de tenis de Wilmersdorf, en la Saalbau de Friedrichshain o en la sala de conciertos Neue Welt de Hasenheide.

Antes de que nos ocupemos de los mejores años de Hille, debemos decir que a principios de 1931 desapareció de la vida pública durante medio año y regresó de nuevo a Plötzensee, pues borró algo de un boleto de apuestas que el juez de lo penal consideró como falsificación de documento. También nos parece necesario añadir algo sobre su vida privada. La vida pública de una persona es producto de su esfera privada; lo que perfila los rasgos políticos y espirituales en la formación del carácter de una persona no surge sin más relación: es más bien la síntesis del carácter con el que nace uno y las influencias externas, que al principio se reflejan en la vida privada. Lo que al principio es impreciso en lo que a determinación política y postura ideológica se refiere y cuyos motivos a partir de los cuales ha surgido resulta difícil de identificar, se ilumina de forma fulminante cuando uno rebusca entre los bastidores privados de los grandes héroes y superdotados de la política.

Desde que regresó de la Gran Guerra, Hille no tuvo un trabajo estable, se dejó arrastrar por la corriente de unos tiempos agitados, sin reflexionar sobre la dirección y el desnivel de la corriente, hasta que fue arrojado a la orilla poco profunda y parda del nacionalsocialismo. Si antes había estado entre el hipódromo y la taberna, ahora su rastro se hallaba entre la taberna y el local de encuentro, y desde allí de vuelta a la taberna. Es un luchador incansable, menos por pasión que por aversión a su hogar, donde sólo está para dormir y en ocasiones ni eso. Su mujer es sólo un

animal doméstico, que se ocupa de trabajar y tenerlo todo preparado para él y para sus cinco hijos, y proveer el fundamento material para que él pueda llevar su vida política de holgazán. Aunque Hille despreciaba a conciencia a su mujer y no podía perdonarle que en su momento se hubiera aferrado a él, sólo porque él se le acercó demasiado entre dos bailes en el oscuro jardín del Lindenhof de Lübben, duerme de vez en cuando en casa y se pone violento enseguida si ella no es sumisa en todo y no permite su falta de consideración para no ir a parar continuamente a otras situaciones. Hille no guarda ningún tipo de sentimientos de cariño o gestos de ternura hacia su mujer y tampoco es capaz de mirar por ella.

Hille ni se esfuerza por ampliar la escasa base económica que ofrece la lechería ni en trabajar en cualquier otra cosa, ahora se dedica íntegramente a la política y está en la misma línea que la mayoría de sus camaradas de la tropa de asalto, que por inclinación o incapacidad están sin trabajo. Finalmente, Hille ha conseguido trasladar una parte de la vida cuartelera a la vida actual, ahora puede pelearse bajo el estandarte de la cruz gamada y su idealismo político, y compensar sus complejos de inferioridad con la creencia en una raza superior. Su odio contra los judíos proviene –como también otros puntos de vista, constataciones, creencias– de las experiencias más personales que él traslada a los judíos. Resulta interesante exponer estas experiencias, para extraer de ellas la manera que tiene Hille de sacar sus conclusiones lógicas, conocerlas y poder caracterizar así su estado espiritual. Cuando la mujer de Hille volvió a quedarse embarazada, el médico judío que vivía a la vuelta de la esquina en la Thaerstraße y que visitaba a su mujer, le pidió cuentas y le dijo que procurara que su mujer no cargara con las pesadas lecheras, además de recomendarle que practicara la continencia en ciertos aspectos. Hille no toleró esa intromisión en sus relaciones matrimoniales y prohibió sin vacilar al desvergonzado judío volver a pisar su casa. Que poco más tarde su mujer tuviera un aborto y graves consecuencias en sus zonas íntimas era una casualidad imprevisible y sólo podía atribuirse a su creciente hipersensibilidad. La segunda experiencia que aumentó el odio de Hille por los judíos la tuvo con el dueño del inmueble donde se encontraba la lechería y que tenía la desgracia de apellidarse Levinsohn. Ese hebreo, estafador sinvergüenza, había tenido la desfachatez de exigirle a Hille el pago del alquiler atrasado y, como éste no reaccionó, incluso de denunciarlo.

Así la caracterización muestra ya todos los rasgos de la esencia alemana de carácter hitleriano que habría de someter casi toda Europa en el futuro

El año 1933 supone el apogeo en la vida de Hille. La embriaguez del poder y el triunfo sobre todos los oponentes son unas sensaciones abrumadoras, que más tarde retroceden ante el callado y constante ascenso, ante la completa absorción del pueblo y la impregnación de toda la vida de la nación con el mejunje pardo de las ideas nacionalsocialistas. Hille dirige en marzo de 1933 aún el boicot contra los comercios judíos de la Frankfurter Allee, forma él mismo y supervisa los cordones de seguridad alrededor de los grandes almacenes Tietz y Brunn, aún dirige a su tropa de asalto en la heroica acción de la Grenadierstraße, en la que algunos viejos judíos son molidos a palos y se les cortan sus barbas, pero entonces desaparece de las calles, se le nombra *Sturmbannführer*, mayor de la tropa de asalto, de las SA, aunque muy pronto abandona la unidad activa, pues pronto las SA ya no se considerarán correspondientes al nivel social, sino la organización proletaria del Partido. Hille se dedica ahora a tiempo completo al trabajo en el Partido, se convierte primero en jefe de bloque y después en administrador de cédula e incluso ejerce una profesión: se convierte en ponente de la dirección del distrito del Frente del Trabajo Alemán. No aporta ningún conocimiento en lo material y menos aún dedicación, y tampoco tiene la

intención de adquirir lo primero y practicar lo segundo, aunque el trabajo se realiza por sí solo – una secretaria aplicada lo hace todo por él–: sólo tiene que firmar con su nombre al pie de los escritos y, por lo demás, desde siempre ha sido su intención que el número de las fuentes de errores disminuya por sí solo cuanto más sepa limitar el volumen de trabajo. Es todo muy sencillo y no hay nada que no esté minuciosamente prescrito o dispuesto; todo está reglamentado hasta el último detalle y uno sólo necesita una buena memoria para saber cuándo deben aplicarse las baterías de prescripciones, reglamentos, disposiciones, directrices, resoluciones, decretos y órdenes. Lo más increíble es, sin embargo, la total ausencia de responsabilidad, pues todo se ordena desde arriba; uno sólo es el órgano ejecutor, ya no se necesita, ni se desea, iniciativa alguna, pues todo debe organizarse de forma unitaria y unificada: no hay ni opiniones ni pareceres, ni críticas ni réplicas. Todo se realiza conforme al deber, a las órdenes, a las instrucciones, a lo reglamentario; la palabra «conciencia» no está incluida en este vocabulario. Hille entiende su cargo como un instrumento de poder, dirigido desde arriba y aplicado hacia abajo con toda la contundencia.

Es una vida espléndida para el subalterno Hille. Imparte discursos en las reuniones y no hay nada más sencillo que eso. Los discursos se le entregan manuscritos hasta la última coma y los temas siempre están claramente definidos; sólo es necesario aprenderse los textos un poco de memoria, algo que no resulta difícil, pues el contenido de los discursos –aparte de los temas de actualidad puntuales– es siempre el mismo. La prensa y la radio ya facilitan además suficientes puntos de referencia que uno puede utilizar sin reparo, pues surgen de las mismas fuentes turbias.

En este punto hay que hacerse la pregunta de si Hille también está realmente convencido de aquello de lo que habla y si cree en lo que finge creer, por lo que aparentemente lucha y trabaja. La respuesta no es difícil. Naturalmente que no cree en ello, no es tan estúpido, aunque se conoce bien a sí mismo y es capaz de juzgar hasta cierto punto a los personajes que con la ola parda han ascendido hasta arriba, se trata en su totalidad de antiguos camaradas de la tropa de asalto o amigos de otras tropas, que ahora ocupan cargos en las administraciones del Estado o de la magistratura, del Partido o del *Arbeitsfront*, viejos luchadores como se llaman a sí mismos, que incluso reciben este título de forma oficial, y que en la idoneidad para un cargo sólo aportan sus convicciones y su carnet de miembros. Sabe que muchos de ellos son degenerados, bebedores, defraudadores, ceros a la izquierda y holgazanes, y cuando él mismo se mira al espejo, debe sonreír ante su propio ascenso. Esta conciencia de su propia ruindad y de la de los demás genera en él únicamente un desprecio desmedido hacia la masa del pueblo, que ha caído en la trampa y que portándose bien sigue atrapado en ésta, permitiendo que la embauquen una y otra vez y respetando a la tropa parda del Führer. Hille ha identificado el poder sugestivo de la repetición que genera la creencia y así como su Führer inicia cada uno de sus discursos diciendo que antaño fue un soldado desconocido antes de decidirse a ser político, Hille recuerda siempre que sólo el nacionalsocialismo salvará al pueblo alemán de la caída en el abismo, que sólo una masa de hombres incansables y desinteresados, guiados por grandes ideales, ha podido cambiar la dirección de la rueda de la historia en el último minuto. Repite como un loro los innumerables lugares comunes que facilitan los escritos de formación y la publicación *Arbeitertum*, hasta tal punto que finalmente casi acaba creyéndose los él mismo. Cuando Hille está de pie en la tribuna de oradores en una nave industrial o en un local de reuniones y su mirada recorre a la masa, mientras su lengua reproduce una vez más de forma completamente mecánica las frases recitadas de memoria cientos de veces, tiene que dominarse con dificultad para no sonreír burlescamente a los rostros que lo siguen absortos. Quien en sus discursos puede observarlo desde cerca, constata sin

esfuerzo que incluso en los momentos de mayor acaloramiento él permanece completamente frío e indiferente en su interior, pues ha representado este vodevil con frecuencia y está seguro de su éxito. Para él el poder es, cada vez más, la soga que todo lo ahoga; y el objetivo del trabajo político es mantener y consolidar ese poder. Resulta secundario sobre qué se construye el poder, si en la intimidación inquietante de la Gestapo o en el temor a los perjuicios económicos; si se basa en las bayonetas del ejército del recién creado Reich o en los corazones del pueblo cuando él camina entre las multitudes y éstas le abren paso. Cuando guía los estandartes por las calles y todos los brazos se alzan en el saludo alemán, le resulta por completo indiferente si es producto de un profundo respeto o del miedo: lo único importante es que ocurre. Qué sensación más embriagadora que a uno lo observen con la boca abierta, saberse admirado, respetado, apreciado o incluso temido y odiado. Tanto el respeto como el odio demuestran que ya no es un don nadie, sino que se ha elevado sobre la masa y puede mirar hacia abajo.

El ascenso político de Hille tuvo como consecuencia profundos cambios en su vida privada. En 1933 vendió la lechería de Weidenweg y adquirió una lujosa vivienda de cuatro habitaciones en la Kniprodestraße, cuyo comedor por sí solo vale varias veces lo que vale la lechería, el equipamiento, la mercancía y la vivienda adyacente. Esta nueva vivienda era propiedad de un diputado del Reich, doblemente imputado, pues era socialdemócrata y además judío; en la noche del incendio del Reichstag, fue detenido y enviado al campo de concentración de Dachau, donde pronto encontró la muerte. Su hermano, que reclamaba la herencia, recibió amenazas y el consejo, visto el destino del fallecido, de venderle la vivienda por un precio irrisorio. Así ocurre a pequeña y a gran escala: se coloca al oponente bajo presión, primero se le trata con guantes de seda cuando en lugar de decirle: «Voy a...», se le dice: «Podría imaginarme...», o, en lugar de: «Sé que...», se le dice: «Si no recuerdo mal...». Si el oponente no cede a la primera, entonces se le amenaza y chantajea de forma violenta hasta que éste empieza a ceder. Si finalmente se consigue, todo se realiza según la ley, se observan todas las formalidades del derecho burgués de forma minuciosa, por lo que resulta una infame calumnia decir que la Alemania de Hitler no es un Estado de derecho. Entre Hille y el heredero del hombre desaparecido en el campo de concentración se cierra un contrato de compra, se firma ante notario para su autenticación y Hille paga su precio con billetes auténticos del Reich alemán, por lo que se convierte en dueño legal de una vivienda de cuatro habitaciones finalmente aria. El traslado también tiene la ventaja de que se puede desprender de los viejos alrededores de Weidenweg, donde es demasiado conocido y, aunque la Kniprodestraße sólo está a diez minutos de Weidenweg, se trata de diez minutos berlineses y eso viene a ser casi lo mismo que si en el campo dos pueblos estuvieran a horas de distancia. Aunque aquí también resulta que alguien quiere saber de sus antecedentes penales, pero Hille no lo permite, lleva al calumniador ante los tribunales y mira tú, el certificado policial de buena conducta de Hille está inmaculado como el de un niño recién nacido. No se trata de magia, ni de ninguna brujería, sólo es uno de los trucos del Tercer Reich, que naturalmente no se expone en el juicio. Un decreto secreto del Ministerio del Interior ha dispuesto que los antecedentes penales de los nacionalsocialistas que han hecho grandes méritos deben desaparecer de los registros.

Hille se ha convertido ahora en un ciudadano que sostiene y representa al Estado. Aunque él mismo no crea en su decencia como sostenedor burgués, sigue estando dominado por las mismas fuerzas y hace política con los mismos medios, sólo han cambiado los matices: ahora ya no empina el codo en las tabernas, sino en Gerold o en Kempinski o incluso en casa; sus excursiones eróticas ya no las hace a la Mulackstraße o a la Steinstraße o a las prostitutas ocasionales en los

límites de Friedrichshain, sino al Halbwelt de la Friedrichstraße y del Kurfürstendamm; en Karlshorst o en Ruhleben ya no se sienta donde la entrada general sino cómodamente y dándose las de importante en la selecta tribuna. Incluso está orgulloso de su mujer, a quien en un acto de celebración de la *Nationalsozialistische Volkswohlfahrt*, la Asociación de ayuda social nacionalsocialista, se le cuelga alrededor del cuello escuálido la cruz de plata a la madre y aunque sus cinco hijos no le importen lo más mínimo, con ellos puede demostrar que en lo que se refiere a él hace tiempo que viene poniendo en práctica la política demográfica del Führer.

Hille es un fiel seguidor de Adolf Hitler y uno de los muchos garantes del Tercer Reich, que lo ha ascendido socialmente y que debe defender ya con su propia persona. Ve –por primera vez en su existencia– su vida frente a sí, que se dirige directa al derecho a una pensión, aunque desde este camino salen antes de estos objetivos algunos desvíos que conducen al alabado país de los deseos nunca cumplidos.

El estallido de la guerra despierta en él al principio sentimientos contrapuestos, aporta intranquilidad al devenir regular de su vida, un presentimiento indeterminado se va apoderando de él y en ocasiones lo deja sin respiración en las intranquilas horas nocturnas que no están cubiertas por las nieblas alcohólicas. Sin embargo, los presentimientos y las dudas se ahogan con la victoria relámpago sobre Polonia, se convierten en insignificantes cuando derrotan a los países escandinavos, Holanda, Bélgica y Francia, y se precipitan completamente en el olvido cuando los ataques del ejército alemán para hacer de Danzig de nuevo una ciudad alemana y cerrar el corredor polaco, conducen hasta Moscú y Alejandría. Hille ve cómo se forma el sagrado Reich alemán de las naciones europeas, desde Narvik hasta Gibraltar, desde Arcángel hasta Bakú, con avanzadillas de seguridad en Adén y Dakar. Coincide completamente con sus colegas y camaradas del Partido en que no hay nada que se pueda oponer al desfile triunfal de los ejércitos de Adolf Hitler y su arte estratégico. Aunque entonces, de repente, ya no se avanza más, incluso tienen que retroceder, en Rusia y en África; al principio son sólo retiradas tácticas, rectificaciones del frente, mejora de las posiciones, movimientos de repliegue, disminución de las líneas de refuerzo, maniobras de desviación, aunque Hille es al fin y al cabo un veterano de guerra y sus experiencias durante la Gran Guerra le advierten. ¿No existen paralelismos sorprendentes con la Primera Guerra Mundial? ¿La imparable marcha victoriosa hasta el corazón de los países enemigos, después la interrupción y, finalmente, la serie de reveses, la superioridad material del enemigo con sus bandadas de tanques y aviones, el fracaso de la guerra submarina y finalmente la disminución de los aliados? Los frentes aún están lejos de la patria, aunque el brazo de la guerra alcanza esta vez bien lejos del frente hasta la patria. No se trata sólo de los aviones enemigos, que oscurecen el cielo alemán, sino más bien de la voz de la verdad y de la conciencia de la humanidad, que, a pesar de todas las emisoras que interfieren la señal de las radios enemigas, atraviesan el éter y penetran la niebla que se ha instalado alrededor de todos los cerebros.

Más que al enemigo del exterior, Hille empieza a odiar al adversario en el interior del país, al negativo, al escéptico, al derrotista, pues cada uno de ellos socava el fundamento sobre el cual también su vida se ha afirmado. Cada negativa, cada dosis de escepticismo rompe con una pequeña piedra de este fundamento; peores que el asesinato y la violación son los delitos que en la jerga del Tribunal del Pueblo de Freisler son descritos como desmoralización del ejército y propaganda enemiga. La desintegración de las relaciones humanas se inició en los tiempos de lucha, la guerra la aceleró, la cadena de reveses ininterrumpidos concluyó su hundimiento total. Hille se concentra ahora completamente en un nuevo objetivo: en convertir a las personas que no aportan todas sus fuerzas para la victoria final en inofensivas. No hay medio que no le valga para

su fin por insignificante que sea, ni camino que no le sirva por retorcido que sea, ahora sólo viste su uniforme pardo en determinadas ocasiones o en caso de servicio, va realmente de caza. Se sienta indiferente y con las orejas bien alertas en las barberías, los restaurantes y en los trenes de cercanías; se mezcla entre los trabajadores que, tras el fin de la jornada, salen en masa de las fábricas; entabla conversaciones por todas partes; se desliza por las escaleras y escucha a escondidas tras las puertas; entrega a innumerables personas a la Gestapo: radioyentes de radios extranjeras, judíos que han conseguido escapar de los transportes hacia el este y viven de forma ilegal, gente que hace comentarios enojada sobre el Gobierno del Reich, soldados que hablan del pésimo estado de ánimo en el frente, mujeres que en las colas reprenden a los peces gordos pardos; en la Elbinger Straße, abate a tiros a un aviador americano que se ha salvado saltando de su avión en paracaídas y, al mismo tiempo, entrega a la Gestapo a dos mujeres y un hombre que han querido proteger al americano; detiene a un viejo obrero que ha pasado una octavilla inglesa. Hille está como poseído, se parece a alguien que haya sido afectado por la licantropía, aunque ahora ya no es un actor de la farándula que representa su escena final mientras a su alrededor ya se desmonta el gastado escenario y que es consciente de la poca credibilidad de su papel. Mientras de cara al exterior, cuando no está justo de caza, alardea de su inquebrantable y absoluta confianza en la victoria, su optimismo se desmorona cada vez más, siente cómo el suelo tiembla bajo sus pies, ve cómo se cuestiona todo. Se agarra desesperado a cualquier noticia favorable, se abalanza sobre el *Reich* como alguien que se muere de sed, para beber esperanza en los editoriales de Goebbels, aunque el desastre se acerca paso a paso, parece que ya es inevitable, ya ha tendido su mano hacia él. También la concesión de la cruz al servicio militar y su nombramiento como comisario jefe del grupo local sólo le sirven para subir los ánimos transitoriamente. Hille rebosa rabia, odio, sed de venganza, arde en deseos de aniquilar todo lo que esté vivo, sabe que lo están cercando, que no tiene salida como sí la tienen los peces gordos del Partido, que desde hace días buscan refugio por la Heerstraße en dirección al oeste con los coches atiborrados y cargados hasta arriba. No se puede conformar con el hecho de que otros sigan viviendo mientras él está condenado a enfrentarse al orco, por lo que ahora desconcha toda la decencia burguesa como un revoque que se cae, se desvanece el concepto de comunidad como el humo y la bestia nacionalsocialista camina enloquecida, destruyendo y asesinando por las calles de Berlín.

XIV

15 de abril, 22:00 horas

Klose abre la puerta de entrada a la vivienda.

–Sí, qué es lo... Ah, eres tú, Fritz, entra.

Wiegand entra, deja el sombrero y el abrigo y coloca la maleta en una esquina.

–¿Qué es lo que pasa? –pregunta Klose–. ¿Con maleta? ¿Ha pasado algo? –Se dirige a la puerta que da al restaurante y golpea el picaporte–. Ya no te puedes volver atrás, Joachim.

–Aún no ha pasado nada –responde Wiegand, y se deja caer con pesadez sobre una silla–. Pero creo que están sobre mi pista. Buenas noches, Lassehn.

Lassehn ha entrado y le ha tendido la mano a Wiegand.

–Buenas noches, señor Wiegand.

–¿Vendrá esta noche el doctor? –pregunta Wiegand, y se dirige a Klose–. ¿Ha llamado?

–Hasta ahora no –dice Klose mirando el reloj–. Aún es pronto, acaban de dar las diez. Aunque ahora quisiera saber qué es lo que está ocurriendo, Fritz.

Wiegand se lo explica en frases cortas y claras.

–Bueno, ahora ya lo sabes, Oskar. Esta noche me gustaría quedarme en tu casa. ¿Puedes organizarlo?

–Tendré que hacerlo –responde Klose rápidamente–. En la alacena tengo una vieja cama de campaña, que podemos colocar aquí o en la cocina. ¿Estás seguro de que no te ha seguido nadie?

–Bastante seguro –contesta Wiegand–. Era un tipo con una mochila, con una expresión de la cara indefinible, sabes, como si alguien se esforzara por parecer inofensivo y curiosamente tomó el mismo camino que yo. Puede ser casualidad, tras la alarma ya no le he visto más. He sido cuidadoso, Oskar, puedes creerme, sé todo lo que depende de ello.

–¿Te has encontrado con él frente al portal o en el patio? –pregunta Klose.

–¿Encontrarme a alguien? No, en el pasillo de casa había unos cuantos jóvenes –responde Wiegand.

–Tenemos que ser malditamente precavidos –opina Klose–. Sasse, ese cerdo, hizo ayer unas cuantas observaciones ofensivas en el refugio antiaéreo... ¡Es el doctor!

Acaban de sonar dos timbrazos cortos y dos largos en el pasillo.

–¿Puedes abrir, Joachim?

–¡Claro que sí!

Lassehn se pone de pie, está contento de poder ser útil por una vez, aunque sólo sea abriendo la puerta.

Klose, Wiegand, el doctor Böttcher y Lassehn se sientan alrededor de una mesa. Klose ha repartido las cartas, Wiegand y el doctor Böttcher tienen cada uno diez cartas frente a sí, Klose mantiene las diez cartas en una mano y las despliega juguetonamente para volverlas a juntar. En medio de la mesa hay dos cartas ocultas. Además, cada uno cuenta con algo de dinero, unos cuantos billetes y un determinado número de monedas.

–¿Qué significa todo esto? –pregunta Lassehn, que ha seguido el reparto de las cartas con asombro.

En este asombro se mezcla también la miedosa presunción de que estos tres hombres no son más que unos jugadores de naipes politizados.

–Estamos jugando a los naipes, joven –dice Klose y sonrío de oreja a oreja–, una partida completamente inofensiva, ¿entiendes?

–Si le soy sincero, la verdad es que no –responde Lassehn.

–Debemos contar siempre con la posibilidad –dice el doctor Böttcher, que está sentado junto a Lassehn y coloca con suavidad una mano sobre su hombro– de que venga un extraño, de que hagan un control o una redada o algo parecido y los naipes vienen a ser hasta cierto punto nuestra coartada. Hasta la fecha no han prohibido jugar a los naipes.

Lassehn sonrío una vez lo ha entendido.

–Pero yo tengo...

–No, Joachim, tú no tienes cartas –interviene Klose–; en primer lugar, los naipes se juegan con tres jugadores y en segundo lugar, no tienes documentación con la que puedas mostrarte en público. A ti te tenemos que esconder igualmente. ¿Lo entiendes?

–Por completo –dice Lassehn–. ¿Y dónde tengo que desaparecer cuando...?

–Delante –dice Klose, e indica con la cabeza hacia la puerta que conduce al local–. Y desde allí te vas al sótano.

–¿Hay algo en curso? –pregunta el doctor Böttcher.

–No directamente, doctor –dice Klose–, pero mejor prevenir que curar; además, definitivamente, Wiegand se ha convertido en ilegal.

El doctor Böttcher se dirige a Wiegand con un gesto rápido.

–¿No estarán tras su pista, Wiegand?

–Me temo que sí –responde Wiegand.

–¿Y a quién están persiguiendo? –sigue preguntando el doctor Böttcher–. ¿A Franz Adamek o a Friedrich Wiegand?

Wiegand se encoge de hombros.

–Supongo que está relacionado con mi actividad en Karlshorst, aunque no debería descartar la otra posibilidad. En ese caso... sí, tengo que advertirle a mi mujer como sea.

Calla durante unos pocos segundos y arruga la frente.

–Lassehn, usted me podría prestar un gran servicio.

Lassehn se inclina hacia delante apresurado.

–Con mucho gusto, señor Wiegand. ¿Qué puedo hacer por usted?

–Le quería pedir que mañana vaya usted hasta Eichwalde para llevarle a mi mujer una información determinada, aunque tiene que ser usted muy precavido, pues seguramente están vigilando mi casa muy estrechamente. ¿Se ve usted capaz de ello?

Lassehn asiente.

–Bien es verdad que nunca he estado en... ¿Cómo se llama el sitio?

–Eichwalde, una estación después de Grünau. Puede usted tomar desde Grünau el tren de cercanías de Görlitz o ir con el tranvía ochenta y seis hasta Schmöckwitz, le informaré de todo.

–Su ilegalidad genera unas perspectivas completamente nuevas –dice el doctor Böttcher, pensativo–. En primer lugar, tenemos que buscarle alojamiento.

–La cuestión ya está arreglada, apreciado doctor –dice Klose–, Wiegand se queda en mi casa.

–¿Y el joven? –pregunta el doctor Böttcher y mira a Lassehn.

–Es el tercero en el manejo –contesta Klose–, ya nos arreglaremos.

–Considero peligroso que aloje usted a dos personas – indica el doctor Böttcher–, y también

soy de la opinión de que debemos ir cambiando de lugar los alojamientos. Sobre todo, es un craso error, querido Klose, mantener el negocio cerrado los domingos. Si alguien para ir a verle tiene que entrar por la puerta del establecimiento, lo normal es que utilice a menudo la entrada trasera, lo que puede llamar la atención. Es un grave error de lógica por nuestra parte pensar que estamos seguros, es falso presuponer que su banda, ahora que ya tiene un pie en la tumba, se vaya a resignar y abandone la partida. En este caso es todo lo contrario: ahora son como perros terribles, ya no les importa cargarse a unos cuantos inocentes. Por ello debemos actuar con precaución y, sobre todo, si detienen a alguien no deben reconocer ninguna relación con el grupo.

—Hoy he tenido la oportunidad de tomar contacto con otro grupo —informa Wiegand—. En un refugio antiaéreo de la Petersburger Straße me he encontrado con un viejo camarada, al que no conozco pero que, según me ha dicho, a mí me conoce de hace tiempo.

—¿Y por qué no ha establecido el contacto? —pregunta el doctor Böttcher.

—El hombre del que hablo seguro que es de fiar —responde Wiegand—, pero no sé si es lo suficientemente hábil y precavido, y tampoco quería iniciar nada sin consultarlo antes con vosotros.

—Yo lo pasaría sin más por alto —dice el doctor Böttcher—, aunque por otra parte deberíamos salir más de nuestro aislamiento, nos hace mucha falta ampliar nuestro radio de acción y unificar nuestra labor. Soy de la opinión de que debemos concentrar nuestras fuerzas, pues nos acercamos a pasos agigantados al final. ¿Quería decir usted algo, señor Lassehn?

Lassehn ha llamado la atención con un tímido movimiento de la mano.

—Sí —dice—, si me permiten que intervenga, señor doctor...

—Por favor —dice el doctor Böttcher, y asiente animándolo a hablar.

—Dispara de una vez —le exige Klose y le mira curioso y con una sonrisa en la boca.

—Me gustaría participar en su labor clandestina —dice Lassehn todo serio.

—Mi querido joven, no se trata de un romántico juego al escondite, de indios y tramperos y todo eso —dice Klose dejando de sonreír—; se trata de un asunto malditamente serio y peligroso, donde uno se juega la vida...

—Un momento, Oskar —lo interrumpe Wiegand—, eso no es lo decisivo y, además, seguro que Lassehn tiene claro que nuestra labor es un asunto de vida o muerte. Antes de sopesar si hacerle el ofrecimiento de tomar parte en nuestra labor —se dirige a Lassehn y lo mira fijamente—, tengo que preguntarle cuáles son los motivos que le llevan a ofrecerse. ¿Es el afán de aventura que le empuja a ello o sus convicciones?

Lassehn le mantiene la mirada.

—No es por ganas de aventura, señor Wiegand —le contesta—. Mi necesidad de aventuras está más que cubierta, puede usted creerme, pero convicciones... —inclina la cabeza como avergonzado—, no, aún se tienen que formar.

Alza la cabeza con un movimiento decidido y busca la mirada de Wiegand.

—Sé lo que me empuja a ello: el odio hacia este maldito régimen de Hitler.

El doctor Böttcher asiente.

—El odio es un buen motor, Lassehn, aunque debe alimentarse con convencimiento, —opina algo indulgentemente—. ¿Ya ha pensado usted con quién está sentado usted a la mesa y con quién quiere trabajar?

Lassehn lo observa interrogativamente.

—Pues con ustedes, señor Wiegand...

—No me refería a eso —lo interrumpe el doctor Böttcher—, me refiero a qué delitos estaría

dispuesto usted a cometer con nosotros si se decidiera a trabajar con nosotros. Alta traición, traición a la Patria, desmoralización de la tropa, delito contra la Ley de alevosía, delito contra la Ley de seguridad del pueblo y del Estado, propagación de información enemiga y... No es necesario que diga más. Por cada uno de estos delitos, le pondrán la soga al cuello sin la menor compasión si le descubren. ¿Lo tiene usted claro?

–Absolutamente –confirma Lassehn asintiendo y por un momento su rostro esboza una sonrisa–. Por lo demás, ya no viene de un delito más o menos, pues sólo por haber desertado ya merezco la muerte.

El doctor Böttcher observa a Lassehn con interés.

–¿Y no quiere usted volver de nuevo a la tropa como disperso?

Lassehn niega con la cabeza.

–No, ya he quemado las naves de una vez para siempre; no hay vuelta atrás, doctor. No quiero sonar patético, pero debo decirle que hay algo que me ha cautivado; algo parecido a una santa ira. Hasta ahora en mí sólo había asco, rechazo, distanciamiento, pero con eso no era suficiente; esto es algo que me insta a actuar, es como si de repente se hubiera descorrido un velo.

–El joven es un buen tipo –dice ahora Klose–, y aunque en ocasiones es algo tímido, no le falta coraje y tiene sangre fría. Ayer sacó la pipa sin pestañear y quiso meterme un proyectil en mi cuerpo virginal...

–Usted quería meterle a Klose... –empieza a decir Wiegand sorprendido.

–Yo no tenía ni idea de con quién estaba tratando –se disculpa Lassehn–, pues el señor Klose...

–Hombre, Joachim, no te tortures así –lo interrumpe Klose, riendo–. Yo enseguida había apostado con acierto que se había escapado del frente –le dice explicativamente al doctor Böttcher y a Wiegand– y él tuvo miedo a que yo le delatase. ¡Estabas en todo tu derecho, joven, realmente me infundiste respeto! Ese es también mi lema, si a mí me descubren entonces me llevo a unos cuantos tipos por delante.

–¿Ha terminado usted, Klose? –pregunta el doctor Böttcher algo impaciente–. Quisiera que habláramos sobre el tema que nos ocupa.

–Adelante –dice Klose sin un ápice de mostrarse ofendido y mostrando su típica sonrisa ancha.

–Antes decía que debemos concentrarnos en nuestro trabajo y, al mismo tiempo, ampliar nuestra base de acción; opino que la tarea más apremiante es ganar influencia en el Volkssturm. Si llega a desatarse la batalla por Berlín el Volkssturm debería abstenerse de luchar, tanto en su propio interés como en interés de todos nosotros. En su propio interés no debería hacerlo, pues apenas está armado y no tiene experiencia en el combate; simplemente pasarían por encima de él. Aunque se tratara de un asunto bueno y justificado, sería una lucha sin sentido y sin esperanzas y más aún teniendo en cuenta que cada disparo que salga de nosotros, cada granada que lancemos, significa la identificación con el sistema bárbaro de la historia mundial. Debemos dejarles claro a los hombres del Volkssturm...

–A éstos no podrá explicarles nada –le interrumpe Klose–, se trata de un caso perdido.

–Debemos dejarles claro –prosigue imperturbable el doctor Böttcher– que la guerra debe finalizar lo antes posible para salvar lo que aún se puede salvar, si no queremos que nuestra ciudad se convierta en una ruina completa; deben darse cuenta de que la mejor manera de defender a mujeres y niños no es luchando, sino deponiendo las armas. Y a partir de las unidades del Volkssturm debemos encontrar el camino para llegar hasta la Wehrmacht. Está claro que debemos actuar con mucho tiento: primero, debemos tantear al otro, como suelen decir los boxeadores; hace falta tacto para elegir a las personas adecuadas y pronunciar las palabras adecuadas. Las

explicaciones teóricas son inútiles, es mucho más indicado acercarse a cada uno de forma muy personal, él mismo sacará sus conclusiones generales, a no ser que sea realmente asocial por sí solo. ¿Me he expresado con la suficiente claridad?

–Totalmente –confirma Wiegand.

–Más claro que el agua, profesor –opina Klose.

El doctor Böttcher asiente.

–Os ruego que para esta tarea utilicéis a vuestra mejor gente; un sólo paso en falso puede ser funesto para todos nosotros. Aunque debemos oponernos siempre a las opiniones resignadas y depresivas, que terminan en «ya no tiene sentido». Si nuestra tarea tiene sentido o no, no podemos juzgarlo ahora mismo, ahora estamos demasiado metidos en la vorágine de los hechos; no será hasta más tarde cuando quede demostrado si lo tiene o no, pero aunque realmente no tenga ningún sentido, estamos obligados a actuar así porque nos lo exige nuestra conciencia. Existen sólo tres posibilidades; es decir: la primera es trabajar en armamento o luchar con un arma, lo que quiere decir ser culpable del crimen fascista; la segunda, mantenerse resignado a un lado o a la espera, es decir, apoyar el delito; y, la tercera, ejercer una oposición activa. Para nosotros sólo existe esta última posibilidad. Si se nos dice que conspiramos contra nuestra propia patria, a ello sólo puedo responder que si ésta es nuestra patria, este Estado gobernado por Hitler y Himmler, entonces ya no soy alemán: un país en el cual la libertad, el humanitarismo y la justicia son conceptos superados, no puede ser nunca mi patria.

El doctor Böttcher se detiene y se aclara la garganta.

–Resulta necesario decir esto a aquellos que vacilan o que pueden vacilar, en todo caso los hechos hablan inequívocamente en nuestro favor. En los próximos días espero la ofensiva rusa, que llegará sin duda alguna hasta Berlín. ¿Por qué parece usted tan deprimido, señor Lassehn?

Lassehn ha tensado las manos sobre las rodillas y ha bajado la mirada.

–En esta tarea sí que no puedo participar –dice con sinceridad–, aún no me atrevo a ello.

–Tampoco te habiéramos dejado, pequeño –dice Klose con decisión–, pero hay más cosas por hacer, por ejemplo, mañana mismo... Ah, mañana quieres ir a Eichwalde por lo de Wiegand...

–Eso a última hora de la tarde –dice Wiegand–, de día es mejor que no se deje ver por la calle.

–Bueno, nos va perfecto –opina Klose–, así antes del mediodía puede ir a buscar las octavillas y llevárselas a usted, doctor.

Se vuelve de nuevo a Lassehn.

–Qué, directo a la diversión.

Lassehn quiere responderle, pero el doctor Böttcher se le adelanta.

–A nuestro amigo Klose le gusta expresarse con humor, tiene su propia manera de nombrar las cosas, aunque quisiera llamar de nuevo su atención sobre la seriedad –y también la importancia– de nuestra labor. Le ruego que recuerde algo: no tiene que hablar con nadie, ni contestar a nadie al que no conozca perfectamente. Los cómplices de la Gestapo están por todas partes. Se camuflan tan bien que sólo en ocasiones apenas se les puede reconocer. Quisiera aprovechar la ocasión para contarle un suceso, que servirá para ilustrar la habilidad con la que trabaja la Gestapo.

El doctor Böttcher cierra los ojos durante unos pocos segundos y a continuación, con un movimiento decidido, apaga el cigarrillo en el cenicero.

–Hace unos cuantos meses se presentó en mi consulta un hombre de unos treinta y cinco años, alto, fuerte, llamativamente bien alimentado. Llevaba un volante de la caja de seguro de la empresa de transportes públicos de Berlín y se quejaba de dolor de estómago. Lo examiné a fondo, pero no pude diagnosticarle nada. Que a uno le duela el estómago no es algo fuera de lo

común: existen enfermedades que son extremadamente difíciles de diagnosticar, ni siquiera una radioscopia facilita siempre toda la información. Este hombre, que se apellidaba Altenberger, fue al principio un paciente como otro cualquiera, venía regularmente a la consulta, dejaba que le prescribiera algo y sólo hablaba lo necesario. Yo estaba molesto, pues no podía hacer un diagnóstico exacto y quería enviarlo a un especialista, pero él no quería: le habían recomendado venir a mi consulta y él confiaba en mí. Tampoco es algo inusual, he vivido lo mismo muchas veces, pues los enfermos son personas imprevisibles, y confiar en el médico es a menudo un remedio mejor que la mejor de las medicinas.

»Después de que este Altenberger hubiera visitado mi consulta en varias ocasiones, en la quinta o la sexta visita empezó a hablar de asuntos políticos, primero de forma muy general, para volverse cada vez más preciso, a pesar de que yo no lo animé de ninguna forma. Echó pestes de Hitler y de la maldita guerra, evidentemente a la espera de que yo picara el anzuelo. Ahora soy extremadamente cuidadoso y reservado, y no permito que divaguen conmigo. Censuré sus palabras. Naturalmente, existía la posibilidad de que el hombre fuera sincero, pero a mí no me lo pareció, por lo que no abandoné mi reserva.

–Escucha bien, Joachim –dice Klose–, que algo podrás aprender.

–La forma en la que alguien desfoga su descontento es realmente una característica infalible – prosigue el doctor Böttcher–, pues hay dos formas de echar pestes una y otra vez, según sea con convencimiento o según un plan preconcebido y es algo que la mayoría de los soplones no tienen en cuenta. No sólo cuentan las palabras cuando se echan pestes, sino también los ojos y la voz, la expresión del rostro y los movimientos también participan en la crítica verdadera o bien apenas participan. Mirad, en Altenberger los ojos no participaban en absoluto, me pareció que en su fondo acechaba algo frío y que sus movimientos y gestos eran como aprendidos, como si se hubiera puesto delante de un espejo y lo hubiera ensayado todo.

»Sin embargo, el hombre no aflojó a pesar de mi actitud indiferente, siguió insistiendo e insistiendo y, finalmente, dejó de echar pestes y dijo abiertamente que buscaba un contacto con grupos de la resistencia o con ilegales. Le pregunté por qué se dirigía concretamente a mí con esa petición y se hizo el indignado. Dijo que con un médico la gente se suele sincerar y que, por lo demás, yo era un hombre conocido por no tener nada que ver con el nacionalsocialismo. Le dije indignado que no sabía cómo tenía yo esa fama, aunque se limitó a reír. No toleré que me dijera cosas como ésa y confié en deshacerme de él, pero el hombre regresó de nuevo a mi consulta para que lo visitara, aunque no dijo ni una palabra de más. Era evidente que quería ganarse mi confianza.

»Vacilé, pues si realmente se trataba de un auténtico enemigo del fascismo, naturalmente me sabía mal haberlo rechazado y, ya que soy concienzudo en todo y siempre voy hasta el fondo de la cuestión –características que deberían ser propias de todo médico–, le pregunté en una ocasión, de paso, quién le había recomendado mi consulta. Ya no lo recordaba con exactitud, me contestó, debió de ser uno de sus colegas. Es verdad que por entonces algunos empleados y trabajadores de los Transportes Públicos de Berlín eran pacientes míos, y también antes a menudo habían venido a mi consulta trabajadores de esa compañía, así que era completamente posible.

»Decidí en todo caso seguir investigando, aquí ya no sólo se trataba de no concederle a un mequetrefe el menor motivo para proceder contra mí, sino de cambiar también toda nuestra forma de trabajo, pues muchos de los nuestros venían a mi consulta como pacientes para recoger instrucciones y material. En el volante de Altenberger indicaba que residía en la Neue Königstraße 10. Cuando tuve que ir a la Weinstraße a visitar a un enfermo, recordé que

Altenberger vivía muy cerca de allí, así que me acerqué a esa dirección, para constatar que el inmueble de la Neue Königstraße 10 estaba completamente derruido desde noviembre de 1943. Siempre cabía la posibilidad de que la oficina de personal hubiera indicado por error la antigua dirección que constaba en el volante. Ya que todo estaba derruido a derecha e izquierda de la Neue Königstraße y no había nadie al que pudiera preguntar, me dirigí a la comisaría de policía de la Jostystraße y pregunté por Gustav Altenberger, pues tenía todos sus datos del volante médico. Desconocido. Según los archivos nunca había vivido allí, no había nadie de ese nombre en el registro de habitantes.

»El asunto estaba bastante claro. Después de ello le puse a prueba. Cuando en la siguiente visita se quejó de nuevo de fuertes dolores de estómago le receté un remedio que en la dosis prescrita debería provocar trastornos cardíacos poco comunes. Quería cerciorarme de si realmente se tomaba el medicamento.

»Cuando dos días más tarde volvió por la consulta le pregunté si el medicamento recetado había tenido efecto y él me aseguró que le había ayudado mucho.

»Ahora sabía que el hombre no estaba en absoluto enfermo, que no se tomaba la medicación que le prescribía y que sólo iba a mi consulta para ver si podía contactar con un grupo de la resistencia y delatarlo después. Ahora ya sólo quedaba la cuestión de cómo podía deshacerme de él sin levantar sospechas. Hice lo más apropiado en una situación como ésta: dejé que acabara en nada; es decir, seguí recibiéndolo para tratar su supuesto dolor de estómago y no reaccioné a ninguna de sus observaciones. Finalmente se dio cuenta de que su intento era en vano, aunque aún trató de llevarme a otro terreno para caer en la trampa; me pidió que le diera la baja. Sin embargo, yo me negué a atender su petición, pues no podía diagnosticar nada concreto. Con ello conseguí que dejara de venir.

»Que hice bien en no comprometerme a nada se lo demostrará el hecho de que el otro día vi a Altenberger de nuevo y ahora vestía el uniforme de las SS con el ominoso distintivo del SD. Ahora ve que uno no puede ser lo suficientemente precavido. El haber estrechado la mano de alguien unas cuantas veces no es suficiente. Por desgracia también entre nosotros hay algunos que son demasiado confiados: cuando se encuentran con alguien varias veces ya lo consideran un conocido y enseguida incluso se aflojan las riendas que les impone la precaución. La necesidad de confianza es absolutamente comprensible y muy digna de aprecio, pero bajo las actuales circunstancias es absolutamente inoportuna; uno tiene que tener el don de poder leer a las personas, reconocer lo que hay de verdadero y falso en ellas.

–Así sólo asustará al joven, doctor –dice Klose en cuanto el doctor hace una pausa.

Lassehn niega con la cabeza y hace un gesto de rechazo con la mano.

–Si esto ya le provoca miedo –replica el doctor Böttcher, y mira a Lassehn seriamente–, entonces mejor que lo deje estar. Sólo quiero transmitirle la conciencia de que cada uno de nosotros es como si pasara por un cable y que puede precipitarse inevitablemente en un vacío mortal si no mantiene justamente el equilibrio. Con ello quiero decir lo siguiente, Lassehn: no intente improvisar, actúe exactamente según las indicaciones que le hayan dado, a no ser que se dé una situación o un peligro imprevistos; entonces, deberá decidir por sí solo. ¿Ha entendido?

Lassehn asiente.

–Completamente, doctor. Sólo tengo una pregunta. Cómo me identifico ante terceros o cómo les dejo claro que...

El doctor Böttcher sonrío.

–No sólo recibirá usted una contraseña, sino toda una serie de palabras clave para el camino, con las que podrá identificarse. En todo caso Klose le instruirá al respecto de forma detallada.

Hace una pequeña pausa y se dirige de nuevo a Wiegand.

–Ahora tengo que comentar algo diferente con usted, querido Wiegand. ¿No ha dicho usted antes que hoy podría haber contactado con otro grupo?

–Sí, pero he dudado –responde Wiegand–. Se trata de un tal Richard Schröter de la Petersburger Straße 12, es...

–El hombre es bueno –le interrumpe sonriendo el doctor Böttcher–, incluso muy bueno, es bastante conocido por el nombre de «el enano saltarín».

–¿Le conoce? –pregunta Wiegand sorprendido.

–Muy bien, no sólo es mi paciente...

–¿Así que es usted el buen doctor que le receta Pervitin antes de tener que pasar por los verdugos del AOK?

El doctor Böttcher está algo enojado.

–¿Eso es lo que le ha contado?

–Sí, pero muy de pasada y sólo cuando ya estaba claro, quién y qué era yo –responde Wiegand–. ¿Le resulta molesto?

Las arrugas de disgusto en la frente del doctor Böttcher han desaparecido rápidamente.

–Si se lo ha dicho a usted, para nada, Wiegand. No sólo llevamos a cabo nuestra pequeña guerra contra Hitler y Himmler con armas, octavillas y sabotajes, sino también con inyecciones y falsificaciones. Schröter es completamente intachable, en varias ocasiones ha colaborado conmigo como enlace de un grupo que se llama «Línea circular». Han realizado un buen trabajo, entre ellos es mérito suyo el incendio de la KnorrBremse.

Wiegand enarca las cejas.

–¿De la Knorr-Bremse? Pues los señores lo atribuyen a méritos ajenos, ya que se supone que el incendio lo originó un ataque aéreo.

El doctor Böttcher asiente.

–Tiene usted más razón que un santo, pero sólo fueron unas cuantas bombas incendiarias y de fósforo, prácticamente nada para unas instalaciones tan grandes y sólo gracias a que los aparatos antiaéreos no funcionaron, las mangueras tenían cortes y las bocas de riego estaban sepultadas bajo arena, pudo el incendio propagarse de esa manera.

–Muy bien –dice Klose y se frota las manos–, los jóvenes lo hacen bien.

–Schröter pasará mañana por mi consulta –le dice el doctor Böttcher a Wiegand–. ¿No quiere pasarse usted también? Podrá ponerse de acuerdo con Schröter sobre varios puntos, pues también hace de enlace para el grupo «Scala» en el oeste.

–Bien, iré –responde Wiegand–. ¿A qué hora?

El doctor Böttcher se lo piensa un momento.

–Sobre las seis –dice entonces–. Siéntese usted en la sala de espera, le atenderé el último.

–Está hecho –dice Wiegand–, por cierto...

El sonido estridente del timbre del pasillo rompe el silencio.

–Alguien llama a la puerta –dice Klose y se pone de pie de un salto–. Maldita sea, ¿a quién se le ocurre venir a tomarnos el pelo a esta hora?

–Sangre fría –dice Wiegand.

–... y a darse el piro –completa Klose–. Vamos, Joachim, desaparece. Veamos quién nos hace

el honor.

XV

15 de abril, 22:30 horas

Klose regresa a la habitación junto a un hombre. Es como si los dos se hubieran encontrado aquí por la simple alegría de ser radicalmente opuestos. Klose es de estatura mediana y está entrado en carnes, mientras que el otro es inusualmente alto y delgado. Klose viste de civil de manera informal y el otro viste el ceñido uniforme pardo del jefe político. Klose habla lentamente y sin ningún movimiento de las manos, el otro se precipita al hablar y gesticula como un poseso con los brazos.

—Éste es el señor Sasse, nuestro responsable de bloque y también vigilante del refugio antiaéreo —dice Klose con un gesto de la mano, que es más una indicación que una presentación. Se mantiene un poco por detrás del invitado no bienvenido y lanza miradas de advertencia al doctor Böttcher y a Wiegand.

—¡*Heil* Hitler, señores! —grita el pardo, y alza el brazo derecho a modo de saludo.

El doctor Böttcher y Wiegand murmuran con los labios medio cerrados unas cuantas palabras ininteligibles.

Sasse se vuelve de nuevo hacia Klose.

—El oscurecimiento de su local no está del todo en orden, señor Klose. Veamos qué es lo que pasa.

Su voz tiene un tono benévolo, es como la de un maestro, que reprende las pequeñas faltas a sus alumnos y por adelantado ya las ha perdonado.

Mientras Sasse se dirige hacia la ventana y examina la persiana de papel negro para oscurecer presionándola sobre el marco de la ventana, el doctor Böttcher y Wiegand agarran las cartas de la mesa y las barajan. Da la impresión de que hubieran sido interrumpidos en medio de una partida.

—Por lo que veo su oscurecimiento es suficiente —dice Sasse, y se vuelve de nuevo hacia la habitación—, aunque quizá tendría que poner a los lados unas cuantas pinzas o listones para agarrar bien el papel.

Mientras habla su mirada recorre la habitación, inspecciona todas las esquinas y acecha todo ángulo, examina a los dos hombres y se detiene durante unos segundos en la puerta que conduce a la tienda.

—Lo arreglaremos —dice Klose, que sigue de pie y observa con atención todo movimiento del pardo.

Sasse hace como si no se diera cuenta de la actitud expectante y reservada de Klose, se sienta sin más a la mesa, en el mismo sitio que acaba de dejar Lassehn, se quita la gorra marrón y se pasa la mano sobre el cráneo calvo.

—¿Una partidita? —pregunta todo bonachón y anima al doctor Böttcher con un gesto de la cabeza.

—De algún placer tiene que disfrutar el hombre —dice Klose, y se coloca detrás de la silla apoyándose en el respaldo.

«Tú no has venido por el tema del oscurecimiento», piensa, «tú has venido aquí a husmear».

El doctor Böttcher intenta que su rostro refleje amabilidad.

—Nuestra pequeña partida de naipes —dice.

«El rojo es triunfo», piensa, «y su chusma parda sólo llega a cincuenta y nueve». Wiegand se impone hacer desaparecer una débil sonrisa y echa un vistazo a su reloj.

–Son casi las once, vamos a jugar las últimas tres rondas.

–No interrumpen ustedes la partida por mí, señores –dice Sasse, y los mira de uno en uno–, miraré con gusto un rato, es decir, si no les importa.

Nadie le responde.

El doctor Böttcher hace un vago movimiento con la mano.

–¡Entonces, todos a las armas! –exclama Sasse.

Klose se sienta vacilante y agarra despacio sus cartas de nuevo, mientras lanza una mirada invitando al doctor Böttcher y a Wiegand a jugar.

–Vamos, a jugar –dice–, me toca a mí, me tienes que indicar tú, Fritz.

Los tres hombres empiezan a jugar, el cuarto está sentado como espectador en su uniforme pardo. Cada uno de ellos sabe que aquí se juega a esconder las verdaderas intenciones: los tres saben que el pardo no ha venido aquí por el oscurecimiento y que se ha quedado por la partida de naipes, y el pardo sabe que los tres juegan a todo menos a una inofensiva partida de cartas.

Juegan avinagrados y distraídos, una y otra vez bajan las cartas y hacen pausas, pero Sasse les conmina siempre a seguir jugando y en su voz hay un tono de sarcasmo. Mira las cartas y no para de dar consejos, mira los naipes ocultos y comenta cada baza con un torrente de palabras. Cualquier jugador de naipes se habría rebelado de forma enérgica y no habría tolerado la intromisión. Sin embargo, estos tres jugadores lo soportan todo, contestan siempre a sus preguntas y no desbaratan sus objeciones, juegan de forma completamente mecánica, lanzan un farol, pasan, muestran, se sirven cartas, pero todo ello ocurre hasta cierto punto de pasada, completamente ajenos a sus pensamientos.

Wiegand siente que este juego es como las órdenes desdeñosas de los cuerpos de guardia de las SS en los campos de concentración, que ataban a un prisionero al bloque y lo azotaban, mientras los otros prisioneros del campo miraban sin moverse, exactamente organizados según el reglamento de los cuarteles de la vieja Prusia, de pie y derechos, con las manos pegadas a la costura de los pantalones blanquiazules, mientras tenían que cantar *Disfrutad de la vida*. Y así, como si estuviera bajo la atenta mirada del jefe político, Sasse no puede apartar los ojos de la partida, pues debe mantener la ficción de que realmente se está jugando a las cartas, de igual modo que antaño no podía evitar cantar mientras dos miembros de las SS se alternaban al azotar con sus látigos al prisionero amarrado, pues otros acechaban a su alrededor y vigilaban como perros a un rebaño de ovejas, controlando estrictamente las bocas, dispuestos a soltar un latigazo si alguien se arriesgaba a no cantar la canción de la alegría de vivir.

Esta mirada, que en el pasado saltó de boca en boca como la de un depredador convencido de su superioridad, la ve Wiegand ahora de nuevo circulando entre él y los demás, aunque ahora la situación es radicalmente diferente a la de entonces, cuando durante el castigo en Sachsenhausen cada uno sabía cuál era su sitio. A un lado, las bestias con aspecto humano; al otro, los prisioneros cuyas almas casi se habían extinguido en la ciénaga de la brutalidad y la vileza, y en aquella atmósfera de postración absoluta, prisioneros a quienes les temblaba hasta el menor de sus músculos a raíz de la ira reprimida a la fuerza en sus cuerpos. Los papeles estaban claramente repartidos, no había margen para el error. El odio y la ira, que por entonces refulgían claramente en sus miradas, están hoy cubiertos por una jovialidad engañosa y una ingenuidad hipócrita. Sobre

esas cuatro personas sobrevuela una tensión pesada y cada uno nota, aunque no intercambien ni una sola palabra, cómo la situación se agudiza y se dirige hacia la toma de una decisión.

Al doctor Böttcher le acomete cierta intranquilidad, aunque se observa a sí mismo y a los demás con el juicio frío de un psicólogo que no desaprovecha la oportunidad de estudiar a unos sujetos peculiares en una situación insólita; domina su rostro, sus ojos observan la mayoría de las veces por encima de sus gafas; tiene la mirada acechante del investigador que mira a través de un microscopio; juega tranquilo y prudente, y deja las cartas lentamente sobre la mesa cuando es su turno.

Klose está absolutamente tranquilo, está reclinado en la silla a sus anchas, no se precipita en las decisiones, su temperamento flemático deja que las cosas se desarrollen hasta acercarse a él, esboza con los labios una sonrisa irónica que le llega hasta el rabillo de los ojos, extrae las cartas con rapidez y las lanza con un movimiento ágil sobre la mesa.

El rostro de Wiegand es un único músculo al que se le ha injertado una sonrisa artificial como si fuera un cuerpo extraño. Mira fijamente las cartas, que arroja con un movimiento casi desdeñoso sobre la mesa. Está muy tranquilo, a pesar de la tensión enorme que va apoderándose de él, pues está dispuesto a todo.

Sasse permanece sentado en el borde de su silla, tiene las manos sobre las rodillas y el tronco inclinado hacia delante; entre los pliegues y las arrugas de su rostro hay una sonrisa firmemente encajada, habla sin interrupción, no por necesidad de hablar o porque le interese la partida, sino para provocar a los tres jugadores, para molestarles y ponerlos nerviosos y así llevarles a hacer observaciones o a actuar de tal forma, que le ofrezcan una oportunidad de ver las verdaderas causas de esta partida de naipes.

Sin embargo, no ocurre nada, el juego se desarrolla sin más, la tensión se condensa cada vez más en un negro nubarrón de tormenta que se alza en el horizonte.

Sasse es el que está más intranquilo, a pesar de la autoridad que le confiere un Estado omnipotente; para él la atmósfera es sobre todo inaguantable, siente claramente cómo las cuerdas de su tensión están a punto de romperse. Por ello no puede esperar más, y aunque no se atreve en absoluto a decir nada, quiere lograr el mayor efecto posible, aproximarse lentamente hacia el objetivo oculto y no puede hacerlo si la excitación se apodera de su cerebro y vuelve su lengua insegura.

Una vez ha finalizado una nueva partida y Klose baraja de nuevo las cartas, éste suelta las primeras palabras como de pasada y, supuestamente, sin intención alguna.

—Por cierto, ayer por la noche durante la alarma aérea había luz en su local, Klose —dice Sasse.

Klose sigue barajando tranquilamente.

—No es posible, señor Sasse —responde a la ligera—, siempre saco los fusibles antes de irme al sótano.

—Pues entonces ayer olvidó hacerlo —insiste Sasse—. Y habría algún motivo para ello, ¿no es cierto?

Klose sigue barajando, aunque ahora corta la baraja con lentitud.

—No entiendo lo que quiere decir, señor Sasse, no veo bien con el ojo derecho.

Sasse le da una jovial palmada en el hombro.

—Se llevó usted a una amiguita al cuarto, viejo pecador, ¿no es cierto?

En su rostro aún se dibuja una sonrisa, aunque la excitación interior casi la ha borrado de sus rasgos y un llamear malvado en el fondo de sus ojos delata que dicha sonrisa es sólo producto de su destreza como actor.

–No diga usted disparates –dice Klose malhumorado, haciendo un gesto de rechazo con la mano.

Deja las cartas sobre la mesa y las empuja hacia Wiegand.

–¡Muéstreme las suyas! –le conmina.

La mueca en forma de sonrisa desaparece por completo del rostro de Sasse; ya sólo quedan la amargura y una malvada acechanza.

–Y, sin embargo, había alguien en su vivienda –insiste–, estoy completamente seguro.

–Pues entonces sabe usted más que yo –le replica Klose, y empieza a repartir las cartas.

El rostro del pardo se va poniendo colorado.

–No intente usted darme evasivas, señor Klose –le dice con una voz que apenas conserva el tono de una persuasión amigable–. Soy responsable de todo lo que ocurre en este inmueble. ¿Verdad que lo entiende, señor Klose?

Klose se encoge de hombros y no responde; vuelve a las cartas, las despliega y las deja.

–Os toca a vosotros decir –se dirige al doctor Böttcher y a Wiegand.

El leve color rojo del rostro de Sasse se va oscureciendo para convertirse rápidamente en un rojo bien intenso.

–Déjese usted de teatros –exclama en voz alta, su voz tiene ahora un tono duro e imperativo–. Quiero saber quién estuvo ayer por la noche en su vivienda durante la alarma antiaérea.

El doctor Böttcher deja sus cartas sin descubrir sobre la mesa.

–Paso –le dice a Wiegand, y se dirige entonces a Sasse–: ¿No nos va a permitir usted que juguemos nuestra partida, señor Sasse? Lo que tenga que aclarar con el señor Klose en privado, mejor hágalo usted mañana, por favor. A nosotros no nos importa.

Sasse lanza una mirada de enojo al doctor Böttcher.

–No se entrometa usted –se dirige a él–. Ustedes tres están compinchados, son de la misma banda.

Wiegand deja las cartas lentamente sobre la mesa y empuja la silla un poco hacia atrás, con el fin de que la mesa no le suponga un obstáculo.

–Es mejor que terminemos por hoy –dice.

Sasse se pone de pie de un salto y saca el revólver de su cartuchera de cuero.

–¡Usted permanezca sentado! –dice con una voz estridente de ira y excitación–. ¡O le dejo seco aquí mismo como a un perro!

La tensión de la incertidumbre se ha volatilizado, ahora impera la tensión de la batalla abierta. Los rostros se descubren como un paisaje que aclaran los rayos de sol que irrumpen desde detrás de una nube. Aquí hay sentados tres hombres a la mesa, frente a ellos aún están las cartas, que hasta entonces les habían servido como talanquera para las preguntas no deseadas, como pretexto para su encuentro; y, a unos metros de ellos, apoyado sobre el aparador, hay un tipo alto en uniforme pardo y con un revólver en la mano. Su gorra parda aún está sobre la mesa como alguien extraviado entre una cuadrilla de enemigos.

Wiegand se muerde los labios, es el que está sentado más cerca del pardo, aunque no dejan de ser entre tres y cuatro metros los que los separan. El doctor Böttcher y Klose están sentados en un lugar poco favorable, entre ellos y el pardo está la mesa, y además han acercado demasiado sus sillas a la mesa, por lo que no pueden dar un salto sin realizar un movimiento previo.

El doctor Böttcher mira en dirección a Wiegand y se entiende con él mediante una mirada. Sabe que ahora todo radica en iniciar una conversación o someterse a su interrogatorio y que lo uno o lo

otro, o ambos, deben alargarse hasta el infinito para ganar tiempo y debilitar así la atención del pardo.

El rostro ancho y apacible de Klose se ha petrificado en una máscara amenazadora, sus ojos miran desde unas estrechas hendiduras, sus labios dejan a la vista los dientes apretados, de la boca nacen unos pliegues duros hasta la barbilla, que parece haber perdido toda su prominencia.

–¿Quién estaba ayer noche con ustedes? –vuelve a ladrar Sasse–. ¿Se cree que andamos dormidos, matón de taberna? He observado bien atentamente su antro: entraron tres, y aquí sólo hay dos. ¿Dónde está el tercero?

–No hay ningún tercero –gruñe enojado Klose–. Déjeme usted en paz.

–Era un chaval larguirucho –dice Sasse, y bracea con el revólver alrededor de la habitación–, casi me atropella en el pasillo. Ese de las gafas no es y ese de allí, tampoco. Maldita sea, ¿dónde está el tercero?

Klose hace ver como si reflexionara durante un momento.

–Ah, ése –dice entonces–, hace rato que se ha largado, sólo había preguntado si teníamos cigarrillos.

–Mentira –replica rápidamente el pardo–, ninguna palabra de lo que ha dicho es cierta. Ése no ha salido de aquí, he estado atento todo el rato.

–Aquí no hay nadie más aparte de nosotros –dice ahora el doctor Böttcher.

El pardo no le presta atención.

–Klose, quiero saber dónde está ese joven.

Su voz se vuelve de nuevo algo más suave.

–Podría ser un caso inofensivo, pero quiero saber qué sucede aquí.

–Aquí no pasa nada –dice Klose y da un manotazo sobre la mesa–. Déjenos usted en paz de una vez.

–Ya le gustaría –dice Sasse con una sonrisa amplia y sarcástica mientras bracea con la pistola–. ¿Quiere desembuchar de una vez, gordo y cebado cerdo?

Klose abre de repente los labios.

–Que te den por culo –dice sereno–, aquí no hay nadie más.

Sasse recorre de nuevo la habitación con la mirada.

–¿Así que aquí no hay nadie más? –pregunta entonces de forma reservada–. ¿Y de quién es la gorra de esquiar que hay encima del sofá?

–Es mía –dice Wiegand rápidamente.

–Mentira –replica Sasse–: ustedes dos han entrado con sombrero, a mí no me engañan. Maldita banda, los voy a descubrir: ustedes tres son sospechosos, ya se encargará la Gestapo de hacer que canten. Debe de ser un buen pajarraco el que esconden en su nido.

–Aquí realmente no hay nadie más, estimado señor –empieza a hablar el doctor Böttcher–, yo he...

–¡A cerrar el pico! –gruñe de nuevo Sasse–. No me creo ni una palabra, ni una palabra. Ahora se quedarán así sentados, sin moverse, y cuidado con el que se atreva a hacer un movimiento. ¡Dispararé enseguida!

Vuelve a recorrer la habitación con la mirada y observa atentamente los rostros.

–Bueno, ahora vamos a hacer una llamada.

Alarga la mano hacia el teléfono que hay sobre el aparador.

«Hay que ganar tiempo», piensa el doctor Böttcher, «sólo es cuestión de ganar tiempo». Mira fijamente hacia la puerta que conduce al negocio y que escapa a la mirada del pardo, pues se

encuentra a sus espaldas. El doctor Böttcher tiene que apartar rápidamente la mirada de la puerta con el fin de no llamar la atención del pardo.

–Creo que aquí hay un gran malentendido –dice.

Sasse deja descansar la mano sobre el auricular.

–Todo se va a aclarar, querido, los de Prinz-Albrechtstraße son especialistas en aclarar malentendidos.

–Seguro que sí –dice el doctor Böttcher, mientras que su mirada se dirige de nuevo hacia la puerta por encima de sus gafas.

El picaporte se mueve lentamente, casi milimétricamente, hacia abajo.

–Lo que no entiendo es por qué nos retiene usted aquí, señor Sasse.

Sasse ríe burlón, con la mano aún sobre el auricular.

–Por canallas, golfos y traidores, si quiere usted saber exactamente el porqué –berrea–; en realidad no habría que andarse con rodeos y simplemente habría que terminar con ustedes.

El doctor Böttcher llama la atención de Wiegand con un movimiento de sus cejas hacia la puerta. Wiegand tensa los músculos, tiene las articulaciones a punto como las de un corredor en la salida, su mirada es de una determinación lóbrega, rechina los dientes.

–Deje usted de decir tonterías –dice–, usted no sabe ni siquiera quiénes somos.

Sasse vuelve a reír sarcásticamente.

–Sus nombres me importan una mierda –sisea entre los dientes–, pero ustedes son colegas de Klose y con eso tengo suficiente. ¿Se pensaba que estaba a salvo, eh, Klose?

–Maldita cerda parda –gruñe Klose.

–Por fin unas palabras sinceras –grita Sasse–. Usted espere, pronto veré cómo se balancea; encargaré una sogá especialmente gruesa para usted, cerdo rojo.

El doctor Böttcher observa la puerta, que se abre despacio, y nota una corriente de aire fría. Ahora mismo el pardo se dará cuenta de ello, piensa.

–¿Qué es lo que mira usted todo el rato? –pregunta Sasse y se da media vuelta.

El doctor Böttcher nota como los latidos de su corazón se aceleran violentamente, ahora debe...

Wiegand se inclina hacia delante, ahora ve la puerta medio abierta, se prepara como un gato para saltar.

Entonces ocurre. La puerta se abre del todo: Lassehn aparece en el umbral; un estallido corto y seco, una pequeña humareda, el pardo se tambalea, se agarra con las manos en el vacío y se desploma de lado. Al caer se lleva consigo unas cuantas fuentes, del aparador, se oye el vidrio romperse, un golpe seco, el suelo de madera retumba durante unos pocos segundos. Después reina un silencio total.

Klose se ha echado sobre el pardo como un tigre.

–Éste está frito –dice–. Bien hecho, Joachim.

Lassehn aún permanece en el umbral de la puerta, tiene el rostro pálido, aunque tenso y decidido por una voluntad intensa, aunque ahora su boca se contrae con energía, sus rasgos se relajan, deja caer los brazos a los lados, se apoya como agotado contra el marco de la puerta y mira en dirección al pardo y al doctor Böttcher, que ahora se inclina sobre el primero.

–¿Está muerto? –pregunta todo nervioso.

–No –responde el doctor Böttcher–, por desgracia no, tres centímetros más y la bala hubiera ido directa al corazón.

–Maldita sea –dice Klose–, ahora tenemos que cargar con el tipo.

Lassehn traspasa el umbral y observa al pardo. Continúa con el revólver en la mano, su mirada

refleja horror y espanto, tiembla como presa de un escalofrío de fiebre.

–¿Y qué vamos a hacer ahora? –pregunta con una voz apagada.

Wiegand cierra la puerta y coloca una mano sobre el hombro de Lassehn.

–Tranquilo, Lassehn –dice–, sólo hace falta tranquilidad. Ahora debemos actuar con decisión y rapidez. ¿Es una herida mortal? –le pregunta al doctor Böttcher.

El doctor Böttcher ha sacado de su maletín un paquete de vendajes, lo ha abierto y coloca gasa blanca encima de la herida.

–No necesariamente, tal como me parece ahora –responde–. En todo caso... –se interrumpe y se encoge de hombros.

–¿Qué? Hable usted, doctor –le urge Wiegand–, no debemos perder tiempo.

–Una operación urgente quizá podría salvarlo –dice el doctor Böttcher.

Klose resuella.

–Hombre, doctor, ¿cómo puede pensar en algo así?

–De ninguna manera –responde el doctor Böttcher–. Sé lo que quiere decir, Klose. Si sobrevive...

–... estamos todos perdidos –termina la frase Klose–. Está más claro que el agua.

–Usted quiere... –empieza a hablar Lassehn con los labios temblando, mira hacia el pardo que está frente al aparador, su cráneo calvo y reluciente brilla casi fantasmagóricamente en la sombra.

–Sin sentimentalismos –dice Wiegand, cortante–. La cuestión es la siguiente: él o nosotros, no existe camino intermedio. Si *él* sobrevive, *nosotros* estiraremos la pata. ¿O acaso cree usted que será benévolo con nosotros? La primera palabra que acertarán a articular sus labios será nuestra muerte.

Lassehn tiene el rostro completamente blanco.

–Yo no quería que pasara esto –dice.

El doctor Böttcher hace entrar a Lassehn en la habitación y lo sienta en una silla.

–Si no quería usted que pasara esto no debería haber disparado. Parece ser que todavía no tiene usted la opinión adecuada sobre... bueno, digamos, que sobre su acción. Usted ha actuado en legítima defensa, Lassehn, ¿no lo tiene usted claro?

–¿En legítima defensa?

Lassehn mira al doctor Böttcher, en su mirada se refleja la lucha entre la incredulidad y la esperanza.

–Incluso en legítima defensa –clama el doctor Böttcher–, no según las leyes nacionalsocialistas. Aunque estas leyes usted no las reconoce, ¿verdad?

–No conozco otras –dice Lassehn–. ¿Según qué leyes habría actuado, entonces?

–Según la ley natural de la defensa propia y la supervivencia –le responde el doctor Böttcher–. Si no hubiera usted disparado contra este hombre, le hubieran colgado a usted y a nosotros tres a sangre fría. ¿Le ha quedado claro?

Lassehn asiente, liberado.

–No obstante, sólo lo he herido gravemente...

Wiegand se inmiscuye en la conversación sin consideración.

–Señores, no es la hora de largos discursos y discusiones académicas, ahora debemos actuar con rapidez y sin contemplaciones. Esperemos que nadie haya oído el disparo.

–Por encima de mi vivienda vive un matrimonio mayor –dice Klose–, hace tiempo que deben de estar durmiendo y seguro que no han oído nada. A la derecha está el pasillo, a la izquierda la

droguería, donde por la noche no hay ni un alma. No creo que nadie haya oído nada; en todo caso, las noches suelen ser lo suficientemente agitadas...

–Eso es lo que quería saber –dice rápidamente Wiegand–. Entrégueme usted el revólver, Lassehn...

Lassehn duda, aún sostiene el revólver en la mano.

–Démelo usted de una vez –insiste Wiegand.

Se dirige hacia Lassehn y le quita el revólver de la mano. Durante unos pocos segundos permanece inmóvil ante el pardo, que aún sigue en el suelo, algo doblado, las piernas dobladas, una mano sobre la cabeza, como si quisiera protegerla, la otra extrañamente retorcida sobre la espalda. Reina un silencio inquietante en la habitación, sólo se oye la respiración del hombre.

–Vamos –dice Klose con un movimiento impaciente de la mano.

Wiegand mira al doctor Böttcher. Está completamente tranquilo, la mano que sostiene el revólver no le tiembla.

–Colóquelo directamente sobre la sien –dice el doctor Böttcher–, amortigua el disparo y no salpica.

Wiegand se inclina sobre el pardo y coloca la boca del revólver en la frente, no encuentra la sien al primer momento, está demasiado oscuro en esa esquina de la habitación. El pardo se mueve un poco, el hierro frío sobre su cráneo le provoca un reflejo. Una de sus manos se contrae y se desliza de la cabeza para caer sobre el suelo. Se produce un ruido seco y sordo, aunque corta el silencio como el estruendo de un trueno. Wiegand se retira un poco y desvía el revólver, aunque vuelve a dominarse enseguida, coloca la boca del arma de nuevo en la sien y aprieta el gatillo. Un estallido sordo y un breve crujido, el cuerpo del pardo se arquea un poco y se desploma, las piernas se estiran, como si quisieran golpear algo.

–Listo, ya está –interrumpe Klose el silencio agobiante–. ¿Y ahora qué hacemos?

–No debería de suponer ningún problema deshacerse de un cadáver en Berlín estos días –dice el doctor Böttcher con voz clara–. Esta noche es oscura. ¿Dónde es mejor, Klose?

Klose se lo piensa.

–Lo mejor es que lo dejemos a la vuelta de la esquina –empieza a decir, y entonces ríe furioso–. Encaja perfectamente, tienes más razón que un santo, lo dejaremos a la vuelta de la esquina, ya nos lo hemos cargado.

–Ahora en serio –dice el doctor Böttcher reprendiéndole–, no deben encontrarlo fácilmente, mejor si no dejamos rastro. ¿Adónde lo llevamos?

–En la Koppenstraße hay suficientes ruinas –contesta Klose ya en serio–. No está lejos, quizá unos cien o ciento cincuenta metros.

–Sé dónde es –dice el doctor Böttcher–. ¿Nos ayudará, Lassehn?

Lassehn ha permanecido sentado en el sofá, indiferente como una estatua, y ahora se sobresalta con el requerimiento del doctor Böttcher.

–Concéntrese usted, Lassehn –dice Wiegand severo–. ¿Cuántas veces, como soldado en guerra, ha matado usted a gente mucho más inocente que ese de allí? Campesinos rusos o trabajadores o estudiantes... ¿Y ahora pierde usted los nervios porque ha matado a uno que estaba a punto de matarle a usted? Sí, querido, aquí no tienen lugar los sentimentalismos y menos aún la inconsecuencia. Si es así, mejor se hubiera quedado en la tropa y hubiera dejado que le ordenaran asesinar; en adelante, hubiera ejecutado lo que prescriben las órdenes y el supuesto deber. ¡Aunque usted tampoco quiere eso!

Lassehn se saca de encima el entumecimiento que le ha invadido a la fuerza.

–Tiene usted razón, señor Wiegand –dice–, ha sido una recaída.

–La razón por sí sola no te servirá de nada –opina Klose, moviendo unas cuantas veces la cabeza–, también tienes que saber aplicarla.

–Nada de largas conversaciones –dice el doctor Böttcher de forma enérgica–. Ahora nos llevaremos al hombre y usted lo ordenará todo aquí, Klose. Haga desaparecer las manchas de sangre, si hubiera alguna. Creo que nos lo llevaremos entre dos como si estuviera borracho, mientras un tercero lo aguanta desde atrás. Si nos encontramos con alguien, dará la impresión de que estamos llevando a casa a un borracho. Aunque primero quiero cerrar esa herida de la cabeza. Wiegand, alcánceme usted mi maletín.

El doctor Böttcher trabaja con rapidez y con pulso seguro, prepara un tapón y lo introduce con unas pinzas en la herida de la cabeza, después coloca dos tiras de esparadrapo por encima.

–Bueno, con esto será suficiente –dice, y se pone de pie.

–Voy a abrir delante –dice Klose– para que no tengáis que arrastraros por el patio.

Saca un manojo de llaves del bolsillo del pantalón y abre la puerta que lleva al local, aunque se mantiene en el umbral.

Durante unos pocos segundos los hombres permanecen indecisos y eluden las miradas entre sí. A pesar de que a menudo, uno por su profesión, por ser médico, y los otros por costumbre, porque han sido soldados, han tenido que vérselas con cadáveres mutilados y despedazados, dudan a la hora de tocar al muerto. Su respeto por la vida humana, también la del enemigo, es demasiado grande como para poder olvidarse sin más que este hombre en su uniforme pardo estaba aquí de pie hace unos minutos y por su cabeza no había pasado ningún pensamiento sobre la muerte.

–Bueno, vamos ya –dice Wiegand–. Venga usted, doctor. Lassehn, usted levántelo por las caderas. ¿Podrá usted?

Lassehn traga saliva con fuerza, tiene un sabor desagradable en la boca, aunque es consciente de que tiene que echar una mano, no por nada ha sido él el causante de la situación.

–Me las arreglo –contesta–. En el campo de batalla tuvimos que agarrar cosas de todo tipo.

El doctor Böttcher asiente con la cabeza, entonces alzan el cuerpo del pardo; el doctor Böttcher y Wiegand lo agarran por debajo de las axilas, Lassehn estira fuerte hacia arriba desde el cinto. El doctor Böttcher y Wiegand colocan sus brazos alrededor de su nuca, deben alzar el tronco de Sasse colocando las manos bajo sus axilas, pues el pardo es bastante más alto que ellos y aún así sigue arrastrando las piernas, la cabeza le cuelga hacia delante y oscila de un lado a otro. De repente, este movimiento de la cabeza calva y reluciente le recuerda a Lassehn a una figura grotesca de un anuncio que antes había visto a menudo en los escaparates: un hombrecito seco con unos ojos grandes, redondos y salientes, la cabeza pelada y unos labios gordos y torcidos, que se movían mecánicamente, mientras la cabeza se movía de un lado a otro como un perpendicular invertido, mientras una mano golpeaba con una vara contra el escaparate.

Klose agarra la gorra marrón de la mesa y la coloca sobre el cráneo del muerto.

–Camino a Valhalla –dice al hacerlo.

El cuerpo sin vida da la impresión de ser muy pesado, deben arrastrarlo y tirar de él más que llevarlo; ya tras pocos pasos los tres hombres empiezan a sudar, aunque no tienen otra opción, tienen que deshacerse del cadáver.

Klose abre la puerta del local lentamente y retira con cuidado a un lado la verja extensible.

–Todo tranquilo –dice dándose la vuelta–, no hay nadie en la calle.

–Sin detenernos hasta la esquina –dice Wiegand.

La calle está oscura como la boca de un lobo. Apenas pueden ver unos metros por delante; sólo

más adelante, en la Schlesischer Bahnhof, la oscuridad se ha roto; a través del armazón desnudo de la estación brillan unas cuantas luces opacas; desde el andén de carga de la oficina de Correos de la estación se oye el resuello de una locomotora; los faros de un automóvil arrojan durante unos segundos un estrecho haz de rayos de luz en la negrura de la calle.

Los cien metros desde el restaurante de Klose hasta la esquina de la Koppenstraße se hacen interminables; recorren el trayecto metro a metro, el muerto resulta cada vez más pesado, Wiegand y el doctor Böttcher hace rato que han dejado de cargar el cuerpo por las axilas: han agarrado los brazos del muerto, que cuelgan alrededor de sus hombros, con ambas manos, por lo que el cadáver les cuelga literalmente del cuello. Lassehn debe contentarse con empujar el cuerpo que oscila entre el doctor Böttcher y Wiegand.

No ven ni un alma, la calle está desierta; únicamente bajo los viaductos de la Koppenstraße retumba el paso regular de un policía.

Finalmente alcanzan la Koppenstraße, en ella apenas queda una casa en pie, todo está incendiado, destruido, reventado.

–Aquí dentro –dice Wiegand en voz baja.

Se encuentran frente a un hueco, que algún día fue la entrada de una casa. Piedras y escombros barran el paso, aunque éste es el sitio indicado. El doctor Böttcher y Wiegand se deshacen del abrazo del muerto, lo deslizan hasta el suelo y permanecen jadeando durante unos pocos segundos.

–Quédese usted aquí, Lassehn –le susurra Wiegand–, y si viene alguien silbe.

Entonces Wiegand y el doctor Böttcher agarran al muerto por los brazos y lo arrastran por encima de los escombros, a través del interior de la ruina, hasta una superficie libre, que en su momento fue un patio, hasta un muro que se alza allí, y que antes había sido la fachada de la casa del patio. Las piedras han roto aquí el techo del sótano, aunque éste sólo está parcialmente lleno.

–Deténgase, doctor –dice Wiegand–, y agárrelo usted también por el otro brazo.

El doctor Böttcher agarra el otro brazo del muerto, que le han alcanzado como si se tratara de un relevo. Wiegand agarra al cadáver por los pies y lo coloca paralelamente al borde del sótano. Después empujan lentamente el cuerpo hacia el borde.

–Ahora –dice Wiegand en voz baja.

Ambos lo sueltan al mismo tiempo. El cadáver se precipita hacia el sótano, rueda unos cuantos metros y se detiene. Ha arrastrado consigo unas cuantas piedras, que resuenan sordas; después, todo queda en silencio. El muerto ha desaparecido en la sombra de la noche.

Wiegand y el doctor Böttcher han escuchado atentamente el ruido y han permanecido inmóviles durante unos segundos. Tras ello regresan por encima de los escombros. Cuando se encuentran en la calle silenciosa, de noche, sienten como si regresaran de la oscuridad escalofriante de una catacumba a la luz del día.

16 de abril, 11:00 horas

También allí donde la ciudad está habitada más densamente, donde las casas se apiñan unas encima de otras; donde las viviendas se amontonan densamente como panales en una colmena; donde los patios son sólo estrechas chimeneas y las calles están quebradas; donde las familias y las personas viven pegadas las unas a las otras; en la parte delantera de las casas donde malviven familias numerosas en viviendas minúsculas y en cuya parte trasera funcionan pequeños negocios en pequeñas naves oscuras, ahumadas y en mal estado; donde han surgido, como pecas en el rostro oscuro del barrio proletario multitud de cafés, tabernas, restaurantes, salas de baile, bares, salas de fiestas, billares y cines que ofrecen placeres dudosos, prostitutas venidas a menos, los desechos de los barrios más elegantes y una satisfacción pasajera por poco dinero. Allí donde las aceras rebosan de gente y las calzadas están llenas de vehículos de todo tipo –carretillas, automóviles de reparto y camiones, carros de caballos, bicicletas y tranvías–; donde nunca, ni siquiera a última hora de la noche o primera de la mañana, reina la tranquilidad; donde la vida está conformada por el alboroto, las prisas y las urgencias, y donde todo está vinculado a un fin específico: objetividad desnuda y realidad; donde la ciudad se concentra en un núcleo impenetrable y las casas no forman hileras a lo largo de las calles, sino que éstas últimas parecen rocas incrustadas con casas construidas encima. Tampoco allí se dan idilios. No hay prados floridos ni bosques que ofrezcan sombra, ni encantadores cursos de un río o suaves colinas: aquí no hay nada de todo eso; tampoco encajarían aquí, aunque hay rincones que, sin ser tranquilos ni florecer ocultos y modestos, sí que respiran algo más tranquilamente y sus latidos tienen un ritmo más lento.

Una de estas esquinas es el paso de la Große Frankfurter a la Weberstraße. Aquí se ha abierto una brecha en la oscura línea de casas de la Große Frankfurter Straße; entre muros cortafuegos ennegrecidos y feos se abre camino un estrecho callejón, que tras pocos metros vira hacia el noreste y después se abre a una plaza donde se encuentra la iglesia de San Marcos. Aquí hay incluso, dispersas entre el desierto de asfalto, placas de granito, adoquinado e indicadores de piedra, dos pequeñas islas de tierra, en las que brotan escasos tallos verdes. Este pequeño callejón, que no tiene ni nombre y que sólo se señala como «el paso a la Weberstraße», es únicamente peatonal, por aquí no circulan los vehículos ni pasan a toda mecha los automóviles, las corrientes de la gran ciudad circulan al norte y al sur, las voces de la gran ciudad, el ruido, el griterío, la barahúnda sólo se oyen desde la lejanía, rompen apagados contra los muros y quedan absorbidos.

Lassehn nunca había estado antes en este barrio. Ahora, cuando pasea por él por primera vez, todo está muerto, es el silencio sepulcral de la ciudad muerta por las bombas, las bombas de fósforo y las minas aéreas. El silencio del pequeño callejón «el paso a la Weberstraße» se ha extendido también a las calles adyacentes; los tranvías ya no hacen sonar su campanilla por la Große Frankfurter Straße; el silbido de las transmisiones y el retumbar de los camiones queda amortiguado; las voces de las personas se extinguen; sobre los muros ennegrecidos y las montañas de escombros el silencio ha quedado cubierto como por una mortaja y sólo aquí y allá arde una

pequeña chispa de vida en el torso de un edificio que se ha librado por casualidad de la destrucción total, que sólo ha perdido el enlucido y los pisos superiores, y donde la gente lleva una existencia fantasmal entre las hecatombes de aniquilados, quemados y ahogados, que se encuentran bajo las ruinas y entre los cuales las ratas se deslizan rápidas y voraces de un lado a otro.

Por mucho que las imágenes más terribles le vuelvan a uno insensible y finalmente apenas sean capaces de atraer apenas una mirada, pues al final la conciencia es incapaz de asimilarlas, esto es lo que ha vivido Lassehn al cruzar esta parte oriental del centro de la ciudad. Ha transitado por la Andreasstraße, por la Langestraße y por la Markusstraße, ha cruzado la Wallnertheaterstraße, el Brauner Weg y la Blumenstraße, pero ni al frente ni a derecha e izquierda ha visto apenas otra cosa que casas incendiadas, destruidas y bombardeadas, hileras de calles desoladas y ennegrecidas y no ha respirado otra cosa que el repugnante olor a quemado, que se mezcla con los vapores de los gases despedidos. Ha transitado como por un campo de tumbas, en el que parece que el aire se ha detenido. Únicamente se le ha pasado rápidamente por la cabeza que las brechas y los abismos, que los cráteres y las escombreras de estas montañas de piedras habían sido en su momento casas que arquitectos e ingenieros habían diseñado sobre una mesa de dibujo, que albañiles y obreros, montadores e instaladores, tejadores y soladores habían construido, y que, finalmente, habían sido habitadas por personas, y que todo aquello, que durante años de trabajo en bienes materiales había sido introducido en esas casas y todas las vivencias que se han condensado como una pátina sobre ellos, se ha convertido en pocos minutos en un amasijo de ladrillos, maderas y hierros ardientes

La capacidad de adaptabilidad del espíritu humano es uno de los dones más significativos de la especie humana, aunque también de los más horribles; la costumbre embotadora o el embrutecimiento habitual son capaces de apoderarse de éste de forma tan absoluta que lo terrible ya no resulta terrible, lo espeluznante deja de ser espeluznante, lo horrible deja de ser horrible. Una casa destruida, una calzada destrozada ya no provocan en la retina del ojo ningún reflejo insólito, ya no le transmiten al cerebro ninguna excitación.

Lassehn lo ha comprobado de manera completamente objetiva, y ha apartado a un lado las imágenes que pugnaban por imponerse. Se ha concentrado completamente en la misión que le han encomendado, lo que le ha facilitado y allanado el camino a través del campo de ruinas. Cuando alcanza la esquina de la Markusstraße y de la Große Frankfurter Straße se ha detenido durante unos pocos segundos, antes de descubrir el paso que Klose le ha descrito con exactitud. Klose le ha informado de muchas más cosas y Lassehn ha tenido que grabárselo exactamente en la memoria, pues nada puede quedar por escrito. Primero ha mirado hacia atrás precavidamente unas cuantas veces, antes de cruzar por completo la calzada de la totalmente desolada Große Frankfurter Straße y ha entrado vacilante en el pequeño pasaje «Paso a la Weberstraße». Su titubeo no es resultado del miedo, sino de un asombro que ha cohibido sus pasos: el asombro de que aquí, en este caótico desierto de piedras y escombros, aún exista vida en alguna parte. Se ha introducido en el pequeño pasaje, ha pasado por encima de unos cuantos montones de ruinas, se ha colado por el hueco de un muro medio derruido para ir a parar a una bajada que conduce a un sótano, sobre cuyo techo hay montones de escombros. Lassehn se ha detenido de nuevo —pues ahora duda de si ha entendido bien a Klose—, ha repasado de nuevo en su memoria todas las indicaciones y finalmente ha llegado a la conclusión de que no se ha equivocado. Después ha descendido por la escalera del sótano y se ha encontrado al final en un cuarto oscuro, que está húmedo y huele a moho. Tras un rato, una

vez sus ojos se han acostumbrado a la oscuridad, ha descubierto un nicho y en éste una puerta. Ha dado dos golpes breves y dos largos en la puerta.

Entonces la puerta se ha abierto y un hombre bajo y robusto ha permanecido con el picaporte en la mano, pero sin decir una sola palabra.

Lassehn le ha entregado una hoja de papel de periódico rota por la mitad. El hombre la ha cogido y la ha unido de forma cuidadosa, casi pedante, a su otra mitad, que ha extraído de su bolsillo interior, y, una vez se ha asegurado de que ambas partes encajan perfectamente, ha entablado una curiosa conversación con Lassehn.

—¿Qué es lo que quiere usted?

—Le traigo recuerdos del tío Otto.

—No conozco a ningún tío Otto.

—¿Tampoco al de Halberstadt?

—¿De Halberstadt?

—De Halberstadt en el *land* de Sajonia.

—Ah, se refiere usted a él. ¿Qué es lo que quiere?

—Semillas.

—¿Cuántas?

—Seiscientas.

—¿Ha traído usted una cartera?

—Sí, aquí la tiene usted.

La puerta se ha vuelto a cerrar, han transcurrido unos minutos interminables durante los cuales Lassehn ha dejado vagar la mirada a su alrededor. No ha podido descubrir nada, sólo oscuridad, frío y humedad. Es lo que hay en esta antesala del sótano, además de un penetrante olor a quemado y un silencio irreal. Entonces la puerta se ha abierto de nuevo, le han devuelto la cartera; por un momento, Lassehn ha podido mirar hacia el interior del sótano; a la luz opaca de dos bombillas, ha visto una máquina, que parece ser una prensa manual.

—Aquí tiene la cartera —le ha dicho el hombre y ha vuelto a entornar rápidamente la puerta.

—Gracias —ha contestado Lassehn.

—Saludos al tío Otto.

—De su parte. Adiós.

—Adiós.

Lassehn ya se disponía a irse cuando la voz lo ha llamado de nuevo.

—¡Eres nuevo!

—Así es.

—¡Mucha suerte, camarada!

Le ha tendido la mano, Lassehn la ha estrechado y ha notado un apretón corto y firme, después la puerta se ha vuelto a cerrar.

Y ahora Lassehn está de nuevo en la Große Frankfurter Straße. A pesar de unos alrededores tan opresivos, está animado y conoce exactamente la razón de ello. El firme apretón de manos de ese hombre, el que lo haya tuteado y se haya dirigido a él como camarada, el contenido de la cartera, que no conoce, pero que lo incluye en ese grupo, que se llama, tal como ahora ya sabe, movimiento de resistencia. Ya había oído hablar anteriormente de éste, pero se trataba sólo de un nombre; de vez en cuando se ha imaginado que era una división de partisanos o una banda como los bandidos de Schiller a las órdenes de Karl Moor, aunque ahora tiene que reírse de sí mismo.

Hoy en día, a mediados del siglo XX, ya no existen bosques inaccesibles ni regiones aisladas, tampoco existen individuos y aún menos grupos que puedan vivir al margen de la sociedad. La red de vigilancia y registro del Estado ha caído sobre cada uno de manera firme y el sistema de las cartillas de racionamiento, que al principio de la guerra se convirtió en un instrumento de control eficaz, ha reunido tan estrechamente a la gente de esta red, que se completa perfectamente con el aparato de delaciones policial y militar. Los revolucionarios del presente ya no se retiran a los bosques, con el fin de llevar allí una vida más o menos romántica como Karl Moor y sus seguidores, son –y Lassehn ha llegado ahora a ellos– seres con cabeza de Jano, desempeñan una profesión burguesa, pues están obligados a adaptarse a la organización estatal y someterse aparentemente a sus exigencias, si no quieren ya desde un principio privarse de cualquier posibilidad de luchar para conseguir su supresión. Así se produce la paradójica situación de que también los enemigos jurados de este Estado de alguna manera le benefician, trabajan para él, sí, incluso deben promoverlo y apoyarlo mediante su trabajo, mediante su obligada pertenencia a asociaciones, al no poder eludir pagar sus impuestos y donaciones (y especialmente las donaciones a la WHW, la Organización de la ayuda invernal, y la Cruz Roja, la VDA, la Asociación de relaciones culturales alemanas en el extranjero y la Liga colonial, incluso las donaciones para la recogida de huesos y papel viejo son el precio a pagar para una simple seguridad), y se sirven de su terminología, pues más que ningún otro deben tener cuidado de no llamar la atención. Quien llama la atención lo paga con la última posibilidad de la libertad de movimiento que el Tercer Reich les ha dejado aún a sus ciudadanos, deben alzar fachadas ostentosas para colocar bien visibles los emblemas de este Estado. Estas fachadas son los pueblos de Potemkin del Tercer Reich. En el fondo los opositores al Estado sólo se diferencian de sus seguidores en el hecho de que intentan apañárselas aportando un rendimiento mínimo para cumplir con sus obligaciones civiles. Aquellos que como Lassehn viven en la ilegalidad apenas participan en las labores conspirativas y tampoco pueden hacerlo, pues ni cuentan con papeles suficientes ni son capaces de mostrar una profesión burguesa como coartada.

Lassehn camina por la Große Frankfurter Straße, en la Strausberger Platz se detiene unos minutos frente a los enormes cráteres que se han abierto en el metro por los bombardeos y prosigue su camino. Su caminar se ha convertido en un deambular; prácticamente despreocupado e indolente, por primera vez desde que ha regresado a Berlín se siente casi cómodo. El sol de primavera le calienta agradablemente la nuca y hace que su apática sangre corra por sus venas, curiosamente la propia destrucción total que se extiende a su alrededor ya no resulta tan terrible. Hoy Lassehn ya no encuentra tan extraño y casi frívolo que las muchachas balanceen las caderas y aquí y allá muestren una sonrisa.

Ante Lassehn se extiende ahora la Große Frankfurter Straße, que al este de la Strausberger Platz se prolonga en una ostentosa calle ancha con un paseo en medio y en línea recta hacia el Este se aleja de la ciudad. No obstante, de la antigua extensión de esta calle ya no queda nada, únicamente su disposición delata que en su momento fue un eje oscilante de Berlín. También aquí se ven a derecha e izquierda las negras muecas burlonas de las casas incendiadas, se alzan los esqueletos secos de las construcciones de acero como jaulas descompuestas y se apilan las escombreras. Las residencias de ancianos y los hospitales entre la Lebusenerstraße y la Fruchtstraße también no son más que ruinas, al igual que no existe el teatro Rose, el templo de las musas de todos los pequeñoburgueses del este de Berlín. Allí donde la Große Frankfurter Straße pasa a convertirse en el Frankfurter Tor, aunque ese nombre ya no sea más que una alegoría, aunque ya no se alce

ningún arco ni ningún edificio que se le parezca, ya sólo es un recuerdo y ello sólo para los muy mayores o los estudiosos de la historia local, que tampoco abundan en la metrópoli que es Berlín, pues todos los demás habitantes de este barrio desconocen que el punto de encuentro entre la Großer Frankfurter Straße y la Frankfurter Allee aún se sigue llamando Frankfurter Tor. La Weberwiese, ese prado en el triángulo que conforman la Memeler Straße, la Frankfurter Allee y la Königsberger Straße ha dejado de prestar su objetivo inicial, que era el de proporcionar oxígeno y sosiego al desierto de piedra falto de ozono que es el este de Berlín. Nunca fue bonita ni nunca la cuidaron, siempre fue un lugar de encuentro típico de la gente pobre, quizá hace decenios la denominación de prado para este lugar podría haber estado justificada, aunque hace tiempo que ya no es un trozo de tierra que pueda despertar pensamientos de crecimiento y cosecha, sino una mancha de arena con unos cuantos arbustos miserables y algunos cuantos viejos árboles. Ahora ya no es ni eso. Bajo el signo de la guerra aérea lo habían removido, agujereado y plagado de toperas, que por su forma son como enormes ataúdes y cuya denominación oficial es la de trincheras.

Lassehn está tan absorto, sus piernas van tan por sí solas, que sólo vuelve en sí al tropezar con un montón de escombros. Un vistazo al número de una casa le indica que ha sobrepasado su objetivo. Por casualidad su mirada se fija en una división de soldados, que está ocupada en la construcción de una barricada contra los tanques. Están rellenando de arena y piedras una columna de publicidad que se ha quedado sin su parte superior. En el suelo clavan soportes de hierro, unen los espacios libres con rótulos doblados de negocios, rejas, vigas y tablones y un carruaje trae nuevos soportes de hierro y perfiles de hierro. Sin embargo, nada de esto interesa a Lassehn –no es la primera barricada contra los tanques a cuya construcción asiste–, sino que su mirada se detiene en el joven teniente que parece dirigir la unidad. La precaución le advierte que lo mejor es continuar de inmediato con su camino, aunque este joven teniente haya sido anteriormente un buen amigo y compañero de clase. Sin embargo, eso no quiere decir que hoy en día la gente sea imprevisible: el falso *pathos* de un deber malentendido y un honor falaz (por no hablar de un servilismo obscuro y de una prostitución hipócrita) han cubierto y distorsionado el pensamiento.

Tras mucho pensarlo, Lassehn decide seguir, la posibilidad de cruzar unas cuantas palabras con alguien que pertenece a su antiguo círculo vital es demasiado tentadora. Tras unos cuantos pasos Lassehn se detiene y se vuelve, echa una mirada atrás y entonces ocurre. Esa mirada se topa justamente con la mirada del joven teniente y ahora Lassehn no puede apartarla, permanece allí de pie mientras el joven teniente se acerca a él a grandes pasos.

–¡No me lo creo! –exclama el joven oficial–. ¡Joachim Lassehn!

Lassehn asiente y le tiende la mano.

–Dietrich Tolksdorff –dice conmovido–, ¿realmente eres tú?

–Pues claro que sí, hombre –dice Tolksdorff y estrecha con fuerza la mano que le han tendido–. ¡Vaya casualidad! ¿Cómo te va todo, Joachim?

Aunque la pregunta es poco más que un formalismo coge a Lassehn completamente desprevenido. ¿Qué debe responder él, el desertor, a su antiguo amigo, el teniente?

–Voy tirando –responde y evita así la respuesta, aunque sabe que no puede responder nada más que eso.

En el colegio Tolksdorff era el mejor en Matemáticas y Latín, esto es, en aquellas disciplinas cuyo componente elemental es la lógica.

Tolksdorff examina a Lassehn con una mirada crítica.

–Vistes una ropa de lo más peculiar –le dice.

Lassehn se encoge de hombros.

–Tenía que hacer un recado para el que el uniforme no me convenía –responde–. ¿Y cómo te va a ti? –le pregunta a continuación, con el fin de evitar por el momento más preguntas–. ¿Cómo es que no estás en el frente?

Tolksdorff se encoge igualmente de hombros en un movimiento lento y resignado.

–El frente se encuentra en todas partes, Joachim –le contesta–. Además, en Nettuno apenas me enteré de nada, por lo que ya ni me consideran para el frente. De momento soy formador en la quinta división de reposición de noticias de Nedlitz, aunque ahora nos han destinado aquí.

Con un movimiento de la cabeza, señala la barricada que están construyendo para protegerse de los tanques.

–¿Aún tiene sentido esto? –le pregunta Lassehn, y mira a su antiguo amigo fijamente a los ojos.

Tolksdorff vuelve la cabeza a un lado.

–Un soldado no debe preguntar por el sentido –le contesta–, recibe sus órdenes y las cumple. Tú también eres soldado, Joachim, aunque hoy no lo parezcas, por lo que no entiendo tu pregunta.

Lassehn niega con la cabeza.

–Soy soldado –dice con decisión–, sí, aunque no lo soy ni por ambición ni por vocación, mientras que tú...

Tolksdorff se vuelve lentamente hacia él.

–¿Y? Puedes hablarme con toda sinceridad, Joachim.

–Tú eres soldado por vocación, por lo que reconoces lo marcial como la ley suprema –prosigue lentamente Lassehn–. ¿O no es así?

–Te equivocas –le replica Tolksdorff–, soy un soldado porque nuestra patria me necesita.

–¡Más que necesitarte, abusa de ti! –le dice Lassehn.

Tolksdorff se lo queda mirando sorprendido.

–¿Perdón?

–Abusa de ti –dice Lassehn–. ¿O es que no has comprendido que están abusando atrocemente de vosotros, de ti y de mí, de tu gente y de todos nosotros, de todo nuestro pueblo?

Tolksdorff baja la mirada y entonces agarra rápidamente a Lassehn por el brazo derecho.

–Ven –le dice–, no podemos quedarnos aquí, sentémonos unos cuantos minutos.

Le indica unos sillares grandes que han volado desde una casa y que bloquean una puerta cochera destrozada.

Ambos se sientan uno junto al otro en el corredor de la casa medio derruido, que permite la vista a varios patios de fábrica en los que la vida ya no existe. Lassehn viste un abrigo de invierno raído de un color marrón oscuro, un pantalón negro con vueltas –que le ha dado esta mañana Klose a primera hora–, un gorro de esquiar y unas botas sencillas, que contrastan singularmente con el teniente Tolksdorff, vestido con un impecable abrigo de cuero de color gris claro, un pantalón de montar que le sienta bien y botas altas negras. Aunque en absoluto se siente impresionado y ya no le atormenta de ninguna forma ese sentimiento que provoca que sienta como vergonzosa su propia manera de actuar. Ese sentimiento, que al principio le dominaba, ha desaparecido del todo y en su lugar ha aparecido algo nuevo, que aún no tiene forma ni nombre, pero que está allí, y ese algo hace que se sienta superior a sus antiguos camaradas.

–Dices que abusan de nosotros –empieza a decir Tolksdorff–. No quiero decir que estés completamente equivocado, aunque pienso que discutir sobre ello en la actualidad no tiene ningún sentido.

–Permíteme –empieza a decir Lassehn–, yo más bien creo...

Tolksdorff hace un gesto de rechazo.

–Deja que termine de hablar, Joachim –le dice–. Discutir este asunto es momentáneamente irrelevante, y quiero explicarte el motivo. Ahora mismo no se trata ya de abuso, justicia o injusticia, ahora se trata simplemente de Alemania, de nuestras vidas. Esto lo tienes claro. ¿O no?

Lassehn permanece un momento inmóvil, después niega con la cabeza.

–Se trata de nuestras vidas, se trata de Alemania, tienes razón –responde–, aunque partes de hipótesis falsas. Precisamente porque se trata de Alemania debemos terminar de una vez y además lo antes posible.

–¿Terminar? –pregunta Tolksdorff–. ¿Cómo? ¿Con qué debemos terminar?

–¿Con la guerra, evidentemente! ¿O es que quieres que las zonas que hasta la fecha han quedado a salvo también sean aplastadas, machacadas y arrasadas?

–Joachim, no sabes de lo que hablas –le replica Tolksdorff–. Precisamente porque queremos evitarlo, estamos luchando.

Lassehn suelta una breve carcajada.

–¿Aún crees en ello, Dietrich? –le pregunta–. ¡La música ha terminado! ¿No te das cuenta que sólo se trata de un graznido lo que antes sonaba como música en tus oídos?

–Comparaciones como ésta no demuestran nada –se defiende Tolksdorff, mientras saca dos cigarrillos del bolsillo exterior de su abrigo y le ofrece uno a Lassehn. Enciende su mechero y protege la débil llama con el hueco de la mano.

Lassehn se inclina sobre las manos de Tolksdorff con el fin de encender su cigarrillo y sólo en este momento observa atentamente el rostro de su amigo. Hace un momento había sido el semblante conocido y familiar de su antiguo camarada, con su cráneo estrecho, la frente alta, aquellos inteligentes ojos marrones y una nariz recta sobre unos labios finos. Ahora que su mirada se ha fijado atentamente en sus rasgos, observa que las formas básicas han permanecido inalteradas, pero que se han dibujado unas líneas desconocidas y que se ha grabado una nueva expresión. Han desaparecido la alegría de vivir y la esperanza en el futuro, el espíritu abierto y la frescura mental, y en su lugar están la resignación y la obstinación, que un optimismo forzado no puede ocultar.

–Comparaciones como ésta lo demuestran todo –retoma Lassehn la conversación–. ¿No se ha tocado la misma canción una y otra vez en Stalingrado y la cabeza de puente de Kuban, en el río Mius y en Varsovia, en Tobruk y en Nettuno, en Normandía y en Aquisgrán? ¡Aguanta, aguanta, aguanta en la tormenta! ¿Y cuál fue el resultado? ¡Pues que ahora estamos tomando un cursillo en estrategia hitleriana en suelo alemán, ahora se trata de Kassel, Chemnitz, Breslau, Königsberg, Fráncfort del Óder y mañana Bremen, Múnich, Rostock y finalmente Berlín!

–Déjalo ya, Joachim –le suplica Tolksdorff–. ¡No podemos llegar hasta ese punto!

Lassehn vuelve a reír amargamente.

–¡Eso ya no depende de vosotros, Dietrich! ¡Ya no podéis detener al enemigo!

Tolksdorff vuelve a alzar la cabeza y se vuelve lentamente hacia Lassehn.

–Vosotros, dices, vosotros, ¿es que ya no te cuentas entre nosotros? –le pregunta insistente.

–No –responde Lassehn secamente–, ya no, y tampoco quiero.

Entre los dos jóvenes se produce un largo silencio, sentados muy cerca el uno del otro sobre los sillares, parecía que aún los unían unos hilos tejidos sobre una antigua camaradería, pero ahora de repente se ha abierto un abismo entre ellos, tan ancho, que los hilos se rompen sin remedio.

Tolksdorff es el primero que rompe el silencio.

–Siempre fuiste un tipo decente, Joachim –dice–, así que no entiendo lo que te lleva a hablar de

esta forma.

Lassehn lo mira fijamente.

–Y tú siempre has sido muy inteligente, Dietrich, como para no poder entender qué es lo que está ocurriendo a nuestro alrededor. Tienes ojos en la cabeza y el pensamiento lógico fue siempre tu fuerte. ¿O es que te has quedado ciego y has permitido que te reduzcan el cerebro?

–¡Déjalo estar! –dice Tolksdorff arisco.

–Debéis ver que toda forma de resistencia es una locura –dice Lassehn insistente–. Aún podéis salvar mucho si...

–Vosotros, vosotros, siempre con este vosotros –continúa Tolksdorff–, ya no lo puedo oír más. ¡Somos completamente impotentes!

–¡Correcto, impotentes! Ésa es la palabra adecuada –dice Lassehn–, impotentes hacia el exterior y aún más impotentes interiormente, pero lo seáis vosotros o lo seamos nosotros, pues ahora sí que me incluyo por completo... sólo nosotros somos los culpables. Nos han mentido y engañado, han abusado de nuestra capacidad de creer y nos han denigrado hasta convertirnos en robots...

–Joachim –dice Tolksdorff, y su voz ha perdido de nuevo la dureza por completo y se ha vuelto baja y suplicante.

–¿Es algo que no quieres oír? –dice Lassehn furioso–, ¿altera tu tranquilidad interior, Dietrich Tolksdorff? Intenta reventar esa fraseología en la que te has dejado envolver para no tener que pensar.

–Déjalo estar –repite de nuevo Tolksdorff–. No creas que soy tan estúpido como para no darme cuenta de ello, que nuestro fundamento, intocable e invulnerable, inamovible y seguro, parecía estar diseñado...

–... para un milenio –se burla Lassehn.

–Sí, para un milenio, parecía estar diseñado para la eternidad –prosigue Tolksdorff seriamente–, pero este fundamento se ha hecho pedazos. ¿Piensas que podría pasar por alto que nuestra situación es cada vez más desesperada?

–Ahora te he pillado, Dietrich –dice Lassehn triunfante–, no podría ser de otra forma, pues todo lo que me has oído decir hasta el momento sin ponerte furioso me ha demostrado que estás roto por dentro y ya no crees en aquello en lo que finges creer. Sólo por ello me he atrevido a hablarte de forma tan sincera.

–Preferiría terminar con esta conversación, Joachim –le dice Tolksdorff cansado.

–Ni hablar, serías un cobarde frente a un amigo –le replica decidido Lassehn–. Tengo que hacerte por lo menos una pregunta importante.

–¿Y de qué pregunta se trata?

–¿A pesar de que lo has reconocido sigues participando en ello?

–¿Haces tú algo diferente, Joachim? –le pregunta Tolksdorff.

Lassehn lo mira fijamente.

–Así es –le responde–, yo ya no participo en ello desde hace unos cuantos meses.

Quiere añadir que ahora ha pasado del no participar a la actividad, pero se abstiene, lo considera demasiado atrevido.

–¿Has...? –empieza a preguntar Tolksdorff, pero no llega a terminar la frase, la lengua le impide pronunciar la palabra.

–Así es, he desertado de la bandera sangrienta de Hitler –dice Lassehn con voz decidida– y también te voy a decir por qué lo hice. Porque no quería participar más en esa locura, porque no

quería implicarme en los crímenes que se habían cometido contra pueblos extranjeros y contra nuestro propio pueblo y que se siguen cometiendo aún hoy a diario y a cada hora. Confieso que llegué a esta conclusión de alguna manera sólo *post festum* o que sólo ahora se me ha presentado, pues hasta ahora estaba reprimida por la cobardía que hace que no veamos las cosas con claridad. Digamos que huí motivado por unos sentimientos personales, aunque ahora han encontrado su justificación posterior en este conocimiento y yo también me responsabilizo de ello, mientras que tú no te responsabilizas de nada, Dietrich.

–No es verdad, Joachim –le replica Tolksdorff mientras abre la hebilla del cinturón de su abrigo y lo desabotona–. Yo me he responsabilizado de Alemania, amigo mío, aquí tienes la cruz de hierro de primera y segunda clase y la cruz de oro alemana. ¿Te parece poco?

Lassehn sólo ha lanzado una mirada fugaz a las órdenes.

–Me has malinterpretado, Dietrich –le dice–, no he puesto en duda tu amor por la patria, aunque debo repetirte que han abusado de él y que es como te acabo de decir: no te responsabilizas de nada. Piensas que cumples con tu deber defendiendo a tu Estado, que aunque no detestas sí que por lo menos rechazas. Y, sin embargo, no tienes el valor de responsabilizarte de ello y de ser consecuente. A pesar de todo el valor militar que has malgastado en un objetivo infame, eres un cobarde moral, pues no cambias el estado actual a pesar de contar con este conocimiento. Lo que hablas y lo que haces lo haces en contra de tu mejor saber y comprensión.

A Tolksdorff le han conmovido visiblemente las palabras de Lassehn. Su rostro joven se estremece con vehemencia.

–Pero no puedo dejar en la estacada a nuestro pueblo –dice ahora casi desesperado.

–No dejas en la estacada a nuestro pueblo –dice Lassehn rápidamente–, sino a este Estado.

Tolksdorff niega con la cabeza.

–Pero se trata de lo mismo.

–No –responde Lassehn con firmeza–, no se trata de lo mismo. Alemania no es lo mismo que el nacionalsocialismo y el Estado hitleriano no es lo mismo que el pueblo alemán.

Tolksdorff vuelve a abotonar su abrigo, lo hace lentamente y con movimientos pedantemente exactos con el fin de ganar tiempo.

–Estamos ante una situación sin salida –dice finalmente–. Ambas posibilidades son igual de terribles, tanto si Alemania pierde la guerra como si la gana; eso hace tiempo que lo tengo claro. Aunque siempre me he defendido contra este pensamiento y, de hecho, lo sigo haciendo hoy en día. Simplemente no puedo creer que los hombres de Estado y estrategas alemanes sean tan irresponsables como para sacrificar a todo un pueblo en su propio interés.

–Tienes que creerlo –le dice con dureza Lassehn–, no puedes evitar llegar a esta terrible conclusión. Yo nunca he sido nacionalsocialista, ya lo sabes; en el colegio tuve más de un problema por ello y en realidad nunca he sido realmente consciente del motivo. En el fondo hoy en día sólo sé que mi rechazo se forma a base de muchos componentes.

Tolksdorff respira con dificultad.

–Pues no es ninguna ideología estar en contra de algo –objeta–. ¿Por qué la mayor parte de nuestra generación se volvió nacionalsocialista y lo sigue siendo hoy en día? Porque no conocemos otra cosa, no teníamos otra elección, el nacionalsocialismo se nos ofrecía como el único apoyo en un vacío espiritual. Si ahora perdemos este sostén...

–El famoso pájaro en mano –se burla Lassehn.

–¿Y qué es lo que has hecho? –pregunta Tolksdorff–. ¿Ejerciste fuera de tu ámbito de influencia?

–Me retiré del todo en mí mismo –responde Lassehn–, aislado de todo aquello que debían meternos a presión y de forma violenta en nuestro pensamiento.

Tolksdorff niega con la cabeza lentamente.

–No es posible hacer eso –le replica–, aunque mi juicio es quizá demasiado subjetivo, yo no pude vagabundear espiritualmente. Y que tú pudieras hacerlo, Joachim...

–Te olvidas de la música, Dietrich –le recuerda Lassehn.

–Tienes razón –dice Tolksdorff–. Siempre fuiste tan musical, que no necesitabas otra cosa.

De nuevo se produce una pequeña pausa. Lassehn escucha atentamente una melodía que suena en su interior, mientras que Tolksdorff entrechoca nervioso las puntas de los dedos.

–Siempre hablas en pasado –retoma finalmente la conversación Tolksdorff–, exactamente como si quisieras señalar que ahora hay algo que ha cambiado en ti. ¿Tengo razón?

Lassehn asiente.

–Así es –dice con voz firme–, he superado el vacío espiritual, como lo has llamado antes y, aunque la vida de un desertor ilegal es enormemente difícil y peligrosa, sí que aporta la sensación de haberme librado de un peso insoportable y de ser libre.

–¿Y qué es lo que ha generado esta transformación? –pregunta Tolksdorff.

Lassehn sonríe.

–Ésta es una pregunta que, aunque quisiera, no te podría contestar con precisión. Por casualidad he conocido a unos cuantos hombres que están en contra del nacionalsocialismo.

–Hoy en día son muchos –deja caer Tolksdorff.

Lassehn asiente.

–Seguro, pero estos hombres no son de este tipo –le replica–, me he expresado mal y de forma ambigua. Estos hombres no reniegan del nacionalsocialismo, como hoy en día hacen muchos, pues la situación ahora amenaza claramente con fracasar y porque así se pueden hacer con una coartada para más adelante, no, son decididos enemigos de los nazis, no por motivos personales sino por motivos ideológicos, les impulsa la fuerza del convencimiento, que no han conseguido romper mediante el engaño o la amenaza.

Tolksdorff ha permanecido escuchando, en parte con curiosidad y en parte con incredulidad.

–¿Y te has unido a ellos?

–Sí –responde Lassehn–, y también sé que he actuado correctamente y sé ante todo que uno no hace nada si no lo hace todo, que no arriesga si sólo arriesga a medias.

–Yo nunca he sido contrario a dejar de aprender algo más –dice Tolksdorff–. Por ejemplo, siempre he reflexionado sobre el hecho de qué debe ser lo que confiere a los rusos esa resistencia prácticamente sobrehumana y su fuerza casi invencible. Nunca he creído realmente que se trate únicamente de las ametralladoras de los comisarios como siempre nos han intentado convencer. Aunque por otra parte nunca he podido llegar a entender realmente de dónde saca esta gente su fuerza. Simplemente era inimaginable discutir sobre estas cuestiones, el simple hecho de mencionarlas hubiera equivalido a suicidarse.

–Ya hemos visto cómo han desfigurado y cambiado todos los conceptos que no se corresponden con el nacionalsocialismo –dice Lassehn–, nos han inculcado tan firmemente los prejuicios en contra del socialismo y la democracia, el parlamentarismo y el pacifismo, que nosotros... No encuentro la comparación exacta.

Se detiene y por unos segundos cierra los ojos.

–Aquí sólo podría aportar una comparación del mundo de la música, ya sabes tú que en mí todo se transforma o condensa en música.

Tolksdorff asiente.

–Sí, lo sé exactamente –contesta sonriendo.

También Lassehn tiene que sonreír.

–Los prejuicios han enraizado tan firmemente en nosotros como una melodía, que en nuestra más tierna juventud aprendimos mal y cantamos mal, y, a pesar de que más tarde cantemos esta melodía según las notas correctas de la partitura, en nosotros sigue resonando la vieja melodía y a menudo la preferimos a la correcta. Exactamente igual nos ocurre con los prejuicios: contaminan nuestro pensamiento y continúan influyendo en nosotros incluso cuando ya nos hemos convencido de lo contrario. Tú no dejas de calumniar, siempre quedará algo pendiente, y ése es exactamente el método de los nazis, de manera que relacionamos con determinados conceptos y nombres determinadas ideas: Stalin, un verdugo; Churchill, un borracho; Roosevelt, un esbirro de los judíos; el pacifismo, reblandecimiento de los huesos; el parlamentarismo, cháchara; la democracia, política sin riñones.

Tolksdorff se ha puesto de pie y camina intranquilo de un lado a otro.

–¿Y qué nuevo conocimiento has ganado, Joachim? –pregunta y observa fijamente a Lassehn.

–Aún no ha madurado en un conocimiento –contesta Lassehn negando con la cabeza–, uno no alcanza un nuevo conocimiento de manera tan rápida, pero sé que hay cosas por las que vale la pena vivir, algo se ha revelado en mí que nace de mi volubilidad espiritual. Todo está aún poco claro, pero está allí.

Tolksdorff se detiene frente a Lassehn.

–Es una pena que tú mismo no sepas qué es lo que te estimula.

Lassehn alza la vista.

–¿Por qué es una pena? –pregunta sorprendido.

–Porque yo... –Tolksdorff está un poco avergonzado–. Porque me hubiera gustado conocer tus nuevos puntos de vista.

Lassehn deja caer la cabeza sobre el pecho, se la ha cruzado un pensamiento, fantásticamente audaz según le parece, pero quizá no del todo imposible.

–Qué te parecería, Dietrich –dice lentamente pensando en el doctor Böttcher–, si te llevara a ver a alguien...

–De acuerdo –dice Tolksdorff decidido–. No podría dejar de interesarme –añade como una salvedad–. ¿Cuándo y dónde tendrá lugar la discusión?

Lassehn niega con la cabeza.

–No puedo disponer del tiempo de este señor –dice manteniendo las distancias– y, por otra parte, no puedo prever si él estaría de acuerdo en que le lleve a un oficial a su casa. Aunque quiero preguntárselo. ¿Dónde te puedo encontrar?

–Estaremos aquí unos cuantos días trabajando –contesta Tolksdorff–, yo podría organizármelo...

–Sería aquí muy cerca –le interrumpe Lassehn.

A sólo tres casas de distancia, piensa, sólo tres inmuebles, aunque haya un mundo de distancia.

XVII

16 de abril, 16:00 horas

Cuando tras la alarma aérea general las sirenas vuelven a sonar largamente, Lassehn abandona la vivienda del doctor Böttcher. Aún es presa del alegre estado de ánimo que se había apoderado de él al dar sus primeros pasos ilegales caminando por la Große Frankfurter Straße; incluso se ha reforzado. Además, tiene muchos motivos para estar contento. De momento ha entregado las octavillas sin problemas y ha cumplido con éxito con su primer cometido al servicio del grupo de la resistencia *Berolina*. Además, ha recibido la confirmación de que en los próximos días puede ir acompañado de Tolksdorff para hablar con el doctor Böttcher y al mediodía ha comido extraordinariamente bien, pues una buena comida supone incluso para un joven de inclinaciones intelectuales como Lassehn una oportunidad nada desdeñable, sobre todo cuando las comidas abundantes y buenas, además de regulares, suelen escasear.

El motivo principal de su animación procede sin embargo de otra región. Lassehn pasa la mano cariñosamente por encima de donde lleva escondida la cartera. En esa cartera ya no lleva su cartilla militar, que en realidad sin el permiso o la orden de marcha no tenía ningún valor, sino una cartilla militar con una nota de licenciamiento y un certificado de asignación a los servicios civiles. En esta cartilla militar han colocado su fotografía con admirable habilidad. El sello redondo marcado sobre las esquinas de su imagen encaja casi exactamente con los bordes del sello impreso sobre la cartilla y es necesaria una exactitud inverosímil para descubrir las desviaciones insignificantes. Documentos como éste, además de un revólver en el bolsillo del pantalón, confieren más seguridad que lo que pueden conseguir una buena conciencia e intenciones honradas.

Ahora Lassehn arde en deseos de comprobar la efectividad de su documentación, alberga ganas de aventura, justamente eso sobre lo que Klose le ha advertido expresamente. Pasa de forma provocadora junto a una patrulla de la Wehrmacht, que hace guardia con casco de acero y cadena en la esquina de la Frankfurter Allee y la Samariterstraße, aunque ambos policías militares no le prestan mucha atención, permanecen con expresión avinagrada y con los brazos cruzados a la espalda como enraizados en medio del remolino de tantos transeúntes.

Lassehn pasa una y otra vez a su lado, fracasando siempre en su intento, hasta que finalmente lo deja estar y continúa por la Frankfurter Allee en dirección al este. Su objetivo es la estación de los ferrocarriles de cercanías, que cubre la Frankfurter Allee entre la Pettenkoferstraße y la Möllendorffstraße y cuyo puente se llama curiosamente el «conector».

Mientras Lassehn se une a la cola frente a la ventanilla de venta de billetes ya no piensa apenas en su documentación, así que se dedica a su nueva tarea, que es su viaje a Eichwalde. Nunca ha viajado por el tramo que lleva a Königs Wusterhausen, no conoce el este de Berlín en absoluto, sólo puede recordar muy vagamente un crucero por el Müggelsee, aunque ya hace mucho de eso. Él prefería, cuando sus padres aún vivían en la Schönhauser Allee, exclusivamente los suburbios del norte, Tegel, Frohnau, Birkenwerder, Bernau, Lübars y, más adelante, cuando sus padres se mudaron a Lankwitz, recorrer caminando la periferia del oeste desde Grunewald hasta Werder, desde Pichelsberge hasta Falkensee. Es un hecho irrefutable que a los berlineses no les gusta tener

que atravesar primero toda la ciudad para visitar los alrededores, así que se marchan al aire libre directamente desde su barrio, por lo que apenas existe un berlinés que conozca todos los alrededores de su ciudad, a no ser que sea un excursionista profesional.

Una vez ha validado su billete, Lassehn permanece frente al plano de los ferrocarriles del vestíbulo de la ventanilla y busca el lugar donde se encuentra la estación de ferrocarriles de cercanías de la Frankfurter Allee. Después examina los tramos de cercanías del este hacia Strausberg, Fürstenwalde y Königs Wusterhausen. Como el vestíbulo es bastante oscuro, se acerca mucho al plano y desliza el dedo por el trazado rojo entre la Görlitzer Bahnhof hasta Wusterhausen. Acaba de llegar hasta Schöneweide cuando alguien se dirige a él.

—¿Adónde se dirige usted, vecino?

Lassehn se vuelve y observa a un hombrecito pequeño y delgado, que intenta en vano parecer más alto con un sombrero negro y rígido.

—A Eichwalde —contesta—. Para ello tengo que hacer trasbordo en Treptower Park, ¿verdad?

—Correcto —le responde el hombrecito—, y después de nuevo en Grünau. Acompáñeme, hago prácticamente el mismo trayecto.

«Por qué no», piensa Lassehn. Ahora que ya dispone de una documentación en regla, ya no quiere evitar a la gente, al contrario, ahora la busca, aguza el oído en todas partes, se une a toda aglomeración de gente, ahora le interesa todo lo que se dice y lo que se calla.

El andén está negro de la gente que lo abarrota. Aunque ahora entrara un tren vacío, sólo una parte de los que esperan podría subirse.

Lassehn permanece desvalido en medio del andén.

—Así no habrá manera de subir al tren —dice.

—No diga eso, señor vecino —opina el pequeño—. Si se coloca usted correctamente, toma una buena carrerilla y aplica la presión correspondiente estará usted dentro en un abrir y cerrar de ojos.

—Pero si cada uno de nosotros lo hiciera... —replica Lassehn.

—No todo el mundo lo hace, señor vecino —dice el pequeño, y le guiña el ojo satisfecho—. Las personas se dividen entre las que empujan y las que se dejan empujar. Yo pertenezco a los que empujan. ¿Y usted?

Lassehn se encoge de hombros.

—Tengo que ir hoy sin falta a Eichenwald —dice.

—Sin falta ya no existe hoy en día —dice el pequeño—. O sí. Debemos vencer, sin falta, dice el Führer. ¿O quizá no?

—Sí que ha dicho alguna cosa —se inmiscuye un trabajador y ríe burlón—. No siempre ha sido verdad, aunque en una cosa sí que tenía razón. «Dadme diez años y no reconoceréis Alemania». Es totalmente cierto.

—Todo esto estaba calculado de antemano, ha dicho —opina el pequeño—, unos cuantos pequeños fallos de cálculo como ése no tienen ninguna importancia, nos hemos visto obligados. ¿No es así, colega?

—Y nosotros somos de nuevo los imbéciles —dice el trabajador.

—Nosotros hemos sido desde el principio los imbéciles —dice el pequeño—, si hubiéramos sido espabilados, los hermanos no hubieran llegado a nada. ¿O no es así?

—Hazme el favor de apechugar con la situación —dice un hombre grande y rechoncho—. El Führer está bien, lo único es que no ha podido confiar en unos cretinos como vosotros. A vosotros

hermanos os deberían saltar por los aires por soltar tales discursos cuando ahora nos lo jugamos todo.

–¿Se te ha perdido algo aquí, gordito? –ríe el pequeño–. Déjalo estar, cuando te bombardeen a ti seguro que cambias de discurso.

El rechoncho cambia su tono de voz, no sólo se dirige al pequeño, a Lassehn y al trabajador, sino a toda la gente que se encuentra a su alrededor.

–Sed razonables, camaradas, debemos vencer...

–En caso contrario vosotros estáis perdidos –se inmiscuye una voz.

–Qué quiere decir vosotros, camaradas –dice el rechoncho–, todos estamos en el mismo barco, constituimos una comunidad unida.

–Seguro que este es el hermano mayor de Goebbels –le reprocha de nuevo la voz.

Todos ríen, el hombre rechoncho calla obstinado.

A Lassehn le ha sorprendido ese tono sincero, es la prueba más fiable de que la autoridad del Partido está a punto de desaparecer. Lo que se dice, tanto a escondidas como abiertamente, hubiera sido impensable hace un año en público, aunque lo extraño en todo ello es que la oposición o la sublevación se reduzca a esas frases; se ha formado a partir del rechazo pasivo, no de una oposición combativa, pues aunque el régimen nacionalsocialista está en las últimas, aún controla con mano dura los hilos de una red de violencia que se ha lanzado sobre el pueblo alemán y obliga a todo el mundo a hacer avanzar su engranaje en la máquina infernal del Tercer Reich.

El debate se acaba cuando el tren llega, los pasajeros que se bajan se abren paso a través de un estrecho callejón conformado de mala gana por un muro humano. La masa se abre paso con fuerza inusitada hacia las entrañas del tren. Aunque Lassehn no hace ningún esfuerzo especial en absoluto es arrastrado hacia dentro como un remolino y le resulta imposible sustraerse de él. En cierto modo es como si el vacío que han dejado en los vagones los que han descendido del tren aspirara a las personas.

Cuando el tren se pone en marcha lentamente, Lassehn permanece prácticamente trabado, no puede mover ninguna parte de su cuerpo, sólo desplazarse un centímetro hacia delante o hacia atrás.

El hombre pequeño con el sombrero negro y rígido está muy cerca de él y sonríe satisfecho a Lassehn.

–Lo ve, señor vecino, también usted lo ha conseguido.

Lassehn le devuelve la sonrisa.

–Casualidad, ni siquiera sé cómo ha pasado.

–Más de uno no lo sabe –dice el pequeño ambiguamente–. Este tren es directamente simbólico. ¿No es así?

–¿Y eso? –pregunta Lassehn–. ¿Por qué lo dice?

–Todos nosotros hemos entrado aquí a la fuerza –dice el pequeño–, y ahora que estamos dentro y que no nos podemos mover, permanentemente de pie o sentados, tampoco podemos salir.

–Vaya tonterías que estás diciendo –dice un hombre detrás del pequeño–. Si quieres, puedes bajarte en la siguiente estación.

El pequeño insiste en su comparación.

–No es del todo cierto –le replica–, sólo podré bajarme si vosotros me dejáis bajar. Y si realmente lo consigo, ¿qué aspecto tendré? Todo arrugado y medio muerto, y con mis pertenencias

casi arrancadas. Ése es el aspecto que tendremos si nosotros... bueno, si nos bajamos del otro tren. ¿No es así?

–A ti pronto te van a hacer bajar –dice una voz cortante por encima de la rejilla portaequipajes–, si no cierras el pico.

A sus palabras sigue un silencio embarazoso.

–Bueno, aquí en los alrededores de Ostkreuz todo tiene una pinta estupenda –dice finalmente alguien.

–Es que los ingleses y los americanos están haciendo limpieza –dice el pequeño. Un hombre de estatura media y ancho de hombros intenta abrirse paso hacia la salida.

–Tengo que ver a este bravucón –dice.

–No merece la pena –dice el pequeño sagaz–, no soy tan guapo.

–Calle usted –le dice Lassehn al pequeño–, se va a buscar usted problemas.

El pequeño asiente.

–Lo sé –dice–, pero ahora ya no puedo cerrar el pico, durante demasiado tiempo me he tenido que tragar las palabras. ¿No es así?

Lassehn quiere añadir algo más, pero el tren ya está entrando en la estación de Ostkreuz.

El hombre de estatura media se abre paso sin consideración hacia la salida y les toca ligeramente en el hombro al pequeño y a Lassehn.

–¡Ustedes dos se bajan conmigo!

Lassehn se asusta levemente. ¿Ha dicho algo? Sencillamente ha tranquilizado al pequeño.

–Así lo haremos –dice el pequeño.

Cuando el tren se detiene se baja del tren y en un abrir y cerrar de ojos desaparece entre la multitud.

El hombre de mediana estatura intenta seguirlo, pero el muro de personas en el andén se ha cerrado enseguida tras el pequeño. El hombre le lanza al pequeño una palabrota indecente y se mantiene junto a Lassehn.

–¿Quién es ese tipo? –le pregunta.

–No lo conozco –responde Lassehn–. Antes, en la estación de la Frankfurter Allee, se ha dirigido a mí, pero nunca lo había visto.

El hombre de mediana estatura se lo queda mirando, desconfiado.

–Enséñeme usted su documentación –le exige.

Lassehn le entrega la cartilla militar. Está pasando por la prueba que antes tanto había deseado, aunque ahora nota como el corazón le late con fuerza.

–¿Y quién es usted? –le pregunta.

–Todo alemán tiene derecho a comprobar la identidad de personas sospechosas –le contesta el hombre con aspereza–. Parece que no lo sabía usted.

–¿Y por qué razón soy yo sospechoso? –quiere saber Lassehn.

–Porque estaba usted en compañía de un individuo que desgraciadamente se me ha escapado – responde el hombre de mediana estatura–. Por lo demás, soy de la policía secreta, si quiere usted saberlo –añade, y le muestra una chapa de hojalata alargada y amarilla, amarrada a una cadena, que se ha sacado del bolsillo del pantalón.

–Y qué culpa tengo yo... –intenta objetar Lassehn.

–No hable usted tanto –lo interrumpe el funcionario de la Gestapo rudo mientras hojea su cartilla militar.

–¿Es todo lo que tiene usted? –le pregunta a continuación.

–Aquí tiene usted mi certificado de asignación a los servicios civiles –responde Lassehn y le alcanza el certificado rosado.

El funcionario de la Gestapo le echa un vistazo y vuelve a abrir la cartilla militar.

–¿Cómo se llama usted? –pregunta entonces de repente.

–Ahí lo pone todo –responde Lassehn.

«Es una suerte», piensa, «que el doctor Böttcher haya insistido en que me aprenda de memoria el contenido de mi documentación». «Unos papeles en regla por sí solos no sirven, ha dicho, también hay que saberse de memoria su contenido, ¿o se piensa usted que los perros rastreadores desconocen que corre mucha documentación falsa o verdadera en las manos equivocadas?».

–¡Responda usted a mi pregunta! –lo increpa el funcionario de la Gestapo.

–Horst Winter –dice ahora Lassehn.

–Fecha de nacimiento.

–El 18 de mayo de 1920, en Estrasburgo, región de Uckermark.

–¿Dónde está su cartilla de trabajo?

–La tiene la empresa.

–¿Qué empresa?

–Aparece en el certificado –dice Lassehn con impaciencia impostada.

–¿Qué empresa? –insiste el funcionario de la Gestapo.

–Motores Argus de Reinickendorf.

El funcionario de la Gestapo gruñe entre dientes y cierra la cartilla militar.

–Lárgate, hombre –dice molesto, y le devuelve a Lassehn la cartilla y el certificado.

Recorre el andén mirando a su alrededor y desciende las escaleras hacia el andén E, donde justamente entra un tren que se dirige a Mahlsdorf.

Lassehn ha superado la prueba. Le sobreviene una sensación formada a partes iguales de orgullo y alivio, parecida a la que se tiene después de realizar el examen de bachillerato. Mira la hora en el reloj y comprueba que aún le queda tiempo. Se mantiene alejado de la multitud y sólo ahora se da cuenta donde se encuentra. El andén circular D de la estación de cercanías Ostkreuz, que se alza como la grada de un teatro por encima del paisaje de vías, que aquí en el término municipal está rodeado por todas partes por las casas. Los laterales los conforman ambas curvas del tren circular los andenes A y B, la platea son los dos andenes tras Erkner y Mahlsdorf, las vías del tren de larga distancia y de depósito, se despliega tras el puente de Varsovia y transcurre hacia el este en dos tramos de cuatro vías, que salen de la ciudad.

Lassehn se detiene frente a un tablón de notificaciones, del que sólo cuelga un cartel ajado y arrugado y empieza a leer más por aburrimiento que por interés.

Notificación.

Por orden del Führer, y de acuerdo con el ministro y jefe de la cancillería del Reich, el ministro del Interior y el jefe de la cancillería del Partido, se dispone lo siguiente:

I. En las regiones de defensa del Reich amenazadas por el enemigo se formarán consejos de guerra.

II. Los consejos de guerra estarán formados por un juez de lo penal como presidente, así como un jefe político del Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán y un oficial de la Wehrmacht, de las Waffen-ss o de la Policía como vocales.

III. Los consejos de guerra son competentes para todos los delitos a causa de los cuales se ponga en peligro la fuerza o firmeza de combate alemana.

IV. La sentencia del consejo de guerra será la de pena de muerte, absolución o traspaso a la justicia ordinaria. Requiere de la confirmación por parte del comisario de defensa del Reich, que deberá determinar enseguida el momento y el tipo de la ejecución. Si el comisario de defensa del Reich no estuviera disponible y fuera imprescindible su cumplimiento inmediato, entonces ello sería facultad del representante de la acusación.

«Ésta es, de nuevo, una auténtica ley nazi», piensa Lassehn, «toda elástica. ¿Qué quiere decir con poner en peligro la fuerza o firmeza de combate? ¿Una observación despectiva, la omisión de un comunicado, el rechazo de un trabajo de zapa, el no utilizar las armas? Y si el comisario de defensa del Reich no está disponible –¿en cuántas ocasiones no se le va a encontrar?–, entonces el juez es al mismo tiempo verdugo, pues no se prevé una instancia de apelación».

–¿Qué, el tipo malo no le ha hecho nada? –berrea una voz de repente junto a Lassehn.

Lassehn mira a un lado y ríe al ver al pequeño, que permanece a su lado sonriendo.

–Aquí está usted de nuevo –dice–. La velocidad no es cosa de brujería.

... dijo el bombardero del Mosquito y voló en unas cuantas horas de Inglaterra a Berlín y de vuelta –completa el pequeño y se desplaza hábilmente hacia un hueco del muro humano–. Allí viene el próximo tren. Al ataque, acompáñeme, señor vecino.

Esta vez todo va como la seda al subirse al tren, pues no va abarrotado.

Lassehn se apoya contra la división entre los asientos y la puerta de salida, el pequeño se mantiene junto a él y le observa con atención el rostro.

–Debes de tenerlo todo en orden –le dice–; en caso contrario, no hubieras escapado de sus garras. ¿No es así?

–Naturalmente que está todo en orden –le replica Lassehn seguro de sí mismo–. ¿Lo ha dudado usted en algún momento?

El pequeño se encoge de hombros.

–Con chavales tan jóvenes como tú...

No termina la frase y chasquea unas cuantas veces los dedos.

–Es que hay un montón de soldados pateando las calles. ¿No es así?

–¿Pateando las calles? –pregunta Lassehn.

–Va, hombre, no seas tan lento en pillar las cosas –dice el pequeño y choca el hombro con Lassehn–. Han abandonado, pero no al enemigo, sino a su propia tropa, se han convertido en fugitivos de la bandera de la cruz gamada, ya no tienen ganas de morir en el último momento por el Führer y el Reich.

«Naturalmente que no soy el único», piensa Lassehn, y mira por la ventana. Durante unos pocos segundos dispone de una vista sobre el lago de Rummelsburg, con sus desolados embarcaderos, que se adentran en el agua turbia como muñones negros desdentados. El tren atraviesa la Stralauer Allee con el puerto del este, sus grúas enormes y sus escoriales de carbón y justo después cruza con paso apático el gran puente sobre el río Spree.

–Prefieres pensar a hablar –dice el pequeño–. También tiene que haber de estos. ¿Cuál es tu profesión?

–Estudiante de música –responde Lassehn ausente–. ¿No tenemos que bajarnos ahora?

El pequeño asiente y examina a Lassehn con la mirada.

–¿Estudiante de música? –le pregunta mientras se bajan del tren y se dirigen al otro lado del andén–. ¿Aún existe algo así en la guerra total?

Lassehn piensa en su nueva documentación.

–Tú me has preguntado por mi profesión –le contesta–, no por mi trabajo actual.

–Bueno, ¿pues a qué te dedicas ahora? –le pregunta el pequeño.

–Estoy obligado a trabajar en Argus –responde Lassehn algo incómodo–. ¿Quieres saber algo más?

El pequeño suelta una carcajada.

–Eres sensible como una virgen durante su primera vez –dice riéndose para dentro–. Colega, tienes que acostumbrarte a que hoy en día necesitas tener la piel tan dura como el caparazón de una tortuga, en el que todo rebota. ¿No es así?

Lassehn no contesta a su pregunta.

–Yo me he vuelto del todo insensible –prosigue el pequeño–, lo que no me araña directamente la piel no lo noto y ni dejo que me afecte.

–No todo el mundo es así –le replica Lassehn–, se trata de una predisposición.

–Tonterías –dice el pequeño, desdeñoso–. Eres un pájaro raro si aún sientes algo, tras seis años de guerra. Los sentimientos son un lujo que no nos podemos permitir con la salud tan débil que tenemos. ¿No es así?

–Se refiere usted...

–Presta atención, músico –prosigue el pequeño, displicente–. Hace un momento, cuando acababa de salir de nuestro viejo chiringuito, atropellaron a un hombre mayor en la esquina de la Pettenkoferstraße. ¿Tú te crees que alguien movió el culo porque había un hombre mayor tirado en la calle y con la sangre corriéndole por el rostro sobre su barba blanca? «¿Por qué el viejo no ha prestado atención?», ha dicho una mujer al pasar. Y otro ha murmurado: «¿Qué se le ha perdido aquí?». Todos lo rodean para no pasar a su lado.

–¿Y qué es lo que ha dicho usted? –pregunta Lassehn.

–Nada –contesta tranquilamente el pequeño–, aunque sí que he pensado: «Una cartilla de racionamiento menos». Y en cierto sentido, como consuelo, he añadido: «Quizá en su visita nocturna los Mosquitos sí que hubieran dado con el viejo». ¡Así es ahora, hombre! ¿No es así?

Lassehn respira con dificultad.

–¿Murió el viejo enseguida?

–No lo sé –contesta el pequeño sereno–, la verdad es que no dispongo de tiempo para ocuparme de algo así. Hombre, yo ya estoy feliz si antes de la alarma aérea estoy en casa. Hoy en día cada uno de nosotros es el siguiente. ¿No es así?

Lassehn hace un cansino gesto de rechazo.

–Ahora debes de pensar: «Dios mío, vaya pedazo de animal». Quizá lo soy realmente. Oye, a veces podría escupirme a mí mismo, pero si hasta cierto punto quieres sobrevivir a la mierda parda, entonces no te queda otra que ser así. ¿No es así?

Lassehn está cansado de la perorata ininterrumpida de su acompañante, se limita a encogerse de hombros y observar el verde escaso del parque de Treptow, que se arrima hasta el tren de cercanías. Treptow, un nombre que despierta recuerdos de su infancia, vacilante se abre la puerta a un tiempo que parece estar a mundos de distancia. Treptow, suena a melodía suave y melancólica, que uno tararea para sí mismo en honor de un muerto querido, un muerto que se presenta de repente frente a uno en toda su venerable grandeza.

–¿Vives en Eichwalde? –pregunta el pequeño obstinado.

Lassehn niega con la cabeza de mala gana, busca un pretexto para deshacerse del pequeño, pero no se le ocurre nada, así que su rostro adopta un gesto de reserva, quiere ensimismarse en el recuerdo y que nadie lo moleste. Treptow, lo que quiere decir Zenner, Sternwarte y Plänterwald,

es decir, una abadía, un gran campo de juegos y un viejo gallinero, un criadero de carpas, el club de remo Hellas y el túnel del Spree. Treptow, una vida ondulante y en efervescencia; sobre una gran extensión de césped los habitantes de Berlín dormían, comían, charlaban, jugaban, reían, se peleaban, cantaban, tocaba música, bajo una nube de gritos, chillidos, voces, estruendos, risas, entre los manteles extendidos, sobre los cuales las familias estaban sentadas como sobre una isla; los niños desnudos daban vueltas, las niñas vestidas daban cortas zancadas balanceando sus caderas, los hombres paseaban respetablemente en sus serios trajes oscuros, y todo estaba salpicado por un sol reluciente. Treptow, una parte de una juventud despreocupada y protegida, la sinfonía dominical de las expectativas y la alegría, la franqueza y la despreocupación. Uno se encontraba allí con las enormes jarras y las tazas de gres, como si las hubieran fabricado para la eternidad; los envases de pasteles, que contenían para cada uno su pastel preferido: para el padre el pastel quebrado, para la madre las napolitanas, para él el pastel de almendras. Estaban las salidas aventureras con el patín de agua hasta la isla del amor, una de las pocas ocasiones en las que el padre se abría y dejaba entrever que él también había sido joven. Y para finalizar, estaba el gran acontecimiento del miércoles: Treptow en llamas; unos gigantescos fuegos de artificio, estrellas que salían disparadas desde la tierra hacia las alturas, se desdoblaban en todos los colores del arcoíris y hacían juegos de prestidigitación con dibujos enteros sobre el fondo oscuro del cielo, estallando para regresar a la noche.

La emoción se apodera de Lassehn, le oprime la garganta y lo obliga a llevar sus pensamientos al pasado. Se encuentra aquí en medio del gentío intranquilo y que riñe en un andén de la estación de cercanías de Treptow, medio destruida; por todas partes se alzan las fachadas escalofriantes de la guerra, aunque Lassehn no lo percibe: el pasado se superpone al presente, se le aparece el rostro bondadoso de la madre, los pliegues pequeños y alegres, que siempre tenía alrededor de los ojos y la boca y que, aunque aparentemente estuviera enfadada, no podía evitar. También el rostro serio y casi siempre algo severo del padre, que no solía relajarse porque no tenía el don de tomarse la vida a la ligera. Después ve los rasgos de Ursula, la hermana pequeña de su madre, que sólo era pocos años mayor que él y que había vivido un tiempo en su casa, se dibuja frente a él su rostro de muchacha claro y sereno bajo con su cabello rubio oscuro con raya en el medio. Y se ve a sí mismo, un muchacho algo tímido y torpe, en el cual predomina la impassibilidad del padre y en quien, por el contrario, la naturaleza alegre de la madre irrumpe en raras ocasiones, y para quien, ya temprano, todo confluye en la música.

—Cuidado, que viene el tren de Grünau —dice el pequeño, y le da un empujón.

Lassehn sale de nuevo a la superficie del presente, se mantiene pegado al pequeño, pues aún está algo aturdido. Resulta extraño que encapsulemos el pasado, que podamos llevarlo con nosotros como una fotografía en la cartera y sin darnos cuenta de ello, aunque una asociación casual es suficiente para revivirlo de nuevo y permitir que las personas salgan vivas del retrato.

—Hace un momento estabas totalmente ausente —dice el pequeño una vez se han subido al tren y las puertas se han cerrado automáticamente.

Lassehn asiente.

—Treptow despierta toda clase de recuerdos de mi juventud —dice.

El pequeño se echa a reír con ganas.

—Hombre, ¿estás hablando de la juventud? ¿Eres ya una persona mayor para poder hablar de la juventud? Como máximo tienes veinticinco años. ¿No es así?

Lassehn mira por encima del pequeño, el tren toma ahora mismo una curva y pasa junto a la estación de Görlitz.

–Tienes razón y no la tienes –opina lentamente–, por mi edad aún soy un hombre joven, pero mi juventud queda ya muy atrás, es un capítulo definitivamente cerrado. Entremedio han pasado demasiadas cosas; aparte del recuerdo, ya no ha quedado nada.

Los padres están en una fosa común, sigue hablando para sí mismo, la música es un sueño lejano, la mujer una decepción...

El pequeño apoya la mano sobre su brazo.

–Da la impresión de que has pasado por todo –le dice–. Se lo puedes agradecer a nuestro Führer. Pero no quiero seguir preguntándote, parece que no te gusta.

El tren circula ahora por las vías, entre amplias parcelas con huertos y cañones antiaéreos, campos de deporte y urbanizaciones de nueva construcción; aquí la ciudad ha transformado su rostro severo, aunque ya no muestra los rasgos de la diligencia pequeñoburguesa, la aplicación proletaria y la alegría despreocupada por el cuerpo. La guerra también ha golpeado aquí brutalmente y ha denigrado los campos de deporte para su utilización militar. Tras los huertos se dibuja la silueta de la ciudad con las chimeneas de las fábricas, las grúas, las torres y gasómetros contra el cielo oscuro de la noche.

Cuando el tren entra en la estación de Baumschulenweg el pequeño dice:

–Donde escupes sólo hay ruinas y cada día que pasa se va todo cada vez más al diablo. Y esto parece no tener fin...

–No durará para siempre, hasta que...

«Hasta que hayan molido a palos a los perros», quiere decir Lassehn, aunque se abstiene de pronunciar las palabras; puede ser que el pequeño sea de fiar, es lo más probable, pero Klose le ha insistido en no dejarse seducir por ninguna observación que de alguna manera u otra podría convertirlo en sospechoso. «La labor de un ilegal», le dijo Klose, «no radica en soltar primero el pico, pues la palabra se pierde enseguida y sin surtir efecto, mientras que tu octavilla produce dudas, hace tambalear la seguridad y refuerza a los veleidosos».

El pequeño quiere hacer una nueva pregunta, cuando la puerta se abre de golpe y unos cuantos jóvenes entran en el compartimento armando mucho alboroto. Visten uniformes de color gris azulado y llevan gorros de esquiar y, en el brazo, brazaletes rojiblancos con la cruz gamada de las Juventudes Hitlerianas. Llevan los gorros calados por encima de las orejas. Enseguida llenan el vagón con sus conversaciones, en las que más importante que las palabras es el volumen de las mismas. Además, ríen sin cesar, aunque no es alegría auténtica la que llena las bocas de los jóvenes, sólo se trata de la adicción de llamar la atención a cualquier precio, la conciencia de poder armar ruido y follón sin ser reprendidos por ello. El uniforme, que por un lado los somete a una severa disciplina, les permite, por otro lado, burlarse de todo el mundo que les apetezca. Sus miradas se desplazan por todas partes para comprobar la impresión que produce su conducta. Les da completamente igual si esta impresión es buena o mala, si produce admiración o rechazo: a ellos sólo les importa aprovechar la rara ocasión de poder destacar entre la masa con el fin de demostrar su superioridad sobre los que no llevan uniforme.

Lassehn le pregunta al pequeño en un murmullo qué son esos jóvenes, hasta la fecha nunca había visto ese uniforme.

El pequeño ríe.

–Son los héroes neoalemanes de la Luftwaffe –responde de ningún modo en voz baja–. Una mezcla de heroicidad y cobardía al mismo tiempo. ¿No es así?

–¿Se refiere usted a nosotros? –pregunta uno de los auxiliares de la Luftwaffe y se planta con actitud amenazante frente al pequeño.

–Contigo no he entablado ninguna conversación, mocoso –dice el pequeño despectivamente, y se dirige de nuevo a Lassehn.

–¿Qué hora es?

Lassehn le contesta e intenta adoptar un gesto de máxima indiferencia, pues ya le resulta molesto el nuevo enfrentamiento que está al caer. No quiere tener nada que ver, no quiere que su misión peligre por nada del mundo. Cuando poco después el tren entra en la estación de Schöneeweide y el pequeño se despide rápidamente con un «Que te vaya bien, colega», respira aliviado.

XVIII

16 de abril, 17:30 horas

Por la Köpenicker Straße circula una limusina Adler de color gris oscuro, continuamente aumenta la velocidad, no respeta las más básicas reglas de circulación, adelanta por la derecha o se arrima al lado izquierdo del otro carril y no se detiene ni ante el brazo del policía de tráfico que exige que pare ni ante los semáforos en rojo.

Tras la Schlesischer Tor empieza a iluminarse la ciudad, se sacude la tristeza del rostro y lo sustituye por el verde de las superficies de césped y el marrón rojizo y el color gris pizarra de los árboles. Cuando el vehículo alcanza en la Schlesischer Tor la recta de la calle Am Treptower Park, aumenta su velocidad de forma vertiginosa, hace retumbar el paso subterráneo del tren de cercanías en la estación de Treptow, sobrepasa veloz los viejos árboles del parque como sombras y se adentra entonces en la Köpenicker Landstraße. Durante unos cuantos minutos se entretiene en la Berliner Straße en Niederschöneweide, donde la ciudad vuelve a unirse de nuevo en una masa compacta y permanece como un puño cerrado en la extensión abierta del paisaje, aunque donde antes de las chimeneas manaba hacia el cielo el humo del trabajo y todo estaba superpuesto por los humos de la industria química y los vapores dulzones del lúpulo manufacturado, ahora reina un silencio sepulcral y el olor a quemado, se alinean sólo ruinas y fábricas medio destruidas, como Aegfko, Kali-Chemie, Schultheiss-Patzenhofer, Telefonwerk y Kabelwerk.

En la estación de Schöneweide, donde en la entrada de la terminal de carga hay enterrado un tanque y su cañón está dirigido hacia el este, el vehículo gira hacia la Grünauer Straße y se dirige con el motor zumbando a toda pastilla bajo el puente ramal del ferrocarril en dirección a Spindlersfeld por la Hauptausfallstraße hacia el este, la calle más larga de Berlín en realidad, hasta la Adlergestell. El vehículo engulle la calle recta como una cuerda y se echa una carrera con el tren de cercanías, que circula a la izquierda por el terraplén de las vías con sus motores eléctricos que canturrean y el crujir de las ruedas sobre los huecos de la vía dejando su propia marca roja, verde y amarilla, pasa por delante de las estaciones de Adlershof y Grünau y se aleja entonces del tren de cercanías con un pequeño giro hacia el norte para colocarse en el carril de la Adlergestell.

A partir de aquí la Adlershof se adentra en Grünauer Forst, los árboles relucen de color marrón rojizo y dan sombra bajo el sol resplandeciente, la base de musgo huele a una primavera que despierta, aunque el conductor de la limusina Adler color gris oscuro no se da cuenta de ello, agarra con ambas manos fuertemente el volante, sus ojos, sombreados por la gorra bien calada hasta la frente, miran fijamente hacia el carril de asfalto oscuro de la calle; lleva grabada una amenazadora marca sobre la raíz de la nariz, que asciende hasta la frente y forma unas arrugas ominosas.

Siering, *Untersturmführer* de las ss, está de mal humor, la intranquilidad hurga en su cuerpo y le hace temblar hasta las puntas de los dedos. Arrastra una mañana desagradable, pues ha tenido que informar de pie frente al *Sturmbannführer* Wellenhöfer, aunque su informe, a pesar de todas las explicaciones y disculpas, se ha convertido finalmente en una serie de expresiones negativas para acabar diciendo que le habían perdido la pista a Adamek, alias Wiegand. Una alarma aérea

entorpeció la labor del agente que lo seguía, Adamek-Wiegand lleva desaparecido de su domicilio desde ayer por la tarde y ya no ha regresado a su puesto de trabajo. A pesar de todas las precauciones, no han sido lo suficientemente precavidos. Como es sabido, no hay nada más molesto que constatar que la propia astucia se ve superada por la astucia de otro, que la trampa en forma de lazo está bien tendida, pero que se va a cerrar convirtiéndose en un nudo y la presa deseada se ha escabullido. El *Sturmbannführer* Wellenhöfer ha escuchado el informe en silencio, su rostro ha permanecido inamovible. Una vez Siering ha finalizado su informe, Wellenhöfer se ha puesto de pie y se ha colocado frente a la ventana, desde donde ha observado durante largo tiempo las casas destruidas, como si las viera por primera vez, sin tener en cuenta a Siering, que se encontraba junto al escritorio todo derecho. Siering conoce a su jefe desde hace suficiente tiempo como para saber que no se trata de una buena señal. Wellenhöfer es un hombre que no tiene memoria, ni para los hechos buenos ni para los malos, que se olvida de una docena de éxitos con un único fracaso y de una serie de fracasos con un objetivo cumplido. Cuando Wellenhöfer se vuelve finalmente y a continuación se ha encendido un cigarrillo, sin ofrecerle uno a Siering, ha cruzado la habitación unas cuantas veces, para finalmente mirar a Siering con el rostro convertido en una mueca rigurosa. «¡Me va a encontrar usted a Wiegand de nuevo, Siering!». Wellenhöfer no ha dicho nada más, aunque esas pocas palabras lo encerraban todo. Siering sabe que el *Sturmbannführer* no lo ha dicho de pasada, aunque haya sonado así, por lo que enseguida ha tomado medidas, ha colocado vigilancia en la Lebusener Straße y guardias en los colmados en los que Adamek alias Wiegand había registrado sus cartillas de racionamiento, ha colocado a unos cuantos agentes dentro y alrededor de los ferrocarriles Karlshorst y finalmente ordenado una vigilancia del doctor Böttcher en la Frankfurter Allee, aunque en el fondo espera poco de estas medidas. Y por ello se va de caza a Eichwalde, donde vive la mujer de este Wiegand, no deja de darle con el pie al acelerador y conduce casi sin interrupción con la cuarta marcha. No es que tenga una prisa especial por llegar a Eichwalde, sabe que ya no viene de unas cuantas horas más o menos, pues la pieza de caza asustada no abandona su guarida enseguida, aunque la rabia se corresponde con su estado interno. El carácter de una persona no sólo se refleja en su letra y se graba en su rostro con rasgos indelebles, sino que también imprime su sello en todas sus acciones. Toda la brutalidad y la falta de respeto de Siering apenas se puede reflejar más ejemplar y claramente que en su manera de conducir. La continua infracción del reglamento de circulación, el malgasto de material al acelerar continuamente y utilizar con violencia los frenos, la forma desconsiderada de adelantar y el cruzar sin escrúpulos los cruces de calles animados son características de su total falta de respeto tanto por la materia muerta como por los seres vivos. Siering descarga su rabia tanto contra la materia inanimada como contra el bicho humano que esté dispuesto a detener su marcha, conduce a toda velocidad con el motor cantarín y el aullido del claxon Bosch en el chasis del Adler por el bosque de Grünau, no disminuye la velocidad cuando cruza los pasos de peatones y veredas y enseña los dientes cuando unas cuantas personas sólo han podido salvarse de ser arrollados con un rápido salto a un lado.

Cuando ya asoman las primeras casas de Schmöckwitz, Siering reduce la velocidad y se detiene en la gasolinera, que indica el camino hacia Eichwalde y Zeuthen. Pregunta por el ayuntamiento, le informan y vuelve a darle al acelerador. Pocos minutos después gira en la Bahnhofstraße a la izquierda y se detiene frente al ayuntamiento. Es un edificio claro y sólido, que no delata la mano artística del arquitecto, sino más bien la garra de un artesano conservador y valiente, que conoce su oficio.

Aquí en el ayuntamiento de Eichwalde, distrito de Teltow, distrito administrativo de Potsdam,

está sentado en la habitación diecisiete el teniente de policía Kiepert, un hombre grande e imponente con un rostro algo redondo, cabello rubio encanecido antes de tiempo, buenas maneras y actitud resuelta. Es uno de los muchos millones de alemanes para los que el nacionalsocialismo se ha convertido en un elemento vital, aunque se reservan algunas opiniones privadas, que no coinciden con las doctrinas nacionalsocialistas y de las que son partidarios en parte por costumbre y en parte por testarudez, salvedades que exhiben como parte de su individualidad.

En estas personas, que cumplen con todas las órdenes y reconocen la autoridad del Estado, la conciencia aún no se ha extinguido del todo. Aunque surge hasta cierto punto sólo fuera del trabajo y en los círculos más íntimos, la mitigan con el imperativo categórico preferido de «órdenes son órdenes» o «la ley es la ley» y no se cuestionan si las órdenes o las leyes respetan los derechos humanos o los mandamientos de Dios. La orden, que el pecado original de una tradición nociva ha equiparado a los mandamientos de Dios, es la que regula, la que alivia su conciencia y la que ha convertido en un lazo en su nido, que con matemática precisión se tensa alrededor de un pueblo, que apático y obediente ha soportado tanto lo bueno como lo malo.

Kiepert pertenece a las personas que sólo después de 1933 se afiliaron al partido nacionalsocialista, que vistos desde fuera por un observador fugaz son buenos nacionalsocialistas, pero que no disponen de ninguna manera de la coherencia brutal de los viejos luchadores y miembros del Partido de antes de 1933. Tampoco saben que en el fondo son más culpables que éstos, pues actúan por su existencia, por el ascenso profesional y también por la comodidad de no querer saber más y en contra de la voz de su conciencia. Se consideran individuos porque mantienen reservas en contra de este o aquel dogma nacionalsocialista y no saben que, a pesar de todo, están matando al estafador y, lentamente pero de manera segura, han sido víctimas de la masificación del pensamiento; finalmente, terminan por creer realmente que Hitler es el brazo de la providencia y los alemanes el pueblo elegido, y ya dejan de dudar sobre si la guerra plantea la cuestión del ser o no ser. Mientras tanto, se han unido –sin darse cuenta y quizá incluso sin querer darse cuenta– tan firmemente al régimen que la derrota en la guerra y la caída del Partido también supondrían una catástrofe para su propia existencia. El truco de prestidigitación de equiparar al Partido nacionalsocialista con el pueblo alemán les ha dado finalmente buenos resultados a los nazis y aunque la Segunda Guerra Mundial no haya provocado entusiasmo, la disposición interna sobre todo de la burguesía y pequeña burguesía del pueblo alemán no ha sido menor que el delirio de las masas del año 1914.

El teniente de policía Kiepert muy probablemente no toleraría de ningún modo que se le describiera como un hombre con inclinación a la brutalidad y los excesos, quizá ante tal acusación sonreiría incrédulo con desprecio. Realmente es según los conceptos generales una persona afable, que lleva una vida familiar armónica y no ofende a nadie, apenas es consciente de que se ha dejado degradar en instrumento de un Estado tiránico, una justicia policial brutal y una política de opresión atroz. Si examina de vez en cuando su conciencia y somete su comportamiento a un inventario se siente inocente. A pesar de que en su interior cumple algunas órdenes a disgusto y no puede negar del todo un sentimiento de compasión por aquellos que son las víctimas, no obstante, tampoco se siente culpable por ello. Fundamenta sus reflexiones en el hecho de que si aquí alguien tiene la culpa, ésta radica en las órdenes, sobre las que no tiene ninguna influencia y por las que no se le puede culpar. No obstante, en ocasiones le despiertan la ira aquellos que por su existencia le provocan un conflicto de conciencia. En todo caso, Kiepert cree que hace bastante por su conciencia al separar por completo su vida privada de su labor pública, la primera intachable y la segunda correcta. No tiene ninguna sensación de que aquello que él llama cumplimiento del deber

no sea otra cosa que una participación activa en los delitos nacionalsocialistas, pasando por las fases de la negligencia, la complicidad, el encubrimiento y la capacidad de medrar. Resultaría una idea absurda desempeñar su labor profesional según los principios que tienen validez para su vida privada.

Kiepert es el típico burgués producto del Tercer Reich: la síntesis de la honradez personal, la debilidad de carácter y la sumisión incondicional a todas las exigencias del Estado. Se trata del carácter esquizofrénico del burgués de a pie alemán, su negación de la unidad entre el ser social e individual y también el acoso forzado desde arriba por conseguir una conciencia racial, que posibilite que todo un pueblo de millones de personas trabajadoras y amantes del orden se degrade a un ejército de ilotas, que se sirve de una técnica desencadenada en contra de toda humanidad con el mecanismo de un robot.

Kiepert está sentado en esta tranquila hora del mediodía en su despacho; reina la tranquilidad en el ayuntamiento, pues por la tarde apenas tiene visitas. Hojea entre los papeles que tiene enfrente, informes y denuncias de segundo orden e insignificantes. Entonces oye unas pisadas rápidas y sonoras en el pasillo, y al momento se abre la puerta de par en par. Kiepert quiere lanzarle al descarado visitante una enérgica observación, pero se pone de pie de forma apresurada al ver las dos runas de las SS en el galón del cuello y la runa del SD en la manga derecha. Un nuevo vistazo sobre las tres estrellas en la charretera hace que reconozca a ese hombre de las SS como un *Untersturmführer*.

–*Heil* Hitler!

–*Heil* Hitler!

Los saludos suenan como toques de trompeta.

–*Untersturmführer* Siering de la oficina central de Seguridad del Reich.

–Teniente de policía Kiepert. ¡Por favor, tome usted asiento!

Kiepert cierra la puerta de su despacho mientras Siering toma asiento, cruza las piernas y observa al teniente de policía de arriba abajo. Kiepert se sienta de nuevo a su escritorio y reúne los papeles como si los estuviera ordenando, mientras piensa intensamente en el posible motivo de la visita repentina y en todo caso indeseada del hombre del SD del RSHA, pues a pesar de que en realidad se trata de un colega de la otra facultad, no le gusta ni un pelo. A nadie le gusta tener tratos con la Gestapo, tampoco a él, Kiepert, que si puede procura evitarla, tanto más cuando se trata de un lanzado violento como ese, que sin llamar a la puerta se abalanza en su despacho y lo registra a uno con la mirada, cuyo rostro duro y decidido y su mirada fría constituyen por sí solos una amenaza. En el Tercer Reich ya no quedan apenas personas que tengan la conciencia limpia en cada una de sus relaciones y también el teniente de policía Kiepert debe investigar a fondo su memoria con el fin de comprobar su falta de defectos... Maldita sea, ¿no habló la semana pasada en la calle con el judío Wiener, el único de la localidad, e incluso le estrechó la mano? ¿No le echó una bronca al presidente del aserradero Ratthöfer por no tratar a los trabajadores del este con un poco más de humanidad? No... Se trata sólo de bagatelas, arrebatos atávicos de la debilidad humana, tics de un carácter no lo suficientemente endurecido, recaídas excusables en un humanitarismo excesivo, indeseado y prohibido. Sólo bagatelas, aunque pueden ganar peso y convertirse en pecados mortales si se observan a través de las agudas lentes de un nacionalsocialista consecuente y se sacan a la luz con la sonda de la Gestapo.

–¿En qué le puedo servir? –le pregunta Kiepert y se esfuerza por conferirle a su voz un tono indagatorio y naturalmente despreocupado.

–¿En qué le puedo servir? ¿En qué le puedo servir? –arremete Siering contra el teniente de policía-. ¡Así preguntan los vendedores de arenques y los usureros judíos!

Kiepert se queda atónito por el vehemente arrebato del *Untersturmführer* y retrocede asustado. En sus rasgos se refleja la dignidad ofendida del oficial de policía, de una fuerza policial de una localidad de seis mil habitantes. El otro no tiene ningún derecho –y ojalá tampoco ningún motivo– para hablarle así, pues como teniente de policía jerárquicamente está a la misma altura que un *Untersturmführer* de las SS, aunque naturalmente ello sólo sobre el papel, pues de hecho todo hombre del SD, hasta el más sencillo *Sturmmann*, no jerárquicamente pero sí según el poder es un superior. Por ello Kiepert calla y se traga esa dura observación que tenía en la punta de la lengua, sobre todo porque aún no conoce la razón de su visita.

–Vengo con una misión especial –dice Siering y saca una pequeña cajetilla colorida del bolsillo, extrae un cigarrillo de la envoltura de papel y lo enciende, coloca la cajetilla frente a él al borde del escritorio y se apoya en el asiento al inhalar las primeras caladas.

Kiepert lanza una rápida mirada a la cajetilla e intenta leer la etiqueta. «¿Es una cajetilla de North State Blue? ¿De dónde la ha conseguido este granuja?», piensa: «¿Cigarrillos ingleses ahora que estamos en el sexto año de guerra?».

Siering se ha percatado de la mirada.

–Se los requisamos a un paracaidista –dice con negligencia y aspira el humo profundamente en los pulmones.

Kiepert sigue sin decir nada, procura de forma ambigua que sea el otro el que hable.

–Un tabaco malditamente decente –prosigue Siering y expulsa el humo por la nariz-. Bueno, vayamos al grano. En esta población vive una tal señora Wiegand.

Kiepert respira aliviado, la humillación queda olvidada, queda enterrada bajo el alivio de saber que el rayo de Zeus caerá sobre otro, aunque se trate de una mujer, una mujer, por cierto, que a menudo ha llamado su atención, en contra de su voluntad, por su grandeza humana.

–¿Conoce usted el caso? –pregunta Siering.

–Por supuesto –responde Kiepert, y abre un compartimento lateral de su escritorio–, ya hemos tratado a menudo con ella, aunque sobre todo con su marido.

Abre un cajón y saca un expediente.

–No me interesan los garabatos –rechaza Siering los documentos que le alcanza el teniente de policía-. Quisiera saber qué medidas ha tomado usted para avanzar en este asunto.

–¿Medidas?

Kiepert está sorprendido y mantiene el expediente indeciso en la mano.

–Wiegand debía presentarse cada día en comisaría, pero está huido desde...

Abre el expediente y hojea dentro.

–¡Eso ya lo sé yo! –empieza a gritar Siering-. ¡Para esto no le necesito!

Kiepert se ha quedado más desconcertado que la primera vez con el nuevo arrebato del *Untersturmführer*. «El tipo tiene un mal humor asqueroso y es imprevisible», piensa, «hace un momento estaba completamente tranquilo y ahora vuelve a desahogarse, algo le ha salido mal».

–En su momento ya informamos a la oficina central de Seguridad del Reich que Wiegand estaba fugitivo –dice Kiepert con voz tomada y sopesando con cuidado cada palabra–, desde entonces aquí no se han tomado más medidas.

–¡No se han tomado más medidas! ¡No se han tomado más medidas! –lo imita, sin gracia alguna,

Siering-. Con vosotros hay que disponerlo todo, hay que meteros la nariz en la mierda como a un cachorro para que oláis algo.

Kiepert también se traga esto y por fuera se mantiene tranquilo, aunque por dentro le empieza a subir una rabia moderada. «Mocosos», maldice para su interior, «muy bien podría ser tu padre».

Siering termina de fumar su cigarrillo y enseguida se enciende otro con la colilla humeante.

–Wiegand es un tipo muy peligroso –dice con un tono de voz algo más suave–, lleva viviendo en Berlín desde su supuesta huida, hace poco le hemos seguido la pista hasta que el imbécil de uno de nuestros detectives la perdió de nuevo.

Kiepert asiente. «Éste se te ha escapado entre las manos», piensa.

–Entiendo –dice–, y ahora supone usted...

–Sí, que aparecerá por aquí –lo interrumpe Siering–, aunque éste no es en realidad el motivo por el que he venido aquí. De hecho, habíamos supuesto...

Se interrumpe y se vuelve hacia la puerta.

Un hombre mayor, vestido con una cazadora larga y desgastada, botas altas de campesino y una gorra de piel negra y en forma de cono, permanece en actitud humilde en el umbral de la puerta.

–¿Qué es lo que pasa? –le grita Siering–. ¿No sabe usted llamar a la puerta?

«Es lo que a ti te haría falta», piensa Kiepert.

–¿Qué necesita usted? –le pregunta.

–He llamado a la puerta –dice el viejo en un dialecto inequívocamente del este de Alemania haciendo un gesto de disculpa con la mano–, probablemente los señores no lo han oído.

–¡Fuera de aquí! –grita Siering.

El hombre mayor permanece vacilante.

–Quería pedirles... –empieza a hablar con timidez.

–¡Fuera de aquí! –grita Siering de nuevo–. ¡O le hago salir de aquí por piernas!

–Vaya inútil –le dice desdeñoso a Kiepert una vez la puerta se ha cerrado tras el viejo.

Kiepert quiere decir unas palabras en favor del hombre mayor, que hace unos días llegó aquí en una columna de refugiados, aunque prefiere dejarlo estar. «¿De dónde sacan la arrogancia estos chavales?», piensa.

–Usted quería informarme del motivo de su visita, señor camarada –dice amablemente.

Siering apoya los codos sobre el escritorio.

–¿Qué es lo que quería decir antes cuando ese viejo animal nos interrumpió? –preguntó.

–Usted dijo que de hecho habían supuesto... –repite Kiepert la frase interrumpida de Siering.

–Exacto –lo interrumpe Siering–. Sí, habíamos supuesto que Wiegand había puesto pies en polvorosa y se había largado a Rusia, pues no había manera de encontrar alguna pista de su paradero, pero ahora sabemos que el cerdo se había escondido todo este tiempo en Berlín, sino aquí mismo en Eichwalde.

–Descarto esta última posibilidad –objeta Kiepert–, aquí es demasiado conocido para atreverse a asomar la nariz, sobre todo su vecino...

Siering hace un gesto de rechazo.

–No resulta interesante, sólo era una observación al margen. Lo que quiero decir es que desde mayo del 41 Wiegand reside en Berlín bajo un nombre falso. ¿Cree usted probable que su mujer no haya sabido nada de esto?

Kiepert niega con la cabeza.

–No –tiene que admitir.

–Sin embargo, la guarra siempre lo ha negado –vuelve a la carga Siering–. Cuando

registrábamos su casa, y al principio lo hacíamos bastante a menudo, nunca sabía nada, siempre se hacía la tonta y los camaradas del servicio de búsqueda siempre creyeron a esa carroña.

Kiepert está desagradablemente turbado, pero se esfuerza por no dejar que se le note. En el Tercer Reich la compasión o la simpatía únicamente están permitidas para con los sujetos autorizados por el Estado si uno no quiere convertirse en sospechoso. Kiepert conoce a la señora Wiegand y a menudo ha admirado en secreto su serenidad; en sus visitas de servicio siempre se ha mostrado correcto con ella y ocasionalmente ha dejado caer como por casualidad ciertas observaciones relacionadas con el hecho de que él no actuaba por iniciativa propia sino por órdenes superiores, que de ningún modo aprobaba.

–Yo sí que la voy a obligar a abrir el pico –prosigue rabioso Siering–, puede usted estar seguro de ello.

«¿Y qué pinto yo aquí?», piensa Kiepert turbado. «Que se ocupe él solito, yo no quiero tener nada que ver con eso».

Siering apaga el cigarrillo en el cenicero.

–Usted no hace más que guardar silencio –dice, y observa a Kiepert con los ojos entornados–, un silencio muy elocuente, mi muy estimado.

–Cómo... ¿qué quiere usted decir? –pregunta Kiepert.

Siering apoya la mano en el sobre del escritorio y se agacha hacia delante.

–Me entiende usted perfectamente, querido –dice cortante–. ¿No le parece a usted bien que a la chusma se la trate con dureza?

–Pero por favor, señor camarada... –empieza a decir Kiepert.

–No diga usted tonterías –le interrumpe Siering bruscamente–. ¿Se piensa usted que no me doy cuenta de lo que pasa? Vuestra maldita política de calzonazos es la única culpable de que esos cabrones se atrevan a salir de sus agujeros para ver el cielo abierto.

Da un manotazo en el sobre del escritorio hasta el punto de que éste vibra.

–Pero ya me ocuparé yo de que la mierda les llegue hasta el cuello.

«Vaya tipo más dulce», piensa Kiepert asqueado.

–Naturalmente, estoy a su completa disposición en la lucha contra los elementos enemigos del Estado y derrotistas –contesta.

–Es usted extraordinariamente amable –se burla Siering–. ¡Le estoy muy agradecido!

Kiepert tensa los rasgos del rostro y se pone de pie.

–Le ruego que no ponga en duda mi fidelidad al Estado, señor camarada –dice con decisión.

–Siéntese usted –dice Siering tranquilamente y muestra una ancha sonrisa irónica.

–Que es usted miembro del Partido no hace falta que me lo diga usted, ya lo veo yo.

Kiepert decide no dejar que le pongan entre la espada y la pared, y pasa al ataque.

–Ya tengo suficiente, señor camarada –dice con decisión, y golpea con los puños sobre el escritorio–. Le ruego que...

Siering hace un gesto de rechazo desenfadado.

–Tranquilícese usted de nuevo –le dice–, yo decidiré cuándo será suficiente y no usted, aunque ahora ocupémonos del asunto. Le ordeno lo siguiente: hay que poner inmediatamente el domicilio de Wiegand bajo la más estrecha vigilancia. ¿Qué tal es el terreno?

Kiepert respira aliviado. El paso a la discusión pertinente no sólo pone fin a los insultos, sino que también le permite de algún modo rehabilitarse si puede demostrar celo y convicción. Por un momento piensa en la señora Wiegand, durante unos segundos se le presenta su figura pequeña y delicada y no puede reprimir del todo la compasión. Aunque paralelamente a este pesar se

proyecta en él la disculpa de que uno mismo puede ser el siguiente y cada uno debe cargar con las consecuencias de sus hechos y convicciones.

–El terreno de su casa limita directamente con el término municipal de Zauthen –responde, se acerca una hoja de papel y dibuja un croquis–. A la izquierda hay una parcela sin construir; a la derecha, y justo enfrente, hay viviendas unifamiliares.

–¿Y la entrada a la parcela de los Wiegand? –pregunta Siering.

Kiepert reflexiona.

–Si no me equivoco del todo –dice tras una pequeña pausa y termina por completar el esbozo–, se encuentra en lado que da a la casa vecina, es decir, aquí.

–Resulta oportuno –comenta Siering y saca otro cigarrillo de la cajetilla azul–. ¡Fume usted uno! –añade, y le acerca la cajetilla a Kiepert.

–Me tomo la libertad –dice Kiepert y enciende enseguida una cerilla con el fin de darle fuego al hombre del SD. Después saca asimismo un cigarrillo del paquete y lo enciende. La presión que antes le oprimía la frente como un neumático ha dejado su sitio a una alegre excitación. Ha conseguido difuminar de nuevo la impresión desfavorable que había dejado en el *Untersturmführer*. En caso contrario, ¿le habría ofrecido un cigarrillo? ¿Y además un cigarrillo inglés? Se fuma el cigarrillo, no sólo tiene el sabor aromático del auténtico tabaco rubio de Virginia, sino que también sabe dulce, pues junto con el aroma del tabaco inhala a su vez la remuneración del donante.

–Me gustaría que vigilen estrechamente a la señora Wiegand –dice ahora Siering–. Naturalmente, no quiero que pongan un vigilante, que coloque sus pies planos de forma rígida y funcional delante de la casa y de vez en cuando se dé un paseo. Quiero que disponga a dos de sus hombres en la casa de al lado. Cualquiera que abandone o entre en el domicilio de Wiegand debe ser detenido y entregado inmediatamente a la oficina central de Seguridad del Reich, cualquiera sin excepción alguna. Usted responde de que esta medida se aplique a rajatabla. ¿Está claro?

–Absolutamente –confirma Kiepert con la cabeza–. Sólo que...

–¿Qué? –le interrumpe Siering enseguida.

–Que en toda la localidad sólo contamos con cuatro policías –prosigue Kiepert.

–Entonces disponga usted de policía auxiliar o de vigilantes de la ciudad, pero fuerzas jóvenes y móviles, nada de matusalenes. ¿Se trata de gente en la que se puede confiar?

–Creo que sí –responde Kiepert.

–Creo, creo –dice Siering irritado–, el razonamiento se lo deja usted a los caballos, que tienen una cabeza más grande. Algo así debería usted saberlo. Hombre de Dios, ¿ha estado usted estos doce años durmiendo para no saber aún hoy en día en quién se puede confiar al cien por cien y en quién no? ¿No conoce usted el decreto del *Gauleiter* Stürtz sobre la vigilancia de los camaradas de la resistencia interna?

–Naturalmente –se defiende Kiepert–, pero aquí no se trata de una orden policial, sino de un decreto del Partido y de ello es responsable el jefe de grupo local.

–Responsable, responsable –vuelve a ladrar Siering–. Así es como ustedes se sacan de encima toda responsabilidad. ¿Quién es aquí el jefe de grupo local?

–El alcalde Rutz, aunque...

–¿Alcalde y jefe de grupo local en una sola persona y a pesar de ello una pocilga? – lo

reprende Siering—. Deberían ustedes inhalar un poco de aire ferroso, llevan ustedes demasiado tiempo calentando el culo frente a un escritorio. Hombre, si yo llevara aquí la voz cantante...

«Gracias a Dios que no es así», piensa Kiepert, y se termina de fumar el cigarrillo. Ya no le gusta tanto el sabor, la jovialidad que le había concedido se ha evaporado rápidamente.

—Por consiguiente, disponga usted lo antes posible de las medidas oportunas —le ordena Siering—, y ahora le haremos una visita a la señora Wiegand y le reventaremos sus dientecitos. ¡Acompáñeme usted, señor teniente!

Esto era algo que Kiepert no se esperaba, casi se asusta y tiene dificultades para dominarse.

—¿Es mi presencia absolutamente necesaria, señor camarada?

Siering se pone de pie de un salto y se coloca con las piernas abiertas frente a Kiepert, con los brazos en jarras.

—¿Es que tiene usted compasión de esa cerda? No puede usted ver la sangre, ¿eh? —le pregunta amenazante, y se queda mirando a Kiepert con el ceño fruncido y los ojos entreabiertos.

—Claro que no —asegura Kiepert—, sólo lo pregunto porque tengo un montón de trabajo aquí.

—Deje estar usted el papeleo —dice Siering desdeñoso—. Son todos ustedes unos meatintas en lugar de hombres de acción. Vamos, dese usted un poco de prisa, que nos vamos a ver al tesorito.

XIX

16 de abril, 18:30 horas

Lucie Wiegand corta leña detrás de la casa sobre un tocón. La mano se alza cansada, sus golpes caen en largos intervalos y con poca fuerza. Una y otra vez su mirada se dirige hacia el jardín. En los arbustos aparecen los primeros brotes verdes, la tierra tiene un olor acre, sobre ella se extiende un cielo sin nubes de color azul claro, el aire es suave y templado.

Lucie Wiegand suspira. Resulta inexplicable que la naturaleza se mantenga eternamente imperturbable a pesar de la miseria humana y albergue consuelo en su despertar primaveral, aunque al mismo tiempo nos aporte desesperación, pues el hombre, con el crecimiento de la civilización, se aleja cada vez más de ella, aniquila y machaca el germen de la vida sin sentido alguno, desgarrando y roturando el seno de la tierra con bombas y granadas, destrozando e incendiando los bosques.

Lucie Wiegand permanece un rato con los brazos a ambos lados del cuerpo, pues existen momentos en los que la vida se vuelve insoportable y éste es uno de esos momentos. Se ha levantado a las cinco y media de la mañana, ha estado trabajando durante nueve horas con una fresadora en Schwartzkopff en Wildau y acaba de regresar a casa. Ahora tiene que ocuparse de ésta, el jardín requiere trabajo, pues aún no ha labrado ni un sólo terrón de tierra. La invade un cansancio terrible, que la debilita por completo y convierte todo movimiento en una tortura, que la vuelve completamente indiferente y que tampoco le permite abandonar la cama cuando suena la alarma aérea. Entonces permanece en la cama conteniendo la respiración, aunque sin alterarse en su interior, vencida fatalmente, se estremece cuando el cañón antiaéreo de Schulzendorf retumba o le inundan las olas de las explosiones nocturnas, aunque la mayoría de las veces ya se ha dormido antes de que los tres largos tonos de las sirenas señalen previamente el cese de la alarma. Cuando hace unos meses cayó una bomba en la Zeuthener Straße, las tejas cayeron ruidosamente y temblaron los pestillos de las ventanas, ella se enderezó y esperó el siguiente impacto, pero éste no llegó, el ruido de los motores cesó de nuevo y el cansancio incluso la venció y se durmió.

Cuando Lucie Wiegand alza el brazo con el fin de cortar un leño, oye tres timbrazos cortos en su casa. Rodea la casa y ve a dos hombres apostados junto a la puerta.

«El teniente de policía Kiepert», piensa. «¿Qué es lo que quiere?». Debe tratarse de algo serio si él mismo ha venido hasta aquí y acompañado de otro de gris. ¿Un soldado? Entonces se asusta. El gris que viste el acompañante de Kiepert no es el habitual. ¿Y las insignias negras? ¿SS? Camina vacilante por el camino del jardín hacia la entrada y por un momento se le cruza el pensamiento de regresar rápidamente a la parte trasera de la casa y no atender la llamada. Aunque ya es demasiado tarde para ello, los dos hombres seguro que ya la han visto.

—¿En qué puedo servirle?—pregunta sin abrir aún el portón de entrada y mirando únicamente al teniente de policía, pues es al único que conoce y siempre la ha tratado con una relativa consideración.

—¡Heil Hitler, señora Wiegand—dice Kiepert—. Quisiéramos hablar con usted.

Siering se ha mantenido un poco apartado, no por modestia o vergüenza, cualidades no propias de él, sino porque le gusta observar a la gente desde la sombra, acechar sus puntos débiles,

determinar por sus movimientos y postura el grado de su capacidad de resistencia, por sus rostros su concentración mental. Bien es verdad que su arma principal es la brutalidad, aunque existen diversos métodos para aplicarla, uno puede abalanzarse sobre la víctima de repente como un ave de rapiña y mantener la presa muerta entre sus garras o también agarrar a la víctima como un gato, soltarla para concederle un atisbo de esperanza, para después golpearle con más fuerza aún. O finalmente como un lobo con piel de cordero, que debilita y adormece la atención de la víctima y desde lo más cerca posible la ataca de la manera más mortífera.

–¿De qué se trata? –pregunta Lucie Wiegand.

Kiepert hace un vago movimiento con la mano y señala al *Untersturmführer*.

Siering se mantiene aún inmóvil. Así que esta pequeña y delicada mujer con un sencillo peinado rubio rojizo y un rostro fino, cansado y pálido es la mujer de Wiegand. Cuando ella, vestida con unos pantalones de esquí y un jersey de cuello alto de color azul claro que la hacía parecer aún más delgada, apareció por detrás de la casa, pensó por un momento que se trataba de una muchacha joven. Siering está sorprendido y no sabe realmente si está decepcionado o contento, no está seguro de cómo se había imaginado a la mujer de Wiegand, aunque una cosa sí que sabe: no de esta manera.

Lucie Wiegand mira por primera vez en dirección al hombre del SD.

–No quiere decirme usted... –le dice dirigiéndose a él.

–Es algo sobre lo que no podemos hablar aquí en el jardín –dice Siering y mira desenvuelto a la mujer a la cara.

Apenas está impresionado por su belleza y su tierna elegancia. Él siempre ha considerado a las personas a las que tiene que interrogar como adversarios, que le ocultan secretos premeditados y, en ocasiones, también inconscientemente, secretos que debe arrancarles por todos los medios, para lo cual el desamparo o la inocencia, la fortaleza de carácter o la lealtad a toda costa nunca le han llevado a disminuir ni un solo grado la forma de su proceder, sino que lo han llevado a endurecer sus métodos, incluso. Y, de repente, Siering también sabe cómo se había imaginado a la señora Wiegand: como una mujer alta y ajada de movimientos angulosos y pecho plano, con una mirada fría e inquisitiva tras unas gafas de concha; una mujer medio masculina.

Lucie Wiegand siente la mirada escrutadora y fría sobre sí al abrir el portón de entrada al jardín; nota los latidos del corazón en el cuello cuando se dirige hacia la casa y oye el crujir de los pasos de ambos hombres detrás de ella, sobre la grava. Siente cómo un presentimiento inquietante y terrible crece candente en su interior, que después se transforma en una rigidez helada.

«¿Qué ha pasado con Fritz?», piensa. «¿Lo han descubierto? ¿Pero, entonces, qué es lo que quieren de mí? ¿Detenerme? ¿Y para ello necesitan enviar a un policía, que tenga que venir el mismo Kiepert, acompañado incluso de un oficial de las SS? No es buena señal».

–Por favor, por aquí –dice ella, y abre la puerta que da a una habitación.

Kiepert se ha quitado la gorra de color verde claro al cruzar el umbral y se detiene apocado en medio de la habitación. Siering ya le ha echado un vistazo a todo y ha tomado asiento, ha apoyado un codo sobre la mesa y ha cruzado las piernas con sus botas altas negras y relucientes, pero sin quitarse la gorra.

También Lucie Wiegand se ha quedado de pie.

–Por favor, señor Kiepert, tome usted asiento –le ruega.

Kiepert se lo agradece y se apoya en el alféizar, está decidido a desempeñar únicamente el

papel de espectador. Aunque en el mismo momento se reconoce a sí mismo, amargamente, que aquí no cuenta lo que él decida y que si el hombre de gris le exige ayuda participará activamente.

Durante unos segundos reina un silencio oprimente. En la habitación se encuentran tres personas, dos hombres y una mujer, que no tienen nada en común, únicamente que son personas, producto del encuentro de un espermatozoide y un óvulo, compuestas de cierto tipo y cantidad de protoplasma, dotadas de la capacidad de expresar sentimientos, afectos y pensamientos gracias a la laringe, las cuerdas vocales y la lengua, lo que se llama el idioma, conferirle forma y representarlo mediante símbolos visibles, denominados escritura. Aunque en la naturaleza de estas capacidades y en la forma de cómo se hace uso de ellas radica la diferencia entre las personas, aquello que alza barreras entre las mismas, que, a pesar de ser externamente similares –siendo sus funciones biológicas las mismas y estando sujetas a las mismas condiciones civilizatorias–, acaban siendo infranqueables.

Allí hay un hombre en el cual se han manifestado de nuevo todos los instintos bárbaros, instintos que a lo largo de dos mil años de cristianismo, una educación humanística y el temor a la ley parecían haber sido superados y que, con sorprendente velocidad, se ha transformado de nuevo en el *Homo primigenius*. Tenemos también a una mujer que no ha tenido una vida fácil porque ha trabajado para eliminar injusticias antiquísimas. Y tenemos finalmente a otro hombre, que no pertenece a ninguno de estos dos extremos y que va hacia la deriva en un dualismo, pues tiene dos conciencias, una privada y otra pública. En él, la especie más representada del *Homo sapiens* en el Tercer Reich, la humanidad no se ha extinguido, pero –tal como opina– se ha visto obligado a ceder ante la presión de los comandantes bárbaros. Aunque no es consciente de que de esta manera practica un barbarismo suavizado únicamente por la cortesía.

Siering se observa las uñas exhaustivamente y entonces alza la vista.

–Ayer detuvimos a su marido, señora Wiegand.

«Bueno», piensa Kiepert, «y a mí me acaba de decir que se les ha escapado».

Lucie Wiegand empalidece hasta los labios. «Pues así es», piensa, «justo en el último momento».

–¿Y ha venido usted hasta aquí para comunicarme esta noticia? –pregunta con una voz controlada con esfuerzo.

–Naturalmente que no –responde Siering, y vuelve a sacar el paquete azulado de su bolsillo–. ¿Me permite fumar?

–Por favor –contesta Lucie Wiegand con reserva.

Kiepert aprieta los labios para no reír. El chaval también puede ser amable, constata, aunque seguro que se trata de uno de sus trucos para ganarse la confianza de la pequeña mujer.

Siering enciende el cigarrillo con parsimonia y le da dos caladas sin decir nada, aunque mientras, aparentemente, saborea a fondo el cigarrillo, no deja de observar a su adversaria, la rodea con la mirada como un ave rapaz, que está esperando el momento apropiado para abalanzarse sobre su presa. Pertenece a la vieja experiencia criminal el hecho de que un silencio no motivado provoca inseguridad en la gente y que a menudo la lleva a hablar más rápidamente que las preguntas insistentes.

Lucie Wiegand permanece aún expectante entre la puerta y el escritorio, no le falta experiencia en el trato con la Gestapo y sabe que el tanteo cuidadoso con formas de hablar amables y el silencio sólo son la tranquilidad antes de la tormenta.

–Sí, señora Wiegand –dice finalmente Siering–, hemos venido a verla porque necesitamos cierta información.

«Naturalmente, de eso se trata», piensa Lucie Wiegand.

–A su marido no hemos podido sacarle mucha información –prosigue Siering–, aunque seguro que mejoraría su situación si hablara con franqueza. Por lo que he pensado que quizá usted podría ayudarlo.

«A él », piensa Lucie Wiegand, «vosotros queréis que os ayude, pero os equivocáis conmigo, no conseguiréis sonsacarme nada».

–Siento no poder serle de ayuda –dice ella.

–No me ha dejado terminar, querida señora Wiegand –dice Siering tranquilamente, y le da unas cuantas caladas a su cigarrillo–. No tiene que decirnos usted nada sobre su marido, no es lo que queremos de usted, no somos los monstruos por los que probablemente nos toma. El señor teniente de policía Kiepert le confirmará que he venido hasta aquí de muy mala gana. ¿No es así, señor camarada?

«No es así, cerdo», piensa Kiepert.

–Sí, así es –contesta y asiente.

–Ya lo oye usted, señora Wiegand –dice Siering amistosamente–. Sólo quisiera saber de usted qué locales u otros puntos de encuentro frecuentaba su marido con sus compañeros, eso es todo.

«Qué frescura», piensa Kiepert y observa con curiosidad a la pequeña y delicada mujer, que permanece en medio de la habitación como una estatua. «¿Hablará?».

–Es algo que desconozco –contesta Lucie Wiegand–, no tengo ni idea de qué lugares frecuenta o ha frecuentado.

–Entiéndame usted bien –dice Siering algo impaciente–, usted no me tiene que decir nada sobre su marido, al contrario, tiene usted que ayudarlo. Le prometo que saldrá bien parado de ésta si podemos detener a los otros. Al fin y al cabo cada uno de nosotros puede ser el siguiente, ¿no es así?

Lucie Wiegand no contesta a la pregunta. «Éste no me va a atrapar», piensa, «todo esto es una trampa, bastante hábil, pero ya veo por dónde va».

Siering apura el cigarrillo con rápidas caladas y lanza la colilla en el cenicero.

–Así no podemos seguir –dice con un tono de voz algo más tajante, mientras que las pequeñas y simpáticas arrugas de los ojos han desaparecido.

«Ajá», piensa Kiepert, «ahora empieza todo».

Lucie Wiegand mira por encima del *Untersturmführer* a través de la ventana hacia el césped verde.

–Tendrá usted que intentar conseguir las informaciones que desea en otra parte –dice ella.

–¿Desde cuándo no ha visto a su marido? –pregunta Siering.

–Mi marido no vive aquí desde junio de 1914 –responde Lucie Wiegand intentando eludir la pregunta.

–Eso es algo que no me interesa –contesta Siering cortante–. Le he preguntado cuándo *vio* a su marido por última vez.

–Justamente entonces –contesta Lucie Wiegand.

–Mentira, señora Wiegand –opina Siering, todavía tranquilo, aunque en voz alta–, una mentira inaceptable. ¿Su marido ha vivido estos cuatro años en Berlín y usted no lo ha visto? ¿Quién se puede creer *eso*?

Lucie Wiegand calla obstinada y entrelaza con fuerza las manos. «Hay que mantenerse firme», piensa, «no hay que ceder, ocurra lo que ocurra».

–Simplemente no la creo –prosigue Siering, alzando la pierna que tenía cruzada y golpeando

con fuerza sobre la alfombra.

Está sentado con las piernas abiertas, dispuesto a ponerse de pie de un salto, con las manos sobre las rodillas, la cabeza estirada, la gorra calada hasta la nuca.

Lucie Wiegand encoge sus estrechos hombros y mira brevemente a Kiepert.

El teniente de policía aparta la mirada avergonzado. «No puedo ayudarte, pequeña mujer», piensa, «es más fuerte que yo, mucho más; tras él se encuentra el diablo en persona».

Siering se pone de pie de un salto y se planta a muy poca distancia frente a la pequeña mujer.

–¿Hablará usted ahora sí o no? –pregunta amenazante.

–No –contesta Lucie Wiegand con voz igual de alta y clara.

–¡Maldita cerda comunista de mierda! –vocifera ahora Siering–. ¡Voy a hacer que sueltes la lengua! ¡Aquí tienes la primera entrega!

Alza la mano y le suelta una bofetada en pleno rostro con el dorso.

Lucie Wiegand retrocede tambaleándose unos cuantos pasos y se apoya sobre la jamba de la puerta. Bajo el jersey azul claro el pecho delicado golpea con fuerza.

Kiepert se ha encogido como si el golpe también le hubiera alcanzado a él, observa como fascinado el rostro de Lucie Wiegand, en el que se ha perfilado una mancha oscura en la frente, y a continuación la mano de Siering, que ahora extrae impasible un cigarrillo del paquete azul.

–Bueno, tesoro mío –dice Siering sarcástico–, ahora ya sabes que no hay que bromear conmigo. Siéntate aquí.

Le acerca una silla con el pie.

Lucie Wiegand no se mueve de su sitio, se ha agarrado con fuerza a la jamba de la puerta y mira fijamente al *Untersturmführer*. Su rostro arde como el fuego, se ha vuelto rígido como una máscara.

–¡Que te sientes! –grita Siering, y se enciende el cigarrillo–. ¿También quieres uno, tesoro?

«Esto no hay quien lo aguante», piensa Kiepert y vuelve la mirada hacia la ventana.

–Así que abre de una vez tu dulce morrito –dice Siering mientras se pasea junto a ella de un lado a otro–. En los últimos cuatro años le has visitado a menudo, seguro que lo has hecho: eres una mujer joven y no tienes pinta de ser fría, seguro que no puedes pasar sin ello, lo necesitas, seguro que te diviertes haciéndolo, el famoso movimiento. ¿No es así?

«Vaya cerdo», piensa Kiepert asqueado.

Lucie Wiegand respira con dificultad, siente cómo las lágrimas se le agolpan en los ojos, aunque mantiene la compostura a toda costa. No, no quiere llorar, no debe mostrar ninguna debilidad frente a ése.

–Bueno, dime de una vez, ¿dónde estuvisteis juntos? –prosigue Siering sin perder de vista ni un momento el rostro de ella–. ¿En la Friedenstraße, en la Gollnowstraße, en la Landsberger Allee, en la Elbinger Straße, en la Löwestraße, en la Lebuser Straße? Como podrás ver, estoy perfectamente informado, mi niña. Dime de una vez dónde.

Lucie Wiegand permanece muda, se muerde los labios y hace caso omiso del horror.

–¿O quizá en casa del doctor Böttcher? –Siering lanza la pregunta como si fuera una flecha.

Lucie Wiegand no puede evitar un estremecimiento, aunque enseguida se recompone.

Siering lo ha percibido y suelta una carcajada triunfante.

–Deberías soltarlo todo de una vez, muñeca –dice, y se pasea con el cigarrillo encendido muy cerca de su rostro–. En caso contrario tendré que probar otro registro contigo; con otros muy diferentes a ti he terminado rápido, pequeño piojo. Tengo medios más que contrastados para hacer que este dulce morrito empiece a soltar. ¿Has oído hablar alguna vez del tercer grado?

Lucie Wiegand aprieta los labios y entorna los ojos.

–Bueno, ¿qué tal? ¿Acabaremos formando pareja nosotros dos? –sigue insistiendo Siering.

Lucie Wiegand abre la boca muy lentamente y se humedece los labios reseco con un rápido movimiento de la lengua.

–No –dice decidida.

–Me sabría mal por ti, tesoro mío –dice Siering, esbozando una sonrisa burlona de oreja a oreja–. Serías una simpática y pequeña gatita caliente si no fueras una comunista. Uno podría llegar a desearte, incluso.

Kiepert tiene la intención de abandonar la habitación, pues ya no se puede reprimir.

–Señor camarada –dice–, de esta manera...

Siering gira sobre sus talones como un relámpago.

–¿Qué es lo que ocurre? –berrea–. ¿Se ha vuelto usted loco? Aquí se trata de cosas más importantes que de una puta como ésta. ¿Entendido?

Kiepert se muerde los labios y no articula ni una palabra.

–¡Quiero saber si lo ha entendido usted! –grita Siering.

–Sí –profiere Kiepert con la boca pequeña.

–Eso es lo que quería oír –dice Siering aún amenazador, y da un par de caladas rápidas a su cigarrillo–. Bueno, ya estoy contigo de nuevo, mi niña. Hasta ahora parece ser que sólo has tratado con cobardes como ése –y señala a Kiepert con la cabeza–, pero yo estoy hecho de otros mimbres, querida. No te vayas a pensar que voy a tener más consideración contigo porque eres una mujer.

Lucie Wiegand abre los ojos entornados y observa fijamente al *Untersturmführer*.

–Quiero saber dónde está tu marido y puedes estar convencido de que te lo voy a sacar, aunque tenga que hacerte una cara nueva.

«¿Quiere saber dónde está Fritz?», piensa Lucie Wiegand, «eso significa que no lo han detenido». Respira profundamente y alza el pecho. «Le han seguido la pista, pero la han perdido y yo debo facilitarles esa pista, por ello ha venido este monstruo a Eichwalde».

Siering se planta de nuevo bien pegado a Lucie Wiegand y mantiene el cigarrillo como si fuera un arma frente a ella.

–¿Dónde está tu marido? –pregunta con una mirada que es una única y terrible amenaza–. ¿Vas a soltar de una vez el pico, pedazo de puta?

Lucie Wiegand se le queda mirando sin temor.

–No –contesta decidida.

–De acuerdo –dice Siering, alargando las palabras sin enfatizarlas, aunque no dejan de contener una terrible amenaza.

Kiepert se inclina hacia delante, tanto como si alguien le estuviera estrangulando.

Siering, que le saca una buena cabeza a la pequeña y delicada mujer, se inclina hacia ella.

–¿Qué es lo que llevas debajo del jersey, muñeca? –pregunta, con una voz que no ha perdido su dureza, pero en la que se adivina otro tono, una amabilidad repugnante.

«¿Qué pregunta es ésta?», piensa Kiepert. «No querrá... No, no es posible».

Lucie Wiegand pasa por alto la pregunta, en ella aún retumban las palabras de que no tienen a Fritz, no lo tienen, andan tras él.

–¿Así que no me lo quieres decir, pequeña? –dice Siering–. Presta atención, ahora mismo te lo voy a sacar.

Con un movimiento firme y duro, agarra las manos de Lucie Wiegand, que ella tiene apoyadas

sobre la jamba de la puerta, y las dobla con todas sus fuerzas hacia atrás; con la otra mano aprieta el cigarrillo sobre el brazo de ella, la brasa atraviesa en un instante la lana hasta llegar a la piel, enseguida huele a lana quemada y piel chamuscada. Lucie Wiegand intenta zafarse del abrazo del hombre de las SS, pero no puede ante la fuerza superior del hombre, que la tiene agarrada con mano de hierro y sigue presionando con el cigarrillo sobre el brazo. Kiepert está paralizado, estaba preparado para otra bofetada, pero algo así no se lo esperaba.

–Señor camarada –dice sin voz, adentrándose unos cuantos pasos en la habitación–, esto no puede ser.

–¡El pico cerrado! –grita Siering, aunque suelta a Lucie Wiegand y lanza la colilla con descuido sobre la alfombra.

Lucie Wiegand se desploma agotada contra la jamba de la puerta, cierra los ojos, tiene el rostro desenchajado, aunque sus labios no emiten ni un solo sonido.

Kiepert ha retrocedido de nuevo hasta la ventana. «No tengo ningún poder», piensa, «aunque naturalmente podría...». Un pensamiento se apodera de él, aunque enseguida lo rechaza. Durante unos pocos segundos ha sopesado disparar simplemente contra el *Untersturmführer*. Está convencido de que la señora Wiegand no lo delataría, aunque se trata únicamente de un arrebatado pasajero que requiere de valentía e iniciativa, algo que él no posee.

–Mi querido amigo –dice ahora Siering dirigiéndose a Kiepert–, usted y yo hablaremos después.

Toma asiento y cruza las piernas.

–Bueno, hermosa mujer –dice con una voz llena de sarcasmo y desprecio–, ¿vas a hablar ahora?

Lucie Wiegand abre los ojos, el rostro se le contrae por un momento.

–Sí –contesta con voz decidida.

–Bien, ya lo sabía yo –dice Siering tranquilamente, y se enciende de nuevo un cigarrillo–. ¿Y por qué no lo has hecho enseguida? Te habrías ahorrado el agujero en el jersey y el tatuaje en tu delicado brazo.

Kiepert aguza el oído. «¿Va a hablar?», piensa. «Pobre mujer, éste te ha cazado enseguida. Aunque su voz ha sonado tan extrañamente decidida, no como la de una persona que tras la tortura finalmente está dispuesta a confesar».

–Bueno, ¿y qué es lo que me quieres decir mi rico tesoro? –dice Siering–. Abre de una vez ese pico dorado.

Lucie Wiegand se endereza y apoya la espalda con fuerza sobre la jamba, como si necesitara de un apoyo para decir lo que quiere decir.

–¡Ni aunque me hagáis trizas conseguiréis arrancarme una sola palabra, tres veces maldita purria fascista!

Kiepert contiene la respiración, ahora debería ocurrir algo terrible.

Siering se ha quedado perplejo durante un segundo, aunque a continuación se endereza lentamente y de un salto se planta frente a Lucie Wiegand.

–Pedazo de carroña insolente, maldito pedazo de puta –empieza a gritar y le abofetea ambas mejillas del rostro, la agarra de los hombros y la arrastra hacia el interior de la habitación, se coloca respirando con dificultad junto a ella y alza el pie para darle una patada.

Entonces suena el timbre de la casa.

–¿Qué es lo que pasa? –brama Siering.

Kiepert mira por la ventana; el sol se ha puesto.

–Por lo que puedo ver hay un joven en la entrada del jardín –contesta entonces.

–¿Uno de ellos, Kiepert? –pregunta Siering.

–No lo creo –contesta Kiepert.

–Sólo los curas creen –le reprende Siering.

El timbre suena por segunda vez y a continuación por tercera vez.

–Vamos a echarle un vistazo al tipo ese que quiere meterse en el nido de los comunistas –dice Siering, cínico–. ¿Aunque cómo vamos a traer al chaval hasta aquí sin que se huela algo?

–Ya viene para aquí, no hace falta que se esfuerce usted –dice Kiepert, y respira hondo al haber concluido provisionalmente la terrible escena de antes.

–Ya se ha dado cuenta de que el portón del jardín está abierto. Ahora puedo ver perfectamente al joven. No lo conozco, por lo que puedo ver no es de Eichwalde.

Siering abre la puerta que da al recibidor y le lanza una rápida mirada a Lucie Wiegand. Ella permanece inmóvil sobre la alfombra, con la cabeza sobre los brazos doblados y los pies pegados al cuerpo. Sobre las mejillas se deslizan dos grandes lágrimas.

16 de abril, 19:00 horas

Lassehn sufre en la estación de Eichwalde un nuevo control. En esta ocasión se trata de dos civiles armados, que llevan un brazalete blanco con la inscripción «Seguridad urbana». Patrullan aburridos por el andén y se abalanzan con sentido del deber sobre todo forastero.

Lassehn muestra su documentación y puede irse inmediatamente, sólo se han limitado a mirarla por encima y se la han devuelto.

Ahora Lassehn camina a lo largo de la Bahnhofstraße. Tras unos cuantos días de ver ininterrumpidamente la devastación, la visión de una ciudad intacta resulta tan inconcebible como para una persona que se muere de hambre la visión de una persona bien alimentada. Aquí reina la tranquilidad, todo sigue tranquilamente su curso, quizá las personas se apresuran un poco más de lo que solían hacer en tiempos normales, las tiendas no son aquí agujeros tapados con tablones, aún conservan sus escaparates, las casas sus ventanas con cristales y sus tejados rojos, las calles están barridas, uno no pisa vidrios rotos ni tropieza con montones de escombros, los árboles muestran sus primeros brotes verdes, los arbustos de los jardines delanteros de las casas ya han brotado hace tiempo y en los jardines traseros se remueve la tierra, como si la cosecha estuviera asegurada.

En esta pequeña ciudad idílica parece que hasta el momento la guerra a las puertas de Berlín haya pasado de largo.

A medida que Lassehn se aleja de la estación, más profundas son la tranquilidad y la paz. Si en las cercanías de la estación prevalecen las casas y los jardines son únicamente apéndices, ahora dominan los jardines, en los que se han colocado las casas. El silencio aturde a Lassehn, oye sus propios pasos sobre el adoquinado, el canto de los pájaros penetra en sus oídos, el viento lo abanica como un velo, no levanta el polvo de la cal y tampoco la ceniza lleva hasta todas las esquinas el olor a quemado.

Mientras camina por las calles y sufre un leve mareo tiene que pensar en Wiegand, para el que está haciendo este camino y que desde hace años rehúye estas calles. Esta exclusión durante años del propio círculo vital, la constante tentación de regresar a él desde una existencia a la sombra, le parecen a Lassehn aún más pesados e insoportables que el peligro que acecha, que como la punta de una lanza continuamente apunta a su corazón. Lassehn no puede sentir verdaderamente la quietud, que aquí en cierto modo cubre los jardines; se trata de una quietud que le produce una nostalgia dolorosamente melancólica, porque se trata de una quietud en medio de un huracán de terribles muertes y mutilaciones de todo tipo, de odio y vileza; y esa quietud no es real, sino sólo una inspiración antes de más odio y nuevas vilezas. Esa quietud muchas veces le ha impresionado, cuando de noche estaba de guardia y contemplaba el cielo, las estrellas centelleaban las unas junto a las otras y la luna derramaba su luz fría y azul sobre el paisaje.

«Este cielo se extiende sobre todas las personas», pensó entonces, «sobre todas las personas que ahora descansan en sus camas y sacos de dormir, sobre la paja o la tierra, y que se han hundido en el sueño, que han interrumpido sus quehaceres y que a la mañana siguiente tendrán que seguir con su vida maldita y bienaventurada, su vida miserable y satisfecha. ¿Por qué la paz de la

noche no puede continuar hasta el día, por qué la naturaleza es sólo un acumulador que concentra nuevas fuerzas para transformarlas de nuevo en muerte y ruina?»).

Lassehn ya se encuentra frente al portón del jardín con el letrero de aluminio donde se lee *Wiegand* y llama al timbre, oye cómo suena y espera. Nadie viene a abrirle. Vuelve a llamar una segunda vez y aprieta el timbre más por jugar que por una finalidad, hasta que la puerta cede, pues no está cerrada.

«Así que está en la casa», piensa Lassehn y se dirige por el camino de grava hacia la casa, llama a la puerta y entra dentro. Está en un pequeño recibidor, carraspea de forma audible, aunque la casa sigue en silencio, un silencio oprimente...

«Qué extraño», piensa Lassehn y niega de forma imperceptible con la cabeza. «Todas las puertas están abiertas, he llamado dos veces al timbre, pero nadie ha contestado».

Se adentra unos cuantos pasos en el recibidor y observa un cuadro de unos cuantos patos salvajes sobrevolando unas dunas de un solo tono y barrones. Vuelve a carraspear.

—Por aquí, joven—dice de repente una voz masculina desde una puerta entreabierta.

«Parece que tiene visita», piensa Lassehn. Llama dos veces a la puerta y la abre.

—Buenos...

No puede terminar la frase, es como si de repente el corazón se le hubiera subido a la garganta con una enorme violencia. Enfrente suyo ve a un oficial de las ss y a un policía. Maldita sea, ha caído en una trampa.

El oficial de las ss ha aprovechado ese segundo de pánico de Lassehn para cerrar detrás de él la puerta: el funcionario de policía está apoyado en su uniforme verde sobre el alféizar de la ventana con los brazos cruzados. Lassehn reconoce ahora que tiene rango de teniente.

—Colóquese frente al escritorio—dice el *Untersturmführer*, autoritario—, vaya usted con cuidado, no tropiece.

Lassehn vacila por un momento, un leve temblor se apodera de él, los pensamientos son confusos, un terrible cansancio se apodera de él.

—¿No ha oído usted?—se dirige de nuevo a él el *Untersturmführer*.

Lassehn da un paso en la dirección que le han ordenado, mientras intenta ordenar a toda prisa sus pensamientos. «No darse por perdido enseguida cuando entres en un sitio», le ha dicho Klose, «siempre queda esperanza: lo que a simple vista da determinada impresión a menudo es simplemente porque tú te das por vencido; para morir siempre queda tiempo». Ahora ve lo que en la penumbra de la habitación había permanecido oculto: hay una mujer en el suelo, con las manos protegiéndose la cabeza y las piernas pegadas al cuerpo. En un momento lo tiene todo claro, la mujer no puede ser otra que la señora Wiegand y la forma en la que yace indica claramente que...

—Si no obedece usted inmediatamente mi invitación inequívoca—dice el *Untersturmführer* con tono cínico—, puede considerarse hombre muerto.

«Calma», piensa Lassehn y recorre los cuantos pasos que le quedan hasta el escritorio, «calma, no te precipites, la oportunidad de actuar rápido como un rayo ya ha pasado, en todo caso; no sólo se trata de mí, sino también de la mujer. Dios mío, quién sabe qué le debe de haber hecho este perro».

—Por fin—dice el *Untersturmführer*—. ¿Es usted siempre tan lento?

Lassehn no contesta, reprime con determinación la excitación que se apodera de él como agua hirviendo, aprieta con fuerza los dientes con el fin de domarla. No tiene ningún sentido intentar algo, la situación no es favorable, el oficial de las ss se ha colocado frente a la puerta, el teniente

de policía frente a la ventana y la otra ventana está a unos seis metros. Para alcanzarla debería cruzar la habitación a lo largo y, aunque fuera posible llegar hasta ella, no puede dejar a la mujer sola.

–¿A qué ha venido usted? –le empieza a preguntar el *Untersturmführer* a Lassehn.

–Vengo de visita –contesta Lassehn–. ¿Está prohibido?

El *Untersturmführer* lo examina de la cabeza a los pies.

–¿A quién ha venido a visitar?

–A la señora Wiegand, naturalmente –contesta Lassehn.

Por primera vez desde que Lassehn ha entrado en la habitación Lucie Wiegand se mueve, alza la cabeza y lo mira con los ojos anegados en lágrimas, pero como se encuentra a la sombra del escritorio y el ocaso ya se ha hecho notar en el interior, Lassehn no puede distinguir su rostro.

–Excelente –dice el *Untersturmführer*, sarcástico–, aunque yo no encuentre para nada como algo normal que visite usted a la señora Wiegand. Nosotros también estamos aquí para visitar a la señora Wiegand, aunque a *nosotros* no nos resulte tan natural como a *usted*.

Lassehn mira con aire retador al *Untersturmführer*.

–¿Qué es lo que quiere usted de mí?

–Usted no hace aquí las preguntas –le corrige de forma abrupta el *Untersturmführer*–. ¿Por qué visita usted a la señora Wiegand?

–Porque la señora Wiegand es la madre de uno de mis compañeros de escuela –contesta Lassehn, preparado ya para una pregunta de este tipo.

Suerte que Klose me ha informado lo que ha podido, piensa agradecido Lassehn, el bueno de Klose, has pensado en todo.

Lucie Wiegand alza durante unos pocos segundos la cabeza y se queda mirando a Lassehn, deja caer de nuevo la cabeza pesadamente entre los brazos.

–¿Cómo se llama usted? –pregunta el *Untersturmführer*.

–Horst Winter.

–¿Vive usted en Eichwalde?

–Antes vivía aquí.

–Dios, que cariñosamente apegado –se burla el *Untersturmführer*–, a pesar de la terrible situación del transporte ha venido hasta aquí desde... ¿desde dónde?

–Desde Reinickendorf.

–... desde Reinickendorf hasta Eichenwalde –prosigue el *Untersturmführer*–. Resulta conmovedor cuando uno lo toca un poco.

Entonces se dirige al teniente de policía.

–¿Conoce usted al joven, señor camarada?

El teniente de policía niega con la cabeza.

–No, no le conozco, aunque naturalmente no quiere decir mucho, pues yo sólo resido en Eichwalde desde el año mil novecientos cuarenta y...

–Está bien –dice el *Untersturmführer* con un gesto de rechazo–. Usted sí que conoce al joven, señora Wiegand, ¿verdad?

–Sí –dice Lucie Wiegand en voz baja–, le conozco.

–Claro, no se podía esperar otra cosa. ¿Cuál me ha dicho que es su nombre? –pregunta el *Untersturmführer* con un guiño malvado.

–Horst Winter –contesta Lassehn rápidamente.

El *Untersturmführer* levanta el brazo y abofetea a Lassehn con el dorso de la mano.

–Como vuelvas a abrir la boca cuando no se te haya preguntado –grita enfurecido–, recibirás otra, pero esta vez con el puño.

Lassehn retrocede tambaleándose. Por una milésima de segundo considera devolver el golpe, pero sólo cierra los puños con fuerza. Quizá hubiera tenido una pequeña oportunidad de tumbar al golfo de las ss si se la hubiera devuelto enseguida, pero tiene que contar con el policía y, sobre todo, con la mujer. Escapar, huir no sólo no tendría sentido, sino que también sería una canallada dejar a la mujer indefensa en manos de esos bandidos.

–¿Quién te envía? –pregunta el *Untersturmführer*.

Antes de que Lassehn pueda siquiera abrir la boca añade amenazador:

–Y no intentes mentirme, si no las vas a pasar canutas.

Lassehn no contesta y observa atentamente la habitación.

El *Untersturmführer* se ha dado cuenta de ello.

–No saldrás vivo de esta habitación –dice y saca la pistola de la cartuchera de cuero marrón–, si intentas huir.

Lassehn se muerde los labios, ahora se da cuenta de que se ha equivocado, de que debería haber respondido nombrando cualquier nombre y dirección, mostrarse sumiso con el fin de debilitar la atención del bandido de las ss. Va a intentar corregirlo, no de golpe, no de forma llamativa. Con el fin de no despertar ninguna sospecha, se va a contradecir...

–Vamos, abre de una vez el pico –le dice el *Untersturmführer* en un tono que oscila entre la amenaza y la persuasión–, sabemos mucho más de lo que puedas imaginar.

–Entonces no me necesita usted –contesta Lassehn obstinado.

El *Untersturmführer* coge aire con estruendo, como si se tuviera que contener con fuerza.

–Óyeme, este trasto se dispara muy fácilmente –dice y juega con el seguro de la pistola–. ¿Hablarás ahora?

Entonces Lucie Wiegand alza la cabeza.

–No –dice–, no, no, no, no hablará.

–Cierra el pico, carroña –grita el *Untersturmführer* y le pega una patada–. Tú espera, palomita mía, ya verás cómo en Ravensbrück te inculcan buenos modales.

«Serás perro», piensa Lassehn.

–Deje a la mujer en paz –dice él–, se lo contaré todo.

–Bien –opina el *Untersturmführer*–. Eres más sensato que esta de aquí. ¿Quién te ha enviado a Eichwalde? ¿Wiegand o el doctor Böttcher?

«Caramba», piensa Lassehn, «éste parece realmente saber bastante».

–¿Quién ha dicho usted? ¿El doctor Böttcher?

–Así es, el doctor Böttcher, ya me has entendido bien.

–No lo conozco –contesta Lassehn, encogiéndose de hombros.

El *Untersturmführer* se pega a Lassehn y le coloca el cañón de la pistola sobre el cuerpo.

–Si te piensas que me puedes tomar el pelo, estás muy equivocado, joven –dice amenazador–. ¿Quién te ha enviado, entonces?

–Un tal Richter –contesta Lassehn, y mira hacia la pistola. «Tiene el seguro puesto», piensa, «ha estado tanto rato jugando con ella, que finalmente ha olvidado quitarle el seguro. Resulta extraño, pero el poli está completamente pasivo, está allí como si esto no le concerniera. Si al final tengo que disparar, ¿tendré que terminar también con él?».

–¿Dónde está Richter? –pregunta el *Untersturmführer*, enfadado–. ¿Dónde vive?

–No lo sé –contesta Lassehn, y alza los hombros–, siempre me he encontrado con él en un tercer lugar.

–¿Dónde?

–O en el Prälat o en Wollermann de la Alexanderplatz.

–¿También acudía Wiegand?

–A veces.

El *Untersturmführer* separa un poco la pistola y mira a Lassehn con las cejas arqueadas.

–¿Y dónde vive Wiegand?

Lucie Wiegand se endereza.

–No diga nada –le grita–. No debe revelar nada.

El *Untersturmführer* retrocede un paso y se vuelve en parte hacia Lucie Wiegand.

–¡Tú espera, maldita perra! –exclama todo furioso, alza la pistola y va a pegarle con la culata.

Entonces Lassehn le suelta una violenta patada que lo tumba y, en el mismo momento, saca el revólver del bolsillo y dispara tres veces al *Untersturmführer*, se da la vuelta y dirige el arma contra el teniente de policía.

–¡Manos arriba! –le grita–. Al menor movimiento, le mato como a este de aquí.

El teniente de policía está completamente sorprendido y levanta enseguida los brazos.

Lassehn rodea el escritorio y lanza una rápida mirada al *Untersturmführer*.

–Éste ha estirado la pata –dice, y se sorprende a sí mismo de que su voz suene tan relajada.

Una duplicidad extraña de los hechos, nunca en su vida había matado conscientemente y ahora, en dos noches seguidas, ha matado a dos hombres, aunque lo que ayer le había alterado, lo deja ahora completamente frío.

–Vaya usted ahora mismo a esa esquina –le ordena al teniente de policía–, de cara a la pared. Dispararé enseguida como no obedezca usted cada una de mis indicaciones.

El teniente de policía se dirige lentamente hacia la esquina y se apoya con los brazos alzados contra la pared.

–¿Qué piensa hacer usted? –pregunta con voz temblorosa.

–Sólo quiero ir a un lugar seguro, eso es todo –dice Lassehn, mientras se acerca al teniente de policía y le saca la pistola de la cartuchera de cuero. Vuelve sobre sus pasos y se ocupa de Lucie Wiegand.

–Póngase en pie, señora –dice y coloca el arma sobre el escritorio–. Prepare usted enseguida una o dos maletas, aquí ya no se puede quedar.

Lucie Wiegand se encuentra pequeña y delicada frente a Lassehn, le llega justo a la altura de los hombros y le observa larga e insistentemente.

–Se lo agradezco –dice mientras estrecha la mano de Lassehn.

Lassehn retira la mano rápidamente.

–Tonterías –dice avergonzado–, ahora no podemos entretenernos con agradecimientos y sentimentalismos, debemos apresurarnos a salir de aquí lo antes posible. A ése –dice, señalando al teniente de policía–, lo encerraré en el sótano. ¿Me indica usted el camino?

Lucie Wiegand asiente.

–La entrada trasera conduce al sótano –dice–. Kiepert siempre fue correcto conmigo –añade como un ruego.

–Venga usted –le dice Lassehn al teniente de policía–. Prescindiré de maniatarle y amordazarle si se mantiene tranquilo. Sólo quiero encerrarle en el sótano por nuestra propia seguridad.

El teniente de policía se da la vuelta, tiene el rostro lívido, el labio superior le tiembla como si

tuviera escalofríos, lanza una mirada furtiva al *Untersturmführer*, que yace frente a la puerta que estaba vigilando.

–Vamos, no tenemos tiempo –dice Lassehn impaciente y abre de un empujón la puerta–. Le repito, como arme usted follón recibirá tres balas, igual que ése. ¿Está claro?

–Sí –dice el teniente de policía en voz baja y se detiene indeciso frente al cadáver del *Untersturmführer*.

–Andando –dice Lassehn–. ¿O es que no había visto usted nunca a un muerto?

El teniente de policía calla y pasa por encima del cadáver; tiene los hombros caídos, los brazos le cuelgan sin fuerzas de las articulaciones, lleva la cabeza baja.

Cuando se disponen a descender por las escaleras del sótano, Lassehn dice de nuevo:

–Le advierto, no llame usted la atención hasta que hayamos abandonado la casa.

El teniente de policía se detiene en la puerta del sótano.

–Lo mejor es que me mate –dice en voz baja–. ¿O se piensa usted que tras lo que ha pasado podré seguir de servicio?

–Eso no me interesa para nada –dice Lassehn categórico–. Por mí puede usted decir que una banda armada asaltó la casa o invéntese usted otra historia de un robo. Y ahora entre usted de una vez.

El teniente de policía sigue dudando.

–Como puede usted imaginarse...

Lassehn ya no le presta atención, empuja al teniente de policía y cierra la puerta del sótano con llave.

–Éste está despachado y a buen recaudo –dice y sonríe a Lucie Wiegand.

Lucie Wiegand le devuelve la sonrisa.

–Y yo le elogio por ello –le contesta.

Lassehn mantiene las distancias.

–Espero que no me haya equivocado al no haberle disparado también al poli –dice pensativo cuando vuelven a subir por las escaleras del sótano–. En todo caso, debemos darnos prisa, señora.

–Deje usted a un lado lo de «señora» –dice Lucie Wiegand con sencillez–, nunca he pretendido que se dirijan a mí con ese tratamiento y en las circunstancias actuales suena directamente a burla.

Niega con la cabeza.

–¿Adónde me quiere llevar? Ni siquiera sé aún de dónde y de parte de quién viene.

Lassehn sonríe.

–Tiene usted razón, todavía no hemos hablado o no hemos podido hablar de ello, esta situación excepcional me ha engullido como un torbellino, por lo que tampoco me he podido presentar.

Ascienden juntos la escalera.

–Me llamo Joachim Lassehn.

–Yo soy Lucie Wiegand.

Intercambian los nombres como un saludo, sin inclinarse, ni agachar la cabeza, sin fórmulas de cortesía como «Permítame usted» o «Mucho gusto»; ocurre como un gesto de camaradería obvio.

–Aunque también me debería decir, señor Lassehn... –empieza a decir Lucie Wiegand.

–Disculpe usted si la interrumpo –dice Lassehn rápidamente–, pero el tiempo apremia, debemos irnos de aquí lo antes posible, después se lo explicaré todo.

Lucie Wiegand asiente.

–Tiene usted razón –dice ella–, aunque ya estoy en disposición para partir, mi maleta para el refugio antiaéreo siempre está preparada.

–Excelente –dice Lassehn–, cuanto antes escapemos de aquí mejor, pues no sé si el de allí abajo no intentará armar follón y no quisiera...

Lassehn se detiene y mira de forma algo insegura a la pequeña mujer, que se dirige a una puerta y la abre.

«No quisiera tener que matar a otro», quería haber dicho, aunque se contiene, pues sus palabras podrían sonar o incluso interpretarse de tal manera que darían a entender que él estuviera acostumbrado a matar a gente y hablar sobre ello de la forma fría y sin escrúpulos en la que lo hacen los mercenarios nacionalsocialistas. Lassehn sabe el esfuerzo que le supuso ayer disparar sobre el vigilante nazi, cuando por primera vez tuvo que matar a alguien no por orden sino por propia iniciativa. Y aún hoy, cuando la pura legítima defensa y la de una mujer indefensa le ha puesto el arma en la mano con una fuerza imperiosa, la muerte de este *Untersturmführer* no le es del todo indiferente. También este oficial de las SS –aunque haya sido un bandido– es una persona, que ha salido del seno de una madre, ha respirado, se ha movido, ha hablado y ahora... «Maldito sentimentalismo», se reprende a sí mismo Lassehn. «¿Qué es lo que decía y cómo se movía? ¿Por qué tienes que justificarte?».

Lucie Wiegand le toca el hombro.

–Hola, señor Lassehn –dice, y lo mira preocupada–. ¿Qué es lo que le pasa?

Lassehn se despierta como de un sueño.

–Disculpe, estaba absorto en mis pensamientos...

«A años de luz de aquí», quisiera haber dicho, aunque no es verdad: estaba con ellos allí mismo, en la habitación que tiene la puerta completamente abierta y en la que yace inmóvil el hombre del uniforme gris.

–Voy a poner rápidamente unas cuantas cosas en una maleta pequeña –dice Lucie Wiegand–. Sólo dígame una cosa rápidamente. ¿Qué ha pasado con mi marido?

–Su marido está sano y salvo –contesta Lassehn–, sólo que ha tenido que desaparecer de la Lebuser Straße. Por ello me envié a Eichwalde, para comunicarle esta noticia.

El rostro de Lucie Wiegand se ilumina.

–Se lo agradezco –dice ella–. Y ahora...

Su paso, que hasta ahora mismo era un poco lento, se agiliza de repente.

–¿Le puedo ayudar? –pregunta Lassehn.

–No –dice Lucie Wiegand y se sonroja un poco–, se trata sólo de unas cuantas cosas personales que quisiera poner rápidamente en la maleta.

Se interrumpe y arruga la frente.

–Bueno, sí –añade–, podría traer las dos maletas que hay debajo de la escalera del sótano. ¿Puede?

–Naturalmente –contesta Lassehn, diligente.

Mientras Lucie Wiegand entra en la habitación, Lassehn se mantiene inmóvil durante unos segundos en el umbral. Había algo más que se quería llevar... exacto, era eso. Sorteó el cadáver al entrar en la sala y agarra la pistola del *Untersturmführer*. «Quizá nos sea de mucha utilidad», piensa.

–Señora Wiegand –dice y llama a la puerta–, ¿podría usted llevar las dos pistolas en su maleta? Es posible que las necesitemos con urgencia.

–Por supuesto –contesta Lucie Wiegand y se dispone a tomar ambas pistolas.

El contacto del hierro frío hace que se estremezca un poco y que se aparte rápidamente.

–Todo irá bien –dice y cierra la puerta tras de sí.

Lassehn enseguida se reprocha haberle despertado una emoción innecesaria gracias a la visión y el contacto de las armas.

En la casa reina el silencio, el único ruido que se oye es un susurro que proviene de la habitación en la que Lucie Wiegand hace su maleta. Del sótano no llega ni un sonido.

Lassehn desciende por la escalera del sótano haciendo ruido a propósito y después escucha atentamente tras la puerta. El teniente de policía se comporta tranquilamente, no se oye ni una pisada. Lassehn encuentra las dos maletas debajo de la escalera y las lleva hasta el recibidor.

En el mismo momento aparece también Lucie Wiegand en la puerta. Viste un abrigo, se cubre la cabeza con un pañuelo de colores y lleva una pequeña maleta de cuero marrón oscuro.

–Podemos irnos, señor Lassehn –dice con una voz completamente tranquila, sin huella alguna de excitación.

Lo dice con la misma naturalidad con la que le pediría que pasara de una habitación a otra.

Lassehn agarra las dos maletas, sigue pensando unos momentos y mira disimuladamente el rostro de Lucie Wiegand. «Es terrible», piensa, «ahora esta mujer debe abandonar su casa y lanzarse a la incertidumbre; aquí lo deja todo, donde está su corazón, quizá cosas insignificantes, pero que en la vida de una mujer significan mucho, objetos a los que la unen años de vida, que forman parte de sí misma y que debe cortar con el cuchillo afilado de la renuncia obligada.

–¿A qué espera usted? –le pregunta Lucie Wiegand, y vuelve su rostro para mirarlo fijamente.

«Una mujer admirable», piensa Lassehn y nota cómo le invade una gran ola de respeto y ternura; ese dominio íntegro de sí misma, ese rasgo de decisión en su rostro, esa mirada limpia, aunque en su interior sienta rabia y dolor.

–Sí, vámonos –dice él.

Cuando abandonan la casa ya es prácticamente de noche; cruzan el jardín y abandonan el terreno por la parte trasera. Cuando alcanzan el bosque lindante, Lucie Wiegand se detiene unos momentos y echa la vista atrás. Su casa se dibuja como una silueta en el cielo oscuro, superada por las sombras altas y ondulantes de los árboles. Se vuelve decidida y se adentran en la oscuridad del bosque.

16 de abril, 19:30 horas

Antes de entrar en cualquier inmueble, Wiegand procura observar atentamente a su alrededor. Cuando a última hora de la tarde se acerca por el lado norte de la Frankfurter Allee a la casa del doctor Böttcher también observa atentamente alrededor suyo.

La calle no está muy transitada, la Frankfurter Allee ha fenecido bajo unas cuantas sacudidas duras y precisas de la aviación británico-americana. Aquí los comercios ya no existen.

Las viviendas sólo existen ocasionalmente y también ha perdido su condición de arteria principal del tráfico, pues su asfalto liso como un espejo muestra baches y cráteres. Forma parte de este Berlín, cuyo semblante, según dice el doctor Goebbels, muestra rasgos heroicos, pues sangra a través de muchas heridas.

En el paseo, casi enfrente del inmueble número 14, unos trabajadores están ocupados en cerrar provisionalmente el techo del túnel del metro y apartar los cables que cuelgan de la catenaria del tranvía. Al borde del cráter que ha hecho una granada hay un hombre observando a los trabajadores. Hay algo de la apariencia de ese hombre que le resulta familiar a Wiegand, su manera algo zafia de andar ocioso por allí, con las manos en los bolsillos del pantalón y el sombrero de fieltro apoyado en la nuca; esa postura de espera tensa prácticamente imperceptible, aunque evidente.

El hombre hace ver que observa con interés a los trabajadores, aunque su mirada no deja de desviarse una y otra vez hacia la acera, donde no hay nada que ver que no sean las acostumbradas ruinas, a excepción del inmueble del número 14 con un letrero en el cual se leen unas cuantas palabras de color negro sobre un esmalte que había sido blanco:

DR. WALTER BÖTTCHER

Medicina general

Horario de visitas: 9 - 10 horas y 16 - 18 horas
a excepción de miércoles y domingos por la tarde

Wiegand quiere asegurarse del todo, se dirige despacio hacia la zanja y observa de pasada el rostro del hombre. Ahora está seguro. Este espectador supuestamente inofensivo no es otro que el hombre de la mochila que ayer por la noche lo siguió con tanta insistencia desde la Lebuser Straße hasta la Petersburger Straße y del que digamos que se pudo deshacer durante la alarma aérea. No puede ser una casualidad que este hombre está remoloneando por aquí ahora, frente a la casa del doctor Böttcher, es la prueba evidente de que la investigación ya tiene un alcance mucho mayor del que habían supuesto y que ahora también el doctor Böttcher esté incluido en esta pesquisa demuestra que de alguna manera a través de él, Wiegand, lo han relacionado con el doctor Böttcher y andan tras su rastro.

Wiegand se aleja de nuevo de la zanja. El hombre no se ha dado cuenta de su presencia, pues observa fijamente el portal del inmueble número 14. Todo lo que lo rodea no le interesa. Ni se le ocurre pensar que él mismo pueda estar siendo observado, piensa que mostrándose supuestamente

interesado en la zanja de una obra ya es suficiente camuflaje para pasar desapercibido. Wiegand ríe para sus adentros, aunque enseguida se pone serio, tiene que llamar enseguida al doctor Böttcher con el fin de advertirle. Aunque no resultará sencillo, pues en esta ciudad bombardeada no hay muchos teléfonos en funcionamiento.

Wiegand se adentra en la Tilsiter Straße. Aquí la destrucción no está tan extendida, por lo que debería ser posible dar con un teléfono en servicio. Sin embargo, cuando pregunta en los estancos y restaurantes por la posibilidad de utilizar un teléfono, sólo se le contesta con un encoger de hombros y un negar con la cabeza, pues el aparato está sin luz o la centralita fuera de servicio. La envoltura protectora que rodea los sensibles cordones nerviosos de la ciudad, los cables de teléfono y electricidad, así como los conductos de agua, está abierta en canal y desgarrada. Sólo en la Kochhamstraße, enfrente de la fábrica de cerveza Schultheiss-Patzenhofer encuentra un estanco con un teléfono que funciona. Marca los seis números en el disco, aunque ya tras marcar la segunda cifra se oye la señal de ocupado, por lo que cuelga el auricular y prueba por segunda vez poco después. Sin embargo, ni a la tercera ni a la cuarta consigue establecer la comunicación. Una y otra vez salta ese zumbido en el auricular.

Wiegand regresa malhumorado a la Tilsiter Straße, pues debe hablar a toda costa con el doctor Böttcher. Ha quedado con Schröter para hablar de la activación de sus grupos y debatir la posibilidad de una colaboración. Aunque en efecto el doctor Böttcher esté igualmente bajo sospecha, con él caería una central importante, no sólo porque la consulta resulta ser un punto de encuentro ideal, sino porque la ocupación como médico del doctor Böttcher justifica sus continuas salidas y lo legitima para hacerlo a cualquier hora del día y de la noche.

Wiegand ha llegado de nuevo a la Frankfurter Allee. El soplón sigue aún en el paseo, vuelto en parte hacia la zanja y en parte hacia el inmueble número 14. Está descartado acceder a la casa sin ser visto por él y la casa no dispone de una entrada posterior, aunque...

Es una posibilidad. Wiegand dobla la Tilsiter Straße hacia la Frankfurter Allee, camina por ella hasta la Petersburger Straße, la cruza y se dirige a la otra acera de vuelta hasta la Lasdehner Straße. La Lasdehner Straße forma con la Frankfurter Allee en ángulo agudo; los patios de las ruinas de la Lasdehner Straße limitan con los patios traseros de las casas de la Frankfurter Allee y eso es lo que ahora mismo necesita Wiegand. Cruza una puerta cochera incendiada y medio derruida, trepa por las escombreras de un antiguo edificio transversal y se planta en el patio posterior del inmueble de la Frankfurter Allee número 14. La vivienda del doctor Böttcher dispone en el ala lateral de una entrada trasera, que pocas veces se utiliza y casi siempre está cerrada con candado.

Wiegand sube la escalera trasera y llama a la puerta de atrás con su señal.

Pasan unos pocos segundos hasta que alguien abre el pestillo.

—Hola, Wiegand —dice el doctor Böttcher, cordial, y le estrecha la mano—. ¿De esta manera tan inusual?

Wiegand entra y cierra la puerta tras de sí.

—Tiene sus motivos —dice—. ¿Está Schröter con usted?

—Estábamos esperándole —contesta el doctor Böttcher—. ¿Algo se ha torcido?

Caminan a lo largo del pasillo. Wiegand asiente y saluda a Schröter, describe la situación en frases cortas.

—Nos siguen la pista —finaliza su informe—, es así y punto.

Durante unos pocos segundos se produce un silencio grave entre los hombres.

—Primero debemos averiguar quién está siendo seguido —dice Schröter—, si el doctor Böttcher o

tú, Wiegand.

–Eso es muy sencillo de averiguar –dice el doctor Böttcher–. Cuando después haga una visita médica se verá.

–No necesariamente –le replica Schröter–, la vigilancia no tiene que estar enfocada a usted personalmente, sino más bien a su consulta, al círculo de sus pacientes.

–Me vigilan a mí –dice Wiegand decidido–, no tengo la menor duda, ese de allí abajo sólo me espera a mí. ¿Aunque cómo se les ha ocurrido a esos tipos esperarme precisamente aquí, delante de su casa, doctor?

El doctor Böttcher se encoge de hombros.

–¿Quizá ya le estaban siguiendo antes, Wiegand?

–Imposible –opina Wiegand–, seguro que me hubiera enterado.

–No eres infalible –deja caer Schröter.

–Si hubieran estado siguiendo a Wiegand antes –dice el doctor Böttcher sin participar en la controversia–, eso significaría que también pondrán bajo vigilancia el restaurante de Klose, si no lo han hecho ya.

Wiegand niega con la cabeza.

–No, en casa de Klose estuvo siempre todo despejado –dice–, tienen que contar con una sospecha muy fundada para poner a un hombre justo delante de su casa. ¿Pero cuál?

–Sus visitas a mi consulta se han justificado sin más y de manera creíble –dice el doctor Böttcher–. Usted se encuentra aquí en tratamiento.

Wiegand mira fijamente al doctor Böttcher.

–¡Tratamiento! ¡Ésa es la palabra clave! –grita–. ¡El volante médico, doctor, el volante médico!

–¿El volante médico? –pregunta el médico perplejo.

–En mi volante médico aparece su nombre, doctor –exclama impaciente Wiegand–. En enero estuve de baja, por lo que, naturalmente, tuve que entregar el volante médico en el departamento de personal...

–Es posible –dice el doctor Böttcher pensativo–. Resultaría interesante saber a quién le sigue los pasos la Gestapo, si al trabajador de los ferrocarriles Adamek o al antiguo diputado Wiegand.

–En la Lebuser Straße sólo ha residido un tal Adamek –dice Wiegand–, sin duda que hace tiempo que le han dado carpetazo a la búsqueda de Wiegand, hace cuatro años que no cuentan con pruebas para el expediente.

–Yo también lo supongo –se inmiscuye Schröter–, especialmente tras el veinte de julio que han tenido que ocuparse de otras cosas.

–Yo opino lo contrario –le replica el doctor Böttcher–, precisamente el 20 de julio puede haber provocado que se hayan revisado todos los viejos expedientes y que hayan emitido nuevas órdenes de búsqueda. Aunque dejemos esto a un lado. Ahora es importante averiguar si tienen mi vivienda bajo vigilancia o si el hombre apostado en el paseo sólo espera a Wiegand. Si se tratara de lo primero deberíamos reorganizar nuestro trabajo enseguida.

–El asunto es de una significancia tan fundamental que tendremos que comprobarlo.

–¿Y cómo pretendes hacerlo? –pregunta Schröter.

–Pasando simplemente a su lado –contesta Wiegand–, si me sigue ya lo habré comprobado, si no lo hace también lo tendremos claro.

–¿Quiere usted que le descubran? –pregunta el doctor Böttcher sorprendido–. Me parece peligroso.

–Lo sé –dice Wiegand–, pero tiene que ser así. En todo caso, puede estar usted seguro de que

me libraré rápidamente de él. Para ello tú me serás de utilidad, Schröter.

Schröter asiente.

–Lo haré –le confirma–, aunque ahora debemos ocuparnos de una vez del orden del día.

–El único punto a tratar es la colaboración de los grupos *Ringbahn* y *Berolina* –dice sonriendo el doctor Böttcher.

También en el rostro de Wiegand se dibuja una sonrisa.

–Aprobado unánimemente –dice.

–En principio necesitamos octavillas –opina Schröter–, nuestra imprenta fue bombardeada el pasado viernes. ¿Puede usted ayudarnos?

El doctor Böttcher asiente.

–Ahora mismo le puedo entregar trescientas –contesta, se pone de pie, descuelga un cuadro de la pared y abre una caja fuerte–. Esto es lo que tenemos ahora mismo aquí.

Schröter agarra la hoja que le entregan. «Cómo comportarme durante los ataques aéreos. Publicación de la Unión de Refugios Antiaéreos del Reich», lee.

–Muy bonito, incluso con un emblema nacional, a primera vista completamente fiable. Ahora vamos a ver cómo debo comportarme.

Vuelve la hoja.

¡Al pueblo alemán y a la Wehrmacht alemana!

Profundamente preocupados por el destino de nuestro pueblo, nos hemos decidido a pesar de las diferencias entre las creencias y las inclinaciones políticas...

–Un momento –se interrumpe–. Se trata de...

–... del *Manifiesto del movimiento nacional por la paz* –completa el doctor Böttcher.

–... de diciembre del 42 –prosigue Schröter y deja la octavilla sobre la mesa–. Señores, esto ya no es actual y además resulta demasiado largo.

Wiegand coge la octavilla y la lee por encima.

–Tienes razón –dice–, el manifiesto ofrece en efecto una estupenda visión de conjunto, es una llamada al pueblo alemán, quizá un documento que alguna vez se compare con el manifiesto de Mazzini de la joven Italia, aunque en cierto sentido está anticuado.

Se dirige al doctor Böttcher.

–Yo suponía que se publicaría algo nuevo, doctor, algo que aborde de forma clara y con énfasis la situación presente.

El doctor Böttcher se encoge de hombros.

–La vena intelectual de nuestro camarada E ha vuelto a quebrarse, aunque yo ya he redactado un nuevo llamamiento, que voy a llevar enseguida a imprimir y que repartiremos tan pronto como los rusos se presenten en el Óder para atacar o los americanos crucen el Elba. Éste es el texto del llamamiento:

¡Soldados! ¡Hombres del Volkssturm, de la defensa civil!

El último acto en el drama de nuestro pueblo ya ha empezado. Un Gobierno criminal prosigue con una lucha completamente inútil, a pesar de que hace tiempo que está claro que nuestros oponentes militares nos superan tanto en efectivos como en armamento. Toda Alemania es hoy

un escenario de guerra. La aviación de los aliados domina el espacio aéreo alemán día y noche, sus ejércitos de tanques avanzan sin detenerse hacia delante.

¡Soldados!

Siempre os han azuzado para participar en una lucha completamente inútil, han dejado que os desangréis, las tumbas de vuestros camaradas están diseminadas por toda Europa. Ellos no han muerto por Alemania, sino por los criminales del Partido Nacionalsocialista.

¡Hombres del Volkssturm!

En su desorientación militar y su rabia impotente ante su derrota inevitable los criminales pardos os envían como la última carne de cañón a la batalla, simplemente para alargar durante unos cuantos días su miserable vida.

¡Soldados! ¡Hombres del Volkssturm!

No permitáis que sigan abusando de vosotros. Cada bala que disparéis únicamente prolongará el sufrimiento de vuestras mujeres y de vuestros hijos. ¡Poned fin a esta locura sangrienta!

El doctor Böttcher se detiene.

–Creo que es claro y objetivo, tanto por su lenguaje como por su contenido. ¿Qué pensáis vosotros?

–No hay nada que objetar –dice Wiegand–, aunque quizá podrían añadirse unas palabras finales más animosas, algo así como: «Luchad por una Alemania nueva y mejor».

–Lo puedo hacer –dice el doctor Böttcher–. ¿Puede usted encargarse de llevar hoy mismo el texto a la imprenta? No tienen más para imprimir.

Wiegand acepta la hoja.

–Hoy mismo me ocupo –dice–. ¿Ha estado Lassehn aquí?

El doctor Böttcher asiente.

–Ha traído las otras octavillas –contesta–. Desde aquí se ha ido a... su casa. Esperemos que lo consiga.

–El joven es bueno –dice Wiegand–, un poco vacilante e inseguro, pero por otro lado decidido y activo.

Se vuelve hacia Schröter.

–Hace unos días que hemos reclutado a un joven desertor, que ahora se está ganando los galones.

–¿Un trabajador? –pregunta Schröder.

Wiegand niega con la cabeza.

–No, un intelectual, un músico, uno que está buscando un nuevo camino.

–¿Y justamente con nosotros? –pregunta Schröter.

–¿Y por qué no con nosotros?

–Querido Schröter –interviene el doctor Böttcher–, a estas alturas estos debates resultan completamente inútiles. Para ser socialista no tiene que ser uno necesariamente de cuna proletaria y para ser un combatiente activo en contra de los bandidos de Hitler no tiene que ser ni socialista.

–¿Entonces? –prosigue Schröter–. ¿Qué tiene que ser entonces?

–Un luchador por la libertad, la justicia y la humanidad –responde el doctor Böttcher.

–Bueno –dice Schröter haciendo un aspaviento con los brazos–, ¡pues eso no es otra cosa que socialismo!

El doctor Böttcher mira largamente por encima de la mesa.

–Es posible –empieza a decir lentamente–, aunque esta interpretación me resulta algo nueva. Quiero decirle algo, Schröter, aunque ahora no sea el momento para un debate teórico. Debéis deshaceros de una vez de las envolturas de la arrogancia proletaria, no queremos desprendernos del certificado ario para cambiarlo por el proletario. La nueva Alemania que vendrá tras la caída del nacionalsocialismo no se puede iniciar con una estrechez de miras dogmática.

–¿Quiere decir eso entonces que debemos diluir nuestras ideas? –pregunta Schröter obstinado.

–Nadie dice eso –se apunta ahora Wiegand a la conversación–. Lo que dice el doctor es lo siguiente. No queremos cambiar el discurso único de los nacionalsocialistas por otro discurso único, nadie tiene que dejar diluir, como tú dices, sus ideales, ni tú ni otros. Cuando haya pasado la guerra, tendremos que afrontar otros problemas y sólo lo podremos hacer juntos.

–¿Juntos con quién? –pregunta Schröter, y se inclina sobre la mesa.

–Junto con aquellos que ahora también colaboran con nosotros ilegalmente –contesta Wiegand–: intelectuales burgueses, católicos, pacifistas, por utilizar las antiguas denominaciones.

Schröter se deja caer en la silla.

–Entiendo –dice, y sonrío desdeñoso–. La coalición de Weimar, la gran coalición, el frente de Hindenburg, el frente de Harzburgo, conozco el escalafón.

–Hombre –dice enojado el doctor Böttcher–, parece usted creer que las equivocaciones se repiten a toda costa. Sé que la historia es un maestro magnífico y que a menudo es capaz con obstinación de despreciar sus vidas, pero queremos pertenecer a aquellos que saben aceptar una enseñanza, la sangrienta lección así nos lo ha hecho ver.

Schröter se encoge de hombros.

–Será sin mí –dice.

–Pues entonces sin ti –dice Wiegand decidido.

–¿Tengo que entender que va a dejar su labor ilegal? –pregunta el doctor Böttcher.

Schröter se golpea varias veces la sien con el dedo índice.

–Ahora ha perdido usted la sensatez. Yo vivo para ello, sólo para ello.

–Ahora sí que puedo decir –ríe el doctor Böttcher– que estamos de acuerdo y después seguiremos estando igual de acuerdo. ¿No es cierto, Schröter?

Schröter se encoge de hombros.

–Pues no lo sé...

–Eso es otra cosa –opina el doctor Böttcher–. Debo recordar con toda modestia, que muchos –y no los menos significativos– líderes del movimiento trabajador eran de origen burgués, clase que por lo que parece usted tanto desprecia, por sólo nombrarle a Marx, Engels, Lassalle, Mehring, Lenin y Liebknecht.

–Son gloriosas excepciones –objeta Schröter.

–Si antes se dieron tales excepciones de indudable magnitud, a los que incluso se les concedió sin más un liderazgo teórico y práctico, ¿por qué no habría de haber ahora personas que no quieren otra cosa que luchar junto a nosotros en contra de Hitler? –pregunta el doctor Böttcher–. Ustedes no tienen que pactar con la burguesía como clase, aunque, dicho sea de paso, dudo que una vez pasada la guerra la burguesía exista como clase o como factor de poder. Aunque deberían ustedes tenderles la mano a aquellos burgueses de buena y sincera voluntad, y reconocerlos sin prejuicios con los mismos derechos.

–¿Con los mismos derechos? –se encoleriza Schröter–. El camino hacia el socialismo...

–... no se alcanzará con un libro de texto o un plan claramente definido –interviene el doctor

Böttcher-. Lo que en Rusia ha servido, quizá no sea correcto para Alemania. Precisamente si usted es un buen marxista debería saber que son las circunstancias económicas de un país y no otra cosa las que prescriben los métodos según los cuales el socialismo se tiene que poner en práctica.

-No queremos rechazar desde el principio elementos valiosos -dice ahora Wiegand-. En nuestra lucha ilegal contamos en nuestras filas con muchos combatientes intrépidos y fieles que no provienen de la clase trabajadora y, por otra parte, y eso seguro que también lo sabes tú, hay muchos, por desgracia demasiados, de nuestras propias filas que se han pasado a los nazis ondeando las banderas. ¿Es así o no?

-Sí, es cierto -admite Schröter-, sin embargo, no se trataba de trabajadores con conciencia de clase.

-Eran trabajadores -dice Wiegand de forma objetiva-, no puedes reconocer para un bando una diferenciación y para el otro negarla.

-Si usted colaborara ahora con un cura católico... -empieza a decir el doctor Böttcher.

-Lo haría -lo interrumpe Schröter-, lo haría sólo si estuviera en contra de Hitler.

-... no por ello usted se haría creyente y él ateo -termina la frase el doctor Böttcher-, y a pesar de ello seguirían colaborando ustedes. ¿Tienen siempre que tener como consecuencia las diferencias políticas o de visión del mundo un distanciamiento personal?

-No necesariamente -admite Schröter-. ¿Adónde quiere usted llegar?

-Ahora mismo lo oír -le contesta el doctor Böttcher-. Constató entonces que con la lucha compartida usted diluirá su ideología marxista. ¿No es así?

Schröter no contesta a la pregunta.

-Porque nos obliga a ello la lucha contra Hitler.

-Eso mismo quería oír -dice el doctor Böttcher rápidamente y con un tono de triunfo en su voz-. Y después habrá algo que nos obligue a ello y no será una lucha en contra sino por.

-¿Por?

-Por Alemania.

-¿Por Alemania?

-Sí, por Alemania. ¿Tanto le sorprende?

Schröter niega con la cabeza.

-Sabe usted, cuando oigo la palabra Alemania siento escalofríos, oigo siempre la fanfarria y el tiroteo negro, blanco y rojo.

-Y yo oigo los *Lieder* de Schubert y los poemas de Eichendorff, veo el bosque de Turingia y la llanura del Weser -replica el doctor Böttcher-. Querido Schröter, a algunos de ustedes -y usted parece pertenecer también a ellos- les pasa como a los judíos. Al igual que los judíos huelen enseguida el antisemitismo cuando alguien pronuncia sólo la palabra «judío», ustedes oyen siempre «nacionalismo» cuando cae la palabra Alemania.

-Las palabras «país» y «patria» no son propiedad únicamente de los nacionalistas -añade Wiegand-. ¿O te ha pasado inadvertido que la Unión Soviética denomina su lucha la gran guerra patriótica?

Schröter se queda mirando a Wiegand fijamente.

-Ya no sigues siendo el mismo que habías sido, Wiegand -dice.

-Es verdad -dice Wiegand-, he perdido en dogmatismo y ganado en comprensión. Y no puedo entender por qué aquellos que han demostrado ser buenos camaradas en los campos de concentración no pueden ser considerados de una vez nuestros compañeros, compañeros en el sentido más amplio de la palabra.

Schröter se encoge de hombros.

–Quizá tengas razón, Wiegand, probablemente tengas razón –dice lentamente–, aunque ahora no importa demasiado. Queremos...

–... escuchar el boletín de la Wehrmacht –interviene el doctor Böttcher–. A las dos y cuarto no lo han emitido y a las cuatro tuve que atender a una niña que precisamente tenía que cortarse el dedo.

Se pone de pie y enciende la radio.

–Si los rusos quisieran empezar de una vez –dice Schröter y hace un movimiento impaciente con la mano–. Durante los últimos días los americanos han ralentizado extrañamente sus movimientos.

–Ahora silencio –le reprende Wiegand.

–... el golpe de gong anunciaba las ocho de la tarde –se impone la voz del locutor–. Pasamos a emitir la repetición del boletín de la Wehrmacht.

»Desde el cuartel general del Führer, 16 de abril. El alto mando de la Wehrmacht informa de lo siguiente. En la zona fronteriza de la marca de Brandeburgo/Este el enemigo ha proseguido con sus ataques al sudeste de Mürzzuschlag y en Sankt Pölten...

El doctor Böttcher, Wiegand y Schröter escuchan sentados, inclinados frente a la radio. El goteo tremendamente lento de las palabras se asemeja a un líquido aceitoso que surgiera del altavoz. Todo lo que se dice ahora resulta importante, seguro, aunque no es eso lo que esperan, las palabras sólo les acarician como un soplo pasajero.

–... hemos perdido Sankt Pölkten... En Viena los soviets se han apoderado de nuestra cabeza de puente al sur del Danubio... avanzan por la calle Göding-Austerlitz hacia nuestro frente con más refuerzos... Al sudeste de Ratibor se ha detenido el avance del enemigo...».

–Ahora le toca el turno al frente del Óder –grita Schröter y se pone de pie intranquilo.

–... Tras inútiles intentos de avance en el día de ayer los bolcheviques han penetrado en las primeras horas de esta mañana en la zona entre la desembocadura del río Neiße y el delta del Óder tras un intenso fuego combinado de importantes fuerzas de infantería, tanques y aviación en un ataque a gran escala. En todo el frente están teniendo lugar enconados enfrentamientos...

–Ha llegado el momento –dice el doctor Böttcher serio–, se ha iniciado la batalla por Berlín.

SEGUNDA PARTE. HASTA LAS DOCE Y CINCO

Si perdemos la guerra, el pueblo alemán estará perdido. No es necesario tener en consideración las condiciones que requiere un pueblo para sobrevivir de forma primitiva. Al contrario, es mejor destruir uno mismo las cosas, pues el pueblo alemán ha demostrado ser el más débil y el futuro le pertenece en exclusiva al pueblo más fuerte del Este. Los que queden tras la batalla serán sin duda los inferiores, pues los buenos habrán caído.

ADOLF HITLER

Führer y Canciller del Gran Reich de Alemania [Declaración del ministro del Reich Speer durante los Juicios de Núremberg en contra de los principales criminales de guerra].

I

Orden del día del Führer, 17 de abril

A los soldados del frente del Este:

El último ataque desde Asia será aniquilado.

Cuartel general del Führer, 16 de abril

El Führer ha emitido la siguiente orden del día para los soldados del frente del Este:

¡Soldados del frente del Este alemán!

Por última vez el enemigo mortal judeo-bolchevique procede a un ataque con ayuda de sus masas humanas. Trata de reducir Alemania a un montón de ruinas y exterminar a nuestro pueblo. Soldados del Este: la mayoría de vosotros conoce la suerte que amenaza sobre todo a las mujeres, a las muchachas y a los niños alemanes. Mientras que los ancianos y los niños son asesinados, nuestras mujeres son vilipendiadas por la soldadesca. Los demás son deportados a Siberia.

Hemos previsto este ataque y desde el mes de enero pasado hemos hecho todo lo humanamente posible para erigir un frente sólido. Una artillería potente recibe al enemigo. Las bajas que sufre nuestra infantería son cubiertas por innumerables unidades de reciente creación: unidades de emergencia, nuevos reemplazos y el Volkssturm refuerzan nuestro frente.

El bolchevique sufrirá en esta ocasión el viejo destino de Asia, es decir, se desangrará ante la capital del Reich.

Quien en este momento no cumpla con su deber, traiciona a nuestro pueblo. El regimiento o la división que abandone sus posiciones sentirá la vergüenza y el menosprecio de las mujeres y los niños alemanes, que se mantienen firmes a pesar del terror de los bombardeos de nuestras ciudades.

Poneos en guardia contra los escasos oficiales y soldados traidores, que para asegurar su vida miserable luchan contra nosotros pagados por Rusia e incluso con uniformes alemanes. Quien os ordene retroceder sin que vosotros lo conozcáis exactamente debe ser inmediatamente detenido y, si es preciso, eliminado, tenga el rango que tenga.

Si en los próximos días y semanas cada soldado del frente del Este cumple con su deber, el último asalto de Asia fracasará, al igual que finalmente nuestro adversario fracasará rotundamente en su avance en Occidente.

Berlín seguirá siendo alemán, Viena será nuevamente alemana y Europa no será nunca rusa.

¡Es preciso que luchéis unidos para defender no el concepto vacío de una patria, sino para defender vuestra tierra natal, a vuestras mujeres, a vuestros hijos y, por lo tanto, vuestro porvenir!

En estos momentos el pueblo alemán concentra sus miradas en vosotros, mis combatientes del Este, y espera que con vuestro fanatismo y perseverancia, vuestras armas y vuestro mando, el asalto bolchevique quede ahogado en sangre.

En el momento en el que se haya borrado de la faz de la tierra al mayor criminal de guerra de todos los tiempos se decidirá el giro de la guerra.

Firmado: ADOLF HITLER

Lassehn termina de leer el *12-Uhr-Blatt*. Finalmente ha llegado el momento, se inicia la batalla final, ahora debe decidirse. Entre el Óder y Berlín ya no hay nada más, ningún curso de río importante, ninguna montaña, ninguna pared oriental, sólo la llanura arenosa de Brandeburgo con unos cuantos lagos y unas cuantas colinas bajas, bosques de pinos y landas, pequeñas ciudades y tranquilos pueblos, los arrabales de Berlín, cuyo cuerpo enorme se adentra lejos en el paisaje de Brandeburgo y se acerca al final de su red de transporte casi hasta el río Óder.

Las imágenes de la guerra ascienden frente a Lassehn como una visión: tanques que aplastan campos de trigo y girasoles, artillería que incendia pueblos, pelotones que proceden a fusilamientos en masa, carreteras por las que transitan personas aturcidas con sus miserables pertenencias y bosques... Más escalofriante que la visión del cuerpo de una persona desfigurado, una casa destrozada o un puente volado por los aires es la de un bosque hecho astillas e incendiado, es un cementerio cuyos cadáveres no están cubiertos por colinas, cuyos tocones desnudos surgen de la tierra en forma de denuncia, un cementerio decorado sin hojas, ni flores, sin ni una sola brizna de hierba, sin el aroma de la resina, del musgo y de las flores, sin el canto de los pájaros ni el ruido de los escarabajos, sin color, únicamente tierra arrasada, carbonizada y muerta.

Un escalofrío hace que todo su cuerpo se estremezca. Se sembraron hierro y sangre en una tierra extraña y ahora la cosecha se realiza aquí; los tanques marchan, los aviones recorren a toda velocidad la tierra natal, la artillería la bombardea, sus pueblos y ciudades se transforman en cenizas, persiguen a las personas por las carreteras como si fueran Erinias.

Lassehn está sentado en el tren de cercanías, de nuevo de camino a Charlottenburg, lleva encima una serie de octavillas, recién impresas; la tinta aún está un poco fresca, despiden un olor fuerte. Le da la impresión de que cualquiera podría detectar ese olor, que asciende con tanta insistencia del bolsillo interior de su abrigo. Sin embargo, nadie repara en él. Podría haberse producido un milagro y nadie habría prestado atención, los pensamientos de las personas se han deslizado hoy en día del propio e importante yo y la existencia secundaria del vecino hacia la lejanía, hacia el este, donde discurre una ancha corriente por la marca de Brandeburgo, la última barrera, contra la que debe romperse el ímpetu de un adversario decidido y superior. Como si fuera la pancarta colgada de la fachada de una casa que constantemente renueva el texto de su anuncio, en la conciencia de las personas se aparece una y otra vez el mismo pensamiento: «Los *soviets* han llegado al Óder para iniciar la ofensiva final».

A este pensamiento va ligada una pregunta indisoluble, cuya respuesta decidirá lo que tenga que pasar, para bien o para mal, sobre la vida y la muerte. «¿Se defenderá Berlín o se declarará ciudad abierta?».

De hecho, la ciudad se encuentra ya en estado de defensa. Las afueras de la ciudad están marcadas con profundas zanjadas antitanque, las trincheras atraviesan los huertos y campos, en los terraplenes de las vías férreas, declives y zonas boscosas se han cavado agujeros individuales, todas las calles de acceso permanecen bloqueadas con cañones antitanque y barricadas contra los tanques, la artillería antiaérea apunta ya a ras de tierra. Todo ello es claramente visible y no puede, no debería, pasarse por alto. Desde el mismo principio se asistió a la ampliación de estas

avanzadillas y obstáculos y la gente se burló de ellos, igual que uno se ríe de un juego sin sentido. Sin embargo, pronto los rostros se tornaron serios, igual que el supuesto juego se convirtió en sistema y método, se sucedieron barricada tras barricada, zanja tras zanja, aunque al fin y al cabo todas las medidas que se han tomado hasta la fecha sólo se pueden considerar medidas de precaución que simulan firmeza frente al adversario y, por lo tanto, deben intimidarlo. Son como un arma que uno lleva encima por precaución, aunque no haga uso de ella. Aunque ahora parece que uno está obligado a familiarizarse con este arma, hay que tenerla cargada y dispuesta para disparar, pues podría ser que realmente haya que defender la ciudad.

Todo el mundo sabe lo que supone tener que defender una ciudad como Berlín. En esta ciudad destruida y rota viven casi tres millones de personas, cientos de miles de mujeres, cientos de miles de niños, cientos de miles de ancianos, más de medio millón de trabajadores forzados extranjeros, que están esperando el momento de su liberación y cuyos sentimientos de venganza reprimidos se ven cada vez más avivados por la presencia de los ejércitos aliados a las puertas de la ciudad.

Parece imposible que un Gobierno consciente de su responsabilidad quiera arrastrar a la ciudad a la batalla. ¿No se protegieron Roma, París, Florencia y Bruselas para –tal como se anunció con gestos pretenciosos y vanidosos– conservar para el mundo la cultura insustituible de estas ciudades? ¿No cabe la posibilidad de que se declare Berlín, el corazón del Reich alemán, ciudad abierta con el fin de que no sea víctima de la destrucción total? Aunque en la historia de las campañas militares de esta guerra aún no se ha dado ningún ejemplo en el cual el gobierno nacionalsocialista no haya defendido una ciudad alemana con el fin de preservarla junto a sus habitantes. Se ha defendido con rabioso encarnizamiento Aquisgrán y Colonia, Breslau y Posen, Viena y Königsberg sin haber podido detener firmemente el avance del adversario. Sin embargo, Berlín no se puede comparar con las otras ciudades que en el momento de su asedio disponían del interior de un país para poder evacuar a la población civil. La capital del Reich ya no dispone del interior del país, pues el llamamiento de guerra del adversario se arrima imparable a ella desde el este y el oeste, y su aviación dibuja sobre ésta, ininterrumpidamente, sus círculos mortales.

Tampoco hay ya medios de transporte –en realidad, tampoco hay calles–, pues los tranvías han tenido que interrumpir su servicio por los constantes ataques de los bombarderos y las calles se encuentran bajo la vigilancia de los aviones en vuelo rasante.

La gran ofensiva soviética se cierne sobre el este de la ciudad como una oscura tormenta, una tormenta lejana de la que no se oyen los truenos; un viento agitado anuncia la cercanía del temporal, tras la pared de nubes acechan los relámpagos, aunque sobre la ciudad se cierne una claridad angustiada y sulfurosa.

En la ciudad se siente el bochorno antes de la tormenta. De las personas se ha apoderado una temblorosa expectativa, se trata de un temblor entre la esperanza de que se produzca un milagro –siempre prometido por el Gobierno y de realización inmediata– y el horror paralizador ante el final terrorífico. En la mirada de la gente, que hasta el día de ayer reflejaba apatía y resignación, ha aparecido de repente una expresión angustiada y temerosamente inquieta. Las continuas alarmas aéreas se han convertido en una costumbre diaria y se toleran, ya que forman parte de la cotidianidad, como algo naturalmente necesario. Las personas se han vuelto indiferentes, el letargo ha apelmazado demasiado las circunvoluciones de sus cerebros para que se puedan desesperar, pues la desesperación requiere siempre de la reflexión, comprensión de los hechos y valoración de la situación. Lo que ahora se prepara sin embargo en el este, a sólo ochenta kilómetros del centro de la ciudad, es algo completamente diferente, algo nuevo, se desata como

un huracán, alza de golpe al más perezoso. No hay hombre ni mujer en esta ciudad que no sepa lo que supone defender una ciudad, los enfrentamientos en las calles, el fuego de artillería, los bombardeos de los aviones en vuelo rasante. Unos lo sabían por haber experimentado dos guerras mundiales, cuando ciudades francesas y rusas se redujeron a cenizas en la batalla de casa por casa, calle por calle y la tierra fue removida como si de una excavadora gigante se tratara. Las mujeres y los otros lo sabían por los noticiarios, donde la lucha y sus destrozos se mostraban con evidente satisfacción, ya que se trataba de ciudades enemigas.

El peligro, que sólo a intervalos asalta a las personas y entre éstos les deja tiempo para coger aire, reparar los daños provisionalmente y llevar un resto minúsculo de vida burguesa, se ha convertido ahora en una amenaza continua, pues se ha iniciado la marea desde el este. Creen ver las muchas miles de bocas negras de los cañones que apuntan amenazadores, que ahora braman vehementes y lanzan sus disparos contra las posiciones alemanas, creen oír el retumbar y resonar de las cadenas de las unidades de tanques, que ahora se ponen en movimiento hacia las cabezas de puente como un rodillo de acero que todo lo tritura, creen ver cómo las hélices tranquilamente oscilantes de los aviones soviéticos se convierten en aros de plata zumbones, cómo abren sus depósitos de bombas y dejan caer su carga sobre caravanas de avituallamiento. Finalmente creen ver las interminables unidades de los soldados soviéticos marrón tierra, que irrumpen e inundan con ímpetu bajo la protección de los tanques que ruedan a la cabeza y bajo las alas de sus aviones con hurras la tierra desfondada, volada y destrozada por su artillería. Y cómo puede hacer frente el alto mando militar alemán a este adversario aún lleno de vigor, excelentemente equipado, sobre el que en octubre de 1941 Hitler dijo: «El enemigo yace abatido en el suelo, nunca más se pondrá de pie».

Las divisiones que han buscado refugio a lo largo de los ríos Óder y Neiße llevan tres años dando tumbos de derrota en derrota, únicamente han conocido la retirada y batallas perdidas, cercos y emboscadas, están cansadas y agotadas y ven cómo las numerosas ausencias sólo se cubren con reemplazos cansados y agotados, desanimados y mal alimentados, insuficientemente armados y deficientemente formados, demasiado viejos o demasiado jóvenes. También saben que a sus espaldas ya no hay quien los acoja y tampoco espacio para formar una nueva línea de resistencia.

Lassehn pasea la mirada por la ciudad destruida. Qué diferente se había imaginado su regreso a Berlín, aunque quizá ya está bien que haya sido así, que haya tenido que ser así. Resulta extraño, pues él siempre ha seguido siendo el mismo, el muchacho algo extravagante, al que no le importaba la vida que le rodeaba, al que su tiempo de servicio militar tampoco cambió. Sin embargo, en los pocos días desde los cuales ha regresado a Berlín, se ha producido un cambio en él, se ha vuelto más duro y seguro de sí mismo, sagaz y espabilado. ¡Cuánta gente ha conocido en estos pocos días! Empezó con Klose, después conoció a Wiegand y al doctor Böttcher, siguieron la señora Buschkamp y Elisabeth Mattner, el hombre de rostro colorado y el de las gafas de concha, el pequeño hombre del tren de cercanías, el oficial de las SS y finalmente Lucie Wiegand.

Los pensamientos saltan inmediatamente al desenlace de la noche pasada. Todo ha salido bien cuando todo parecía ya perdido. Aunque aún se le hiela el corazón cuando rememora de nuevo esa noche, el susto cuando de repente se vio frente al oficial de las SS y el aterrador segundo cuando de golpe dos personas surgieron de la oscuridad de la parcela y gritaron un amenazador «¡Deténganse!», justo cuando él y Lucie Wiegand se dirigían hacia los protectores brazos del oscuro bosque. Era evidente que no se detuvieron, sino que corrieron hacia el interior del bosque,

tropezaron con las raíces de los árboles y en su camino se interpusieron ramas que colgaban bajas, mientras sus pies se hundían en el musgo blando y resbaladizo, las dos maletas pesadas casi tiran a Lassehn a tierra, después saltaron por encima de una valla de jardín y se acucillaron juntos en una conejera. Los dos hombres vacilaron unos pocos segundos antes de perseguirles y esa ventaja se convirtió en decisiva para Lassehn y Lucie Wiegand. Él aún oyó el crujido de pisadas entre las matas y gritos, pero después todo se tranquilizó. Por lo visto se habían dado por vencidos o habían tomado otra dirección. También era posible que mientras tanto el teniente de policía hubiera podido escapar y, en primer lugar, se hubieran ocupado del cadáver del oficial de las SS, en todo caso al cabo de unos minutos todo estaba tranquilo.

Lassehn y Lucie Wiegand estuvieron un rato agachados bajo la conejera. Todo estaba muy silencioso y, en la paz y la soledad de la noche que irrumpía, sólo se oían el jadeo de los pulmones y la respiración alterada de la mujer. Esos pocos minutos durante los cuales los perseguidores estuvieron pisándoles los talones supusieron una tensión aún mayor que el primer encuentro con Klose, el desencuentro con el vigilante del refugio aéreo en Charlottenburg o con el hombre del rostro colorado en el Bayernhof, los altercados con el vigilante de bloque nazi en la habitación trasera de Klose o con el *Untersturmführer* en casa de Wiegand. En todas estas ocasiones hubo siempre una buena parte de serenidad, pues allí se trataba únicamente de su persona. Sin embargo, aquí se trataba de la mujer, a la que en cierta manera debía proteger y de la que era responsable. Estuvieron allí acucillados, pegados el uno al otro, Lassehn había colocado las maletas frente a él de parapeto y con un brazo abrazaba a la mujer y en la otra mano sostenía el revólver.

Sin embargo, no ocurrió nada. Cuando sus pulmones se calmaron el silencio ya había caído sobre ellos. Cuando se pusieron de pie ignoraban cuánto tiempo habían permanecido allí, aunque tampoco disponían de tiempo para pensar en ello. Les habían regalado otra vida y ésta exigía decisiones inmediatas. Abandonaron el jardín y caminaron por unas cuantas calles. En la estación de Zeuthen sólo ardían dos lámparas de carburo debido a un corte de la corriente y bajo una de ellas Lassehn observó el rostro de la mujer. Permanecía prácticamente inmóvil, las comisuras de sus labios temblaban un poco como pájaros que empiezan a mover sus alas, aunque por lo demás su rostro sólo reflejaba decisión y valentía.

Después todo fue como la seda. En el viaje con el tren de vapor hasta Grünau y el transbordo al tren de cercanías no sufrieron percances. En Schöneweide se produjo una parada debido a la alarma aérea, el habitual vuelo nocturno de los bombarderos Mosquito, que les obligó a pasar una hora en el refugio de la estación de Schöneweide, aunque después realmente no se produjo ninguna interrupción y consiguieron llegar a donde querían.

Los detalles se le han quedado grabados a Lassehn con una claridad extrema: cómo entra con Lucie Wiegand en la habitación trasera de Klose, en la cual el doctor Böttcher, Wiegand y unos cuantos hombres, que no conoce, permanecen sentados; cómo, agotado y al mismo tiempo inmensamente feliz, deja caer las maletas pesadas; cómo Wiegand se pone de pie de un salto y se aproxima a su mujer con un movimiento tierno y del todo cuidadoso; cómo las conversaciones cesan de golpe y toda la atención se centra en ellos, que durante unos pocos segundos se abrazan sin decir palabra; cómo la cabeza de ella descansa sobre su pecho y las manos de Wiegand le acarician el cabello; cómo los hombres se vuelven o avergonzados se ocupan de algo para desviar la atención; cómo, finalmente, Wiegand acompaña a su mujer hasta el sofá, pregunta y recibe respuestas, se acerca a Lassehn y le estrecha con fuerza la mano, como si a él la mano estrechada

le supusiera ser aceptado en una comunidad como miembro con los mismos derechos y de igual importancia; cómo ahora Lucie Wiegand, que se sabe a salvo, pierde por primera vez la compostura y rompe a llorar por el suplicio superado; cómo un hombre de corta estatura y un bigote de foca se acerca a él y se lo queda mirando largamente y con insistencia, le estrecha la mano con rudeza y lo llama «camarada»; cómo Klose finaliza a su manera campechana la escena con una gracia y todo termina en ajeteo...

De repente Lassehn recuerda que no está viajando en el tren de cercanías para soñar y ensimismarse en recuerdos, sino que tiene un destino y de camino debe solucionar algo. El tren cruza ahora mismo Humboldthafen y entra en la estación de Lehrte. Lassehn saca unas cuantas octavillas del bolsillo del abrigo, mira precavido a su alrededor y las coloca junto a él sobre el asiento, abandona el compartimento, se pierde enseguida entre la multitud y se sube a otro vagón. En Bellevue y Savignyplatz repite la maniobra y todo sale a pedir de boca. Cuando abandona finalmente el tren en Charlottenburg aún puede dejar algunas octavillas.

Un soldado raso le avisa:

—¡Oiga, que se ha dejado sus periódicos!

Sin embargo, Lassehn niega con un gesto generoso.

—¡Ya los he leído, camarada, te los puedes quedar!

Están pensados especialmente para ti, piensa además para sí mismo.

Cuando Lassehn abandona la estación de Charlottenburg y cruza la Stuttgarter Platz, los pensamientos van por delante de él, como si quisieran indicarle el camino. Ahora debe poner orden a una parte de su vida o, por lo menos, meterla a la fuerza bajo un concepto. Ya no le resulta tan inaplazable y tan importante como le parecía hace dos días, aunque de todos modos se trata de una parte no del todo insignificante de su existencia y, aunque hoy en día a nadie le interesan los destinos de cada uno, pues cada uno ya tiene suficiente con ocuparse de sí mismo y no tiene ni tiempo para dedicarle a su propio destino, sino a los problemas de cada momento que tiene que solucionar, a pesar de que el orden se acabará diluyendo en el caos general como la superficie del agua tranquila e inmóvil en medio del oleaje repleto de espuma, Lassehn lo quiere intentar.

Mientras camina de nuevo por la Kaiser-FriedrichStraße le da la impresión de no haber pasado por aquí mismo hace justo dos días, sino hace muchísimo tiempo, pues estos días han cambiado muchas cosas en él de forma decisiva y está bien que estos dos días hayan aplazado las cosas a su favor. Si se hubiera enfrentado a Irmgard anteayer lo hubiera hecho como alguien que ruega indulgencia y ayuda, que inseguro y sin meta alguna va de un lado a otro y es complaciente a la hora de aprovechar cualquier oportunidad para enderezarse. En estos dos días no sólo ha encontrado cobijo y un sentido a su vida, sino que también ha adquirido seguridad en sí mismo, que hasta ahora no era propia de él.

Lassehn ya no intenta hablar primero con la señora Buschkamp, ya no quiere que nada le entretenga, aunque tampoco dispone de un plan preconcebido, recorre a grandes pasos el pasillo de la casa, echa un rápido vistazo a la puerta de la portería y asciende decidido por la escalera. La escalera se encuentra a oscuras como un cobertizo, las ventanas están revestidas con tabloncillos de madera, es sólo a través de las juntas que entra una escasa luz diurna.

Entonces llega frente a la puerta de la vivienda, donde sólo hay un letrero con el apellido «Niedermayer». Por un momento la amargura invade a Lassehn. Por lo general, las mujeres jóvenes suelen estar orgullosas de su nuevo apellido, pero no parece ser el caso de Irmgard, pues hasta ahora no ha considerado necesario colocar aquí su nuevo apellido, el apellido de él.

Durante unos cuantos minutos Lassehn permanece de pie frente a la puerta de la vivienda. Ahora

ha llegado el momento que estaba esperando desde hace año y medio, al que se enfrenta con una esperanza desesperada, que al principio brillaba en las alturas como una estrella luminosa en una noche oscura inalcanzable para él y que ahora se ha convertido en una sombra lejana, cada vez más borrosa y apenas perceptible. Este momento era su única meta y debería compensarle por todos los padecimientos y necesidades sufridos, por la brutalidad y la infamia de la guerra que le separó de todo, que convirtió la vida en digna de ser vivida, que reprimió todo aquello que era bueno y dio alas a lo que es malo, ese momento, que debería hacerle olvidar las dolorosas noches en las que una pesadilla repleta de sangre y suciedad, cadáveres y destrucción le cubría pesada como una losa el pecho o en las que la desesperación se apoderaba de él como una pesadilla que del horror le dejaba sin respiración y le mantenía paralizado. Sólo pocos minutos antes había creído que se había librado finalmente del recuerdo, pero ahora se apodera de él de nuevo y se desliza dulcemente doloroso por la sangre, el recuerdo de esa noche en que su yo prácticamente muerto huyó del desierto de la desesperación y la soledad hasta la comunidad del otro sexo, cuando por primera vez se ahogó en la sangre de una mujer, cómo su cuerpo se arqueó, lo atrajo hacia sí y lo poseyó violentamente, cómo su conciencia se diluyó, sólo existían el calor y la suavidad, el vértigo y la ebriedad, llegaron el agotamiento y un nuevo deseo, siguieron el celo y la fusión y todo volvió a ahogarse en el seno y la boca de la mujer.

Lassehn se sacude el recuerdo de encima y llama tres veces al timbre con insistencia, como un nadador que emerge a la superficie con unos cuantos golpes enérgicos. El sonido del timbre estridente le devuelve finalmente al presente.

La puerta sólo se abre un pequeño resquicio.

—¿Qué es lo que desea usted? —pregunta la voz de una mujer.

«La tía», piensa Lassehn. No la puede reconocer, ya que la escalera está completamente a oscuras.

—Quisiera hablar con la señora Lassehn —responde él.

«Y por qué no digo “con mi mujer”», piensa sorprendido.

—¿Con quién?

El tono de la voz de la mujer suena sorprendido y reservado al mismo tiempo.

—La señora Lassehn —repite Lassehn y enciende la luz de la escalera, cuyo interruptor ha podido encontrar al fin—. La señora Irmgard Lassehn.

«Parece ser que en esta casa mi apellido no es muy conocido, ni siquiera para la tía de mi mujer, puede que tampoco para mi mujer».

—Vive aquí, ¿no? —añade.

—Así es, naturalmente —responde la mujer alargando las palabras—. ¿Y quién es usted?

«¡El marido de Irmgard! ¿No me reconoce?», quiere decirle Lassehn, pero entonces contesta algo completamente diferente, son las palabras que se le imponen y al mismo tiempo nacen de un oscuro instinto.

—Le traigo noticias de su marido.

La puerta se abre del todo.

—Pase usted, por favor.

Lassehn reconoce ahora a la señora Niedermeyer, aunque se trata más de un reconocimiento intelectual que visual. Únicamente el hecho de que esta mujer alta y algo seca, con el cabello fino y con la raya marcada y las gafas de concha oscuras es la que sale a su encuentro en el umbral de su casa hace que pueda identificarla, pues en cualquier otro entorno Lassehn no la hubiera reconocido.

–¿Está en casa la señora Lassehn? –pregunta él.

–Sí, sí –le confirma la señora Niedermeyer–, sólo está descansando, pues atendió el turno de la mañana.

–Lo siento... –dice Lassehn con un movimiento disculpatorio de la mano.

Resulta una sensación peculiar volver a recorrer este pasillo.

–Tome usted asiento –dice la señora Niedermeyer y abre una puerta–. Voy a llamar a mi sobrina.

Lassehn entra en el comedor y se sienta en una silla. En cierto sentido se está visitando a sí mismo, está sentado aquí tranquilamente en el comedor y espera a su mujer, aunque estaría autorizado para ir hasta su dormitorio. Lassehn se encoge de hombros ante su situación, queda a la espera del desarrollo de las cosas con impaciencia e indiferencia al mismo tiempo.

Su mirada recorre la habitación inquisitiva. Todo está igual, casi igual, todo está en su sitio; aún cuelga de la pared el retrato de Hitler, no una pequeña y barata fotografía, que hasta cierto punto cuelga allí como coartada para las eventuales visitas del vigilante del inmueble, sino un óleo grande que muestra al Führer vestido con un abrigo marrón que ondea al viento con el cuello subido, sin gorra y mostrando su rizo genial sobre la frente. Sólo la habitación en sí ha sufrido unos cuantos cambios, la pared muestra grietas que se abren del techo hasta el suelo como marcas gruesas y negras. Del techo ha caído el estuco y el revoque y ha dejado al descubierto la paja amarillo claro del techo falso, las ventanas están claveteadas con cartones y en una esquina hay al alcance de la mano unas cuantas maletas grandes para el refugio antiaéreo. Lassehn se asusta cuando se abre la puerta, pero no es Irmgard.

–Mi sobrina vendrá enseguida –dice la señora Niedermeyer–. Le voy a encender el aparato de radio, ahora mismo deben dar el noticiario.

Lassehn asiente.

–Muy amable –dice él.

–Estamos pasando por una crisis –opina la señora Niedermeyer casi un poco angustiada–, aunque la superaremos, porque debe ser superada.

Eso se lo has copiado a Goebbels, piensa Lassehn y se muerde los labios para no sonreír.

–Sí, claro –dice.

–También durante la Guerra de los Siete Años pintaba muy mal para Prusia –prosigue la señora Niedermeyer–, también entonces los rusos habían llegado hasta Berlín, pero finalmente venció Prusia.

No es cierto, piensa Lassehn, la Paz de Hubertusburgo terminó como mucho en tablas.

–Dios está con nosotros –dice la señora Niedermeyer con voz más alta–, entonces se llevó a la tumba a la zarina Isabel...

Ahora le toca a Roosevelt, piensa Lassehn, en caso contrario no serías una verdadera bruja nazi, que se alimenta del pesebre del *Völkischer Beobachter*.

–... y ahora ha muerto justo a tiempo el criminal de guerra Roosevelt. ¡Es el dedo de Dios!

Lassehn no es absoluto creyente, el concepto de Dios no ha encontrado aún un lugar en su visión del mundo. Aunque hay algo en él que le impide mancillar su nombre con una discusión de este tipo, quisiera saltar y restregarle en la cara a la señora su desprecio como si fuera pimienta, pero no lo hace, no se lo puede permitir, aunque no le faltan las ganas y todo ello se cuece en él para que sea capaz de aceptarlo todo de manera tranquila y sin objetar.

–Prescinda usted de una diferencia importante, estimada señora –dice él–. Por entonces, Rusia era un Estado absolutista, donde se daba medida de la voluntad, las inclinaciones y las antipatías

de la zarina, decidiendo también de forma despótica sobre la guerra y la paz. Los Estados Unidos son sin embargo una democracia y su presidente es sólo el órgano dirigente de la voluntad del pueblo, por lo que la muerte de Roosevelt no cambiará nada en la política de los Estados Unidos. De manera que se sobreestima la influencia psicológica de su muerte.

La señora Niedermeyer ya ha alzado la vista sorprendida con las primeras palabras de Lassehn, su rostro muestra aún los rasgos convencionales de la cortesía, aunque ahora lo cubre cierto rasgo agrio como el mildiu sobre una hoja. La crítica a una interpretación oficial resulta algo tan extraño que casi la deja sin habla, pues no está preparada para objeciones críticas. No contesta y se vuelve en parte hacia el transmisor de radio.

A continuación el boletín sobre la situación aérea.

El acontecimiento principal de las últimas veinticuatro horas en nuestros frentes es la gran ofensiva iniciada la mañana del lunes por los *soviets*. En la parte baja del Óder, entre Fürstenberg y Schwedt, con especial incidencia a ambos lados de Küstrin, se han desencadenado encarnizados enfrentamientos contra las unidades soviéticas de infantería y de tanques, que han arremetido tras un intenso fuego de artillería. Los ataques principales están dirigidos ahora mismo en contra de las colinas de Seelow, mediante cuya toma el enemigo intenta tender una cabeza de puente unitaria con sus puestos de ataque aislados entre Kienitz y Lebus. Sin embargo, hasta ahora el enemigo está pagando con un alto precio y numerosas bajas su intento de avance.

El boletín de la Wehrmacht del día anterior sólo se había contentado con las frases hechas generales de la gran ofensiva, pero este informe adicional es mucho más substancial. Lebus, Kienitz, Seelow. Lassehn conoce esa zona del delta del Óder, para él esas localidades son más que simples nombres, se ha recorrido esa tierra dos veces. Seelow está a casi quince kilómetros al oeste del Óder, desde allí sólo hay treinta y cinco kilómetros hasta las afueras de la ciudad, ya no existe ninguna posibilidad de aprovechar el espacio operativamente o de abandonarlo, cada paso atrás les concede a las unidades de tanques soviéticas más posibilidades de avanzar y abre las esclusas de sus cabezas de puente.

La voz del locutor surge monótona del aparato de radio. Se trata de las mismas frases hechas utilizadas una y otra vez y que hace tiempo que suenan a lo mismo de siempre.

... nuestros granaderos, pioneros y tanquistas se enfrentaron con todas sus fuerzas al ataque...
... hasta la fecha únicamente derrotas puntuales...
... una defensa con su intercambio continuo de ataque y contraataque...
... unas pocas derrotas...
Nuestros tanques frustraron el avance...
... pillados en la contraofensiva...

Del frente del Occidente las mismas descripciones manoseadas, los mismos comunicados estereotipados que, a pesar de los supuestos triunfos propios admiten que el enemigo se adentra cada vez más en el país.

... los ataques producidos en la zona de la desembocadura del Saale hacia el este hasta ahora son poco significativos...

... la presión de los norteamericanos entre Bernburg y Chemnitz vuelve a ser fuerte...
... en Bitterfeld el adversario avanza hacia la Freiberger Mulde...
... en la autopista Jena-Hainichen los norteamericanos apenas avanzan...
Nuestros tanques frustraron el avance...
... han fracasado los intentos de avance en la zona de Brocken...

«Dios mío», piensa Lassehn, «¿quién puede seguir oyendo esto sin enfurecerse, sin que sus manos se lancen temblorosas al cuello del que habla? ¿Aún queda gente en Alemania que se tome al pie de la letra todo esto? ¿No se ha hablado siempre de agresión rechazada, derrota evitada, contraataque iniciado, defensa firme, de sortear con flexibilidad y contraatacar con éxito? ¿Quién se sigue creyendo todo esto, cuando hoy ya no se trata de Tobruk y Bengasi, Leningrado y Járkov, Caen y El Havre, sino de Leipzig y Magdeburgo, Fráncfort del Óder y Stettin, Viena y Bayreuth? ¿Aún existe una sola persona...?».

Sí, sí que existe, la tiene sentada justo enfrente, con el distintivo triangular de la Unión de mujeres nacionalsocialistas sobre el pecho reseco, que se alza respirando hondamente cada vez que oye una frase oportuna, como si el peligro estuviera conjurado, porque nuestros granaderos se enfrentan con todas sus fuerzas a la ofensiva soviética en Küstrin, porque nuestras tropas rechazan sangrientamente los ataques de los americanos en la zona de Merseburg, porque los británicos no son capaces de romper nuestro frente entre Ems y el bajo Weser.

Lassehn quisiera presionarse la frente con las manos de forma desesperada. Él podría entender que alguien –paralizado por el horror– esperara la catástrofe e inclinara la cabeza servicial con el fin de recibir el golpe destructor. O que alguien se lanzara impetuoso al fuego con el fin de abrasarse. Pero que alguien –como esta mujer– esté aún sentado aquí, pueda respirar libremente, sobrepasa cualquier entendimiento; éste es el auténtico mito del siglo xx.

«Dios mío», piensa Lassehn desesperado, «y ahora además esta música, *Idilio de luciérnagas* de Paul Lincke, el patriarca alemán de la música ligera... ¡Y aquí viví durante una semana!».

–En esta ocasión la ofensiva bolchevique se estrellará –dice la señora Niedermeyer confiada–. Entre el Óder y Berlín, tenemos a nuestras tropas situadas en las mejores posiciones, nuestros dirigentes ya se esperaban este ataque.

Lassehn ya no se puede contener.

–Admiro su memoria tan corta, estimada señora –dice irónico.

–¿A qué se refiere usted? –pregunta la señora Niedermeyer algo mosqueada.

–¿No se tragaba usted antes y después de la última gran ofensiva rusa las mismas píldoras tranquilizantes? –le pregunta Lassehn–. Tengo aquí un periódico, el *Volksbeobachter* del 19 de diciembre de 1944, allí escribió un excelente reportero de guerra desde el frente del Vístula:

Desde el final de la ofensiva bolchevique del verano se ha trabajado con aplicación. El resultado es una red de fortificaciones y trincheras antitanque de tal extensión y profundidad como nunca se habían conocido en el este.

–Y sobre el frente de Prusia del Este escribe otro hombre del PK:

Son los mejores regimientos que se han visto nunca en el este. Ya sólo los fosos antitanques, que se extienden a lo largo y ancho de las colinas en la frontera del este de Prusia, han

sobrepasado una longitud total de muchos miles de kilómetros. Llega la segunda ofensiva soviética contra Prusia del Este. Será una ofensiva sin sorpresas.

–El 16 de junio, cuatro días después del inicio de la gran ofensiva, el Alto Mando verificó lo siguiente:

El ataque no cogió desprevenidas a nuestras tropas. Los bolcheviques se atascaron rápidamente en nuestras zonas de defensa.

–Aunque después de pocos días, los rusos ya habían llegado al Óder y habían rodeado toda Prusia del Este. ¿Y por qué iba a ser diferente ahora, estimada señora?

Mientras Lassehn habla y abre los periódicos, la señora Niedermeyer se ha puesto de pie y ha movido nerviosa algunas sillas de un lado para otro.

–Se trata únicamente de sutilezas. ¿Qué quiere usted decir con ello, joven?

Lassehn ni siquiera entiende cómo ha querido convencer a esta mujer, se limita a encogerse de hombros y vuelve a guardar los periódicos.

–¡Yo confío en el Führer! –dice la señora Niedermeyer–. Nosotros somos demasiado pequeños para adivinar sus intenciones.

Lassehn está a punto de explotar, pero no puede hacerlo porque en ese mismo momento se abre la puerta.

II

17 de abril

Irmgard Lassehn, de soltera Niedermeyer, entra en la habitación. De estatura mediana, constitución delgada, segura de sí misma, lleva una bata de varios colores sobre el camisón de dormir, aunque va peinada con esmero y tampoco ha olvidado de ponerse colorete y pintarse los labios. Los arcos de las cejas están perfectamente retocados.

Lassehn se pone de pie como si le tiraran los hilos de una marioneta y se queda mirándola a la cara. Así que ésta es la mujer, su mujer. Una sensación extrañamente variada se apodera de él: sorpresa, desamparo, rechazo, extrañeza. Analiza la variedad de los sentimientos, aunque hay uno que no puede encontrar: ternura. No, la ternura no está entre ellas. Hace un momento, cuando se encontraba frente a la puerta de la vivienda, el recuerdo le encendió la sangre, ahora sólo siente extrañeza. Se trata de una mujer completamente desconocida. Lo observa con una mirada fría y una actitud pertinentemente amistosa y cierra tras de sí la puerta con movimientos medidos, tras requerirle a la señora Niedermeyer con un breve movimiento de las cejas que les deje solos.

—*Heil* Hitler! —dice, y alza ligeramente la mano derecha a modo de saludo—. ¡Por favor, quédese sentado donde está!

«Realmente no me reconoce», piensa Lassehn, «tampoco ahora, sentado enfrente de ella y cuando me puede observar sin problemas».

—¿Trae usted noticias de mi marido? —pregunta Irmgard Lassehn con voz tranquila, prácticamente inalterada, no hay rastro de la excitación por la incertidumbre.

—Sí —dice Lassehn con la voz tomada.

El corazón le golpea violentamente el pecho. Ella le pregunta tan inalterada y neutral como si lo hiciera por un paquete sobre cuyo paradero preguntara en una consigna de equipajes.

—¿Y qué es lo que le ha pasado?

No se detecta ninguna impaciencia en su voz. Su rostro bonito y delgado bajo esa fina capa de colorete bronceada permanece aún inmóvil.

Lassehn sigue sin saber lo que quiere, hay algo en él que está en contra de darse ya a conocer, le irrita como un camino hacia lo incierto.

—Su marido está vivo —dice Lassehn, y evita su mirada escrutadora.

—¿Y dónde está ahora mismo? —pregunta Irmgard Lassehn.

—Muy cerca de aquí —contesta Lassehn con un doble sentido.

—¿Y por qué no ha venido él mismo? —sigue preguntando ella, su voz ha ganado algo en viveza—. ¿Está herido o hay otros motivos que se lo impidan?

—No resulta sencillo de explicar —responde con una evasiva: quiere ganar tiempo, pues es ahora cuando tiene claro en qué situación se ha metido, que el regreso a la realidad le resultará cada vez más difícil a medida que prosiga con esta conversación.

—Dicho sea de paso, tiene usted cierto parecido con mi marido —dice Irmgard Lassehn—. Así a primera vista...

—¿No es cierto que le conoció usted por poco tiempo? —pregunta Lassehn.

—¿Se lo ha contado él? —le pregunta Irmgard Lassehn toda escrutadora.

Lassehn asiente.

—... uno puede olvidar un rostro rápidamente —prosigue él—, aunque durante una semana hayan estado siempre juntos.

—¿Eso también se lo contó él? —pregunta de nuevo Irmgard Lassehn—. ¿Tampoco sabe él qué aspecto tengo yo?

Lassehn niega con la cabeza.

—En muchas ocasiones me la describió —contesta él—, no creo que la haya olvidado.

Irmgard Lassehn sonríe un poco.

—No se olvida a una mujer, aunque uno sólo haya estado casado con ella durante una semana —dice a la ligera, como si se tratara de un asunto completamente impersonal—, aunque tampoco quería decir eso.

Se detiene y mira de pasada a Lassehn.

—Aunque no corresponde aquí hablar de ello.

Sus palabras suenan algo vacilantes, como si esperara una réplica.

Lassehn hace un movimiento vago con la mano y se inclina un poco hacia delante.

—¿Por qué no? Conozco muy bien a su marido, hemos intimado bastante...

Ella vuelve el rostro de nuevo hacia él lentamente.

—Me refería —vuelve a retomar la frase que había iniciado— a si aún sabe qué aspecto tengo, si me reconocería de nuevo. Aunque eso no lo puede saber usted.

—¿Por qué no? —le replica Lassehn—. También hemos hablado de eso.

Irmgard Lassehn entrelaza nerviosa los dedos.

—Y... ¿a qué conclusión ha llegado?

—Se hacía cargo que probablemente no la reconocería si se encontrara con usted en otro sitio.

Está como aturdido, hay algo en su interior que le obliga a atenerse a la dirección que ha tomado la conversación, está como hipnotizado con el fenómeno de hablar y oír de sí mismo en tercera persona.

Se quedan callados durante unos pocos segundos. Lassehn examina a la extraña que es su mujer con una mirada furtiva y llega a la conclusión de que no está familiarizado ni con los detalles de su rostro ni de su cuerpo. Únicamente le roza un reflejo del recuerdo al ver sus pies desnudos en sandalias, con las uñas perfectamente cortadas y lacadas en rojo. Resulta increíble que uno pueda estar sentado frente a una mujer tan tranquilo y casi indiferente, cuando ha pasado ocho largas noches en su seno, una mujer cuya respiración emanaba de su boca como un resuello caliente, cuyo cuerpo le quemaba como brasas...

—¿Es usted compañero de mi marido? —pregunta Irmgard Lassehn tras un rato.

—Sí —responde Lassehn, y la mira sin reparos a la cara—, fuimos camaradas, muy buenos camaradas.

—Lo remarca usted de una manera peculiar, señor...

—Winter —le indica Lassehn—. Disculpe usted que olvidara presentarme.

Irmgard Lassehn toma constancia de su apellido con una breve inclinación de la cabeza.

—Lo remarca usted de una manera peculiar, señor Winter —repite ella.

«Ciertamente lo he hecho», piensa Lassehn, «y no sin intención, pues me gustaría saber algo de mí gracias a ella».

—¿Peculiar? —pregunta él.

—Así como... así como si quisiera dar a entender algo —dando más explicaciones sobre su pregunta.

Sus ojos refulgen por poco tiempo, como si estuvieran al acecho.

–Sólo quería decir que... que Joachim y yo hablamos mucho sobre usted –dice decidido–, y por ello sé algunas cosas...

Irmgard Lassehn se inclina de golpe.

–¿Y qué es lo que sabe usted? –pregunta rápidamente y casi de forma amenazadora.

–Quería decir que la conozco, estimada señora, aunque para usted yo sea un extraño –responde Lassehn–. Puede sonar paradójico, pero es así.

Ahora le ha invadido un sentimiento que mezcla extrañamente la alegría con la tristeza.

Irmgard Lassehn se vuelve a enderezar y sonríe irónica.

–Hace unos años leí por casualidad un libro de Leonhard Frank titulado *Karl y Anna* y allí se hablaba de dos soldados, que eran buenos, muy buenos camaradas... ¿Conoce usted el libro?

–No –contesta Lassehn–. ¿Por qué me cuenta usted esto?

–Uno de los dos soldados también estaba casado –prosigue Irmgard Lassehn sin contestar a su pregunta–, y le confiaba a su camarada todos los pormenores sobre su mujer, también los asuntos más íntimos de su vida matrimonial. ¿Me entiende usted, señor Winter?

Lassehn asiente.

–Lo entiendo, aunque Joachim no entró tanto en detalle –dice él como si se disculpara.

–¿Hasta dónde llegó mi señor esposo en su elocuencia? –pregunta, y alrededor de la boca aparecen pliegues irónicos–. Puede usted contármelo tranquilamente todo, señor Winter, ni me hará daño ni me enfadaré por ello.

–¿Y por qué lo quiere usted saber? –pregunta Lassehn obstinado.

–Se trata en cierta medida de un interés psicológico–responde ella.

Debido a lo tragicómico de la situación, el buen humor es eliminado ahora en el sentimiento contradictorio que ha dominado hasta ahora a Lassehn.

–Habla usted de su matrimonio como si hablara de un asunto completamente secundario, estimada señora –dice irritado.

Irmgard Lassehn se encoge de hombros.

–Parece ser usted de la opinión, señor Winter –le replica ella–, de que un matrimonio de ocho días justifica un estado permanente o que es garantía de un amor eterno. Es usted notablemente ingenuo. En eso es, por cierto, igual que mi marido: él también veía un misterio en la relación entre sexos.

–¿Y no es así? –pregunta Lassehn.

Irmgard Lassehn sonríe mostrando los dientes.

–Yo veo en ello una cuestión biológica –dice como si lo instruyera.

«Así es como eres», piensa Lassehn y vuelve a mirarle los pies, unos pies finos y delicados, de un blanco inmaculado, con unas finas venas rosa pálido, dedos lisos, estrechos huesecillos, que se extienden elásticos hasta las puntas de los dedos y estiran los músculos. Lassehn ve esos pies frente a él como una visión, cómo por la mañana se deslizaban fuera de la cama, en cierto modo como si fueran el contacto con el mundo fuera de la cama, pies de muchacha bonitos y finos. Y eso es lo que ha quedado, ningún rostro, ningún cuerpo, ningún alma, sólo un par de bonitos y estilizados pies de muchacha.

Lassehn se controla a la fuerza.

–Lo que no entiendo es por qué se casó con Joachim. Para... satisfacer una función biológica no es necesario celebrar un matrimonio.

Irmgard Lassehn le examina con una mirada de superioridad.

–Las funciones biológicas, señor Winter, están relacionadas íntimamente con las cosas materiales, si es que aún no se ha enterado de ello. Se lo voy a explicar de forma muy concreta: un soldado que debe regresar al frente está más cerca de la muerte que de la vida, por lo que lógicamente una muchacha debe contar que no podrá hacerse responsable de los compromisos que se derivan de esta relación. ¿Lo entiende usted ahora?

Lassehn asiente.

–Absolutamente, estimada señora.

Nota cómo la ira, que ya no se aleja mucho del odio, se apodera de él. «Ésta es entonces mi mujer, una síntesis de celo y sentido comercial. ¿Es posible algo así, que no hay nada más? ¿He venido aquí a discutir sobre el amor y el matrimonio? No, estoy aquí para ganar en claridad...».

–No entiendo por qué las mujeres tenemos que asumir siempre el riesgo –prosigue ella–. Nosotras las mujeres ya no somos el sexo débil y materialmente nos hemos vueltos más independientes, aunque desgraciadamente la naturaleza lo ha previsto de tal forma que, desde el punto de vista biológico, nos ha cargado con la mayor responsabilidad y por ello tenemos derecho a resarcirnos con alguien.

–Si me permite que lo exprese así, su matrimonio con Lassehn fue entonces una válvula de seguridad.

–Puede usted llamarlo así –confirma Irmgard Lassehn–. En circunstancias normales seguramente no me habría casado con él, con una amistad ya hubiera sido suficiente.

Lassehn mantiene las manos entrelazadas a la espalda y evita la mirada de su mujer.

–Sé por Joachim que él había puesto mucho más en este matrimonio, para él no fue únicamente una experiencia erótica.

–¿También le habló de eso? –le pregunta ella con una sonrisa irónica.

–Naturalmente, si no, no podría afirmarlo –contesta Lassehn.

–Resulta interesante –dice Irmgard Lassehn, y enarca las cejas sorprendida.

–Parece que no entiende usted –dice Lassehn casi amargado– lo que significa. Él le entregó su alma, mientras usted sólo le entregó su cuerpo, lo que resulta –si me lo permite– un negocio muy desigual.

Irmgard Lassehn se reclina del todo en el sillón y cruza las piernas.

–¿Lee usted mucha novela romántica, señor Winter?

Lassehn se la queda mirando fijamente. La bata se ha abierto un poco y muestra el comienzo de los pechos y descubre el delgado cuello, aunque Lassehn permanece impassible. El pecho que bajo la bata parece respirar, el cuerpo oculto bajo la fina seda, sólo forman parte de una figura de cera.

–Si me permite que le haga una pregunta, estimada señora –dice finalmente Lassehn.

Irmgard Lassehn hace un movimiento de concesión con la mano.

–¿Por qué entonces se casó con él? –pregunta e intenta mejorar la pregunta enseguida–. No me refiero ahora a la formalidad legal, sino...

Calla avergonzado. Por un momento ha olvidado que se encuentra frente a su mujer como un hombre completamente desconocido y que, por lo tanto, no le está permitido hacer preguntas demasiado incisivas.

–¿Sino? –le anima a seguir Irmgard Lassehn–. Puede usted preguntar tranquilamente, no soy pudibunda, además le concedo a usted el placer de una conversación erótica.

Lassehn da un respingo.

–Ya sabe a lo que me refiero, estimada señora –dice, y hace una pausa de unos pocos segundos,

aunque Irmgard Lassehn no acude en su ayuda, se lo queda mirando llena de expectación mientras balancea la pierna que tiene cruzada.

–¿Por qué se llevó justamente a Joachim –Lassehn respira hondo y se prepara para expulsar la pregunta con fuerza– a la cama? –estalla entonces desenfrenado.

Irmgard Lassehn no está ofendida, de nuevo su boca ha dibujado una sonrisa arrogante.

–Parece ser usted de la opinión –dice estirada– de que elegí mal.

–De ninguna forma –le replica Lassehn–, me refiero a otra cosa.

–¿A saber?

Irmgard Lassehn no lo mira, sigue balanceando la pierna cruzada con un movimiento que debe indicar su total indiferencia.

–Me refería a que usted y Joachim son completamente diferentes, ni siquiera hacen buena pareja –dice él–, y como sé que Joachim es de naturaleza más bien pasiva, debo suponer que la iniciativa partió de usted.

–No se equivoca usted del todo, señor psicólogo –dice Irmgard Lassehn–. Voy a responder a la cuestión en la que usted parece estar tan extrañamente interesado: mi marido estaba por entonces muy solo, bastante desesperado, y me dio lástima, eso es todo, todo lo demás se dio por sí solo. El que me casara con él, eso fue... ¿Cómo lo ha denominado usted antes? Sí, exacto, una válvula de seguridad.

–¿Por lo tanto no hubo amor? –pregunta Lassehn con insistencia.

Irmgard Lassehn se cierra bien la bata sobre el cuerpo y coloca los pies de nuevo uno junto al otro, como si con ese movimiento quisiera finalizar la conversación.

–¿Por lo tanto no hubo amor? –repite Lassehn la pregunta mientras la observa con insistencia.

–Su interrogatorio me está resultando ya estúpido –dice ahora Irmgard Lassehn, y aparta un rizo que le ha caído sobre la frente echando hacia atrás la cabeza con un firme movimiento.

Lassehn nota que ahora la conversación ha llegado a un momento decisivo, que lo que hasta entonces había sido un intercambio de discurso, pregunta y respuesta, sólo eran las escaramuzas previas.

–Sin embargo, aún falta mucho para que yo haya terminado –dice él con dureza.

Irmgard Lassehn se vuelve vehemente por primera vez.

–¿Qué quiere decir?

–¡Ahora mismo lo va a oír!

Irmgard Lassehn se pone de pie.

–No quiero oír nada más –dice impaciente–, ya he perdido demasiado tiempo con usted. Sólo quiero que me responda a una pregunta, después puede usted irse. ¿Dónde está mi marido ahora mismo?

–Su conmovedora atención le honra. ¿Cómo es que finalmente se le ha ocurrido preguntarlo? –se burla Lassehn, mientras se pone igualmente de pie y se acerca mucho a la mujer, la mira atentamente en el rostro y dice entonces lentamente–: Lo tienes enfrente de ti, Irma.

–No diga usted tonterías –dice Irma Lassehn imperativa, y se aleja de él–. Si necesita realmente algo para el corazón, joven, por favor, hay suficientes mujeres y muchachas solas por ahí que le tendrán preparada una cama mullida y que se arrimarán a su corazón desolado, pero a mí hágame el favor de dejarme en paz. ¿O es que mi marido le ha descrito las noches que pasó conmigo de forma tan apasionada que quiere irse usted a la cama conmigo como sea?

A Lassehn le invaden sentimientos violentos, odio, ira, desprecio, indignación. La mano se le

contrae como si tuviera calambres y debe esforzarse para controlarla y no dirigirla hacia ese rostro hermoso e impertinente.

–Soy Joachim Lassehn –dice con voz contenida con dificultad–. ¿Realmente no me reconoces?

Irmgard Lassehn rompe a reír.

–Así que sí que conoce la receta de la novela *Karl y Anna* y ahora quiere proceder según esta receta: usted quiere hacerse pasar por el esposo de la mujer porque el imbécil del marido le ha contado sus secretos de cama. –Vuelve a reír–. Conmigo no funciona, estimado señor, conmigo no funciona.

Lassehn se queda confuso por un momento, de repente se da cuenta de que cuando una ficción se formuló una vez en un nombre concreto ya no puede repetirse, por lo menos a través de la verdad.

–Realmente soy Joachim Lassehn, Irma –vuelve a repetir.

–No diga usted disparates –dice Irmgard Lassehn impaciente–. Tiene usted cierto parecido con mi marido, lo admito, y usted quiere aprovecharse de ello.

–Yo no quiero aprovecharme de nada –le replica Lassehn, furioso–. No te vayas a creer que estoy reclamando los llamados derechos matrimoniales, puedes seguir utilizando tu cama para ti sola o compartirla con quien te dé la gana...

–¡Cierre usted la boca! –exclama Irmgard Lassehn entremedio.

–... igualmente nuestro matrimonio sólo consta sobre el papel –prosigue Lassehn imperturbable–, y una vez haya terminado esta gloriosa guerra podremos entonces discutir de ello frente a los tribunales.

Las palabras pronunciadas no han dejado de impresionar a la joven, aunque ella se obstina en negar que Lassehn sea su marido.

–Usted no es mi marido –dice–, simplemente no le creo.

Lassehn se encoge de hombros, de repente le parece absurdo identificarse en ese lugar y en ese momento como el marido de Irmgard; súbitamente no entiende qué es lo está buscando allí, porque ha hecho el camino hasta Charlottenburg.

–Al fin y al cabo, me da completamente igual si me crees o no... –empieza a decir sin fuerzas.

–Si es usted realmente mi marido –lo interrumpe Irmgard Lassehn–, supongo que entonces llevará usted documentación encima que atestigüe que usted es Joachim Lassehn.

«Hace tiempo que los papeles se fueron al otro barrio», piensa Lassehn, «ahora soy Horst Winter de Estrasburgo en el Uckermark, he olvidado que soy un ilegal que ya no puede volver a su vida anterior, que en el momento en el que me convertí en ilegal morí para mi viejo mundo, que con mi nueva documentación debo apropiarme de otra vida, que ya no puede tener relación alguna con mi vida anterior».

–Mis papeles se han ido al diablo –dice–. En todo caso, no podía prever que los necesitaría para identificarme frente a mi propia mujer.

–Un momento –lo interrumpe Irmgard Lassehn, y abre la puerta–. Tía Else, ven un momento, por favor.

–¿Qué es lo que quiere usted?

Instintivamente ha pasado a llamarla de usted. Irmgard Lassehn pasa por alto la pregunta, la señora Niedermeyer entra en la habitación y pasea la mirada entre ambos.

–¿Qué ocurre, Irmchen? –pregunta.

–Observa detenidamente a este señor, tía –dice Irmgard Lassehn–, míratelo con atención.

–¿Qué es lo que pasa, Irmchen? –pregunta la señora Niedermeyer sorprendida–. Ya sabes que no me gusta que me gasten bromas pesadas.

–Por favor, obsérvale atentamente –dice Irmgard Lassehn impaciente.

La señora Niedermeyer ya no la contradice, da la impresión de que está acostumbrada a someterse a la voluntad de su sobrina. Observa a Lassehn atentamente y se dirige de nuevo hacia Irmgard Lassehn.

–¿Y? –le pregunta.

–¿No hay nada especial que te llame la atención? –pregunta Irmgard Lassehn.

–No que yo sepa –contesta la señora Niedermeyer.

–Este señor sostiene que es mi marido –dice finalmente Irmgard Lassehn.

La señora Niedermeyer vuelve a escrutar con la mirada a Lassehn.

–Se parece mucho a tu marido, Irmchen –dice ella–, aunque eso es todo.

–Gracias, tía –dice Irmgard Lassehn, y sonríe arrogante–. Déjanos de nuevo solos.

–Dos a uno, en el descanso empate a uno –afirma triunfante Irmgard Lassehn una vez la señora Niedermeyer ha abandonado la habitación–. ¿Qué me dice usted ahora, estimado señor?

Lassehn se encoge de hombros.

–Si *tú* misma no me reconoces –contesta él–, entonces tampoco lo hará tu tía, eso está claro. Podrías haberte ahorrado esta prueba.

Irmgard Lassehn muestra su objeción con un movimiento de rechazo de la mano.

–Hablemos claramente y sin rodeos.

–Lo mismo digo –le secunda Lassehn.

–Constato que por primera vez estamos de acuerdo –dice Irmgard Lassehn–. Ahora dígame usted sin andarse por las ramas qué es lo que quiere usted de mí.

–Una certeza sobre mi matrimonio, nada más ni nada menos –responde Lassehn.

–No empiece usted otra vez de nuevo –dice Irmgard Lassehn enojada–. Si es usted realmente mi marido, ¿por qué no lo ha dicho desde un principio? ¿Por qué ha representado toda esta comedia?

–No soy capaz de decirle qué me ha llevado a actuar así –responde Lassehn–, pero cuando di los primeros pasos, ya no pude volver atrás. Y tampoco lo quise, porque no me reconociste, me has tratado como a un extraño y has hablado de mí en tercera persona. La certeza que buscaba me la has procurado tú misma.

–Nada de lo que ya supiera –añade Irmgard Lassehn.

–Me has demostrado que nuestro matrimonio, si queremos llamar así a los ocho días en los cuales convivimos, sólo fue un pequeño episodio en tu vida, no más significativo que cualquiera de tus anteriores amistades. No tienes por qué impacientarte, pronto habremos terminado con nuestra conversación. Únicamente quisiera repetirte mi pregunta de antes: ¿por lo tanto, no hubo amor?

Irmgard Lassehn tuerce la boca en una gran sonrisa.

–¿Qué significa esta pregunta? Hubiera amor o no, tú no viniste obligado. ¿O no es así?

El tuteo que Irmgard utiliza ahora por primera vez es como una bofetada para Lassehn.

–Gracias –dice con la voz prieta–, has sido clara.

Irmgard Lassehn se acerca mucho a él.

–Si realmente eres Joachim Lassehn –le dice–, entonces hay un rasgo distintivo infalible, demasiado tonto para que hubiera pensado antes en él. Tras la oreja izquierda tienes una pequeña cicatriz en forma de espiral y es, para serte franco, la única característica tuya que recuerdo.

Lassehn retrocede.

–No considero necesario que mi mujer me tenga que identificar –dice irritado–. ¡Déjalo estar!

Sin embargo, Irmgard Lassehn no cede y le separa el cabello tras la oreja izquierda para palpar

la cicatriz. Retrocede unos cuantos pasos y observa a Lassehn de nuevo de la cabeza a los pies.

–Realmente eres Joachim –dice en voz baja–. ¡Resulta toda una canallada haberte colado así en mi casa! –se pone a gritar de repente–. ¿En qué estabas pensando?

Lassehn se la queda mirando fijamente.

–¿Y en qué estabas pensando *tú* cuando te casaste conmigo? –le pregunta a su vez–. ¿Cuándo me llevaste a tu cama, que aún conservaba el calor de otro?

–No tengo que rendir cuentas contigo –le replica Irmgard Lassehn, reservada, y echa la cabeza hacia atrás–. Y menos aún sobre mi pasado.

–¿Y dónde está el niño? –pregunta Lassehn de repente.

–¿Qué niño?

–¡El que ya llevabas encima cuando nos casamos!

–¿Cómo sabes tú eso? –le pregunta sobresaltada Irmgard Lassehn.

–Lo sé y eso te tiene que bastar –dice Lassehn sereno–. ¿Entonces?

Irmgard Lassehn da unos cuantos pasos, entonces se apoya sobre el bufé y se entretiene con el cordón de su bata.

–En el octavo mes tuve un aborto involuntario cuando en la casa de al lado cayó una bomba. ¿Quieres saber algo más?

Lassehn niega con la cabeza. La experiencia de esos ocho días que ardía en su interior hasta entonces en cuanto la rememoraba se ha reducido al encuentro insignificante que había sido para Irmgard, la experiencia ya no conlleva la fuerza enigmática y maravillosa que obliga a ambos sexos a relacionarse, ha perdido toda su aura de ternura y ya sólo queda la colisión de los cuerpos. Lassehn hace un ejercicio de introspección, aunque no llega a escuchar ninguna voz compasiva, no está desesperado, apenas decepcionado, tampoco ha llegado hasta aquí desprevenido.

Irmgard Lassehn cruza los brazos sobre el pecho,

–¿Y qué va a pasar ahora, mi señor esposo? –pregunta–. ¿Cómo queda lo nuestro?

–Todo quedará como estaba –contesta Lassehn–, considera que mi visita de hoy nunca ha tenido lugar, sigue llevando tu vida de siempre, más adelante ya veremos.

–¿Más adelante?

–Sí, tras la victoria final.

Se produce una pequeña pausa. Lassehn e Irmgard están frente a frente, su actitud no es hostil de ninguna manera, más bien amable y a la expectativa, comercialmente vinculante, únicamente los separan tres pasos, aunque son incapaces de recorrer esos tres pasos, pues la distancia resulta insuperable: entre ellos se ha alzado un muro alto.

–Cuando entonces te subiste al tren de los soldados de permiso en la estación del Tiergarten –empieza a decir Irmgard Lassehn–, para mí en el fondo nuestro matrimonio ya se había acabado. Regresé a casa y todo era como antes de conocerte, no quedó nada, y cuando por la noche me metí en la cama algo me faltaba, pero no eras tú, era simplemente... Quizá consideres que soy una desvergonzada, Joachim, pero te lo cuento tal como es, así es como soy, y muchos de mis conocidos no son diferentes. ¿Tienes aún un momento?

Lassehn se limita a asentir.

–Entonces te voy a contar rápidamente cómo me he vuelto así y por mí lo puedes tomar como una disculpa o un motivo. Para una mujer, la primera experiencia es muchas veces decisiva para su vida posterior y aunque gane en distancia nunca se puede librar de ella. Y conmigo ocurrió eso. Cuando dejé el instituto serví con toda la clase en el Servicio de Trabajo, en un campo en

Pomerania, en Lauenburg. Es decir, sólo nos alojábamos en el campo, de día trabajábamos con los campesinos. Muy cerca de allí había una escuela de aviación para pilotos de planeadores donde entrenaban a las Juventudes Hitlerianas a volar con motor. Lo que sigue ya te lo puedes imaginar, los aviadores convirtieron en un verdadero deporte el arrollarnos, tal como lo denominaban. Al principio nosotras nos defendíamos, pero al final nos dejábamos ir. No quiero decir que en todos los campamentos fuera así, pero en el nuestro sí. Dos de las chicas se colgaron cuando se dieron cuenta de que estaban en estado, otras cuantas se volvieron frías para siempre, pero otras, entre las que me incluyo, fueron lo suficientemente fuertes como para superarlo. Al fin y al cabo, tenía que ser así, formaba parte de nuestro día a día, como la comida y la bebida, el dormir y el metabolismo. Aquí tienes la explicación de por qué en lo que los otros llaman amor yo sólo vea una función biológica. Tienes mala suerte, jovencito, pero no encajas en nuestros tiempos, eres demasiado blando, demasiado romántico, hoy ya no existen las penas del joven Werther, las penas del Werther contemporáneo no se tratan con alma, sino con protargol y sulfamidas.

Lassehn ha estado escuchando sin pestañear. Hasta ahora se ha opuesto al hecho, aunque ha llegado el momento de reconocerlo: para Irmgard ha sido uno cualquiera, el permiso fue para ella simplemente una aventura más.

—¿No pensarás en continuar o retomar nuestro matrimonio? —pregunta ella.

—No he venido aquí ni para continuarlo ni para retomarlo —contesta Lassehn—. Hace pocos días ya estuve aquí, pero no te encontré. Seguramente ya está bien así, pues quizá algo me hubiera atado a lo que sucedió, pero ahora ya es pasado, ya no tiene sentido. Y tú me has ayudado mucho en ello.

—¿Yo?

—Sí, tú, pues has destruido a conciencia la leyenda que aún vivía en mí —responde Lassehn—. Y está bien así, ahora mismo ya no podría vivir contigo, aunque quisiera, pero es que no quiero.

De su garganta surgen unas cuantas carcajadas roncadas.

—Hay tantas mujeres y muchachas en Berlín que están sin hombre y que gustosamente se me llevarían a la cama. ¿No has dicho antes algo así? ¿Por qué tendrías que ser justamente tú, sólo porque casualmente eres mi mujer?

Irmgard Lassehn se encoge de hombros.

—Haz lo que te parezca.

—Al fin y al cabo, si nos limitamos a ejercer funciones biológicas, da lo mismo con quién —prosigue él—, siempre y cuando se respete, naturalmente, la cuestión de la raza.

—¡No sigas! —dice Irmgard Lassehn, tajante.

—Está claro que yo no me mezclaría con una judía o con una negra —dice Lassehn, irónico—, pues mi cuerpo ario seguro que sufriría por ello. Aunque ¿cómo funciona esto? Sí que podría hacerlo con una japonesa, aunque sea de una raza extranjera y sin embargo unida a nosotros política y militarmente. Entonces se hace la vista gorda, ¿no?

—¿Cómo se te ocurre hablar sobre la raza! —dice enfadada Irmgard Lassehn—. La raza es el fundamento de todo pensamiento nacionalsocialista, es así y punto.

—Mira tú —dice Lassehn—, no sabía que fueras miembro del Partido. La próxima vez, si el destino nos depara que volvamos a vernos, ponte el distintivo del Partido en la bata, para que uno sepa a qué atenerse.

—Soy miembro del Partido —le replica Irmgard Lassehn alterada y, por primera vez, se ruboriza sobremanera—, aunque la idea de la raza no se limita de ninguna manera a ser miembro del Partido, es patrimonio común de nuestra nación.

–Seguramente has tenido una toma de contacto muy extensa con la masa de nuestra nación –sonríe Lassehn– para que seas capaz de emitir un juicio tan amplio.

–Terminemos con esta conversación. Quien no entiende con el idioma de la sangre, tampoco lo hará con la razón. Por cierto... ahora me doy cuenta de que vistes de civil.

–Me han licenciado del ejército –dice rápidamente Lassehn.

–No te creo –le replica Irmgard Lassehn y lo observa escrutadora–. Desde el 10 de enero no se ha licenciado a nadie. Da la casualidad de que lo sé con exactitud, pues por si no lo sabías soy asistente de personal en el Alto Mando del Ejército. No me puedes engañar.

«Ya va siendo hora de desaparecer», piensa Lassehn, «esto se está volviendo peligroso. Recuerda la advertencia de no comprometerse con asuntos personales, pues en el noventa y nueve por ciento de los casos conduce a complicaciones. Y en este caso todo suma: asistente de personal, miembro del Partido, enemistad personal».

–¡Quién te has pensado que soy yo, Irma! –grita con una indignación fingida.

–Has abandonado la tropa –dice ella alterada–. ¡Qué asco! En este momento de gran peligro... ¡Me avergüenzo de ti!

–No es necesario –replica Lassehn impasible–, cada uno se avergüenza de sí mismo: yo, de no haber puesto fin a mi cobardía mucho antes; tú, por haber sido cómplice de una banda de criminales miserable.

Irmgard Lassehn patalea enfurecida.

–¡Estás loco! –grita–. Así sólo puede hablar alguien que no está en su sano juicio o que es un traidor.

–Lo que tú llamas traición en realidad es la satisfacción de un compromiso humano –le replica Lassehn alterado–, aunque tú no lo entiendes, no lo puedes comprender. Han vuelto vuestra conciencia obtusa, la han confundido sistemáticamente, han ajustado vuestros oídos para oír un único tono, para fijar vuestra vista en un único punto; creéis vivir pero sois vividos, creéis pensar, pero únicamente sois autómatas del pensamiento...

–¡Basta ya! –dice Irmgard Lassehn, enojada.

En la boca de Lassehn se dibuja una sonrisa dura.

–Ésta es vuestra vida –prosigue, imperturbable–: someteros a las órdenes, eliminar por completo vuestra propia voluntad, participar como un pequeño engranaje más en la maquinaria asesina o ser utilizados como recambio. Ésta es vuestra vida: la renuncia total, conferirle cierto sentido y determinar así la dirección de vuestra existencia. Os habéis convertido en una masa sin voluntad propia y en el fondo amorfa...

–¡No quiero oír nada más! –grita Irmgard Lassehn–. ¡No-quiero-oír-nada-más!

–¿Te retumba en los oídos como si se tratara de las trompetas del Juicio Final? –pregunta Lassehn con obstinada insistencia–. ¿Derriba la coraza de tu insensibilidad, que consideráis invulnerable? ¿Existe quizá algún rayo de humanidad en ti que se haya avivado y que arda en tu interior?

–Si tienes razón o no ahora mismo es irrelevante –le replica Irmgard Lassehn y lo mira de forma amenazadora–. Ahora mismo estamos donde estamos y en este momento resulta indiferente cómo hemos llegado hasta aquí. No nos queda otra opción que luchar y seguir luchando con el fin de impedir el desastre que nos amenaza.

Lassehn sonrío, hostil.

–Ya que has cometido un crimen, con el fin de que no te descubran debes cometer un segundo;

con el fin de escapar a la revancha tienes que cometer un crimen tras otro, ya no hay vuelta de hoja, hasta que... sí, hasta que te toque a ti.

–Entre nosotros no existe entendimiento alguno –dice Irmgard Lassehn.

–Sí –le da la razón Lassehn–, no existe para nada. ¿Dónde está mi maleta? Me gustaría llevármela.

Ella se queda mirando a Lassehn, en su mirada ha aparecido de repente un brillo duro y penetrante.

–Ahora hay que dejar de lado las consideraciones personales –dice lentamente, como si así quisiera conferirles a sus palabras un significado especial–. Te voy entregar a la siguiente patrulla que pase por aquí, no me separaré de tu sombra. Si el enemigo ha llegado a adentrarse tanto en nuestro país es por culpa de gente como tú.

Lassehn suelta unas cuantas carcajadas oscuras.

–Querida niña –dice entonces, amenazador–, llevo encima un revólver con seis balas.

Extrae el revólver del bolsillo y lo sostiene sobre la palma de la mano.

–Sería una pena por tu cuerpo, que sabe amar tan bien.

Irmgard Lassehn retrocede un paso, ha empalidecido completamente, como si le hubieran succionado el carmín y el colorete de la piel.

–¿Dónde está mi maleta? –pregunta Lassehn, y agarra el revólver con la mano derecha,

–En el pasillo –contesta Irmgard Lassehn con los labios temblorosos–. La hemos...

–Está bien –hace un gesto de rechazo con la mano y se dirige lentamente hacia la puerta–. Si intentaras abrir la ventana para llamar la atención sobre mí, puedes considerarte muerta. He traído a unos cuantos compañeros conmigo, que me esperan en el pasillo del inmueble y al otro lado de la calle. Son chavales comprometidos y excelentes tiradores. Estaría bien que tuvieras esto en cuenta a la hora de actuar.

Irmgard Lassehn se apoya agotada sobre la mesa.

–Vete –dice con voz fallecida–. ¡Por favor, vete!

En este momento, a Lassehn incluso le despierta un poco de lástima; una vez alcanzada la puerta, se vuelve de nuevo.

–¿Y cómo me despido de ti? –pregunta–. ¿Con un adiós? No, no le concedo ninguna importancia al hecho de que no nos volvamos a ver y seguramente tú tampoco. ¿Con un «Buenos días»?

Vuelve a reír brevemente.

–Ya no vivirás buenos días en el Tercer Reich cuando el órgano de Stalin brome sobre Berlín. Así que: ¡Heil Hitler!

III

19 de abril

Les habla el doctor Goebbels, ministro del Reich, en la víspera del aniversario del Führer.

Durante unos pocos segundos sólo se oye el zumbido de la corriente eléctrica, hasta que se alza la voz nasal y con un deje de la zona del Rin:

En el momento actual de la guerra, en el cual parece ser que, de nuevo, y quizá por última vez, los viejos poderes del odio y de la destrucción arremeten contra nuestro frente desde el oeste, el este, el sudeste y el sur, comparezco en la víspera del 20 de abril, como viene siendo habitual desde 1933, frente al pueblo alemán para hablarle del Führer.

Sólo puedo decir que el Führer es el único representante digno de esta época oscura y dolorosa. Si Alemania aún existe hoy en día, si Europa, y con ella el Occidente bien educado con su cultura y civilización, no ha sido engullida todavía por el remolino que conduce al oscuro abismo y que se presenta frente a nosotros como un vacío absoluto, se lo debemos únicamente a él. Pues él se convertirá en el hombre de este siglo.

Y si resulta viril y alemán afrontar solos esta batalla como el Führer de un gran y valiente pueblo, confiando en sus propias fuerzas y seguridad, así como en la ayuda de Dios para hacer frente a los enemigos muy superiores que nos amenazan y luchar contra ellos en lugar de capitular, también resulta igualmente viril y alemán seguir como pueblo a un Führer como éste, incondicional y fielmente, sin excusas ni reservas, librarse de cualquier sensación de debilidad y veleidad, confiar en la buena estrella que se encuentra sobre él y sobre todos nosotros, aunque ahora mismo, por momentos, la nublen oscuras nubes; no ser cobarde en la desgracia sino obstinado; en lugar de izar la bandera blanca de la rendición, enarbolar el viejo estandarte con la cruz gamada de una resistencia fanática y salvaje, y darle las gracias una y otra vez por habernos regalado en estos tiempos terribles y grandiosos a un auténtico Führer.

La guerra se aproxima a su fin. La demencia que las potencias enemigas desataron sobre la humanidad ya ha superado su punto culminante en lo que a esta guerra se refiere. El jefe de la conspiración enemiga ha sido derribado por el destino. Ha sido el mismo destino que el 20 de julio de 1944 permitió que el Führer saliera íntegro e ileso de entre los muertos, los heridos graves y las ruinas, con el fin de que pudiera finalizar su obra, bien es verdad que no sin dolor y pruebas que superar, aunque sí según el sentido de la providencia. El pueblo alemán lo ha alumbrado, lo ha convertido en su líder, lo ha elegido libremente como su Führer, conoce su obra pacificadora y ahora está dispuesto a soportar y llevar a cabo las acciones de guerra que se le han impuesto hasta la victoria final.

¡Quién sino el Führer podría señalar el camino de salida a la crisis mundial! ¡Su obra es una obra de orden! Sus enemigos únicamente le pueden oponer una obra demoníaca de anarquía y devastación de las personas y de los pueblos.

¡Si el mundo aún sigue existiendo, no sólo el nuestro sino también el futuro, a quién se lo debemos agradecer sino es al Führer! A día de hoy ellos lo pueden injuriar y vilipendiar y

perseguir con un odio vil, aunque en algún momento deberán replantearse o arrepentirse amargamente de su punto de vista. Se ha convertido en el núcleo de la resistencia ante la desintegración del mundo. Es el corazón más valiente de Alemania y la voluntad más ardiente de nuestro pueblo. Me puedo permitir hacer un juicio sobre este punto y tiene que expresarse justamente en el día de hoy: si la nación aún respira, si aún dispone de la posibilidad de alcanzar la victoria, si aún existe una salida a este serio peligro de perecer, se lo debemos agradecer a él.

Lo admiramos llenos de esperanza y de una fe profunda e inamovible. Obstinados y combativos lo seguimos el soldado y el civil, el hombre, la mujer y el niño, un pueblo, dispuesto a ir hasta el final, pues están en juego la vida y el honor.

Seguimos a su lado al igual que él permanece a nuestro lado en una fidelidad germánica, tal como lo hemos jurado y tal como queremos mantenerlo. Por ello no le gritamos, ya que lo sabe y lo debe saber: «¡Führer, ordena, nosotros te seguimos!». Lo sentimos en nosotros y a nuestro alrededor. Dios le conceda la fuerza y la salud y lo proteja de todo peligro. Nosotros nos ocuparemos del resto.

Alemania sigue siendo el país de la fidelidad. En el peligro es cuando celebrará su más bella victoria. La historia nunca podrá informar sobre este tiempo diciendo que un pueblo abandonó a su Führer o el Führer a su pueblo. ¡Ésta es la victoria! Aquello por lo que tan a menudo le rogábamos en la suerte al Führer durante una noche como ésta, se ha convertido hoy en el sufrimiento y en el peligro para todos nosotros en un ruego aún más profundo y ferviente: tiene que seguir siendo para nosotros lo que es y lo que siempre ha sido: ¡nuestro Hitler!

Durante unos segundos se hace el silencio.

–Bueno, ya lo sabéis –dice Klose, y apaga el aparato de radio cuando empiezan a sonar los primeros compases de la marcha militar Badenweiler.

A pesar de lo avanzado de la hora y de la cercanía de la alarma aérea, el restaurante de Klose está bastante lleno, aunque no se trate de comensales de paso, habituales u ocasionales. Las casas de la vecindad más inmediata están destruidas y de paso sólo está aquel que tiene que resolver un asunto urgente. Puesto que en las casas destruidas no suele vivir nadie y como la gente que está de paso, y en cuyos oídos retumban los aullidos de las sirenas, no pierde el tiempo tomándose un trago de la insípida cerveza de guerra, la fuente de ingresos de Oskar Klose en la calle Am Schlesischen Bahnhof debería estar vacía.

Sin embargo, no lo está. Klose permanece apoyado con los brazos cruzados sobre la barra mientras deja ir la mirada de un lado a otro, aunque no la mirada evaluadora del dueño de un restaurante hábil en el negocio, que mentalmente suma las jarras de cerveza que ha servido y considera espitar un nuevo barril, pues la presión del grifo ya es débil. Tampoco se trata de la mirada impaciente de un comerciante harto y fatigado, que quiere enviar a sus comensales al diablo para que pueda cerrar de una vez su negocio y poder descansar. No, la mirada con la que Klose observa a sus clientes refleja una expresión de satisfacción, como la que podría mostrar un padre que ve de nuevo reunidos a su alrededor a sus hijos bien educados.

A las mesas a la derecha del restaurante están sentados el doctor Böttcher, Wiegand, Schröter, Lassehn, Lucie Wiegand y otras seis personas, entre los cuales destaca la cabeza de un rubio claro de una joven muchacha.

–Ahora que ya sabemos –dice el doctor Böttcher mientras se apoya sobre el respaldo de la silla– que la victoria será nuestra porque contamos con el Führer, vamos a comentar por nuestra

parte las medidas que debemos adoptar. Sabemos que nuestras fuerzas son demasiado escasas como para conseguir organizar un movimiento de oposición. Nos hacen falta armas, nos hacen falta efectivos y, sobre todo, nos faltan los datos sobre cuántos grupos de resistencia están activos en Berlín. Las dificultades, que en gran medida obstaculizan el entendimiento y la colaboración, son demasiadas para que puedan superarse bajo las condiciones actuales. Entre nosotros se encuentra hoy el camarada de otro grupo, el camarada Rumpelstiltskin, el enano saltarín, aunque la conexión con él y con su grupo se ha producido únicamente por casualidad. Así que en el futuro no nos queda otra solución que seguir trabajando de forma aislada y limitarnos a ello conscientemente.

»Sabemos perfectamente que *nosotros* no podemos derrocar el régimen, que el golpe que sacará al nazismo del trono debe proceder del exterior. Desde hace tiempo sabemos que este golpe ya no se puede organizar desde el interior y esta conclusión, que la mayoría de nosotros empezamos a asumir mucho antes de que empezara la guerra, desplazó la prioridad de nuestra labor: ya no podía estar dirigida a la eliminación directa de la dictadura de Hitler, pues el equilibrio de fuerzas era demasiado desigual. La mayoría del pueblo alemán no fue por desgracia caja de resonancia de nuestras aspiraciones, nunca ha poseído la comprensión política para ser capaz de reconocer hacia dónde conducía la política del así llamado Tercer Reich. La guerra poco ha cambiado en ello. Las esperanzas que algunos pusieron en la tropa se vieron traicionadas, no se conoció ni un solo caso de amotinamiento o negativa a obedecer de una sola unidad. Llegar a esa amarga conclusión hizo que algunos tiraran la toalla resignados. Sin embargo, nosotros, que hemos continuado con nuestra lucha ilegal, tuvimos que conformarnos con la paralización de las partes pequeñas y más pequeñas del aparato de poder del Partido. Sabíamos que nuestras pocas octavillas no superarían en influencia las tiradas millonarias de los periódicos. Éramos conscientes de que nuestras emisoras de onda corta mal instaladas e insuficientemente equipadas, perseguidas constantemente por las furgonetas radiolocalizadoras de la Gestapo, no podrían acallar las grandes emisoras de la maquinaria de propaganda estatal. Y, a pesar de todo, podemos afirmar sobre nosotros que nuestro trabajo no ha sido del todo en balde. Cada octavilla, cada emisión, cada palabra han sido una espina clavada en las conciencias, en la seguridad en uno mismo del ciudadano, y ha conducido a que algunos trabajadores hayan disminuido su rendimiento en el trabajo, ha debilitado la voluntad de combate de algunos soldados. Quisiera comparar nuestra labor con la actividad de las termitas, que son capaces de minar una casa de madera desde el suelo y el interior, y dejarla lista para que se derrumbe por sí sola.

»Si me preguntáis por qué hablo hoy de ello e incluyo el pasado, cuando lo que nos importa realmente es el presente, os contesto lo siguiente: porque hemos llegado a un momento crucial. Nos encontramos en la fase final de la guerra, los rusos están preparados para arrojarse sobre Berlín y no hay duda alguna de que en pocos días habrán llegado hasta aquí. Aquí tengo la *Nachtausgabe*, la edición vespertina, con el boletín de hoy de la Wehrmacht:

Desde el cuartel general del Führer, 19 de abril

El Alto Mando de la Wehrmacht informa de lo siguiente:

En el tercer día de la gran batalla defensiva ante Berlín, los bolcheviques pusieron en liza una cantidad de efectivos y material inaudita. Nuestras valientes tropas consiguieron detener, arrastradas por el ejemplo de sus oficiales, el asalto masivo del enemigo y consiguieron hacer fracasar todos los intentos de irrupción. Al sur de Fráncfort, nuestras unidades defendieron sus

posiciones frente a las fuerzas soviéticas muy superiores. Los bolcheviques que avanzaron a ambos lados de Seelow hasta el este de Müncheberg fueron cercados mediante rápidos contraataques. Al sur de Wriezen nuestras tropas consiguieron detener tras duros combates al enemigo que avanzaba. Tras intervenciones incompletas ayer se destruyeron de nuevo 218 tanques.

También al oeste del río Neiße los bolcheviques atacaron con todas sus fuerzas disponibles. A pesar de la resistencia encarnizada de nuestras divisiones, el enemigo obtuvo pequeñas victorias al norte de Görlitz y al noroeste de Weißwasser tras duras luchas y la pérdida de múltiples tanques, para alcanzar el espacio al este de Bautzen y el río Spree a ambos lados de Spremberg.

–Doy por supuesto que tenéis en la cabeza el mapa de la marca de Brandeburgo para saber lo que esto significa. Wriezen y Müncheberg se encuentran sólo a cincuenta kilómetros del centro de la ciudad, a sólo veinticinco kilómetros de la periferia, Bautzen y Spremberg, es decir, los alrededores al sur de Berlín. En los cinco años y medio que dura la guerra hemos tenido suficiente tiempo para estudiar la terminología de los informes de la Wehrmacht. De la historia de las campañas orientales, occidentales y africanas sabemos exactamente cómo debemos valorar expresiones como «gran batalla defensiva», «una cantidad de efectivos y material inaudita», «fuerzas soviéticas muy superiores». Ya que no empleamos la extensión del espacio como arma operativa y –para hablar con Goebbels– ya que no podemos utilizar ese espacio como un púgil en el juego de piernas, está claro que esto es el fin. Que la situación del Alto Mando de la Wehrmacht no sólo se contempla de forma demasiado optimista, sino que incluso se falsea conscientemente, os lo quiero demostrar con un ejemplo.

El doctor Böttcher deja de hablar durante unos pocos segundos y saca una edición del *Völkischer Beobachter* del bolsillo.

–En un comentario sobre el boletín de la Wehrmacht se dice, entre otras cosas:

En total, el enemigo ha perdido en el primer día de su ofensiva más de 260 tanques, lo que viene a ser más de la mitad de sus efectivos.

–«Más de la mitad de sus efectivos», eso significaría que los rusos han iniciado la batalla por Berlín con unos quinientos tanques.

El doctor Böttcher frunce los labios en una pequeña sonrisa y vuelve a doblar el periódico.

–Por una fuente fiable –radio Moscú–, sé que los rusos disponen para la batalla por Berlín no de quinientos, sino de más de cuatro mil tanques, que iniciaron la batalla con un fuego nutrido de veintidós mil cañones, y que atacan dos grupos del ejército, a saber: el grupo de Zhukov, que marcha frontalmente hacia Berlín, y el grupo de Kónev, que avanza hacia Berlín por el sur. Ésta es la situación.

–¿Y cuáles son las consecuencias que extraemos de ello? –pregunta dando voces Schröter.

–Sobre ello quería hablar ahora mismo –le contesta el doctor Böttcher–. Considero que nuestra tarea consiste en explicar a las tropas en combate, sobre todo al Volkssturm, el sinsentido de seguir resistiendo, e incluso, donde sea posible, la necesidad de formar grupos de resistencia activos en contra de las SS con el fin de evitar los enfrentamientos en las calles. Desgraciadamente debemos contar con el hecho de que el lema de la lucha hasta el último aliento ha encontrado eco entre las Juventudes Hitlerianas. Aunque quizá no sean muchos los jóvenes hitlerianos que acaben

siguiendo este lema, debemos considerar siempre que un solo lanzagranadas puede atraer enseguida un fuego masivo de la artillería o de los lanzagranadas. En ese caso, deberíamos intentar desarmar a los jóvenes hitlerianos, si es necesario utilizando la violencia.

El doctor Böttcher carraspea y pasea la mirada entre cada uno de ellos.

–¡Camaradas! La hora de la liberación se acerca, aunque los pocos días que nos separan de ella serán quizá los más difíciles de toda nuestra lucha ilegal. Debemos andar con cuidado con los soplones de la Gestapo y los sabuesos de la policía. Debemos contar con las acciones desesperadas de los peces gordos pardos, pero los disparos de artillería, las bombas y las balas de las ametralladoras de nuestros liberadores *nos* amenazan de la misma forma que a *cualquier* otro, por lo que estamos expuestos a un doble peligro. Sin embargo, ello no debe impedirnos en ningún momento llevar a cabo lo que hemos reconocido como nuestra responsabilidad. El camarada Wiegand comunicará después a cada uno los cometidos especiales.

Klose llama la atención con un gesto de la mano que indica hacia el suelo.

El doctor Böttcher asiente.

–Sí, correcto. Hasta nuevo aviso, el grupo se reunirá aquí, en el local de Klose, ya que parece ser que están vigilando mi vivienda. Tan pronto se inicien los combates callejeros, aquí en el local de Klose hay disponible un amplio sótano. Nuestro camarada Klose también ha reunido de forma preventiva una provisión nada despreciable de alimentos y además dispone de sitios para dormir.

–Aún no me lo puedo creer –dice ahora la joven rubia–, que se llegue a la batalla por Berlín.

–Querida camarada Poeschke –dice Wiegand–, el respeto es una palabra que falta en el vocabulario de los nacionalsocialistas, tampoco lo muestran frente a los gregarios que ellos llaman *Volksgenossen*.

–¡Sin embargo, el pueblo debe despertar de una vez! –exclama la muchacha rubia desesperada–. Cuando una oye hablar a la gente de paso...

Schröter hace un gesto despreciativo con la mano y se la queda mirando casi con enojo.

–Hablar, hablar –dice con vehemencia–, sí, hablar sí que lo hacen, pero con ello ya lo han hecho todo. Cuando aparece uno con un caramelo o cualquier pillo con el brazalete de la cruz gamada, entonces enseguida se hacen pequeños y desagradables; entonces, o bien buscan enseguida la ratonera más cercana o bien sonrían amablemente, alzan la mano y dicen: «¡Heil Hitler!». No, no, querida camarada... ¿Cuál era tu nombre?

–Lotte Poeschke –responde la muchacha rubia.

–No, querida camarada Poeschke –prosigue Schröter–, no podemos contar con la actividad de la masa. Es posible que allí y allá asome alguno cuando nos vea en acción, pero la mayoría permanecerá agachada en sus sótanos, igual que durante los ataques aéreos, y, aunque ya no crean en la victoria, seguirán gritando una y otra vez «¡Heil Hitler!» y cumpliendo con cada orden y no se detendrán hasta que el primer ruso se plante en persona frente a ellos. Ya verás cómo ocurre exactamente así.

–¡Es para desesperarse! –dice la rubia con la mirada perdida.

–A mí sólo hay una cosa que no me gusta –dice un hombre de pelo gris, que hasta entonces ha permanecido sentado en silencio–, y es que los americanos y los ingleses se comporten con tanta tranquilidad en el Elba. Yo pensaba que ahora se pondrían en marcha con el fin de celebrar una carrera hasta Berlín en lugar de...

Saca un periódico del bolsillo y lo abre:

–Hoy por ejemplo escribe el DAZ:

De hecho sólo hace falta leer con atención los informes diarios del Alto Mando de la Wehrmacht de los últimos ocho días, cuyo rigor y cuya franqueza viril siguen siendo indiscutibles e incuestionables. Hay dos extremos claros: en muchos párrafos aparecen, durante estos días, las mismas localidades y zonas en disputa, aunque aún sin haber caído en manos del enemigo; en otros párrafos de por sí significativos el enemigo sigue avanzando con éxito, aunque frente a una resistencia muy endurecida y conducida con mucha agilidad. Tiene que defenderse de duros contraataques y se consume por lo tanto en tal medida y a tal velocidad que las dificultades para reunir las fuerzas necesarias repercuten de forma doblemente peligrosa por un alzamiento furioso del pueblo en un interior del país en tumulto. Las consecuencias ya se han podido ver: el momento del inicio de la ofensiva soviética ha coincidido exactamente con el momento en el que nuestros enemigos de Occidente han mostrado los primeros indicios de asfixia.

–Vaya hombre –dice Schröter furioso y golpea con el puño sobre la mesa–. ¡Que sigas creyendo de esta manera lo que dicen estos! O lo llaman asfixia, o últimas reservas, o diferencias entre los aliados o necesidad terminal, se trata siempre del mismo embuste, ya sea una octava más alta o más baja.

–No deberías ser tan estricto –dice Wiegand, conciliador–. La fuerza de sugestión de los métodos nazis es tan inmensa que no deja de afectarnos. Se dan momentos en los que uno simplemente no puede sustraerse a ella y por ello...

Wiegand calla. La puerta se ha abierto, un hombre en el uniforme azul de los ferroviarios ha entrado, se dirige hacia la barra y pide una jarra de cerveza, se la bebe de un trago y pide otra.

–¿Qué es lo que te pasa? –pregunta Klose–. Hombre, tienes un aspecto lamentable.

El ferroviario se acerca una silla a la barra y se deja caer pesadamente.

–¿Qué tipo de reunión es ésta? –pregunta en voz baja e indica con el pulgar sobre el hombro.

–Nada, una pequeña celebración de cumpleaños –contesta Klose con indiferencia–. ¿Qué es lo que pasa contigo? Tienes la pinta de un novio tras una larga noche de bodas.

–Vengo ahora mismo de Strausberg –responde el ferroviario y respira profundamente–. Hombre, Klose...

Niega con la cabeza como alguien que no quiere reconocer una verdad increíble.

–¿Ya han llegado los rusos a Strausberg? –pregunta Klose con curiosidad.

–Están muy cerca –contesta el ferroviario, se quita la gorra y se seca el sudor de la frente–. Sus tanques ya circulan por el anillo de autopistas. Se acabó, ya terminó.

–¿Piensas? –pregunta Klose.

–Está claro –murmura el ferroviario mirando esquivamente hacia atrás–. Yo cubro el trayecto de Küstrin. Tras Müncheberg ya no podemos seguir desde ayer por la noche, ellos ya están allí. Hombre, y los pilotos son como enjambres de abejas sobre ti, casi te afeitan la chimenea de la locomotora. Y el Ivan tiene una artillería que lo hace todo picadillo.

–¿Y cuál es el estado de ánimo? –pregunta Klose.

–Muy sospechoso –contesta el ferroviario y acaba de beberse la cerveza–. Dame otra, Oskar. Sabes, cuando los nuestros aún estaban en Seelow, aún imperaba algo de orden, pero ahora ya se ha terminado. Hombre, ya no es una tropa combativa. La Wehrmacht, el Volkssturm, los batallones de trabajo de la organización Todt, el Partido, las Juventudes Hitlerianas y detrás, por todas partes, las ss.

Niega con la cabeza.

–Y enfrente los rusos, frescos, descansados, chavales jóvenes, bien vestidos, bien alimentados, armados de lo lindo y con una formación de primera.

Hace una pausa y añade como disculpándose:

–Es lo que se oye, ¿entiendes?

Klose asiente.

–Y éste es el enemigo del que Adolf, en octubre del 41, dijo que estaba vencido en el suelo y nunca más se levantaría.

–Y nosotros nos lo hemos creído –dice el ferroviario, suspirando.

–¿Nosotros?

–¿Tú no?

Klose niega con un movimiento de la mano.

–¿Y qué vas a hacer ahora?

–¿A qué te refieres, Oskar?

–¿Si vas a seguir subiéndote a tu locomotora para conducir hacia el este?

El ferroviario se encoge de hombros, se trata de un gesto de desvalimiento y de entrega al destino.

–¿Y qué otra cosa puedo hacer? –pregunta.

Schröter se ha puesto de pie y se ha colocado prácticamente sin hacer ruido junto al ferroviario.

–Pues un poco de arena en la cruceta y el control no iría nada mal –dice pensativo.

El ferroviario se da la vuelta asustado.

–¿Y qué sentido tendría eso? –pregunta.

–¿Y qué sentido tiene si sigues conduciendo? –le devuelve la pregunta Schröter.

–¿Y quién eres tú? Te metes sin más en una conversación...

–Soy Otto Schulze, *Gauleiter* de la circunscripción de Stralau-Rummelsburg –contesta Schröter y esboza una enorme sonrisa–. Ahora en serio, colega, ¿has pensado alguna vez si tu trabajo tiene aún sentido?

–¿Qué tiene que ver con el sentido? –contesta el ferroviario–, yo hago mi trabajo.

–Hombre –dice Schröter y sonrío indulgente–, con el calor que pasas en la cabina se te ha secado el cerebro; si no, no dirías tantas tonterías. Si tu locomotora se avería, ya no podrías transportar más munición al frente, entonces pronto tendrán que echar el cierre en el frente y si tienen que echar el cierre en el frente entonces se habrá acabado la guerra.

–¡Sí, y entonces vendrán los bolcheviques!

–Éstos vendrán igualmente –dice rápidamente Schröter–. Ya no puedes pararlos, tanto si conduces hacia el frente como si no.

–Entonces da lo mismo...

–Hombre, ¿realmente eres tan estúpido o lo haces ver? No da lo mismo, colega, pues cuanto antes se acabe todo, mejor. O te piensas que será divertido tener combates callejeros en Berlín, detener el avance de los tanques por la Frankfurter Allee, bloquear el asalto de la Thaerstraße, frustrar el intento de voladura del puente de Varsovia, defender con firmeza la estación de Ostkreuz...

–¡Déjalo ya, por el amor de Dios!

–Así será, colega, exactamente así y no de otra forma. ¿Y por qué?

–No lo sé.

–Pues te lo voy a decir: porque los burros como vosotros seguiréis desempeñando hasta el final vuestro así denominado deber...

–Qué te has creído... –se le enfrenta el ferroviario.

–No me creo nada –prosigue imperturbable Schröter–. Porque siempre estáis cagados.

–Tengo que pensar en mi familia –objeta el ferroviario, mientras con la mano derecha se afloja el cuello de la camisa, como si de repente le resultara muy estrecho.

–Por fin unas palabras sensatas –le alaba Schröter–. Si realmente piensas en tu familia, entonces también tienes que hacer algo para que se termine esta maldita guerra antes de que los combates lleguen a Berlín. ¿O quieres que a tu mujer y tus hijos, si los tienes, les caiga al final una granada en la cabeza una vez hayan sobrevivido a los bombardeos?

El ferroviario asiente.

–En realidad tiene sentido –dice, y mira pensativo hacia la barra–. Pero mi locomotora no es la única que...

–Y aunque así sea –dice Schröter e intercambia una mirada con Klose.

–¡Cuando disponemos de taaaanta arena!

–Te piensas que resulta sencillo –dice el ferroviario aún reticente.

–¿Sencillo? No, pero si siempre queremos hacer lo que resulta sencillo... –le contesta enseguida Schröter.

El ferroviario se pone la gorra sin decir una palabra y deja el dinero sobre la barra, se pone de pie y se dirige lentamente hacia la puerta.

–Adiós –dice colocando dos dedos sobre la visera de su gorra a modo de saludo.

Una vez en la puerta se vuelve de nuevo.

–No es una mala idea, colega, eso de la arena. Veremos qué se puede hacer.

–Lo has hecho de maravilla –dice el joven trabajador que está sentado junto a Lassehn–. Como si nada.

Schröter hace un gesto de rechazo.

–De un buen propósito hasta su realización hay un buen trecho –dice.

Klose vuelve a encender el aparato de radio, que había apagado tras el discurso de Goebbels.

–Veamos si los mosquitos ya están de camino.

–¿Y por qué no podrían estar justamente hoy de camino? –dice en voz alta el doctor Böttcher.

De noche a las personas no les gusta estar solas, pues el amor a la clara luz de la luna es lo más bonito. Ya sabéis a lo que me refiero, por una parte y por otra, y además...

–Apaga esas tonterías –grita Schröter enojado.

–¿Por qué? –le replica Klose–. Queda muy simpático si alguien entra. Estáis sentados allí como si llorarais la muerte de alguien.

De noche a las personas no les gusta estar solas, pues el amor a la clara...

La música se extingue como una vela, la voz de la cantante se aleja en cierto modo y de repente desaparece, las interferencias prevalecen.

Atención, atención, pasamos a informarles de la situación aérea. Pocas unidades de rápidos aviones de combate sobrevuelan Hannover-Braunschweig en dirección a la marca de Brandeburgo. Repito...

–Pues ya lo ves –dice Klose–, según lo planeado, tal como debe ser.

... me es completamente igual.

De noche a las personas no les gusta estar solas...

La voz de la cantante ha regresado, una voz temperamental, de marcado acento erótico, aunque en ella, a pesar de su bello tono y la limpieza de su timbre, ya se atisba el tono estridente de las sirenas del baile de los muertos de cada atardecer.

–*La mujer de mis sueños* –dice el joven trabajador junto a Lassehn–. Así se llama la película, bien colorida y bien *kitsch*, realmente trufada de *Volksstaat* social.

–¿Y cómo miras tú esas chorradas? –pregunta Schröter mientras se golpea con el dedo índice la frente–. ¿No tienes otra cosa que hacer?

–Despacito, camarada –dijo el trabajador–. El cine es una cosa maravillosa, bien melancólica...

–¿Es en eso en lo que estás pensando? –pregunta Schröter furioso.

El joven trabajador sonrío.

–Presta atención, te voy a contar algo de lo que quizá puedas aprender alguna cosa –le dice mientras le guiña un ojo a la muchacha rubia.

–Lotte y yo entramos como una pareja cariñosa en el cine, pero durante la proyección nos cambiamos unas cuantas veces de sitio y cada vez que nos ponemos de pie dejamos en nuestros sitios algo, una octavilla, colgada con esmero en el respaldo. Si el asiento está plegado, no se ve nada; se trata de un asiento habitual como cualquier otro, por fuera neutral, pero por dentro...

Silba entre los dientes.

Schröter asiente con reconocimiento.

–Entiendo. Y si en la siguiente proyección alguien baja el asiento, ese asiento tan normal se ha convertido en uno diríamos que especialmente enemigo del Estado y descubre su verdadero rostro.

Suelta una carcajada.

–Bien hecho, joven, muy bien. ¿Te has encontrado alguna vez con dificultades?

El joven trabajador niega con la cabeza.

–De momento nunca –contesta–, aunque siempre abandonamos el cine antes de que termine la proyección. Mujer prevenida vale por dos.

–Sí –apunta la muchacha rubia y adopta un rostro tragicómico–, y ésa es la razón de que siempre nos perdamos el beso de final feliz. ¿No es algo terrible?

Schröter sonrío satisfecho y mira alternativamente al joven trabajador y a la rubia.

–Bueno, supongo que en realidad después los dos lo recuperaréis.

El joven trabajador niega con la cabeza en un gesto de rechazo.

El rostro de la muchacha rubia, que hace un momento estaba libre de toda preocupación y alegre, se ensombrece completamente, es como si el sol, que hasta hace nada cubría su rostro con sus rayos, hubiera sido cubierto de repente por una nube oscura.

–Por favor, no –dice ella en voz baja y aparta la cabeza para ocultar que sus ojos están anegados de lágrimas.

Schröter la mira asustado y coloca la mano recia y callosa sobre el brazo de ella.

–¿Qué te pasa, muchacha? –pregunta–. ¿Qué es lo que he dicho?

Sus ojos yerran de la rubia a Wiegand y al doctor Böttcher.

Wiegand hace un gesto con la mano de súplica.

–Nuestra Lotte ya no es una muchacha joven, aunque lo parezca –dice en voz baja–, es una mujer joven con una hijita de nueve años. Su marido... después te lo cuento.

Lotte Poeschke niega con la cabeza e intenta enjugarse las lágrimas con la palma de la mano.

–Puedes contarle tranquilamente la historia al camarada Rumpelstiltskin –dice ella–, ya pasó todo.

–Lamento si he tocado un tema que no debiera –dice Schröter–. ¿Te has enfadado conmigo, Löttchen?

–No –contesta ella, y sonríe a través de sus últimas lágrimas.

Schröter sonríe también, aunque no sabe por qué.

–¿Qué es lo que te ha pasado?

–Nuestra Lotte es quizá la mujer más valiente de Berlín –dice Wiegand todo serio–, aunque no es recomendable hablar de su historia.

Lotte Poeschke inclina la cabeza rubia, su cabello claro y rubio brilla a la luz opaca de la lámpara que cuelga en lo alto y Schröter ve ahora, que entre el cabello rubio hay aquí y allí canas.

Lucie Wiegand se ha puesto de pie y se ha colocado detrás de ella, le acaricia con ternura el cabello y pega el rostro contra su mejilla.

–Los hombres suelen ser un poco torpes –dice–, y además curiosos.

La mujer rubia vuelve a alzar la cabeza.

–Si queréis contárselo al camarada Rumpelstiltskin –dice decidida–, no tengo nada en contra, pero yo no puedo hacerlo.

Entonces empieza a hablar Wiegand, lo hace lentamente, con palabras cautelosas y precavidas, pues no quiere caer en la trampa de ser patético o sentimental. Lo que expone es lo siguiente.

Lotte Poeschke descende de una familia de la burguesía judía, fue educada a la manera completamente tradicional propia de los judíos alemanes, esa extraña mezcla de solitario aislamiento y asimilación solícita, abierta a la germanidad, pero entregada aún al judaísmo, no unida firmemente al mundo burgués, que no reconocía aún de pleno derecho, pero tampoco perteneciente al proletariado, con el que compartía la suerte de los oprimidos. Lotte Poeschke, por entonces aún Lotte Joachimsohn, encuentra su camino del movimiento excursionista judío hasta las juventudes trabajadoras, no por escapar de la monotonía burguesa, no por un juego esnob, sino empujada por el impulso social de su corazón. En las juventudes trabajadoras conoce al mecánico Poeschke y se casa con él para horror de su familia burguesa, que ahora debe reconocer que su actitud social no es un descarrío juvenil, sino que se ha convertido en el sentido de su vida. Tras 1933 presta inmediatamente servicios clandestinos, no existe apenas actividad en la que no participe. Reparto de octavillas, mensajería, sabotaje, propaganda clandestina, robo de armas. Durante años todo se desarrolla sin problemas, la suerte no la abandona, su rostro de niña inocente, su maravillosa sonrisa, su flequillo rubio claro la protegen de la sospecha y la persecución. Aunque las alas de la muerte, que a menudo sólo han conseguido hacerle sombra, un día se abalanzan con un aleteo violento sobre ella. Tras el incendio de la exposición *Paraiso soviético* en el Lustgarten berlinés, cae casi todo el grupo, entre ellos también Lotte Poeschke y su marido. Comparecen en Leipzig frente al Tribunal del Pueblo, se desarrolla el procedimiento habitual que pasa por encima de ellos. El escrito de acusación ya incluye el texto para la sentencia, los defensores de oficio se retuercen servilmente frente a las barreras judiciales, se anuncian y ejecutan las sentencias de muerte ordenadas. Veintiuna veces en un solo día el fiscal general da lectura con voz monótona a la sentencia de muerte, veintiuna veces unos jóvenes, que

no luchan por otra causa que la de su pueblo oprimido, son atados en el cadalso, veintiuna veces silba la guillotina del verdugo, veintiuna cabezas son separadas ese día de sus troncos, veintiuna veces se vierte un chorro de sangre caliente sobre la tierra, veintiuna veces los cuerpos encuentran la muerte. Sólo ha quedado Lotte Poeschke; el día de su ejecución, ha enfermado, y la ley determina que a un enfermo no se le puede aplicar la sentencia de muerte, por lo que su ejecución se aplaza, un día, dos días, una semana, muchas semanas, mientras tanto hace tiempo que ha recuperado la salud, pero la ejecución no se lleva a cabo, para ello es necesaria una nueva sentencia, pero ésta no se puede impartir porque mientras tanto se ha perdido el expediente. No se ha aclarado si fue retirado por descuido junto con los expedientes de los otros veintiuno, si fue destruido durante un ataque aéreo o si fue retirado por benévolo funcionarios de Justicia.

Sea como sea, el hecho es que se olvidan de Lotte Poeschke; condenada a pena de muerte, va de prisión en prisión, pero en ninguna parte se quieren quedar con ella. La maquinaria de la justicia ha acabado siendo un desorden, Lotte Poeschke no es ninguna presa preventiva, aunque tampoco es una presa condenada a cumplir pena en prisión o en una penitenciaría, no es ni siquiera una presa en arresto preventivo. Es alguien que ha cometido alta traición y que ha sido condenada a muerte, cuyo expediente que incluye su condena a muerte se ha extraviado. Y como además en el expediente estaban todas las pruebas inculpatorias, no se puede iniciar sin más el proceso en su contra. El caso Lotte Poeschke amenaza con caer en el olvido, finalmente casi pierde la calificación de caso y sólo queda el neutro jurídico Lotte Poeschke, que no tiene autorización para ser ingresada en ningún centro penal, que no encaja bajo ningún encabezamiento. El orden debe darse por sabido, también entre las muelas de molino de la justicia. Así como el aparato de la maquinaria estatal del derecho coloca la cabeza de un asesino en masa o de un luchador por la libertad sobre el cadalso y deja caer la guillotina sobre su nuca bien rasurada y desnuda una vez se ha cumplido con todas las formalidades jurídicas, enviando la caja del tribunal a los familiares del ejecutado una factura por los costes de la ejecución (exactamente especificados según tarifa según los párrafos 49 y 52 según la Ley de costas procesales para la pena de muerte, los gastos de correos según el párrafo 72/1 de la Ley de costas procesales, las tasas según el párrafo 72/6 de la Ley de costas procesales para los abogados defensores de oficio, los costes por la reclusión a 1,50 Reichsmark el día, los costes de la ejecución de la pena, el franqueo de los gastos de envío de la cuenta de gastos), y requiriéndoles su pago, tampoco se pueden engranar sus engranajes aplastados aunque sólo falte uno de ellos.

Entonces algún concienzudo asesor jurídico descubre que la procesada Poeschke es judía, es decir, que hasta cierto punto se trata de un redescubrimiento, pues con su expediente también se había perdido el segundo nombre de pila obligado por ley de Sara y este descubrimiento coloca el caso Poeschke en un plano completamente diferente, elimina de golpe todas las dificultades de competencias. Ya que los tribunales de justicia ordinarios y las autoridades responsables del cumplimiento de la pena para los judíos ya no son competentes, el caso Poeschke y la persona correspondiente son transferidos a la central de Seguridad del Reich de la policía secreta del Estado.

Lotte Poeschke cae ahora en las garras de otra burocracia de la justicia y se inicia un nuevo y diferente ciclo. La envían al centro de acogida para judíos, anexionado al Hospital Judío en el norte de Berlín. Aquí hay tres tipos de presos. Aquellos que están destinados a su traslado al Este como combustible para las plantas de combustión, aquellos destinados a ser transportados a Theresienstadt, lo que significa ser conducidos al infierno a través de la etapa intermedia del purgatorio y aquellos que son clasificados con la inscripción N.r., es decir «No registrado». Lotte

Poeschke no se considera para un transporte, pues debe quedar a disposición de la policía secreta del Estado, por lo cual se incluye en la tercera categoría. En ésta existe la posibilidad de elegir entre los campos de ejercicio de Lichterfelde y el campo de concentración de Ravensbrück. El primero supone una muerte rápida mediante cuatro fusiles; el segundo, perecer lentamente a causa del hambre, las palizas, la vivisección o la enfermedad.

Ya que los campos de la Gestapo se administran en gran parte por sí solos, Lotte Poeschke es nombrada enfermera jefa, pues de formación es enfermera. A pesar de todos los tormentos interiores se entrega a su nueva actividad, pues aquí se le ofrece de nuevo la posibilidad de abrir su corazón compasivo, su amabilidad, sus convicciones humanas. Cuida de los enfermos con una dedicación altruista, siempre tiene una sonrisa en los labios y siempre una palabra de interés/pésame amable; en un abrir y cerrar de ojos, se ha convertido en el servicial ángel del campo. Como enfermera, disfruta de cierta libertad y, a pesar de que en ocasiones se le presenta la oportunidad de escapar, no lo hace, porque no quiere incriminar a los guardianes que han sido forzados por la Gestapo para vigilar el campo mediante su fuga. Sin embargo, un día desaparece, nadie sabe cómo ha podido pasar, no se le puede exigir cuentas a nadie por ello. Durante un ataque aéreo ha aprovechado la confusión y ha escapado por un túnel subterráneo, que comunica el campo con el hospital y que durante la alarma aérea permanece abierto.

Tras cuatro años de prisión Lotte Poeschke vuelve a recuperar la libertad, aunque no por ello se mantiene temerosamente oculta, sino que reanuda de nuevo sus actividades ilegales, empieza allí donde tuvo que dejarlo antes de ser detenida, y lo hace con una naturalidad como si entremedio no hubieran transcurrido cuatro largos y difíciles años de infortunio.

Wiegand se detiene por un momento y se aclara la garganta, al principio ha hablado con una voz sobria e informativa, casi un poco monótona, pero de frase en frase se ha ido animando.

—Todo esto suena tan... tan neutral —prosigue—. Abrimos un expediente y leemos: Lotte Sara Poeschke, de soltera Joachimsohn, nacida en tal sitio, nacionalidad alemana, agnóstica, último domicilio en tal sitio, metro sesenta de altura, cabello rubio, ojos de color azul, ninguna otra característica, número de presa dos-cero-ciento dieciséis, información acerca de la detención, la instrucción preliminar, la vista oral, la sentencia a muerte, la prisión, el traslado, la fuga, y sin embargo la presa dos-cero-ciento dieciséis no es sólo el contenido de un expediente, dos-cero-ciento dieciséis es una mujer, que respira y siente, por cuyas venas fluye sangre roja, que piensa mucho, es una mujer cuyo marido perdió la cabeza en un patíbulo, que lleva su propia cabeza sobre los hombros de pura casualidad, dos-cero-ciento dieciséis es una mujer que *piensa*, en su marido y en los otros veinte camaradas, que no puede conjurar los terribles recuerdos y que no puede defenderse de las horribles imágenes, en cuyos oídos aún resuenan los pasos de los condenados a muerte al pasar junto a su celda de camino al tajo del patíbulo, una mujer que *piensa*, en su hija, que va dando tumbos por el país, sin la protección del padre, sin el amor de la madre, abandonada a las humillaciones y el hambre, insultada y despreciada por ser una Mischling, una bastarda judía, un ser inferior. Cuatro años siempre entre los mismo cuatro estrechos muros, siempre el silbido de la guillotina en los oídos, el luto por su marido en el corazón, la preocupación por su hija desvalida, una mujer que *crea* más allá de su propio destino en la dimensión y la fuerza de una idea...

Wiegand hace un movimiento como si tuviera que defenderse de sus propias palabras.

—¡Ya es suficiente!

—Así que ésta es nuestra camarada Lotte Poeschke —dice Schröter, y estrecha su mano—. Si todas las mujeres fueran como tú...

La puerta del local se abre y entra un hombre vistiendo el uniforme pardo de la dirección política del Partido.

–*Heil... ¡Heil Hitler!*

Klose contesta al saludo con unas cuantas palabras ininteligibles, que profiere entre dientes.

–Su saludo... Su saludo no suena muy convincente –dice el pardo, y se sienta a la barra.

–Estoy cansado –murmura Klose–. No hay noche que pueda uno dormir. A ver si acabáis de una vez con esos bandidos del aire.

–Seguro... Seguro que lo haremos –dice el pardo con lengua insegura–, sólo hay que... sólo hay que tener unos cuantos días de paciencia, entonces les prepararemos a los bolche... bolcheviques y plu... plutócratas un... un... Cannas... con nuestras nuevas armas...

Da un manotazo con la palma de la mano sobre la barra de manera que los vasos tintinean.

–Un Cannas, es lo mismo que... que... Hombre, lea usted el *Völk... Völkischer Beobachter*, allí lo pone, eso de... eso de Cannas. ¡Una cerveza!

Klose le sirve la cerveza.

El pardo se bebe media cerveza y se estremece.

–Brrr, esto sabe a meado... meado de caballo, ja, ja, ja.

Aparta la gorra hacia la nuca y se abanica.

–Tengo una pregunta que hacerle, *Volksge... Volksgenosse*.

Klose se lo queda mirando con mirada escrutadora.

–¡Adelante, por favor!

–Busco al vigi... vigilante de inmueble Otto Sasse –dice el pardo–. Ot-to Sas-se.

–Vive aquí, en el inmueble de atrás, tres escaleras a la izquierda –contesta Klose, y nota cómo su corazón empieza a latir con fuerza.

–Lo sé –dice el pardo–, lo sé, pero desde... desde hace unos días, no hay manera de encontrarlo, no hay nad... nadie que abra la puerta.

Klose se encoge de hombros.

–La mujer está en los Sudetes, fue evacuada –contesta.

El pardo se termina la cerveza y le acerca el vaso a Klose.

–Otra –le pide–. El domingo estaba aún con la agrupa... agrupación local, ajustó cuen... cuentas y desde entonces ha desapa... desaparecido, simplemente desaparecido, ya no está, se ha volatilizado, no se ha presentado ni a las prácti... prácticas de lanza... prácticas-de-lan-za-granadas en la Küstr... Küstriner Platz. Y eso que Sasse es uno de los hombres más respon... responsables con el deber, así es. Acabo de estar allí arriba, en la esca... escalera del gallinero, pero no hay nadie, no hay ni un gato, ni un ga... gato. Y el *Völkischer Beobachter* de hace tres días sigue en el bu... buzón, así, desde hace tres días.

–Vaya, mmmh –dice Klose alargando las palabras–, me temo que no le puedo servir de ayuda.

El pardo frunce el ceño y bebe un sorbo de cerveza.

–¿Cuándo le vio... le vio usted por últi... última vez?

–Hará tres o cuatro días –contesta Klose–, no venía mucho por aquí.

El pardo calla y bebe su cerveza a sorbos muy pequeños.

–¿No tienes aguardiente, cualquier aguardiente? Esto es realmente mea... meado de caballo.

Klose niega con la cabeza.

–No hay nada que hacer, noble cacique, desiertos y abrasados paredones quedan allí, desolador vacío.

El pardo le amenaza con el dedo.

–Viejo tra... traficante. ¿Qué clase de... de gente es ésa? –pregunta con un movimiento de la cabeza.

–No los conozco –contesta Klose–. He oído algo de una petición de mano.

–La verdad es que tienen unas caras tan extra... extrañamente ten... tensas, éstos –balbucea el pardo, y se da la vuelta por completo junto con la silla–, parece que se trata de la peti... petición de mano más seria del mundo, así es, más seria que un poste. Resulta curioso que estén senta... sentados aquí, cuando en cual... cualquier momento puede haber alarma aérea.

–Es por eso que están sentados aquí –le contesta Klose–, porque el refugio sólo está a unos cuantos minutos de aquí.

El pardo levanta la mano y empieza a gesticular.

–Klose, su taberna me re... resulta sospechosa –dice el pardo y mira a Klose fijamente–. Sasse ya se había que... quejado de ti unas cuan... cuantas veces en la agru... agrupación local, gordo cerdo, así, unas cuantas veces.

–Pues no lo sabía –se defiende Klose–, mi negocio está limpio, aunque está claro que no puedo mirarle a cada uno debajo del chaleco y hacerle una revisión del corazón y de los riñones. Por lo demás, la Gestapo puso mi local patas arribas hace sólo dos días.

–¿En su local? –pregunta el pardo sorprendido y abre mucho los ojos–. Allí en la Mad... Madaistraße hubo una reda... redada en los hoteles y tabernas de la Madaistraße.

–Los señores aprovecharon la ocasión para honrarme con su visita –dice Klose con seguridad.

Está mintiendo, pero se hace el interesante para que el otro empiece a pensar.

–No... no lo sabía –dice el pardo, satisfecho–. Bueno, mejor para ti. ¿No ha empezado a sonar la sir... sirena?

Klose niega con la cabeza.

–No, eso ha sido una locomotora de la estación, aunque ya debería haber empezado a sonar. Son las nueve pasadas.

Da una palmada.

–Señores, prepárense para marchar, voy a cerrar ahora mismo.

El pardo se pone de pie vacilante y eructa con fuerza, mueve las manos como un orador que se quiere hacer oír.

–Un mom... momento –dice en voz alta y se tambalea hacia la mesa a la que está sentada el grupo–. Permí... Permítanme, apreciados *Volks... Volksgenossen*, soy el je... jefe de célula Emil Hoffmeister.

Entrechoca los talones y alza el brazo derecho.

–¡*Heil* a nuestro Füh... Führer!

Los que están sentados a la mesa permanecen en silencio. El doctor Böttcher alza levemente la mano para insinuar un saludo.

–¿Qué hacéis sentados aquí... como unos pas... pasmarotes? –grita el pardo, y apoya con pesadez las manos sobre la mesa–. ¿Es esto una pedi... pedida de mano? Formáis una compa... compañía de luto, está claro, una com-pa-ñía de luto. ¿No tenéis a nadie que aporree el piano?

Nadie contesta, todos observan enojados al hombre en el odiado uniforme pardo. Únicamente el doctor Böttcher intenta rebajar el silencio mediante un chiste.

–¡Abrid... abrid vuestros pi... picos, bocamangas! –grita el pardo–. Soy el jefe de cé... célula Emil Hoff-me-i-ster. ¡Uno de vosotros que se ponga al piano, al pia... piano!

–Ahora mismo empezará la alarma aérea –dice Wiegand, y se pone de pie–, nosotros nos vamos ya.

–¡Siéntate, tonto del bote! –grita el pardo–. Al pia... piano uno de vosotros. ¿Ya?

Se inclina sobre la mesa y observa atentamente los rostros.

–Se... Seguro que tú sa... sabes tocar el pia... piano –dice y empuja con el dedo índice a Lassehn–, se... seguro que sabes.

El doctor Böttcher le hace una indicación a Lassehn.

Lassehn se pone de pie de mala gana y se dirige hacia el piano. Hace año y medio que no toca el piano; a menudo, por añoranza, ha estirado sus manos hacia las teclas de marfil y las ha tocado en el aire en escalas y acordes, arpeggios y escalas cromáticas, aunque ahora le repugna que le ordenen tocar el piano. Sin embargo, no debe oponerse, no tiene ningún sentido provocar al pardo oponiéndose a él, levanta la tapa y deja descansar las manos indeciso sobre las teclas.

–¡Vamos! –grita el pardo–. ¡Empieza de una vez!

Lassehn cierra los ojos por unos segundos y entonces empieza la primera frase de *Les Adieux*, aunque sólo avanza unos cuantos compases.

El pardo le golpea en la espalda.

–¿Qué... qué chorrada es ésta?

–Beethoven –contesta Lassehn–, Ludwig van Beethoven.

–No es acor... acorde con los tiempos, el viejo Beethoven –dice el pardo–. Toca la can... canción de Horst Wes... Wessel.

Con la mano dibuja un círculo y después alza el brazo en el saludo alemán.

–Y vosotros contad conmigo, todos los hombres, ¿me oís? ¡Un, dos, tres!

Con la bandera en alto y la compañía en formación cerrada, las tropas de asalto marchan, con paso decidido y silen...

–¿Por qué no cantáis conmigo, cer... cerdos?

–Ha empezado a sonar la alarma aérea, hombre –dice Klose y le pone una mano sobre el hombro–. ¿No la oye? ¡Los mosquitos ya están aquí!

IV

20 de abril

Resulta de lo más sorprendente que las circunstancias anormales puedan convertirse en una costumbre diaria cuando se desarrollan en serie. No sólo embotan los sentidos de las personas rápidamente, ya sea por sufrimiento o alegría, por buenas obras o vilezas, sino que sus costumbres se adaptan también a las situaciones especiales tan pronto como éstas se convierten en norma. Las costumbres y sentimientos originales se distienden con velocidad bajo la presión de un nuevo estilo de vida; forzados por estas mismas situaciones insólitas, se cubren y pronto son sólo ya vagos recuerdos. Está en la naturaleza del hombre moderno, también para un modo de vivir alejado de cualquier norma conocida hasta la fecha, inventar un tipo de sistema y acomodarse en la soledad de la privación. Su sistema nervioso también reacciona a los hechos excepcionales, siempre que éstos se repitan con cierta regularidad, con fiabilidad. La costumbre es la hermana adecuada de la apatía espiritual, envuelve a las personas en una funda suave, que se ajusta a cada pliegue y sinuosidad de su cerebro; desde ahí dirige los efectores e influye en los nervios receptores, se somete finalmente por completo, acaba tergiversando los conceptos: la norma se convierte en excepción, la excepción en norma, el miedo ya no es miedo, el suplicio ya no es suplicio, el peligro ya no es peligro, una enfermedad grave se convierte en un estado de ánimo crónico, que se tolera como irrevocable. Lo que de cara al exterior se presenta físicamente como indiferencia y psíquicamente como flema no es otra cosa que un mimetismo del cerebro. Es algo que se pone de manifiesto en el transcurso de la guerra. Las personas se acostumbran a vivir en espacios oscurecidos, a modificar o reducir su alimentación a una determinada ingesta de calorías o un contenido de vitaminas diferente, o a saber que sus familiares masculinos que han tenido que marcharse para prestar el servicio militar siempre estarán expuestos a un peligro de muerte. Y cuando la guerra llega ya más allá, por detrás de los frentes, y el aire se convierte también en escenario de guerra se demuestra la fuerza de la costumbre con más claridad: la danza macabra que toca la orquesta de las sirenas, los cañones antiaéreos, los motores de los aviones y las explosiones de las bombas se convierte en una danza diaria y en un acontecimiento obvio en el desarrollo de la vida cotidiana.

Desde que Lassehn ha vuelto a Berlín han pasado sólo siete días. Éstos han estado repletos de múltiples acontecimientos, numerosos encuentros y con una tarea, que antes no conocía ni de oídas. Esta vida, que al principio estaba frente a él como un bosque profundo y oscuro, bajo cuya sombra no se dibujaba ningún camino y unos espesos matorros le impedían hostilmente ir avanzando paso a paso, de forma sorprendentemente rápida ha tomado una forma metódica, sólo de vez en cuando le sorprende sobremanera a Lassehn y ello le concierne a él mismo. Todo se ha vuelto ya obvio: que de día esté de camino para ir a buscar octavillas y dejarlas en alguna parte, en el metro o en los trenes de cercanías, en retretes públicos o en los buzones de las casas, que al caer la noche sus pasos se dirijan a la calle Am Schlesischen Bahnhof, que en el restaurante de Klose se sienta como en casa, que Klose se ocupe de la comida y que él, sin tener que pedir especialmente permiso, por la noche se estire en el sofá en el cuarto trasero. También para él se ha vuelto algo obvio que en el bolsillo lleve documentos a nombre de Horst Winter, que murió en un

ataque aéreo y que ahora, más allá de su muerte, se haya convertido en vital, que siempre lleve consigo lista para utilizar una pistola bien cargada y que esté dispuesto a hacer uso de ella sin miramientos (algo que ya ha hecho en dos ocasiones).

Ahora Lassehn viaja sentado en el tranvía 64 y se dirige a Hohenschönhausen. En primer lugar ha intentado mirar por la ventana, pero no es posible, pues los pocos tranvías que en abril de 1945 aún conducen por las calles de Berlín, no ofrecen ya esta posibilidad, pues las ventanas están, siempre que por casualidad aún conserven los cristales en sus marcos, pintadas de azul y por ello sólo permiten una visión difusa de las calles o porque se han tapado completamente con cartón o madera.

En su asiento ha encontrado el DAZ del 19 de abril y lo ha hojeado por encima. El optimismo obstinado de este periódico, que incluso se resiste a su independencia, le produce especial repugnancia. Todo soldado sabe que el punto culminante de una batalla de ataque no se alcanza ya el primer día y que un juicio provisional sobre el éxito o el fracaso no es posible sólo tres o cuatro días después. Sin embargo, el comentarista militar del DAZ no está enterado de ello, pues escribe lo siguiente:

Ya podemos constatar con toda seguridad un hecho decisivo: las esperanzas de nuestros enemigos de arrollar repentinamente los sectores del frente del Este atacados por ellos no se han cumplido. Ahora se espera que el enemigo envíe más fuerzas de reserva a sus puntos prioritarios de ataque, aunque el desarrollo de los primeros tres días permite suponer que las reservas servirán, principalmente, no tanto como fuerzas auxiliares, sino mucho más como reemplazo de las muy altas bajas de estos tres primeros días de combate. Allí, tras un corto período de euforia por el triunfo, ya han entendido que no se trata de *una carrera de tanques aliada hacia Berlín*.

Una vez ha leído por encima rápidamente el periódico y lo ha dejado a un lado distraído, especialmente porque leer en el vagón que se mueve tanto y con una luz atenuada no deja de ser una tortura, no le queda otra distracción que sumirse en sus propios pensamientos.

Está de camino a Hohenschönhausen para ver a esa mujer, Elisabeth Mattner, junto a la que caminó hace unos días tras el ataque diurno de los americanos desde la Wittenbergplatz hasta la Alexanderplatz y que en el restaurante Bayernhof le libró de la incómoda compañía del hombre de rostro colorado. Antes de despedirse de ella en la Alexanderplatz, Lassehn recibió su invitación. Elisabeth Mattner se limitó a decirle:

—¡No deje usted de visitarme, señor Lassehn!

Sin embargo, se trató de algo más que una simple frase: una invitación casi retórica. Su voz mostró un matiz de promesa, en sus ojos apareció un brillo de mostrarse con adulación y desenfreno, su mano caliente y suave se mantuvo un tiempo inusual sobre la suya y se mantuvo firme y cariñosa. Ya que Lassehn siempre ha subestimado su efecto sobre las mujeres, la cordialidad de Elisabeth Mattner le resultó al principio sólo una forma de típica cortesía o interés femeninos y casi se avergonzó de sí mismo, porque cuando subía por detrás de ella las escaleras del Bayernhof en pensamientos la había desvestido y la había tocado.

Más tarde, cuando tuvieron que trepar por los montones de escombros de la Friedrichstraße, él se ofreció a ayudarla y la agarró del brazo para que no se cayera. Cuando lo hizo tocó sus pechos, que sobresalían de su traje chaqueta. Lassehn se estremeció asustado al contacto, le agarró enseguida el brazo con menos fuerza y casi hubiera tartamudeado una disculpa, sino fuera porque

pronto se vio que no había sido una casualidad. Cuando Elisabeth Mattner tuvo que superar la siguiente montaña de escombros, que de ninguna manera era especialmente alta y apenas difícil de pasar por encima, le pidió de nuevo asistencia y cuando él agarró con cuidado su brazo sus pechos entraron en contacto con su mano en un rápido giro. Finalmente prosiguieron el camino cogidos del brazo, no como suele hacerlo un matrimonio, con los brazos sueltos uno encima del otro, tampoco en la forma en la que se cogen del brazo los amantes, con los antebrazos uno contra el otro y los dedos de la mano entrelazados, para percibir todo el calor posible del otro. No, la forma en la que Lassehn y Elisabeth Mattner caminaban juntos era completamente especial. Lo hacían de la forma en la que un hombre suele coger a una mujer del brazo cuando tiene que ofrecerle apoyo, porque le fallan las piernas o se siente mareada, es decir, con el brazo estirado. Aunque así, ya que ella ha pasado su brazo estrechamente por encima de su tronco, la mano de Lassehn se encuentra entre el calor de su brazo y el calor de sus pechos.

Naturalmente, la sangre de Lassehn se ha encendido, aunque no se ha condensado en un deseo salvaje y vehemente, pues se ha prohibido todos los deseos, sobre todo porque el rostro de la mujer sólo ha mostrado naturalidad. Finalmente, Lassehn ha recibido el calor de la mujer, que se ha deslizado de sus pechos a su cuerpo, con agradecimiento, como un regalo valioso e incluso por momentos se ha olvidado de él gracias a una interesante conversación sobre un tema musical.

Cuando se han despedido bajo el viaducto del tren de cercanías de la estación de Alexanderplatz, la invitación con esa promesa no pronunciada ha dejado claro algo que antes parecía confuso o que parecía haber sido una casualidad, premeditado o un intento, una probatura o una prueba, aunque su sangre no ha encendido de ninguna manera la llama del ansia. Dos cosas se interpusieron entonces, uno fue el recuerdo de Irmgard, con la que aún no había podido hablar, y la consideración del desconocido señor Mattner, el marido de Elisabeth Mattner, que está en el frente italiano y como sobrecargo no deja de ser –aunque superior en la jerarquía– un camarada.

Lassehn es uno de esos hombres jóvenes que no considera a la mujer que le sonríe, o que está dispuesta a intensificar su simpatía con el máximo entusiasmo, simplemente como una presa o un objeto de deseo, sin vincularse de alguna manera o aportar cierta responsabilidad. Sigue viendo en las mujeres y las muchachas a seres necesitados de protección, desvalidos y débiles, que hace mucho tiempo que ya no son. Se le escapa que los largos años de guerra han convertido a las mujeres en duras e independientes, que con ellos también se ha transformado decisivamente su posición sentimental y que han superado definitivamente conceptos tradicionales. Nunca antes la vida de las mujeres se ha organizado tanto en torno al presente, el pasado se ha sepultado sin dejar huella, el futuro se ha ocultado de forma completamente impenetrable, nunca antes el impulso del momento, el dictado del azar ha determinado de tal forma el ritmo de sus sentimientos y debilitado sus reflexiones. La ola del peligro, que las rodea diariamente y a cada hora, ha agrietado el dique de la inhibición, ha transformado el anhelo de ternura y la avidez de las intensas tentaciones. Ya que en el estrecho umbral entre la vida y la muerte las cosas materiales a su alrededor se carbonizan y los apoyos espirituales desaparecen, únicamente les queda el cuerpo como recipiente de una breve felicidad, que como una mariposa hay que atrapar rápidamente en el vuelo y como ésta pierde rápidamente los colores cuando una la toca. La felicidad ya no es un adagio que fluye tiernamente, ya que las sirenas vociferan día y noche, ya no existe la brisa suave que abanica de noche entre los árboles, ya que las tormentas de fuego pasan a toda velocidad por encima de la ciudad, ya no hay palabras que salgan de una boca clásica, pues una voluntad de destrucción satánica acaba con todo el sentido común, la felicidad se ha rebajado a la consecución de las necesidades corporales, comer y aparearse, la felicidad se encuentra únicamente en la caza

histórica de cigarrillos, café en grano y alcohol, el abrazo y el orgasmo. El coito se ha rebajado a un asunto corporal.

Y ahora Lassehn está de camino a Hohenschönhausen para rendirle la tan a la ligera y de pasada prometida visita a esa mujer, Elisabeth Mattner. No se dirige hacia su domicilio con el firme propósito de abrazar a esa mujer, Elisabeth Mattner, aunque tampoco tiene intención de rehuir un abrazo así si se da la ocasión y ella deje entrever su disposición. Tras su encuentro con esa mujer misteriosamente extraña, que se llama Irmgard Lassehn y que durante ocho días fue su esposa, se ha producido en Lassehn una transformación, que quizá no es fundamental (pues un carácter no suele transformarse fundamentalmente), aunque el misterio del sexo se ha desnudado frente a él y sólo ha quedado el cálculo, el engaño, el celo. Aunque como nadie es genio y figura hasta su sepultura y Lassehn está acostumbrado a justificarse él mismo, se ha propuesto que con Irmgard aún le une un lazo formal-jurídico, pero nada más, y que la dama Elisabeth Mattner ya acordará su comportamiento. Se trata de un intento de liberarse de antemano de cualquier responsabilidad y de asegurarse la absolución, aunque por lo demás entregarse a cualquier componente desconocido de nuestra vida que se llama destino y de hecho es sólo azar.

Lassehn se asusta cuando el revisor anuncia la parada de Weißenseer Weg. Se abre paso hasta la salida, debe soportar algunos insultos fuertes y salta del vagón, que ya se había puesto en movimiento.

Ahora se encuentra en la oscuridad que empieza a caer y al principio parece que se encontrara en campo abierto. Por un momento se le presenta la sospecha de que la dama Elisabeth Mattner le ha tomado el pelo, pero una vez su mirada se ha acostumbrado a la oscuridad reconoce los alrededores. Allí, donde el tranvía se ha adentrado, hay una hilera de casas, sus estribaciones parecen parcialmente destruidas, como picadas; la cruza una calle ancha, superada en altura por las torres de alta tensión. Esta calle es la Weißenseer Weg, es inclasificable, pues no es la calle de una ciudad grande, aunque tampoco es ya una avenida, ni tampoco una carretera de salida, sino más bien una ruta interurbana, una calle ancha con dos raíles de tranvía, en medio de la calzada sobre una especie de paseo y en la parte este. A derecha e izquierda se alinean casas aisladas y se extienden solares sin construir. La calzada está pavimentada y asfaltada, aunque grandes tramos de la acera no son más que un camino vecinal. No existe nada más desconsolador que un barrio desconocido en la oscuridad de la noche que cae. Lassehn nunca había estado aquí antes, no tiene ni idea dónde se encuentra, hace unos días memorizó la dirección de la dama Elisabeth Mattner y se enteró de que debía tomar la línea 64 hasta la Berliner Straße esquina con el Weißenseer Weg y después andar en la dirección que seguía el tranvía, aunque eso es todo. Lassehn permanece allí indeciso, la oscuridad y la soledad le rodean como la helada sobre la piel, no es capaz de decidirse a dar un solo paso en dirección a la calle, tal es la insistencia con la que se cuestiona cada vez más el sentido de esa visita. Sin embargo, se sacude de encima la duda y se pone decidido en movimiento. Pasa por delante de una gasolinera destruida y de unas cuantas casas destrozadas, unas cuantas personas se deslizan rápidamente por ellas como sombras fugitivas, desde lejos se oye el timbre del tranvía adentrándose en la oscuridad. Parece imposible orientarse, aunque finalmente encuentra la casa que buscaba, asciende las dos escaleras a la luz de su linterna ya que la iluminación no funciona y llama decidido a la puerta con el letrero de latón donde se lee «W. Mattner».

Pasan unos pocos segundos sin que se aprecie ningún movimiento en la vivienda. Las naturalezas indecisas se inclinan a hacer depender sus decisiones de fenómenos casuales y justificarse con la explicación de que debía ser así. Lassehn siente una extraña sensación de

decepción y satisfacción, aunque cuando aún intenta averiguar que es más fuerte en él, si la decepción por una aventura que se le ha escapado o la satisfacción sobre el hecho de que quizá es mejor así, oye unos pasos.

En la puerta está Elisabeth Mattner con una vela en la mano con la que ilumina el rostro de Lassehn.

–Ah, es usted, señor Lassehn –dice encantada, y le alargla la mano–. Esto es realmente una sorpresa. Por favor, entre usted.

–Buenas noches –dice Lassehn, y le estrecha la mano.

Casi nota como si tiraran de él hacia el pasillo.

Lassehn se siente avergonzado, casi se arrepiente de haber aceptado la invitación, al fin y al cabo se trata de una mujer desconocida y tampoco su sonrisa hace que se gane su confianza. Soporta su habla, que cae sobre él como la llovizna, mientras se quita el sombrero y el abrigo y la sigue hasta una habitación. La luz de una vela la ilumina escasamente y también el rostro de la mujer está distante y ensimismado. El recuerdo hace que los colores parezcan ser o demasiado vivos o demasiado débiles, con la realidad nunca se llega a cubrir y éste es un caso en el que los colores de la paleta de la memoria eran demasiado maravillosos. Esta de aquí es una mujer guapa y simpática, aunque parece que ya no le es propio el atractivo erótico que entonces irradiaba. Lassehn es demasiado inexperto para saber que una mujer no siempre y en cada situación irradia ese atractivo sensual, que primero hay que encenderlo y que en gran parte depende de la disposición psicogénica del que lo recibe. La disposición a abrazarse puede estar latente, pero requiere de la chispa para que se dispare. Sin embargo, esta chispa no arde en Lassehn.

–Hoy está insólitamente callado, señor Lassehn –dice Elisabeth Mattner y coloca la mano sobre su brazo.

–Disculpe usted –dice Lassehn–, pero hoy ando un poco turbado. ¿Cómo le ha ido a usted mientras tanto?

Elisabeth Mattner explica unos cuantos pormenores, que Lassehn apenas recoge. No deja de mirarla, como aquel que observa una fotografía buscando en ella unos rasgos conocidos. Elisabeth Mattner no para de moverse, desplaza un tapete o cambia de sitio un jarrón de cristal; entretanto, se sienta durante unos minutos o simplemente da vueltas a la habitación.

–¿Quiere usted tocar algo para mí? –pregunta finalmente y señala el piano.

–Con mucho gusto –contesta Lassehn y se sienta enseguida al piano–. ¿Tiene usted un deseo concreto, señora?

Elisabeth Mattner se apoya en el aparador, el llamear de la vela que se consume dibuja una sombra grotesca en la pared.

–Algo tierno –dice la voz desde la semioscuridad en voz baja–, algo dulcemente tierno.

Lassehn mantiene las manos durante unos segundos sobre las teclas y a continuación empieza a tocar *La canción de primavera* de Mendelssohn y *Quedo implorando mis canciones* de Schubert. Empieza a tocar con un ataque muy suave, muy *pianissimo*, sus manos rozan las teclas de forma muy suave, casi parece que las teclas se movieran solas por medio de su voluntad. Los tonos planean como flores de cerezo por la habitación en penumbra. Lassehn no toca con ternura, porque no sabe tocar como se le ordena o como se desea de él, no es un músico intelectual sino emocional, cuando toca únicamente puede expresar lo que le conmueve en ese momento, y ahora mismo es la soledad, la nostalgia, un dolor cualquiera desconocido.

Ya que los tonos de la música no tienen la claridad de la lengua y pueden ser expresados de otra

forma, Elisabeth Mattner interpreta esta manera de tocar a su manera, es decir, como lo que ella desea escuchar: como ternura.

Lassehn, que está sentado al piano y tras los primeros compases ya ha olvidado dónde se encuentra, se imbuye en la música como en un baño caliente, no sabe que el sentido erótico de las mujeres a menudo permanece enrollado como una bandera y que se despliega de todo únicamente con un aliento de ternura. Y es lo que está haciendo con sus manos tocando el piano.

Al terminar la segunda canción, Elisabeth Mattner se coloca tras de él y se inclina con todo el peso de su cuerpo sobre sus hombros, acerca todo lo posible los labios a su oreja mientras le acaricia el cabello.

–Maravillosamente –le susurra–, tocas maravillosamente.

Lassehn deja caer las manos y se vuelve en parte. De repente, todo es como había sido hacía unos cuantos días, de repente Elisabeth Mattner ya no es una mujer extraña, vuelve a sentir su mano, caliente y firme, sus pechos, mullidos y latentes, y su voz, baja y tierna. Durante unos instantes permanece sentado como paralizado, antes de que el ansia surja en su interior, aunque para entonces Elisabeth Mattner ya se ha enderezado de nuevo, va de un lado a otro de la habitación, arregla una cosa aquí y allá, dice unas cuantas palabras, palabras completamente irrelevantes y secundarias.

Lassehn permanece sentado temblando. Lo que antes le ponía nervioso, ahora le excita, sus ojos siguen cualquier paso, cualquier acción de la mujer; bajo la delgada seda de la blusa sus pechos tiemblan al menor movimiento.

–¿Por qué me mira usted así, señor Lassehn? –pregunta Elisabeth Mattner.

¿Ya ha olvidado que hace un momento lo había tuteado?

La excitación le estrangula la garganta a Lassehn de tal manera que lo deja sin habla.

Elisabeth Mattner pasa a su lado y un aroma mezcla de perfume y olor corporal le roza desconcertantemente.

Lassehn se pone de pie.

–Señora –empieza a decir, y no sabe lo que quiere decir, es como una llamada de socorro.

Elisabeth Mattner se detiene de inmediato y se da la vuelta.

–¿Qué es lo que ocurre, joven? –pregunta–. ¿Es siempre tan indeciso?

«Ahora», piensa Lassehn, «ahora debo lanzarme sobre ella, lo está esperando». Sin embargo, se mantiene allí y no se puede mover, entonces él siente sus brazos alrededor de su cuello y su boca sobre sus labios; al principio sólo es un beso tierno y suave, sus labios son tiernos y calientes, aunque a continuación se vuelven vehementes, abren su boca y sus dientes con violencia, su respiración va a la par y todo se diluye en la erupción del éxtasis; en él ya no hay ningún pensamiento, únicamente un anhelo, un vértigo, una caída salvaje. Cuando los pensamientos regresan a Lassehn se ha separado del abrazo de la mujer.

–¿Has sido feliz? –le pregunta ella.

Lassehn contesta mientras le acaricia el cabello. ¿Ha sido feliz? ¿Lo sigue siendo? ¿La felicidad se hunde ciega en el seno de una mujer desconocida? ¿Es felicidad la sensación que ha desgarrado su cuerpo y que aún le estremece? No lo sabe, está confuso desde que sabe que la felicidad que pensaba haber encontrado en Irmgard no es nada más que un abrazo y que todo lo demás era ilusión. ¿Ha hecho temblar dolorosamente una ola de felicidad su corazón? Resulta extraño que ahora no se pueda dirigir a ella como señora y de usted.

–¿Cómo debo llamarte? –pregunta él con el fin de que el silencio no resulte demasiado insistente.

–Llámame Lisa –le susurra ella muy cerca del oído.

«¿Qué es lo que siente?», piensa Lassehn. «¿Amor? ¿Atracción sexual?». Le gustaría poder leer en su rostro, pero está completamente oscuro en la habitación, una negrura tan profunda que ni le permite reconocer los contornos.

–Yo he sido muy feliz –le replica Elisabeth Mattner.

Lassehn casi se asusta. ¿Existe quizá algo más que la colisión de dos cuerpos calientes?

–¿Me quieres? –le pregunta él.

Sus palabras suenan pueriles, sobadas, ingenuas, se reprende a sí mismo y al momento quiere retirar sus palabras como el anzuelo del agua.

Elisabeth Mattner se echa a reír con tonos cortos y radiantes.

–Serás bobo –dice, y lo atrae con fuerza hacia ella–, por qué enseguida...

En ese momento la luz irrumpe en la oscuridad de la habitación con la violencia de una explosión.

Elisabeth Mattner se cubre rápidamente el cuerpo con la colcha.

–Ha vuelto la luz –dice, y parpadea frente a la luz.

Su voz es completamente tranquila, en ella no se refleja ningún matiz de excitación.

–Pronto sonará la alarma aérea.

Lassehn se incorpora un poco.

–¿Y qué vamos a hacer entonces, Lisa?

Le cuesta pronunciar ese nombre, aunque lo hace para no ofenderla.

Elisabeth Mattner tira del cable que cuelga de la pared sobre la ancha cama y apaga de nuevo la lámpara del techo.

–Nada, joven –responde ella y enciende la lámpara de la mesita de noche–. Nos quedaremos aquí arriba. Aquí de noche nunca ha pasado nada.

–¿Y no tienes miedo? –pregunta Lassehn.

–¿Miedo? –pregunta ella, y niega lentamente con la cabeza–. No, ya no tengo miedo, hace tiempo que he superado esa sensación, que se ha visto sustituida por una afección fatalista. Ignoro en todo lo que has participado, muchacho, batallas de tanques, asaltos armados, ataques aéreos del enemigo o incluso torpedeamientos, pero puedo afirmar que apenas me sacas ventaja.

–¿Te refieres a actos heroicos? –pregunta Lassehn con ironía.

Elisabeth Mattner muda su rostro en una mueca de desdén.

–Tonterías, actos heroicos –dice rápidamente–, ¿no irás a creer en algo así? ¿O sí?

Lassehn niega con la cabeza.

Elisabeth Mattner recibe la respuesta asintiendo.

–Quiero decir, que tú y todos vosotros los que estáis en el frente, ya no nos sacáis ventaja en lo que a peligro se refiere. Quien haya soportado como yo los duros ataques aéreos diurnos y nocturnos, quien haya estado alguna vez bajo las bombas luminosas con su luminoso planeo y que, a pesar de la noche lluviosa y oscura, haya podido reconocer el más mínimo detalle bajo su brillo claro como el día, ver cada esquina iluminada con estridencia; quien durante un ataque aéreo haya controlado los tejados y haya oído estallar a través de las tejas las bombas incendiarias a derecha e izquierda, delante y detrás; quien durante horas se haya visto afectado por el aliento de una pared de fuego y haya bombeado agua como un loco y a continuación se haya pasado horas en el tejado haciendo guardia, viendo cómo la ciudad ardía a su alrededor mientras luchaba desesperadamente contra las chispas proyectadas; quien con los pulmones jadeantes y medio ciego

haya corrido por su vida por las calles ardiendo, ése ya no tiene miedo, querido muchacho, esa persona ya ha pasado en tierra por el purgatorio, aunque no por ello se haya purificado, sino...

–¿Sino? –pregunta Lassehn.

–Es posible que aquí y allá haya alguien que vea todo esto como una prueba o un castigo de Dios y que ahora se vuelva piadoso –prosigue Elisabeth Mattner–, aunque para la mayoría en el gran incendio se ha quemado también la conciencia moral y se ha hecho tan evidente la falta de sentido de toda su vida, que uno ya no puede vivir de otra manera que sin sentido.

–¿Sin sentido?

–Sí, sin sentido, como los sentidos, en una persecución ininterrumpida, siempre pisándole los talones a la vida con el fin de ganarle, aunque sea una pizca de felicidad, de disfrute o de alegría.

–*Carpe diem*, dijo Horacio –apunta Lassehn–. *Carpe horam*, debería decirse ahora.

Se coloca un brazo debajo de la cabeza y se queda observando su rostro. Es extraño, no le resulta más familiar que antes, este rostro bonito y regular bajo la cabellera rubio platino, con la boca rojo oscuro y la nariz pequeña, que al besar no molesta. La mirada de Lassehn se pasea por cada uno de los rasgos de su rostro y sin embargo no termina de ver ninguna excitación, ninguna felicidad y tampoco ningún dolor, aunque algo ha cambiado en él: ha perdido la expresión de tensión artificial de antes, ahora está repleto de satisfacción y hartazgo y, en alguna parte, escondida profundamente en su mirada, aún acecha la codicia.

–Me miras de una manera tan extraña, muchacho –dice Elisabeth Mattner.

–No me llames muchacho –dice Lassehn algo enojado.

–¿Por qué no? –le replica y le acaricia el cabello tranquilizándole–. No eres mi marido. Es decir, ahora mismo lo has sido, pero no lo eres.

–Déjalo estar –se defiende Lassehn, y se separa de ella–, no lo encuentro muy adecuado...

Elisabeth Mattner sonríe indulgente.

–Ya no somos niños –le interrumpe–. ¿En realidad qué te importa mi marido? Está muy lejos y si estuviera aquí debería resignarse. Te voy a contar algo, Joachim, y por mí puedes interpretarlo como una justificación o una disculpa. La última vez que mi marido estuvo de permiso, hará dos años o dos años y medio, ya no me acuerdo exactamente, sólo pasó ocho días conmigo.

Lassehn niega con la cabeza.

–¿Sólo ocho días? –pregunta–. ¿Viniendo desde Italia?

–Desde África –le responde ella.

–No es posible –le objeta Lassehn–. ¿Lo oyes? ¡La alarma aérea!

–Deja que las sirenas aúllen –dice ella, y hace un movimiento de rechazo con la mano–, uno sólo puede morir la muerte. La muerte en la cama no será una muerte heroica, pero con un hombre entre los brazos... ¿Tienes miedo?

Lassehn niega con la cabeza.

–Entonces –dice Elisabeth Mattner, y le sonríe–... Sí, tú me dices que no es posible que le concedan sólo ocho días de permiso desde África. Tienes toda la razón, aunque él intentó convencerme, me contó no sé qué del servicio de mensajeros y lo hizo de manera muy misteriosa. Casi me lo creo, de hecho me lo creí hasta que se pasó otros doce días en Hannover y concretamente con su amiga, una *Blitzmädel*, una ayudante de la Wehrmacht, que conoció trabajando en el comando de la Luftgau. Éste es mi esposo, el señor sobrecargo del Estado Mayor. Ves, muchacho, desde entonces he cambiado.

De repente, Lassehn se da cuenta de que sabe poco sobre las mujeres; las preguntas se le acumulan y tiene que contenerse para no soltarlas todas de una sola vez.

–Es extraño –dice Elisabeth Mattner y habla como para sí misma–, ahora los aviones ingleses sobrevuelan nuestra ciudad y enseguida desplegarán sobre nosotros sus alas mortíferas; entonces los cañones se pondrán a disparar, millones de personas permanecerán en cuclillas en los refugios, sótanos, agujeros y zanjias, únicamente nosotros dos planeamos en cierto modo en medio, entre los aviones y lo subterráneo, entre el cielo y la tierra, estamos aquí desnudos en la cama y a nuestro alrededor todo es oscuridad.

Saca los brazos de debajo de la colcha y se estira con los ojos cerrados.

Lassehn observa fascinado los nidos de pájaro rubios de sus axilas.

–Quería preguntarte algo más, Lisa –dice lentamente–, pero no quiero que me lo tomes a mal.

Elisabeth Mattner sigue estirada allí con los ojos cerrados.

–Por favor, pregúntame –le anima.

Lassehn sigue vacilando, pues no sabe cómo puede revestir de palabras lo que quiere preguntar sin herir a Elisabeth Mattner.

–Tú no eres... seguro que no eres una mujer irresponsable o frívola hasta el punto de que... que tú... que tú me hayas llevado contigo a pesar de no conocerme realmente.

Elisabeth Mattner abre los ojos y se le queda mirando de manera escrutadora e interrogativa.

–Querido muchacho –dice sonriendo–, yo también fui antaño una muchacha virgen con el cabello rizado, romántica, soñadora y anhelante de amor. Mi primer gran amor, tal como lo llaman, requirió de seis semanas para que le regalara el primer beso de verdad y otros ocho meses para que me acostara por primera vez con él. Puedes creerme, siempre he contenido mi temperamento...

–Están disparando –dice Lassehn, y se queda escuchando atentamente hacia la ventana–, no muy lejos de aquí.

–Es el refugio de Friedrichshain –dice Elisabeth Mattner–, no nos pasará nada. ¿Qué es lo que estaba diciendo? Sí, eso, siempre he contenido mi temperamento, muchacho, el tiempo de incubación entre el conocer a alguien y acostarme con él ha oscilado entre los cuatro y los quince meses, lo que al fin y al cabo resulta una firmeza insólita para una mujer de sangre caliente, lo que yo soy, como habrás podido comprobar. Cuando me casé hace siete años, tenía cuatro relaciones a mis espaldas. No son muchas, ¿verdad?

«Así que el marido fue su quinta relación, ¿y eso no es mucho?», piensa Lassehn. Sin embargo, asiente en lugar de contestar con el fin de no desviar el tema de la conversación.

–Siempre le he sido fiel a mi marido –prosigue la mujer–, es decir, hasta que me enteré de la historia de las vacaciones. Entonces cedí a los deseos que dormían dentro de mí y, tal como funciona esto, cuando los deseos alcanzan la zona de lo posible y de lo alcanzable y salta por los aires el cerrojo de las inhibiciones morales, entonces una se ve desbordada por la volubilidad. No quiero afirmar que esto sea así por regla general, aunque sí que es mi caso.

Lassehn casi contiene la respiración.

–¿Así que yo no..., yo no soy el primero? –pregunta–. Me refiero, después de enterarte que...

Elisabeth Mattner extiende los brazos hacia Lassehn y quiere atraer su cabeza hacia sí.

–¿Por qué motivo estás interesado? –pregunta lisonjera–. ¿No te resulta suficiente poder abrazarme? Has tomado posesión de mi cuerpo, tal como es o era hace media hora. ¿Ha disminuido el disfrute el hecho de que no hayas sido el sexto, sino el decimosegundo o el decimotercero?

Lassehn se libera suavemente de su abrazo.

–No has entendido mi pregunta del todo o no la has contestado por completo –dice él–, en

realidad se refería a...

Elisabeth Mattner cruza los brazos bajo la cabeza.

–Sé a lo que te refieres –le interrumpe–. Querido muchacho, estamos en guerra, también aquí en Berlín hace años que la vida se nos devuelve sólo por poco tiempo, en concreto en las pausas entre un ataque aéreo y otro. Sabes, cuando cada día puedes ver a la muerte a los ojos, cuando cada aullido de las sirenas puede suponer al mismo tiempo tu réquiem, entonces se apodera de ti el hambre de placer, entonces quieres disfrutar del breve plazo de tiempo que posiblemente se te haya concedido, y esto se aplica tanto al amor como a otras muchas cosas. Yo lo llamo la intensificación de nuestros sentimientos: lo que antes necesitaba meses, ahora sólo necesita de días, y lo que antes se llevaba a cabo en días ahora se hace en horas. Si yo...

Se detiene y escucha atentamente en dirección hacia la ventana.

–¿Lo oyes? ¡Van a anunciar el cese de la alarma!

Lassehn asiente, ha estado escuchando atentamente y observa la boca roja, que habla de forma tan tranquila, casi impasible, sobre la muerte.

Del rostro de Elisabeth Mattner prácticamente ha desaparecido la sonrisa, en las comisuras de sus labios se ha instalado una profunda seriedad.

–Si hoy en día conozco a un hombre que me gusta, entonces ya no es como antes. El primer tuteo, el primer beso, un tiempo sin que pase nada y entonces quizá la cama, no, muchacho, ese espacio de tiempo hoy en día lo ocupan la muerte y la pérdida. El hombre que por la tarde me gusta, por la noche ya puede haberse convertido en un cadáver largo como un brazo y carbonizado por el fósforo o haber saltado en pedazos por una mina aérea. Aunque también me puede tocar a mí. ¿Por qué razón tendría entonces que esperar, anteponer escrúpulos morales? Hoy en día todo es diferente, hoy en día todo se lleva a cabo a cámara rápida: conoces a alguien, beso, entrega, separación; hay que probarlo todo de un trago hasta el siguiente ataque aéreo. ¿No entiendes que la avidez por el placer es como un miedo asentado en la nuca, concretamente el miedo a perderse algo, de no haber gozado de la vida? Lo que tú quizá llames depravación moral y abandono espiritual no es otra cosa que una anestesia del alma.

Elisabeth Mattner tiritita de frío y se sube la colcha hasta debajo de la barbilla.

–¿Quieres saber algo más? –añade.

Lassehn niega con la cabeza. ¿No ha contestado ya suficientemente todas las preguntas que se agolpaban en él?

–No –contesta él–. O quizá sí. ¿Entonces tú eres de la opinión de que en nuestros tiempos no hay lugar para el amor?

Elisabeth Mattner se queda mirando fijamente la colcha.

–Amor –dice respirando con dificultad–. ¿Qué es en realidad el amor? ¿Es la condición previa antes de tomar posesión de una mujer? ¿No tienes suficiente con poseer su cuerpo de forma ilimitada y descansar entre sus muslos?

–En el momento de la unión me es del todo suficiente –responde Lassehn–, aunque después... Es igual que con la ebriedad: mientras el alcohol aún me calienta, el vino me sabe bien, pero cuando dejo de beber, entonces se me queda un sabor insípido en la boca y me siento mal...

No llega a terminar la frase, pues con la comparación no llega a acertar lo que él quiere explicar.

–¿Siempre has querido, siempre has superado la prueba de madurez espiritual antes de acostarte con una muchacha? –pregunta Elisabeth Mattner, y vuelve a dirigir su mirada hacia él–.

¿Siempre has tenido que madurar espiritualmente tu inclinación, tu simpatía, tu amistad o lo que sea antes de... bueno y lo que sigue?

Lassehn no responde, la pregunta acierta exactamente en su inseguridad.

–Las sirenas avisan del cese de la alarma –dice, y señala con un solo movimiento de la cabeza en dirección a la ventana.

–¿Por qué no me respondes? –pregunta Elisabeth Mattner, y ríe con discreción–. Antes me has preguntado si te quería. Ahora te lo pregunto yo: ¿me quieres?

–No lo sé, Lisa –responde Lassehn–, realmente no lo sé y el hecho de que no lo sepa me tortura. Antes, cuando me abriste tu seno, cuando sentí pegado a mi pecho los latidos de tu corazón y tus pezones me atravesaron como puñales, cuando nuestras bocas compartían el mismo aliento, sobre mi cerebro había aposentada una nube púrpura y yo pensaba que te quería. Pero cuando me separé de ti y la nube se disipó, cuando mi corazón ya marcaba otro compás que el tuyo, sólo había carne.

Elisabeth Mattner se arrima a su lado y atrae la cabeza de él hasta su hombro.

–¿Por qué te torturas, muchacho? –le pregunta con ternura en búsqueda de sus labios–. Nunca serás feliz si todo lo piensas una y otra vez: deja de dominarte, guíate por tus impulsos y entonces podrás recolectar una felicidad modesta, pues en el menú de nuestra vida no aparece más.

–¿Y tú te conformas con que sea así? –pregunta Lassehn y arrima cariñosamente la mejilla a su cuello.

Lassehn nota como ella se encoge de hombros.

–He dejado de pensar –contesta ella–, pensar no hace feliz.

Lassehn alza la cabeza y busca su mirada.

–¿Has renunciado a pensar, Lisa? ¿No entiendes que de esta forma renuncias a la característica que hace que los humanos seamos superiores a los animales?

Elisabeth Mattner suelta una carcajada estridente.

–¿El pensamiento hace que los humanos seamos superiores a los animales? –pregunta ella–. Querido muchacho, eso lo dicen los filósofos, que permanecen sentados solos y dejados de la mano de Dios en sus habitaciones o navegan sobre nubes de color rosa por encima de la tierra. No hay ningún animal que sea tan cruel, cobarde, pérfido y canalla como el hombre pensante. ¿Por qué somos superiores al animal? ¿Porque hemos inventado los lanzallamas, las bombas de fósforo, las cámaras de gas y los gases venenosos? Bah, no me hables de los humanos como de una noble creación.

Su voz vuelve a convertirse en un murmullo.

–No pensar, únicamente no pensar, sólo vivir, vivir.

Vuelve a atraer la cabeza de Lassehn hacia sí y pega el cuerpo estrechamente al suyo.

–No pensar, muchacho, sólo vivir y amar, antes de que sea demasiado tarde.

Lassehn ve la boca abierta de color rojo oscuro y sedienta y siente el ardor del cuerpo que se pega al suyo, la pequeña llama de su resistencia se arroba en un sueño púrpura y él se hunde de nuevo en su seno, que se aprieta contra él impetuoso.

Cuando Lassehn despierta la habitación se encuentra de nuevo en una oscuridad completa. Le da la sensación de que le ha despertado un ruido. Escucha atentamente en la oscuridad, pero sólo llega a oír el tic-tac de un reloj y la respiración tranquila y regular de la mujer que duerme pegada a él y que lo envuelve con su calor. Por lo demás, el silencio es opresivo. Lassehn se deshace con cuidado del abrazo de la mujer, coloca los brazos debajo de la cabeza y mira hacia la oscuridad.

«No pensar, ha dicho ella, sólo amar. ¿Es eso el amor? ¿Esa colisión de los cuerpos, esa posesión salvaje de un cuerpo por el otro, esa excitación de los sentidos hasta la pérdida del

conocimiento? ¿Es eso el amor? ¿No el hundirse en el otro en silencio y con ternura, hasta el punto que el cuerpo apenas tiene necesidad?». Recuerda de repente una amistad de la juventud, se trata de un recuerdo que más adelante también hará que le suba la sangre a la cabeza. Se trata sólo de una pequeña vivencia de segundos de duración, aunque ha quedado fuertemente grabada en él. En la oscuridad de la habitación ve frente a él el rostro alargado y puro de Ellen Eggebrecht, los pómulos algo prominentes de tipo eslavo, la piel delicada y transparente, los ojos claros y luminosos, el labio superior infantil algo elevado, el cabello rubio oscuro, peinado en dos sencillas colas en la parte posterior de la cabeza. Crecieron juntos, su relación siempre había sido de lo más natural hasta que... sí, hasta que un día él se agachó sobre un libro que ella estaba leyendo y su rostro acarició su mejilla, sólo fue un contacto fugaz, una vaharada de calor saltó de ella a él, se miraron y se sonrojaron, a él le inundó una ternura dulce y dolorosa, no le asustó ese deseo salvaje.

El recuerdo es totalmente irreal, está apartado como un cuento de tiempos inmemoriales. La boca de la mujer, cuyo aliento ávido le ha encendido antes, sus besos con dientes cortantes, su lengua en movimiento y sus labios succionadores le han rozado como un viento caliente y no han dejado huella alguna. El calor que fluía tiernamente de la mejilla seca de la muchacha, ese contacto casual tan tierno, es casi más actual que el cuerpo caliente de la mujer que duerme respirando tranquilamente junto a él, una mujer desnuda, suave, caliente, salvajemente cariñosa, de la que ha tomado posesión, así como ella de él, que no ha pedido amor, sino satisfacer sus sentidos.

Lassehn enciende la lámpara de la mesita de noche y observa atentamente el rostro de la mujer dormida. Yace allí, durmiendo como un niño, las manos debajo de la almohada, unidas como si fuera a rezar; el cabello claro y rubio ha ocupado como una ola buena parte de la frente; las narinas tiemblan tranquilas ante los golpes regulares de la respiración, que sopla sobre él como un viento cálido; la boca, de un color rojo oscuro, destaca como una herida oscura en la piel clara y fina del rostro, esa boca, que le ha atraído y por la cual él se ha convertido en su amante. La mirada de Lassehn registra cada detalle de su rostro, es una mirada repleta de agradecimiento por la tranquilidad que le ha transmitido a su piel estancada, por el consuelo y el olvido que, en medio de ese desierto de tristeza y lágrimas, pueden regalar los cuerpos de las mujeres. Amor no, esto no es amor, se ha recostado sobre su cuerpo, ha yacido entre sus pechos como sobre una gruta protectora y ha buscado refugio en su regazo.

Lassehn toca el mechón de pelo sobre su frente y lo conduce con ternura hacia el resto del cabello. Entonces se estremece, pues un silbido atraviesa el aire, se produce un impacto. Enseguida sabe que ése es el ruido que le ha despertado antes y que se trata de un disparo de artillería. ¿Artillería? Naturalmente, los cañones antiaéreos retumban con fuerza y las bombas no producen ese silbido tan alargado. ¿Dónde dispara ahora la artillería? Pero entonces un pensamiento le asalta como si fuera un gato. ¡Los rusos!

En un abrir y cerrar de ojos todos los pensamientos sobre la mujer que yace a su lado se desvanecen. Allí, allí está de nuevo, ese silbido alargado y un impacto. Lassehn se endereza y escucha atentamente con los sentidos tensos, cada poro de su cuerpo aspira los ruidos. Pasan unos cuantos minutos, después se produce otro disparo. No hay duda alguna: los rusos han empezado a bombardear Berlín.

Lassehn se inclina sobre la mujer que duerme.

—Lisa —dice y le acaricia el rostro—. ¡Lisa, despierta!

Elisabeth Mattner abre los ojos, sus párpados se alzan lentamente como un telón, por un

segundo su mirada aún alberga soñolencia y refleja una sonrisa.

–¿Qué es lo que pasa, muchacho? –pregunta, y extiende los brazos hacia él.

–Hay fuego de artillería –dice Lassehn excitado.

La sonrisa de la mujer se extiende ahora desde los ojos por todo el rostro, igual que el sol baña un campo con su luz.

–¿Y qué nos importa a nosotros, Joachim? –dice ella, y rodea su cuello con los brazos–. Vamos, esta noche viviremos, mañana quién sabe lo que pasará.

Lassehn se deshace suavemente de su abrazo.

–Va en serio, Lisa –le dice al rehusarla–. Ves, ¿lo oyes?

Elisabeth Mattner se endereza asustada.

–Eso es... eso es... –... fuego de artillería –completa la frase Lassehn–. Ha llegado el momento, ¡*Stalin ante portas!*

El silencio de la noche se ha interrumpido súbitamente, en la casa todo ha cobrado vida de repente, las puertas se abren y se cierran, se oyen pasos y voces excitadas. Elisabeth Mattner escucha atentamente con la cabeza alzada, cruza los brazos sobre los pechos desnudos y se abraza los hombros con las manos.

–Dios mío –dice con los labios contraídos–. ¿Cómo es posible?

Lassehn ríe brevemente.

–¡Una curiosa pregunta! ¿No estabas preparada para ello? Tras los últimos comunicados...

–Un momento –le interrumpe la mujer, y escucha atentamente hacia la ventana.

Un automóvil se detiene, toca el claxon tres veces y tras una pausa otras dos, se cierra la puerta, aunque el motor sigue encendido.

Elisabeth Mattner mira por encima a Lassehn, abandona rápidamente la cama y empieza a vestirse rápidamente.

Lassehn la ha estado observando asombrado y adivina enseguida la relación entre el hecho de que se haya levantado y el bocinazo.

–¿Qué es lo que pasa, Lisa? –pregunta–. ¿Ya te quieres levantar? Sólo son las tres.

–No preguntes tanto y mejor que también te vistas –le replica Elisabeth Mattner, impaciente–. Algo ha pasado si él viene a estas horas.

–¿Quién es él?

–Deberías vestirte –le repite Elisabeth Mattner enfadada–. O si quieres, quédate en la cama, pero no hagas ruido. ¿Me has entendido?

–A sus órdenes, señora –contesta Lassehn–. ¿Pero quién es él? ¿Quizá tu marido? En ese caso...

–La verdad es que me pones muy nerviosa con tus preguntas –dice Elisabeth Mattner y se ajusta las medias con rapidez–. Dios mío, qué puede haber pasado si ahora en plena noche él... ¡Ya está aquí!

El timbre suena tres veces por toda la casa y, tras una pequeña pausa, dos veces más.

–¿Quién es? –pregunta Lassehn obstinado y empieza también él a vestirse.

–Un viejo conocido –contesta Elisabeth Mattner, y se pone la bata por encima–. Por cierto, tú también lo conoces, es el señor del rostro colorado.

–Sí, lo recuerdo –dice Lassehn estirándose–. ¿No es un colega del trabajo?

–Es mi superior –responde Elisabeth Mattner–, director general del ministerio del Interior.

Se acerca a Lassehn y lo besa brevemente.

–Por favor, no hagas ruido, ¿vale?

Lassehn asiente y se queda solo en la habitación. Se viste rápidamente y entorna la puerta que

da a la habitación contigua. Le interesa saber cuál es la razón de que aquel rostro colorado, el señor director general del ministerio, esté de camino a esas horas de la noche y que éste lo conduzca a Elisabeth Mattner, que probablemente es su secretaria, pues él la llama Lisa y ella a él Dickerchen, gordito... No, no puede ser, ese tipo fofo y Lisa... Lassehn reprime la sospecha que le ha asaltado como un picor de garganta repentino.

Entonces oye las voces en la habitación contigua.

—Arréglate en un momento, Lisa —dice, agitado, el hombre del rostro colorado—, no tenemos tiempo que perder, hace media hora que el secretario de Estado Kritzinger ha ordenado la operación de transporte Thusnelda.

—¿Tan mal está todo? —pregunta Elisabeth Mattner, incrédula.

La voz del hombre del rostro colorado suena impaciente.

—Dios mío, ¿es que vives en la luna? ¿No has leído el boletín de hoy de la Wehrmacht?

—No, no me ha llegado el periódico y después se produjo el corte de luz...

El rostro colorado hace ruido con un periódico.

—Escucha atentamente, Lisa. Rápidamente te lo voy a... Sí, aquí está.

Desde el Cuartel General del Führer, 20 de abril

El Alto Mando de la Wehrmacht informa de lo siguiente:

Entre los Sudetes y el delta del Óder se desarrolla con extrema violencia la batalla en contra del ataque masivo bolchevique. Al oeste del río Neiße...

—No es éste. Sí, aquí está.

En la batalla frente a Berlín, nuestras valientes divisiones han combatido exitosamente en su defensa a ambos lados de Fráncfort, y han restablecido en un contraataque el antiguo frente principal de combate. En Müncheberg y Wriezen se ha intensificado la situación. A pesar de la dura resistencia, nutridas fuerzas de tanques enemigos han conseguido avanzar desde la zona de Müncheberg hacia el sudoeste y el sur hasta alcanzar la zona de Tempelberg y Buchholz. Se han iniciado contraataques. En Wriezen, los soviets involucraron en el combate a nuevas unidades. En la zona de Sterneberg y Prötzel se lucha encarnizadamente. Tras los comunicados incompletos...

—Etcétera, etcétera. Éste es el comunicado de la Wehrmacht de hoy, hija mía, es decir, la situación de ayer, mientras tanto ya ha pasado un día...

—Aunque se han iniciado contraataques —objeta Elisabeth Mattner—. No crees que...

Lassehn oye cómo el hombre del rostro colorado se lleva las manos a la cabeza.

—¿Y? ¿Qué quiere decir eso? Siempre se inician contraataques, también en Stalingrado contraatacamos, en Falaise y Túnez, pero si tienen éxito o no ya es otra cuestión. Apenas podemos parar ya a los rusos, frente a Berlín seguro que no, tengo comunicados fiables de que ya han llegado a Fürstenwalde, Hoppegarten y Hohen Neuendorf.

Habla rápidamente, las palabras se agolpan, su manera de hablar afectada y arrastrada tiene un acento vulgar.

—Por lo demás, ya habrás oído que la ciudad se encuentra bajo el bombardeo de artillería.

—Sí, sí —dice Elisabeth Mattner diligente—, al principio no sabía lo que pasaba.

El hombre de rostro colorado golpea impaciente con los pies.

–Vamos ya, muchacha, no des más vueltas, vístete y dime qué maletas te quieres llevar. El chófer se encargará de llevarlas abajo.

–Tengo que hacerlo ahora mismo...

–¡Naturalmente! ¿A qué quieres esperar? ¿O quieres que un bolchevique se ocupe de ti?

Ríe brevemente.

–Aunque para eso estoy yo aquí, por lo menos de vez en cuando, hasta donde llegue el presupuesto.

Lassehn está como aturdido. Así que realmente es así, el del rostro colorado y Lisa... Se siente mal, la repugnancia le domina de tal manera que debe taparse las orejas, aunque no puede evitar oír esa conversación en voz alta y excitada.

–Ahora mismo no puedo irme contigo, Georg –dice Elisabeth Mattner–. Esta mañana a primera hora, digamos que sobre las ocho.

–Ni hablar –le dice el rostro sonrojado decidido–. Cada hora que pasa es valiosa. ¡Diablos, ponte en marcha!

–¿Cuándo sale el tren?

–¿Tren? ¿Tren? No entiendo nada –dice el rostro colorado–, pues uno ya no puede contar con el ferrocarril, las líneas hacia el sur y el sudoeste se supone que están paralizadas, Halle y Leipzig también se han perdido, querida mía.

–Bueno, ¿y entonces qué es lo que va a pasar?

–Tampoco lo sé, muchacha –dice el rostro colorado–, pero en primer lugar nos largamos de aquí. Está claro que la cosa va de mal en peor, sólo tenemos que ver cómo salimos de este embrollo sanos y salvos.

–Cómo quieres... –pregunta Elisabeth confusa.

–Mi automóvil está esperando abajo, tengo suficientes vales de gasolina. ¡Ven de una vez!

–¿Y adónde vamos?

–Primero hasta Eutin, los jefes de distrito ya están avisados para conseguirnos alojamiento. Después, en caso necesario, podemos seguir hasta Holstein. ¿Por qué miras todo el rato hacia la puerta del dormitorio?

–No lo hago –le contradice Elisabeth Mattner.

–No puedes engañarme; conozco tus trucos, querida. ¿Hay alguien contigo?

Lassehn hace un esfuerzo, le quita rápidamente el seguro a su revólver y abre la puerta.

–Buenos días –dice, y mira al hombre de rostro sonrojado desafiante–. Encantado de verle de nuevo.

Si pensaba que el hombre de rostro sonrojado se abalanzaría sobre él presa de un ataque de ira, estaba muy equivocado. El hombre de rostro sonrojado se enfrenta a su mirada con una divertida sonrisa de superioridad.

–Mira tú –dice–, ¿no es usted el joven que pescamos hace unos días en la Wittenbergplatz y con el que Lisa se fue después? Naturalmente que lo es, ahora le reconozco, a pesar de que hoy viste usted un traje mucho más decente.

Elisabeth Mattner se mantiene algo apartada y se balancea impaciente sobre los tacones.

–No os peleéis –dice tajante–, ahora mismo tenemos otras preocupaciones. Sé sensato, Joachim.

–El muchacho se llama Joachim –dice el hombre de rostro sonrojado–. ¿Te has quedado satisfecha con él?

–¡Cierre usted la boca! –le grita Lassehn, ofendido–. Debería usted avergonzarse...

–No tengo celos, joven –dice el hombre de rostro colorado–; al fin y al cabo, Lisa puede disponer de ella como lo considere oportuno.

La conversación tortura a Lassehn, la determinación con la que había entrado antes en la habitación no era real, ahora se desprende de él como una hoja marchita.

–Lisa –le dice, atormentado–, no puedo creer que tú y este hombre... ¡No, no, dime que no es así!

–¿Y por qué no? –dice el hombre de rostro sonrojado–. ¿Porque no soy tan joven como usted y mi aspecto luce poco atractivo?

Ríe de una manera profunda y borboteante.

–Sin embargo, tengo otras cualidades, joven, buenas relaciones con altos cargos y demás, algo que nuestra Lisa –¿me permite que diga «nuestra» o tiene usted algo en contra de que utilice ese posesivo?–, algo que nuestra Lisa sabe apreciar, pues junto a su fuerte sed de amor tiene otras pretensiones, que usted probablemente no puede satisfacer; para ello sirven mejor los señores mayores...

–¡Calla de una vez, Georg! –le increpa Elisabeth Mattner–. Eres un ordinario. ¿Qué vamos a hacer ahora?

–¿Qué vamos a hacer? –le devuelve la pregunta el hombre de rostro sonrojado–. ¿Lo dices porque te he pillado con este joven? Ya sabes que no soy nada melindroso. ¡Así que date prisa!

–¿El señor director general del Ministerio quiere poner pies en polvorosa? –pregunta Lassehn, sarcástico–. El pueblo llano puede permanecer aquí y luchar.

–¡Se lo advierto, joven! –dice amenazante el hombre de rostro sonrojado–. Ya entonces me pareció usted altamente sospechoso. ¡No piense usted que por haberse acostado con Lisa no le puedo tocar ni un pelo!

–¡Me resulta usted un *Volksgenosse* encantador, estimado señor! –dice Lassehn imperturbable–. ¡En estos pocos días hay una bagatela que ha cambiado, vuestro trono se tambalea, señores!

El hombre de rostro colorado avanza un paso hacia Lassehn.

–Le voy... le voy a...

–Usted no va a hacer nada –dice Lassehn–, antes que pueda decir ni pío le meto una bala en la barriga, de tal forma que su sentido del oído y de la vista y toda su miserable vida desaparecerán.

–Por favor, Georg, tranquilízate –interviene Elisabeth Mattner y a continuación se dirige a Lassehn–. Sí, lo mejor entonces es que te vayas, Joachim. Lo siento...

Lassehn permanece inalterable.

–No me debes ninguna explicación –dice él, y se dirige hacia la puerta–. Os deseo buen viaje –añade–, pero no os penséis que por ello os libraréis de vuestro castigo. Os encontraremos, ya sea en Berlín o en Holstein o donde sea.

Cuando descende las escaleras es como si se despertara de una pesadilla.

El semblante del distrito que incluye la Schlesischer Bahnhof se ha transformado en estos días de forma decisiva. La afluencia de refugiados que se habían derramado desde la estación de ferrocarriles hacia la Fruchtstraße, la Langestraße, la Breslauerstraße y la Koppenstraße, para desde allí infiltrarse en el centro de la ciudad, se ha agotado. Las columnas de carritos de mano, carritos de adrales, carros de carga, carretillas, carritos de niño, carretones de campesino, bicicletas, automóviles privados cargados hasta arriba y camiones, la masa gris y apática de las mujeres agotadas, desesperadas, medio muertas de hambre y medio idas, ancianos y ancianas dando tumbos y lamentándose, niños que gritan y gimen han afluído en los canales de las ruinas de Berlín, han estado huyendo del frente y, como si fuera con una fuerza de atracción mágica, lo han arrastrado consigo; el trueno de los cañones y el chirrido de los motores de los aviones han permanecido como el eco de sus pasos.

Durante un corto espacio de tiempo se ha producido un extraño silencio, como si el lecho de un río se hubiera quedado vacío y el suelo arenoso y pedregoso hubiera quedado al descubierto. Aunque después le han golpeado otras olas de manera salvaje y han arrastrado el frente hasta las calles: la zona se convirtió en una etapa, en una etapa cercana al frente. Las calles están hasta arriba de todo tipo de vehículos, camiones, automóviles, blindados Tiger, cañones de asalto, cañones antiaéreos, cañones de artillería, cañones autopropulsados, cocinas de campo, vehículos sanitarios, vehículos con altavoz de las empresas de propaganda, automóviles privados con antenas, camiones cisterna y entre ellos fusiles amontonados, lanzagranadas, ametralladoras, cajas de munición y, por todas partes, soldados, soldados, soldados.

Berlín siempre ha sido una ciudad con soldados, pero los soldados que ahora vagabundean por los alrededores de la Schlesischer Bahnhof son de un tipo desconocido hasta ahora en Berlín. Berlín conoce a los soldados en la guerra y en la paz, que desfilan para ir al frente y que regresan a casa, soldados victoriosos y derrotados; ha visto a los regimientos ejercitarse marchando al paso de la oca prusiano en los desfiles del emperador en el Tempelhofer Feld; ha sido testigo de cómo en agosto de 1914 marcharon a la guerra cantando y llenos de flores, vitoreados entre lágrimas y cómo regresaron a casa cuatro años después, derrotados, aunque casi en el orden habitual. Trabaron amistad, tras un cansancio militar pasajero, con el nuevo ejército del Reich, que según la inquebrantable tradición prusiana se desplegó a tambor batiente con la guardia ante el monumento conmemorativo en Unter den Linden y se hizo muy íntimo con el nuevo ejército de carácter nacionalsocialista, que en los desfiles de Hitler en la Charlottenburger Chaußee mostraba orgulloso sus nuevas conquistas y su asombrosa variedad. Finalmente, la ciudad vivió en 1939 el desfile sin pena ni gloria de los regimientos desde los cuarteles, sin que uno de los numerosos —y en otras ocasiones tan locuaces líderes del fanfarrón Reich alemán se dignara a dirigirles un discurso y les asegurara que Dios estaba con ellos. De nuevo, en otoño de 1940, la ciudad fue cubierta por una violenta ola de soldados, cuando los transportes de tropas rodaban día tras día y semana tras semana por las vías del suburbano y de cercanías del oeste hacia el este, en dirección a una meta que únicamente se susurraba misteriosamente, aunque fuera sabida por todos. En los

años siguientes la ciudad fue pateada y cruzada por innumerables turistas, unos turistas que se parecían más a porteadores turcos que a soldados alemanes y que jadeando, sudando, empapados, con las espaldas encorvadas, aunque con los rostros radiantes, arrastraban enormes cargas, cajas, sacas, mochilas, carteras, maletas, cajas de cartón, equipaje de todo tipo, recuerdos de viaje soldadescos de los países sometidos.

Todas estas categorías de soldados ya no existen en Berlín; la ciudad ha conocido ahora a un nuevo tipo de soldado, que hasta la fecha estaba ausente: el soldado cansado, sin afeitarse, sucio, destrozado y muerto de hambre; el cerdo del frente. Merodean en vano o se sientan en cualquier parte, en grupo, lían cigarrillos o andan a hurtadillas entre las cocinas de campo, intentan evitar en lo posible a los oficiales y les sueltan a las muchachas rudas bromas, cuando se producen tiros se ponen automáticamente a resguardo y sólo aparecen una vez ha desaparecido el peligro. Los oficiales hacen ver que están ocupados, andan de un lado para otro rápidamente o dándose importancia, imparten órdenes o las revocan, envían y reciben comunicados, aunque quien sabe leer en sus rostros reconoce entre sus órdenes y revocaciones una profunda inseguridad y un nerviosismo contenido con dificultad.

Las calles alrededor de la Schlesischer Bahnhof se han transformado en un campamento militar, también se han ocupado las aceras; por todas partes hay cables de teléfono, en los pasillos de las casas se han instalado escritorios provisionales y en los sótanos, tiendas, almacenes, fábricas, viviendas, bajo los puentes y en los túneles se han acondicionado lugares para dormir y ambulatorios móviles, el ruido ambiental de estos días lo conforman las voces de los mandos, las órdenes, las maldiciones, los insultos, el vocerío, el ruido de los motores, el metálico de los tanques, el tecleto de las máquinas de escribir, el relinchar de los caballos, la música de los altavoces. La nube de olores en la que están envueltos estos días la componen el sudor, el hedor de la gasolina, el olor a aceite, el olor a pólvora, el olor de las cocinas de campo, el humo del tabaco, el olor a quemado, las nubes de humo, el cloroformo, la sangre.

A la vista de estas tropas, llamadas una cuadrilla de caóticos militares prusianos, los informes de los corresponsales del PK demuestran ser lo que son: unas enseñanzas del manual de propaganda nacionalsocialista para torpes. Aquí se confirman todos los informes del PK, tan hermosamente estilizados, en los cuales no puede faltar el momento lírico de la descripción de la naturaleza (pues así se puede demostrar de paso la capacidad literaria del que escribe y la grandeza humana del soldado alemán, aunque en ningún caso de forma discreta) como una leyenda, son privados de su disfraz propagandístico y sólo restan las dos únicas cosas que son importantes para el soldado: jalar y sobar. Entremedio, se ordena y se obedece, y —si es imprescindible— también se lucha.

De momento, en la Schlesischer Bahnhof no se lucha, aunque a medida que pasan las horas aumenta el fuego de la artillería rusa y, en sus vuelos rasantes, los aviones a veces sobrevuelan los tejados tan cerca que uno puede reconocer claramente sus estrellas rojas sobre el metal blanco.

En la calle Am Schlesischen Bahnhof, entre el restaurante de Klose y el hospedaje de la Wehrmacht, han colisionado dos cañones antiaéreos de cuatro bocas, en la esquina de la Langestraße y la Fruchtstraße se ha dispuesto un cañón antiaéreo apuntando hacia las vías de los trenes de mercancías del Ostbahnhof. En la Küstriner Platz y en la Mühlenstraße hay dispuestos tanques con las escotillas abiertas, los cañones dirigidos, amenazadoramente, hacia el este. Los comandos de pioneros se ocupan de colocar las cargas explosivas bajo los viaductos del tren de cercanías por encima de la Fruchtstraße y la Koppenstraße y en los pasos por encima del Spree en

el curso de la Brommystraße y la Schillingstraße. Los accesos a la Schlesischer Bahnhof, esta nave doble de esqueleto ferroso, están vigilados por gendarmes con ametralladoras, con las piernas abiertas bien ancladas sobre el asfalto y los barbiquejos de sus cascos de acero bien ceñidos, pues en el búnker bajo el andén A un general ha instalado su puesto de mando. El mapa del Estado Mayor abierto ante él no registra ya nombres rusos o polacos, no está confeccionado en la escala 1:100 000 o 1:250 000, en realidad tampoco es un mapa del Estado Mayor. La magnitud de la tarea –conducir a la patria hacia la victoria final prometida desde hace tanto después de una guerra impuesta– se encuentra curiosamente en una relación contraria a la escala de los mapas del Estado Mayor –sobre los cuales el general inclina su cabeza llena de preocupaciones–, es decir, a una escala 1:20 000, pues se trata de un plano Pharus de Berlín.

En medio del campamento militar vegetan los miserables restos de la vida civil como el verde escaso entre los escombros de las casas en ruinas. En el transcurso de la guerra la vida se ha encogido cada vez más, casi todas las conquistas de la civilización han caído una detrás de la otra, una vez tuvo éxito la represión intelectual y mental. La caída en el primitivismo no se produjo de una vez; las limitaciones y renunciadas obligadas, que el Gobierno describió con un sugestivo guiño a través del canal (donde se decía que las cosas estaban mucho peor), fueron denominadas por los altos mandos como necesarias para la guerra, haciendo retroceder la vida lentamente, aunque de forma imparable, hasta arrinconarla en una esquina diminuta y cada orden era sólo una solución provisional, cada estado sólo interino. La renuncia a una determinada cantidad y tipo de alimentos se recibió como natural, a lo que se añadió la renuncia a un sueño ininterrumpido y al propio refugio, después de que ya hacía mucho se hubiera renunciado a muchas otras cosas. Sin embargo, a pesar de todo, las personas habían preservado para sí, con una extraña perseverancia entre las ruinas de la ciudad, en las inciertas horas entre las alarmas aéreas y en las cortas pausas entre el trabajo y el sueño, una pequeña cantidad de vida personal. Ahora, bajo el signo del frente, se ha extinguido, el miedo a la muerte le ha restado importancia. La guerra, hasta entonces una enfermedad crónica con cólicos abruptos, las ataca ahora con una fiebre paralizante y ardiente. El heroísmo, la perseverancia, la capacidad de sacrificio, la fidelidad de vasallaje con los que se los aísla y se les lava el cerebro, no es otra cosa que el instinto primitivo de seguir viviendo y si es que aún quedan pensamientos en los cerebros, deben ser liberados, deben ser liberados de la guerra; da igual gracias a quién, cómo, y mediante quién, ya sean los ejércitos de Zhukov, Montgomery y Eisenhower o también gracias a Hitler y su arma milagrosa.

Son pocos los que esperan los hechos con tranquilidad, pues ya habían previsto la catástrofe mientras la multitud aún celebraba las victorias. Uno de ellos es Klose, que permanece con las mangas de la camisa subidas frente a la entrada de su local, mientras observa a los soldados y a sus seguidores. Si alguien se tomara el tiempo en estudiar con atención su rostro ancho, y la barbilla algo gruesa, descubriría en el fondo de sus ojos un brillo malvado y lleno de odio. Sin embargo, quién dispone en estas horas, cuando el volcán de la guerra ha empezado a derramar su lava de hierro, de tiempo para observar el rostro de los demás.

Tras un rato empieza a desaparecer el brillo duro y penetrante de los ojos de Klose y su rostro lo ocupa una sonrisa blanda de asco, le coge a un vendedor de periódicos el ejemplar de una sola hoja, entra en el local y empieza a leer.

Der Angriff junto con la *Berliner Illustrierte Nachtausgabe*.

Domingo, 21 de abril de 1945

LA SANTA MISIÓN DE HITLER por el Dr. ROBERT LEY Cuando ayer regresaba del frente de la Baja Silesia a Berlín pensaba el día del aniversario del Führer en esta inusual y única personalidad, sobre su misión históricamente decisiva y sobre su aportación sobrehumana para la salvación del pueblo alemán y ahora quiero poner por escrito estos pensamientos.

Justamente ahora, cuando la providencia insobornable ha empujado a los actores de esta lucha mundial a un primer plano debido a la muerte repentina de Roosevelt, en comparación con la salvación del Führer el 20 de julio, es completamente necesario, vistos los acontecimientos del día, preguntarse por la misión de la providencia de estos actores, ya sean amigos o enemigos. En lo que se refiere a Roosevelt el destino ha hablado claramente. En contra de todo sentido común y, con ello, en contra de la providencia ha iniciado la guerra más criminal de todos los tiempos y ha provocado un sufrimiento atroz y una miseria inconcebible a la humanidad. Ha muerto culpable frente a Dios y frente a la humanidad, y por ello fue juzgado, por ello debió morir. En lo que se refiere a Adolf Hitler, el destino también ha manifestado claramente su voluntad. La providencia protegió al Führer del infame atentado y le regaló la vida con el fin de que pudiera cumplir su misión histórica. Que nadie me diga que fue casualidad. No, esto es destino. Yo creo en la misión histórica del Führer y en su santa, es decir, beneficosa misión de salvar al pueblo alemán de su hundimiento y conducir a la Alemania nacionalsocialista hacia la victoria.

¿Qué hubiera pasado si no hubieran existido Adolf Hitler y sus ideas? Si Adolf Hitler no hubiera existido entonces el pueblo alemán ya no estaría aquí. Que nadie se imagine que hoy se trata del nacionalsocialismo y de sus dirigentes. Si fuéramos tan sobornables y pérfidos como para entregar al pueblo alemán, su vida y su libertad, a los verdugos bolcheviques y plutócratas, los judíos de Moscú y Nueva York nos aceptarían igual que se acepta a cualquier traidor. Ya que el Führer y su partido son realmente insobornables e imperturbables a la hora de dedicarse y cumplir con su misión histórica –conservar la vida y la libertad del pueblo alemán–, razón por la cual lo odian a él y nos odian a nosotros.

En las situaciones más difíciles, he estado atento y cerca del Führer. También he disfrutado de la extraordinaria dicha de conocer al Führer como persona. Aunque conocerlo en toda su grandeza sólo se me concedió en las últimas semanas y meses. Lo más grande en Adolf Hitler es su fe inquebrantable y su perseverancia sin igual. Cuando todo se tambalea, el Führer nunca lo hace. Cuando muchos dejan caer la cabeza, el Führer se mantiene siempre firme en su confianza. Cuando nadie encuentra ya una solución, el Führer la encuentra. Cree en la victoria y en su misión: proteger a Alemania del hundimiento.

La resistencia del pueblo alemán no se puede quebrantar, porque no se puede quebrantar a Adolf Hitler.

Klose arroja la hoja sobre la mesa con una carcajada desdeñosa.

–Esto ya resulta... –grita mientras niega con la cabeza–. Cuando uno lee esto se queda simplemente sin palabras ante tanta desfachatez.

–Ofendes a tu inteligencia ocupándote de esto –dice Wiegand, y agarra el periódico–. ¿Por qué te enfadas de esta forma?

–Cuando uno lee porquería como ésta está a punto de reventar –responde Klose furioso y se dedica a enjuagar unos cuantos vasos.

Wiegand hojea por encima la hoja y sonrío irónico.

–¿Te habías esperado otra cosa, Oskar?

–Claro que no –contesta Klose–, pero este descaro me deja perplejo. Hasta ahora los nazis habían envuelto siempre bien sus embustes, pero ahora la distancia entre la mentira y la verdad es tan grande...

–... que no se puede pasar por alto, ¿es eso lo que quieres decir? –lo interrumpe Wiegand–. Bueno, querido, eso hace tiempo que no tiene importancia, al igual que los exhibicionistas saben de sus aficiones criminales y a pesar de todo les dan rienda suelta. De la misma forma que éstos, a pesar de todos los castigos, se desnudan una y otra vez, así hablan y escriben Goebbels, Ley, Dietrich, Fritzsche y los otros, independientemente de la realidad, una y otra vez, y ya no es del todo seguro que no se trate de una condición psicopática parecida. Para nosotros, que mantenemos una distancia con las cosas, esa discrepancia resulta escandalosa.

–Realmente estamos curados de espantos –dice Klose–, y aun así uno siempre puede llegar a vomitar el café. ¿Y dónde está Lassehn?

–Estoy sufriendo en su espera –dice Wiegand y se pone de pie–. Ha ido a buscar unos cuantos brazaletes del Volkssturm, pues de momento resulta el mejor camuflaje.

–Claro –dice Klose–, ahora se llevan a cualquier hombre que no se arrastre a cuatro patas; ya deben haber puesto en marcha la cuarta convocatoria del Volkssturm.

Wiegand se pasea inquieto de un lado a otro.

–Espero que no le haya pasado nada al chico.

–No es tontería andar por allí –opina Klose, y se seca las manos–, por todas partes hay controles y además el ametrallamiento... ¿Tienes idea de dónde ha pasado la noche?

–No me ha dicho nada –contesta Wiegand–, pero presumo que ha pasado la noche con una mujer. Ayer por la tarde le rogó a mi mujer que le planchara el único traje bueno que había conseguido salvar.

–Es joven –ríe Klose–, también en tiempos de guerra tiene que ser así, aunque me parece que ha sufrido un desengaño. Esta mañana cuando ha llegado a las seis tenía una cara...

–Exacto –coincide con él Wiegand–, tenía un aspecto tan pálido y cansado, aunque no de traspasar, diría que se trataba de una especie de cansancio mental. El joven tiene un buen fondo, que no ha sido mancillado por el nazismo; por carácter también diría que es intachable, aunque es algo blando.

–No tienes del todo razón –le replica Klose–, la manera en la que acabó con Sasse y sobre todo con el tipo de las SS cuando estabais fuera fue increíble.

–Tienes razón –dice Wiegand, y observa desde el escaparate hacia la calle–, aunque tras ello le fallan los nervios. Lo que le falta es una base sólida política o ideológica. Pero cómo puede disponer un joven de ello si no lo ha recibido en casa.

Calla durante un momento y escucha con atención, tenso.

–Hoy la artillería no deja de gemir casi sin pausa, los impactos se producen ya no muy lejos. Tú espera, pronto... Oye, tenemos visita.

La puerta se abre con violencia y dos docenas de hombres del Volkssturm irrumpen en el local a empujones y con estrépito. Se trata de una pandilla muy variada, compuesta en su mayoría por gente mayor con el pelo gris, de movimientos bruscos, torpes o indolentes. Algunos cojean marcadamente, uno incluso lleva una prótesis en el antebrazo. Van armados con tres lanzagranadas, una bazuca y cerca de una docena de armas del calibre 98. Algunos no van armados. Ninguno va uniformado: lo único que tienen todos en común es un brazalete rojo oscuro-rojo y cara de fastidio. Uno viste un pantalón verde grisáceo viejísimo con parches en las rodillas

y una chaqueta de oficial bastante nueva sin charretera; otro desfila con una chaqueta de húsar y pantalones de montar, además de calzado típico de los Alpes y una carabina deportiva. Otros dos visten el viejo uniforme azul oscuro de la policía urbana, otros van vestidos de civil, aunque entre ellos no hay ninguno que no se sienta obligado a mostrar de alguna manera un aspecto militar, ya sea mediante un cinturón o una bandolera, botas altas o militares, gorras militares o boinas, mochilas o zurriones. Algunos incluso llevan saco de dormir, una pequeña mochila, máscara de gas, bayoneta, cuchillo de monte y cartuchera.

–¡Saludos, camaradas! –dice Klose–. ¡Un reconstituyente rápido y, después, a por el enemigo!

–¡No digas tonterías! –le reprende un hombre alto y flaco, cuyo cuello avejentado y estriado sobresale por encima del cuello de su camisa de uniforme–. ¡Mejor que nos sirvas unas cervezas!

–En eso estoy, siempre que las pocas existencias nos alcancen –le replica Klose, mientras va llenando una jarra tras otra y observa a los hombres del Volkssturm irónicamente–. Si uno os ve así –prosigue entonces–, tengo que pensar en lo que el pequeño Goebbels dijo el pasado noviembre en el gran llamamiento para reclutar gente para el Volkssturm.

–¿Y qué es lo que dijo? –pregunta uno.

–La verdad, como siempre, sólo la verdad –contesta Klose–, es decir: «¡El Volkssturm es por voluntad del Führer una tropa completamente moderna!». Si vosotros sois los soldados modernos, entonces me gustaría ver a los que no lo son.

–No le des tanto al pico. ¿No tendrás cigarrillos? –le pregunta otro, que calza unas elegantes botas de montar y viste unos pantalones bombachos parcheados y descoloridos.

–No –dice Klose, y muestra una sonrisa ancha que le cubre todo el rostro–, pero sí os puedo servir salchichas cocidas y ensalada o una escalopa vienesa, o también unas contundentes hamburguesas...

–¡Para ya, hombre! –dice un hombre de poca estatura, que intenta ocultar el hombro izquierdo lisiado bajo una cazadora ancha–. O te disparo con mi lanzagranadas en la tripa.

–Mejor que no lo hagas –le replica Klose, y le quita la espuma sobrante a toda la larga fila de vasos con un único movimiento–. Justamente *el* lanzagranadas nos podrá ayudar más adelante a salvar Berlín y a despachar el último T-34.

–¿Estamos en una taberna o en un manicomio? –pregunta un asmático mientras tira de las puntas de su bigote.

Viste un mugriento uniforme de Correos azul sobre el que ha abrochado un viejo cinturón militar.

–¿Por qué? –pregunta Klose con rostro serio–. ¿Acaso no ha dicho el Führer: «La guerra durará lo que haga falta, pero el último batallón sobre el campo de batalla será alemán»?

–Señores, me da la impresión de que no se toman ustedes en serio la batalla por Berlín, se trata de la existencia de nuestro grandioso Reich. Unido estrechamente en torno a nuestro gran Führer...

El alto flaco hace una mueca significativa.

–Realmente ya estoy hasta el gorro del Reich y al Führer le pueden... –dice furioso con un movimiento inequívoco de la mano–. ¡Ya estamos hartos de esta mierda!

–Pues no entiendo –dice Klose negando con la cabeza–, que aún estéis andando por allí como si hubierais salido de un museo de cera.

–A ti te resulta fácil hablar, viejo trotón cervecero –interviene el pequeño lisiado mientras gesticula con los brazos.

–¿Por qué? Para mí no resultaría ningún problema –dice Klose mientras silba entre dientes–. En

menos que canta un gallo, me planto en Kassel o Posemuckel o donde sea.

–O arriba, arriba, arriba, concretamente en lo alto de una farola –dice el de la chaqueta de húsar.

–Así es exactamente –le apoya uno que viste un uniforme azul de la policía–. No nos queda otra alternativa que participar.

–Para mí sois unos bonitos héroes alemanes –dice Klose, y coloca una fila de jarras sobre las mesas–. En lugar de poner simplemente fin, aunque quizá os cueste la vida, vosotros seguis, lo que os puede costar precisamente vuestra preciosa vida, y además puede traer la lucha hasta vuestras propias casas, viviendas y sótanos. Sin embargo, resulta más cómodo recibir órdenes y dar órdenes, aunque supongan un desprecio de todo sentido común. Con tal de no pensar, de no tomar decisiones por uno mismo. ¡Sois unos cabrones, todos vosotros!

–Ándate con un poco de cuidado, gordo –le dice el que calza unas elegantes botas de montar–, si no acabarás tú también balanceándote antes de que el Ivan entre en tu local echando humo con su artillería. ¡Escuchad! –exclama con un movimiento imperativo de la mano–. ¡Silencio!

Ahora todos escuchan atentamente en dirección hacia la calle, el fuego de artillería es más intenso y ruidoso, los impactos se producen ya más cerca, los cristales del escaparate tiemblan levemente.

–Están empezando a acercarse a la Schlesischer Bahnhof –dice el pequeño lisiado.

–Cada hora de lucha supone la muerte y la perdición de vuestras familias –dice Klose, serio–. ¿O es que os pensáis que aún podéis pararles los pies a los rusos?

El flaco alto hace un movimiento con la mano débil y torpe y murmura unas cuantas palabras ininteligibles.

Un hombre de estatura mediana y pelo oscuro con unas gafas estrechas toma la palabra.

–Yo aún no he perdido del todo la esperanza –dice, y acompaña sus palabras asintiendo enérgicamente– de que la lucha llegue hasta el final.

–Pobre loco –dice Klose–, tú crees en lo que esperas. Te lo digo, la lucha llegará hasta la destrucción final, a no ser que vosotros paréis antes. Aquí tienes, lee lo que escriben hoy en el *Angriff* sobre Magdeburgo y entenderás a qué me refiero. ¡Toma, léelo en voz alta!

El hombre de las gafas agarra vacilante la hoja y empieza a leer.

LAS ESCOMBRERAS SE CONVIERTEN EN MONTAÑAS ARDIENTES

LA LUCHA HEROICA DE MAGDEBURGO

Magdeburgo se opone con una resistencia llena de odio a los intrusos enemigos, tal como informa el corresponsal de guerra de una gran agencia de noticias americana, y con la cual los angloamericanos no habían contado.

Cuando los tanques americanos rodaban por las calles de la ciudad en la que, tras los brutales ataques terroristas de los últimos días, no se esperaba ya resistencia alguna, las escombreras se transformaron en montañas ardientes. La población, hombres, mujeres y jóvenes se habían atrincherado tras las ruinas de su ciudad con el fin de vengar las vilezas del odiado enemigo con el lanzagranadas y el fusil. Diferentes islas de resistencia, cuyas barricadas defienden con salvaje obstinación y exasperación ciudadanos de Magdeburgo, entre ellos chicos y ancianos, dificultan constantemente el avance de los americanos.

Una vez ha terminado de leer los hombres callan turbados.

–Bueno –dice Klose y su mirada salta de uno a otro–, ya podéis tomarlo como ejemplo, se trata de muchachos que se escudan, si hace falta, tras su propia barba cerrada.

–Si por lo menos supiéramos cómo hacerlo –murmura el alto flaco y se bebe su vaso de cerveza sumido en sus pensamientos.

–Simplemente hay que acabar con estos perros –dice el hombre de las botas de montar–, bang, bang, eliminarlos sin más, eso mismo, eso es lo que hay que hacer.

–Si acabáis en la fosa –interviene Wiegand por primera vez en la conversación–, ya sea hoy o mañana o quizá sólo pasado mañana, entonces en vuestra fosa común clavarán una cruz gamada con la leyenda: «Aquí yace la gente del Volkssturm Tendría, Podría, Debería, Si y Pero; murieron como héroes alemanes, por su propia falta de decisión, por el mayor Führer de todos los tiempos».

Todos se vuelven hacia Wiegand, que permanece sentado en una esquina oscura.

–Allí hay otro que piensa igual –dice el hombre con la chaqueta de húsar.

–Pero tiene razón –dice el pequeño lisiado–, cien veces razón, aunque...

Alza el hombro cicatrizado y lo deja caer de nuevo resignado.

–Hombre, es que nos tienen en un puño.

–Realmente deberíamos pensárnoslo muy bien –dice uno sobre cuyas rodillas reposa un lanzagranadas.

–Claro que sí –dice Klose–, pero con calma, primero haced un plano y se lo pasáis al Alto Mando para su inspección y aprobación.

–Deja de hacer chistes, gordo –dice el alto flaco enfadado–. Todo esto no resulta tan sencillo...

Se produce un tronido violento, la casa tiembla durante unos segundos, la puerta del local se abre, los cristales vibran, de las paredes se desprenden nubes blancas de cal, desde la calle se oyen gritos, los cascos de un caballo encabritado resuenan sobre el asfalto.

–¡Diablos! –exclama el hombre en el uniforme de Correos–. ¡Ahora sí que empieza la cosa aquí!

–Sí, sólo procura encontrar un sitio tranquilo en Berlín –dice Klose burlón.

–No es momento de bromas –dice el largo flaco furioso–. Creo...

No llega a concluir la frase y esconde la cabeza entre los hombros. Una segunda granada pasa silbando cerca y explota; se produce una serie ráfagas, de impactos. Entre éstas se oye el tableteo de los motores de los aviones en vuelo rasante y los disparos de su armamento de a bordo. Tras un cuarto de hora se detienen las explosiones.

–Ésta ha sido la obertura, señores –dice Klose.

–Maldita sea, ésta sí que ha pegado fuerte –dice el hombre de las botas de montar–, tengo que ver lo que está pasando fuera.

Cruza el umbral de la puerta que aún permanece abierta y choca con un oficial de las ss. En un brinco, vuelve al local.

–¡Atención! –grita, entrechoca los talones y coloca las manos sobre las costuras del pantalón.

Todos se ponen de pie y adoptan la posición de firmes reglamentaria.

El oficial de las ss los examina rápidamente con una mirada fría.

–¡El parte! –exclama tajante–. ¿No hay parte?

El hombre flaco se avanza y alza el brazo con el saludo alemán.

–Jefe de ferrocarriles Albrecht y diecinueve hombres del Volkssturm, *Hauptsturmführer*.

–Gracias –dice con voz estridente el *Hauptsturmführer*–. ¿Dónde está destinado usted?

–En la Küstriner Platz, en la barricada contra los tanques de la Müncheberger Straße, Plaza y la Ostbahnhof.

–¿Y qué está haciendo usted aquí?

–Estamos de permiso hasta las veinte horas, *Hauptsturmführer*.

–Tonterías, ya no se conceden permisos. En el ejército no existen las jornadas de ocho horas, ¿entendido? Tengo suficiente trabajo para todos ustedes. Ahora se necesita con urgencia a todos los hombres. ¡De vuelta, andando, andando!

El flaco vacila por un momento.

–¿Estamos ya? –grita el *Hauptsturmführer*–. Si no queréis, sólo tenéis que decírmelo: aún hay farolas libres y aún nos queda sogá.

–En formación –grita ahora el flaco–. En marcha.

Al paso de la oca los hombres del Volkssturm abandonan el local, el *Hauptsturmführer* cierra la formación.

Klose golpea con el cepillo de fregar en la pila, haciendo que el agua salpique bien alto.

–¡Hay que joderse, Fritz! –dice furioso–. Tienen la obediencia tan metida en los huesos, que... No hace nada estaban casi decididos a terminar con todo, pero unas cuantas estrellas y franjas y la boca apropiada, y ya se doblegan y obedecen sin rechistar. Con lo fácil que hubiera resultado cargarse al muchacho, con el estruendo que había fuera nadie se hubiera enterado.

–Seguro que no –dice Wiegand desde su esquina.

Permanece sentado allí, con la barbilla bien hundida en el pecho, los ojos entornados, en la comisura de la boca se le ha grabado un pliegue de amargura.

Klose recoge los vasos y mira hacia la calle.

–Fuera hay un panorama encantador –dice medio vuelto–. El cañón antiaéreo de la Fruchtstraße se ha ido al diablo, ya sólo quedan hierros viejos y cadáveres, y el hospedaje de la Wehrmacht también parece que ha recibido lo suyo, parece que... ¡Atención, aviones de vuelo rasante!

Klose salta hacia el interior del local. Con un estruendo enorme, un avión pasa volando justo por encima de la calle, su sombra roza el escaparate durante una milésima de segundo.

–Ahora se está bien –dice Klose, y se seca el sudor de la frente con el antebrazo desnudo.

–Estás muy callado, Fritz. ¿Qué es lo que te pasa?

Wiegand respira con dificultad.

–El *Hauptsturmführer* que acaba de estar aquí –dice–, es...

Se sacude como alguien que se hubiera tomado una medicina amarga.

–¿Es? –le anima a seguir Klose.

–Mí hijo –contesta Wiegand con voz apagada.

Klose toma asiento en la silla más cercana y golpea con ellas sus muslos.

–¿Robert?

La voz de Wiegand se ha apagado.

–Sí, Robert.

El Hackescher Markt y la Schlesischer Bahnhof se encuentran exactamente a 2,2 kilómetros el uno de la otra. Cualquier persona normal, el *Homo sapiens* de a pie o peatón y paseante, que suele andar derecho y sobre el suelo liso sin ser molestado por los retumbos —que se producen o bien porque se pone a girar un tambor agujereado mediante la corriente eléctrica y el aire que había dentro sale disparado debido a la fuerza centrífuga, o porque el polvo encerrado en unos cartuchos metálicos explota debido al percusor—, necesita cerca de media hora para cubrir esta distancia.

Lassehn está de camino hacia el Hackescher Markt. «La línea 1 es la mejor combinación, Joachim (en todo caso sólo hasta la Rosenthaler Platz), aunque ya no está operativa, pero es un trayecto muy sencillo, no te puedes perder, vas por la Holzmarktstraße, después cruzas la Alexanderstraße por debajo del tren, allí donde estaba antes el *Belvedere*, escupes en la Rolandufer hacia el bueno y viejo río Spree y entonces vas andando por la Neue Friedrichstraße, que sigue la curva del tren de cercanías desde el puente Jannowitz hasta la estación de la Bolsa. Al llegar al puente de Spandau giras a la derecha y ya estás en el Hackescher Markt. En total está a dos pasos de aquí para un hombre joven y fresco como tú. Si sigues las indicaciones estarás allí en poco menos de media hora».

Ésas fueron aproximadamente las indicaciones de Klose, aunque el bueno de Klose tampoco lo sabe todo. Sabe muchas cosas, porque en su taberna oye todo lo posible (e imposible), pero no puede saberlo todo, porque no mueve su pesado cuerpo más que entre la puerta de entrada de su local y la habitación trasera. Lassehn ya lleva casi una hora de camino y acaba de llegar únicamente a la Alexanderstraße, pues hay todo tipo de obstáculos y paradas. Allí el paso está cerrado, pues existe peligro de derrumbamiento, en otro sitio hay guardianes armados que impiden el paso, después se producen ataques aéreos en vuelo rasante y ataques armados, ante los que uno tiene que buscar refugio. Una calle está intransitable, porque las fachadas de ambas aceras están incendiadas y toda la calle hierva bajo un calor insoportable y un humo mordiente, mientras sobre ellos cae una lluvia de ceniza ardiente. En tres ocasiones lo detiene una patrulla del ejército, que le hace un control severo, y finalmente acaba perdiéndose, pues los rodeos le han confundido de tal manera que anda desorientado entre las ruinas como entre las vallas enormes de un laberinto y al final ya ni sabe realmente dónde se encuentra. Los letreros de las calles están destrozados y los montones de ruinas no llevan indicaciones.

En la Alexanderstraße, Lassehn considera utilizar el tren de cercanías, aunque pronto abandona la idea, pues los medios de transporte (si es que aún están en funcionamiento) sólo se pueden utilizar como pases autorizados especiales del nivel de urgencia III. Puesto que la orilla de Roland también está cerrada, Lassehn intenta llegar hasta la Schicklerstraße, aunque no lo consigue, así que de nuevo se ve apartado hacia una calle estrecha en dirección al este. Por un transeúnte que pasa a toda velocidad se entera de que se encuentra en la Kaiserstraße.

Se adentra en la calle unos cuantos pasos y cuando pensaba que se trataba de una calle muerta y abandonada, se da cuenta de que está equivocado. La calle no está vacía, al contrario, está animada. Frente a un colmado de ultramarinos hay mujeres esperando, aunque no como

habitualmente –en filas concurridas y apretadas de a tres o de a cuatro, con rostros malhumorados, apáticos o pacientes, aunque con la lengua afilada–, no: hacen fila una detrás de la otra, pegadas a la fachada y en cada uno de sus rostros se refleja la palidez del miedo, en cada rostro hay unos ojos llameantes y unos labios contraídos, pues los obuses de la artillería rusa silban por encima de los tejados y los motores de los cazabombarderos rojos retumban, los cascos de las granadas resuenan sobre la calle, resuenan cada vez como si se arrancara la cuerda de un arpa. En el tejado de una casa al otro lado de la calle ha impactado un proyectil incendiario, los ladrillos se precipitan contra el asfalto y se hacen añicos con estruendo hacia todas partes. Las vigas del tejado ya crepitan por el fuego, que con sus lenguas de un rojo ardiente ya lame los pisos inferiores. Es un día de nubes blancas y bajas, y así el humo espeso se va empujado hacia la calle, una ligera brisa trae consigo el hollín. Sin embargo, ninguna de las mujeres abandona la fila; horrorizadas, se tapan las bocas con pañuelos y se ponen gafas protectoras, se protegen bien la cabeza con pañuelos, bufandas y turbantes e introducen todo el cabello bajo esa capa protectora. Allí están, mudas, con rostros como petrificados, las manos que agarran las bolsas y las redes de compra bien pegadas a los temblorosos cuerpos, entre el fuego y la lluvia de granadas. Cada ruido, cada silbido de las granadas, el zumbido de las hélices y el crepitar del fuego hacen que se agrupen y ello únicamente para conseguir una miserable libra de sémola, media libra de azúcar o de harina.

–Habría que informar del fuego –murmura una de las mujeres con el rostro surcado de arrugas de una trabajadora envejecida prematuramente.

–¿Dónde? ¿Cómo? ¿A quién? –le pregunta la vecina–. ¿O quiere usted irse? ¿Quiere dejar su sitio libre?

–Ni se me ha pasado por la cabeza –dice la mujer del rostro surcado de arrugas–. Luego me quedaría sin mi sitio. ¡Que se quemé el chiringuito!

–¿Y por qué no abre de una vez? –pregunta una mujer más joven desde el final de la fila.

–Quiere hacernos esperar hasta... –dice una muchacha recia vestida con un mono.

El estallido de una granada le arranca las palabras de la boca, las piedras salen disparadas hacia arriba y después caen en forma de lluvia. Gritos de espanto, el polvo y un humo espeso cubren el lugar de la detonación.

Lassehn se ha lanzado al suelo, ha oído el silbido del obús y después ha gritado: «¡A cubierto!», aunque no lo han entendido o, si lo han hecho, ha sido demasiado tarde. Cuando se alza de nuevo, ve a las mujeres apoyadas contra la fachada con los rostros desfigurados por el miedo y resollando. Sólo hay una tirada en el suelo, se trata de una anciana, bajo el pañuelo de cabeza marrón asoman unos cuantos mechones de pelo gris, la falda se le ha subido hasta las rodillas y deja ver unas medias negras de punto de lana y unas botas recias con hebillas. Sus manos, grandes, huesudas y castigadas con venas gruesas y azules y uñas rotas, agarran con fuerzas varias cartillas de racionamiento.

Lassehn se inclina sobre la mujer y le toca con cuidado el hombro.

–Ya ha pasado todo, abuela –dice.

La anciana no se mueve. Lassehn la vuelve con cuidado sobre la espalda y observa el rostro viejo, vencido y gris.

–¿Qué es lo que le ha pasado? –pregunta una mujer joven desde la fila y se acerca titubeante.

–No lo sé –contesta Lassehn y se encoge de hombros–. Quizá...

«Quizá sólo se ha desmayado», querría haber dicho, aunque sus palabras se quedan atascadas en la garganta. Ve que el abrigo de la mujer está desgarrado por debajo del talle. Se trata sólo de

un agujero del tamaño de la uña del pulgar, pero Lassehn ya conoce este tipo de ropa desgarrada, sabe lo que significa cuando los hilos de la prenda están doblados como hacia dentro, también sabe lo que significa cuando una herida como ésta no sangra hacia fuera. Agarra a la mujer del brazo e intenta localizar su pulso, pero no encuentra los latidos de su corazón.

La mujer joven se ha colocado junto a Lassehn, que sigue inclinado sobre la anciana y sostiene su mano.

–Diga usted algo –dicen los labios de la mujer joven casi en un jadeo–. ¡Por Dios, hable usted! Lassehn deposita lentamente la mano de la anciana sobre el asfalto y se pone de pie.

–Debemos intentar... ¿No hay aquí cerca un hospital o un puesto de socorro?

–Quizá en el refugio antiaéreo en la Alex –responde la mujer joven–. Pero cómo...

–¿No quiere echarme usted una mano? –le pregunta Lassehn, y la mira a la cara.

–No me puedo ir de aquí –contesta la mujer joven y mira hacia la fila para cerciorarse de que su puesto aún sigue libre.

–Quizá aún podamos salvarla –dice Lassehn con insistencia–, aunque debemos transportarla con cuidado.

–¿Es que le han dado o sólo se ha desmayado?

–Seguramente la metralla de la granada le ha alcanzado en el abdomen, debe ser una hemorragia interna, si no recibe rápidamente atención médica...

Se interrumpe. Desde la Alexanderstraße resuenan pasos militares, una formación de granaderos de las ss con lanzagranadas, ametralladoras y carabinas dobla hacia la Kaiserstraße, llevan cascos con las runas de las ss a mitad del cuello y el cuello de la chaqueta de sus uniformes abierto.

Lassehn corre a su encuentro.

–Camaradas –dice con el aliento entrecortado–, una anciana acaba de ser alcanzada por la metralla de una granada.

El *Unterscharführer* de las ss, que marcha a la derecha de la formación, le dedica una somera mirada.

–¿Y? –pregunta con reservas–. Estamos de servicio.

Lassehn se coloca junto al *Unterscharführer*.

–Quizá aún la podamos salvar –le dice suplicante–. Si la transportáis con cuidado sobre la culata de vuestras carabinas...

Con la mano señala a la anciana, que yace cruzada sobre la acera.

El *Unterscharführer* y unos cuantos hombres de las ss miran a la anciana y se encogen de hombros; ninguno detiene su marcha, aunque sea por un segundo, ningún músculo de sus rostros se altera para que deje reconocer un rayo de sentimiento en sus caras indiferentes y frías.

–Estamos de servicio –repite el *Unterscharführer*–. Parece ser que desde Weißensee han irrumpido unos cuantos tanques bolcheviques.

–No se hacen tortillas sin romper huevos –dice uno desde la formación–, siempre ha sido así.

La formación dobla hacia la Kurze Straße mientras Lassehn permanece allí. Se ha olvidado de las granadas que silban por encima de él y del incendio devorador, y se queda parado en la calzada durante unos pocos segundos, indeciso. Después se dirige lentamente hacia la anciana.

La mujer joven se encuentra allí con los brazos abiertos, mirando fijamente a la anciana.

–Creo que está muerta –dice.

En ese momento el cuerpo se contrae en un espasmo, las piernas se estiran como si quisieran

alejarse algo de un golpe, las manos se relajan y una rigidez gris se extiende por su curtido rostro de anciana.

–Ya lo ha superado –dice la mujer joven con labios temblorosos, se vuelve de repente y vuelve a ocupar su lugar en la fila.

Lassehn recoge las cartillas de racionamiento que se han escurrido de las manos de la anciana, son una cartilla para un adulto y tres cartillas para niños. «Therese Kaupisch, Berlin C, Elisabethstraße 63», lee, «Dieter Kaupisch», «Rosemarie Kaupisch», «Gudrun Kaupisch»; una anciana que había salido a comprar para ella y para sus tres nietos y que nunca más regresará a casa. Una esquirla de granada le ha hecho un agujero en el cuerpo por el que se ha escapado la vida.

Lassehn se dirige hacia la joven con la que acaba de hablar. Está apoyada con los ojos cerrados contra la fachada y ha cruzado con fuerza los brazos sobre el pecho.

–¿Le puedo confiar las cartillas? –le pregunta él–. ¿Quiere usted comprar con ellas? En las cartillas se indica la dirección.

La joven acepta las cartillas sin decir ni una palabra y las mete distraída en el bolso.

Lassehn observa la fila y se da cuenta de que el hueco que se ha formado por la muerte de la anciana ya ha sido ocupado, los supervivientes han avanzado. Se da la vuelta y coloca a la anciana sobre el bordillo igual que se recoge un obstáculo. Un anciano de la fila se santigua y murmura unas cuantas palabras con su barba de color gris ferroso.

Cuando Lassehn ya se ha adentrado unos cuantos metros en la Kurze Straße, vuelve a darse la vuelta. Allí yace la anciana, el arroyo es su féretro, el tronar de los cañones su repique de campanas funeraria, una fila de personas sin sentimientos su duelo. Éste es el de cierre una vida cargada de trabajo, el desecho de unos tiempos terriblemente inhumanos. No se hacen tortillas...

Lassehn ya se encuentra en la Landsberger Straße, que aquí va a dar ancha y extensa de una estrecha hilera de casas a la Alexanderplatz. Allí donde la Landsberger Straße y la Neue Königstraße convergen en un ángulo agudo y dos entradas de metro conforman el umbral del mundo subterráneo de la Alexanderplatz, coinciden tres cañones antitanque. En medio de la plaza, entre las vías del tranvía, que corren por separado por detrás de las islas de tráfico en una curva hacia el sur y el norte, hay instalado un pesado cañón antiaéreo, con un cañón con muchas bocas blancas que no apuntan al cielo, sino hacia la Neue Königstraße, que desde Weißensee, pasando por la Greifswalder Straße, conforma una de las entradas a la Alexanderplatz. En los grandes almacenes Tietz, ahora destruidos, humean dos cocinas de campo. Desde el ayuntamiento, por la Königstraße pasa a toda pastilla un motociclista, que toma de forma muy peligrosa la curva a toda velocidad y se adentra en la Memhardstraße para alcanzar el cuartel de la Alexanderplatz. Sobre la amplia plaza, que normalmente hierve de vida, ha caído de repente un silencio inquietante. El fuego de artillería enmudece o rafaguea en alguna otra parte, a lo lejos, como una tormenta lejana; las voces de los soldados y el golpeteo del hierro contra el hierro son demasiado débiles como para imponerse en la gran plaza. Aparte de los soldados no hay ni una sola persona en la plaza. Desde que a primera hora de la mañana se anunció la alarma aún no se ha producido su cese.

Poco a poco se ha llegado a la conclusión de que la alarma constituye un estado permanente.

De repente, un nuevo ruido irrumpe en el silencio sombrío de la plaza. Con los motores zumbando, un avión en vuelo rasante irrumpe sobre la plaza, cae a toda velocidad contra de la torre transparente de la iglesia de San Jorge, dispara un par de salvas sobre los cañones antiaéreos y la máquina se alza de nuevo sobre la nave de la estación de ferrocarriles.

Lassehn ha saltado dentro del pasillo de un inmueble, se produce un impacto muy cerca de él,

contra una pared, que lo deja cubierto de cal. Durante unos pocos segundos sobre la plaza vuelve a reinar el silencio. Dos sanitarios emergen de la boca del metro en dirección a los grandes almacenes Tietz, corren a grandes pasos y agachados a lo largo de la plaza y se ocupan de un herido. Desde la Büschingplatz llega un ciclista por la Landsberger Straße, vestido con una cazadora marrón de las Juventudes Hitlerianas y pantalones cortos y oscuros. Pedalea a toda velocidad y tiene el tronco prácticamente apoyado en el manillar, apoya la rueda contra la valla que rodea la boca del metro y desciende los escalones a saltos hacia su interior. Otro ruido atraviesa la plaza, al principio poco claro e impreciso, después cada vez más nítido: se trata del ruido triturador de las cadenas de los tanques.

Lassehn mira en dirección hacia la Landsberger Straße, aunque su mirada no llega muy lejos, pues un golpe de viento empuja el humo espeso de una casa incendiada en dirección hacia la calle. Los contornos de las casas se dibujan de forma imprecisa. Frente al cine Eden hay un automóvil en llamas, el hedor mordiente de los neumáticos cociéndose llega hasta la Alexanderplatz. Desde la Frankfurter Straße llegan corriendo un hombre, dos mujeres y una muchacha adolescente, se dirigen jadeando bajo el peso de las mochilas y las maletas hacia el refugio antiaéreo de la Landsberger Straße. La muchacha se tiene que arrodillar unas cuantas veces, el hombre tropieza y pierde el sombrero.

Los cañones apuntan exactamente hacia la nube de humo espeso de la Landsberger Straße. «¡Calle libre!», grita uno de los auxiliares del cañón antiaéreo.

Mientras tanto, el hombre, acompañado de las mujeres y la muchacha, ha alcanzado la entrada del refugio antiaéreo, deja las dos maletas en el suelo, se ata las mangas de la chaqueta sobre la frente y, dando saltos grotescos, avanza por el terreno con el fin de recuperar su sombrero.

—¡Calle libre! —vuelve a gritar un artillero.

En ese mismo momento, desde la nube de humo espeso de la Landsberger Straße, estallan rayos y truenos, rayos y truenos y de nuevo rayos y truenos. Retumba un eco sordo, impactos que explotan, la lluvia de las esquirlas de las granadas, nubes de humo, gritos, entonces de entre la nube de humo espeso aparecen los cuerpos anchos y grises de dos tanques T-34, conducen gradualmente en diagonal y disparan proyectil a proyectil. Ahora los cañones antitanque también empiezan a disparar, aunque, tras el primer disparo, son arrollados por uno de los tanques. Desde la Alte Schützenstraße se precipitan ahora varios hombres de las SS con lanzagranadas. Lassehn reconoce al *Unterscharführer* que antes desfilaba con su destacamento por la Kaiserstraße. Se pone a cubierto tras un montón de arena y coloca dos lanzagranadas frente a él. Mientras tanto el primer tanque ha dado la vuelta a la Alexanderplatz y gira hacia la Dircksenstraße. El otro ha virado hacia la derecha y cruza la lengua de acera, que va en forma de punta desde la desembocadura de la Frankfurter en la Landsberger Straße, y empieza a disparar hacia el cañón antitanque, que bloquea la calzada norte de la Landsberger Straße. El primer tanque abre fuego ahora desde la Dircksenstraße hacia el cañón antitanque, aunque sus disparos son demasiado altos y las granadas barren la plaza e impactan en el edificio de la oficina de empleo. Ahora es el turno del *Unterscharführer*, que acierta a dar en la cadena del T-34, agarra otro lanzagranada y apunta. En ese mismo momento empieza a rodar el tanque, el hombre de las SS se retira y retrocede unos cuantos pasos, transcurren uno, dos, tres segundos y entonces se forma una nube alrededor del tanque, de golpe centellean unos puntos de luz, llueven chispas, pero el tanque prosigue su camino, rueda por encima de las isletas de tráfico hacia la Landsberger Straße, rodea la cúpula y dispara un proyectil tras otro. Entonces, de repente, se incendia. El *Unterscharführer* lanza victorioso

hacia arriba el arma y reúne a su gente con un movimiento autoritario, corren hacia el tanque y mantienen las ametralladoras en alto.

El otro tanque, que aún permanece en la Frankfurter Straße, modifica ahora la dirección de tiro y dispara seguido. También el cañón antitanque empieza a disparar, los disparos resuenan violentamente en la plaza, aunque los proyectiles impactan por detrás del tanque, arrancando grandes trozos de piedra de un edificio de viviendas, un balcón se precipita sobre el asfalto, los marcos de las ventanas tiemblan haciéndose oír a través del aire, cae una lluvia de esquirlas de vidrio. El segundo tanque da la vuelta y se adentra de nuevo en la espesa nube de humo de la Landsberger Straße.

Mientras tanto los hombres de las ss han rodeado el tanque incendiado, se abre la escotilla y salen tres soldados del Ejército Rojo. Lassehn puede ver perfectamente sus rostros: dos tienen caras jóvenes, anchas y morenas, con ojos claros y el cabello corto, hirsuto y rubio oscuro; en sus frentes cortas y angulosas el sudor es como una gruesa capa de grasa que gotea como la estearina sobre las camisas verde grisáceo de sus uniformes. El tercero es un mongol, de ojos sesgados y pequeños, pómulos afilados y ojos de niño oscuros, tiene el labio superior leporino, lleva una gorra de piel gris con dos orejeras que cuelgan sueltas. Salen trepando uno detrás del otro de la escotilla, saltan con dificultad sobre el asfalto y alzan los brazos.

El *Unterscharführer* se acerca mucho a ellos y los examina con miradas sombrías, para a continuación arrancarles con un gesto rápido las órdenes y medallas del uniforme.

—¿Qué hacemos con estos tipos? —pregunta uno de los hombres de las ss. —¿Adónde hay que llevar ahora a los prisioneros?

El *Unterscharführer* sólo se vuelve a medias.

—¿Prisioneros? ¡Tú eres imbécil! —empieza a gritar—. Ahora sólo hay muertos y vivos.

—No hagas tonterías —dice el hombre de las ss—, no te los puedes cargar a tiros aquí en medio de la Alex, aquí hay gente por todas partes, ya está saliendo del refugio.

—Tú déjame hacer —dice el *Unterscharführer* y se vuelve de nuevo hacia los soldados del Ejército Rojo—. Lárgate, Ivan —dice, y sonríe, acompañando sus palabras con un movimiento de la mano en dirección que acaba de tomar el otro tanque.

Los rusos miran en la dirección indicada, se encogen de hombros y se dirigen al *Unterscharführer*.

—A casa, *domoi*, vosotros —dice el *Unterscharführer*, y vuelve a indicar esa dirección.

Los rusos se miran confusos y muestran una sonrisa de incredulidad. «¿No nos van a llevar prisioneros? ¿No van a dispararnos? ¿Incluso van a dejar que nos vayamos?», deben de estar pensando. Aunque la guerra ya está prácticamente terminada, prácticamente han conquistado Berlín y Berlín es Alemania.

Intercambian entre ellos unas cuantas palabras, entonces uno de ellos se señala a sí mismo y a los otros dos y luego señala hacia la Landsberger Straße.

—¿Nosotrrros irrornos? —pregunta.

—Exactamente, Ivan —dice el *Unterscharführer* impaciente, mientras entorna los ojos y mira por encima de los tres rusos en dirección a la entrada del refugio, donde ahora hay unas cuantas docenas de personas observando con precaución.

—*Spasiva* —dice el mongol, y muestra sus dientes blancos con una ancha sonrisa—, *spasiva*.

Durante unos pocos segundos los tres soldados del Ejército Rojo permanecen entre los vapores del aceite y el humo espeso del tanque incendiado, se vuelven indecisos sobre sus talones, dan

unos cuantos pasos, se dan de nuevo la vuelta, saludan con la cabeza a los hombres de las SS y empiezan a acelerar sus pasos.

–¡Fuego!– ordena el *Unterscharführer*.

Los hombres de las SS alzan sus ametralladoras y disparan tres salvas, una detrás de la otra. Dos rusos se desploman enseguida, el tercero da unos cuantos pasos en falso y se desploma hacia delante, alza de nuevo el tronco y se da la vuelta con una mirada interrogativa hasta que lo abate un disparo de la pistola del *Unterscharführer*.

–Los perros querían poner pies en polvorosa– dice el *Unterscharführer* a unas cuantas personas, que cruzan el terraplén desde el refugio–. No podía hacer otra cosa...

«Abatidos cuando huían», piensa Lassehn, «así es como se hace». Cierra los puños y siente cómo las lágrimas de rabia asoman a sus ojos. La muerte de la anciana en la Kaiserstraße, sólo hace un cuarto de hora, casi ha pasado al olvido, le ha afectado con una tristeza imprecisa, pero la muerte de los tres soldados rusos le altera y le emociona; la muerte de la anciana fue un accidente o una desgracia, podría describirse como una casualidad o una fatalidad, pero esto de aquí ha sido un asesinato a sangre fría y péfido.

Lassehn observa atentamente el rostro del *Unterscharführer*. Es un rostro que le angustia, pues los rasgos del rostro son humanos como los suyos; quizá sea el hecho de que sus labios sean estrechos como una línea y los ojos de un azul frío como el de un cielo de invierno, pero nada indica que este hombre sea un asesino sin escrúpulos, sus manos se mantienen firmes ahora que se enciende un cigarrillo, no tiemblan, su rostro únicamente refleja indiferencia y cuando imparte una orden, su voz suena serena, sin ningún matiz de excitación.

–Sacad a estos sujetos de aquí– dice– y arrojadlos en algún lugar entre las ruinas.

Lassehn abandona la entrada del inmueble en el que permanecía y cruza la Landsberger Straße. Allí está aún el sombrero, un sombrero de terciopelo verde oscuro con una cinta gris, que ha perdido el hombre de la maleta, allí sólo resta el sombrero y una mancha de sangre, el cuerpo del hombre que llevaba ese sombrero está despedazado, desgarrado, escindido. Quería haber salvado su sombrero y con ello ha perdido la vida.

Lassehn cruza la Alexanderplatz, pasa junto al tanque aún en llamas y se adentra en la Dircksenstraße. «¿Qué diferencia a estas personas de mí, que pueden matar a sangre fría? ¿Únicamente porque otros pertenecen a una raza diferente, tienen otra forma de pensar o visten un uniforme contrario? Aunque estos hombres destaquen en su entorno por las dos runas de la muerte no dejan de ser personas, mamíferos que andan erguidos, dotados con la capacidad de hablar y de asociar pensamientos, nacidos en la inocencia y crecidos gracias a la asistencia de una madre; en su espíritu se ha colocado la misma semilla que en el mío, aunque el sustrato en el que se ha hundido debe de ser diferente, a éste han debido de tener acceso fermentos de descomposición, que finalmente han cubierto por completo todo lo que la cristiandad y el humanismo, durante miles de años, con mucho esfuerzo, le han impuesto, injertado e inculcado al antiguo espíritu de los bárbaros. Se trata de un juego inconcebible de la naturaleza que no caracteriza aparentemente a estos seres, cuyo espíritu niega miles de años de la historia de la humanidad por haber recaído en la barbarie.

«Aunque esto no son más que hipótesis», se dice a sí mismo Lassehn, «¿dónde está la respuesta?, Dios mío, ¿dónde está la respuesta?».

Todo prosigue como en un sueño, aunque entonces se sacude de encima la inhibición, cuando junto a él, allá arriba en la curva del ferrocarril, se oye el ruido metálico de un tren de cercanías.

No es capaz de encontrar respuesta a las cuestiones que le atosigan, aunque tampoco es el momento para ello, pues debe centrarse en la tarea que le han encomendado. Mira a su alrededor para orientarse. Un poco más y hubiera pasado de largo, pues a su izquierda, en medio de las ruinas, se alza la nave redonda de la estación de la Bolsa. Lassehn respira aliviado cuando dobla a la derecha hacia la calle An der Spandauer Brücke y se encuentra frente al cuadrilátero del Hackescher Markt. No presiente que dentro de la cadena de experiencias que ha vivido estos días será justamente aquí donde se topará con su más espantoso eslabón.

Frente a la entrada al Hackescher Hof, ese edificio extenso con una puerta de entrada ancha, cuyo aspecto sombrío sólo mejora gracias a unos cuantos viejos y coloridos carteles de películas del cine *Imperial*, se han agolpado unas cuantas personas, voces acaloradas discuten a gritos. Lassehn cruza la calzada y pasa junto al grupo de gente, quiere cumplir con su cometido y no entretenerse más, pero sus pasos se ralentizan hasta que finalmente se detiene.

Ve a un joven a quien un jefe político del Partido da patadas y golpes en la espalda entre la multitud. El joven va vestido de civil, su rostro está gris y pálido, como si lo hubieran sumergido en ceniza, el cabello rubio le cae revuelto sobre la frente y está pegado por el sudor, cada golpe que le alcanza le hace temblar como un árbol joven frente a una tormenta de otoño.

A Lassehn le da un vuelco el corazón. ¿Un ilegal? ¿Un desertor? ¿Un derrotista? ¿Un delincuente? Le quita el seguro a su revólver, quizá pueda intervenir, pero cuando aún se lo piensa la pequeña oportunidad ya se ha desvanecido. Desde la Oranienburger Straße llegan a paso ligero tres hombres de las SS, sus botas claveteadas golpetean sobre el asfalto. Frente al Dresdner Bank se les acerca el joven dando tumbos, un puntapié especialmente fuerte del pardo lo lanza sobre el asfalto.

Los hombres de las SS se detienen, no llevan cascos de acero, sino gorras de visera grises con el símbolo de la calavera y la runa del SD en la manga derecha.

—¿Qué es lo que ocurre aquí? —pregunta uno de los hombres del SD, que lleva la insignia de rango de un *Rottenführer* en los galones del cuello de su chaqueta de uniforme.

El jefe político, en uniforme marrón, botas altas, distintivo del Partido con corona dorada, baja la pistola y levanta la mano haciendo el saludo alemán.

—Es un desertor —dice él—, un maldito...

—Un momento —lo interrumpe el *Rottenführer*—, ¿está usted completamente seguro, camarada?

—Claro que sí —le responde el pardo—, completamente seguro, ayer por la noche regresó a la chita callando y aún llevaba el uniforme, pero yo lo he visto...

—Abrevie, abrevie —le interrumpe el *Rottenführer*—, que no tenemos todo el tiempo.

El pardo asiente.

—Y ahora quería largarse, vestido de civil, tal como lo veis.

El *Rottenführer* le da un puntapié al joven, que aún yace sobre el asfalto y tiene las manos sobre la cabeza para protegerse.

—De pie —dice el de gris—, y date prisa.

El joven intenta ponerse de pie, coloca una rodilla debajo del cuerpo y alza el tronco, pero sus pies no le responden y resbalan de nuevo.

—¡Que te pongas de pie! —le grita el pardo, y le vuelve a dar una patada.

El joven se apoya sobre ambas manos, se arrodilla y, con un último esfuerzo, se pone de pie.

—¿Has desertado de la tropa? —le pregunta el *Rottenführer*.

El joven se balancea como un borracho, quiere contestar, pero sus labios se mueven sin poder

emitir un único sonido. Sólo su nuez sube y baja emitiendo un ruido.

–¡Enseñanos tu documentación! –le exige el *Rottenführer*.

El joven permanece con los brazos en jarras, no hace ni el intento de buscar sus papeles en los bolsillos, sus ojos parecen mirar hacia el interior, el blanco del globo ocular brilla fantasmagóricamente sobre la piel pálida como la ceniza, el labio superior con la barba rala se contrae en un espasmo.

Lassehn se encuentra en medio de la muchedumbre. Siente que ha empalidecido hasta los labios, tiene que desviar la mirada del joven, no puede soportar la visión de su desvalimiento, de su sumisión muda y temblorosa. Observa el rostro de su vecino y se da cuenta de que casi está más asustado que él. Había esperado que la gente mostrara una cara furiosa, con los músculos de la cara contraídos, ojos brillantes, los puños cerrados, preparada para abalanzarse sobre los torturadores, que también son sus torturadores, aunque sólo ve unos rostros en cuya expresión se mezclan extrañamente una expectativa lujuriosa y el miedo, y comprende que a las personas que se arremolinan formando este grupo las mueve el mismo sentimiento que el que mueve a los espectadores de un combate de boxeo, para quienes no es suficiente con los detalles técnicos, sino que más bien quieren asistir a un intercambio de golpes brutal y sangriento y, si es posible, también a un fuera de combate. En los rostros de estas personas no es difícil reconocer que hay dos esperanzas en conflicto, es decir, la esperanza de que aquí van a asistir a un espectáculo que les deparará sensaciones fuertes y la esperanza de que finalmente todo acabará bien.

–¿No contestas, carroña? –grita el *Rottenführer*–. ¡Aquí tienes! –Y le golpea con fuerza en el rostro.

El joven se tambalea y recibe enseguida desde atrás un golpe en la espalda del jefe político, que hace que se tambalee de nuevo hacia adelante. La sangre mana de su boca y nariz y gotea en abundancia sobre el asfalto. Su labio superior está bien hinchado, aunque sigue sin decir una palabra.

–¿Dónde está mi hijo? –grita estridente la voz de una mujer–. ¡Walter, Walter!

Una mujer de mediana estatura y rolliza llega corriendo desde la entrada al Hackescher Hof y alcanza al grupo. Los espectadores retroceden y forman un pasillo.

–¿Qué quiere usted de mí... –se dirige, precipitadamente y sin aliento, al *Rottenführer* con las manos sobre el pecho jadeante. No llega a terminar la frase, ya que su mirada recae sobre el joven, en cuyo rostro algo se mueve por primera vez–. Dios mío –dice en voz muy baja y se tapa el rostro con las manos–. ¿Qué es lo que han hecho contigo?

El *Rottenführer* mira a la mujer con los ojos entornados.

–¿Es usted su madre? –le pregunta.

–Sí –responde la mujer y aparta las manos del rostro–. Créame usted, es un buen chico...

–... pero un mal alemán –le quita la palabra el *Rottenführer*–. Ha incumplido el juramento que había prestado al Führer, es un desertor. No debe haber clemencia en las horas más difíciles de nuestra patria.

–No había pensado para nada en ello –dice ella, alza las manos y se arrima al hombre de gris–, seguro que no, ahora mismo regresará a su tropa. ¿No es cierto, Walter?

–Para pasarse a los bolcheviques –dice el *Rottenführer*, sarcástico–. No se acerque usted a mí, señora, y deje de soltar discursos.

El joven se mantiene inmóvil, de la nariz aún le mana la sangre, que fluye por encima de la boca y la barbilla y gotea sobre su traje.

–Y usted ha encubierto a un desertor –dice ahora el jefe político–, de eso también tenemos que

hablar, señora.

–Mi madre no sabe nada –dice ahora el joven–, le había dicho que había venido a visitarla de permiso.

La mujer empieza a llorar, las lágrimas se deslizan por sus mejillas y cubren todo su rostro, aunque no hace ningún intento por enjugárselas.

–No berree, vieja bruja –dice el *Rottenführer* amenazante–. ¡Lárguese!

–¿Qué va a ser de mi hijo? –pregunta la mujer miedosa y alza las manos en forma de ruego–. ¿Adónde se lo van a llevar? Por favor, díganmelo, para que pueda ir a visitarlo.

–Su hijo se quedará muy cerca de aquí –responde el *Rottenführer*, y en la afilada mirada de sus ojos se aprecia una amenaza terrible–. Puede usted confiar en mí: muy cerca de aquí. Ya se enterará usted. ¡Ahora váyase!

La mujer sigue dudando, parpadea desvalida una y otra vez.

–¿De verdad, querido señor? –pregunta con voz temblorosa–. Realmente es verdad...

–¡Váyase de una vez, demonios! –la increpa el *Rottenführer*–. ¡O si no, pasará algo!

–Vete, madre –le dice el joven, su voz es sorprendentemente firme.

La mujer saca un pañuelo del bolsillo de su abrigo y le limpia a su hijo la sangre del rostro.

–Lo has hecho por amor a mí, Walter –dice mientras lo hace–, tienes que decírselo a estos señores cuando te interroguen, seguro que lo entenderán, estoy convencida, durante seis años has sido un buen soldado.

El joven se muerde con fuerza el labio inferior y se vuelve a medias.

–Por favor, madre, vete ya.

La mujer se vuelve a guardar el pañuelo y a continuación se marcha con la mirada baja por el pasillo que forma el gentío.

El *Rottenführer* la sigue con la mirada hasta que desaparece por la puerta de entrada y después hace una señal a los dos hombres del SD.

–¡Vamos, esposadlo! –exclama tajante.

Al joven le colocan las manos a la espalda con unas esposas simples que cierran con una cadena de acero.

–Ya sabes lo que te espera –dice el *Rottenführer*, y mira a su alrededor en búsqueda de algo–. Maldita sea, ¿es que por aquí ya no quedan farolas en condiciones?

El jefe político niega con la cabeza.

–Los ingleses lo han hecho todo añicos –contesta–, aunque allí en la parada de Scherl...

El *Rottenführer* mira por encima de la calle.

–Es lo suficientemente alto –acaba decidiendo–, ya va bien. ¡Vamos, en marcha!

El joven permanece allí y no se mueve.

El *Rottenführer* le echa una ojeada sarcástica.

–Podría pegarte un tiro aquí mismo, golfo –dice entre dientes–, pero quiero que cuelgues bien visible, como advertencia para todos. Además, le he prometido a tu madre que te quedarías cerca de aquí. Como ves, mantengo mi promesa. ¡Vamos de una vez!

El pardo le da un empujón, su rostro muda en una mueca desagradable. De nuevo se abre un pasillo entre la gente, el joven va dando tumbos hacia delante y ahora todos lo golpean alternativamente, los tres grises y el pardo, como si cada uno de ellos quisiera participar en el maltrato del desertor. Con puntapiés, patadas y golpes conducen al joven a empujones a través del terraplén hasta alcanzar la parada.

Una parada señala el punto donde se detienen los tranvías para posibilitar la entrada y salida de los pasajeros. Está formada por un mástil de acero, pintado de amarillo y clavado en el pequeño adoquinado de la acera. En su extremo hay un indicador blanco de hierro esmaltado con la inscripción PARADA DEL TRANVÍA. Hacia la mitad del mástil han colocado una tabla de hierro en la que, protegidas por un cristal, se indican las rutas y horarios de las líneas de tranvía y que se detienen en esta parada. Las paradas de tranvía no han tenido otras finalidades, aparte de incluir anuncios de cines, montes de piedad y cafés. Sólo en abril de 1945 los asesinos nacionalsocialistas consiguieron demostrar que las paradas de tranvía también se podían utilizar como cadalsos. Se da por entendido que las paradas de tranvía (así como las farolas y las persianas de los negocios) no son patíbulos confortables, con sistema de poleas y trampilla, aunque por lo menos pueden servir para mandar a las personas vivas de la vida a la muerte mediante estrangulación.

Lassehn se ha quedado en medio de la muchedumbre parada en la isleta de tráfico de la Rosenthaler Straße. La rodea la fachada medio derruida del Hackescher Markt, que aún muestra huellas de la vida que antes vibraba aquí desde los cinco canales por encima de la plaza: el cine Imperial y el Hackescher Hof, el puesto de lotería Caesar y el Commerzbank, los cines Bio y la Koester A.-G., la Oranienburger Straße, la Große Präsidentenstraße, la filatelia Mantow y la escuela privada Roesner, la Neue Promenade, la cervecería Aschinger, el puente Spandau, el salón de billar y la comisaría de policía del distrito 16, la Rosenthaler Straße, la fábrica Eckert y la filial Scherl, tres isletas de tráfico triangulares con una cabina telefónica redonda, paradas de tranvía y autobús con estrechas plataformas, la parada de cercanías de la Bolsa y la estación de metro de la Weinmeisterstraße, los grandes almacenes Wertheim y la comunidad judía, la policía secreta y el asilo de ancianos, todos ellos habían lanzado antes sus olas sobre el asfalto de la plaza.

En el aire suenan el silbido y bramido de los disparos de la artillería rusa, aunque Lassehn no se da cuenta, la rigidez se ha apoderado de él, quiere darse la vuelta y proseguir su camino, pero es como una estatua, se siente aturdido, lo ve todo como a través de un velo. De repente recuerda haber leído en alguna parte que a los delincuentes se les cuelga mediante el mecanismo de una trampilla que se abre bajo sus pies o un reposapiés que se retira, de forma que el cuerpo se desploma y la muerte no se produce por asfixia, sino por la rotura de las cervicales. Sin embargo, aquí no se dispone de ninguno de ambos mecanismos, así que sólo existe una posibilidad... «No, no», grita una voz en su interior, «no, no puede ser, estamos en Alemania, en el año 1945 y también son alemanes...».

Lassehn sigue confiando en que... Sí, ¿en qué? ¿Que no van en serio? Ya le están colocando al joven la soga alrededor del cuello, ahora pasarán el otro extremo de la cuerda por encima del indicador esmaltado con la inscripción PARADA DEL TRANVÍA y la tensarán. El joven aún se mantiene sobre las dos piernas, la cuerda se apoya laxa alrededor de su cuello, aún no han tensado la soga, el corazón de veinte, veintidós o veinticinco años aún palpita las pulsaciones más rápidas de su vida, aún fluye hasta sus pulmones el aliento contaminado, aunque lleno de vida de las calles de Berlín, una combinación química de oxígeno y nitrógeno denominada aire, el *Rottenführer* aún puede hacer una señal y decir: «¡Es suficiente! Aunque toma nota, la próxima vez sí que te colgaremos». Sin embargo, nada de ello ocurre. Lassehn aún no ha comprendido la terrible coherencia del nacionalsocialismo, es decir, esa ley tan mencionada según la que ha tenido que formar, que empieza con el asesinato y termina con el asesinato.

Aún transcurren unos cuantos segundos de un silencio inquietante bajo el retumbar de los cañones. Allí está el joven, con el rostro manchado de sangre y el traje manchado, las manos a la espalda sujetas por una cadena de acero y una soga al cuello. Su rostro céreo está petrificado, como si ya hubiera muerto, su mirada apagada. Detrás de él hay dos hombres del SD agarrando con fuerza el otro extremo de la cuerda, como en el juego a la espera de la señal para tirar de la cuerda y el *Rottenführer* y el jefe político como árbitros que deben dar la señal de salida. Y después un grupo abundante de personas a cierta distancia, y todo ello es como un tribunal popular, tal como ha ordenado el Führer y canciller del Reich de la Gran Alemania.

La tensión inaguantable se descarga con el grito de una mujer, su chillido resuena agudo y rápido, corta el silencio como un rayo el cielo sereno.

–¡Cierra el pico, bruja histérica! –grita el *Rottenführer*–. ¡Vamos! –ordena haciendo aspavientos con ambos brazos.

Los dos hombres del SD empiezan a tirar de la cuerda, alternando cada tirón, el mástil de hierro tiembla, pero aguanta, el joven se alza en el aire, la cabeza cuelga extrañamente oblicua, las piernas cuelgan flojas, el rostro se va enrojando, se vuelve rojo, rojo oscuro, azulado, la mandíbula cede, como si se hubiera soltado una bisagra, de la boca surge un estertor borboteante, la lengua se hincha y adopta un color azul rojizo, en las comisuras de sus labios aparecen pequeños espumarajos, los ojos se salen de sus cuencas; ni un respingo ni una pataleta frente a la muerte: de forma totalmente imperceptible, la vida da su último estertor en el cuerpo del joven.

La muchedumbre se dispersa. Allí no hay nadie que haya triunfado, los rostros reflejan seriedad, dureza, enojo, furia, reflexión, aunque tampoco hay nadie que se atreva a decir una palabra o alzar una mano; se alejan de allí avergonzados como perros apaleados, pues con aquel que acaba de dejar la vida con su último estertor, también cuelga del patíbulo su propia conciencia.

Lassehn permanece aún unos cuantos minutos en la isleta de tráfico, ve cómo los dos hombres del SD atan unas cuantas veces la cuerda y la fijan con un nudo, y de repente también hay un cartel allí, que fijan en los ojales de la chaqueta del ahorcado. Lassehn cruza el terraplén y lee:

Yo, el pionero Walter Deichmann, estoy aquí colgado porque fui demasiado cobarde para defender a mi patria.

Y se va de allí rápidamente. Se le ha formado un nudo en la garganta, como si él mismo llevara una soga al cuello. Se introduce en el portal de una casa en ruinas para sobreponerse.

VII

22 de abril

Una vez se ha comprobado que el puesto de observación antiaérea hizo sonar su silbato, sonar su batintín y aporrear sus cubos de basura por última vez la mañana del 21 de abril y que tras este último aviso antiaéreo no se ha producido ningún cese de la alarma y que por consiguiente la alarma se ha convertido en un estado permanente, la vida de la ciudad agoniza definitivamente. Bien es verdad que funcionan algunas líneas de los trenes de cercanías y metro, aunque apenas prestan ya servicio a la población, pues en lo que concierne a las líneas se han convertido en centros neurálgicos militares y las estaciones, en santuarios de la población. La artillería rusa ha instalado ahora bases de proyectiles, desde las que tiene bajo fuego prácticamente cada parte de la ciudad, mientras la aviación rusa sobrevuela constantemente en superioridad la ciudad. Las divisiones de Zhukov han superado victoriosamente la ancha zona de terreno previo entre el río Óder y Berlín; el ataque, que hasta la fecha se había acercado a la ciudad como una ola ancha y persistente, empieza a fraccionarse en muchas cuñas sueltas de diferentes longitudes y que con diferente velocidad se introducen al este y noreste del inmenso conjunto de edificios de la ciudad. Las defensas alemanas ya no conforman una línea cerrada, tras la cual una comandancia central observa los movimientos, dispone las contramedidas y envía reservas a los puntos amenazados. La lucha se disuelve en un número de combates aislados, apenas o para nada relacionados entre sí. Se envían guardias a la primera línea del frente para defender con tenacidad a los reservistas rusos que siguen avanzando, mientras que importantes puntos neurálgicos en las entradas de la ciudad quedan sin ocupar. La defensa de la ciudad se vuelve más confusa a medida que pasan las horas, cada grupo de combate actúa por cuenta propia, pues la comunicación con los comandantes de combate de Berlín resulta esporádica o imposible. En el centro de la ciudad y en los barrios aún no ocupados se forman nuevas unidades con miembros de las Juventudes Hitlerianas, del Volkssturm, de la organización Todt y del Partido, guardias de seguridad y policías de la reserva, se les arma mínimamente y se les envía a la vanguardia, sin saber los jefes de cada unidad dónde se encuentra la LVF, la línea de vanguardia del frente, que es como aún se denomina al punto central en continuo desplazamiento de las casas por las que se combate. Apenas se utilizan ya las armas pesadas, pues no hay ya munición o no queda combustible.

El local de Oskar Klose en Am Schlesischen Bahnhof ya no funciona como restaurante, pues ya no hay cerveza que servir y tampoco clientes. La parte izquierda del local se utiliza como dormitorio y sala de guardia de los soldados rasos. En la parte derecha se ha instalado un hospital de campaña. Huele a sudor, ropa sin ventilar y cloroformo. De la antigua disposición del local sólo quedan en el aire los agrios vapores de la cerveza y el olor frío a tabaco. Klose ha desalojado con cuidado todos los objetos del local que podrían resultar de valor e interés para los soldados y ahora se limita a sus dos habitaciones traseras, donde aparte de él también se alojan el matrimonio Wiegand y Lassehn. En el caos reinante durante estos días no deja de aumentar el número de habitantes, lo que se explica de manera fundada en la huida de muchos habitantes de los barrios periféricos hacia el centro de la ciudad.

El refugio antiaéreo del inmueble, que hasta la fecha sólo era visitado esporádicamente en

aquellos momentos en los que las sirenas lo requerían, se ha convertido ahora en un cuartel permanente y vivienda comunitaria, sala de estar, comedor y dormitorio al mismo tiempo, guardería y hospital y en uno. Los somieres plegables, las tumbonas, los sofá-cama, los colchones, sillones, taburetes, sillas, banquetas, bancos, cajas o incluso el suelo se han convertido al mismo tiempo en lugares para sentarse y para dormir. Para iluminar utilizan, ya que el suministro eléctrico suele fallar casi siempre, una vela, una lámpara de queroseno o de carburo, que les ha llevado un ferroviario de la Schlesischer Bahnhof. Ya que por las cañerías no fluye el agua hay que buscarla en las fuentes de la calle, que durante las pausas entre ataque y ataque están rodeadas de gente. Frente al sótano han instalado un fogón de lo más sencillo encima de unos cuantos ladrillos. Unas mujeres especialmente valientes cocinan en los pisos de las plantas bajas cuando el fuego de artillería o los ataques de la aviación bajan en intensidad de forma pasajera y durante los primeros días de permanecer en el sótano en la ciudad frente que es Berlín las mujeres aún suelen ir a comprar. Las personas que se ven obligadas a permanecer siempre en una vivienda muy estrecha, que deben soportar a otros y que no pueden escapar a la presencia de los demás se vuelven rápidamente irritables, irritabilidad que puede convertirse en odio. Las debilidades de los demás, por lo común objeto de una sonrisa indulgente, generan una especie de idiosincrasia, unas diferencias de opinión irrelevantes, que podrían arreglarse con unas cuantas palabras aclaratorias, escalan hasta convertirse en una obstinación obsesiva, todas las diferencias que hasta la fecha se habían pasado por alto o que sólo se habían expresado en roces puntuales en la escalera de la casa, ahora irrumpen como úlceras, que hasta entonces habían supurado invisibles y apenas perceptibles bajo la piel.

El nerviosismo, la irritabilidad, la preocupación, el pesar, las lágrimas, la ira, el odio se arremolinan en las personas como las aguas de un torrente, aunque todo aparece debido al miedo, el miedo frente al terror pardo, el miedo a los disparos de la artillería y las bombas de la aviación, el miedo por lo que queda de las pertenencias, el miedo a los rusos, el miedo a un futuro completamente incierto y sólo de vez en cuando los miedos son ocultados por las pequeñas preocupaciones de la vida diaria, la preocupación por comer, por obtener agua y por satisfacer las necesidades más básicas.

Fuera en el campo se prepara a pesar de la guerra una primavera opulenta, los días se vuelven más luminosos y resplandecientes, los brotes aparecen en los árboles y arbustos, en la tierra se mueve la simiente, los pájaros se agitan en el aire claro, aunque de todo ello no llega ni el más leve soplo a los sótanos. Aquí el aire no es sólo sofocante y apestoso debido al mal olor de los cuerpos sin lavar y las ropas sin ventilar, los gases, la orina y los pañales de los pequeños, el carburo quemado y el olor de las comidas, el moho húmedo del sótano y el polvo que se cuele desde la calle por todas las ranuras, sino que también la atmósfera en la que conviven las personas está repleta de aversión, asco, envidia, odio y menosprecio.

Aún más descorazonadora es la completa incertidumbre, no sólo en lo que concierne al futuro, sino también al presente diario, pues es incierto si la lucha va a prolongarse durante ocho días o durante ocho semanas. Se recuerda con un estremecimiento que los defensores de Königsberg tuvieron que aguantar durante semanas y que la defensa de Breslau aún dura. No hay que descartar de ninguna manera que la lucha se desplace de un lado a otro y que uno esté expuesto alternativamente a la lluvia de granadas de los rusos y de la propia artillería y los ataques de los Stukas rojos y alemanes. No menos descorazonadora resulta la completa inactividad laboral, los empleados no pueden (y no quieren) ir a trabajar a sus talleres ni tampoco las amas de casa realizar sus trabajos habituales. Aparte de pequeñas ocupaciones, la preparación y el consumo de

las escasas comidas y un paseo hasta el excusado de emergencia, no existe ningún entretenimiento. Las conversaciones se atascan tras unas cuantas frases intercambiadas. Leer resulta imposible, ya que la iluminación es demasiado escasa. La oscuridad del sótano y el obligado reposo de las manos hace que únicamente reste espacio para una cosa, esperar, esperar, esperar algo, la liberación o la muerte, siendo incluso totalmente incierto quién o mediante quién llegará la liberación y a manos de quién y cómo se sufrirá la muerte. Uno hace tiempo que se había acostumbrado a la estancia en el sótano, aunque entonces sólo se trataba de una o dos horas, en ocasiones hasta tres horas, hasta que las sirenas anunciaban el final del confinamiento. Hacía tiempo que uno se había resignado a ello como a los dolores crónicos, aunque ahora ya no hay un cese de alarma que permita volver a la superficie, a las viviendas o a las camas, ahora uno permanece cautivo en el submundo del que uno no puede salir sin ir a parar al infierno del mundo a ras de suelo. Y así permanecen sentados en el sótano de quince metros de largo y apenas dos metros y medio de ancho cerca de tres docenas de personas. Están sentados, agachados, en cuclillas, tumbados, cada uno dispone de su lugar en medio de sus pertenencias y sobre todos ellos planea la luz de una vela que llamea dubitativa o están sumergidos en una oscuridad abrumadora, en la que tampoco se vea ningún destello de luz, pues el sótano se encuentra debajo del nivel de la calle y los estrechos tragaluces del sótano han sido tapados con cajas de arena. Las conversaciones, que al principio tenían lugar y constaban de preguntas cortas y respuestas reservadas, pronto se agotan y aparte de los ruidos, que llegan desde el exterior, únicamente se perciben los ruidos del aire en movimiento, la respiración esporádica e insuficiente de algunos, las toses y el resollar de los enfermos, los ronquidos y gemidos de los que duermen, el masticar y sorber de los que comen, los lamentos y lloros de los niños, los carraspeos y estornudos y los ruidos internos de los cuerpos que provienen de alguna necesidad satisfecha, son todos ruidos de naturaleza íntima, que tienen lugar frente a todas las orejas y narices y que aumentan la repugnancia hasta el asco.

De las viviendas cerradas a cal y canto, no tan sólo hacia el exterior con cerraduras de seguridad, cerrojos y cadenas, sino que también guardaban sus secretos internos bien guardados, las personas se han visto forzadas a compartir un espacio estrecho e ineludible con otras personas, más indeseado aún, pues se ha organizado a la fuerza y bajo la presión de las circunstancias. Una convivencia que no ha nacido estimulada por iniciativa propia, sino por las circunstancias más casuales o por la presión exterior y que siempre no durará más de lo que dure el peso de la presión exterior. El respeto mutuo y la prestación de auxilio son completamente sin compromiso y sólo se prestan en provecho propio y cuando los derechos de uno no se ven ofendidos o reducidos. El instinto de conservación ha quedado al desnudo, la desconsideración hacia el otro está a la orden cada hora, resulta mil veces más importante defender el propio interés temporal que tener un sentimiento de compasión hacia los demás. Los corazones duros, que el gobierno nacionalsocialista ha exigido a los alemanes, se han vuelto de piedra, ya no son capaces de ninguna emoción, ya sólo forman parte del físico.

Klose, el matrimonio Wiegand y Lassehn han decidido evitar el refugio antiaéreo común en la medida de lo posible. Klose y Lucie Wiegand a causa de la terrible atmósfera del sótano, Friedrich Wiegand y Lassehn con el fin de sortear a las patrullas, que ahora registran sistemáticamente todos los sótanos con el fin de reclutar a cualquier hombre que más o menos esté en condiciones para cualquier grupo de combate. Bien es cierto que Wiegand y Lassehn llevan ahora brazaletes del Volkssturm y que se han provisto de carabinas, que simplemente se llevaron de una fachada en la que se habían apoyado, pero a los hombres del Volkssturm no se les ha

perdido nada en un refugio antiaéreo y si lo visitan están expuestos por completo a la gracia o la ira de aquellos que comparten con ellos el sótano. Una palabra de un vecino de sótano envidioso o de una seguidora histérica del Führer puede ser suficiente para que le pongan a uno la soga al cuello. Por ello, Wiegand y Lassehn prefieren quedarse en casa de Klose y cuando están de camino llevar puestos los brazaletes del Volkssturm.

La inactividad pesa mucho sobre los hombres. Sólo Lucie Wiegand está lo suficientemente ocupada, pues prepara la comida e intenta poner un poco de orden en una casa de hombres. No le importa hacerlo; cuando se burlan de ella, se limita a barrer, quitar el polvo, lavar y limpiar como si fuera lo más natural del mundo poner en orden una vivienda en medio del fuego de artillería.

—Es un completo disparate, Lucie —dice Klose, y niega con la cabeza cuando Lucie Wiegand pasa el trapo para quitar el polvo de los muebles—, la cal cae de las paredes como una lluvia persistente y tú... Sois unas criaturas muy curiosas, vosotras las mujeres.

Lucie Wiegand se queda mirando a Klose de manera extraña y enigmática.

—¿Eso piensas? —le pregunta—. De ninguna manera es un sinsentido, pues por lo menos durante un tiempo no te hace pensar.

El doctor Böttcher, que acaba de entrar en la habitación, se la queda mirando atónito.

—¿Dice usted que este trabajo inútil la libera de sus pensamientos, señora Lucie?

Lucie Wiegand asiente.

—Sí, así es, doctor.

Wiegand se pone de pie, se dirige hacia su mujer y se la queda mirando.

—Desde hace unas cuantas horas estás muy cambiada, Lucie —dice con semblante serio—. ¿Te preocupa el futuro?

—Las mujeres tienen sus estados de ánimo —interviene Klose—. Enseguida se pasa.

Lucie Wiegand se apoya en el marco de la ventana.

—¿Preocuparme por el futuro?

Su boca muestra una vacilante y pequeña sonrisa.

—No, se trata de otra cosa...

—¿El qué? —pregunta Wiegand.

Lucie Wiegand hace un gesto de rechazo con la mano.

—Ah, no tiene tanta importancia —dice y sigue trabajando.

Wiegand la agarra por los hombros y le obliga a mirarle.

—Cuéntamelo, Lucie.

Lucie Wiegand se libera de su abrazo sin decir una palabra.

—Quizá te pueda ayudar —le insiste Wiegand.

De nuevo aparece una pequeña sonrisa en sus labios.

—Eres el que menos me puede ayudar, Fritz.

En el rostro serio de Wiegand aparece un rasgo de sorpresa.

—No lo entiendo —dice desconcertado.

—Es mejor así, Fritz.

A través de la puerta que separa la habitación del local se oyen voces y ruidos, después suena una armónica y además el pataleo de botas claveteadas.

—Arman un follón desvergonzado —dice Klose y señala la puerta con el pulgar—. Sí, es divertido morir como soldado...

Wiegand se indigna por la interrupción.

—Oskar, doctor, Lassehn, dejadme unos minutos a solas con mi mujer o, mejor aún, vamos allí...

–No, no –dice Lucie Wiegand en voz alta, y vuelve a bajar el tono enseguida–, lo que tengo que decir lo podéis escuchar vosotros sin problemas.

Deja caer su peso sobre una silla y se frota las manos.

Durante un minuto largo reina el silencio en la habitación, sólo a través de la puerta se oye la canción de Lilli Marlen y, desde el exterior, el estallido de las granadas y el incesante disparo de los cañones antiaéreos de cuatro bocas.

–Fritz –dice finalmente Lucie Wiegand–, tengo que decírtelo antes de que ocurra algo terrible. No puedes seguir quedándote aquí.

–Madre mía, joven, ¿qué es lo que pasa contigo? –exclama sorprendido Klose–. No me comes, no me bebes, ¿no estarás enferma?

–Seguro que la señora Wiegand tiene razones de mucho peso para decir algo así –dice el doctor Böttcher.

–Deja estar las bromas, Oskar –le reprende Wiegand–. ¿Qué es lo que ha pasado, Lucie?

Lucie Wiegand cierra por unos segundos los ojos.

–¡Robert está aquí! –dice casi en susurros con una mirada medrosa hacia la puerta.

–¿Cómo lo sabes? –le pregunta Wiegand alterado.

–Lo he oído, a través de la puerta –contesta Lucie Wiegand–, y también lo he visto.

–¿Dónde?

–Aquí en el local.

Lucie Wiegand se pone de pie, se dirige hacia la puerta y corre la cortinilla que cubre el acristalado de la puerta a un lado.

–Oí una voz que se me clavó en el corazón como un cuchillo, al principio no lo quería creer, me parecía imposible, impensable, pero cuando miré por esta ventanilla ya no hubo lugar para la duda, era Robert.

–¿Has hablado con él? –le pregunta Wiegand tranquilamente.

Lucie Wiegand niega con la cabeza.

–¡Cómo podía hacerlo, Fritz! –contesta y se adentra de nuevo en la habitación–. Cabía la posibilidad de que le pusiera sobre tu pista.

–Y el muchacho es capaz de delatar a su propio padre –se inmiscuye Klose–. En el nombre del Führer, de Göring y del asesino de Himmler.

–¿Pero te gustaría hablar con él, Lucie? –pregunta Wiegand y en el puente de la nariz se le marca un pliegue sombrío–. Y por qué tengo que irme...

Hace un movimiento con la mano como si él mismo tuviera que salir.

–¡No debes pensar eso, Fritz! –exclama Lucie Wiegand–. No estoy hablando para nada de mí, pero piensa que entre nosotros y él sólo nos separa una delgada y sencilla puerta y una palabra en voz alta podría suponerte ya la perdición. Una patada y la puerta salta por los aires.

Se tapa los ojos con las manos y sus hombros se estremecen.

–Sí, sólo una puerta –dice Klose–, una puerta de la más normal de las maderas de roble con un poco de contrachapado y un cristal delgado, una puerta como millones de otras, pero a un lado de ella está el infierno y al otro lado... No, no es apropiado, debería haber dicho cielo.

–A este lado la justicia y al otro lado la injusticia –dice Lassehn, que hasta entonces había permanecido callado.

–Bien visto –le alaba Klose–, en ocasiones una buena formación tiene su valor.

–Debéis ser especialmente cuidadosos –dice el doctor Böttcher.

Lucie Wiegand se encoge de hombros, algo va a chocar con fuerza contra la puerta de forma que

los cristales tiemblan.

–Estás tan tranquilo, Fritz...

–¿Por qué debería alterarme? ¿Porque Robert está aquí? Además, ya lo sabía desde ayer.

Lucie Wiegand se sobresalta.

–¿Ya lo sabías?

–Sí, ayer por la tarde ya estaba en el local.

–¿Te vio?

–Por suerte no, yo estaba sentado en una esquina oscura, además andaba muy ocupado con algunos camaradas del Volkssturm.

–Tiene un cuerpo espléndido –dice Klose–, amenazaba con ahorcar y así. ¡Un niño encantador!

–¡Oskar! –le reprocha Wiegand, y mira con un rápido arqueado de las cejas a su mujer.

Lucie Wiegand mantiene la mirada baja.

–No hace falta que tengáis consideración conmigo –dice con voz firme–, sé exactamente cómo... cómo es él. Primero quería decir cómo es mi... sí, cómo es mi hijo, pero se me ponen los pelos de punta al llamarlo así. Mi *hijo*, cuando uno lo dice, siempre lo hace con algo de orgullo y ternura, *mi* hijo, ésta es la identificación con él, es decir, es de mi mismo espíritu. ¡Ah! –y la tierna mujer suspira–, con qué ganas estaría orgullosa de él, con qué ganas lo querría, y sin embargo tengo que avergonzarme de él, y si no lo odio es sólo porque aún no he logrado sustituir del todo en mí la imagen del niño.

Wiegand acaricia el cabello de su mujer.

–El doctor Böttcher me dijo en una ocasión que la estructura mental es la parte más invariable de la persona.

El doctor Böttcher asiente.

–Así es, y ya está presente y grabada antes de que el seno materno expulse el embrión. Ahora tenemos que conformarnos con el hecho siempre sorprendente de que la educación y el entorno forman sin duda el intelecto, pero que sólo puede reforzar o debilitar la disposición mental y de carácter, pero nunca influir decisivamente en éstas.

–Lo que quiere decir que toda educación, toda influencia nunca llegan al núcleo mismo del alma –dice Lucie Wiegand–: el entorno, la educación y la escuela constituyen en el fondo unos ingredientes poco influyentes.

–Contestar afirmativamente esta pregunta significa considerar la evolución de la humanidad con una resignación cansina del mundo –replica el doctor Böttcher–. Si no queremos darnos por vencidos, debemos trabajar en superar este dualismo de alma y entorno o, por lo menos, equilibrarlo. Y aquí debo corregirla, señora Lucie, pues el entorno, la educación y la escuela no son ingredientes, sino contrapesos. Este complejo de cuestiones se simplifica si en lugar de alma utilizamos el concepto de instinto.

–Entiendo –dice Lucie Wiegand–, los instintos se pueden refrenar, amansar, desviar, esconder, adormecer...

–Uno puede, siempre y cuando se trate de instintos malvados, simplemente aprovechar la oportunidad de evolucionar –completa el doctor Böttcher–, aunque ello presupone una sociedad socialmente muy desarrollada y de la que nosotros nos encontramos muy alejados. Por lo menos, hemos cubierto varias etapas en el camino hacia su consecución, pero justamente allí hemos sufrido una recaída, que ha acabado con decenios y siglos de esfuerzos y que resulta tan atroz que aún no somos capaces de comprenderla en todo su alcance. Se han aflojado las pinzas que se

habían colocado sobre los instintos para oprimirlos y allí donde esto no era suficiente se han volado, los mismos instintos se han incitado... ¿Quiere usted decir algo, señora Lucie?

Lucie Wiegand asiente.

–Sí –dice–, qué razón tiene usted, por desgracia nuestro hijo Robert es un ejemplo apropiado. Muchos de los rasgos que ya observábamos en él cuando aún era un niño han alcanzado una madurez horrorosa, al principio valoramos muchos de ellos como malas costumbres o debilidades, que con el tiempo se atenuarían e incluso desaparecerían del todo. Sin embargo, nos fue como a tantos, como a la mayoría de los padres alemanes, a los que les fue arrebatada de las manos la educación de sus hijos en la etapa más decisiva, no teniendo ningún poder sobre ella y apenas influencia. Tuvieron que tolerar que sus hijos se convirtieran obligatoriamente en sus jueces y que en su ingenuidad, ignorancia y confianza siguieran a los demagogos pardos. Sí, incluso debían callar frente a sus hijos o hablar en contra de sus propias convicciones cuando estaban en contra si no querían correr peligro de muerte...

–Y a quienes no lo hacían –prosigue Klose, y su ancho rostro no muestra ahora ni una sola arruga debido a una sonrisa–, les fue como a...

Se pone de pie y extrae de su pilón de periódicos un papel rojo.

–Toma, Joachim, lee.

Lassehn agarra el papel rojo. Enseguida ve que se trata de un anuncio –pues aún está rígido de la cola solidificada– y empieza a leer:

¡EN NOMBRE DEL PUEBLO!
LOS CONDENADOS A MUERTE POR EL TRIBUNAL DEL PUEBLO
POR ALTA TRAICIÓN A LA PATRIA
ERICH MEISSNER
ALFRED URBANS
CHARLOTTE URBANS
HAN SIDO AJUSTICIADOS EN EL DÍA DE HOY.
BERLÍN, A 12 DE SEPTIEMBRE DE 1942.
EL FISCAL DEL TRIBUNAL DEL PUEBLO.

Lassehn observa angustiado a Klose sosteniendo el papel rojo en las manos. Le da la sensación que la hoja aún conserva la humedad de la sangre de los ajusticiados.

–Fueron delatados por sus propios hijos –dice Klose–, quizá de buena fe y probablemente de forma inocente...

–En todo caso, inocentemente –interviene Wiegand–. ¿Cómo pueden ser los niños culpables? ¿Es un campo de espigas culpable de que el granizo haya acabado con la cosecha?

–Tienes razón, Fritz –dice Klose–. Los tres, cuyos nombres acabas de leer, Joachim –prosigue dirigiéndose a Lassehn y tomando con sus manos la hoja roja–, eran buenos camaradas, valientes e intrépidos, a menudo se sentaron con nosotros en esta habitación. A pesar de todas las torturas, promesas o amenazas nunca delataron a nadie...

Klose se detiene, nadie habla, todos observan inmóviles la hoja de color rojo sangre, callan, como si las palabras pudieran profanar la memoria de los tres camaradas ajusticiados.

Lassehn está conmovido, no conoce a estas tres personas, hasta ahora no sabía ni de su existencia, aunque de forma involuntaria estas tres personas desconocidas adoptan los rostros del matrimonio Wiegand y del doctor Böttcher, y también se mezclan los rasgos de Lotte Poeschke y

del joven trabajador rubio. Han estado sentados aquí, en esta habitación, alrededor de esta mesa, personas de carne y huesos y sangre, sí, sangre, y se los ha...Un estremecimiento le recorre el cuerpo.

–¿Te ha entrado miedo, Joachim? –pregunta Klose, que se ha percatado del estremecimiento.

–¿Miedo? –contesta Lassehn-. ¿Por qué me tendría que haber entrado miedo así de repente?

–Me lo ha parecido –contesta Klose y le observa escrutador-. Aún puedes echarte atrás, Joachim, no te obligamos a quedarte con nosotros.

–No, señor Klose –dice Lassehn decidido-. ¿Cómo podría volverme atrás? ¿Y adónde iría? ¿Al no querer saber, a la ignorancia burguesa? Quien ha comido una vez los frutos del árbol del conocimiento...

Klose se dirige hacia él y le estrecha con fuerza la mano.

–Bien, muchacho –le dice con una sonrisa, que de nuevo prorrumpe en la seriedad de su rostro-, puedes seguir así. Tampoco había esperado otra cosa.

Lassehn se sonroja un poco e intenta disimularlo pasándose la mano por el rostro.

–Quisiera retomar nuestra conversación, doctor –dice-. Usted ha equiparado antes el alma con el instinto. ¿No se trata de una materialización del alma?

–Yo no he equiparado el alma con el instinto, Lassehn –contesta el doctor Böttcher-, de hecho no son equiparables, pero viven tan cerca la una del otro que resulta imposible separarlos. Además, el alma no es inmaterial. Kant dice que el alma es un sentido interno unido al cuerpo y señala la invocación de principios inmatrimales como un refugio de la razón vaga.

–Hasta ahora he reflexionado demasiado poco sobre ello –admite Lassehn-. En la vida que he llevado hasta el momento, sólo me he dejado guiar por ideas ocasionales. Aparte de la música, no había nada más en mí.

–Que el pasado y la teoría no nos hagan olvidar el presente, señores –dice Klose, y enciende el aparato de radio-; si tenemos suerte hay suministro eléctrico y podemos escuchar el boletín de la Wehrmacht.

Los canales del aparato se encienden, aumenta el zumbido de la corriente eléctrica y emerge la voz del locutor como desde la lejanía.

–Un poco más y nos hubiéramos perdido la última de las hitleriadas –dice Klose invitándoles con un gesto de la mano a que se acerquen al aparato-. Por favor, señores, dense prisa, que ya ha empezado.

... Tomados los huecos del frente mediante exitosos contraataques. La guarnición de Bautzen se defendió con tenacidad del enemigo que atacaba con fuerzas más contundentes. Avanzando hacia el oeste, los soviéticos han ocupado Bischofswerda y Königsbrück.

Al sur de Kottbus los bolcheviques han sumado más fuerzas para reforzar sus ataques contra la zona al sur de Berlín y han alcanzado con sus puntas de ataque la línea Treuenbrietzen-Zossen al sur de Königs Wusterhausen. En Kottbus y Fürstenwalde se están produciendo enfrentamientos callejeros. Al este y norte de Berlín el enemigo ha avanzado tras duros enfrentamientos hasta la zona exterior de defensa de la capital del Reich. En la línea Lichtenberg-NiederschönhausenFrohnau se lucha encarnizadamente.

–Renuncio –dice Klose.

–No apague usted la radio, Klose –le dice a toda prisa el doctor Böttcher.

–Queremos saber hasta dónde ha llegado el otro bando...

... Sector Dessau-Bitterfeld... enfrentamientos llenos de vicisitudes... únicamente ganan terreno paso a paso... la lucha encarnizada por los pasos del río Mulde... se ha perdido Bitterfeld... al norte de Chemnitz... derrotas locales... área de Stuttgart... duros enfrentamientos... circunvalación de la ciudad... al norte de Tübingen... se ha ganado más terreno... unidades gaullistas avanzan hacia Kaiserstuhl...

–Un menú estupendo –dice Klose y vuelve a apagar la radio.

–Dame el mapa, Oskar –dice Wiegand.

–Un gran análisis de la situación en un pequeño Estado Mayor –dice riéndose Klose, y va a buscar un folleto de colores de la librería–. Ni el mismo Ullstein hubiera podido soñar que su guía *Mil caminos alrededor de Berlín* se utilizaría como mapa del Estado Mayor para la batalla por Berlín. ¡Santo Ullstein, cómo has cambiado! *Sic transit...* ¿Cómo iba eso, doctor?

–*Sic transit gloria mundi* –completa la frase el doctor Böttcher sonriendo y abre el libro de mapas.

–Es cierto, la gloria ya no sabe bien –dice Klose.

–La situación es bien clara –dice el doctor Böttcher y limpia sus gafas con el pañuelo–. Nuestro genial Gobierno no ha aprendido nada de la batalla por Viena y parece ser que ha contado con que los rusos atacarían Berlín frontalmente desde el este.

–¿Y no lo están haciendo? –pregunta Klose–. Lichtenberg está...

El doctor Böttcher alza la mano en un gesto de rechazo.

–Déjese de excusas, querido Klose –dice como reprendiéndole–. Naturalmente que los rusos atacan también desde el este, aunque mucho más importantes son los dos brazos en forma de pinza que atenazan Berlín desde el norte y desde el sur. El primer ejército ucraniano bajo el mando de Zhukov no sólo avanza desde el este hacia Berlín, sino que también rodea la ciudad con su ala norte y –según el boletín de la Wehrmachtya ha llegado hasta Frohnau. En el sur, el primer ejército bielorruso bajo el mando de Konyev, que hasta ahora atacaba de este a oeste, ha virado hacia el noroeste tras los primeros avances –justo sobre la línea Königs Wusterhausen-ZossenTreuenbrietzen– y avanza desde el sur hacia el norte en dirección hacia Berlín, lo que quiere decir que Berlín está siendo cercada también desde el sur. No hay duda alguna de que los dos ejércitos pinza, el ala norte de Zhukov y el ala oeste de Konyev, siguen avanzando y que se unirán para el asedio total al oeste de Berlín. Ésta es la visión realista de la situación, sólo atendiendo al boletín alemán de la Wehrmacht del día de hoy, que es un resumen de los enfrentamientos del día de ayer.

El doctor Böttcher se detiene por un momento y sigue leyendo sus apuntes,

–El boletín de la Wehrmacht dice sin embargo aún mucho más, por lo menos para aquel que no sólo lee o escucha el informe de hoy, sino que también recuerda los informes de los días anteriores. El avance del ejército de Konyev desde el río Neiße por encima de la línea Kottbus-Spremberg-BautzenHoyerswerda y el viraje final hacia la línea TreuenbrietzenZossen-Königs Wusterhauen y la unión al mismo tiempo al flanco sur del grupo de Zhukov provoca que toda el ala sur del frente alemán esté desquiciada.

El doctor Böttcher acompaña sus explicaciones con unos cuantos trazos seguros sobre el mapa.

Lassehn ha escuchado atentamente las palabras del doctor Böttcher y no puede apartar la mirada del mapa.

–Si esto es cierto –dice excitado–, y no tengo ningún motivo para dudar de que así sea, entonces

quiere decir que las tropas alemanas están encerradas en el espacio entre Fráncfort del Óder y Kottbus, y que no pueden participar en la defensa de Berlín.

–Exactamente –dice el doctor Böttcher y vuelve a colocarse las gafas–. Por lo que sé, se trata de dos ejércitos, en concreto el octavo y el noveno con más o menos veinte divisiones. ¿Cómo decía el Führer, el mayor estratega de todos los tiempos? «Lamento que sólo pueda tratar con idiotas militares».

–Es algo que los ladrones insignificantes como nosotros no entendemos –dice Klose, y pone una cara entre cómica y compasiva–, un genio tan excepcional debe tener otra vara de medir y él mismo la utiliza. Un milenio sólo dura doce años y en cambio las nueve horas que se suponía iban a permanecer los angloamericanos en tierra durante una eventual invasión en Francia se han alargado algo más. Mil doce más nueve ... Tengo que hacer números con calma. Calcular no es una ninguna brujería, señores, y además...

–Alguien está llamando a la puerta –dice Wiegand–. Si los de allí delante no hicieran tanto ruido...

Todos escuchan con mucha atención. Llaman a la puerta de nuevo, tres veces, una pausa, dos veces, silencio, tres veces, una pausa corta, dos veces.

–Es para nosotros –dice Wiegand–. Abre la puerta, Oskar.

Klose asiente y abandona la habitación, transcurren unos cuantos minutos tensos y entonces aparece con... sí, así es, una mujer joven o una muchacha, que respira excitada y se retira un rizo rubio que se le ha deslizado bajo el casco de acero azul del refugio antiaéreo. Si su rostro no mostrara los rasgos suaves y tiernos de una muchacha, si sus cejas no fueran tan estrechas y marcadas, y si su voz no tuviera el tono claro de una soprano uno casi la hubiera tomado por un joven, pues viste un traje de esquí oscuro.

–Buenos días –dice, y observa uno a uno a todos con sus ojos luminosos y claros.

–El enano saltarín nos envía a esta dulce hada –dice Klose como si tuviera que dar una explicación–. Bueno, muchacha, ¿qué nos traes? ¡Empieza a hablar de una vez!

Antes de que la muchacha pueda empezar a hablar Wiegand toma la palabra.

–¿Estás seguro, Oskar, de que realmente la ha enviado el enano saltarín?

–Completamente seguro –contesta Klose–, no hay ninguna duda, Fritz. Así que, muchacha... por cierto, ¿cómo te llamas?

La muchacha vuelve a reír.

–No os importa para nada cómo me llame, gente –contesta, y se quita el casco de acero–. Me llaman Petirrojo y también me podéis llamar así.

–Bonito nombre –dice Klose y le acaricia a la muchacha la mejilla.

–¿Qué está pasando entonces, Petirrojo?

El rostro de la muchacha se vuelve serio.

–El enano saltarín os ruega que vayáis en su ayuda con unos cuantos hombres decididos.

–¿En su ayuda? –pregunta Wiegand.

–No sé exactamente lo que se propone –contesta la muchacha–, pero quiere actuar en alguna parte en contra de las Juventudes Hitlerianas, que mantiene ocupados unos cuantos puestos. Podríaís enviar a unos cuantos...

–Por supuesto –dice Wiegand–. ¿Vienes con nosotros, Lassehn?

–Me apunto –contesta rápidamente Lassehn y se sonroja hasta las raíces del cabello, pues es la primera vez que Wiegand lo tutea y lo siente como una distinción.

–¿Puede contar usted con un viejo muchacho como yo? –pregunta el doctor Böttcher y sonríe a

la muchacha.

–Está usted en la mejor edad para entrar en el Volkssturm –responde la muchacha sagaz–. ¿Es usted sanitario? –pregunta, y señala el brazalete blanco con la cruz roja.

–Así debe ser –dice el doctor Böttcher–. Entonces vamos a...

–He llegado hasta aquí en bicicleta –dice la muchacha–. ¿También tenéis bicicletas?

–Las tenemos –contesta Klose–. De manera que a las armas, en el sentido más auténtico de la palabra. ¡Te sorprenderás, Petirrojo!

La muchacha sigue las acciones de los hombres, que se colocan los brazaletes del Volkssturm y se cuelgan las carabinas, y sonrío.

–Así de listos somos desde hace mucho tiempo, camaradas –dice–; la piel del lobo es la mejor protección en contra de los lobos.

–Sí, vamos entonces, en marcha, en marcha –dice Wiegand impaciente–. Adiós, Klose; hasta ahora, Lucie.

Le estrecha la mano a Klose y le acaricia suavemente el cabello a su mujer.

También Lassehn y el doctor Böttcher se despiden. Cuando están a punto de abandonar la habitación, Klose sujeta a la muchacha por el hombro.

–¿Por qué te llaman Petirrojo, muchacha?

–Curioso inútil –dice la muchacha, y se ríe en su cara–. Pero si lo quieres saber de todas formas, gordo: porque al parecer tengo una voz bonita.

–Vaya, vaya –dice Klose, y le guiña un ojo a Lassehn–. Si necesitas a un acompañante, naturalmente al piano, únete a este guapo joven de aquí, el chaval se llama Joachim.

Lassehn se vuelve avergonzado y abandona rápidamente la habitación. Cuando cierra la puerta tras de sí oye silbar a Klose y también reconoce la melodía. Se trata de la vieja canción de éxito berlinesa «Regálame un poquito de amor, amor...».

VIII

23 de abril

Cuatro ciclistas circulan por la Fruchtstraße: dos hombres del Volkssturm, un sanitario y otro vestido con un traje de esquí y un casco de acero. Tienen mucha prisa, pues pedalean con fuerza, a pesar de que ir en bicicleta es todo lo contrario a un placer. Por todas partes hay trozos de piedras, vidrios rotos y cascos de granada. El aire es caliente y amenazador. A primera vista (y quién dispone de tanto tiempo como para dedicarle un segundo vistazo a unos cuantos ciclistas), da toda la impresión de que se trata de unos cuantos hombres del legendario Volkssturm, de camino, y que aparentemente están dispuestos a aferrarse a la tierra de su patria y luchar hasta la última gota de su sangre. Tienen tal aspecto que la patrulla militar motorizada que bloquea la Fruchtstraße donde desemboca en la Küstriner Platz les abre paso sin más, tras unas cuantas palabras aclaratorias.

El cuadrilátero de la Küstriner Platz ha sido preparado para su defensa por las SS. Todas sus entradas (la Fruchtstraße, la Rüdersdorfer Straße, la Königsberger Straße y el Brauner Weg) han sido bloqueadas con barricadas y barricadas contra los tanques, se han dispuesto ametralladoras pesadas y cañones antitanque, un pesado cañón antiaéreo apunta en dirección hacia las vías de los trenes de mercancías del Ostbahnhof, tres cañones antiaéreo de cuatro cañones dirigen sus cañones inclinados hacia el cielo. La plaza se ha convertido en un cuartel y al parecer también en un punto de mando, los que atienden los cañones son prácticamente miembros de las SS, únicamente en las barricadas contra los tanques hay hombres del Volkssturm y unas cuantas figuras pardas. Wiegand sonrío en silencio para sí mismo cuando cruzan con sus bicicletas a toda velocidad el enjambre de vehículos. La mirada perpleja del suboficial de la patrulla ha sido lo suficientemente expresiva; está claro que hacía tiempo que no veía a nadie (y menos aún a alguien del Volkssturm) que tuviera tanta prisa por avanzar.

Cuando abandonan la Küstriner Platz y se adentran en la Königsberger Straße no se encuentran naturalmente con miradas de perplejidad y tampoco amistosas. En los rostros de los hombres del Volkssturm se dibuja mucho más una sorpresa molesta y uno de ellos exclama en voz bien alta:

–Mientras siga habiendo idiotas como éstos, no echaremos el cierre.

Y otro les grita a sus espaldas:

–¡Alegres héroes dispuestos a morir por la patria!

–No podrían regalarnos mejor elogio –le dice la muchacha a Wiegand, que maneja a su lado.

–Soy de tu misma opinión –le da la razón Wiegand y ríe–. Los trajes hacen a la gente y los uniformes a los héroes. ¿Adónde vas con nosotros, Petirrojo?

–Ahora lo verás. ¿Cómo te llamas?

–Fritz, si te es suficiente.

–Por supuesto. Y el joven –la chica vuelve la cabeza a medias hacia Lassehn, que conduce junto al doctor Böttcher– se llama Joachim, eso ya lo sé. Y al de las gafas lo llamáis doctor. ¿Realmente es médico?

–Lo es –le confirma Wiegand–. Si tienes algún tipo de dolor...

La muchacha niega con la cabeza.

–Mejor no, puede pasarse perfectamente sin su ayuda. Atención, ahora giraremos a la derecha y entraremos en la Frankfurter Allee.

La Frankfurter Allee se halla bajo un frenético fuego de proyectiles, que silban y estallan sin pausa, los impactos salen despedidos hacia todas partes, una humareda espesa y el polvo se cuelean entre las filas de casas, aquí y allá hay una casa en llama viva, otra se desploma de golpe, la catenaria del tranvía está doblada y partida, los cables eléctricos cuelgan arrancados, en el pavimento hay grandes agujeros, hay muebles incendiados sobre las aceras y la calzada, los árboles están como deshojados por manos desnudas. En la Frankfurter Allee se ha alzado un muro inquietantemente amenazador y peligroso, y cortas son las pausas durante las cuales uno puede recorrerlo.

–Debemos esperar a que se produzca un alto al fuego –dice el doctor Böttcher–. Hay que arrimarse bien a las fachadas. Díganos de una vez a dónde quiere llevarnos, Petirrojo.

–A la parte alta de la Thaerstraße –contesta la muchacha–, así que hay que recorrer un trozo de la Frankfurter Allee...

–Estoy al corriente –dice el doctor Böttcher sonriendo–, conozco el barrio perfectamente.

Se mantienen bien arrimados a la fachada, las bicicletas pegadas a ellos. Las granadas siguen cayendo, impactan en las casas, sobre el paseo, la calzada. Una de ellas alcanza a un camión cisterna, una enorme llamarada sisea como salida de un lanzallamas. En la plaza Komturei, en la esquina donde se encuentran los almacenes Hertie, un proyectil impacta en el tiro de un vehículo de munición, los caballos se encabritan salvajemente, se desploman, golpean frenéticos a su alrededor con los cascos y relinchan y braman. A un tordo rodado se le salen las tripas; intenta erguirse de nuevo sobre sus patas, se eleva, se enreda con sus propias entrañas, resbala, vuelve a caer, descubre su dentadura en un terrible grito, aunque de repente, como si hubieran surgido de la misma tierra, aparecen unas cuantas personas, se arrojan sobre él con las rodillas flexionadas, las cabezas mudadas, las espaldas encorvadas; llevan cubos, palanganas, escudillas, cacerolas, baterías de cocina; se inicia una salvaje riña, golpes, apremios, empujones, peleas: cada uno quiere ser el primero en llegar hasta los animales; clavan cuchillos de cocina, navajas, cuchillos de cortar pan, incluso tenedores y pinzas, en la carne del animal aún moribundo. Sobre ellos silban y sisean las granadas, entre sus manos aún corre la sangre caliente de los animales, aunque las personas no se dan cuenta de ello, sólo ven carne, carne, carne.

Al principio Lassehn se ha apartado sobrecogido, aunque después irrumpe decidido entre ellos.

–¡Seréis cerdos! –grita indignado, aparta a un lado de un fuerte empujón a un hombre y mata a los dos caballos con sendos disparos en la cabeza.

Unas cuantas miradas se dirigen hacia él durante unos pocos segundos, pero nadie se siente ofendido, nadie pierde el tiempo en enfurecerse, enseguida se vuelven hacia su inesperada presa. Lassehn guarda el revólver y corre de nuevo a cubierto, pues en ese mismo momento un cazabombardero rojo de motores zumbantes y tableteantes armas a bordo se precipita sobre ellos, se producen impactos, los impactos rebotan como cohetes y el aparato cantarín vuelve a elevarse de nuevo hacia arriba. Junto a los caballos muertos ahora también yacen dos personas sobre el asfalto de la calle.

Lassehn se apoya respirando con dificultad sobre la fachada del inmueble y durante unos pocos segundos cierra los ojos. Entonces siente cómo toman su mano y la presionan con una fuerte caricia, abre los ojos y ve el rostro luminoso –y algo sonrojado por la excitación– de la muchacha.

Aparta a toda prisa la mano de la de ella y mira avergonzado hacia un lado.

–No exagere usted, señorita –le dice.

–¿Qué es lo que te pasa? –pregunta la muchacha y lo observa sorprendida–. ¿Usted y señorita? ¿A quién se le ocurre?

–No sabía... disculpe usted...

A pesar de la seriedad de la situación la muchacha se echa a reír.

–Dios mío, sí que eres ridículo, Joachim –dice–. No sólo es que te esté permitido hacerlo, sino que además es lo correcto. Debes de ser nuevo en esto.

–Bastante nuevo –admite Lassehn.

–Nada de conversaciones ahora –se inmiscuye Wiegand–, parece que el fuego remite. Intentaremos cruzar ahora mismo la Frankfurter Allee para alcanzar la Thaerstraße. En un instante.

Escuchan tensos y atentamente, aunque parece que se ha producido un alto al fuego momentáneo. De sótanos y ruinas, de la boca del metro y de las trincheras de la estación de Weberwiese, emergen a la superficie personas, soldados, hombres del Volkssturm, mujeres, niños; columnas de vehículos se ponen en marcha; los dos caballos abatidos siguen rodeados; en la esquina de la Tilsiter Straße el escaparate revestido de tablonos de una tienda de comestibles ha quedado hecho añicos; unas cuantas mujeres se introducen en la tienda, otras las siguen enseguida a empujones; allí mismo hay soldados: ríen, aleccionan a las mujeres, uno de ellos incluso abre con la culata de su fusil la puerta y saca a la calle dos sacos de azúcar, los abre con la bayoneta y con su casco de acero va introduciendo el azúcar en las faldas recogidas de las mujeres.

En la mirada de Wiegand resplandece un profundo desprecio.

–¡Adelante! –grita–. Crucemos el terraplén. ¡Sin montar en la bicicleta!

Salen corriendo, empujando las bicicletas por delante de ellos, haciendo equilibrios entre los montones de escombros, lanzan una última mirada a los cadáveres de los caballos destripados y los dos caídos, que han arrastrado a un lado como escombros que molestan. Tras unos cuantos minutos han alcanzado la Thaerstraße y montan en las bicicletas. Aquí –apenas a cien metros de la Frankfurter Allee– la escena es completamente diferente, la curvatura del Baltenplatz se aparece ante ellos y mientras la artillería rusa sigue centrándose en la arteria principal, aquí al parecer la guerra sólo pasa de puntillas, sin desplegar del todo su oscilación destructora, y frente a las tiendas de comestibles y carnicerías se han formado largas filas de mujeres.

–Pero si hoy es domingo –dice el doctor Böttcher, sorprendido.

–Yo también estoy muy sorprendido –dice Wiegand–. Algo tiene que significar todo esto...

–Así es –dice la muchacha–. ¿No sabéis que no hace nada se ha informado por la radio que ya se deben repartir los comestibles del período de racionamiento setenta y cinco y setenta y seis y que los comercios deben abrir hoy?

–No teníamos ni idea –dice el doctor Böttcher.

–Se reparten las raciones de reserva –dice Lassehn.

–Adelante, adelante –les apremia Wiegand cuando circundan el Baltenplatz–. ¿Y ahora por dónde, muchacha?

La muchacha estira el brazo.

–Hay que entrar de nuevo en la Thaerstraße.

Prosiguen su camino. Desde la esquina de la Eldenaer Straße hasta el ferrocarril de circunvalación, el terreno del matadero, separado de la calle por altos muros, se prolonga ahora hacia ambos lados. A continuación está el laberinto de cabañas y huertos urbanos, mísero refugio de los pequeñoburgueses y trabajadores hambrientos de campo y sedientos de tierra; se impone un verde escaso y las primeras flores de los cerezos.

La muchacha gira desde la Thaerstraße hacia el terreno de las cabañas y salta con ligereza de la bicicleta.

–Bueno, señores –dice, e indica una cabaña, apenas a dos metros de la zanja–, ya hemos llegado. ¡Entremos rápidamente!

Descienden de la bicicleta, rodean la cabaña y apoyan las bicicletas contra la pared, entonces se introducen a través de una puerta baja en el cenador. Lassehn incluso se tiene que agachar.

–Ya os he visto venir –dice Schröter, y se estira del bigote–. Qué bien que hayáis podido venir. ¡Vamos, entrad de una vez!

La cabaña está compuesta únicamente de una habitación con una mesa, dos bancos, unas cuantas sillas, un viejo armario de cocina y un fogón. Del techo cuelga un marco redondo de hierro, del que oscila una lámpara de petróleo. El suelo está cubierto toscamente de cemento y cubierto con unas cuantas esteras de paja. Las paredes están revestidas de placas de virutas de madera.

Al entrar ellos se han puesto de pie dos hombres. Uno de ellos viste un viejo uniforme gris, una gorra militar gris con una escarapela negra, blanca y roja y un brazalete del Volkssturm. El otro, una chaqueta de cuero marrón y deslucida, una gorra de visera azul, pantalones de montar y polainas de cuero, así como también un brazalete del Volkssturm. Sus rostros permanecen inmersos en la media penumbra de la habitación, aunque se trasladan al reflejo de luz de la ventana en cuanto se adelantan unos cuantos pasos para recibir a los recién llegados. Lassehn lanza una rápida mirada a sus rostros cuando estrecha ambas manos. El que viste uniforme tiene un rostro chupado y decidido. El otro un rostro ancho con una nariz de boxeador chata.

Schröter los invita a sentarse con un gesto de la mano.

–Éstos son los camaradas Münzer y Gregor.

–¿Aún necesitamos de nombres falsos? –pregunta el doctor Böttcher–. Sólo lo pregunto de pasada.

Schröter mueve la cabeza de un lado a otro.

–De momento dejémoslo estar así.

–Y por qué no –dice Wiegand–. Vayamos al grano. ¿Por qué nos has hecho llamar?

–Por desgracia nuestro grupo se ha desintegrado –dice Schröter–. Unos cuantos de nuestros hombres, que trabajan en la Knorr-Bremse, ya no han vuelto a casa, pues no los han dejado salir del chiringuito, la empresa se ha convertido en taller, cuartel y alojamiento.

–El caso ideal nacionalsocialista –opina Wiegand.

–Así es –dice Schröter–, no te falta razón. Y como la feliz coincidencia así lo ha deparado, justo ahora el director de la empresa ha tenido que salir para un viaje de negocios inaplazable, el megalómano de su presidente se ha alzado como único amo y ha repartido armas y lanzagranadas entre los hombres de confianza (o que él considera que lo son) y, con ayuda de una unidad de las SS, ha declarado simplemente la ley marcial, apoyándose en cualquier programa de emergencia desconocido. En todo caso, de momento no podemos contar con estos camaradas.

Schröter se ha apoyado con ambas manos sobre la mesa y ha dicho algo a toda prisa, lanza una mirada por la ventana a los bancales de remolachas cuidadosamente rastrillados y al armazón alto de las matas de judías, aunque no ve ni lo uno ni lo otro, pues sus pensamientos se concentran en aquello que quiere decir. Con un movimiento lento vuelve a dirigir su mirada al espacio de la habitación, saca el mapa de la ciudad del *Berliner Morgenpost* del bolsillo y lo extiende sobre la mesa.

–Nos hemos propuesto como cometido proteger nuestro barrio de una lucha aniquiladora y

asesina.

Ahora Schröter habla lentamente y concentrado, escoge sus palabras una tras otra cuidadosamente.

–Parece ser que hemos sido agraciados con la suerte, pues tenemos... No –se detiene negando con la cabeza–, primero debo informaros acerca de lo que yo entiendo por nuestro barrio, es decir, la zona al oeste del Weißenseer Weg entre la Roederstraße y la Kniprodestraße. Aquí hay tres puntos de resistencia: en primer lugar, los cañones de asalto en los cruces de la Thaerstraße, la Oderbruchstraße, la Landsberger Allee y la Landsberger Chauße; en segundo lugar, en el cruce de la Kniprodestraße y la Storkower Straße; y, en tercer lugar, la barricada antitanque justo detrás de la estación de cercanías de la Landsberger Allee. Los cañones de asalto cuentan con operarios de la Wehrmacht y con unos cuantos hombres del Volkssturm. La barricada antitanque está ocupada prácticamente por miembros de las Juventudes Hitlerianas y gente del Volkssturm. Además, en el puente sobre el tren de cercanías hay una unidad de artificieros de la Wehrmacht. Hasta ahora, por aquí no han aparecido las ss. Ésta es la situación.

–¿Y dónde están los rusos? –pregunta Wiegand, y se inclina sobre el mapa.

–No pueden estar muy lejos –contesta Schröter–. Si los vientos son favorables se puede oír el zumbido de sus tanques. Por la información que dispongo vienen desde Marzahn y Hohenschönhausen básicamente por la Landsberger Chauße, la Große Leegestraße y la Berliner Straße. Las puntas de sus cañones ya deben estar muy cerca del Weißenseer Weg. Nuestra tarea consiste únicamente –Schröter utiliza ahora las palabras con cuidado– en facilitarles el camino a nuestros así denominados enemigos, con el fin de que los tres puntos de apoyo ya mencionados no ofrezcan resistencia, pues no constituiría únicamente un sinsentido, sino que también resultaría criminal, puesto que las casas y los cenadores que aún están en pie quedarían reducidos a cenizas y produciría víctimas entre la población; los ancianos, las mujeres y los niños. ¡Es algo que debemos evitar!

Schröter refuerza sus palabras dando unos cuantos manotazos sobre la mesa.

–¿Cuál es vuestro plan? –pregunta brevemente Wiegand.

–Ahora os lo explico –contesta Schröter–. Hemos dividido nuestro grupo en tres subgrupos: uno, con Gregor –y mira al hombre vestido con un uniforme gris–, se ocupará del cañón de asalto de la Storkower Straße; otro, con Münzer, deberá desconectar las que hay en la Thaerstraße y en la Oderbruchstraße.

–¿Desconectar? –pregunta Wiegand.

–Sí, desconectar, ya sea persuadiendo o mediante la violencia de las armas si no queda otra alternativa. Quizá suene demasiado atrevido, pero en realidad no lo es, hace ya tiempo que hemos establecido contacto con los operarios de los cañones de asalto y con unos cuantos del Volkssturm, y sabemos muy bien que ya están hartos, no quieren seguir luchando.

–Aunque si hubiera allí un oficial o un cabo medio loco, entonces toda esta decisión y la buena voluntad acabarán en agua de borrajas –apunta Wiegand–: nuestros paisanos llevan tan metido en los huesos el obedecer que una única orden de cualquier descarado diluye la voluntad y la conciencia como se apaga una llama débil.

–Lo sabemos –dice Schröter–. Y para evitar a toda costa una orden como ésa, pondremos en acción a los tres subgrupos, pues sabemos muy bien que con un solo proyectil que salga disparado de los cañones de asalto o de los lanzagranadas se nos echará encima toda la artillería o una

manada de tanques o un ataque de los aviones de vuelo rasante. Si los rusos no topan con ninguna resistencia, tampoco dispararán.

–Está absolutamente claro –confirma Wiegand–. ¿Y qué pasa con la barricada contra tanques de la estación de la Landsberger Allee?

Schröter toma asiento y se acerca el mapa.

–La barricada antitanque de la estación de la Landsberger Allee constituye el hueso más duro de roer; en cierto sentido, se trata de un doble hueso, pues no sólo cuenta con la guarnición de la barricada, una unidad motorizada de las Juventudes Hitlerianas, sino también con la unidad de artificieros del puente sobre el tren de cercanías justo detrás del gran mercado de carne. Esta unidad de artificieros está bajo las órdenes de un teniente pionero y debe estar compuesto por una docena de hombres. Así que creo que nuestra tarea es desarmar a los de las Juventudes Hitlerianas antes de que puedan disparar un solo tiro y evitar además la voladura del puente.

–¿Y para ello nos has elegido? –pregunta Wiegand sin retirar la mirada del mapa.

–Así es –contesta Schröter–, debido al diezmo de nuestro grupo desgraciadamente debo...

–Está bien –le interrumpe el doctor Böttcher–. Por supuesto que estamos a tu disposición. No tiene mucho sentido hablar de ello de forma académica y hacer planes, debemos actuar más bien según las circunstancias actuales. Si le he entendido bien, camarada Schröter, debemos actuar como lobos disfrazados de ovejas.

–Exactamente –dice Schröter–, así es.

–La dificultad radica –si buscamos un denominadormenos en la reducción de la guarnición de la barricada y de la unidad de artificieros –opina ahora Wiegand– que en la elección del momento adecuado. No podemos intervenir un segundo demasiado tarde, ni tampoco un segundo demasiado pronto; no demasiado tarde porque no debemos permitir que los de las Juventudes Hitlerianas y los otros soldados empiecen a disparar y tampoco demasiado pronto porque entonces se nos echarán al cuello los de las ss o algunos otros verdugos fieles a Hitler. Nuestra tarea consiste en realidad en reconocer ese minuto en el que debemos izar la bandera blanca.

–Veo que nos entendemos –dice Schröter contento, y mira el reloj–. Son las cinco y media, creo que podemos partir.

–¿Con cuántos hombres contamos? –pregunta Wiegand.

–Vosotros tres, yo y otros dos camaradas –le contesta Schröter.

–Y yo –dice la muchacha.

Schröter dirige su mirada hacia ella.

–Esto no es para una muchacha, Petirrojo.

La muchacha sonrío.

–Esto es justamente algo para una pequeña muchacha –replica ella–, si la pequeña muchacha se convierte en el blanco de las miradas de los cien ojos de los belicosos miembros de las Juventudes Hitlerianas. Haré que pierdan la cabeza...

–... mientras los otros les retuercen el pescuezo –completa la frase el hombre de la chaqueta de cuero–. La pequeña tiene razón, llévatela contigo.

Schröter se pone de pie.

–Entonces vámonos. Iremos uno a uno, no hay nadie viviendo ahora en los cenadores, aunque la mejor parte del valor es la discreción. Münzer y Gregor, vosotros primero.

Les tiende la mano.

–¡Suerte, camaradas!

Los hombres se estrechan con fuerza las manos, entonces el hombre de la chaqueta de cuero abre la puerta y escucha atentamente. El fuego de artillería retumba como una tormenta que se despliega, las ametralladoras tabletean ocasionalmente y entre ellas resuenan los motores de los aviones. Entonces abandonan el cenador.

La voladura de los puentes sobre el tren de circunvalación constituye la última posibilidad de retrasar el avance de los tanques rusos hacia el centro de la ciudad. Uno de estos puentes pasa por encima de las vías del tren junto a la estación de cercanías de la Landsberger Allee. Desde el noreste la Landsberger Chaußee transcurre en línea recta entre los terrenos con huertos urbanos, sus cabañas y los bloques de nueva construcción hacia el puente, donde en una suave curva vira sobre el profundo corte del tren de circunvalación y se adentra primero como la Landsberger Allee y después como la Landsberger Straße directamente en el centro hasta la Alexanderplatz.

La barricada contra los tanques está construida detrás del puente, allí donde la calle alcanza de nuevo el nivel. Está hecha de adoquines, herrajes y escombros. En el centro se ha dejado un hueco lo suficientemente ancho para que pueda pasar el tranvía. A derecha e izquierda de la barricada hay dos camiones viejos que cuando hay que cerrar la barricada se colocan delante del puente.

La barricada está ocupada por diez miembros de las Juventudes Hitlerianas y del Volkssturm y auxiliares de los cañones antiaéreos y mantiene un débil contacto con los dos cañones de asalto de la Thaeerstraße y de la Storkower Straße mediante enlaces. Han leído las historias de indios del correspondiente del PK y han sido formados superficialmente en la utilización del lanzagranadas, aunque fuera de cuchillos de excursionista o bayonetas no poseen ningún arma. Aparte del excedente de los ocho lanzagranadas de los que disponen, están indefensos. Su líder es un cabo de primera de diecinueve años, que tiene muy buena voluntad, pero que no tiene ni idea y que está firmemente decidido a hacer aquello que se le ha inculcado como deber indispensable y que a su juicio está bien: luchar hasta el último aliento. Está bajo las órdenes del teniente de la unidad de artificieros, aunque de hecho puede decidir por sí solo, pues el teniente no se preocupa por nada, ha entregado el comando a un suboficial y se ha retirado al interior del matadero central, donde ha encontrado una caja de botellas de vermut, que va engullendo rápidamente una detrás de la otra. Los guías políticos, que antiguamente capitaneaban la guarnición de la barricada y amenazaban salvajemente en los sótanos de las casas colindantes a todo aquel con el que se topaban, y que sólo en pensamientos se atrevían a debatir sobre una posible rendición sin presentar resistencia, se han retirado mientras tanto al centro de la ciudad.

Cuando Schröter, el doctor Böttcher, Wiegand, Lassehn y la muchacha alcanzan la barricada, ésta permanece cerrada a excepción de un pequeño hueco para el paso de los viandantes. Frente a la barricada hay un hombre del Volkssturm con una carabina al hombro que la recorre de lado a lado.

–Le traigo a tres combatientes aplicados –dice Schröter, y le guiña el ojo al centinela.

–En orden –dice el centinela–, podéis apretujaros allí dentro.

Schröter es el primero que pasa por el hueco, mira a derecha e izquierda por detrás de la barricada y se vuelve de nuevo a medias.

–¿Todo en orden, Hans?

–Eso creo –le contesta el centinela–. Están todos en el puesto de guardia, a excepción de los dos enlaces, que están de camino.

–¿Y la unidad de artificieros?

–El teniente está otra vez o sigue borracho, aunque el suboficial ya ha colocado las mechas. Los rusos ya no están muy lejos, ¿verdad?

–En cualquier momento se pueden presentar. ¿Dónde están los lanzagranadas?

–Los ha entrado Thieme.

–¿Thieme?

–Sí, el cabo primera.

Schröter reflexiona durante un momento.

–Así que todos adentro y de nuevo: la contraseña es Stalingrado. Tú, Lassehn, mejor que escuches, y no coquetees con Petirrojo, déjalo para más adelante.

El rostro de Lassehn se sonroja repentinamente.

–Se lo ruego, camarada Schröter...

–Está bien –dice Schröter, y hace un gesto de rechazo rápido con la mano–, no estoy para nada en contra, por mí haz lo que te parezca, pero por favor ahora concéntrate. Y tú, Petirrojo...

–Viejo gruñón –ríe la muchacha–. ¿No tendrás envidia?

Schröter hace un movimiento impaciente con la mano.

–¡Deja de hablar, muchacha! ¡Vamos ya!

Se introducen apenas por el estrecho hueco. A pesar de que se trata de la misma calle tienen la sensación que de alguna manera han entrado en el centro de la ciudad. Tras la barricada se abre ante ellos ancha y vacía la Landsberger Allee con sus viviendas de cuatro pisos. Aquí y allá destacan ruinas incendiadas y derruidas como raigones abandonados entre las casas no destruidas o sólo dañadas. La calle está desierta, sólo de vez en cuando una sombra se desliza rápidamente por ella. Al igual que cintas oscuras transcurren las vías oxidadas del tranvía, el ligero vaho del inicio del crepúsculo ha descendido, la noche es gris y ya no tiene el brillo del sol que se ha puesto. Las casas permanecen frías y reservadas, cada una de ellas una isla para sí misma, las viviendas permanecen desiertas, únicamente los sótanos bullen como hormigueros, imperan el miedo y el horror a lo incierto, a lo que se prepara allí arriba, a 50, 100 o 200 metros, donde se sitúan los cañones, en el puente, en la barricada antitanque, en los hoyos para un solo hombre en el terraplén de las vías férreas y en las torres de los cañones antiaéreos en Friedrichshain. Las personas no sólo se agazapan frente a los peligros que la batalla les depara, también pesa sobre ellas la sombra de los jefes de servicio, del inmueble y de la unidad, de las líderes de los grupos de mujeres, los denunciadores y gente de mala vida. Aunque ahora se respira un poco mejor, en el aire retumba, gracias al zumbido de los motores de los aviones y el tronar de la artillería, la fanfarria de la libertad.

Schröter lanza una breve mirada a la calle despoblada.

–Allí está el puesto de guardia –dice, y señala una casa baja hecha de ladrillo rojo.

Entran en ella. El puesto de guardia es una caja de depósitos de un banco; en la sala de ventanillas hay mesas, bancos, sillas; tras los mostradores hay esparcida paja, hay cuatro hombres durmiendo con los abrigos por encima de sus cabezas, otro está ocupado en alimentar una estufa de carbón con madera y legajos. Otros dos andan ocupados abriendo latas de carne. En un sillón cercano a la puerta hay un hombre del Volkssturm sosteniendo una carabina entre las rodillas.

–Bueno, aquí traigo más refuerzos –dice Schröter, y lanza una mirada a su alrededor.

–¡Heil Hitler, camaradas!

De una hornacina del fondo emerge un joven grandullón de cabello rizado y rubio, viste una chaqueta marrón con cordel, unos pantalones de pana cortos marrones, botas recias y calcetines

enrollados hasta los tobillos, pasa por encima del mostrador con un dinámico volteo lateral y les tiende la mano a Lassehn, el doctor Böttcher y Wiegand.

–Thieme, cabo primera –se presenta.

Schröter y los demás responden al saludo de forma vaga y se sientan a la mesa.

–¿Ya ha cerrado usted la barricada? –pregunta Schröter.

–Sí –contesta el cabo primera–. Lo que llega desde el este por Hohenschönhausen se desvía hacia el norte y el sur, bien hacia Weißensee o bien hacia Lichtenberg.

–Así que prácticamente nos hemos quedado solos –opina Wiegand–. ¿O quizá espera usted refuerzos del centro de la ciudad?

–Naturalmente –contesta el cabo primero, animado–, solos apenas podemos mantener esta posición.

–En cualquier caso, las reservas deberían de llegar pronto –dice Schröter.

–¿Mantiene usted contacto con los comandantes de combate? ¿Está usted en contacto quizá con el Alto Mando en la retaguardia?

–No... –contesta el cabo primero, dubitativo.

–¿Cómo se plantea usted la defensa aquí? –pregunta el doctor Böttcher–. Sus lanzagranadas se quedarán rápidamente sin munición.

–Olvida usted la unidad de artificieros y los cañones de asalto –replica el cabo primero–. Además, los jefes políticos destinados en primer lugar a esta barricada nos prometieron que se ocuparían de los refuerzos. No obstante, no sé si...

Se detiene desconcertado.

Schröter se ha sumido en sus pensamientos cuando ha descubierto los lanzagranadas. De nuevo se dirige al cabo primera.

–¿Y qué pasa con la unidad de artificieros? ¿Ya se ha puesto de acuerdo mientras tanto con el teniente?

El cabo primera se muerde el labio superior.

–No he tenido... hasta ahora no he tenido la oportunidad de hacerlo –dice lentamente–. El señor teniente tiene fuertes dolores neurálgicos... y el suboficial no sabe muy bien lo que quiere, sólo le preocupa su puente...

–Cada uno sigue su rutina –dice Wiegand–, paso a paso en la dirección señalada en principio, órdenes son órdenes, da igual de qué orden se trate o si mientras tanto ésta ha perdido su sentido (si es que llegó a tenerlo en su momento) o si incluso se ha convertido en todo lo contrario.

–No le entiendo, camarada –dice el cabo primero, extrañado–. Bajo el lema «Órdenes son órdenes» Alemania se ha vuelto fuerte y se ha restablecido como la Gran Alemania.

–No conozco a la gente de la unidad de artificieros –dice Schröter sin ocuparse de sus palabras–, ¿aunque con ellos no se puede hacer mucho Estado?

El cabo primero se muerde los labios y vuelve a precipitarse.

–Sea como sea –dice entonces decidido–, cumpliremos con nuestro deber con el Führer y con el pueblo.

–Naturalmente que lo haremos –dice Schröter–, aunque ahora debemos ocuparnos de la organización de la defensa. ¿O tiene usted algo parecido a un plan?

–En realidad aún no –contesta el cabo primera–, hasta ahora me he ocupado básicamente de la vigilancia de la barricada. Por otra parte sólo hoy a primera hora se me ha entregado el comando.

Schröter asiente.

–Entiendo, aún le falta a usted un poco de experiencia, no se avergüence por ello, aunque

supongo que no tendrá usted nada en contra si nosotros, viejos soldados de la Primera Guerra Mundial, tomamos el asunto en nuestras manos.

–Naturalmente que no, camarada –contesta el cabo primero, evidentemente halagado por la pregunta respetuosa de Schröter–, incluso les estoy agradecido si me apoyan.

–¡Bien! –dice Schröter, y lanza una mirada a Wiegand y al doctor Böttcher–. ¿De cuántos hombres dispone usted?

–En cuanto regresen los dos hombres seremos doce.

–Nosotros somos seis, así que magnífico: dos hombres de los suyos por cada uno de los nuestros; cada uno de los grupos dispone de un lanzagranadas y los dos restantes se quedan en la reserva. En cuanto se haya volado el puente, la unidad de artificieros se sumará a nosotros. ¿De acuerdo?

El cabo primero asiente.

–Absolutamente. ¿Debo hacer ahora la división?

–Sería lo más idóneo –dice Schröter.

Despiertan a los durmientes, los miembros de las Juventudes Hitlerianas y los auxiliares de los cañones antiaéreos forman. Mientras el cabo primero suelta un corto discurso y se ocupa de la asignación de cada uno, Lassehn examina con la vista los rostros de los jóvenes. La furia se apodera de él, no en contra de esos muchachos, que han sido forzados violentamente a ser héroes y cuyos pensamientos, antes de que pudieran formar los suyos propios, han sido manipulados. Aún tienen rostros aniñados, apenas ninguno de ellos muestra sobre el labio superior una pelusilla, aunque su mirada es dura y su rostro, consciente de sí mismo. ¿Alguna vez fueron realmente jóvenes, libres de toda obligación y deber, felices, curiosos mentalmente? ¿Aún no saben que son arcilla en las manos del mentiroso, autómatas pensantes, máquinas mentales, que sus sentidos se han vuelto romos y que ya no son capaces de distinguir entre lo justo y lo injusto, la libertad y la falta de libertad, el espíritu creativo y el destructivo, Cristo y el Anticristo? ¿Es que no notan que están como paralizados en su pensamiento, ciegos a la hora de reconocer, inmaduros en el conocimiento? ¿Aunque cómo podrían notarlos? ¿Puede echar de menos un animal, nacido en cautiverio, la libertad, la caza en libertad?

Lassehn se sobresalta cuando se dirigen a él.

–Provisionalmente usted queda libre, camarada –le dice el cabo primero–. Hágase cargo de los dos enlaces, que aún están de camino, y quizá también de nuestra valiente muchacha de la autodefensa. Creo que ya llegan los enlaces...

Se abre la puerta, pero no son los dos hombres que entran, sino dos hombres mayores, llevan los brazaletes azules de los refugios antiaéreos, cascos de acero y máscaras de gas al cinto. Uno de ellos es un hombre mayor con un bigote encanecido, el otro un anciano de estatura mediana y rechoncho, con una ancha cicatriz de color rojo claro en la mejilla derecha.

–Buenas noches –dice el hombre de la cicatriz y mira curioso a su alrededor.

–¡Heil Hitler! –dice el cabo primero, y levanta el brazo en forma de saludo.

Ambos hombres murmuran unas cuantas palabras ininteligibles.

–Quién es... Quiero decir, quién es aquí el... –empieza a decir el hombre rechoncho–. Bueno, queremos hablar con el que corta aquí el bacalao, quien está a cargo del chiringuito.

–Soy yo –dice el cabo primero–. ¿Qué es lo que quieren?

–¿Tú? –pregunta el viejo sorprendido y recorre con la mirada al cabo primero de la cabeza a los pies–. Hombre, eso no te lo crees ni tú mismo. Ayer aquí había unos cuantos del Partido, unos cuantos faisanes dorados, ¿dónde están?

–Han sido trasladados a otro puesto y me han entregado a mí el mando –responde el cabo primera.

–En buen alemán diríamos que han puesto pies en polvorosa –hace constar el hombre de la cicatriz y hace una mueca despectiva con los labios.

–¡Pero qué se ha creído usted! –exclama el cabo primera indignado.

–No te alteres de esta manera, pequeño –dice el hombre, apaciguador, y le da un empujón a su acompañante–, no tenía intención.

–Eso espero –dice el cabo primero, glacial, aunque con un tono algo más calmado–, ahora, en las horas más difíciles por las que atraviesa nuestra patria, debemos ayudarnos mutuamente.

El viejo asiente.

–Así es, ayudarnos mutuamente, joven, ésa es la razón de que estemos aquí.

–Dígame entonces –dice el cabo primero satisfecho–. Si les he entendido bien, camaradas, quieren luchar a nuestro lado...

El viejo observa al cabo primero perplejo y a continuación deja caer su mirada confusa en uno y otro.

–¿Luchar? Yo siempre estoy luchando.

–Luchar, por supuesto –confirma el cabo primero–. ¿O cuál es la razón de que hayan venido?

El hombre de la cicatriz empuja ahora con fuerza al anciano a un lado.

–Somos los vigilantes de los refugios antiaéreos de Ebertystraße y de Thorner Straße y hablamos en nombre de más de una docena de vigilantes de refugios de Cotheniusstraße, Paul-Heyse-Straße y Kochhannstraße...

–¿Así que en cierto sentido se trata de una delegación? –lo interrumpe el cabo primero.

–Puede llamarlo como quiera –le contesta impaciente el hombre de la cicatriz–. Y ahora le ruego que no me interrumpa más, pues lo que tenemos que exponerle es urgentísimo.

Inspira profundamente y mira al cabo primera fijamente.

–Hemos venido aquí para pedirnos que no se ofrezca una resistencia innecesaria. Nuestros sótanos...

El rostro del cabo primera refleja una total perplejidad, mira a su alrededor como si buscara algo.

–No entiendo...

–¡Ahora hablo yo, diablos! –brama el hombre de la cicatriz–. Nuestros sótanos están a rebosar de personas mayores y enfermas, mujeres, niños y bebés, no queremos que al final tengan que irse al carajo, sólo porque vosotros...

–Ya es suficiente –lo interrumpe el cabo primero–, no quiero ni oír lo que me está pidiendo usted.

–Métele una granada de mano en todos los morros –dice uno de los auxiliares de los cañones antiaéreos–. ¡Vaya gentuza más cobarde! ¡Sois chusma derrotista y unos traidores!

–¡Cierra el pico, mocosos! –le grita furioso el hombre de la cicatriz–. ¿Qué sabrás tú lo que sucede aquí? ¡Aún estás entre mantillas! Debes sentirte muy orgulloso de poder jugar aquí a soldados y hacerte el hombre fuerte, ¿verdad?

–¡Horst, hombre, dale una buena tunda! –exclama otro.

–¡Silencio ahora! –grita el cabo primero–. ¿Sabe usted que podría ponerle sin más frente al paredón? –Se vuelve a dirigir al vigilante del refugio antiaéreo–. Sin embargo, no voy a tomarme sus intenciones en serio, lo voy a achacar a...

–¡Hombre, estoy a punto de reventar! –brama el hombre de la cicatriz, y levanta la mano–. Un

mocosos como éste quiere...

Wiegand intercepta rápidamente el brazo alzado y se coloca entre el hombre y el cabo primero.

–Tranquilo, camarada, tranquilo...

El otro se sacude la mano.

–Y vosotros, tú y tú y tú –dice señalando a Schröter y a los otros–, estáis sentados aquí y permitís que este pillo os imparta órdenes. ¡Sois unos cabrones, unos espantosos cabrones! ¡Y que no os dé vergüenza!

–¡Ya es suficiente! –dice en voz alta el cabo primero–. ¡Váyase usted! No tengo nada que negociar con usted. Estamos aquí para desempeñar nuestro deber, para responder de nuestra fidelidad al Führer y, si el destino así lo depara, para morir.

–La decisión de morir la puedes tomar por ti mismo –le replica el hombre de la cicatriz–, por ti mismo, a saber, pero no por otros. Hablas de morir como un ciego habla del color. Hombre, ¿no te das cuenta de que son todas palabras huecas?

–¡Cállese usted! –le grita el cabo primero.

–¡No permito que tú me prohíbas hablar! ¡Te falta un bozal, jovencito!

–¡Yo estoy aquí por nuestro pueblo alemán!

–¡Muy bien! Resulta que a nosotros nos envía el pueblo –interviene el anciano del bigote canoso–. Quizá mi colega se ha excedido un poco y se ha expresado toscamente –transige–, aunque no quería decir eso. Escucha con atención, joven, en nuestros sótanos sólo hay gente mayor, mujeres y niños. ¿Quieres que la diñen ahora por absolutamente nada?

–Por Alemania, ¿a eso lo llama usted absolutamente nada? –dice el cabo primero indignado.

–¡Echadlos de aquí con cajas destempladas! –grita un auxiliar de los cañones antiaéreos.

–¡Una bala en el culo! –grita otro–. ¿Por qué le das al pico tanto tiempo con estos dos tíos viejos y chochos?

El viejo examina al que ha abierto la boca con una mirada compasiva.

–«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»; está escrito en la Biblia –dice de forma casi solemne.

–¿Qué queréis hacer hombrecitos como vosotros contra los rusos? –pregunta el hombre de la cicatriz–. Avanzan hacia vosotros con tanques, cañones y cazas; si no os pegan un tiro, os aplastarán como chinches.

–Le exijo una vez más que abandone el puesto de guardia –dice el cabo primero.

–Está bien, está bien –dice el hombre de la cicatriz y se encoge de hombros–, con vosotros no hay nada que hablar y con vosotros –e indica con la cabeza hacia Wiegand, Schröter y el doctor Böttcher–, tampoco. Estos mocosos son simplemente imbéciles, pero vosotros sois unos cobardes e irresponsables, lo que es mucho peor. ¡Aunque ya os lo digo, en cuanto aparezca el primer soldado ruso, sacaremos las banderas blancas! Vosotros ya podéis destrozarnos por vuestro querido Führer.

–Le llamo la atención sobre el hecho –dijo el cabo primero– de que, según el decreto del doctor Goebbels, se sitúan ustedes fuera de la comunidad del pueblo.

–¡Nos situamos! –dice el hombre de la cicatriz–. ¡Nos situamos con mucho gusto! Uno no puede hablar en francés con una vaca, y con un nazi no se puede hablar de forma sensata. Ya deberíamos haberlo sabido. ¡Vámonos, Albert!

–¡Les acompañamos! –dice Wiegand rápidamente, y le lanza una mirada a Schröter–. No sea que hagan alguna estupidez allí fuera, cabo primero –se dirige al cabo primero mientras asiente tranquilizador.

Una vez están en la calle, Wiegand mira prudente a su alrededor y entonces le agarra al hombre de la cicatriz por el brazo y le dice en voz baja:

–Preparadlo todo en vuestras casas para la entrega, colegas, pero andad con cuidado, no saquéis las banderas blancas demasiado pronto, guíaos por nosotros, apostad a unos cuantos de confianza en los pasillos de vuestras casas.

El hombre de la cicatriz y el viejo se le quedan mirando incrédulos.

–No te entiendo. Dices que debemos...

–Sí, así es, sí –dice Schröter, impaciente–, ya lo has entendido bien. ¿Qué te crees tú, que no nos ha costado esfuerzo manteneros allí dentro con la boca cerrada? Hombre, no estamos aquí para luchar, sino para evitar la lucha. ¿Has oído hablar alguna vez del enano saltarín?

–Claro, es el...

–Sí, ése –lo interrumpe Schröter rápidamente–, pues esto de aquí es asunto del enano saltarín. Puedes estar seguro de que funcionará. ¿Está claro?

–¡Está claro! Aunque hay algo que todavía no entiendo...

–¿El qué? ¡Rápido, rápido!

–¿Por qué no sacáis ya la bandera blanca y sacáis a los chavales de Hitler a guantazos del chiringuito?

–¡Porque no queremos ponernos en peligro innecesariamente! –responde Wiegand–. ¿O te crees tú que nos hace ilusión que los de las SS se nos echen encima? La bandera blanca se alzaría cuando lleguen los rusos, no antes.

–¿Tras haberos cargado antes a los chavales?

–¡Tonterías! –dice Schröter con un movimiento rápido de la mano–. ¿Qué culpa tienen los niños? Los encerraremos hasta que todo haya pasado. Bueno, ahora en marcha, preparadlo todo, pero no lo comentéis con nadie. ¡Que vaya bien!

–Sois buenos tipos –dice el hombre de la cicatriz–, ya sabréis sacar adelante el asunto. ¡Bueno, vámonos de una vez!

Los hombres se estrechan las manos y a continuación los dos vigilantes de los refugios se adentran en la calle.

–Ambos han tenido mucho valor para venir hasta aquí –dice Schröter mientras se los queda mirando–. Parece ser que el valor no ha desaparecido del todo.

–Consuela saberlo –dice Wiegand.

Después entran de nuevo en el puesto de guardia.

–¿Han hablado con ellos? –pregunta el cabo primero.

–Les hemos explicado de nuevo nuestro punto de vista –contesta Wiegand–. Gente tan mayor llega a resultar curiosa y usted es aún un poco joven, cabo primero, aunque puede usted estar seguro de que esos dos no harán tonterías.

–Entonces está todo en orden –dice el cabo primero y respira aliviado–. Se lo agradezco.

–No hay nada que agradecer –dice Schröter, y sonrío–, ha sido un placer.

El cabo primero asiente y se da la vuelta.

–Völkmar, puedes ir a relevar al centinela.

Mientras el interpelado se pone el abrigo gris azulado, la puerta se abre de repente, entran a trompicones dos miembros de las Juventudes Hitlerianas con sus bicicletas. Jadean y gesticulan violentamente con los brazos.

–Ya ha empezado –dice uno de ellos–, los rusos ya están en el Weißenseer Weg, en

Hohenschönhausen apenas se ha presentado resistencia, ya avanzan lentamente hacia Oderbruchstraße.

–¿Y qué es lo que pasa con la unidad de artificieros? –pregunta el cabo primero.

–No lo sabemos –contesta el otro enlace–. Deberíamos...

–Voy rápidamente a ver lo que pasa allí –dice Wiegand a toda prisa–, no sea que se olviden del asunto. Lassehn, ven conmigo, y no te olvides de tu fusil.

–Usted quiere... –empieza a decir el cabo primero.

–... ver si todo está en orden –completa la frase Wiegand.

Antes de que el cabo primero pueda decir algo, Wiegand y Lassehn abandonan la caja de depósitos y se abren paso a través de la barricada. Ante ellos se extiende la Landsberger Allee, que traza una curva llana sobre el tren de cercanías en el cruce de calles que hay donde se encuentra la caseta de control. En el aire se respira una quietud singular, no se oye el silbido de los tranvías, ni el chirrido de los frenos del tren de cercanías, ni las bocinas de los automóviles, el balar y gruñir desde el matadero, ninguna voz, ningún paso, ningún timbre de bicicleta; los variados ruidos de la gran ciudad están como extinguidos, en el aire sólo está el moler traqueteante de las cadenas de los tanques y el gorjeo de los gorriones, en alguna parte zumban los aviones y truenan los cañones, aunque estos sonidos no tienen nada que ver con esta calle. Esta calle está vacía y en silencio. Berlín es una gran ciudad; lo que pasa una docena de calles más allá, ya es otro escenario de guerra.

Lassehn y Wiegand recorren los cien metros hasta el puente a paso ligero. En un restaurante en la entrada a la estación del tren de cercanías se ha situado el puesto de guardia. La puerta está completamente abierta. Wiegand y Lassehn lanzan una mirada hacia el interior, pero el local está vacío y muestra todas las señales de haber sido abandonado apresuradamente.

¿Dónde está la unidad de artificieros? Con unos cuantos pasos rápidos se plantan en la oscura sala de ventanillas de la estación. Se les echa encima la soledad y la desolación, el único ruido que hay es el del viento, que hace ir de un lado a otro un anuncio suelto... Entonces se oyen unas cuantas voces, en el andén hay alguien hablando. Lassehn y Wiegand descienden rápidos las escaleras, se encuentran frente al andén, solitario y en un silencio irreal. En el indicador de dirección aún se lee *Circunvalación por Ostkreuz* y allí también están los hombres de la unidad de artificieros sobre las vías mirando hacia el puente, que se extiende enorme y compacto frente a ellos sobre ese cruce de vías.

–Realmente es una lástima por un puente tan bonito –dice uno de los pioneros.

–La lástima está muerta –dice el suboficial y mantiene la mecha en la mano–. Vamos ya, en retirada, siempre en dirección hacia Weißensee.

Mira su reloj de muñeca y dice:

–En dos minutos la enciendo.

–No, no la enciendas –grita Wiegand–, aún hay retaguardia de camino.

El suboficial se encoge de hombros.

–Entonces tendrán que ir por la zona de los huertos urbanos o subir por la Storkower Straße, tengo órdenes de volarlo cuando los primeros tanques rusos aparezcan en el Weißenseer Weg y ya están allí, incluso ya lo han superado, así que lo demás no me importa. Vamos, largaos o volaréis junto con el puente.

Con algo de prisa empieza a manipular la mecha.

Lassehn y Wiegand le siguen.

–Sé razonable, camarada –dice Wiegand.

–Déjame en paz –le rehúsa el suboficial–. No estoy aquí para pensar en el sentido común o en la falta de juicio, en lo que tiene sentido o resulta absurdo, sino simplemente para cumplir con una orden. ¿O te crees tú que me voy a tragar un marrón por no haber cumplido con una orden? ¡Deja que el puente se vaya al diablo!

–Tras la victoria final todo se volverá a construir más bonito –dice Lassehn con amargura, y da un paso hacia el suboficial–. No la vas a encender.

–¡Cierra el pico! ¡Atención, a cubierto, voy a encenderla!

Activa la mecha y se lanza hacia el terraplén.

Lassehn y Wiegand saltan por encima de la barra conductora y caen sobre él, pero demasiado tarde. Se quedan mirando el puente y a la espera del gran impacto, al que seguirán un surtidor de luz, un estallido rasgador y un tirón. Después el arco central del puente volará hacia el cielo gris. Sin embargo, no ocurre nada de eso, nada cambia, el puente sigue elevándose todavía intacto en un suave arco por encima de las vías del tren. El silencio extrañamente petrificado de una estación de tren desierta flota sobre el recinto, en la rampa de carga frente al gran almacén frigorífico hay aparcada una fila de camiones frigoríficos grises holandeses. En las vías de depósito hay unos cuantos vagones a gran distancia el uno del otro.

–¡Encendido defectuoso! –dice el suboficial y sale del terraplén de las vías.

Examina a Lassehn y a Wiegand con unas cuantas miradas indefinibles y les dice:

–Vosotros quedaos aquí hasta que vuelva.

–Deja que subamos con nuestra unidad –dice Wiegand.

El suboficial se lo piensa y asiente.

–Por mí..., pero id rápidos, si no...

No llega a terminar la frase.

Wiegand y Lassehn trepan al andén y caminan por él con pasos rápidos en dirección hacia el puente. El suboficial hace un movimiento con la cabeza en dirección hacia las escaleras:

–¡Vamos, desapareced!

Wiegand intercambia una mirada con Lassehn. Suben los primeros escalones, pero detienen sus pasos cuando ya no están a la vista.

–Quiere lanzar una granada de mano a la cámara de demolición –murmura Wiegand alterado–. ¡Vamos, descalcémonos!

A toda prisa y con los dedos temblando de la excitación se descuerdan las botas y vuelven a descender las escaleras en silencio. Se abalanzan sobre el suboficial, que va en dirección al arco del puente y sujeta una granada en la mano alzada y amenazante. Está completamente concentrado en su tarea y observa fijamente el pilar del puente gris verdoso, cubierto de hollín. Ya está a punto de lanzar la granada, cuando Lassehn le agarra por el brazo y se la arrebató, mientras Wiegand le apunta con la pistola lista para disparar.

El suboficial no se defiende, sólo se limita a mirarlos con aire sombrío.

–Esto os costará caro –dice afónico.

–Ahórrate las palabras –dice Wiegand–. Vuelve con tu gente o, aún mejor, consigue unos cuantos harapos y regresa a casa. ¿O es que no tienes suficiente?

–Claro que tengo suficiente –dice el suboficial–. Sin embargo, habláis lo que os conviene. Como me pidan cuentas por no haber cumplido las órdenes, vosotros seréis los culpables.

–No presumas tanto –dice Wiegand, mientras se vuelven a acordonar las botas–. No puedes hacer nada si el encendido ha sido defectuoso. Así es. Que te vaya bien.

El suboficial permanece allí con los hombros caídos, se da la vuelta y recorre el andén.

–No les falta razón –murmura para sí mismo–, aunque órdenes son órdenes, así son las cosas.

Wiegand y Lassehn ya ni le escuchan, ascienden a toda prisa los escalones de dos en dos y de tres en tres. La calle sigue completamente vacía, aunque ya se percibe el ruido de los tanques rodando, de vez en cuando se produce un estallido duro y seco.

–Lo hemos conseguido –dice Wiegand, y toma aire profundamente–. ¿Oyes, Lassehn, cómo ruedan los tanques?

–Sí –contesta Lassehn–, finalmente ha llegado el momento. Esperemos que el cañón de asalto de allí delante no empiece a disparar.

–Paciencia y barajar. ¡Vamos!

Se dirigen de nuevo rápidamente hacia la barricada. El cabo primero ya los está esperando.

–¿Qué es lo que ha pasado con el puente? –pregunta precipitadamente,

–Todo está en orden –le contesta Wiegand–. El puente saltará por los aires en cuanto el primer tanque pase por encima de él.

–Estupendo –dice un joven auxiliar de cañón antiaéreo que permanece junto a él–. Estoy deseoso de ver cómo los bolcheviques ascienden hasta el cielo.

–No es motivo de alegría –no se puede contener de comentar Lassehn–, los rusos también son personas, tienen mujeres e hijos, y padre y madre.

–Madre mía –dice el auxiliar del cañón antiaéreo–, ¿acaso es usted del siglo pasado? «El piojo también es un animal», ha dicho el doctor Goebbels.

–Nada de explicaciones ahora –le reprende el cabo primera–. No estamos aquí para discutir, sino para cumplir con las órdenes que nos han impartido.

Schröter se orienta mediante unas cuantas miradas y se entiende con Wiegand con un guiño del ojo. Mientras tanto la barricada está ocupada. En las elevaciones que hay tras las barricadas hay dos miembros de las Juventudes Hitlerianas, dos auxiliares de los cañones antiaéreos, los dos hombres del Volkssturm, así como el doctor Böttcher. Tienen frente a ellos los lanzagranadas y las carabinas.

–Haga que se formen de nuevo, cabo primera –dice Schröter–. Aún no tenéis experiencia, así que me gustaría daros unos cuantos consejos.

–¿Formar de nuevo? –pregunta el cabo primera–. No quisiera hacerlo ahora, oiga usted cómo se acercan rodando los tanques, cada vez están más cerca.

Escucha atentamente.

–No pueden estar muy lejos de la caseta de control. ¿Por qué no dispara el cañón de asalto? ¡Hace tiempo que debería haber abierto fuego! ¿Lo entiende usted?

Schröter se le queda mirando atentamente, pero no le contesta enseguida, también él escucha atentamente, sus ojos se han entornado, las puntas de su frondoso bigote tiemblan bajo las rápidas sacudidas de su respiración. El traqueteo de las cadenas sobre el asfalto es cada vez más audible, aunque no se oye ni un disparo, el cañón de asalto está en silencio, los tanques no disparan, sólo siguen traqueteando.

–Sí, claro, lo entiendo perfectamente –dice Schröter decidido y retrocede unos cuantos pasos–. ¡Escuchad todos, camaradas de las Juventudes Hitlerianas y del Volkssturm! –exclama en voz alta.

Todos se dan la vuelta, Wiegand y Lassehn atienden una señal de Schröter, se colocan junto a él y descuelgan sus carabinas del hombro.

El traqueteo de los tanques se convierte en un retumbar.

–¡Ha llegado el gran momento! –exclama Schröter, y busca la mirada de su gente–. ¡En memoria de los héroes de Stalingrado! ¡Así es, de *Sta-lin-gra-do*!

Lassehn, Wiegand y Schröter empuñan sus carabinas y apuntan.

—¡Manos arriba, chavales! —grita Schröter—. ¡Se ha terminado ya el juego de la guerra! ¡Manos arriba!

El retumbar de los tanques aumenta cada vez más.

Los miembros de las Juventudes Hitlerianas y los auxiliares de los cañones antiaéreos están completamente sorprendidos, aún no entienden la situación y se limitan a reír.

—¡Éste está quizá de broma! —dice uno de los auxiliares de los cañones antiaéreos.

—¡No le falta sentido del humor! —dice uno de los enlaces.

Únicamente el cabo primero ha empalidecido, es el único que ha visto la mirada oscura y decidida de Schröter y ha entendido que no se trata de una broma ni de sentido del humor. Se mantiene allí, dispuesto a abalanzarse, las manos preparadas como garrotes.

—¡Manos arriba! —exclama Schröter de nuevo.

El doctor Böttcher y los dos hombres del Volkssturm separan a los jóvenes de la barricada. Éstos alzan los brazos vacilantes.

—¡Vamos, al puesto de guardia! —les ordena Schröter.

El primer tanque gira desde la Oderbruchstraße junto a la caseta de mando y se adentra en la Landsberger Allee, el coloso de acero gris se coloca bien ancho en el centro de la calzada, amenazador se alza su cañón.

—¡Bandera blanca! —exclama Schröter.

—¡Jamás capitularemos! —grita el cabo primero, salta sobre la barricada y empuña uno de los lanzagranadas. Sin embargo, en el mismo instante Lassehn ya se ha abalanzado sobre él, le rodea con ambos brazos por la espalda y se pega a él con fuerza.

El primer tanque se detiene y después se dirige hacia la acera. Otros tanques aparecen desde la Oderbruchstraße, forman en diagonal y ruedan lentamente en dirección hacia el puente.

Los miembros de las Juventudes Hitlerianas marchan humillados y con los brazos en alto hacia el puesto de guardia. Lassehn y el cabo primero ruedan sobre la calle, el tronar de los tanques se convierte en un rugido de acero.

En la barricada contra los tanques de la estación de los trenes de cercanías de la Landsberger Allee ondea una bandera blanca. Y al igual que antes había luz en las ventanas, aquí y allá, ahora en las casas empiezan a ondear banderas blancas por todas partes. La calle oscura, fría y desierta se ha visto inundada de repente de gritos de júbilo blancos.

La mañana del 23 de abril amanece nublada. La luz del día que se inicia es de un gris pálido, reemplaza la oscuridad lentamente y sólo saca vacilante las calles de la oscuridad. Estas calles, que antes estaban iluminadas y por las que transitaban innumerables personas, en las que se oían las risas y el buen humor. Hoy se han convertido en las primeras líneas de suministro del frente y conducen directamente a la muerte. La noche ha sido relativamente tranquila, ha sido una noche oprimente y angustiosa, y se ha extendido por toda la ciudad; la noche de una ciudad en el frente. De vez en cuando el fuego de artillería ha destellado como una tormenta lejana en el silencio o los cazas nocturnos han bramado sobre las casas y han dejado caer los proyectiles como estrellas fugaces que se hacen añicos. Aunque tras estos ruidos permanecían invisibles, inquietantes y amenazantes las legiones de los soldados enemigos, las columnas de sus tanques y los escuadrones de sus bombarderos, preparados para iniciar la tormenta en cualquier segundo, desencadenar un huracán de fuego, poner en marcha los motores de los tanques y de los aviones, y abalanzarse como una ola violenta sobre la ciudad para devorarlo todo.

La gente ha permanecido en los sótanos hasta la caída del día, no se ha dado cuenta del cambio de luz, únicamente los relojes certifican que han finalizado las horas diurnas y se han iniciado las horas nocturnas, que un nuevo día ha sustituido al anterior. Los minutos transcurren eternamente lentos, cada uno de ellos resulta desesperante y es denso como el aceite, sólo vacilantes y de mala gana se suceden formando horas. La oscuridad impenetrable se ha extendido por los sótanos, en ellos sólo hay respiraciones, resuellos, gemidos y ronquidos, atravesados por el gemido de un bebé o el grito fruto de alguna pesadilla, y alegros sólo durante unos minutos por el llamear del cabo de una vela. Los pulmones respiran como fuelles, los corazones como bombas, en los cerebros se funden los pensamientos unos con otros de forma amorfa como el plomo candente.

El nuevo día de mañana se queda fuera, no penetra a través de las puertas de hierro en los sótanos. El cansancio, la rigidez, el embotamiento, el desvalimiento perduran como sombras y únicamente el recurso mecánico del reloj les concede a las personas la conciencia de que fuera de sus catacumbas la luz del cielo inunda la ciudad y se cuele por las ventanas de las viviendas vacías. Con el nuevo día, que se inicia en alguna parte, lejos de allí, irrumpe sobre las personas un nuevo suplicio, se acrecienta la incertidumbre, se alarga la espera, el final de la noche no aporta luz, no reanima el espíritu, no estira los miembros, pues a medida que aumenta la claridad empieza de nuevo el fuego de artillería, se reinician los ataques aéreos, el frente, que se había entumecido en los extremos oscuros de la noche, vuelve a ponerse en movimiento.

En la cocina de la vivienda de Klose trabajan Lucie Wiegand y Klose, Lassehn está sentado sin hacer nada en el alféizar de la ventana. En el fogón arde un fuego, pero ya no hay suministro de gas.

—Las siete pasadas —dice Lucie Wiegand—. ¿Dejamos que los hombres sigan durmiendo?

—Creo que sí —contesta Klose y parte en dos un leño de madera—, están muertos de sueño. Mientras voy a buscar agua.

—Ya voy yo —dice Lassehn, y da un salto.

–Vaya con cuidado –le advierte Lucie Wiegand–, se ha iniciado de nuevo el tiroteo.

–No es suficiente con ir con cuidado –dice Klose–, también hay que tener suerte, no todas las balas alcanzan su objetivo. Ve con Dios, Joachim, pero vete de una vez.

Una vez se ha ido Lassehn, Lucie Wiegand recorre silenciosa el pasillo, abre con cuidado las puertas y mira en el interior de las habitaciones. En la habitación, que da directamente al local, duermen aún el doctor Böttcher, Schröter y el nuevo, que ayer llegó con los otros hombres y al que llaman Gregor. El sofá donde ha dormido Lassehn está vacío. Schröter duerme sentado sobre dos sillones, la cabeza le cuelga a un lado como sin vida, las puntas de su bigote tiemblan con los golpes de su respiración. El doctor Böttcher y el nuevo están tumbados sobre dos colchones, han enrollado sus abrigos y los han colocado como cojines bajo sus cabezas. En el dormitorio está tumbado Wiegand, ha cruzado los brazos bajo la cabeza y tiene los ojos completamente abiertos.

–¿Ya estás despierto? –pregunta Lucie Wiegand, y entra en la habitación.

Wiegand se desliza de la cama.

–Me acabo de despertar –contesta–. Buenos días, Lucie. ¿Ya estás trabajando?

–Buenos días, Fritz –contesta Lucie Wiegand–. Hay que hacer café, preparar el pan, tenemos tres hombres más a los que dar de comer.

Wiegand acerca a su mujer.

–Madre de la compañía ilegal –dice y le acaricia el pelo–. ¿Los otros aún duermen?

–Sí –dice Lucie Wiegand–, sólo Lassehn ha ido a buscar agua. ¿Quién es ese tal Gregor?

Wiegand se encoge de hombros.

–No conocemos su nombre verdadero, Schröter sostiene que antes había sido, o que aún lo sigue siendo, profesor universitario y que enseña derecho canónico. Parece que mantiene importantes relaciones con la antigua sede, aunque desconocemos más detalles. En todo caso hasta ahora ha demostrado ser fiable al cien por cien y eso es lo principal. ¿Dónde está Klose?

–En la cocina, está alimentando el fuego –contesta Lucie Wiegand–. Voy a la cocina.

–Ahora mismo voy –dice Wiegand–. ¿Existe la posibilidad de lavarse?

Lucie Wiegand ríe al recorrer el pasillo.

–Lavarse no resulta sencillo, pues hay poca agua –dice–. Tendrás que esperar a que vuelva Lassehn.

Wiegand se deja caer pesadamente sobre la silla de la cocina después de saludar a Klose.

–El ruido ya es más que notable –dice– y parece que ya hay montones de aviones de camino.

Lucie Wiegand introduce unos cuantos leños y algunas briquetas de lignito en el fogón y después se sienta también y coloca las manos sin fuerza sobre el regazo.

–Ay, Fritz –dice en voz baja y mira a través de la ventana hacia el pequeño fragmento de cielo gris que le delimita la otra ala lateral de la ventana–. ¿Volveremos a tener de nuevo un hogar, una vida ordenada, libre de preocupaciones?

Wiegand la observa sorprendido.

–¿Te has desanimado, Lucie? No te reconozco.

–Un pequeño suspiro como éste alivia los ánimos –dice Klose–. ¿No es cierto, pequeña?

Lucie Wiegand vuelve la mirada hacia la cocina y niega lentamente con la cabeza.

–¿Desanimada? No, no es eso, aunque sí necesitada de descanso, hambrienta de tranquilidad y silencio, de estar por una vez sin tener que trabajar, luchar y perseguir. Una se cansa, Fritz, y encima la preocupación por los chicos...

–Yo siempre he abogado por un espíritu completamente abierto, Lucie...

–Tu introducción resulta sospechosa, Fritz...

–Muy sospechosa –confirma Klose.

Wiegand sonríe levemente.

–Cuando nos conocimos no te prometí nada, ni un matrimonio burgués, ni un hogar en la intimidad, ni siquiera la felicidad; enseguida te hice saber que mi vida es y seguirá siendo la lucha y hoy tampoco te prometo nada, pues es seguro que tras la caída del así denominado Tercer Reich seguirá habiendo trabajo por hacer y habrá que seguir luchando, sólo...

–¿Sólo?

–... sólo espero que evitemos la persecución.

Lucie Wiegand se une a su sonrisa.

–Eres como eres y tampoco quiero que seas diferente. ¿Dónde estará Lassehn?

–Las fuentes están muy frecuentadas por la mañana –le tranquiliza Klose–, más ahora que es temprano, cuando el fuego de artillería aún es débil. Allí viene...

El doctor Böttcher aparece en el umbral de la puerta y parpadea corto de vista.

–¿Molesto?

–Para nada, doctor –dice Lucie Wiegand–, ya no estamos de luna de miel.

El doctor Böttcher entra en la cocina y se estremece.

–No me siento nada a gusto, sin lavar, sin afeitarse, con la ropa arrugada y (lo admito) hambriento. Veo, señora Lucie, que ya ha cortado una montaña de rebanadas de pan. ¿Puedo?

–Para eso están –dice Lucie Wiegand sonriendo; sirve café en una taza y se la alcanza.

El doctor Böttcher empieza a comer a toda prisa, aunque su mirada continúa intranquila, parpadea nervioso, recorre la cocina con la vista como si buscara algo, se detiene en la agenda de bolsillo y lee un viejo diario que está encima del fogón.

–¿Está bueno? –le pregunta Lucie Wiegand.

El doctor Böttcher se la queda mirando como si no hubiera entendido la pregunta.

–Si uno le observa así –dice Lucie Wiegand, divertida–, la pregunta de si le gusta le parece realmente superflua.

El doctor Böttcher asiente.

–Discúlpeme, señora Lucie –dice finalmente–, pero no sé si me gusta o no. Desde tiempos inmemoriales esto le disgusta sobremanera a mi ama de llaves, pues nunca soy capaz de decirle si algo me ha gustado o no, si está demasiado dulce o demasiado salado o lo que sea. Sólo como para satisfacer mi hambre y me resulta bastante indiferente cómo y con qué se produce, simplemente me resulta imposible concentrar mis pensamientos en la comida. Sé –y entonces levanta las manos y se defiende de un posible reproche desde el principio– que no reconozco el trabajo de un ama de casa y por ello le pido mil disculpas. Además, sé –y ríe brevemente–, pues al fin y al cabo soy médico, que no resulta saludable leer o pensar mientras se come, pero en la vida muchas veces se actúa en contra del conocimiento y la razón.

–Hoy parece usted... ¿Cómo podría expresarlo? Insólitamente animado, doctor –dice Klose–. A pesar de que ha dormido tan poco y, con toda seguridad, poco cómodamente.

–¿Así que lo ha notado? –pregunta el doctor Böttcher sonriendo–. Sí, también estoy contento, a pesar de que mi casa se ha incendiado y en realidad debería estar triste y disgustado.

Reflexiona durante un momento y mueve la mano de un lado a otro indeciso.

–Acabo de decir contento, aunque no me he expresado bien: se trata de una serenidad interior, que alisa las arrugas de mi rostro, y también conozco la razón de ello. Hasta ahora hemos desempeñado nuestra labor ilegal sin un éxito evidente, sólo hemos podido tocar levemente a las personas a las que nos hemos dirigido mediante nuestra emisora clandestina; nuestras palabras

siempre se han quedado atascadas en la oscuridad, se han pulverizado en un gran desierto; nuestras octavillas siempre han revoloteado hacia la nada, nunca hemos podido observar su resultado, porque nos teníamos que separar de las personas que las recibían antes de que las leyeran; nuestros actos de sabotaje a menudo nos parecieron ridículos, como si un mosquito quisiera acercarse a un elefante; siempre nos hemos quedado sin eco y, al fin y al cabo, fue únicamente gracias a la fe que teníamos en nosotros mismos por lo que no nos desesperamos frente al muro de silencio contra el que arremetíamos. Sin embargo, ayer por la noche sucedió realmente algo, un éxito se hizo perceptible, un eco polifónico fue a nuestro encuentro rápidamente. Por primera vez, nuestra labor, con la que quizá sólo nos justificamos a nosotros mismos, se ha convertido en una acción verdadera.

–Está expresando usted algo, doctor –dice Wiegand–, que hasta ahora me he callado y que, en cuanto se encendiera en mí, no hubiera admitido por nada del mundo. Nuestra labor nos proporcionó al principio una coartada frente a nosotros mismos, ante todo tranquilizó nuestras conciencias y en un segundo plano vino todo lo demás. Como ya es sabido, somos egoístas donde desinteresadamente somos altruistas o lo hacemos por amor; en todo caso se trata de un egoísmo peculiar, que al principio nos satisface, pero después...

–¿Filosofía a primera hora de la mañana? –pregunta Lucie Wiegand.

–... augura preocupaciones de noche –se inmiscuye Klose–. Aunque ahora quiero que contestéis a mi pregunta. ¿Por qué motivo habéis vuelto entonces aquí? Para vosotros la guerra se podría haber terminado ayer a las ocho de la noche.

–Yo he vuelto, si es lo quieres saber, porque... –empieza a decir Wiegand.

–... porque tienes a tu mujer aquí –completa inmediatamente Klose–, eso lo tengo claro; en todo caso, no me refería a ti. Sin embargo, el doctor, Joachim, Schröter y el desconocido...

–Schröter y el desconocido consideran que su tarea es reforzar nuestro grupo –contesta el doctor Böttcher–, y yo, en todo caso, os pertenezco, sobre todo porque también ahora mi casa de la Frankfurter Allee está en ruinas. ¿No habréis pensado seriamente que consideraba mi labor finalizada cuando recobré mi libertad personal?

–No, ni lo consideré, viejo artista del cloroformo –dice Klose, y ríe con ganas–. ¿Pero Lassehn?

–Le he dicho a Lassehn que ahora ya se puede ir, pues ya nadie le va a hacer responsable por haber desertado –contesta el doctor Böttcher–. Se me ha quedado mirando como si no comprendiera el sentido de mis palabras, después ha negado con la cabeza y ha dicho más o menos: «Casi me había olvidado de mi desertión, hace tiempo que ya no estoy con vosotros a la búsqueda de refugio. Por primera vez llevo encima un arma por un ideal justo y en contra de la tiranía, ¿debo, por lo tanto, deshacerme de este arma antes de que la lucha haya terminado definitivamente? ¡No podéis creer que sea capaz de ello!». No, no creemos que sea capaz de ello, aunque por lo menos queríamos advertirle de la posibilidad de bajarse del tren hasta cierto punto sin peligro.

–El chaval es buen tipo –dice Klose–, sabe cuál es su lugar.

–Aunque aún no sabe a causa de qué ni por qué –opina el doctor Böttcher–. Uno puede luchar por algo por una actitud nihilista o negativa, aunque tras la lucha esta actitud debe ser liberada mediante algo positivo, en caso contrario el nihilismo o la negación se convierten en una costumbre. Lassehn y todos los demás jóvenes que desprecian el Reich nazi me parecen una construcción que se sostiene débilmente sobre el odio, el asco, la repugnancia, el desprecio, pero que no cuenta con cimientos sólidos. Debemos construir rápidamente estos cimientos para ellos.

–Bueno, ya los están construyendo –dice Klose, y se baja del alféizar de la ventana–, ahora mismo voy a despertar a los otros dos señores y a darles el beso de la bella durmiente.

–Están llamando –dice Lucie Wiegand, y sale de la cocina–, debe de ser Lassehn.

Y realmente es Lassehn, que deja los dos cubos y saca un papel arrugado del bolsillo.

–Está colgado por todas partes –dice, y alisa la hoja–. Escuchad atentamente:

Tomad nota:

¡Cualquiera que propague o incluso apruebe medidas que debiliten nuestra fuerza de resistencia es un traidor! ¡Deberá ser fusilado o ahorcado al momento!

23 de abril de 1945 Firmado: ADOLF HITLER

–Esto es la anarquía –dice el doctor Böttcher tras un rato en silencio–. El llamamiento para acudir al frente del este ha favorecido la anarquía entre los soldados y ha borrado de un plumazo aquello de lo que el militar prusiano siempre estaba tan orgulloso, es decir, el respeto absoluto hacia el superior, y este llamamiento afecta a la población. Ya no se habla de tribunales ni vistas, ni siquiera de tribunales militares o consejos de guerra.

–Si no le conociera desde hace tanto tiempo y tan bien –dice Wiegand, y aparta su taza de café de una sacudida–, caería en la tentación de decirle que descubre usted bastante tarde que el Tercer Reich no es un Estado de derecho.

El doctor Böttcher sonríe.

–Querido Wiegand –dice lentamente–, este hecho no me es desconocido de ninguna de las maneras, pero (sí, ahora viene el gran pero) hasta ahora ha sido privilegio del Estado, del Partido y de sus diferentes organizaciones infringir el derecho, mandar a prisión a las personas sin una orden de arresto judicial y matarlas sin la sentencia de un tribunal. Ahora este derecho a la matanza y la violencia ha sido transferido a todos, ya no está ligado a ninguna condición previa, todo el mundo puede actuar tal como se lo prescriba su así llamado sano sentido común. Cualquiera puede matar al otro, ahorcarlo, dispararle, sin tener que temer que se le puedan pedir cuentas por ello: la referencia a este llamamiento justificará de forma suficiente cualquier asesinato. No requiere ni de una acusación ni de una sentencia, la afirmación es al mismo tiempo prueba y sentencia de muerte. Es probablemente la primera vez en la historia que un Estado goza del privilegio de matar de forma completamente oficial y que proclama la privación de los derechos.

–Es toda una suerte que la mayoría de las personas no lo entienda –dice Lucie Wiegand.

El doctor Böttcher ríe brevemente.

–Señora Lucie, ¿usted no ha experimentado ya en una ocasión que los nazis no explican con todo detalle sus objetivos e intenciones y que si los hubieran repetido una y otra vez finalmente el más tonto se hubiera enterado? Si en esta ocasión fracasa su método de hacer sonar los tambores, tal como les gusta llamarlo, será únicamente porque ya no disponen de los medios de propaganda en toda su capacidad y, *last but not least*, porque el pueblo se ha vuelto apático; hace días que permanece sentado en los sótanos, cansado, hueco, vencido, sin fuerzas para emprender ningún tipo de acción, del tipo que sea.

Lassehn se apoya sobre el armario de la cocina y cruza los brazos sobre el pecho.

–Hasta ahora siempre he aceptado como justo lo que se ha proclamado como ley, incluso he sucumbido no a la terminología política pero sí jurídica de los nacionalsocialistas. Al igual que la vida del soldado alemán se encuentra bajo el categórico imperativo de «Órdenes son órdenes», la

vida del civil está dominada por el lema «La ley es la ley». Y al igual que en la vida militar las órdenes deben cumplirse a ciegas, en la vida de los civiles la ley es igual al derecho, o al revés, el derecho es igual a la ley.

—El derecho es sólo lo que al mismo tiempo es justo —dice el doctor Böttcher—. No existe otra norma. La justicia no es un concepto inamovible, aunque no debe denigrarse hasta convertirse en un ideal utilitario, tal como hacen los nazis cuando anuncian «La justicia es aquello que sirve al pueblo». Adónde conduce esta opinión lo hemos sufrido con estremecimiento, no sólo promulgando leyes que se burlan de cualquier sentido de la justicia, sino que, de esta manera, junto al derecho llamado burgués existen las leyes no escritas y la arbitrariedad de la policía secreta del Estado, para la cual sólo existe la ley de la represión, reina una amplia inseguridad legal. La policía secreta del Estado puede quebrantar la ley en cualquier momento, pasarla por alto y de esta forma prácticamente derogarla. Muy a menudo hemos visto cómo la Gestapo arrestaba de forma preventiva a un acusado justo después de haber sido declarado inocente por juzgado ordinario y de esta forma anulaba simplemente la sentencia del tribunal. Viejos principios jurídicos, como *in dubio pro reo* o el principio de que nadie puede ser juzgado dos veces por el mismo delito, fueron rechazados como sandeces humanitarias. El cacique de las hordas negras, Himmler, lo expresó en una ocasión de forma franca al anunciar: «Nosotros los nacionalsocialistas nos hemos puesto manos a la obra sin leyes. Desde el mismo principio, según mi punto de vista si un párrafo se opone a nuestras acciones me es completamente igual. Si otra gente se lamentaba de haber infringido así las leyes, a mí me era completamente indiferente». La eliminación del mismo sentido de la justicia mediante la abiertamente proclamada inobservancia de las leyes desde el punto de vista de la raza superior ha conducido esencialmente a la bestialización del pueblo alemán. Ninguna derrota puede ser lo suficientemente aniquiladora y total para que impida finalmente esta evolución.

El doctor Böttcher ha empezado a hablar a su manera tranquila y magistral para terminar acalorándose en su discurso. Ahora vuelve a calmar la excitación de su voz y se dirige a Lassehn.

—Lleva usted algo en la mano, Lassehn. ¿No nos lo quiere mostrar? —le pregunta.

Lassehn asiente y agita el periódico como un trofeo.

—¡El *12-Uhr-Blatt* de hoy!

Klose se abalanza sobre él y le arrebató el periódico de las manos.

—Hay cosas maravillosas en él —dice Lassehn, mientras Klose hojea el periódico.

—Lee en voz alta, Oskar —le requiere Wiegand.

Klose alza la vista.

—Inaudito —dice—. Si no estuviera escrito en letra impresa... Bueno, escuchad.

LA CIUDAD SE DEFENDERÁ HASTA EL FINAL.

¡LUCHAD CON UN ENCARNIZAMIENTO FANÁTICO POR VUESTRAS
MUJERES, HIJOS Y MADRES! RESISTIREMOS.

12-Uhr-Blatt, Berlín, 23 de abril

Berlín, nuestra ciudad natal, se ha convertido en una ciudad en el frente. El comisario de defensa del Reich y *Gauleiter*, el doctor Goebbels, ha establecido por lo tanto las siguientes exigencias para los berlineses:

1. Todos los soldados y miembros del *Volkssturm* destinados a la defensa de la capital del Reich

deben ocupar los puestos que se les han encomendado tan pronto como las tropas o tanques soviéticos hagan acto de presencia y deben iniciar el combate.

2. La población civil deberá cumplir de forma incondicional todas las órdenes adoptadas por los puestos civiles o militares.
3. Las fábricas de armamento, las empresas públicas de abastecimiento y las autoridades y departamentos responsables del gobierno de la capital del Reich seguirán en funcionamiento.
4. El servicio de seguridad de la empresa se ocupa de la seguridad interna y externa de las empresas. Los provocadores o extranjeros rebeldes deben ser detenidos de inmediato o, aún mejor, eliminados.
5. Si los provocadores o elementos criminales intentaran mediante el alzamiento de banderas blancas o cualquier comportamiento cobarde causar inquietud entre la población involucrada en la defensa de la ciudad y neutralizar de este modo su resistencia, deben tomarse medidas en contra por todos los medios. Cada berlinés es responsable de su casa y de su vivienda. Las casas y viviendas donde ondeen banderas blancas ya no tendrán derecho a ser protegidas por la comunidad y serán tratadas en consecuencia. Los habitantes de estas casas serán además responsables de ello. El mayor representante local del Partido debe ser inflexible en su control y actuar en consecuencia. Tales casas serían como bacilos de una enfermedad en el cuerpo de nuestra ciudad y la lucha despiadada para combatirlos es por ello una necesidad imperiosa. Los traidores deben ser fusilados o ahorcados de inmediato. Sólo es válido el siguiente lema: la resistencia más severa y fanática en cualquier punto de la ciudad. Cada de uno de nosotros conoce su tarea en estas horas.

¡Defensores de Berlín, os observan vuestras madres, vuestros hijos y vuestras mujeres! Os han confiado sus vidas. Cada uno conoce su tarea. Ha llegado la hora de la verdad. ¡Que los hombres de Breslau os sirvan de ejemplo! No dudaron ni un instante en aplicar todos sus ánimos y valentía y su fe en el Reich y en el Führer. La ciudad se defenderá hasta el final. ¡Formad una comunidad unida! ¡Desoíd los rumores! Sólo sirven para envenenar la atmósfera y socavar vuestro espíritu de lucha. ¡Que cada uno actúe como si el bien de la capital del Reich únicamente dependiera de su esfuerzo! La nación entera os está observando, defensores de Berlín, y confía en vosotros y en vuestro estricto cumplimiento del deber.

Cada uno de nosotros sabe que nos enfrentamos a horas difíciles. Sobre las casas de los trabajadores y los que se esfuerzan suena el trueno y silban las granadas. Los bolcheviques atacan la periferia de la ciudad con masas de hombres y material. Si hemos soportado las bombas de los angloamericanos, tampoco retrocederemos ante los ataques con granadas. Vosotros los berlineses sois conocidos por vuestra agilidad y por vuestra dureza. No hay duda alguna de que sobre todo ahora las vais a mostrar.

¡Así que luchad por vuestra ciudad! ¡Luchad encarnizadamente hasta el final por vuestras mujeres y vuestros hijos, por vuestras madres y vuestros padres! Daréis vuestras vidas por una buena causa.

La defensa militar de la capital del Reich se ha confiado a un soldado, que durante esta guerra una y otra vez se ha acreditado en la dirección de las tropas y del Volkssturm con la mayor exigencia. Es el teniente general Heymann, condecorado con la Cruz de Caballero con hojas de encina. Vuestro *Gauleiter* está con vosotros. Declara que, naturalmente, permanecerá entre vosotros junto con sus colaboradores. También su esposa y sus hijos permanecen aquí. Él,

que con doscientos hombres conquistó antaño esta ciudad, activará con todos los medios la defensa de la capital del Reich.

Un gran objetivo únicamente se puede alcanzar tomando grandes riesgos. Precisamente en tiempos de peligro y de necesidad se pone a prueba el carácter y el hombre demuestra sus capacidades. ¡Así que no dejéis de apuntar al enemigo con vuestras armas! ¡Mantened vuestra posición y luchad! Así finalmente resistiremos frente a nuestras mujeres e hijos y frente a nuestra ciudad natal de Berlín.

Una vez Klose ha finalizado la lectura deja el periódico sobre la mesa.

–Cada una de estas palabras es mentira, una mentira infame –dice Wiegand, y coge el periódico de la mesa–. Cada orden es un delito, y entre órdenes, amenazas, vilezas, mentiras y cinismo siempre el toque sentimental con las mujeres y los hijos, las madres y la tierra de nuestra patria. Amenazan y ruegan al mismo tiempo. ¿Cómo si no se podría valorar este llamamiento de Goebbels?

LLAMAMIENTO DEL *GAULEITER*, EL DOCTOR GOEBBELS
TODOS DEBEN UNIRSE DE INMEDIATO AL FRENTE DE DEFENSA

El *Gauleiter* de Berlín, el ministro del Reich doctor Goebbels, ha dirigido el siguiente llamamiento a los soldados y hombre de Berlín:

En esta hora decisiva de la batalla por la capital del Reich, me dirijo a todos los soldados y hombres de Berlín que no participan en la lucha para que se unan de inmediato al frente de defensa de la capital del Reich. Los soldados y heridos que aún puedan utilizar las armas deben personarse inmediatamente de forma voluntaria en la comandancia de Berlín, Johannisstraße, cerca de la estación de ferrocarril de la Friedrichstraße.

Dirijo el mismo llamamiento a todos los hombres de Berlín que no integran el *Volkssturm* y que participan en su defensa. Estoy convencido de que todo hombre que cuente con un corazón valiente y esté decidido a defender hasta el final nuestra querida capital del Reich del terrible enemigo mundial bolchevique, responderá a mi llamamiento y también se presentará lo antes posible en la comandancia de la Johannisstraße.

Debemos desempeñar nuestro deber con honor y hombría y servir de ejemplo a todo el pueblo por nuestra valiente resistencia. Será un canalla aquel que en esta hora opte por la cobardía ignominiosa en lugar del combate viril.

¡Soldados, convalecientes, hombres de Berlín! ¡A las armas!

Fdo. Dr. GOEBBELS *Gauleiter* de Berlín.

–¿Por qué se dirige mediante un llamamiento y no mediante una orden a los soldados y a los civiles? Porque sabe exactamente que ya no tiene la sartén por el mango. Sin embargo, todo ello es la demostración irrefutable de que los señores están ya en las últimas.

–En las penúltimas –ironiza el doctor Böttcher–. A pesar de la desintegración general aún intentan de forma desesperada fingir algo parecido al orden. Por favor, señores, en el diario aún se publican edictos oficiales: «¿Qué alimentos se pueden encontrar aún?» y «Disposición sobre la utilización del suministro eléctrico y del gas», y (sí, también debo leer esto en voz alta, resulta demasiado bonito para pasarlo por alto. Ver para creer):

Utilización adicional durante el ejercicio fiscal de 1945 del timbre fiscal del impuesto sobre los perros del año 1942. Durante el ejercicio fiscal de 1945 en Berlín no se expendrán nuevos timbres para el impuesto sobre los perros. Los timbres de 1942, que se utilizaron adicionalmente en 1943 y 1944, también serán válidos durante el ejercicio de 1945. Para la nueva tasación durante el ejercicio fiscal de 1945 los dueños de los perros recibirán los correspondientes timbres fiscales del año 1942.

Berlín, 13 de abril de 1945. El primer alcalde de la capital del Reich de Berlín.
Oficina de recaudación central H Steu Ile.

—¡La gente tiene sus preocupaciones! —dice Klose—. De hecho, sólo falta añadir, que están sujetas a declaración obligatoria las matanzas de perros y que tal y cual tanto por ciento debe ser abonado en la siguiente distribución de carne. Sea como sea, entre nosotros reina el orden, también en medio del mayor de los desórdenes.

El día es una interminable cadena de minutos, avanza mortalmente lento y nada cambia. El fuego de la artillería rusa va en aumento y se sosiega de nuevo, los bombarderos soviéticos descienden casi de forma ininterrumpida y disparan sus salvas en vuelos rasantes. En la periferia de la ciudad del este y del norte los globos cautivos permanecen durante horas sin ser molestados. Entre todo ello se producen interminables minutos de un total silencio. En las calles se van acumulando las unidades diezmadas y muy deterioradas, las columnas de los vehículos y soldados que regresan en aluvión; los puntos de recogida o las agrupaciones de resistencia interior no se pueden hacer cargo de ellos porque no existen, se amontonan junto a las unidades recién creadas y rápidamente compuestas, que avanzan hacia un frente principal de batalla que tampoco existe.

La batalla se concentra en algunos puntos de resistencia; por lo demás, los grupos de combate actúan raras veces con la fortaleza de un batallón por cuenta propia, sus comandantes reciben órdenes sin saber quién las ha impartido, ordenan objetivos para atacar, para rendirlos de nuevas pocas horas después, defienden puntos de apoyo poco importantes durante tanto tiempo que al final se ven rodeados, las baterías agotadas son dirigidas de un punto a otro de la ciudad sin disponer de la posibilidad de disparar un solo proyectil. Los soldados están cansados y resignados, y lo soportan todo: el fuego de artillería y de los aviones, los parásitos y el hambre, las órdenes de avanzar y de retroceder; toleran los lamentos de la población civil con indiferencia y apatía, a pesar de que en esta ocasión no se trata de mujeres cualesquiera rusas, francesas o yugoslavas, sino de compatriotas que, con la mirada desorientada y gestos de desesperación, transitan por las calles destruidas e incendiadas y se detienen frente a los comercios, con el fin de comprar los últimos alimentos anunciados, mientras que por unas calles transversales más allá ruedan ya los carros de combate rusos y los aviones atacan en vuelo rasante. Los soldados hacen lo que se les ordena, sin pensar en otra cosa que en el minuto siguiente, preocupándose y tomando precauciones por ponerse a cubierto, pensar en comer y dormir, el espacio de tiempo del minuto que acaba de transcurrir resulta más importante y significativo que el pensamiento en la terrible caída, en la que con el subsiguiente paso caerán inevitablemente. En el fondo hace años que se alarga la caída, ya han adaptado casi del todo su físico y su alma a estas caídas, de tal forma que sólo al final de la caída, cuando ya tocan fondo, vuelven a recuperar la sensibilidad.

Entre los defensores de la ciudad no son pocos los que participaron en la batalla de invierno frente a Moscú y que asediaron Leningrado durante años, que destruyeron docenas de ciudades e incendiaron cientos de pueblos, que dejaron a millones de personas vagando sin hogar o vegetando entre las ruinas. Después de todo, en ellos únicamente ha provocado un reflejo fugaz, pues muy a menudo y durante demasiado tiempo la destrucción y la miseria se han reflejado en la retina de sus ojos. La capacidad de asimilación de sus cerebros y la capacidad de reacción de sus sentimientos hace tiempo que se agotaron, la sensibilidad de sus corazones se ha enquistado de tal manera que ahora, cuando la guerra ha regresado a su punto de partida, ya no son capaces de horrorizarse. Ven cómo las casas se vienen abajo una detrás de otra, cómo las mujeres acarrear agua bajo los proyectiles y van a la búsqueda de alimentos de tienda en tienda; experimentan cómo

el enemigo supera un obstáculo tras otro fácilmente, conocen exactamente los sufrimientos de una ciudad, con la campana de incendios de la artillería instalada sobre ella y que cubre la ola mortal de los enfrentamientos callejeros. Sin embargo, lo soportan todo como la catástrofe de un destino ineludible.

Las SS, la policía urbana y el nuevo consejo de guerra móvil mantienen unidos los restos del ejército disperso aplicando un terror brutal. En cuestión de minutos se dictan sentencias de muerte, que se cumplen en cualquier poste del tranvía o farola. En la central del tribunal de guerra de la Rüsternallee en Charlottenburg aún ejerce una jauría de miembros de consejos de guerra, jueces militares Oberfeld, jueces militares Oberstab, inspectores de justicia del Ejército y asesores *fiabiles*. No imparten justicia, sino que se limitan a obedecer órdenes y a diario imponen docenas de condenas a muerte «En nombre del pueblo alemán», que se ejecutan inmediatamente tras el pronunciamiento de la sentencia. No se trata únicamente de la presión externa, que amasa la masa amorfa de las unidades de todo tipo una y otra vez, sino también la presión de la orden a la que les someten, que sale desde el interior, luchando hasta el final no de forma decidida (sino más bien, si resulta posible, presionando antes de la lucha), aunque sí les hace obedecer hasta el final.

La situación es clara. El plan estratégico del ejército ruso es evidente, en cuestión de uno o dos días cumplirá su objetivo: el cerco total de Berlín. Desde Tagel, pasando por Reinickendorf, Weißensee, Lichtenberg, Köpenick, el canal de Teltow y Stahnsdorf hasta los lagos del río Havel, ya han conseguido cercar tres cuartos del anillo alrededor del centro de la ciudad, las carreteras de salida hacia el sur y el suroeste están cortadas, los cuerpos más o menos combativos del sur y sureste de la ciudad han sido aislados de su espacio a defender, es decir, la capital del Reich, y empujados a dos grandes puntos en Halbe y Luckenwalde, donde lentamente siguen siendo presionados y aplastados. Únicamente queda abierta la vía militar, la gran carretera de salida hacia el noroeste que pasa por Spandau y Staaken, aunque por momentos también está bajo el fuego de la artillería rusa.

En esta situación, el *Gauleiter* de Berlín, comisario de defensa y ministro del Reich de Educación pública y Propaganda, el doctor Joseph Goebbels, se apresta a asestar desde un profundo búnker a prueba de bombas en la Cancillería del Reich su último brillante golpe: se inventa el ejército de socorro de Wenck. Mediante rumores, diseminados sistemáticamente, de que se aproximan fuerzas más fuertes y de apoyo, se debe recuperar el estado de ánimo desesperado de la población mediante un rayo de esperanza y, curiosamente, una octavilla que, tal como está distribuido el texto, sólo puede estar dirigida a los soldados de cada ejército de socorro, llega también a manos de la población civil. Esta octavilla, una inyección de combate de última esperanza, dice así:

¡Soldados del ejército de Wenck!

Una orden de gran trascendencia os ha llamado a acudir desde vuestros puntos de concentración donde hacíais frente a nuestros enemigos de Occidente y os ha puesto en marcha en dirección hacia el este.

Las órdenes son claras: ¡Berlín debe seguir siendo alemán! Los objetivos que se os han ordenado deben ser alcanzados bajo cualquier circunstancia, pues también hay operaciones en curso desde otro lado con el objetivo, en la batalla por la capital del Reich, de infligir a los bolcheviques la derrota definitiva y así cambiar la situación de Alemania de forma fundamental.

¡Berlín no capitulará nunca frente al bolchevismo! Los defensores de la capital del Reich se

han armado de renovado valor con la noticia de vuestra cercana marcha y luchan obstinada y encarnizadamente, en la creencia de oír pronto el tronar de vuestros cañones.

¡El Führer os llama!

Como en los viejos tiempos de la victoria, os habéis enfrentado a la tormenta. ¡Berlín os espera, Berlín os añora con el corazón anhelante!

En la vivienda de Klose, Schröter no para de andar de un lado para otro, con las manos cruzadas a la espalda y la frente llena de arrugas.

–Ya no puedo soportar más esta inactividad –afirma–. Estar aquí sentados, conversar y esperar, mientras allí afuera el fuego devora cada vez más la ciudad, calle por calle, casa por casa, vivienda por vivienda, y en los sótanos la gente permanece como en una ratonera...

Hace un aspaviento con las manos.

–¡Debemos hacer algo!

–¡Nada de imprudencias! –le advierte el doctor Böttcher, y alza la mirada del tablero de ajedrez que hay entre él y Lassehn–. Unos cuantos hombres como nosotros no nos podemos hacer responsables de toda una ciudad, debemos limitarnos a esta casa o a esta calle.

–¡Al diablo con su prudencia! –vocifera Schröter–. No podemos permanecer aquí sentados y esperar que... ¿Qué es lo que quiere usted realmente?

–Lo que yo quiera lo revelará la situación –dice el doctor Böttcher, sereno–. Cada situación tiene su lógica natural, querido Schröter. Hoy me he paseado durante unas cuantas horas y he conocido el estado de ánimo de los soldados.

–¿Y el estado de ánimo es bueno? –pregunta Schröter como amenazándole.

–El estado de ánimo es malo –contesta el doctor Böttcher tranquilo–. ¿Pero qué puede significar? El estado de ánimo de los soldados suele ser malo, echan pestes y critican, pero una palabra dura, una orden, y ya los meten enseguida en cintura. Un soldado es como un cristiano creyente.

Gregor, que permanece apoyado sobre la estufa de brazos cruzados, se endereza.

–¿Qué quiere usted decir? –le pregunta.

El doctor Böttcher le sonríe.

–Lejos de mi intención querer ofenderle, Gregor, pero la comparación que se me impone no carece de cierta lógica. Un cristiano creyente puede desesperarse de vez en cuando (también Jesús exclamó en un momento dado «¡Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado!»), pero siempre regresará a su fe y se fortalecerá con ella. Un soldado, aunque no se subleve con tanta energía, cuando llegue el momento siempre acabará obedeciendo finalmente la orden y por ello no le concedo ninguna importancia a extraer cualquier tipo de conclusiones a partir del estado de ánimo de la tropa.

–O como mucho siempre que la capacidad de lucha de una tropa desmoralizada sea menos valorable por ello –dice Wiegand desde la ventana.

–Eso lo paso por alto –dice el doctor Böttcher–. Sin embargo, por lo demás el estado de ánimo en un Estado como el del Tercer Reich no tiene sentido alguno. Recuerdo muy bien conversaciones de este tipo con mis pacientes, cuando los movimientos regresivos en los frentes se precipitaban sobre nosotros con la velocidad y toda la fuerza de una avalancha. Vosotros seguro que también conocéis la opinión tan extendida por entonces entre nuestros círculos de que...

–Esperad a que en el Alto Mando de la Wehrmacht aparezcan nombres de localidades alemanas –completa rápidamente la frase Wiegand– y entonces el estado de ánimo cambiará por completo.

–¡Exactamente! –dice el doctor Böttcher–. A eso me refiero. Sé muy bien que todos nosotros, a pesar de que sólo incluimos en nuestra cuenta el factor del estado de ánimo como una medida colateral intrascendente, hemos sucumbido a la magia de este momento sin duda alguna nada insignificante. ¿Y qué es lo que pasó?

–Nada –dice Gregor–. El hombre de a pie, como dicen los ingleses, apenas ha gozado de influencia en Alemania y para nada en el Tercer Reich. La voz de la conciencia y del sentido común nunca le han llamado, porque el nacionalsocialismo le ha obligado a aceptar el papel de la complicidad. Hemos experimentado cómo el boletín de la Wehrmacht nombraba localidades alemanas con la misma sangre fría y naturalidad como antes había nombrado localidades rusas y africanas, y del mismo modo se aceptaban con una indiferencia que lindaba con el humor negro que la cabeza de puente de Ludendorff sólo debía ser ampliada progresivamente, tal como antes se tomaba nota de la frase hecha estereotipada «Malta ha sido bombardeada con éxito».

–En fisiología existe la ley de la estimulación cognitiva –dice el doctor Böttcher–. De «Todos los días asado de ganso» a «Todos los días malas noticias» sólo hay en el fondo unos cuantos pasos. Quiero decir con ello, que la reacción mental – y ese es exactamente el estado de ánimo – no genera indignación mediante una cadena ininterrumpida de contratiempos y reveses, sino una lealtad roma, especialmente en un pueblo que es adicto a la obediencia en sí y por sí y cuyo reactivo ya no se puede medir humanamente, sino mecánicamente.

–Quisiera decir algo al respecto –dice Lucie Wiegand, se apoya con ambas manos sobre la mesa y baja la mirada–. Yo no considero estos asuntos con su minuciosidad científica, doctor, y tampoco con su –y lanza una rápida mirada a Gregor– objetividad, sino que los veo de una manera muy personal, únicamente hago un ejercicio de introspección.

–¿Y qué le dice ese ejercicio? –le pregunta el doctor Böttcher con una sonrisa fugaz.

Lucie Wiegand mantiene la mirada fija en el tablero de la mesa.

–Hace unos cuantos años se nos quemó la cabaña del huerto –empieza a decir– y se nos murieron dos conejos.

–¿Y? –pregunta Schröter.

Lucie Wiegand alza la mirada y contempla a Schröter ausente.

–Sé exactamente lo que está pensando, Schröter –dice y asiente muy lentamente–. ¡Sólo dos conejos, qué es eso! Sí, seguramente tiene usted razón, sólo eran dos conejos.

–Más tarde o más temprano se los hubieran comido –añade Schröter–. ¿O no?

–Seguro que sí –confirma Lucie Wiegand–, y a pesar de todo me llegó al alma, incluso lloré y las noches posteriores no pude conciliar el sueño; siempre que veía la cabaña incendiada me invadía un sentimiento de tristeza. Sin embargo, ahora –y niega con la cabeza– he leído sobre los terribles bombardeos aéreos de Dresde, paseo por las calles incendiadas de Berlín, pero nada me conmueve, mi corazón no se estremece de horror, las lágrimas no asoman a mis ojos. La muerte en la hoguera de dos conejos me emocionó; la matanza de personas no me conmueve, o ya no lo hace.

–Entre el incendio de su cabaña y la caída de nuestras ciudades hay denuncias y destierros, interrogatorios de la Gestapo y campos de concentración, noches de bombardeos y ejecuciones en el patíbulo –dice lentamente el doctor Böttcher–, sucesos que han absorbido de tal manera su sensibilidad que el exterminio de personas y valores culturales ya sólo provoca en usted un reflejo pasajero debido a su dimensión indescriptible.

–Estoy convencido, señora Wiegand –añade Gregor–, de que un destino particular sacado de la masa de los abatidos y abrasados aún hoy sería capaz de causarle impresión; en lo que se refiere al destino de las masas, el gaseamiento de los judíos y Polonia, la muerte en los campos de

batalla, los sufrimientos de la población civil en todas sus formas, ya sólo tenemos un contacto intelectual.

El doctor Böttcher vuelve la vista al tablero de ajedrez, aunque no mira las piezas sino a Lassehn.

–Por cierto, ahora se me ocurre algo, Lassehn. ¿Esta mañana a primera hora cuando regresaba de ir a buscar agua no comentaba usted que se había encontrado con un antiguo amigo que está destinado muy cerca de aquí?

Lassehn asiente.

–Sí, quería asistir con él a uno de sus debates, pero entretanto han pasado tantas cosas... y además bombardearon su casa...

–¿De qué amigo se trata? –pregunta Schröter.

–Es el teniente de un departamento de reposición de noticias –contesta Lassehn.

–¿Y qué es lo que hace ahora? –quiere saber Schröter.

–Está a cargo de un comando allí en la estación de mercancías –le contesta Lassehn.

–Ándate con cuidado, chico –le dice Klose, que permanece pegado al aparato de radio–, como caigas tú, nos arrastrarás a todos nosotros.

–Puede usted estar muy tranquilo, señor Klose –dice Lassehn–, no es ningún nazi.

–¡... Pero sí un soldado! –dice Schröter hostil–. ¡Y además un oficial!

–Tranquilidad, Schröter, no hay que encenderse tan rápidamente –le tranquiliza el doctor Böttcher–. No vamos a rechazar desde el principio al joven desconocido, aunque se trate de un oficial. ¿Es de su edad, Lassehn?

Lassehn asiente.

–Así que tendrá unos veintitantos. Son las generaciones que los nazis ya tenían completamente bajo su influencia, con las que sin embargo contamos mucho y a las que debemos llegar cueste lo que cueste.

–¿Y eso por qué? –pregunta Schröter.

–Porque un día, cuando nosotros nos retiremos (y ese momento no está tan lejos, pues ya no somos unos jovencitos) están llamados a gobernarnos –dice el doctor Böttcher serio–, pues coincidimos en que nuestros partidos, si algún día, como así espero, resucitan, se habrán quedado viejos.

–Pero la juventud trabajadora... –empieza a decir Schröter.

–... ha pasado de igual manera por la escuela nazi, las Juventudes Hitlerianas y el Servicio de Trabajo, como todos los demás jóvenes y, al igual que ellos, hoy en día está alistada en la Wehrmacht y en las SS –lo interrumpe rápidamente el doctor Böttcher–. La juventud trabajadora ha sido igualmente inmune, como la mayoría de la clase trabajadora. Estoy convencido de que sólo hay una salida y es el perdón general de la juventud alemana.

–¡Bien dicho! –exclama ahora Gregor–. Resultaría un sinsentido condenar a la juventud. No se puede borrar sin más de la vida a toda una generación, excluirla de su propio futuro. Una vez haya pasado esta guerra desdichada, la juventud (en general) sólo tendrá dos salidas. Parte de esa juventud será incorregible y, al igual que antes, será afín al nacionalsocialismo y buscará el origen del fracaso en la insuficiencia técnica y militar, pero no en la esfera espiritual y política. La otra, probablemente más amplia, será nihilista, espiritual y políticamente nómada, y vegetará, pues le habrán privado de repente de los fundamentos de su existencia hasta ese momento, sus creencias y, digámoslo tranquilamente, de su ideología. Está claro que nosotros no estaremos allí y que es cosa

de la juventud tomar la decisión, aunque tampoco debemos –y ahora habla con voz alta y dirigiéndose a Schröter– dirigirla con ideologías elaboradas, programas y dogmas. Sería como introducir en el cálculo diferencial a alguien que está aprendiendo a sumar y restar: únicamente ayudará a aumentar la confusión mental...

Schröter se inclina hacia delante.

–¿Y cuál es la receta que propone usted?

El rostro serio y ascético de Gregor se anima, sus delgadas mejillas se sonrojan levemente.

–La receta, si queremos llamarla así, que no prescribo únicamente a la juventud sino también a nosotros, es una mezcla de imparcialidad e indulgencia.

–Y autocrítica –dice Wiegand–. Así es, Schröter, lo has entendido bien, autocrítica. Pues el hecho de que la juventud alemana haya caído en manos de los delincuentes pardos y no haya identificado sus doctrinas erróneas sólo es culpa (si es que a fin de cuentas hay que hablar de culpa) de aquellos que lo permitieron.

–*Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa* –dice Gregor, solemne–. Traiga usted a su amigo, Lassehn.

Lassehn se pone de pie y por un momento permanece indeciso en medio de la habitación.

–Su discusión con Tolksdorff también me aclarará a mí muchas cuestiones –dice.

Una vez se ha marchado el silencio planea sobre la habitación como una nube oscura.

–Espero que no os hayáis excedido –dice finalmente Klose, y gira los botones del aparato de radio sin corriente eléctrica–. La juventud de hoy en día es diferente a la que regresó de la guerra del 14 al 18. También eran soldados, con entrenamiento y obediencia prusianos en los huesos, pero aún no se habían olvidado de pensar, no eran autómatas y tampoco obedecieron toda orden con testarudez. Sin embargo, la juventud de hoy en día...

Hace un movimiento desdeñoso con la mano.

–Sí –dice Gregor desde una esquina–, tiene usted razón, Klose. Nosotros éramos soldados, aunque también vistiendo el uniforme gris de la unidad éramos individualidades y lo seguimos siendo, a pesar del unánime griterío de los suboficiales y la costra de lodo y mugre. Regresamos de Francia, Polonia y Macedonia como guerreros del frente, pero nos abalanzamos como lobos sobre la vida burguesa, con el fin de abrirnos camino en el saber, el conocimiento y la experiencia, ocupar un sitio y llenarlo, tentar la vida auténtica que aún no habíamos conocido.

–Por el contrario, la juventud de hoy en día piensa –dice ahora el doctor Böttcher– que ya la han moldeado de una forma concreta, cree ver en la figura del combatiente a la verdadera persona y no cree que encontrará el camino en la vida burguesa, sino al contrario, que debe trascender la vida burguesa con los mercenarios. Ha sido privada de la veneración al trabajo mental, la Atenas espiritual no le dice nada, el bíceps bárbaro de Esparta lo es todo para ella.

El silencio, que se ha roto pasajera y levemente, desciende de nuevo sobre los hombres. De vez en cuando se dejan oír los impactos de las granadas, a través de la puerta penetran los lamentos de los soldados heridos y la voz estridente e imperativa de un médico.

–Seguimos sin corriente –murmura Klose junto al aparato de radio.

–Pon tu receptor a punto –dice Schröter–, no cuentes con que vuelva la luz.

–No te falta razón –dice Klose–, aunque entonces será mejor que nos vayamos con la caja a la habitación trasera. Poned la oreja en la pared... –advierte indicado con el pulgar hacia la puerta que comunica con el local.

Lucie Wiegand entra y coloca una bandeja con rebanadas de pan sobre la mesa.

–Un pequeño refuerzo, señores –dice–. Por favor, sírvanse. ¿Dónde está Lassehn?

–Como explorador de camino a la enemiga Wigwam –dice Klose y acerca su silla a la mesa.

–Por favor, por una vez sin bromear, Klose –le reprende Lucie Wiegand–. ¿Dónde está Lassehn?

Klose la mira de arriba abajo sonriendo y se dirige entonces a Wiegand.

–Ándate con cuidado, Fritz, tu mujer se ha enamorado de Joachim.

–Deje usted de decir tonterías –dice Lucie Wiegand enfadada–. Ya me gustaría que Joachim fuera mi hijo, en lugar de...

No llega a terminar la frase y se da la vuelta bruscamente.

Klose lanza una rápida mirada a Wiegand, cuyo ceño se frunce repentinamente. De repente la sombra de Robert Wiegand se ha cernido sobre ellos, aunque Klose salva el obstáculo con una broma de mal gusto. Empiezan a comer y cuando tras unos minutos alguien entra por la puerta el incidente ya casi se ha olvidado.

Entonces entra Lassehn. Le sigue un oficial en un uniforme gris, que delata un buen sastre. Lleva una gorra militar y calza botas negras de montar, cubiertas de polvo y sucias, que seguramente hace días que no se quita. Lassehn intenta presentar al oficial con unas palabras amables, menciona los nombres de cada uno y hace unos cuantos movimientos de advertencia con las manos, aunque a continuación se produce un silencio embarazoso y desconcertante.

De hecho, se trata de un encuentro singular en esta pequeña y oscura habitación trasera de una taberna en el este de Berlín. Allí permanece de pie un teniente de la Wehrmacht con la Cruz de Hierro de primera y segunda clase, la Cruz Alemana en oro, la medalla del Este, la insignia de Asalto de infantería y el escudo de Narvik, con el emblema nacional del Reich hitleriano en la chaqueta del uniforme y la gorra. Y allí sentados, formando un semicírculo, un trabajador, un tabernero, un secretario sindical, un médico y un extraño –que se supone que es teólogo–, con sus modestas y gastadas ropas de civiles, combatientes ilegales contra justamente ese Estado, que representa el uniforme que viste el oficial, y entre ellos se encuentran, en cierto modo como mediadores, un estudiante de música y una mujer, ambos pertenecientes a los ilegales, aunque también receptivos al joven oficial.

Los hombres contraponen al rostro amable del oficial sus caras duras y frías, permanecen sentados allí como dispuestos a saltarle encima.

–Por favor, tome usted asiento –dice finalmente el doctor Böttcher con un movimiento de la mano.

El oficial se sienta en una silla cercana a la ventana, se quita la gorra y deja ir su mirada sobre sus rostros.

–Quisiera asegurarles desde el principio, señores –dice con una voz algo ronca–, que estoy aquí por decisión propia y todo lo que se pueda decir aquí me lo quedará sólo para mí. Por lo tanto, de ninguna manera deben temer consecuencias desagradables.

Schröter masculla unas cuantas veces para sí mismo.

–Querido amigo –dice casi amenazador–, si tuviéramos que convencernos de lo contrario, usted no abandonaría esta habitación con vida. Esto es lo que le puedo asegurar yo.

El doctor Böttcher alza apaciguador la mano.

–No es un buen comienzo para un debate –dice–. Creo que hemos venido aquí de forma amistosa, ¿no es así?

–Yo lo he interpretado así –dice Lassehn, que ha permanecido intranquilo junto a la mesa.

–Yo también –dice el teniente Tolksdorff, y hace girar la gorra entre sus manos–. No he querido ser desabrido.

–Tiene usted toda la razón –dice el doctor Böttcher–, considérese como el portavoz que ha sido conducido con los ojos vendados hasta la fortaleza del enemigo y que la abandonará de la misma forma.

El teniente asiente.

Entonces vuelve a reinar el silencio en la habitación. Los hombres están sentados frente a sí como boxeadores en sus esquinas del ring, a la espera de que suene el batintín, apoyados de forma desenvuelta, aunque con la elasticidad de un resorte tensado.

Lassehn es el que hace sonar el batintín.

–Cuando conversamos la última vez, Dietrich –empieza diciendo–, me dijiste que no había que permitir que Berlín se transformara en frente, que justamente estabais luchando para que no fueran arrasadas más zonas a causa de la guerra. ¿He citado más o menos fielmente tus palabras?

Tolksdorff asiente.

–Así es, Joachim.

–Estás viendo –prosigue Lassehn– que toda oposición sólo sirve para detener de forma temporal al enemigo, mientras que no ahorra los sufrimientos de la guerra a la población, sino que, muy al contrario, los ha aumentado.

Ahora es Schröter quien se inmiscuye de nuevo en la conversación.

–¿Qué disculpa puede usted aportar, señor teniente –arremete de nuevo contra él–, para proseguir con esta lucha insensata?

Tolksdorff se vuelve hacia el pequeño.

–Yo podría remitirme a las órdenes superiores –contesta–, pero ya no soy capaz de hacerlo. Me he convencido, aunque tarde, de que tras las órdenes que se nos imparten ya no hay una voluntad de orden.

–Tras las órdenes hay una voluntad satánica de aniquilación –dice Gregor desde su esquina; su voz suena baja, como si hablara sólo para sí mismo–, la voluntad de la propia aniquilación y la destrucción de todo orden, el propio hundimiento debe ser el hundimiento de todo el pueblo, eso es lo único por lo que los señores, que se hacen llamar el Gobierno del gran Reich alemán, velan celosamente. Si pudieran hacer saltar por los aires el globo terráqueo, lo harían con un heroico gesto redentor.

–Se trata de una lucha contra la hidra –dice el teniente.

–Un momento –dice el doctor Böttcher animado, y alza la mano–, está usted falseando su propio conocimiento o es que éste no existe. Me da la impresión de que usted sólo contempla la falta de perspectivas militares.

–En primer lugar –confirma Tolksdorff.

–Si es así ya se ha ganado de momento mucho –interviene Wiegand.

–¿Y no le exige su así denominado honor militar detener esta lucha absurda o es que la van a sustituir por un harakiri? –se inmiscuye Schröter.

–Estamos trasladando la conversación a un plano equivocado –dice el doctor Böttcher–. Si sus dudas radican únicamente en la visión de la falta de perspectivas militares en la guerra, entonces, tal como acaba de decir Wiegand, ya se ha ganado mucho, aunque no hemos llegado al núcleo de la cuestión. Debe usted aprender a reconocer, teniente Tolksdorff, que de hecho han conseguido extraerle el sentido para poder diferenciar entre el bien y el mal, lo justo y lo injusto, que de esta forma un componente esencial de su conciencia moral no sólo ha quedado suspendido, sino que además se ha convertido en justamente lo contrario. Le reconozco de buen grado la buena fe y la

intención honesta. Usted sabía o creía saber qué es lo que está bien, es justo y noble, usted estaba convencido y tenía plena confianza, sin embargo, hoy en día...

Tolksdorff observa pensativo las manos entrelazadas nerviosamente.

—... hoy en día en mí ya no hay ninguna confianza ni convencimiento, tampoco ninguna fe y sobre todo no sé lo que es bueno y malo, justo e injusto.

Gregor se pone de pie y mira seriamente a Tolksdorff.

—Tiene usted buena vista, teniente Tolksdorff —dice lentamente—, y aunque su cerebro estuviera anestesiado, sus ojos no estaban ciegos y su corazón debió de latir violentamente a menudo debido al horror. ¿Nunca llegó usted a la conclusión de que había partido de unos supuestos funestamente falsos y que el bien era malo y lo justo injusto?

—Sí —dice Tolksdorff en voz baja—, pero sólo (y ése es quizá mi gran error) sólo en relación con el colapso militar llegué a esa conclusión.

—Así es —dice Schröter furioso—, si hubierais vencido, entonces lo injusto, la opresión, el asesinato y la falta de libertad os darían totalmente igual, tampoco os habría importado para nada que otros pueblos...

El doctor Böttcher rechaza las palabras de Schröter con un movimiento conciliador de la mano.

—¿Qué piensa hacer usted para extraer las consecuencias de esta conclusión? —se dirige hacia el teniente.

Tolksdorff mira a Wiegand.

—Lo digo abiertamente: nada. Porque no sé qué debo hacer.

—¿Así que —retoma la pregunta Wiegand— en adelante seguirá obedeciendo todas las órdenes? ¿Todas?

—Intentaré suavizarlas, debilitarlas o incluso pasarlas por alto —contesta el teniente.

—... por lo demás, cumplirlas cuando no le quede otra salida —dice Wiegand—. ¿No se da cuenta, señor teniente, de que tras haber llegado a esta conclusión y conocimiento, se convierte usted en cómplice, de que ya no le exime la negligencia, por no hablar de la ignorancia? ¿No se da cuenta de que cada minuto que se alarga la resistencia prolonga el sufrimiento de las mujeres y de los niños?

Tolksdorff baja la cabeza ante el ímpetu de las preguntas.

—¡Hombre —dice Schröter, y clava sus palabras como un garfio en la parte más débil del adversario—, vaya usted a los refugios antiaéreos y a los sótanos, y pregunte a las mujeres si quieren que se las siga defendiendo! ¡Se va a quedar usted de una pieza cuando oiga lo que le dicen! Hace ya tiempo que por Berlín corre un dicho famoso: «Mejor un ruso sobre el vientre, que la casa sobre la cabeza».

El teniente alza de nuevo la cabeza.

—Durante los últimos días, he vivido lo suficiente —dice—, la gente ya no tiene pelos en la lengua, en todo caso sólo cuando no tienen cerca un uniforme pardo o un distintivo del Partido. ¿Por qué no se agrupan unos cuantos miles de mujeres y marchan hacia la Cancillería del Reich o hacia el mismo señor Goebbels?

—No me diga eso —dice Schröter con un mohín de enojo—, tiene usted un parecer algo extraño, mi estimado teniente. Usted les exige a las mujeres esa valentía, pero a sus heroicos jóvenes les pide, con su ya probada cobardía, que apunten sus armas mejor contra el enemigo exterior que contra los criminales de los ministerios y con rango de general. ¿Os resulta más sencillo escapar a una muerte heroica que a las garras de la Gestapo? ¡Pero si contáis con las armas!

—No le puedo contradecir —dice Tolksdorff, transigiendo—. Aunque tampoco me faltan

argumentos. Con la misma dureza le pregunto: ¿y quién ha mantenido las fábricas de armamento en funcionamiento? ¿No han tenido también los trabajadores de los talleres armas en las manos, en los tornos, fresadoras, laminadoras, altos hornos, extracciones, talleres de locomotoras? ¿No son igualmente responsables de...?

—¡Un momento! —exclama Wiegand algo alterado—. ¡No es exactamente así! Usted, teniente, y con usted todos los oficiales han asumido una responsabilidad, a saber voluntariamente. Sin embargo, los trabajadores —a pesar de la importancia indiscutible de su trabajo— ni son responsables ni han ido voluntariamente a las fábricas. Sí, si usted hubiera mencionado al jefe de taller, que obliga a sus trabajadores a cumplir con un ritmo de trabajo a toda prisa; al ingeniero, que idea cómo mejorar la producción; al presidente de la fábrica, que denuncia a la Gestapo a los que se retrasan o son negligentes; al *Werkschermann*, el encargado del taller que se ocupa de registrar hasta el más mínimo resto de desperdicio; ellos sí que son cómplices y responsables. Si usted lo hubiera formulado así, entonces sí que le hubiera dado la razón.

—Resulta erróneo inculpar sólo a un bando —dice el doctor Böttcher—. Si queremos debatir la cuestión de la culpa, quisiera aportar ahora mismo mi opinión: todo el pueblo alemán (a excepción del pequeño núcleo de los combatientes ilegales) es culpable, ya sea por negligencia, ignorancia, cobardía, por la típica desenvoltura alemana, ya sea por presunción, vileza, codicia y tiranía. No se puede negar que sus dirigentes son alemanes, que aunque en parte de procedencia realmente curiosa y singular, de Letonia, Austria, Argentina, Egipto, a uno de sus paladines el Führer lo ha tildado incluso de sujeto degenerado y homosexual, a otro de loco soñador. ¿Ha observado alguna vez con atención a la gente por la que lucha o ha luchado?

—¿Ese cabeza huevo con ese bigote a lo Chaplin, que lleva la gorra tan calada hasta los ojos porque no puede ver a nadie —interviene Wiegand antes de que pueda contestar Tolksdorff—; esa facha cínica y sarcástica de Goebbels con su sonrisa de cartón; ese sibarita obeso y abotargado con el aura de un tribuno; ese rostro plano e inexpresivo de Himmler con sus ojos fríos tras sus gafas sin montura; ese Ley abotargado e incapacitado mental total, que cuando abre la boca no dice más que topicazos; esa cohorte de idiotas que cotorrean según el patrón del Reich, que con mirada bizantina le hacen la pelota al genio único del Führer?

—Yo lucho por el pueblo alemán —dice el teniente, y abre los labios de forma obstinada—, por nada más.

—Está usted equivocado, señor teniente —dice Gregor—, no puedo concederle a usted esa excusa. ¡Usted lucha por la represión de nuestro propio pueblo y de los pueblos extranjeros, por la conservación de los campos de concentración, por el aprovisionamiento de las cámaras de gas con restos humanos de las razas inferiores, por la masacre de la cultura alemana, por la expulsión de Dios del espíritu alemán, por todo eso es por lo que lucha usted!

—¡El ejército no tiene nada que ver con eso! —dice Tolksdorff con obstinación—. La Wehrmacht no es una organización política, sino militar.

—La Wehrmacht encubre la porquería parda con su uniforme gris —clama Gregor—. No olvido que la Wehrmacht se ha distanciado del Partido y del Gobierno, por no hablar de sus hombres valientes que, incluso corriendo el riesgo de morir en la acción, el 20 de julio del 44 dejaron una bomba en la cartera del señor Hitler en su cuartel general, por desgracia, en lugar de hacerla explotar directamente entre sus dientes. Por lo tanto, de ninguna manera puedo permitir diferenciar en la culpabilidad.

—Hoy veo claramente con espanto el camino equivocado que hemos tomado —dice el teniente en voz baja, y dirige la mirada a través de la ventana hacia el exterior, como si ese camino

desembocara justamente en ese patio sombrío de la parte trasera de una casa berlinesa—, pero sin embargo no puede haber sido todo en vano: las victorias, las privaciones y los sufrimientos bajo un frío glacial y bajo el calor abrasador del desierto, la muerte de tantos camaradas, los miembros amputados...

—No, no ha sido en vano, querido amigo —dice el doctor Böttcher—, al igual que en la materia no se pierde nada, sino que, sin perder volumen, únicamente se transforma, lo mismo ocurre con los acontecimientos históricos. En este caso, la guerra y las víctimas relacionadas con ella, un suceso que se transforma en un resultado espiritual y político. Demócrito dice: «Nada de lo que existe puede convertirse en nada». A las víctimas de esta guerra les ha tocado el más terrible monstruo que se haya visto en persona desde la creación del mundo, aunque, así lo esperamos, no habrá sido en vano. Los cuerpos de los muertos y las ruinas de las ciudades crecerán, darán lugar a conocimientos que harán imposible que algo semejante vuelva a suceder.

El teniente se vuelve de nuevo hacia la habitación.

—¿Cree usted entonces, doctor, que ya no habrá más guerras?

El doctor Böttcher sonríe todo serio.

—Opino que es posible evitar o eludir las guerras.

Tolksdorff niega con la cabeza.

—Música celestial, doctor; también tras la Primera Guerra Mundial invadió la tierra una ola de «Nunca más la guerra», se fundó la Sociedad de las Naciones y se acordaron pactos de no agresión. ¿Y cuál ha sido el resultado?

—Un intento fallido no significa nada —le replica el doctor Böttcher—, y además en Alemania por desgracia muy pronto apareció de nuevo un movimiento de «Muy-pronto-habrágua». Muy pronto la derrota de 1918 ya no fue sólo el resultado de una política en quiebra, no fue debida a una reflexión propia, oh no, el alto el fuego y la paz constituyeron más bien un respiro para volver a reagrupar a los ejércitos derrotados y formar otros nuevos. De esta forma pudo darse que en Compiègne y en Versalles se contemplaran únicamente dos batallas perdidas, nada más, a las que debía seguir la gran batalla victoriosa, si se quería salvar el honor. Usted es demasiado joven para saber lo que ya había ocurrido en Alemania antes de 1933.

—En realidad es algo que desconozco o, por lo menos, sólo conozco la versión oficial nacionalsocialista, aunque dispongo de una objeción de mucho más peso a su tesis, doctor —dice el teniente—. Desde que existe la humanidad se producen también guerras y mientras las personas pueblen este miserable planeta las disputas entre éstas se llevarán a cabo en forma de guerras.

—Ésa es la ideología del eterno mercenario —dice el doctor Böttcher—. A usted, teniente, debería darle lástima unirse a ella. En primer lugar, no hay nada que demuestre su aseveración, se apoya en la pura teoría de la inmutabilidad del ser humano. Ya que las personas y los pueblos y, por consiguiente, los Estados creados por ellos no se transforman esencialmente, también obligatoriamente las relaciones entre ellos deberían ser, salvo modificaciones sin importancia, invariables. Ése es más o menos su parecer, ¿no es cierto?

—Lo ha formulado usted perfectamente —dice el teniente.

El doctor Böttcher inspira profundamente.

—Tanto en las personas como en los depredadores, el factor hereditario no se puede romper del todo, aunque sí que es posible atemperarlo, debilitarlo, incluso compensarlo y, finalmente, hacer que se atrofie. Resulta imposible, teniente, que como persona razonable pueda usted aceptar que virtudes del hombre como la valentía, la fidelidad y la honorabilidad sean capaces de manifestarse sólo a través de la guerra y en ella, pues nuestra vida civil, tal como opina en calidad

de soldado, no resulta lo suficientemente variada y no ofrece la oportunidad para demostrarlas. Sin embargo, yo quería decir algo diferente. De igual forma como se pueden suavizar y debilitar los factores hereditarios, o si queremos utilizar esta vez la palabra instinto primitivo, naturalmente también es posible incitarlos y cultivarlos a lo grande, y eso es lo que se ha hecho, o bien, y esta es la variante filosófica, inventando el mito del soldado del frente y la teoría de la necesidad y condicionalidad natural de las guerras y llevando por último los motivos de las guerras a lo abstracto, donde ya no existe el pensamiento empírico, o bien seduciendo y generando la codicia de forma totalmente evidente y tosca de los más primitivos con la esperanza de poder robar, obtener un buen botín y llevar una vida disoluta.

—¿Sostiene usted, doctor —le replica Tolksdorff, obstinado—, que la Wehrmacht se compone en parte de ilusos y en parte de ladrones?

—Sería una forma de formularlo exagerada —le contesta el doctor Böttcher tranquilo—. Yo lo expresaría así: en Alemania lo militar (y no sólo desde que Hitler llegó al poder) ha sido siempre la forma de vida reinante y dominante, todo se debía subordinar a ella. En ningún otro país del mundo se ha producido nunca tal discrepancia entre el modo de pensar del Estado y el estar en el mundo de sus mentes más preclaras como en Alemania y en ninguna parte la influencia humanística ha sido más reducida, aunque justamente de nuestro centro han salido aportaciones decisivas para el humanismo.

—Este desarrollo ha llegado a su punto álgido en nuestro Tercer Reich: lo militar se declaró como la única forma de vida posible —dice Gregor mientras mira fijamente al teniente—. A esta exclusividad, con la que quizá no se estaba del todo seguro, se añadió la de la raza, declarando abiertamente que una raza superior que cumpliera con su supuesto programa no estaba ligada a los preceptos generalmente aceptados de la moral humana. Como no hubo nada en contra de estas «verdades» decretadas por el Estado y el Partido, ninguna opinión divergente y, sobre todo, ninguna protesta, para su generación, teniente, los resultados de ese pensamiento estuvieron determinados desde el principio. Estas «verdades» se enseñaron y se difundieron, con consecuencias indignas, porque cualquier otra forma de pensamiento se hacía imposible y excluía y acababa con toda filosofía, toda orientación espiritual y todo esfuerzo político que no fueran paralelos al nacionalsocialismo o que no pensarán de la misma manera. ¿Nunca lo ha llegado a vislumbrar?

El teniente tuerce el gesto con una sonrisa torturada.

—Claridad, doctor... Ah, parecía todo tan claro, tan inequívoco; nos entusiasmaron y ahora todo yace ante nosotros hecho añicos.

—Aunque usted aún le concede a cada uno de estos añicos su relevancia —se inmiscuye Schröter.

—Y ahora que todo el enorme edificio de esta bárbara forma de ser, de la así denominada ideología militarista, se tambalea, únicamente les resta creer en un milagro, que esconden las leyes de la causalidad —añade Wiegand.

El doctor Böttcher hace un gesto de rechazo enérgico.

—No he terminado, señores. Quisiera, teniente, proceder de momento con otro ejemplo *ab absurdum*, antes de volver a su afirmación sobre la necesidad natural de las guerras. En los siglos anteriores las personas estaban destinadas irrevocablemente a sufrir la peste, un azote divino. Hoy en día ya no existe, se ha podido limitar a unos cuantos focos endémicos y con el tiempo se podrá eliminar del todo.

—Y gracias al descubrimiento de su germen patógeno y la mejora de las condiciones sanitarias e higiénicas —menciona Tolksdorff.

–En otras palabras, mediante los conocimientos científicos –dice el doctor Böttcher–. Parece ser usted de la opinión, mi teniente, de que las guerras también son como catástrofes naturales inevitables y que, por lo tanto, se oponen a los conocimientos científicos. No obstante, no podemos evitar las catástrofes naturales como los terremotos, los huracanes, los aguaceros o las tormentas de arena, porque están fuera de nuestra esfera de poder, no se basan en nosotros mismos. Sin embargo, las guerras (y ésta es la diferencia decisiva) tienen unos motivos exactamente reconocibles. No podemos afirmar que las fuerzas que la provocan son inherentes a la atmósfera o a la corteza terrestre. Las guerras se generan en el cerebro humano, en ninguna otra parte. Toda mística es un embuste que nos hace creer que con las guerras de alguna manera se saca provecho. No quisiera entrar en una conversación sobre teoría del conocimiento, nos llevaría demasiado lejos y quizá adquiriría el carácter de una disputa académica.

El teniente mira su reloj de pulsera.

–Debo advertirles que no cuento con mucho tiempo. Siento que debemos mantener este tipo de conversación deprisa y corriendo.

–Yo no soy capaz de explicarlo todo como el doctor –toma la palabra ahora Schröter–, me guío más por el sentimiento que por el conocimiento, aunque hay algo de lo que estoy seguro: yo nunca me habría sometido a estos criminales.

–Yo sin embargo he prestado mi juramento de fidelidad al Führer –dice Tolksdorff–. Uno no puede deshacerse de un juramento como si fuera un periódico que ya se ha leído.

Schröter suelta una sonora carcajada.

–El juramento no le liga a nada, si ésta es su única preocupación y su última reserva...

–Quisiera mencionar –le replica Tolksdorff– que presté ese juramento de forma voluntaria.

Schröter quiere arremeter de nuevo contra el teniente con una observación mordaz, aunque en esta ocasión es Gregor quien se hace escuchar con un gesto autoritario.

–En primer lugar, hay que decir que ha prestado usted juramento a un hombre que le ha engañado a usted y a todo el pueblo alemán respecto a sus verdaderas intenciones, expresado de forma jurídica: se lo ha exigido bajo falsas apariencias, sí, es más, el hombre al que prestaron juramento no estaba del todo autorizado a exigirles ese juramento. ¿Le es suficiente con esta interpretación jurídica o es usted creyente y por lo tanto se siente también ligado a Dios con este juramento?

El teniente se encoge de hombros con un movimiento de cansancio.

–Dejemos entonces la cuestión a un lado –prosigue Gregor–. De todas formas, el contenido religioso de un juramento de este tipo equivale en nuestros tiempos a cero, se ha convertido en una fórmula vacía despojada completamente de su verdadero significado desde el momento en que en lugar de Dios se idolatra todo lo que representa el Führer. De hecho, el juramento a una bandera también tiene únicamente un significado jurídico interno y quisiera que reflexionara sobre el hecho de que el hombre que le exige el cumplimiento incondicional de su juramento de fidelidad ha faltado a su palabra a gran escala, incumple promesas solemnes y pactos de Estado sin vacilar, de la misma forma que otras personas no son capaces de acudir a una cita acordada de pasada. ¿O cómo llamaría usted la violación de los pactos de no agresión con la Unión Soviética, Dinamarca y Yugoslavia, del Pacto de Múnich, de sus garantías de observar la neutralidad de Bélgica y Holanda, de sus repetidas promesas de no tener más pretensiones territoriales? Existen numerosos ejemplos, únicamente le he mencionado los más destacados.

Tolksdorff respira con dificultad.

–Estoy tan atrapado en el pensamiento tradicional –diceque siempre busco una disculpa a

cualquier monstruosidad, pues no puedo entender que exista tal divergencia entre las palabras y los hechos.

–Usted busca también excusas para sí mismo –dice el doctor Böttcher–. Seguro que resulta difícil reconocer que uno se ha convertido en víctima de unos criminales, dementes y sádicos, mientras a su nombre vayan ligados títulos como Führer y canciller del Reich, comandante en jefe del Ejército, mariscal del Reich, ministro del Reich o similares. No dudamos de ninguna manera de su honorabilidad, teniente, pero si en adelante debemos confiar en usted, debe usted distanciarse de esta chusma. Sin olvidar que usted no deja de ser culpable de ello.

El teniente se queda mirando fijamente la gorra, antes de alzar de nuevo la vista.

–¿Qué va a ser de Alemania, doctor? Tiene que haber una salida. Somos alemanes y supongo que usted también siente que pertenece al pueblo alemán.

–¿Y por qué no? –le pregunta a su vez el doctor Böttcher–. ¿O piensa usted que deseamos que la derrota de Alemania se produzca con un sadismo suicida? Ya resulta suficientemente doloroso reconocer que el camino hacia un futuro mejor sólo es posible mediante el derrocamiento del propio pueblo y que es mejor enarbolar sobre las ruinas la bandera de la justicia y de la libertad del individuo, que sellar definitivamente la masificación de la gente con sangre y hierro mediante una victoria final. Somos perfectamente conscientes de lo antinatural de nuestra situación, que consiste en que el éxito de nuestro propio ejército nos desalienta y el de los ejércitos enemigos nos llena de esperanza, que la devastación de los países extranjeros despierta nuestra ira y la destrucción en nuestro propio país nos hace adquirir la certeza de que nuestro pueblo quemará a los falsos dioses en el fuego de sus propias casas incendiadas. Incluso me atrevo a afirmar que nosotros somos los verdaderos patriotas.

–¿A pesar de que desean la derrota de Alemania? –pregunta Tolksdorff.

–No «a pesar», sino «porque» –dice con decisión el doctor Böttcher–. Ve usted, teniente, aquí es donde llegamos al punto esencial del problema. El de Braunau y sus voceros han conseguido realmente que se identifique el nacionalsocialismo con la germanidad y ha enredado al pueblo alemán en su propia culpa, para convertirlo en instrumento sin voluntad propia de sus deseos de poder bárbaros, para finalmente cometer todos sus actos criminales en nombre (y, por desgracia, también con el apoyo) del pueblo alemán, de lo que ha surgido una complicidad incondicional. A causa de ello se da la indivisibilidad de la culpa, si lo expresamos jurídicamente: se produce una complicidad y a partir de ella madura el miedo ante la supuesta venganza según el Antiguo Testamento del enemigo, que la propaganda de Goebbels describe con los colores más abigarrados mediante citas falsas e informes que son pura invención: un tiro en la nuca, la deportación, una vida como esclavo, la exterminación, la esterilización y semejantes. Aquí tiene usted la verdadera explicación al así denominado vasallaje del pueblo alemán.

–Resulta terrible tener que reconocer todo esto –dice Tolksdorff–. Debo admitir que hubo un tiempo en el que consideré a Alemania y el nacionalsocialismo realmente como sinónimos. Me resultaba tan natural que estaba fuera de toda discusión...

–Al igual que estaba fuera de toda discusión todo aquello que se notificara oficialmente –interviene el doctor Böttcher–, ya fuera un discurso del Führer o un artículo de Goebbels, un informe de las PK o la orden de cualquier pequeño pez gordo pardo, un poema de Schirach o una película de Harlan valiosa para la política de Estado; todo ello era como una palabra divina inmune a toda crítica, no eran posibles ni dudas ni opiniones contrarias: el Führer y sus lacayos

eran la medida de todas las cosas. Aunque le he interrumpido, discúlpeme, pero resulta imposible permanecer callado al oírle.

–Pues claro que no he sido ciego –prosigue el teniente–, el abismo entre la germanidad y el nacionalsocialismo pronto me fue evidente, pero entonces me refugiaba en otra interpretación y en realidad la llevo conmigo desde entonces. Creo además que aquí se esconde un motivo para la lealtad al vasallaje mencionado por usted: como alemanes debemos ganar esta guerra, no obstante, esto se pensaba con la pequeña salvedad de que como persona uno casi lo temía.

–Ésa es una opinión muy divulgada –dice el doctor Böttcher–, aunque fácil de rebatir. ¿Cómo se puede dar una divergencia entre lo alemán y lo humano? En ello hay algo que no está en orden, amigo mío. Si alemán no es lo mismo que humano, si de mi humanidad debo sustraer primero la germanidad, entonces naturalmente que no quiero seguir siendo alemán. Sin embargo, lo alemán siempre ha sido humano: Durero, Beethoven, Kant, Goethe, Leibniz han sido al mismo tiempo, en todas sus obras, alemanes y universales, no existía diferencia entre su pertenencia a un pueblo y su cosmopolitismo. ¿O se cree usted que Beethoven, si viviera hoy en día, hubiera escrito la frase final de su Novena de la siguiente manera: «Abrazaos, millones de sangre alemana»? No, el beso estaba destinado al mundo entero, ¿y hoy en día eso ya no puede ser posible? Todas sus reservas, teniente, se han convertido en pazguaterías y debería de haberlas reconocido por su sonido hueco.

–Yo no estoy a la altura de su dialéctica –dice el teniente.

–Usted ya no puede pasar por alto la verdad, así es –dice Gregor–. ¿Por qué vacila usted aún en reconocerla? Ya no hay nada más que disculpar y que defender, aunque –Gregor se pone de pie y en cierto modo es como si lanzara sus palabras hacia la habitación– aún cuenta usted con una posibilidad: aliviar su conciencia impidiendo un desastre con un acto viril.

–¿Qué desastre y dónde? –pregunta Tolksdorff, y se pone de pie–. Estoy dispuesto.

–Cualquier desastre, no sé cuál –contesta Gregor–, aunque fácilmente se presentará una oportunidad.

–Infórmenos, ya que en cierto modo vivimos aquí en una isla, si nos amenaza algún peligro –dice Wiegand.

–Lo haré muy gustosamente –dice el teniente–, aunque ¿a qué peligro se refiere usted? ¿Cuando lleguen los rusos?

–Los rusos no me preocupan –dice Wiegand claramente–, los rusos vendrán a mí y a todos nosotros como liberadores, el peligro nos amenaza únicamente de nuestros así llamados *Volksgenosse*, de la policía militar y de las ss.

El teniente toma nota de la respuesta asintiendo:

–Ahora me tengo que ir.

–¡Un momento! –dice Klose–. Revélenos rápidamente unos cuantos secretos militares.

–¿A qué se refiere? –pregunta el teniente sorprendido.

–Me refiero al comunicado de la Wehrmacht de hoy –contesta Klose y golpea el aparato de radio–. El joyero de Goebbels se ha vuelto a quedar sin electricidad.

–No hay mucho de lo que informar –dice Tolksdorff, y saca el *Angriff* de su bolsillo.

–El viejo Stiebel de siempre –dice Klose cuando le echa una ojeada al periódico–. OKW, Alto Mando de la Wehrmacht, qué limitado es tu léxico. Escuchad, hombres y mujeres alemanes.

La batalla por la capital del Reich se ha desencadenado en toda su virulencia. Al sur de la ciudad nuestras tropas interceptaron considerables fuerzas de tanques de los bolcheviques en la

línea Beelitz-Trebbin-Teltow-Dahlewitz. La estación perdida de Köpenick fue recuperada en un contraataque y se bloqueó una incursión enemiga a lo largo de la Prenzlauer Allee.

–La batalla por Berlín es por lo tanto absolutamente favorable. Iniciado ataque, ataque rechazado, recuperada en contraataque, cariño, ¿qué más quieres? Unos cuantos días más y dirán: detenido avance bolchevique en el primer piso de la cancillería del Reich, el segundo piso sigue firmemente en nuestras manos, se lucha encarnizadamente por el servicio de caballeros de la planta baja.

A pesar de lo serio de la situación todos tienen que reír.

–Sigue leyendo –dice Wiegand–, los otros frentes son igual de interesantes.

–Los otros tampoco son perezosos.

Entre Dessau y Eilenburg nuestras tropas han construido, tras duros enfrentamientos, nuevas líneas de seguridad en la orilla oriental del Mulde.

Desde el Jura Francón y al noreste de allí grupos aislados de tanques americanos avanzan hacia el este. Las avanzadillas de los tanques han cruzado el río Naab a su paso por Weiden. En la zona de Wurtemberg y Baviera la situación se ha intensificado ayer. Fuerzas de tanques superiores del 7.º Ejército americano y unidades gaullistas han roto nuestro frente tras duros combates en más de un tramo y han alcanzado en su avance hacia el sur el Danubio entre Dillingen y Donaueschingen. La batalla de defensa en Italia prosigue con unos enfrentamientos durísimos y con numerosas bajas en ambos bandos. Mientras se pudo detener al enemigo en la zona de la costa de Liguria y en los Apeninos etruscos del oeste después de que avanzara muchos kilómetros, las fuerzas enemigas superiores lograron en el tramo de Boloña avanzar mucho, aunque pudieron ser detenidas tanto en Módena como al norte de Boloña. También entre Boloña y el lago de Comacchio el enemigo ha conseguido –con fuerzas estrechamente unidas y con ayuda del ataque de artillería y aéreo en más de un punto– irrumpir en nuestro campo de batalla principal.

–El 8 de noviembre de 1918, Hindenburg, el comandante en jefe erigido como héroe nacional, exigió al gobierno imperial unas negociaciones para el alto el fuego a cualquier precio, a pesar de que sus ejércitos aún se encontraban en pleno territorio enemigo –dice Gregor– y, como soldado consciente de su responsabilidad, aunque también demasiado tarde, se dio cuenta de que había perdido la guerra y de ello derivó la única consecuencia posible. Nuestros excelentes generales siguen luchando, bajo las órdenes de un histérico discapacitado mental, con la suficiente desvergüenza para hacer pasar su falta de responsabilidad como valentía y su cobarde debilidad como voluntad inquebrantable. ¡Si aún le resta una chispa de sentimiento del honor, teniente, entonces acabe de una vez con todo esto!

XII

24 de abril

La noche del 23 al 24 de abril transcurre tranquilamente. El fuego de artillería ha decaído hacia la noche; de vez en cuando estremece un disparo, un impacto, un eco sordo, rezagados como los últimos cohetes de unos fuegos artificiales que se extinguen; aquí y allá un disparo rompe el silencio como una piedra el agua, y entonces la noche ha descendido. Llama la atención que haya pocos aviones sobrevolando la ciudad, sólo de vez en cuando zumba un motor y recibe como eco el breve tableteo de un cañón antiaéreo ligero, que persigue los trazos candentes de la munición en el cielo oscuro. Durante minutos el traqueteo monótono de los vehículos blindados o el ruido sordo de los cascos de los caballos rompe el silencio, aunque estos ruidos se pierden en la noche, se dispersan y se extinguen.

Cuando penetra la luz del nuevo día, el silencio se ve desgarrado por un cañonazo inmenso. Son las cinco y cuarto de la madrugada: se ha iniciado el fuego intenso que la artillería rusa lanza sobre los suburbios alrededor de Berlín. Como una tormenta infernal las salvas de la artillería se desatan y se abren camino como pólipos en calles y casas, los lanzagranadas disparan sobre objetivos inmediatos, la aviación soviética no cesa en sus ataques, los bombarderos arrojan sus cargas, los cazan sobrevuelan en rasante las columnas de tropas de refuerzo, que permanecen atrapadas en las calles y no pueden replicar los ataques. El fuego intenso se prolonga durante cuarenta y cinco minutos, entonces las unidades rusas de infantería y de blindados inician el ataque. Desde el sur cruzan el canal de Teltow y se adentran en Neukölln, Britz, Lichterfelde, Zehlendorf y Neubabelsberg, desde Tegel y Reinickendorf las unidades de carros de combate avanzan hasta Wedding y sólo detienen su avance en Nordhafen y junto al ferrocarril de circunvalación, inmediatamente junto a la estación de Lehrte. Otras unidades de carros de combate avanzan desde el norte a través del bosque de Tegel y el Jungfernheide y el canal navegable de Spandau, lo cruzan a pesar de que se han volado todos los puentes y asedian Siemensstadt. En los alrededores de Fürstenbrunn, entre Westend y Spandau, se desencadena un intenso enfrentamiento, al igual que alrededor del terraplén del cruce ferroviario de Gartenfeld. Al noreste y este de la ciudad las unidades rusas han avanzado hasta el gran cruce entre la Elbinger Straße, la Petersburger Straße y la Landsberger Allee y alcanzan los límites de Friedrichshain, trasladan rápidamente a todas partes la artillería y someten el centro de la ciudad a un fuego ininterrumpido. Tan pronto como se abre una brecha, los tanques ruedan hacia allí junto a la infantería.

La batalla es de una duración y dureza muy diferenciadas. Mientras en el sur de la ciudad la resistencia que se ofrece es mínima y las pocas unidades del Volkssturm destinadas aquí optan por deshacerse de sus uniformes o prendas de vestir similares al uniforme, las unidades de las SS, las únicas unidades suficientemente y bien armadas, oponen una resistencia feroz y obligan a las unidades de la Wehrmacht y del Volkssturm a participar en la lucha mortífera. En Siemensstadt y en Zehlendorf unidades de policía luchan completamente aisladas y equipadas con lo mínimo. En parte sólo están armadas con viejas carabinas italianas, para las cuales les han facilitado munición griega.

La estrategia de guerra de los defensores de Berlín demuestra que una ola de rabia y voluntad

de exterminio dicta sus acciones. De forma despiadada el propio fuego de artillería se dirige hacia las viviendas de la población, los aviones alemanes bombardean su propia ciudad, se bombardean puentes, fábricas, subestaciones de transformación, túneles, gasómetros, centrales de abastecimiento de agua. Los hombres de la cuarta convocatoria del Volkssturm, tuberculosos, asmáticos, enfermos del corazón, epilépticos, hombres con prótesis, diabéticos, son arrastrados sin consideración por unidades de las SS y de la policía militar que han retrocedido. Las mujeres, los ancianos y los niños son obligados a punta de pistola a construir nuevas barricadas contra los tanques. La ciudad está abarrotada de gente. En la superficie habitable reducida en un cuarenta por ciento debido a los ataques aéreos aún viven casi tres millones de personas, entre ellos más de ochocientos mil extranjeros. Los sótanos, los refugios antiaéreos y las estaciones subterráneas están desbordados y aun así se prosigue con los combates despiadadamente.

Cuando se pasa a defender la zona de combate de Friedrichshain y la fábrica de cerveza de Schultheiss-Patzenhof de la Landsberger Allee, esquina con la Tilsiter Straße, con el fin de proteger la vida de la población civil los rusos ordenan que se desaloje el barrio entre Friedrichshain y el matadero central. Miles de habitantes surgen de las oscuras catacumbas. Sobre las calles incendiadas, humeantes y destrozadas se arquea un cielo azul claro con un sol de primavera luminoso y cálido. Aunque las personas aún no lo ven, aún no, el humo espeso les muerde los ojos agotados e inflamados, aún están demasiado ocupados en recoger a toda prisa en pocos minutos unos cuantos efectos personales, pues es incierto si podrán regresar a sus viviendas, no sea que las granadas de la artillería alemana o las bombas de los aviones alemanes conviertan en ruinas lo que las armas del enemigo han salvado hasta ahora. Lo que se busca y se recoge bajo el retumbar de los cañones y los gritos enardecidos de los soldados rusos no son objetos de valor. Son camas, maletas, alimentos, aparatos domésticos, pues en esta parte de la ciudad reside una población trabajadora pero pobre, obreros, empleados, funcionarios subalternos, pequeños comerciantes, jubilados, inválidos.

A lo largo de la Landsberger Allee y de la Landsberger Chaußee avanza la interminable columna de refugiados hacia el este, hacia Marzahn, Hönow y Alt-Landsberg, con cochecitos para niños, pequeños carros de transporte y carros, ancianos y ancianas con bastón, hombres sin piernas en su propio vehículo, niños en brazos y de la mano de sus madres, personas demacradas, apesadumbradas, agotadas, exhaustas de miedo, sacudidas por el horror, aunque movidas por la voluntad de seguir viviendo. Todas ellas se dirigen hacia la protección de la retaguardia rusa, con el fin de resguardarse de las granadas de sus propios compatriotas.

Cuando salen de la estrechez de sus calles hacia la amplitud de la carretera de salida, en sus corazones rebrota también la esperanza, no de forma ansiosa y crédula, sino de forma ávida y ardiente como una sed ardiente, pues es ahora cuando se dan cuenta del cielo azul, que se extiende sin una sola nube sobre la ciudad atormentada y desfigurada; del radiante sol, que reaviva los sentidos enfriados, los primeros brotes verdes en los árboles y arbustos y el blanco luminoso de la flor del cerezo. Quedan atrás las noches de bombardeos, la lucha contra los incendios, el terror de la Gestapo, como si salieran en cierto modo de la sombra ajena, que mientras tanto ha permanecido pegada a ellos. Frente a ellos está la incertidumbre, aunque ya no resulta tan pesada, pues han conseguido sacar de la oscuridad y la estrechez de los sótanos el nuevo día, el bien más valioso y el único que realmente se puede perder: la vida. No sospechan que sus pertenencias y sus mujeres serán el botín de los vencedores.

La Landsberger Chaußee es una calle ancha, transcurre entre casitas, jardines, huertos y nuevas

construcciones desde la estrechez de la ciudad hacia campo abierto. No sólo la ocupan los refugiados, por el lado norte de la calle marchan las tropas de refuerzo de los ejércitos rusos hacia la ciudad, carros de combate ocupados por la infantería, camiones, camiones cisterna, ambulancias, cañones, atalajes, atalajes y atalajes, carros de campesinos largos y planos tirados por caballos robustos, hirsutos y pequeños bajo la Duga, el Rundjoch. Así se juntan dos corrientes a lo largo de la Landsberger Chaußee; al este, las mujeres, los ancianos y los niños de los golpeados; al oeste, los hijos del pueblo victorioso.

Desde alguna parte, lejos todavía, llega un zumbido; da la impresión de que se acerca un enjambre de abejas, aunque el sonido aumenta increíblemente rápido, se transforma en un retumbar y tronar. La gente en la calle observa asombrada esa bandada de aviones, parece que son diez, doce, quince, veinte aparatos, se dirigen directamente hacia la calle... ¿Aviones rusos que regresan del frente? No, son aparatos alemanes del modelo Ju 87; se hacen gigantescos, ya son reconocibles las cruces negras sobre las alas. Los refugiados prosiguen su camino despreocupados. ¿Qué pueden temer de los aviones alemanes? Entonces se produce lo inesperado, lo inverosímil, lo increíble, los aviones de ataque a tierra se abalanzan con sus motores zumbando sobre las tropas de refuerzo rusas, sin preocuparles que en la misma calle diez mil alemanes se desplacen hacia la zona de retaguardia. Sobrevuelan y bombardean el objetivo de ataque según órdenes. Una y otra vez los Stukas se abalanzan sobre la calle, vuelven a elevarse zumbando hacia el cielo y vuelven a atacar como voraces aves rapaces. Cuando se alejan volando, en los bordes de la Landsberger Chaußee quedan cientos de muertos y heridos, alemanes, destrozados por aviones alemanes con bombas alemanas y cañones de abordo alemanes.

Al sur de la ciudad, allí donde la Kottbußer Damm se abre ancha a la Hermannplatz y se unen seis calles importantes, se alzan los almacenes más modernos y bonitos de Alemania, el Karstadt, un edificio con sillar pesado de acero y hormigón como si tuviera que durar miles de años, siete pisos de altura, con dos torres cuya punta alcanzan los 78 metros por encima del nivel de la calle y desde las cuales antes una luz azulada iluminaba buena parte de la ciudad. Este enorme edificio ya no presta el servicio que prestaba antes, la falta de mercancías general ha provocado que la mayor parte de los espacios de ventas permanezcan vacíos, la mayoría de los pisos son utilizados por la Wehrmacht como almacén y desde que el ataque ruso desde el sur ha llegado al canal de Teltow, aquí se han estacionado los puestos de mando de la Wehrmacht y los puntos de observación de artillería de las baterías del Jahnpark en Hasenheide, así como la división Nordland de las ss. La Wehrmacht inicia enseguida el transporte con la amplia cantidad de provisiones, los camiones ruedan sin interrupción. De la misma forma que al perro se le echa un bocado, igual que los viajeros de un crucero de lujo se entretienen viendo cómo los nativos del puerto de Alejandría o Colombo bucean a la búsqueda de monedas, los miembros de las ss lanzan de vez en cuando una lata de conservas, carne enlatada o un paquete de galletas entre los espectadores y alrededor de esos pedazos se forman salvajes carreras. En el patio y en los almacenes de los sótanos se dejan algunas existencias, que se «desbloquean» con cínica serenidad, ni se intenta hacer un reparto ordenado. En medio del severo fuego de artillería y de los lanzagranadas se forman salvajes riñas, la gente se pisa entre sí y se ahoga literalmente bajo las provisiones; uno trepa por encima de muertos y heridos, camina entre la harina y el azúcar, cae sobre las latas de leche y carne; muchos se desploman bajo la avalancha de la muchedumbre, resuellan y jadean sobre su botín, incapaces de volver a levantarse, y son arrollados sin

miramientos. De repente las SS se presentan de nuevo y disparan a mansalva entre los saqueadores a quienes ellas mismas habían atraído.

Mientras tanto, en el sótano del edificio permanecen más de quinientas mujeres y niños sacudidos por el miedo. Han buscado refugio aquí, pues el refugio antiaéreo de los almacenes Karstadt pasa por ser el refugio más seguro de Neukölln, bien hundido en la tierra y con una enorme mole de cemento por encima. Cuando el fuego de los lanzagranadas y de la artillería se intensifica y los tanques rusos ya ruedan por la Hermannstraße, las SS colocan detonadores y reparten bidones de gasolina por cada uno de los pisos y partes del edificio, así como cargas explosivas en los sótanos. No se advierte ni a los que han buscado refugio en el sótano ni a los habitantes de las viviendas de los alrededores. La voluntad de aniquilar completamente todos los valores, que devastó grandes zonas por todo el país, que dejó en ruinas Varsovia y que pretendía borrar del mapa las ciudades inglesas, tampoco se detiene, siendo consecuentemente criminal, ante la propia capital. De repente se incendia el segundo piso del ala que da a la Urbanstraße, con una velocidad vertiginosa el fuego salta de piso en piso, los bidones de gasolina sisean, el fuego salta como impelido por lanzallamas, los cristales de las ventanas vibran y estallan, los tabiques ceden. Alcanza en primer lugar la fachada principal de la Hermannplatz, después el ala que da a la Hasenheide y finalmente todo el enorme edificio, desde los sótanos hasta las torres, se incendia como una antorcha ardiente. Los soportes de hierro se ponen al rojo vivo y ceden, en los sótanos se producen explosiones de forma casi consecutiva, los disparos de la artillería y el tableteo de las ametralladoras se mezclan en el petardeo y crepitar de las llamas. Unos cuantos hombres resueltos de la defensa antiaérea civil sacan de los refugios a las mujeres y los niños, prácticamente rodeados por las llamas, y los conducen bajo un fuego continuado hasta el túnel del metro. Poco después se desploman los techos y los muros, el gran y orgulloso edificio se viene abajo como un gigante derribado de la prehistoria; un montón candente y humeante de escombros, hierro y vidrio.

La línea norte-sur del ferrocarril de cercanías, conexión transversal de los vértices de la curva norte y sur del ferrocarril de circunvalación, desciende por detrás de la estación de Humboldthain y pasa por la estación de Stettin y las estaciones de ferrocarril de la Friedrichstraße y la Potsdamer Platz de forma subterránea, por debajo de las calles, plazas y casas, y emerge a la superficie poco después de la Anhalter Bahnhof. Unos ciento cincuenta metros por detrás de la Anhalter Bahnhof, antes de que el tramo se divida en dos líneas y ascienda hasta las estaciones de la Großgörschenstraße y la Yorckstraße, el tren atraviesa subterráneamente entre los puentes de Schöneberg y Möcker el canal de Landwehr. Es el punto neurálgico del túnel de cinco kilómetros de largo. Está asegurado mediante la instalación de una gran cámara estanca para evitar la entrada de agua.

La construcción de este tramo, planeado hace ya tiempo, la impulsó el Tercer Reich como proyecto propagandístico, y ya entonces, en la recién renombrada Hermann-Göringstraße, antes Budapester Straße, se produjeron innumerables muertes entre los trabajadores. Las masas de arena cedían y los sepultaban y las vigas que se derrumbaban caían sobre ellos, como si los ostentosos funerales de Estado y el patético discurso del individuo de un asilo vienés para quien no tenían hogar, recién ascendido a Führer y canciller del Reich, no pudiera emborronarlo, víctimas de una preparación insuficiente y una ejecución precipitada de la obra, así como de la descarada búsqueda de prestigio. Doce años después, son las mismas criaturas –en esta ocasión no visten el uniforme pardo del Partido, sino los uniformes grises de campaña de las Waffenss– las que

trabajan en su propia obra. Lo que entonces era quizá insuficiencia y negligencia, nacidas de un complejo de inferioridad de nuevo rico, es ahora un sangriento crimen.

En esos días de abril los andenes y vestíbulos de la estación de Anhalt se han transformado en un campamento militar para las personas, en los entrantes y esquinas hay mujeres, niños y ancianos apretujados o sentados en pequeñas sillas plegables, en esta ocasión no durante las horas que dura un ataque aéreo, sino ya desde los días en que se inició la batalla por Berlín. Los corazones retumban, los ojos parpadean, los rostros sólo reflejan miedo, pues arriba se embravece la batalla, braman los cañones, ladran los lanzaminas, golpean las salvas de las ametralladoras, impacto tras impacto se sacude la cubierta del túnel, llueve el polvo de cal, los derrumbamientos emiten un estruendo sordo, nubes de polvo cubren las entradas y el humo invade las escaleras. La gente aguanta sin aliento, cada uno está absorto en sí mismo, solo en medio de la multitud.

Entonces introducen despacio un largo convoy de la Anhalt-Dresdner Bahn en la estación, formado no por vagones del ferrocarril verde rojizo y amarillo, sino por otros gris oscuro pintados de camuflaje y con cruces rojas sobre fondo blanco, un tren hospital, que es transportado de la vía al aire libre bajo la seguridad del túnel. A pesar de que el estruendo de la batalla no deja de aumentar y que los impactos prácticamente sepultan la entrada, la gente casi respira aliviada: parece ser que el túnel y los andenes son especialmente seguros, pues si transportan hasta aquí un tren hospital con muchos heridos, que permanecen maniatados a sus camas...

Pasan las horas una a una, cada minuto que pasa aumenta la desesperada tristeza. El estruendo de la batalla, que por un corto espacio de tiempo ha sido menos intenso, vuelve a aumentar, los impactos retumban como granizo sobre la calle, aunque la cubierta del túnel aguanta. Pero las SS hacen acto de presencia, desalojan sin consideración la estación y obligan a la gente a trasladarse a los accesos de la estación. De repente un impacto lejano empuja el aire como un surtidor a lo largo del túnel, aunque nadie se fija en ello, las miradas están enfocadas únicamente hacia delante.

De repente un grito se eleva como una flecha:

—¡Agua!

La gente se ha quedado de piedra. ¿Agua? Aún no se lo creen, se miran unos a otros, buscan en la mirada del otro la misma duda, la confirmación de la improbabilidad, de la imposibilidad. Entonces el agua empieza a aproximarse borboteando, destellos oscuros con pequeñas crestas de espuma; el nivel de agua que llega es bajo y sólo cubre las vías. La gente empieza a desplazarse, se convierte en una masa fuera de sí, que grita y vocifera, que reparte empujones y puntapiés; resuenan gritos, lloros, rezos, maldiciones, risas demenciales. ¿Dónde está la salvación? ¿Dónde hay una salida? Las salidas están sepultadas, arriba se recrudece el fuego de la batalla, la metralla cae como un aguacero. Sólo existe una posibilidad: dar con una salida en el túnel o alcanzar la estación de Potsdam, echar a correr para evitar el agua, ser más rápidos que el agua, medirse en una carrera con la muerte húmeda. El acceso se ve oscuro e insondable, aunque no queda otra alternativa, la gente empieza a andar a buen paso, a correr, tropieza en su avance con las traviesas y los puntiagudos lastres, cae al suelo, apenas vuelve a ponerse de pie, permanece en el suelo, la pisan sin contemplaciones, los niños son arrancados de los brazos de sus madres, los heridos intentan salir del tren, aunque las olas se embravecen ahora como los jinetes del Apocalipsis, ya no borbotean en silencio, sino que ahora braman, se abalanzan con estruendo, envuelven como un puño húmedo, lo engullen todo. Unos cuantos chillidos más, unos cuantos gritos ahogados, y entonces un silencio espectral se cierne sobre la estación del ferrocarril de cercanías, el silencio

de los muertos, un silencio sepulcral, sólo el agua borbotea, susurra y brama, por encima de la tumba húmeda las granadas interpretan su escalofriante música.

Los cadáveres abotargados y azulados de mujeres, niños, ancianos y soldados heridos, con sus cuerpos deformados, flotan inquietos entre las estaciones de Anhalt y Stettin bajo el asfalto de la ciudad de Berlín, porque las ss han volado un túnel perforado bajo el canal de Landwehr.

En un jardín entre la Wilhelmstraße y la HermannGöring-Straße, flanqueado por viejas casas de la aristocracia, cuyas fachadas clásicas se enfrentan a las moles de edificios hinchados, alzadas a toda prisa y con ostentación con una voluntad constructora inferior, en medio de un césped escaso se asienta una mole de cemento cuadrada de color gris verdoso sobre la que se ha añadido una placa semicircular semejante a un avispero y unido a un cono puntiagudo. Esta mole de cemento protege la entrada a una madriguera, que según los usos del idioma neoealemán se denomina búnker. Se encuentra dos pisos por debajo de la tierra; treinta y siete escalones conducen doce metros hacia abajo hacia un refugio antiaéreo a prueba de bombas. La distinguida vecindad de las casas residenciales de la vieja y nueva Prusia descarta que aquí se trate de un refugio antiaéreo convencional, con muros sin trabajar, húmedos y mohosos, apenas encalados, con unos cuantos pobres apuntalamientos con ramas de árboles, bancos de madera sin pulir y deficiente ventilación. Tampoco se trata de un refugio popular, que sea capaz de acoger a cientos o miles de personas apelotonadas en un espacio mínimo, con espacios prusianos desnudos, estrechos como un pañuelo, dos literas una encima de la otra y bancos primitivos, así como pasillos estrechos. Tampoco se trata de un refugio provisional y expuesto en las estaciones de los ferrocarriles de cercanías o del suburbano, no, el búnker del que se habla aquí es una obra maestra de los arquitectos de refugios antiaéreos. No han escatimado ninguna de las materias primas más costosas de la Alemania de Hitler, el acero y el hormigón, y han hundido el valioso material en la tierra y lo han puesto bien a salvo.

Este búnker, que se encuentra bajo una cubierta de hormigón de tres metros y medio (y para el cual ya hay más material dispuesto, con el fin de aumentarlo metro y medio más) contiene un número de habitaciones que, por el tipo de su mobiliario, claramente diferenciado el uno del otro, deja reconocer enseguida que sólo está a disposición de un usuario (y su servicio). Se trata de un búnker inusual y único. Junto a unas cuantas habitaciones, a las que se les puede aplicar la expresión, utilizada con frecuencia, de estilo militar espartano, y que son sólo sencillas y funcionales, ya que no están destinadas al uso privado, sino que se utilizan como salas para la guardia, centralita telefónica y dispensario, cuarto de máquinas (con motor diésel de 120 caballos), consulta médica y farmacia (tampoco se han olvidado de una cabina para atender al perro); tras cruzar cuatro pesadas puertas de acero, un pasillo conduce pasando por una especie de despacho a las habitaciones realmente privadas: una habitación para los hombres, un dormitorio, un salón para arreglarse, una cocina, un baño, todo ello selecto y dispuesto de forma apropiada. Las habitaciones están cubiertas de mullidas y caras alfombras; el baño, revestido de azulejo blanco, provisto de una ventilación de primera clase y calefacción eléctrica. Entre los requisitos de este refugio antiaéreo se cuentan además cómodos bancos acolchados, mullidos sillones, unos cuerpos que emiten una luz suave, cuadros valiosos, mesas móviles para servir el té, librerías, cómodos rincones, un mueble bar, un aseo peluquería con todo tipo de cosmética, un sofá cama, cubierto con un pesado brocado de seda, muebles de época de finas maderas extranjeras. Nada se ha olvidado aquí para el hijo modesto y sin pretensiones del pueblo trabajador, que –tal como informó su abogado– vive con ascética abnegación entre su cama de

campana y su escritorio, mientras que su concubina le alivia un poco durante unas horas esa vida sencilla y espartana, ya que los aviones enemigos llenos de odio dejan caer sobre la ciudad recipientes de acero que contienen pólvora y que llaman bombas. En este espacio eremita no hay sonido molesto que valga: ni el aullido de las sirenas, ni el cantar de los motores de los aviones, ni el retumbar de los cañones, ni tampoco el ruido de fondo y el silbido de las bombas, ni el estallido de las explosiones, ni el estruendo de las casas que se vienen abajo, ni el crepitar del fuego, o los gritos de los alcanzados y las maldiciones del pueblo.

Este refugio antiaéreo se encuentra en el jardín de la Cancillería del Reich y es el búnker privado de Adolf Hitler, Führer y canciller del gran Reich de Alemania, que en realidad ya no se extiende desde el Atlántico y el Volga, el Ártico y el Canal de Suez, tampoco entre el Mosa y el Memel, ni del Etsch hasta el Belt, sino desde el Panke hasta el Havel y desde el Isar hasta Pegnitz. Adolf Hitler, el Führer y comandante, enviado por la providencia y escogido por el destino, dirige desde este búnker la defensa de Berlín, al igual que dos años antes desde el cuartel general del Führer en la Wolfsschanze, la guarida del lobo en Rastenburg, había dirigido la defensa de Stalingrado y, hace un año, la defensa de la ola atlántica. Ahora la finalidad de la habitación que antes servía como una especie de despacho es clara: se trata de la sala de conferencias sobre la situación. Desde el 22 de abril aquí se celebran reuniones, que el Führer mantiene a su manera habitual, exponiendo con su voz precipitada –la erre pronunciada de manera ronca y alargada a la balcánica, con los gestos salvajes de un comicastro, transpirando y moviendo los ojos– sus constructivos planes, mientras los otros asienten frente a sus destellos de genialidad. Los otros, es decir, el ministro del Reich Bormann, jefe de la cancillería del Partido; el mariscal de campo Keitel, jefe del Alto Mando del Ejército; el coronel general Jodl, jefe del Estado Mayor de la Wehrmacht; el general Krebs, el no sé cuántos jefe del Estado Mayor por gracia del Führer; el general Burgdorf, oficial jefe de la Wehrmacht; el jefe de Brigada de las ss Mohnke; el comandante militar de la Cancillería del Reich y el Standartenführer de las ss Fegelein, el enlace con Himmler, el ministro del Interior del Reich, jefe de la policía alemana, *Reichsführer* de las ss y comandante en jefe del Ejército en la reserva. La concentración de expertos militares ya no se corresponde con la magnitud del objetivo, lo que demuestra la selección de los mapas que decoran esta habitación, pues mientras tanto la fortaleza de Europa se ha reducido primero a la fortaleza de Alemania y finalmente a la fortaleza de Berlín y, a pesar de todas las grandes maldiciones, los cambios de voz al gritar las órdenes y los ataques de histeria, prosigue el avance concéntrico de los rusos y este 24 de abril, incluso Hitler se ha dado cuenta de que la gloria de su Reich milenario ha llegado a su fin y que ya únicamente se limita al distrito de BerlínMitte. Vuelve a sacar espuma por la boca cuando Bohrmann le explica el carácter de ultimátum del escrito de Göring, que dice lo siguiente:

H.Q., 23/4/1945, 22:00 horas ¡Mi Führer!

¿Está usted de acuerdo con que, según su decisión de permanecer en el puesto de mando en la fortaleza de Berlín y su decreto del 29.6.1941, yo asuma como su lugarteniente de manera inmediata el gobierno total del Reich con completa libertad de actuación, tanto en el interior como en el exterior?

En caso de que hasta las 22 horas no reciba respuesta, partiré de la base de que le han privado de su libertad de acción. En ese caso, procederé a contemplar como cumplido su decreto y actuaré en bien del pueblo y de la patria. Lo que siento en estas difíciles horas de mi vida por su persona ya lo sabe usted y no se puede expresar mediante palabras.

Que Dios le proteja y le permita venir a pesar de todo hasta aquí lo antes posible.

Su fiel HERMANN GÖRING

Maldice al mariscal del Reich y su fuerza aérea, lo expulsa del Partido y grita: «¡Habría que colgar a toda la fuerza aérea!», aunque a continuación está cansado y dice a sus fieles paladines: «El asunto está perdido». Las noticias que le llegan apenas le interesan ya, ni el hecho de que el paladín infiel, el mariscal del Reich y comandante supremo de la Luftwaffe, Hermann Göring, intente formar un contragobierno en la Alta Baviera, ni tampoco la llamada telefónica del simplón del Reich, Joachim von Ribbentrop, que le comunica con voz excitada por la alegría, que, según informaciones que le han llegado desde Suiza, el conflicto augurado desde siempre por él entre las potencias occidentales y los bolcheviques había alcanzado en ese momento su punto álgido. Para entonces Hitler ya se había obsesionado con el papel de suicida y le anuncia a su arquitecto personal Speer que ha decidido defender Berlín hasta el último aliento y, si la ciudad cayera, suicidarse; que además ha ordenado que hagan desaparecer tanto su cadáver como el de Eva Braun, «que no quede nada reconocible», aunque la desconfianza aún le sacude y cualquiera que entra en el búnker –también sus colaboradores más estrechos debe someterse a un registro concienzudo por parte de los centinelas de las SS.

A primera hora de la tarde del 24 de abril se publica por penúltima vez el periódico *Der Angriff* junto con la edición vespertina del *Berliner Illustrierter*, que lleva el siguiente titular:

LA RESISTENCIA DE BERLÍN NO TIENE PARANGÓN

y contiene el siguiente editorial:

EL FÜHRER DIRIGE LA DEFENSA DE LA CAPITAL DEL REICH

El Führer dirige la defensa de la capital del Reich, decidido como está a llevar a cabo la tarea de la salvación de la capital del Reich junto a su población. El Führer es informado cada hora sobre la situación en todos los frentes de batalla en Berlín y alrededores. Él mismo interviene a la hora de impartir las órdenes en todos los puntos esenciales. Muchos oficiales, suboficiales y equipos de apoyo son trasladados desde los frentes de combate hasta el puesto de mando para que informen personalmente sobre sus experiencias. El mismo Führer condecora personalmente en el puesto de mando a los luchadores más destacados. Desde todas partes y a todas horas las unidades son conducidas hasta Berlín o acompañadas hasta el centro de la ciudad con el fin de reforzar el frente.

El editorialista, el doctor Otto Kriegk, escribe en la misma edición entre otras cosas lo siguiente:

La población de la capital del Reich, que trabaja prácticamente tras los frentes de batalla y presta una ayuda inimaginable, está totalmente convencida de que el éxito de la defensa radica más en expulsar a los bolcheviques de la zona de la capital del Reich que en los frentes de combate temporales. Los ataques en vuelo rasante de los cazas de combate con bombardeos y ametrallamientos, lanzamiento de granadas, el fuego intenso de nuestra artillería y nuestros cañones antiaéreos se han vuelto algo natural. Lo que el soldado del frente aprende en las primeras batallas de autodefensa, se lo han apropiado los hombres y mujeres de Berlín en los

últimos días. En los puntos de mando y en los centros de acogida del Volkssturm, en los cuarteles de los regimientos y unidades de seguridad, se planifica y ejecuta con sobria objetividad lo que es necesario para reforzar la defensa. Los berlineses saben que la defensa de su ciudad no sólo se dirige desde dentro, sino también desde fuera, y que para ello se han puesto a disposición unidades, cuyas órdenes condujeron al principio en otra dirección. Cada uno sabe que el Führer se mantiene junto a los habitantes de la capital del Reich y que la defensa dirigida por él cuenta con unas fuerzas con las que el enemigo no había contado.

XIII

25 de abril

La batalla se acerca ahora a los alrededores de la Schlesischer Bahnhof. Con los impactos de la artillería se mezcla ya el lanzamiento de granadas y cuando el fuego calla durante unos minutos se percibe el traqueteo de las ametralladoras. La humareda espesa que cubre las calles como un miasma grueso y sofocante se mantiene debido a las nubes bajas, que ésta empuja sobre las hileras de las calles. Las formas de la vida civilizada se han quebrado, las personas que se hacinan en los sótanos estaban en su momento acostumbradas a lavarse cada día y cepillarse los dientes, cada cierto tiempo mudarse de ropa y calcetines, comer más o menos educadamente con cuchillo y tenedor, utilizar el agua corriente, el gas y la electricidad, una bañera y un váter, permanecer detrás de un mostrador o un banco de trabajo, tras una ventanilla o el banco de una escuela. Todo esto ya no existe; ahora permanecen sentados sin hacer nada y apáticos, hacinados en un espacio estrecho, con la cabezas hundidas entre los hombros; sus rostros hundidos tienen una tonalidad lívido verdosa; los ojos inflamados, enrojecidos y rodeados de oscuras ojeras; el humo espeso que se cuele en el sótano ha dejado una gruesa capa de polvo sobre sus rostros, pues no hay disponible agua para lavarse; una barba de seis días oscurece las barbillas, mejillas y labios superiores de los hombres, pues no hay ni agua ni luz para afeitarse; los pechos de las madres están secos, no dan ya leche, las últimas existencias, repartidas cuidadosamente, se están terminando, y quien aún posee un trozo de pan o la punta de una salchicha, se lo come en secreto, pues no sabe si el vecino se lo arrancará de la boca. Ya que no hay ocupación alguna, ninguna distracción, sólo oscuridad, miedo y espera, el día y la noche se funden en una interminable monotonía. De día, de cuyo despuntar uno sólo se entera por algunos hombres y mujeres resueltos, resulta imposible hacer algo diferente a lo que se hace de noche, vegetar apáticamente sobre los camastros del refugio, sobre bancos y cajas, en tumbonas y sillones, ansiar cada vez más la salvación, de la misma forma que se intenta tocar con las manos un espejismo, intentar que el oído y la vista se vuelvan insensibles. A medida que la posibilidad de mantener la distancia y ocultar o hacer pasar inadvertida la intimidad se reduce cada vez más, mientras se acentúa el sentido vital de esta vida infernal con el pasar de las horas, más transparente resulta el barniz de la cultura, con más facilidad se desprende la capa de modales de las personas y con más furia saltan a la superficie el asco y la repugnancia, la envidia y el odio. La oscuridad y el aire, completamente apestoso, se hacen insoportables, aunque arriba se desata la batalla, las granadas impactan y las armas de a bordo de los aviones lo barren todo como un huracán, impidiendo cada intento de abandonar el sótano, obligando a regresar implacablemente al sepulcro de los cadáveres vivientes. Alguno que otro que se ha atrevido por curiosidad a abandonarlo nunca más ha regresado.

Durante la noche la brigada sanitaria móvil ha desalojado el restaurante de Klose y él ha aprovechado rápidamente la oportunidad para correr la verja extensible y cerrar con llave el local. Ahora ya vuelve a disponer del local para sí mismo y, sobre todo, ha vuelto a recuperar su sótano, que no sólo ofrece una mejor protección que las habitaciones de la planta baja, sino que él

utiliza además para almacenar provisiones, que ha ido reuniendo para el tiempo que dure el asedio y el aislamiento de cada abastecimiento reglamentario.

A primera hora de la tarde el doctor Böttcher ya ha regresado. Se ha dado una vuelta por las casas circundantes; en cierto sentido, ha ido de visita médica, ha saltado de pasillo en pasillo pegado a las paredes de cada casa para preguntar en los sótanos si alguien necesitaba atención médica y ha ayudado, en la medida de lo posible, administrando unas cuantas cucharadas de bromo o de valeriana, y repartiendo unas cuantas docenas de comprimidos de Silargette, Redoxon o Albucid, además de consejos y palabras tranquilizadoras. El doctor Böttcher está agotado, aunque sobre todo deprimido, pues todo lo que ha podido hacer es como una gota evaporada en la arena caliente de un desierto. Todas las toxinas y antitoxinas, preparados alopáticos y homeopáticos no les pueden dar a las personas que sufren aquello que necesitan ante todo para sanar: tranquilidad, silencio, paz, serenidad.

–Tienes pinta de estar bastante cansado, doctor –dice Wiegand en cuanto el doctor Böttcher se deja caer pesadamente sobre una silla.

El doctor Böttcher se saca las gafas y las balancea con un movimiento de desvalimiento.

–Me pregunto –dice– si jamás será posible eliminar los daños nerviosos, corporales y mentales que han sufrido las personas a raíz de esta guerra demencial.

–¿Y qué dice la gente? –pregunta Wiegand.

El doctor Böttcher alza la vista.

–La mayoría de la gente está apática, completamente indiferente, tampoco ahora se atreven a abrir la boca mientras haya cerca un pez gordo del Partido y no lo harán hasta que el último de sus representantes sea eliminado literalmente por el primer soldado ruso. Aunque hoy he asistido a algo que me ha parecido tan característico que os lo tengo que contar. No sé si ya os ha llegado el último rumor...

–¿Hermann Göring ha entrado en combate al mando de un enorme ejército auxiliar de paracaidistas con el fin de sacar del apuro al Führer? –pregunta Schröter esbozando una sonrisa.

–Por lo que dicen, se aproxima un ejército auxiliar bajo el mando de Wenck –contesta el doctor Böttcher–, aunque antes de que pueda participar en la batalla por Berlín deberá ocuparse primero de las tropas rusas situadas al oeste de la ciudad. Según el parte del ejército de fecha de hoy –y saca un periódico del bolsillo y lo abre–, sí, aquí está:

En la batalla por Berlín se pelea por cada palmo de tierra. En el sur, los soviéticos han avanzado hasta la línea BabelsbergZehlendorf-Neukölln. En la parte este y norte de la ciudad prosiguen los intensos enfrentamientos callejeros. Al oeste de la ciudad, los primeros tanques soviéticos llegaron a la zona de Nauen y Ketzin. Al noroeste de Oranienbrug se mantiene la orilla norte del canal de Ruppín frente a los duros ataques.

–Los primeros tanques en la zona de Ketzin-Nauen quiere decir en buen alemán, que los rusos ya han bloqueado la última gran carretera de salida hacia el noroeste. Y aquí hay un artículo que voy a leeros resumido.

ESTA MAÑANA HAN ENTRADO EN BERLÍN
LAS PRIMERAS RESERVAS DE INTERVENCIÓN DEL OESTE

Con alegría y satisfacción la capital del Reich vivió en las primeras horas de la mañana la

entrada de nutridas reservas de intervención del oeste, que han sido trasladadas hasta aquí para reforzar las fuerzas de resistencia. Bajo unas nubes bajas, con chubascos intermitentes, a través de las cuales centelleaban las últimas estrellas de la noche pasada, los vehículos, carros de combate, cañones, tanquetas y columnas de infantería, bien equipadas con munición y armamento, avanzaron por una de las grandes carreteras de entrada a Berlín, una de las arterias de suministro, uno de los caminos que aún no ha sido bloqueado ni dañado por los tanques bolcheviques.

La actitud y el estado de ánimo de los berlineses justo después de poder ver con sus propios ojos estas imágenes son aún más serenos y tranquilos; se ha superado por completo el primer efecto del choque que supuso la irrupción de los bolcheviques en la ciudad. Asistimos a verdaderas escenas de alegría cuando la noticia de la entrada de estas tropas llegó a aquellos puestos de mando que ya llevaban días con sus tropas luchando ininterrumpidamente. Lo que dijo un tanquista esta mañana a primera hora con rostro sonriente lo dijo por todo nosotros. De su boca salió el lema del día de hoy y de los venideros: a por ellos, que ahora empieza lo bueno.

—Creo que todo esto es un farol. Estas denominadas reservas de ataque, que deberían haber entrado esta mañana en la ciudad, no son más que un embuste: las tropas nuevas que aún se lanzan a la batalla no vienen del frente del oeste, sino de Spandau y Döberitz, reclutadas en los cuarteles de Adler y Seeckt. Estas formaciones altamente sospechosas se componen de veraneantes, compañías de convalecientes, personal de tierra de la aviación que se ha quedado sin trabajo, miembros del Volkssturm de la cuarta convocatoria, Juventudes Hitlerianas, policías en la reserva, guardias de seguridad, obreros, gente obligada por la OT y, finalmente, también desertores que, en el último momento, han tenido miedo de su propia valentía y se han vuelto a alistar. Están pobremente armados y apenas disponen de armamento pesado. Aunque en realidad no quería hablar de ello. ¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Estaba hablando usted de un rumor —le recuerda Lassehn.

—¡Exacto, el rumor!

El doctor Böttcher niega con la cabeza y sonríe momentáneamente.

—Este rumor dice lo siguiente: Alemania ha acordado con Inglaterra y América un armisticio y se ha unido con ellos en contra de Rusia.

—¡Tonterías! —grita Schröter, alterado—. ¡Que pueda tomarse algo así en serio!

—No se encienda de esta manera —lo tranquiliza el doctor Böttcher—. Yo sé exactamente, como todos ustedes, que es una tontería, y sólo me limito a contar el rumor con el fin de evidenciar cómo (no quiero decir el pueblo alemán) muchos alemanes reaccionan aún hoy en día. Considero que una reacción así ante semejante rumor facilita una idea profunda y característica de la mentalidad de los cerebros anestesiados por el nacionalsocialismo.

—No se alargue usted tanto con la introducción —le advierte Schröter, impaciente.

—Ya llego a ello, irascible contemporáneo —le replica el doctor Böttcher—. Tiene que aceptarme tal como soy, antes debo desgranarme. Por cierto, ¿dónde está Klose?

—Ha ido a buscar agua —le contesta Lucie Wiegand.

El doctor Böttcher asiente ante la respuesta.

—Bueno, ahora voy al grano —prosigue—. Me encontraba en un sótano, atendiendo a dos niños y repartiendo unos cuantos medicamentos, y cuando estaba listo para partir, los impactos eran tan intensos que preferí esperar un poco más. Me puse a escuchar las conversaciones, sin expresar mi

opinión al respecto, y debo decir que la gente habla bastante abiertamente y utiliza todo tipo de expresiones dulces dedicadas a nuestro glorioso Gobierno. «Si el hijo de puta ese la palmara de una vez», dijo una mujer sentada junto a mí, mientras que otra joven opinaba: «Si por lo menos estuvieran aquí los rusos para poner fin a toda esta mierda». Otros utilizaron expresiones similares o asentían animadamente. Naturalmente que sólo he podido observar a una parte de la gente, pues el sótano era bastante grande y con muchos rincones, pero no escuché ninguna voz que llevara la contraria.

–Tampoco es tan extraño lo que cuentas –dice Schröter–. Está claro que la gente está hasta las narices...

El doctor Böttcher le echa un vistazo por encima de los cristales de sus gafas: se trata de la mirada indulgente de un profesor a su alumno, que se ha aprendido de forma insuficiente la lección.

–¿Tan claro está? –pregunta–. Lo que voy a contar ahora no lo deja ni mucho menos tan claro como usted piensa y eso que sólo he esbozado cuál era el estado de ánimo en ese sótano para... Ahora mismo verán ustedes por qué. Cuando la gente ya despotricaba a gusto, irrumpió de repente un hombre desde la calle; no era un soldado, ni un faisán de oro, tampoco un miembro del Partido (por lo menos no llevaba ningún distintivo), sino un simple civil; estaba fuera de sí y, de la excitación, las palabras le salían de la boca a borbotones. Ese hombre informó del rumor del supuesto armisticio con los aliados occidentales y de la nueva alianza en contra de los soviéticos.

El doctor Böttcher resuella, como si de repente se hubiera quedado sin aliento.

–Debo decir que el efecto de esa noticia fue simplemente sorprendente. No sólo las maldiciones cesaron de inmediato, sino que sentí directamente una ola de alegría que embargaba a toda esa gente. La misma mujer que pocos minutos antes había llamado hijo de puta a Hitler, de repente estaba de nuevo convencida, ya no hablaba de Hitler, sino de nuestro Führer, que iba a proteger en el último minuto a Alemania de los bolcheviques. Otros rodearon al hombre para enterarse de todos los detalles posibles, si los ingleses y los americanos ya estaban en marcha, si su aviación ya estaba bombardeando a los rusos y preguntas de ese tipo.

–Deprimente –dice Gregor–. Uno podría llevarse la impresión que el pueblo alemán aún quiere conseguir la victoria, que todavía no ha reconocido que únicamente una derrota total puede acabar del todo con la dictadura de Hitler.

–¿Quién no le dice –interviene Wiegand– que una gran mayoría del pueblo alemán quiere ser liberado de los nazis? Quiere ver terminada la guerra, cómo y de qué manera es lo de menos: ya sea con Churchill o contra Churchill, con Stalin o contra Stalin, no tiene ninguna importancia. Si Hitler aún ganara la guerra sería completamente justo, sin tener en cuenta las consecuencias que ello pueda tener tanto dentro como fuera del país.

–Exactamente –dice el doctor Böttcher–. Esta escena presenciada en el sótano, y que considero característica, me ha demostrado una vez más que, por desgracia, nuestro pueblo está corrompido espiritualmente hasta la médula. Resulta amargo tener que decirlo, pero es la triste verdad, y por ello un día la historia lo hallará culpable.

–La culpa, el error y el crimen han conducido a nuestro pueblo hacia el abismo –dice Gregor–; también el suicidio es un crimen.

Schröter ha estado manipulando el receptor y se ha colocado los auriculares.

–¡Silencio! –exclama–. ¡La BBC de Londres!

Aguzo el oído con el rostro tenso, sin mover un solo músculo, y apunta algo con un lápiz en un

papel. Cuando se quita los auriculares, mira a su alrededor con gesto triunfante.

–En pocas palabras –informa–: los rusos han conquistado Brünn y Pillau; los ingleses y los canadienses están a las puertas de Bremen y Hamburgo; los franceses y los americanos avanzan en Baviera hacia la frontera austríaca; en Checoslovaquia, los americanos avanzan hacia Eger; en Italia, los aliados han avanzado hasta el Po. Y –sonríe como alguien que le está preparando una sorpresa a un niño– me he guardado lo mejor para el final: los rusos han llegado hasta Torgau, junto al Elba, y se han unido al primer Ejército americano. ¿Entonces qué?

–Quien conoce la dinámica de los ataques aliados no debería estar tan sorprendido –afirma el doctor Böttcher con prudencia–. El boletín militar de hoy no dice en el fondo nada diferente, sólo que lo hace de la forma usual velada, rebuscada e intercalando las grandes pérdidas del enemigo, los avances detenidos y los exitosos contraataques. Quien está perfectamente familiarizado con la terminología de los boletines militares siempre ha podido leer muchas cosas entrelíneas, pues se correspondían en general con los hechos. Únicamente se limitaban, reducían u ocultaban los sucesos desfavorables, algo que por lo demás es un truco apreciado por Goebbels: ignorar los hechos incómodos con un movimiento generoso de la mano y dejarlos para más adelante (cuando serán eclipsados por otros sucesos), o bien admitirlos poco a poco, o bien mencionarlos muy de pasada como una circunstancia conocida ya desde hace tiempo.

–Los periodistas que se atrevían a desviarse un palmo de las formas prescritas –dice Gregor– tenían las puertas del campo de concentración abiertas de par en par, para colocarlos con todo cariño detrás del alambre de espino. Aunque nadie o casi nadie se atrevió a hacerlo, en ninguna parte se fue tan bizantino como entre los periodistas.

–Uno de los muchachos más encantadores es el doctor Otto Kriegk, referencia como editorialista del *Nachtausgabe* –dice Wiegand, y señala el periódico que ha traído el doctor Böttcher–. Su editorial de hoy es de aquí.

EL FÜHRER DIRIGE LA BATALLA POR BERLÍN DE LA FORMA MÁS ACTIVA

La batalla por la capital del Reich se halla hoy en el punto álgido y decisivo. Los agresores bolcheviques intentaron ayer y esta noche pasada, mayormente en vano, avanzar aún más hacia el interior de la ciudad desde el norte, el este y el sur. En algunos puntos centrales de la batalla han conseguido avanzar debido a su superioridad de efectivos y material, brechas que la defensa alemana está intentando bloquear en estos momentos. Los bolcheviques han conseguido además internarse por el oeste en los alrededores de Berlín y han intentado sitiar la ciudad desde lejos. En todas partes se han topado con una fuerte resistencia de los diferentes grupos de combate.

El comportamiento táctico de los bolcheviques demuestra que, paulatinamente, se van dando cuenta de hasta qué punto tienen que contar con un refuerzo esencial de las fuerzas de defensa alemanas en un plazo muy corto.

La defensa alemana de la capital del Reich ha implicado así a todos los medios y posibilidades al abasto, de manera que en Berlín realmente confluyen de forma simultánea y de forma ideal la Wehrmacht, el Partido y el Volkssturm. El Führer dirige él mismo la defensa de la capital del Reich.

El *Gauleiter* doctor Goebbels ha exhortado ayer a los berlineses de nuevo mediante un llamamiento a defender la capital del Reich con un honor especial, pues el mismo Führer se ha

colocado a la cabeza de esta batalla decisiva y heroica. El Führer dirige la lucha de forma activa y permanece en la capital del Reich, hasta que se cumpla la decisión que hemos tomado, la expulsión de los bolcheviques hacia el este.

–Más cínico y mentiroso no podía ser Goebbels al escribir –dice Lassehn, una vez Wiegand ha terminado de leer.

–Ah, cándido ángel –dice el doctor Böttcher–, todo esto es Goebbels; no existe editorial en Alemania que no se escriba hasta el más mínimo detalle según las directrices de Goebbels. ¿O no sabía usted que los redactores de los periódicos y agencias de noticias deben acudir diariamente a Goebbels o al señor Dietrich para recibir sus órdenes, pues es sabido que disfrutamos de la prensa más libre y mejor informada de todo el mundo? En una ocasión, Goebbels llegó a agradecer a la prensa su fidelidad y disponibilidad.

–Siempre me asedía una comparación –dice Wiegand–. Cuando arrastro a mi pequeño perro de la correa detrás de mí y en ello casi lo ahogo, entonces me tiene que seguir, pues yo soy el más fuerte, aunque después nunca se me ocurre acariciarlo y decirle que es un perrito bueno y fiel que sigue a su señor de forma obediente.

–Sin embargo, la jauría de la prensa, quiero decir, tu buen y fiel perrito, al final te obedece, aunque no lleve correa –dice el doctor Böttcher–, te obedece en cuanto le dedicas una mirada y se somete tan pronto como alzas la voz.

–Nuestro perrito aprende fácilmente y realiza algunas nuevas acrobacias del repertorio, por supuesto no pequeño, de su domador –dice Gregor, sonríe por muy poco tiempo y vuelve a ponerse serio–. Nuestros periodistas nacionalsocialistas siempre encuentran un truco para acompañar con algún comentario propicio los hechos más deprimentes. Un ejemplo realmente clásico me lo facilitó el DAZ del 31 de enero al publicar lo siguiente:

Precisamente cuando uno tiene presente que ahora mismo nos encontramos en la tercera semana desde el inicio de la ofensiva soviética, sin que hasta el momento se hayan visto operaciones de contraataque de gran calado, uno tiene que sentirse reforzado en la opinión de que nuestro Gobierno está trabajando en organizar esas medidas de contraataque con un alcance adecuado al del ataque enemigo.

–Así que no fueron nuestros victoriosos contraataques el áncora para este comentario ejemplar del OKW, sino justamente la ausencia de los mismos.

–Si uno se limita a leer los titulares ya se pone enfermo –dice Schröter–. Suenan intrépidos, heroicos:

«ASÍ SE SUPERA LA SITUACIÓN»

«CAÑONES ANTIAÉREOS PARA DESTRUIR CARROS DE >COMBATE»

«UN CAÑÓN ANTIAÉREO BERLINÉS PARA LA LUCHA TERRESTRE»

«LAS JUVENTUDES HITLERIANAS EN COMBATE».

«LA POLICÍA DE BERLÍN MANTIENE LA BARRICADA CONTRA LOS TANQUES DE LA M-STRASSE»

«LA MORAL DE GUERRA EN LA CAPITAL DEL REICH ES EJEMPLAR»

«EL PRESIDENTE DE UNA EMPRESA DESTRUYE TRES TANQUES SOVIÉTICOS»

«UNA ESCUADRILLA DE JEFES POLÍTICOS ACABA CON UN LANZACOHETES»

Aquí, este artículo es especialmente característico, habla por sí solo. ¡Escuchad!

EL EMA DEL PUEBLO

No muy lejos de la estación de cercanías de Schöneberg, en el cruce de la Hauptstraße y de la Tempelhofer Straße, la población se encontró con un soldado ahorcado del poste de un farol con cuerda de tender ropa. No llevaba puesta su guerrera. Como su verdugo, la población le había colgado de los tirantes un cartel de cartón blanco con la siguiente leyenda: «Yo, el cabo primero Höhne de Berlín, fui demasiado cobarde para defender a mi mujer y a mis hijos»

Esta imagen tan poco habitual en las calles de la capital del Reich tiene en estos días una profunda legitimidad.

De allí cuelga un desertor. A sólo unos cuantos metros del ahorcado hay mujeres y niños con bolsos y redes de compra frente a las tiendas de comestibles que van a recoger la asignación especial. Tienen que esperar, pues hay mucho trajín en las tiendas. En casa han dejado a punto su bolsa de asalto, aunque no para huir a través de los huecos en el frente, no para pedir al enemigo mediante la palabrería una supuesta carta blanca para que le traten con respeto. Este traidor que cuelga ahorcado allí, ajusticiado por la población, ya no podrá hacernos daño. Ya es pasado su sueño de evitar su deber de soldado, dejar a su pueblo en la estacada y apuñalarlo por la espalda. Quien teme una muerte con honor, muere con vergüenza.

–¡Qué asco! –exclama Wiegand alterado–. A las puertas de su hundimiento y aun así los nazis vuelven a mostrar lo que son, asesinos de pueblos extranjeros y de su propio pueblo.

–Yo lo he visto con mis propios ojos en el Hackescher Markt –comenta Lassehn–, aunque no he dejado de buscar pretextos para decirme que únicamente se trataba de un asalto. Aunque después de este artículo del periódico, ya no hay duda alguna posible. Si incluso algo así se imprime...

–Hombre, Lassehn –dice Schröter–, éstas no dejan de ser las mismas bestias, aunque arrastren a los judíos hasta las cámaras de gas, ahorquen a sus propios soldados o impriman un artículo de prensa como éste; únicamente las armas son diferentes: una ametralladora, una soga o una máquina de escribir, la idea criminal es la misma.

–Schröter ha dado en el clavo –opina el doctor Böttcher–. Barbarie más técnica moderna como ideología, eso es el nacionalsocialismo. Por cierto, están llamando a la puerta.

–Mi mujer está en la cocina –dice Wiegand, y escucha atentamente los golpes–. No puede ser Klose, pues tiene llave. Además, llamaría de otra forma.

–Quizá es tu teniente, Lassehn –dice Schröter–, que viene a recogernos para la hora de maniobras.

Cuando Lassehn quiere contestar, Lucie Wiegand entra en la habitación.

–Están llamando a la puerta, pero no es nuestra señal. ¿Quién puede ser? ¿Voy a abrir?

Los golpes en la puerta son cada vez más audibles e impacientes; alguien golpea con los puños el panel de la puerta.

–Tú vete delante, Lucie, a la tienda –dice Wiegand rápidamente–; yo abriré. Vamos, coged las pistolas. Lassehn, tu lleva la linterna.

Wiegand recorre el pasillo corto y oscuro y entreabre la puerta lo mínimo. Detrás de él se sitúan Schröter, Gregor y el doctor Böttcher empuñando las pistolas, Lassehn enfoca con su linterna hacia la puerta.

–¿Quién es? –pregunta Wiegand.

–Abran –dice una voz de hombre profunda y gruñona con un fuerte acento berlinés–. Ha pasado algo.

–¿Qué es lo que ha pasado? –pregunta Wiegand sin abrir más la puerta.

–El gordo tabernero... vive aquí, ¿verdad? –pregunta la voz de hombre.

–¿Y qué? –pregunta Wiegand, aún cuidadoso.

–¿Es usted pariente suyo? –sigue preguntando la voz.

–Sí –contesta Wiegand–, Klose es mi cuñado. ¿Qué es lo que quiere usted de él?

–¿Querer? –pregunta la voz–. Nada, nadie puede querer ya algo de él, se ha... Bueno, lo han alcanzado hace un momento.

Wiegand abre de golpe la puerta y se encuentra a un hombre grande y ancho, que viste una chaqueta de cuero.

–¿Dónde está? –pregunta a toda prisa.

–Está junto a la bomba de agua, en la Fruchtstraße, a la derecha doblando la esquina, enfrente de Correos.

–¿No puede andar? –pregunta el doctor Böttcher, guarda su pistola y va a buscar su maletín con el instrumental.

–¿Andar? –dice el hombre y frunce los labios–. Ya ha expirado, está acabado. Justo cuando se quería ir con el cubo de agua es cuando ha pasado. Una metralla ha zumbado por el aire como una mariposa, aunque algo más dura y él no ha podido aguantar un golpe como ese.

–Vamos, debemos ir a buscarlo enseguida –dice el doctor Böttcher–. Acompañadme, quizá encontremos en alguna parte una camilla o algo para transportarlo.

–Yo cavaría un agujero aquí mismo, en el patio –dice el hombre–. Está muerto y requetemuerto, a ése ya no lo despierta ya nadie.

–¿Dónde está? –pregunta Wiegand.

–Ya se lo he dicho –le contesta el hombre–, doblando a la derecha en aquella esquina, junto a Correos. Ha tenido una muerte bonita, el gordo, aún estaba vivo y coleando y en un momento ya no estaba. Así me gustaría morirme.

–Vamos –dice el doctor Böttcher y se abre paso ante el hombre de la chaqueta de cuero–. ¡Vamos rápidamente!

Lassehn, Wiegand, Schröter y Gregor siguen al doctor y cruzan corriendo el patio y el corredor del inmueble.

–A ése no lo vais a despertar *vosotros* –les grita el hombre a sus espaldas–, por mucho que corráis, la muerte es aún más rápida. Srrr, bang, y ya estás acabado.

Los hombres recorren agazapados junto a las fachadas de las casas la calle Am Schlesischen Bahnhof y doblan la esquina hacia la derecha en la Fruchtstraße. Un poco más y tropiezan con una persona.

–Allí está Klose –grita Lassehn, que corre al instante detrás del doctor Böttcher.

Es Klose: tiene las piernas estiradas y apoya, en una posición de medio reposo, el tronco contra la fachada de una casa; un hombro algo enroscado; la cabeza caída hacia atrás; los ojos muy abiertos de forma poco natural; una mano agarra con fuerza un cubo de agua. A unos cuantos metros de él hay unas cuantas mujeres junto a la bomba de agua, un hombre bombea agua con unos movimientos tremendamente rápidos, nadie se preocupa de esa persona que yace en la acera, nadie arma mucho alboroto por el hecho de que hace apenas un momento le hayan arrancado la vida a una persona. La muerte se ha vuelto un hecho tan cotidiano dentro de esa orgía de destrucción y devastación que la propia vida se ha convertido en el único centro de todo.

El doctor Böttcher se arrodilla frente a Klose; enseguida ha descubierto la herida: de la sien derecha mana un hilo de sangre, que recorre la mejilla y gotea sobre la chaqueta. El doctor lo examina rápidamente y entonces, aún arrodillado junto a Klose, alza la vista.

Lassehn acierta a ver un parpadeo confuso en los ojos del doctor Böttcher, cómo su nuez salta de su cuello y asciende y desciende con fuerza.

—Está... —empieza a decir Lassehn, y observa con miedo al doctor Böttcher.

El doctor Böttcher no contesta, se pone de pie lentamente, como si le supusiera un gran esfuerzo, se inclina sobre Klose y le cierra los ojos colocando el dedo índice con cuidado sobre sus párpados y bajándolos con pausa, como si extendiera un velo sobre la última mirada del muerto.

Los hombres rodean el cadáver durante unos segundos. Por encima de ellos aúllan y silban las granadas, que impactan sobre el asfalto y arrancan pedazos de piedra de las casas a su alrededor; enfrente hay una casa incendiada, vigas que son pasto del fuego se precipitan sobre la calle y desprenden chispas en todas direcciones; el interminable traqueteo de las ametralladoras llega claramente audible desde el este, los soldados avanzan por la calzada haciendo ruido con sus bayonetas, máscaras de gas y cantimploras, sus botas claveteadas hacen crujir los vidrios rotos bajo sus suelas; en la esquina de la Mühlenstraße hay apostado un cañón de campo que dispara a cortos intervalos. Un perro, un pequeño terrier blanco de manchas negras, corre gimiendo de un lado a otro, salta sobre tres patas mientras que la cuarta la lleva pegada al cuerpo, intenta arrimarse a los soldados, pero en todas partes se libran de él de mala gana. Unos enfermeros transportan a unos cuantos heridos hasta un automóvil que está parado en medio de la calle con el motor en marcha; en alguna parte sobre las vías, una locomotora expulsa siseante el vapor, aunque los hombres no ven ni oyen nada de esto, permanecen allí de pie, sin moverse, sin decir ni una sola palabra, con la mirada fija en el suelo.

Schröter es el primero que rompe la inmovilidad; a largas zanjadas, cruza el terreno hacia la ambulancia, habla con el conductor y saca con fuerza una camilla del vehículo. Lassehn se acerca rápidamente y lo ayuda a transportarla, colocan a Klose encima. Cada uno de ellos actúa como bajo presión, nadie dice ni una palabra, sus rostros permanecen inamovibles como máscaras de cera.

El fuego de la batalla ruge, a su alrededor se avivan los incendios, una humareda espesa cubre toda la calle, una lluvia de ceniza se precipita sobre ellos como un polvo caliente y granuloso, aunque poco a poco avanzan paso a paso. Una vez casi han alcanzado la casa de Klose, una granada impacta delante de ellos. La onda expansiva hace que Gregor caiga sobre sus rodillas, pedazos de piedra y metralla de hierro revolotean a su alrededor, por segundos todo se cubre con una polvareda.

A Lassehn le roza un trozo de metralla que le rasguña la piel de la frente, la sangre le gotea como lágrimas rojas por encima de la camilla sobre la que yace Klose.

Una vez Gregor ha conseguido volver a ponerse de pie prosiguen su camino y dejan la camilla en el corredor de la casa.

—Esperad aquí —dice el doctor Böttcher, y cruza el patio a zancadas largas y torpes. Tras unos pocos minutos regresa con dos palas y le alcanza una a Wiegand.

—Nosotros dos empezaremos a cavar —dice—. ¡Vamos!

El doctor Böttcher y Wiegand empiezan a cavar en la estrecha franja de tierra del patio, van sacando los terrones de tierra uno a uno. Al hacerlo, nadie dice ni una palabra; sus rostros están tensos y profundamente serios; su vista, fijamente clavada en la tierra, que bajo sus pies aumenta

cada vez más en profundidad. Un cielo gris y embotado cubre el pequeño cuadrilátero que conforman los muros de la casa, un viento fuerte y racheado hace avanzar unas nubes de humo oscuras, un intenso olor a quemado se cuele por el profundo pozo del patio y anula el olor de la tierra recién cavada.

Pasados unos minutos Lassehn y Schröter los reemplazan. Tampoco ahora nadie dice ni una palabra. Lassehn y Schröter se plantan frente al doctor Böttcher y Wiegand reclamando su turno con la mirada, y tienden los brazos hacia las palas. Los cinco se van alternando para cavar. Finalmente colocan al muerto en la tumba recién cavada.

Durante un minuto permanecen allí cabizbajos. Lassehn nota cómo las lágrimas se le agolpan en los ojos. El rostro de Wiegand se contrae con fuerza. El doctor Böttcher tiene la comisura de la boca marcadamente hacia abajo y los ojos entornados. Schröter mantiene los puños cerrados y la cabeza avanzada. Únicamente el rostro de Gregor se mantiene tranquilo e inmóvil, ensombrecido por una dolorosa resignación.

–Padre nuestro que estás en los cielos... –murmura.

Una vez ha terminado la oración, los hombres empiezan a cubrir de tierra la tumba. Los disparos luminosos de los lanzacohetes múltiples sobrevuelan sus cabezas a toda velocidad, con unos aullidos inquietantes.

XIV

26 de abril

La batalla por Berlín ha entrado en una fase, que más adelante se describirá como la Sodoma y Gomorra de una gran ciudad moderna. La mañana irrumpe filtrando su luz mortecina sobre los campos de ruinas: se inicia un nuevo día. Los cañones volverán a tronar y verterán la muerte y la ruina sobre la ciudad. Los aviones volverán a sobrevolar a toda velocidad los tejados como pterodáctilos antediluvianos y harán pedazos la vida con sus picos de hierro. Los soldados se verán arrastrados de nuevo a una lucha sin sentido, morirán o serán mutilados. Las mujeres errarán profundamente preocupadas por sus hijos por las calles en ruinas, a la búsqueda de leche y pan, y serán segadas por la guadaña de la muerte. Además, millones de personas pasarán frío, hambre, fiebre, acuclilladas muertas de miedo en los sótanos y los refugios del metro. Las casas serán partidas en dos y los incendios se comerán las calles, los puentes se hundirán como gigantes desplomados sobre las aguas de los ríos y de los canales, las primeras flores de la primavera serán cubiertas por el polvo y la humareda espesa; los rezos, las maldiciones, los gritos, los gemidos y los sarrillos ascenderán a un cielo que habrá dibujado un espeso banco de nubes frente a él y los astros. A pesar de que el mar de ruinas de Berlín ya se ha dividido en dos zonas, la una conquistada por los rusos y la otra defendida aún por los alemanes, los horrores tampoco resultan menores para la población apartada ya de la lucha, ya que, siguiendo órdenes, la artillería alemana dispara hacia las casas de su propia ciudad y la aviación alemana lanza sus bombas tanto sobre los enemigos bolcheviques como sobre los propios alemanes, incluso a los *Volksgenosse* que supuestamente la defienden. Aunque mientras allí agonizan los últimos y miserables restos del antiguo orden violento en un caos sangriento, aquí ya se reconocen los inicios de un nuevo orden, se hornea el primer pan, que reparten los camiones del Ejército Rojo. Los soldados rusos no son únicamente liberadores, muchos de ellos también son saqueadores y violadores.

Todo ello sucede porque un histérico demente ha decidido en su pulsión exterminadora sacrificar la ciudad de forma despiadada con el fin de aplazar su final unos pocos días para, a continuación, «caer en actitud heroica sobre las ruinas de Berlín». Agazapado en su búnker se mantiene en contacto mediante la radio, el teletipo y el teléfono con el coronel general Jodl, jefe del Estado Mayor de la Wehrmacht; el general de artillería Weidling, comandante del Wehrkreis; el teniente general Reymann, comandante de guerra de Berlín; el general Braun, el jefe de las comunicaciones de la Wehrmacht; el coronel general Schörner, jefe del Ejército central; y el coronel general Von Henrici, jefe del Ejército Weichsel, y, a pesar de que con cada comunicado la falta de perspectivas dada la situación actual es cada vez mayor —en Berlín los rusos han avanzado desde el norte hasta Gesundbrunnen; desde el sur hasta Tempelhof y Friedenau; desde el oeste hasta Spandau y Charlottenburg; desde el este hasta la Schlesischer y la Görlitzer Bahnhof; la cancillería del Reich se encuentra bajo fuego directo; alrededor de Berlín las divisiones son derrotadas una detrás de la otra; los rusos han conquistado Rathenow, Wittenberg, Prenzlau y Stettin; los americanos, Regensburg, Ingolstadt y Augsburg; los ingleses, Bremen— nadie toma medidas para caer en los brazos de los furiosos. Alternando horas de completa apatía y salvaje furia es un Führer de la cabeza a los pies. Ordena que se presente ante él al coronel general Ritter

von Greim, que aterriza en Berlín en la Charlottenburger Chaußee desde Rechlin, Mecklenburgo, en un Fieseler Storch y resulta herido en el aterrizaje, para decirle: «Le he llamado porque Göring me ha traicionado», lo nombra comandante en jefe de la Luftwaffe y le asciende a mariscal de campo, dispone y procede las firmas, nombra y cesa, recibe a delegaciones de las tropas que luchan en Berlín y concede órdenes, coloca banderitas en un mapa de Berlín y alrededores y dirige unos ejércitos inexistentes, acuerda con su amigo íntimo Martin Bormann un pacto de muerte y organiza las probaturas para los suicidios planeados. Goebbels, en su búnker debajo de la antigua cancillería del Reich, se ve afectado por una verborrea ininterrumpida, sus hijos cantan la canción «El tío Führer». Bormann, que se ha trasladado desde su búnker debajo del Ministerio de Comunicaciones al búnker del Führer, escribe en su diario y pregunta constantemente por las palabras exactas de las declaraciones del Führer. Eva Braun se ocupa de hacerse la manicura, de cambiarse de ropa con mucha frecuencia y no deja de repetir: «Es preferible que mueran otros cientos de miles a que Alemania lo pierda a Él».

Tras una noche despacible, alterada sin cesar por las detonaciones y el traqueteo de las ametralladoras, en las primeras horas de la mañana se desata el infierno en la zona entre la Schlesischer Bahnhof y el puente de Jannowitz. Una vez callan los cañones se inicia el ladrido de los lanzagranadas y se aproxima el traqueteo de las ametralladoras. Ya no se trata de un único sonido lejano que aumenta y disminuye, cada disparo es ahora un estallido independiente.

–Se acercan –dice Wiegand–. ¿No oís las ametralladoras?

–Quizá hoy sea el día –dice Wiegand–. ¿O es que tienes ganas de que te alisten en alguna formación?

–Claro que no –contesta Schröter–, aunque pasarme el día sentado en esta habitación o allá abajo en el sótano me vuelve completamente loco. Sea como sea estoy harto.

–A todos nos pasa igual –dice el doctor Böttcher–, aunque ya he visto cómo lo hacen, Schröter. La policía militar recorre las calles como una brigada de perreros y cuidado con el hombre que tenga un aspecto más o menos robusto, porque se lo llevan a rastras. No sirve de nada poseer una autorización, todos son exprimidos como héroes o ahorcados. Todo va muy rápido, una sola palabra despectiva, una pequeña denuncia y ya han colocado la soga al cuello.

–Exactamente así se procedía en la Edad Media con las llamadas brujas –dice Lassehn–. Ya con la sospecha era suficiente...

–El proceso contra las brujas era por lo menos un proceso judicial –le replica el doctor Böttcher–; naturalmente, uno muy discutible, pero por lo menos se celebraba un juicio, incluso existía un código, el *Martillo de las brujas*, la sentencia la dictaba un gremio y además desde los procesos contra las brujas han pasado ya unos cuantos siglos, se llevaban a cabo en una atmósfera de oscuras supersticiones. Sin embargo, ahora, ciento cincuenta años después de la proclamación de los Derechos Humanos, en el siglo XX, en un Estado que organiza nuestras vidas hasta el último detalle, que ha comprimido cada acontecimiento de nuestra existencia burguesa en leyes exactas y que ahora agoniza, que ignora todos sus propios principios básicos y que golpea salvajemente a diestro y siniestro como una bestia a la que han disparado, ahora un sinvergüenza cualquiera, que lleva unas cuantas estrellas o galones en las charreteras o al cuello, decide con un movimiento de la mano sobre la vida y la muerte y añade a la hecatombe de cadáveres sobre la que se encuentra una más con un movimiento desenvuelto de la mano sin estar obligado a rendirle cuentas a nadie. Nos encontramos en la última etapa del nacionalsocialismo, donde al parecer el orden propio del

desprecio a la humanidad se convierte en un caótico nihilismo, la inseguridad jurídica en la absoluta anarquía.

–Todo lo que acaba de contar es correcto al cien por cien –opina Gregor lentamente–, da además en el clavo, pero me da la sensación de ser demasiado intelectual; no, no es que me dé la sensación, sino que está concebido de esta forma, pues no hay palabras para expresar las sensaciones que nos invaden. A mí me invade una especie de desprecio impotente, me sacude...

–Estáis hipertrofiados intelectualmente –dice Wiegand–, que apenas seáis capaces de poder experimentar poco más que un asco de una manera científica o política, pero no una ira apasionada y total, en vosotros todo pasa primero por el filtro del entendimiento.

–Valdría la pena discutir si el frío entendimiento y los corazones apasionados no se complementan excelentemente –afirma Gregor–. Sí, si incluso se condicionan mutuamente.

–Ahora no vamos a mantener una discusión académica –dice el doctor Böttcher–, posiblemente sobre el contrato social y el manifiesto comunista, pues en primer lugar no es momento para ello y, en segundo lugar, están llamando a la puerta.

Todos escuchan atentamente.

Llaman tres veces a la puerta, una pequeña pausa, y dos veces más.

–Ésa es nuestra señal –dice Wiegand y se pone de pie–. ¿Quién puede ser?

–Lo verás enseguida si abres la puerta –le dice Schröter, invitándole con un movimiento de la mano.

Wiegand abandona la habitación y regresa al momento con el teniente Tolksdorff.

Tolksdorff está casi sin aliento, con el rostro colorado, la boca ligeramente abierta, los labios temblando de intranquilidad.

–Señores –dice rápidamente–, amenaza peligro. Los rusos ya no andan muy lejos y...

–Los rusos no suponen ningún peligro para nosotros –lo interrumpe Schröter abruptamente.

–Es algo que no ignoro –le replica el teniente–. Aunque no ha dejado que termine de hablar. Los rusos están ya muy cerca y por ello las SS registran todas las casas de arriba abajo y se llevan a rastras a todos los hombres. Están como poseídos.

–¿Quiere usted decir que no podemos permanecer aquí? –pregunta el doctor Böttcher.

–Así es –le contesta Tolksdorff–. Son ustedes cinco hombres sanos y robustos, lo que resulta terriblemente sospechoso. Realmente, sólo existe una posibilidad...

–¿Dónde están los rusos? –pregunta de nuevo Schröter interrumpiéndole–. Avanzan en tres grupos, el uno por la Stralauer Allee y hacia la Mühlenstraße, el segundo por la Revaler Straße y por la Memeler Straße y el tercer grupo avanza junto a los rieles del tranvía desde el puente de Varsovia.

–Eso no tiene importancia –dice Gregor.

–Pues claro que tiene una gran importancia –le replica Schröter–. Pues si los rusos se encuentran ya tan cerca que casi podrían aparecer por aquí en cualquier momento... ¿No es así, teniente, no es cierto?

–Es algo que no se puede establecer exactamente de antemano –contesta el oficial–. En la Revaler Straße y en la Stralauer Straße se ofrece al parecer mayor resistencia, allí los rusos avanzan sólo lentamente. Únicamente el grupo central, que avanza por la zona del tranvía, va más rápido. La voladura del puente de Varsovia no lo ha detenido.

–¿Y a qué distancia se encuentran? ¿Tiene usted una idea aproximada? –pregunta Schröter obstinado.

–Estas discusiones me resultan superfluas –los interrumpe impaciente el doctor Böttcher–. El teniente no ha venido hasta nosotros con el fin de hacer un análisis de la situación. Usted ha dicho antes que sólo queda una posibilidad y presupongo que se refiere usted a una posibilidad para protegernos de las hordas de las ss.

Tolksdorff asiente vivamente.

–Sí, sí. Y esta posibilidad...

–¡... es quedarse aquí y esperar! –interviene Schröter.

–No –dice el teniente decidido con un gesto impaciente de la mano–, mucho antes que los rusos llegarán aquí las ss; se encuentran únicamente a unas casas de aquí, hacia la derecha. No, la única posibilidad es que se pongan sus brazaletes del *Völksturm* y se alistén en mi compañía (si se puede llamar así). Opino que será la mejor protección.

–¿Y después? –quiere saber Schröter.

–Lo que siga después lo dirá la misma situación –contesta el teniente–. En las calles siempre existe la posibilidad de desaparecer a la chita callando doblando alguna esquina, justo antes de que lleguen los rusos nadie se daría cuenta con tal caos. Aquí sin embargo están ustedes sentados fenomenalmente, a la vista de todos, y les podría pasar que los mataran a tiros sin más. Aquí las ss las dirige un *Hauptsturmführer*; el tipo está como poseído, nunca hubiera pensado que una persona podría ser como él, y eso que el chaval tiene veintipocos años. Aún no he oído una sola palabra pronunciada por él que no haya sido vociferada o soltada como una orden, ni una sola palabra que no pronuncie con un cinismo frío y un sarcasmo sanguinario...

Tolksdorff se estremece.

–¿Quiere usted exponerse a una bestia como ésa?

Schröter gesticula alterado.

–Hombre, no he estado esperando doce años la libertad para exponerme ahora allí fuera a las granadas y balas y las órdenes de este oficial de las ss.

El teniente sonríe.

–No todas las balas aciertan –dice, y vuelve a ponerse serio–. Pero si prefieren quedarse aquí... Era sólo una recomendación, una recomendación con la mejor de las intenciones, señores...

–Debemos decidirnos rápidamente –dice el doctor Böttcher–. Si los perros rastreadores ya están en las casas vecinas... ¿acaso tiene sentido esconderse en alguna vivienda?

–Echan abajo toda puerta que no está abierta –contesta Tolksdorff.

–Y aprovechan para robar –completa Schröter.

–Puede estar usted seguro de ello –le confirma el teniente, y se vuelve de nuevo al doctor Böttcher–. Decídanse ya, señores, no queda tiempo y cada minuto que pasa es valioso.

–Yo acepto la recomendación del teniente –dice el doctor Böttcher.

–¿Y vosotros?

Gregor y Lassehn se unen a él, Schröter aún persevera indeciso.

Wiegand observa por unos segundos el suelo con una mirada completamente ausente.

–El *Hauptsturmführer* del que hablaba antes –dice lentamente–, ¿sabe usted por casualidad cómo se apellida?

–Sí –contesta Tolksdorff–, se apellida Wiegand, la gente lo llama Robert el Demonio.

–Entonces no puedo acompañarles –dice Wiegand decidido–. No, no puede ser.

–¿Y por qué no? –pregunta el teniente sorprendido.

–Ese *Hauptsturmführer*... sí, es mi hijo –contesta Wiegand con una voz apagada.

–¿Su hijo? –pregunta Tolksdorff sorprendido.

–Sí, mi hijo –le confirma Wiegand.

–Eso no es motivo...

–¡Ése es un motivo de mucho peso!

–No lo entiendo –dice Tolksdorff confuso–. Justamente porque se trata de su hijo...

–Exactamente, justamente porque se trata de mi hijo, teniente –repite Wiegand–; nadie conoce mi pasado político, mi resistencia inquebrantable y mi profundo odio hacia el nacionalsocialismo tan bien como él.

–Pero usted no deja de ser su padre –insiste el teniente.

–¿Y qué importa eso? ¿No ha comprendido usted que uno de los primeros objetivos del nacionalsocialismo consiste en acabar con todas las relaciones personales y, en lugar de éstas, aplicar un principio rígido?

–¿Quiere usted decir que su hijo procedería en contra de su propio padre? No, no me lo puedo creer.

–Sé lo que me digo, teniente –le replica Wiegand decidido–. Hace unos cuantos años dijo en una ocasión que lo mejor sería que un enemigo del Estado tan obstinado como yo se pasara la vida entre rejas.

–Simplemente resulta increíble –dice el teniente.

–Tiene usted que aprender a aceptar, teniente –dice el doctor Böttcher–, que el nacionalsocialismo es la tapadera de una banda de criminales sin escrúpulos. Lo que hasta ahora usted sólo consideraba fallos militares, falta de disciplina, asaltos esporádicos o desmanes aislados es en realidad un sistema atroz de asesinato y saqueo, de violación espiritual y desprecio por la humanidad, aunque sobre ello hablaremos cuando lleguen tiempos más tranquilos. Yo estoy por la propuesta del teniente.

–Bueno, entonces vámonos –dice Schröter, y saca su brazalete del Volkssturm del bolsillo–. Aunque ya se lo digo de antemano, estimado teniente, no voy a disparar a los rusos. Llegado ese momento, antes apuntaré con mi fusil hacia el otro lado.

–¿Se cree usted que lo vamos a hacer? –pregunta Gregor–. Si hay que disparar, que sea al aire, eso se sobreentiende.

–Y usted debe esconderse bien, señor Wiegand –le dice Tolksdorff–. Tal como he oído por casualidad, este local es sumamente sospechoso, hay un jefe político, un tal Hoffmeister o algo así, que siempre está borracho. Ese hombre desvaría continuamente sobre un jefe de servicio que desapareció de repente en extrañas circunstancias. ¿Saben usted algo al respecto?

–Ni idea –contesta rápidamente el doctor Böttcher–. Vamos allá. Adiós, Wiegand.

–Maldita sea, que no podamos permanecer juntos –dice Wiegand y estrecha las manos que le tienden.

Unos cuantos apretones de manos, un breve asentir y los hombres cruzan corriendo el patio y el pasillo del inmueble hasta alcanzar la calle. En la carrera, Lassehn echa todavía un último vistazo a la tumba de Klose y, durante una fracción de segundo, ve frente a él, como tantas otras veces – parece que ha transcurrido muchísimo tiempo, cuando sólo hace diez días de ello –, el rostro bondadoso del gordo tabernero, ancho y metido en carnes, sonriendo con aire de superioridad mientras observa su revólver.

Aunque ahora no es momento de ensimismarse. La pequeña tropa cruza la calle y alcanza con unas cuantas zancadas el edificio de la estación. En el vestíbulo, en los pasillos y en las salas de

espera reina el caos más absoluto e inconcebible; han instalado aquí brigadas sanitarias móviles, cocinas de campo, oficinas, mandos y depósitos de munición, aunque todo está a punto de trasladarse, apresurada, rápida, nerviosamente; por todas partes hay gasas hidrófilas, frascos rotos de medicamentos, latas vacías de conservas, legajos, cascos de acero, máscaras de gas, restos de pan, sillas y mesas rotas, rollos de cable telefónico, colillas de cigarrillo, toldos, todo ello cubierto con las nubes blancogrisáceas del polvo de cal que cae ininterrumpidamente de los techos y de las paredes, el humo de las cocinas de campo y el humo espeso de las casas incendiadas.

Las unidades de la policía militar de las SS registran todos los espacios, sus ojos los recorren, rápidos y voraces como las ratas.

–¡Todos los hombres a la Küstriner Platz! –gritan una y otra vez–. ¡Excepto los heridos graves y los sanitarios!

Sus voces resuenan como ladridos roncacos.

–Pero si ya no tiene ningún sentido –dice un viejo soldado raso–. Si ya está todo...

Un golpe en la espalda hace que se calle.

–Cierra el pico, viejo cerdo de trinchera –le dice amenazador un *Unterscharführer*–. Vamos, avanza, rápido.

El soldado raso agarra su arma apoyada en la pared, procede lentamente, abrocha y desabrocha la chaqueta de su uniforme una y otra vez y observa con disimulo a la patrulla, que ya se ha adelantado unos cuantos pasos.

–Maldita pandilla de cerdos –murmura y mira de atarse las botas.

El *Unterscharführer* se da la vuelta en un santiamén y, de un salto, se planta de nuevo frente al soldado raso.

–¡Aún estás aquí! –le grita–. ¿Te pensabas que en cuanto nos alejáramos unos cuantos pasos ya estaba todo solucionado, no es cierto?

El soldado raso se coloca el fusil al hombro y se pone en movimiento.

–Ya voy –dice–. Aún se va a...

–No se te permite nada, escarabajo pelotero –le grita el hombre de las SS–. Y no intentes escapar, si no...

Alza la ametralladora y juega con el seguro, su rostro embrutecido muestra una sonrisa asquerosa.

–Pum, dijo la virgen, y ya no lo era. ¡En marcha, perchero lleno de harapos!

Lassehn cierra los puños y se muerde los labios.

–Tranquilo, muchacho –murmura el doctor Böttcher, pues no le ha quitado el ojo de encima–, sobre todo mantente tranquilo. Sé que resulta difícil tener un arma a mano y no poder dispararla.

Se deslizan por los pasillos, por las salas de espera y las zonas de alojamiento de la Wehrmacht hasta la salida de la Fruchtstraße. Junto a ellos pasa a toda prisa un joven cabo, cojea fuertemente y mantiene la mano vendada ligeramente en alto y perpendicular. Cuando pasa junto a Lassehn se topa justamente con la patrulla de las SS.

–Ven aquí, muchacho –le grita el *Unterscharführer*–. ¿Adónde vas?

–A ponerme un vendaje decente, *Unterscharführer* –contesta el cabo.

–Chorradas –dice el *Unterscharführer*–. Con este vendaje ya tienes suficiente. ¡Tú querías escaquearte! ¿Ya te cagas en los pantalones cuando el Ivan se aproxima?

–No, *Unterscharführer* –le replica el cabo–. Además, me he torcido el tobillo derecho.

–Y por si faltaba poco te has tirado un pedo y tienes ardor de estómago –se burla el acompañante, un suboficial–. Hombre, como no te pongas en marcha de inmediato... Oye, aquí no nos andamos con contemplaciones; pum, dijo la virgen, y ya no lo era. ¿Lo has entendido?

–Sin embargo, mi teniente me ha ordenado expresamente... –intenta oponer resistencia el cabo.

–¡Que le den a tu teniente! –dice el *Unterscharführer* y coloca el dedo en el seguro de su ametralladora–. Aquí ya no tiene nada que decir. ¡Vamos, esfúmate!

El cabo aún no se da por vencido.

–Pero el vendaje podría... Mi teniente me ha ordenado expresamente...

–Cierra el pico, miserable diablo –dice el *Unterscharführer*–. Una palabra más y te suelto tal ráfaga en el culo que ya puedes ir olvidándote de volver a cagar. ¡Deprisa!

El rostro del cabo enrojece profundamente, aunque clava los pies en el suelo de piedra y no se mueve del sitio.

–Y si a consecuencia de ello me tienen que amputar la mano, porque la herida no ha sido tratada a tiempo...

–Me importa una mierda –gruñe el *Hauptscharführer*–. Como no te vayas ahora mismo... voy a reventar de rabia.

Tolksdorff no puede contenerse más y se acerca al grupo.

–*Hauptscharführer*, permita usted que el cabo se acerque al punto de asistencia –dice enérgicamente.

Ambos miembros de las SS entrechocan negligentes los talones y alzan los brazos con el saludo alemán.

–Lo siento, teniente, pero no puedo cumplir con su orden –dice el *Hauptscharführer*, y se queda mirando a Tolksdorff con una sonrisa de rabia contenida en el rostro.

–¿Qué se cree usted? –se encoleriza Tolksdorff.

El *Hauptscharführer* se encoge de hombros.

–Órdenes expresas, teniente –dice, y se dirige de nuevo al cabo–. No andes por aquí –le increpa, y alza la ametralladora–. Ésta tiene el gatillo fácil.

El cabo ya no se atreve a contradecirle, aunque continúa balanceándose indeciso sobre los talones y mira al teniente en busca de ayuda.

El *Unterscharführer* intercepta la mirada y sonrío burlón.

–No toca lo que tú piensas. Vamos, en marcha, por el medio y hacia delante, sino susurra el bosque y tiembla la pared.

Le propina un golpe al cabo en el hombro y se dirige de nuevo al teniente.

–Y a usted, teniente, le aconsejaría que se dirigiera de inmediato a la primera línea del frente.

El cabo se ha tambaleado dos pasos hacia delante, aunque no sigue caminando, se vuelve a dar la vuelta, se pone firme frente a Tolksdorff y saluda con la mano derecha en el caso de acero.

–Le ruego al teniente...

No puede seguir hablando. El *Unterscharführer* ha alzado su ametralladora y ha disparado cuatro ráfagas, los disparos resuenan como truenos en el pasillo y acallan incluso el fuego de artillería y de los cañones. El cabo se desploma a un lado, el casco golpea duramente contra el muro, los pies rechinan al resbalar.

El *Hauptscharführer* se encoge de hombros.

–Ya he tenido suficiente paciencia con él –dice impasible–. Un cerdo tan cobarde como este...

El teniente y su grupo se quedan durante unos segundos de piedra.

–¡Qué hacéis aquí mirando como terneros! –ruge el *Hauptscharführer*–. ¿No os parece bien que nos carguemos a los cobardes? ¡Miserable hatajo de inmundicias! Vamos, sacadlo de aquí en medio, y rápido, si no, volverán a oírse disparos.

Tolksdorff realiza un movimiento imperativo con la cabeza. Lassehn y Schröter dejan al cabo sobre un banco. El doctor Böttcher lo examina superficialmente y rompe la mitad inferior de la chapa de identificación.

–Y usted dirijase con su gente a la LVF, teniente –dice el *Hauptscharführer* imperativo–. ¿A qué está esperando usted? ¿A que nieve?

Tolksdorff se muerde los labios y se vuelve bruscamente.

–¡Vamos!

Se esfuerza por hablar alto y con voz de mando, pero no lo consigue del todo. La rabia, la vergüenza y el asco casi no le dejan respirar, aunque también es otra cosa lo que le transforma el habla, un desamparo impotente por estar a merced de estas bestias, que aniquilan a sangre fría las vidas humanas, igual que otros aplastan una cucaracha.

Abandonan la estación, pasan por debajo del viaducto del tranvía, enfilan la Fruchtstraße, pasan por el gran búnker elevado, por los depósitos, tropiezan entre los vagones de mercancías y las locomotoras, entre los raíles y las agujas. Aquí se han excavado a toda prisa hoyos para una sola persona, se han colocado ametralladoras en puestos de enclavamiento y sobre vagones de mercancías, se han emplazado unos cuantos cañones de artillería, junto a los que hay acucillados unos cuantos hombres del Volkssturm, del personal de tierra de la Luftwaffe y unos cuantos miembros del servicio de seguridad de la estación. Por todas partes hace la ronda la gente de las SS, con los rostros enrojecidos, los ojos entrecerrados, los labios finísimos, los cascos de acero o las gorras tocando la nuca, empuñando ametralladoras. Dan vueltas como perros ariscos; sus miradas son duras; acaban con cualquier resistencia, pisotean a todo personal de guardia, despedazan cualquier sublevación, arrojan odio, vileza y asesinato; las palabras salen disparadas como espumarajos de sus bocas, broncas, roncadas, borboteantes; no hablan, ladran; no miran, acechan; no ríen, sonríen burlescamente; no andan, avanzan a hurtadillas.

El grupo de Tolksdorff cruza vías arrancadas –los raíles retorcidos se elevan en el aire como si el puño de un gigante hubiera empezado a enrollarlos–, tropiezan con traviesas partidas, postes de señalización y de luz derribados; se deslizan por la maraña de vagones incendiados y despanzurrados, cuyas estructuras de hierro recortan figuras extrañas en el cielo azul claro; todo brama y silba sobre ellos, se desatan los impactos, la gravilla sale disparada en todas direcciones como un surtidor, los vagones de mercancías arden, también sin llama, humean profusamente, arden; el hedor de la goma quemada cubre el recinto como una nube de gas.

En medio del ramal ferroviario hay un vagón de carga desechado. Hasta ahora ha servido como refugio para los trabajadores del ferrocarril y curiosamente aún se mantiene casi indemne; en el techo la metralla de la granada ha hecho unos cuantos agujeros pequeños; de una pared frontal sobresale un tablón y el antiguo color rojo oscuro del vagón se ha convertido en un rojo claro descolorido. Sin embargo, aún se pueden reconocer las especificaciones técnicas del vagón: en un blanco pálido se lee Kassel 16 741 Gh, 15,0 t / 17,5 t, 21,3 m³, 10 620 kg; incluso aún conserva la tela metálica que antes sujetaba el marbete, aunque todas estas denominaciones hace tiempo que ya no están vigentes, pues el vagón hace años que se despidió de sus colegas de Königsberg y Leipzig, Múnich y Essen, Breslau y Fráncfort y se ha retirado en la Ostbahnhof. Su jubilación anticipada le ha protegido de tener que circular forzosamente de un tirón como sus hermanos de la

SF France y FS Italia, PKP y CCCP, Países Bajos y BMB/CSD. En cierto sentido, se ha vuelto estacionario y de la misma forma que un lobo de mar se establece en su vejez cerca del mar, el vagón de carga inservible ha echado anclas en este amplio recinto de la Ostbahnhof de Berlín, entre las bandas metálicas de los raíles y en medio del hollín y el humo de las locomotoras y se ha puesto a disposición de la 63.^a Inspección ferroviaria. Aunque ahora incluso el cartel de *Sala de material de la 63.^a Inspección ferroviaria* ha perdido su validez, pues ahora muestra diversas denominaciones militares, esbozadas a toda prisa con tiza y únicamente inteligibles para los iniciados.

–Allí dentro –dice Tolksdorff e indica el vagón.

Lassehn abre la puerta corredera, el vagón está sumido en una semioscuridad mortecina, únicamente a través de los tragaluces y de los agujeros en el techo se cuele la luz del día cubierta por las nubes. En un banco estrecho hay sentados unos cuantos soldados, con las piernas estiradas, las espaldas apoyadas sobre la pared, otro está sentado sobre un taburete, ha colocado la cabeza sobre un torno y duerme. Por todas partes hay utensilios, picos, horquillas, llaves inglesas, alargadores, cubos de alquitrán, martillos de madera, tacos, niveles de agua, cabestrantes, palanquetas, tenazas para los rieles, lámparas de carburo.

–¡Atención! –grita un soldado al entrar Tolksdorff.

Tolksdorff hace un rápido gesto de rechazo con la mano.

–Aquí tenemos más refuerzos –dice, y se dirige hacia el doctor Böttcher–. No es que sea realmente confortable, aunque supongo que tampoco se lo hubieran esperado.

–¿Y ahora qué vamos a hacer? –pregunta Schröter, y vuelve a cerrar la puerta.

El teniente se encoge de hombros.

–Veremos –contesta.

–¿Qué clase de comando es éste? –pregunta Gregor.

–Debemos ocuparnos de vigilar los trenes que llegan y su descarga –contesta Tolksdorff–. Es decir, teníamos que hacerlo, porque ahora ya no llega ningún tren. ¿Desde dónde iban a llegar? El último convoy de carga que vigilamos arde desde la noche pasada, el comando prácticamente se ha vuelto innecesario.

Lanza una rápida mirada a los soldados.

–La gente está bastante harta, tampoco quieren seguir.

–¿Y quién quiere seguir hoy en día? –pregunta Schröter.

–Nadie –contesta Tolksdorff–, aunque todos siguen participando, eso es lo que...

–Al soldado le pasa lo que al perro –dice el doctor Böttcher, y se apoya sobre un pesado martillo a dos manos–: quiere soltarse de la correa, pero cuanto más tira y arrastra, más le estrangula el collar. Sólo se podría liberar de la correa si se decidiera a embestir a aquel que sujeta con su mano el otro extremo de la correa, aunque no lo hace.

–No, no lo hace –repite en voz baja Tolksdorff.

–Si tenéis hambre allí atrás en la esquina hay unas cuantas hogazas de pan –dice uno de los soldados sin cambiar de postura; permanece sentado con los ojos cerrados, ha apoyado los codos sobre las rodillas y colocado la barbilla sobre las manos abiertas.

–Gracias –dice Lassehn–, no tenemos hambre.

–No seas tan orgulloso –dice el soldado–. ¿No estás acostumbrado a servirte sin más?

–Si tenéis espíritu emprendedor –dice otro soldado–, allí en la plaza hay un bonito almacén de comestibles, aunque las SS hacen guardia delante.

Lassehn hace un rápido gesto de rechazo con la mano.

–¿Tampoco te gustan los de negro? –pregunta el primer soldado–. ¿De dónde salís?

–De Stalingrado –dice Schröter–, por si te interesa.

El soldado sigue sin moverse, se limita únicamente a abrir los ojos y mirar parpadeando nervioso a Schröter.

–Cierra el pico –dice, no en voz alta, ni reprendiéndole, se limita a susurrarlo, cansado, resignado–. Stalingrado, es algo que ya no puedo ni oír.

–¿Y por qué no? –le pregunta el doctor Böttcher.

–Stalingrado –dice el soldado con voz cansina, como si hablara consigo mismo–, yo estuve allí. Tuve suerte, me hirieron, me sacaron de allí con un Junker, quiero decir, que en Gumrak me metí en el aparato, pero ellos me recompusieron y me volvieron a soltar para que avanzara.

Vuelve a refunfuñar durante un momento.

–Es decir, ya no había manera de avanzar, tan sólo podíamos retroceder. No podía ser malo, pensé: cuanto antes retrocediéramos, antes estaría de vuelta en casa.

–¿Y dónde está tu casa? –le pregunta Schröter.

El soldado se separa lentamente de la pared del vagón y abre los ojos.

–No muy lejos de aquí, en la Boddinstraße, en Neukölln; es la calle que sube en ligera pendiente desde el ayuntamiento hacia la Berliner Straße...

–La conozco –dice Schröter, y asiente–: llega hasta la Hermannstraße, en el lado izquierdo hay una gran escuela.

El soldado se anima un poco.

–Exactamente, yo vivo justo enfrente, allí tengo también mi negocio, un estanco; no es muy grande, pero está impecable y da dinero; «Seis cajas de Bergmann, un paquete de Villiger, un paquete de Glücksmann, ponme también una caja de R 6 de veinticinco, unos cuantos puros de mejor calidad, Ortolan...».

–Para ya, Ruppert –exclama uno de los soldados desde la esquina–, ya nos conocemos la historia, la has contado demasiadas veces.

–Se ha olvidado de los Negro y blanco y de los Neumann 101 –dice otro.

El soldado les lanza una mirada despectiva a los que acaban de hablar.

–Sí, ya lo veis –sigue hablando, y se dirige a Schröter y al doctor Böttcher–, he viajado desde Stalingrado, pasando por Rostov, Kremenchuk, Kamenéts-Podolsky y como se llamen todos esos poblachos, para regresar a Berlín, dos o tres mil kilómetros, ya no sé cuántos, tampoco los he contado, y ahora estoy sentado aquí, en la Schlesischer Bahnhof, y Neukölln está a quién sabe qué distancia.

–Calla de una vez –grita de nuevo alguien desde la esquina–. Siempre la misma cantinela, como un cura, ya me estoy empezando a hartar.

El soldado Ruppert no tiene en cuenta la observación.

–Antes me subía en la Andreasstraße en el tranvía número 1, iba hasta la Neanderstraße y después seguía en metro hasta el ayuntamiento de Neukölln, pero ahora estoy sentado aquí, a sólo unos cuantos ridículos kilómetros de casa, pero no hay un número 1 que vaya hasta allí, ni tampoco el metro; ni siquiera caminando puede llegar uno hasta allí.

–No –dice Schröter–, no puedes ir a Neukölln, ya han llegado los rusos.

El soldado se endereza.

–¿Qué me dices?

Schröter saca el periódico del bolsillo.

–Aquí tienes, mariscal de campo, el *Berliner Frontzeitung, Völkischer Beobachter*, publicación militante de la comunidad bélica de todos los periódicos de Berlín del 26 de abril.

–¡Trae aquí! –exclama el soldado Ruppert afónico.

–Ahora mismo –contesta Schröter–, aunque antes debes disfrutar del bonito titular, tienes que dejar que se deshaga en tu lengua.

AQUÍ SE DECIDIRÁ TODO

LA CAPITAL DEL REICH SE CONVIERTE EN EL CAMPO DE BATALLA DECISIVO DE LA GUERRA

El soldado Ruppert le arranca el periódico de las manos y lee por encima el artículo.

–¿Dónde dice lo de Neukölln?

Cuartel general del Führer, 25 de abril. [...] A ambas orillas de la parte baja del río Weser [...] Desde el Weser al sudeste de Bremen [...] En la batalla por Berlín se pelea por cada palmo de terreno. En el sur, los soviéticos han avanzado hasta la línea Babelsberg-Zehlendorf-Neukölln...

–Tienes toda la razón, camarada –dice abatido; y quiere apoyarse de nuevo sobre la pared del vagón, aunque de repente da un respingo–. ¡Me cago en todo! ¿Cuándo va a parar toda esta mierda? –empieza a gritar–. Ahora nos alejamos de nuevo. No, yo ya no participo en esto, simplemente se ha acabado.

–Cuidado con el teniente –le advierte uno.

–Qué dices, él también está hasta las narices, se le nota en la cara –le replica el soldado Ruppert.

–Está bien –se defiende Tolksdorff–. Tranquilícese ahora un poco, Ruppert.

El soldado Ruppert, cuarentón, dueño de un estanco en Berlín-Neukölln, se acerca mucho a Tolksdorff.

–Sea usted sincero, teniente, más como persona que como oficial: ¿verdad que no le gustaría un pelo si estuviera usted muy cerca de su casa, si de los tres mil kilómetros sólo le faltaría un trocito, tan pequeño que casi podría tenderle los brazos a su mujer, a la que hace ya dos años que no ve, casi ya puede ver el letrero de colores de su estanco, Saba, Juno, Hanewacker, prácticamente ya está pisando el umbral, donde ya se tropezaba cuando era un niño, pero no puede hacerlo o no le dejan, o simplemente no se atreve...?

Niega con la cabeza.

–¿No resulta una gran mierda?

–Por ahora no tiene remedio, Ruppert –dice Tolksdorff, y se da la vuelta, pues se avergüenza de la banalidad de su respuesta.

–¿Y por qué no, teniente? –le pregunta Ruppert obcecado.

Tolksdorff se encoge de hombros.

–No le puedo responder a esa pregunta, Ruppert.

Ruppert sigue frente a Tolksdorff, pegado a él.

–Llevo adscrito al teniente sólo desde hace unos cuantos días –dice– y tengo al teniente por un

tipo, perdón, una persona decente, quería decir...

Tolksdorff sonríe levemente.

–Gracias. ¿Qué es lo que pretende?

Ruppert respira hondo.

–Si yo... Bueno, digamos, si yo quisiera largarme, entonces el teniente tomaría...

Durante unos segundos reina el silencio en el vagón. En el exterior ladran los lanzagranadas, traquetean las ametralladoras, ruidos variados entrecrocán los unos con los otros: detonaciones, explosiones, retumbos, tintineos, silbidos, crujidos, astillados, griteríos, aunque aquí, en el vagón de carga fuera de uso, inmediatamente en la línea de combate principal de la Ostbahnhof, se hace un silencio inquietante durante segundos. Aquí un soldado ha planteado una pregunta que ilumina de forma fulminante el hundimiento de todo un mundo.

–Así que el teniente tomaría... –repite de nuevo Ruppert.

–Tonterías, Ruppert –lo interrumpe Tolksdorff–, por mí puede hacer usted lo que le venga en gana.

–Gracias –dice Ruppert, y respira aliviado–, es algo que nunca olvidaré, teniente.

–¿Y cómo lo vas a hacer? –pregunta uno de los soldados desde la esquina.

Ruppert se echa a reír, aunque lo que resuena desde su interior es más un gruñido de satisfacción que una carcajada.

–Uno que tiene cabecita, querido Poppe, uno que tiene cabecita. ¡Mira lo que tengo aquí!

Vuelve a esbozar una sonrisa y se desabrocha el abrigo de su uniforme gris.

El soldado Poppe se pone de pie y abandona su esquina oscura.

–Hombre, Karl Ruppert –dice sorprendido–, pero si es un uniforme de ferroviario.

–Exacto, querido, es un uniforme de ferroviario –dice Ruppert orgulloso–. Si ahora llega el Ivan, entonces me deshago del abrigo, me subo a cualquier locomotora o me voy a cualquier puesto de enclavamiento y me convierte en ferroviario. ¡Y a otra cosa mariposa!

–¡Genial! –exclama Poppe en reconocimiento–. Eso es lo que deberíamos hacer. ¿Dónde has conseguido estos harapos?

–En el puesto de enclavamiento de Sot, enfrente de la rampa del correo.

–Así que organizado, ¿no?

–¡Pues claro que sí! O acaso pensabas...

–¿Crees que allí habrás más trapos de éstos?

Ruppert se encoge de hombros.

–No lo sé, tendríais que mirar.

Poppe y otros dos soldados se miran en silencio y después dirigen la mirada hacia Tolksdorff.

–Quisiera pedirle al teniente... –empieza a decir, vacilante, un soldado raso alto y flaco.

–¡Para qué preguntáis tanto! –exclama Tolksdorff impaciente–. Haced lo que queráis, no os lo voy a impedir.

Los soldados permanecen durante unos pocos segundos indecisos frente a la puerta. Han recibido una respuesta, que resulta tan inconcebible como si un inquisidor le hubiera permitido a una bruja explícitamente mantener relaciones con el mismo Satanás.

–¿No te vienes con nosotros? –pregunta a uno de los cabos, que aún permanece sentado en un rincón oscuro del vagón.

El cabo Schumann suelta un gruñido y niega con un gesto de la mano.

–¿No quieres venir, entonces? –le pregunta un soldado de nuevo.

–No –contesta el cabo–, eso no cuadra con mi visión del asunto.

–Mira tú, uno de esos héroes pangermanos –interviene Schröter, y avanza unos cuantos pasos hacia el cabo–. ¿Y cuál es tu visión del asunto?

–No la entenderías, viejales –contesta el cabo despectivo–. ¿Alguna vez has sido soldado?

–Pues sí, entre el 14 y el 18.

–Bueno, pues entonces deberías saber que el soldado no hace nada sin órdenes. Sí, si el teniente dijera ahora: «De pie, andando, andando, id a buscar vuestras ropas de civil...».

–Estás como una cabra –dice el soldado alto y flaco, y coloca la mano en la puerta corredera–. No le puedes pedir que así al teniente. En cualquier caso, esto es una locura...

–Así es, ya es suficiente con que nos deje ir –le toma la palabra el soldado Ruppert–. Y hemos de estarle agradecidos al teniente por ello. Así que, andando, Arthur, vayámonos.

El soldado alto y flaco tira de la puerta para abrirla. Cuando quiere dar el primer paso hacia fuera, retrocede, se da media vuelta y grita:

–¡Atención!

–¿Qué cueva de ladrones es ésta? –pregunta una voz cortante y estridente–. ¡Hágase a un lado!

El soldado retrocede enseguida. En la entrada del vagón se encuentra el *Hauptsturmführer* Robert Wiegand, que alarga el cuello y entorna los ojos.

–¿Qué es lo que está pasando aquí? –grita–. Todos fuera del garito, pero a toda mecha, si me lo permiten.

Uno tras otro los hombres abandonan el vagón. El *Hauptsturmführer* observa a cada uno de ellos con aire sombrío y con desprecio. Tiene los labios algo abiertos y el aliento se cuele entre los dientes apretados.

–¡Le exijo una explicación, teniente!

–Hemos venido aquí para ponernos a cubierto, *Hauptsturmführer*.

El *Hauptsturmführer* lo mira amenazador.

–Ya hablaremos más adelante –le dice entonces–, porque ahora no disponemos de tiempo para ello. Va a unirse a nosotros con su gente. ¡Vamos, a paso ligero, que los bolcheviques ya han llegado al flanco izquierdo, al Plaza!

El grupo de Tolksdorff no ha conseguido quitarse de en medio, no ha podido ni deshacerse de sus uniformes ni desaparecer en alguna parte entre las ruinas o caer prisionero. Ha ido a topar con un batallón de asalto de las SS y se ha visto arrastrado a la batalla por la plaza como una embarcación que zozobra. A pesar de todos los esfuerzos no han podido librarse de la batalla, han tenido que participar en la lucha en el centro de la plaza, en la retirada y en el nuevo ataque sobre el edificio, y se han visto arrastrados por la ola de las unidades de las SS que han tenido que dar marcha atrás, cuando los lanzagranadas rusos han bombardeado el edificio permanentemente y en las casas colindantes ya se habían apostado francotiradores rusos.

El Plaza está en llamas a sus espaldas, como una avalancha el fuego se ha extendido por las amplias salas hasta que el gran edificio se ha convertido en una única tea ardiente. El avance de los blindados rusos sobre las vías de la Ostbahnhof desde el puente de Varsovia se ha realizado con tal ímpetu que el batallón de las SS ha tenido que retroceder hasta detrás del puente Jannowitz y la batalla no ha podido finalizar hasta que no ha caído la noche.

El grupo de Tolksdorff se ha visto atrapado entre las unidades de las SS, que lo mantenían en una tenaza, por lo que no ha podido colocarse en la punta o a la cola de la unidad en retroceso, y sólo gracias a una observación ocasional de un cabo primera ha podido darse cuenta Tolksdorff de que no se trataba, en ningún caso, de una casualidad. El grupo es considerado de poco fiar y por orden expresa del *Hauptsturmführer* Wiegand se encuentra bajo estricta vigilancia. De repente, Tolksdorff también se da cuenta de que ese *Unterscharführer* que en el vestíbulo de la Schlesischer Bahnhof había disparado contra el soldado herido no es el enlace entre su grupo y el batallón, sino un perro guardián enviado para vigilarlo, que sigue cada uno de sus pasos con recelo y que acecha, desconfiado, cada una de sus órdenes, observaciones y movimientos.

El grupo de Tolksdorff se compone del doctor Böttcher, Gregor, Lassehn, Schröter, el soldado Ruppert, el cabo Schumann y otros ocho hombres; han pasado la noche en el sótano de una casa incendiada de la Stralauer Straße, que al parecer ya es parte de la nueva línea de vanguardia de combate. Esta LVF no es una cadena aislada y tensa de puntos de apoyo a lo largo de la Alexanderstraße junto al Spree y que debe discurrir hacia el norte pasando por la Alexanderplatz. Lo que ocurre al otro lado del Spree, al sur del puente de Jannowitz volado, se desconoce, de la misma forma que se desconoce el avance de la denominada LVC al norte de la Alexanderplatz, donde en alguna parte se filtra entre las ruinas de las casas.

El cielo nocturno, anegado del rojo oscuro de los incendios, ha dejado paso por la mañana a un cielo encapotado, pálido y gris, por el cual ascienden espesas nubes de humo negro. Con las primeras luces del día se reinicia el fuego de artillería y trepidan los relámpagos estridentes de las salvas de los cañones en el cielo cubierto de un humo espeso.

Lassehn está sentado entre Schröter y el soldado Ruppert en una esquina del sótano, mantiene los ojos muy abiertos y mira fijamente inmóvil la llama titilante de la vela de emergencia, que flamea azul y amarilla como el sulfuro en la oscuridad y realza los rostros como máscaras espectrales. Schröter tiene apoyada la cabeza sobre el hombro de Lassehn y duerme con la boca

abierta. El soldado Ruppert se mueve intranquilo y se estremece a intervalos cortos, está estirado sobre un colchón viejo y raído y se ha tapado con un abrigo.

–Tú –susurra Ruppert–, ¿qué hora es?

–Las siete pasadas –contesta Lassehn.

Ruppert toma nota de ello y se endereza.

–Apenas he dormido –dice en voz baja–, los pensamientos me envuelven como un veneno. Sabes, camarada, antes no reflexionaba mucho; aprendía y trabajaba, intentaba aprender todo lo posible, pues leía mucho... Sabes, en un negocio como el que tengo siempre hay unas cuantas horas de tranquilidad...

«El dichoso ya ha vuelto a su estanco», piensa Lassehn.

–¿Y qué es lo que leías? –le pregunta, más que nada por no permanecer completamente en silencio.

El soldado Ruppert abre bruscamente la boca.

–Ah, de todo un poco, naturalmente sobre todo periódicos –le contesta–, aunque en mí no ha quedado mucho. Si reflexiono realmente sobre ello, sabes, en ningún libro ni en ningún periódico he encontrado nada sobre...

Vacila y parpadea ante la luz insegura de la vela.

–No sé realmente cómo debo expresarlo –prosigue Ruppert–, Bueno, sobre la vida, por qué todo está montado de esta forma... Sabes, cuando leía *Revolución en Venezuela* o *Huelgas en Inglaterra*, *Guerra en Abisinia* o *Sublevación bengalí*, siempre me decía a mí mismo: «Interesante, muy interesante, y lo mejor de ello es que aquí, en tu bonito y pequeño estanco de la Boddinstraße, estás sentado tranquila y cómodamente, y participas en ello sin tener que esforzarte, sin que te hagas daño y en realidad sin que te importe un comino». Yo tomaba nota de todo ello y me atiborraba de las noticias y el conocimiento como si llenara un saco. Pero ahora...

–¿Qué es lo que pasa ahora? –pregunta Lassehn.

Ruppert se endereza del todo y dobla las rodillas para pegarlas por completo al cuerpo.

–Pues que ahora no dejo de preguntarme: por qué todo esto, por qué hacen una revolución en Venezuela, por qué se sublevan en la India y por qué en Palestina no se toleran; que esté sentado aquí en este infecto agujero...

Lassehn se vuelve a medias hacia el soldado y lo observa con una sonrisa reservada y seria.

–Tú has encontrado la vida que sucede en alguna otra parte del mundo interesante, pero no te importaba nada, «Gracias a Dios, a mí no me afecta», habrás pensado, seguramente. Aunque sí que te afecta; sólo ahora empiezas a reflexionar sobre ello, pues la vida te ha arrancado de la tranquilidad de tu estanco, te ha agarrado del cuello brutalmente y te ha arrastrado por la mierda de la guerra. ¿No es así?

El soldado Ruppert calla, apoya la espalda contra la pared húmeda del sótano y mantiene los ojos entrecerrados, el pelo le cuelga revuelto y pegajoso sobre la frente alta y llena de pliegues.

–Oye –pregunta pasado un rato–, ¿para qué nacemos en realidad?

Lassehn se encoge de hombros. Mira hacia la vela, que llamea intranquila y desfigura los contornos.

–Para vivir, ¿no es así? –sigue preguntando Ruppert–. ¿Para vivir, a pesar de todo?

–Seguro, para vivir –admite Lassehn.

«Adónde quiere llegar», se pregunta.

El soldado Ruppert se separa de nuevo de la pared, se inclina hacia Lassehn y le agarra de los hombros:

–Seguro, para vivir, dices tú –afirma con una voz temblorosa por la excitación–. ¿Aunque es eso tan seguro, camarada? ¿Vivimos, entonces? ¿Es esto de aquí vida? ¿No te has alejado tú mismo de tu propia vida, no vives aquí en el extremo más alejado de la sombra que proyecta tu vida, realmente en la frontera misma, de forma que en cualquier momento puedes pasar de la sombra a la nada?

Lassehn no contesta.

Le llega el aliento caliente de la voz alterada del soldado, que resucita todas aquellas preguntas que desde hace mucho tiempo se ha callado.

–Tú dices que hemos nacido para vivir –prosigue el soldado Ruppert–. ¿Hemos nacido entonces para destrozarnos y despedazarnos, dispararnos y hacernos sangrar mutuamente?

–Tranquilízate, camarada –dice Lassehn, y aparta con cuidado las manos de Ruppert de sus hombros.

–Ya no puedo tranquilizarme –dice el soldado, y se echa a temblar–. Hemos nacido porque los hombres aman a las mujeres y morimos porque las personas se odian las unas a las otras. ¿Cómo puede surgir del amor el odio? Somos creados por personas y exterminados por personas. ¿Tú entiendes por qué es así, camarada?

–No siempre es así, que las personas mueran a manos de las personas –intenta tranquilizarle Lassehn.

–¡Pero ahora sí que es así! –resuena la voz de Ruppert con una excitación cada vez mayor–. ¿Por qué el campesino Ivan Talytal le dispara al estanquero Karl Ruppert? ¿Y por qué el estudiante de música Joachim Lassehn clava su bayoneta en el cuerpo del cerrajero Nikita Talytal? ¿Por qué el campesino Ivan Talytal no ara tranquilamente la tierra allá en Ucrania, o donde sea, y por qué no estoy yo detrás de mi mostrador vendiendo cigarros y puros? ¿Por qué no puedo llevar una vida tranquila, pacífica, limpia y sencilla, y dormir por las noches junto a mi mujer? ¿Por qué no puedo hacerlo, camarada, por qué?

Lassehn se encoge de hombros y hace un movimiento vago con la mano.

–¿Es que la gente tiene que vivir así? –pregunta Ruppert cada vez más furioso–. ¿Como los cerdos, peor que los cerdos? Yo estuve destinado en una ocasión en Romny, a medio camino entre Kiev y Jarkov, la LVF pasaba por el medio de las ciénagas. Hombre, allí no podíamos ni cavar trincheras, teníamos que agacharnos tras los tocones de los árboles, situarnos encima de la tierra húmeda, fría y resbaladiza. Sobre nosotros habíamos extendido unos toldos para protegernos de la lluvia y de la nieve, sin relevos ni avituallamiento, estuvimos vegetando en esa isla de árboles sin comunicación con otros grupos. Unos días después estábamos acucillados en un agujero de búnker, allí no te podías ni poner de pie y continuamente tenías que estar achicando el agua, si no nos habríamos ahogado allí miserablemente, y el Ivan lanzaba sus granadas justo frente a la entrada, es como si te encontraras en una trampa oscura y húmeda. Que hayamos podido salir de allí... ¿Eso es vida?

Antes de que Lassehn pueda contestar algo desde la otra esquina del sótano llega una voz.

–Hombre, vaya nervios de acero que tienes –grita el cabo Schumann–, que puedes escuchar tranquilamente todas esas tonterías. ¡Ruppert está como una cabra! ¿No te has dado cuenta de que simplemente está ávido de carne de mujer, que la calentura se le ha subido al cerebro? No hace más que desvariar una y otra vez sobre su mujer, y vuelta a empezar.

Lassehn quiere replicarle, pero el soldado Ruppert se le adelanta.

–¿Qué entiendes tú de eso, Rotzer? –le grita–. Lo que tú llamas calentura es únicamente el

deseo de tranquilidad, de una vida con limpieza, orden, y naturalmente también con ternura, y con libertad. ¿Sabes tú en realidad lo que significa la libertad, mocoso?

–No hace falta que te alteres de esta manera –le dice el cabo Schumann y se puede figurar uno el movimiento de la mano negligente más que verlo–. ¿Por qué no debería saber yo lo que es la libertad?

–Callaos de una vez –dice otro soldado entremedio–. Será mejor que durmáis todo lo que podáis.

–¿Cómo vas a saberlo? –le pregunta Ruppert sin prestar atención a la interrupción–. ¿Dónde quieres haber aprendido lo que es la libertad? ¿Con los niños hitlerianos, en las Juventudes Hitlerianas, en el Servicio de trabajo o incluso en el ejército?

–Claro que sí –contesta el cabo Schumann–. Mi necesidad de libertad ha estado cubierta por completo, en todo caso no he sentido ninguna falta de ella.

Ruppert lanza su abrigo a un lado y se quiere poner de pie, la excitación le sacude como un espasmo.

–¿Pertenece también a tu libertad que haya niños de sólo doce años correteando armados por ahí? –le grita.

–No digas tonterías, viejo dormilón –le dice el cabo despectivo.

Ruppert se pone de pie con ambas manos.

–Lo he visto con mis propios ojos, que Dios me ayude –dice con voz más alta y se vuelve a dirigir a Lassehn–. Lo vi en Greiffenberg, en Silesia, pasaba un transporte de mujeres del presidio de Jauer, naturalmente a pie, bajo el frío y la ventisca, y el cuerpo de vigilantes lo formaban miembros de las Juventudes Hitlerianas de entre doce y catorce años con fusiles, que además dispararon contra unas cuantas mujeres.

–Hombre, Ruppert –dice el cabo con un gesto despectivo–, no arnes tanto escándalo por unas cuantas ladronas, putas o culpables de aborto.

–No –lo contradice Ruppert, furioso–, no eran criminales, sino prisioneras políticas.

–¿Y por una chusma como ésa te alteras? –le pregunta el cabo Schumann y ríe sarcástico–. Qué pena que no se fueran todas al carajo allí mismo. Ya me puedo imaginar qué tipo de mujeres eran: comunistas, profanadoras de la raza, monjas, estudiosas de la Biblia y aquellas del 20 de julio, son peores que las asesinas y las incendiarias.

El rostro de Ruppert adopta una tonalidad rojo oscuro, en el cuello una vena se le hincha amenazadora.

–Serás estúpido, chaval –dice con los dientes apretados–, debes haber acabado de salir del cascarón.

–Y tú eres tan mayor y sigues siendo tan mentecato –se defiende Schumann–. ¿No has caído en la cuenta, Ruppert, que en el frente caen a diario los mejores y a ti te repugna lo que les hacen a unas cuantas mujeres?

–¿Unas cuantas? –dice Ruppert encendido–. Eran unos cuantos cientos.

–Bueno, y qué más da –dice Schumann alzando la mano y volviéndola a bajar–. ¡Acabemos con lo perjudicial!

Ruppert intenta enderezarse del todo.

–Maldito mocoso...

Lassehn le agarra de la mano.

–Tranquilo, camarada –le dice–. Acuéstate de nuevo.

–¡Déjame! –vocifera el soldado Ruppert, se deshace de la mano y se pone de pie de un salto.

–¡Ésa era tu libertad, cabo Winfried Schumann! –rompe a gritar, y se coloca con las piernas bien abiertas frente a Schumann–. Pasearte de día como el gran mogol entre la población acobardada y por la noche llevarte a una madrecita rusa al catre, cada noche una diferente, cuando todo te pertenecía y cuando podías hacer lo que te daba la gana y todos se postraban, serviles, ante ti, ¡ésa era tu libertad!

–Anda, Ruppert, apártate de mí! –dice Schumann tranquilamente–. Para mí eso era la libertad, no necesitaba ninguna otra. Es una lástima que todo haya salido así. ¡Mala suerte!

–Ya es suficiente, Ruppert –interviene Tolksdorff–. No queremos complicarnos aún más la vida de lo que ya lo es.

–Con la libertad pasa como con el aire de la montaña –dice el doctor Böttcher–. Como es sabido el aire de la montaña es más limpio y sano y, sin embargo, el habitante de la planicie no lo tolera sin más. Cuando se encuentra en el balcón de su gran ciudad llena de humo, se cree que ya está respirando ozono puro. Lo mismo os pasa a vosotros los jóvenes con la libertad: no la soportáis; primero os tenéis que acostumbrar a ella. Llevar una vida nómada como mercenario no significa libertad, mi cabo.

–¡Pero estar tras el mostrador de un estanco y hacerle una mueca amable a todo el que entra, eso sí que es libertad! –se burla el cabo Schumann–. ¡Y dormir siempre con la misma mujer, eso es también libertad! No, gracias por los frutos secos, por la libertad que huele a moho, a antipolillas, a pañales de niños... ¡Sois unos pequeñoburgueses, estáis chochos, no entendéis para nada la nueva libertad!

Junto al doctor Böttcher empieza a hablar ahora el soldado raso alto y flaco, en cuya cabeza redonda las mejillas delgadas le confieren un aspecto de oquedad.

–¡Bueno, pues voy a decirte algo, sabio filósofo mundial de veinte años, que crees detectar la libertad con la nariz –le dice en voz alta y casi amenazador–: esa libertad que ahora lamentas haber perdido apesta a sangre e incendio y nada en un mar de lágrimas!

–Hombre, Schumann –dice un joven tanquista junto al cabo–, no puedes competir con los mayores. Si hubiéramos ganado la guerra, entonces todos ellos estarían entusiasmados, cualquiera se cortarían su pedazo del pastel de la victoria, aunque se hubiera horneado en el fuego de los cadáveres.

–Sí –interviene rápidamente Schumann–, ahora que todos nosotros estamos con la mierda al cuello, vosotros descubriste de repente vuestra conciencia, de repente el hedor de la guerra molesta a vuestras sensibles narices. ¿Resulta tan extraordinario que en una guerra huelan a sangre e incendio?

–¿Y por qué hay guerra? –pregunta ahora Schröter.

–Porque los demás no nos querían dejar vivir –contesta el cabo–, porque han sentido envidia de nuestro ascenso. Eso está claro...

–¿Y también tiene usted claro –dice el doctor Böttcher que la escalera que se ha utilizado para llevar a cabo este ascenso está repleta de hecatombes de cadáveres?

–No le reprenda enseguida –dice Gregor con un gesto apaciguador de la mano–. El cabo no conoce otra cosa, no sabe que su Führer dijo lo siguiente ya antes de la guerra: «Nunca le otorgaré a otros pueblos los mismos derechos que al pueblo alemán. Nuestra tarea consiste en someter a otros pueblos. El pueblo alemán está llamado a convertirse en la nueva clase dirigente del mundo».

–Me parece absolutamente bien –dice el cabo.

–¿De verdad? –pregunta Gregor y alza las cejas–. ¿También esto le parece bien? «Necesitamos

espacio para no tener que depender de toda constelación política. En el este, necesitamos el control hasta el Cáucaso o hasta Irán; en el oeste, hasta la costa francesa, Flandes y Holanda. Sobre todo, necesitamos tener el poder en Suecia y Noruega».

—Ignoro qué reparos le pone a ello —dice tranquilamente el cabo—, se trata de territorios que ya hace siglos han sido abonados con sangre alemana y que aún hoy en día ostentan los emblemas de la cultura alemana. Así que tenemos perfecto derecho a dominar estos territorios también políticamente.

—¿Las campañas de conquista de las hordas nómadas germánicas hace tiempo desaparecidas y la apertura de filiales de los sacos de pimienta hanseáticas: a eso llama usted «perfecto derecho»? —pregunta Gregor alterado.

—Bah, déjame en paz —dice el cabo, rehusando de mala gana la conversación—. Vosotros los viejos y nosotros los jóvenes ya no nos entendemos y probablemente nunca lo hemos hecho, porque vosotros los viejos os cerráis en banda frente a los nuevos conocimientos, porque siempre tenéis vuestras reservas, porque estáis atrapados en vuestro pensamiento tradicional, por ello mismo tenía que fracasar todo finalmente.

—Ya que parece estar usted de acuerdo con los objetivos de su gran Führer, no quisiera privarle de otras de sus declaraciones —dice Gregor con una voz en la que es perceptible claramente una calma forzada—. Qué le parece por ejemplo esta promesa: «Si queremos conseguir esto, estoy dispuesto a responder del sacrificio humano de toda una juventud alemana. No dudaré conscientemente a la hora de sacrificar a dos o tres millones de alemanes para ello».

—¿De dónde ha sacado usted eso? —pregunta el tanquista.

—De un libro que se publicó hace cinco años en Suiza y cuyo autor no es otro que el antiguo presidente del Senado de Danzig, el doctor Rauschnig —contesta Gregor—. Preste bien atención, cabo, y también usted, joven soldado. Su gran Führer, el auspiciador de toda cultura y el gran amigo de la juventud alemana, dijo lo siguiente: «Si soy capaz de enviar a lo mejor de la juventud alemana a la tormenta de acero de la próxima guerra sin el más mínimo arrepentimiento, ¿cómo no voy a tener el derecho de aniquilar a millones de una raza inferior que se reproduce como las cucarachas?». ¿Qué me dice usted de eso?

El cabo se encoge de hombros.

—Adolf Hitler no puede medirse con la misma vara que la moral pequeñoburguesa —afirma arrogante—. Es la persona indicada, sólo que vosotros los viejos... ¡Bueno, mira allá arriba!

—¿Aún crees en él? —le pregunta Schröter.

—¡Claro que sí! —le responde rápidamente el cabo—. ¿Y por qué no? ¿Sólo porque ahora ha caído en desgracia?

—¡Qué idiota que eres! —dice Schröter furioso—. ¿Y por qué ha caído en desgracia? Haz el favor de reflexionar sobre ello.

El cabo Schumann hace un ademán de rechazo negligente y se vuelve a estirar.

—Ya no sabes qué contestar —le insiste Schröter—. Tu morro pringoso ha quedado en silencio.

—Bah, vete a tomar por el culo... —dice el cabo, y se vuelve hacia un lado—. Ahora todo me da igual.

El silencio vuelve a imperar en el sótano, sólo se aprecia la respiración de los hombres y la luz de la llama débil y titilante de la vela.

Tolksdorff permanece sentado sobre una caja junto a la entrada del sótano, tiene los codos apoyados sobre las rodillas y la barbilla sobre las manos; los ojos observan fijamente la pequeña llama que se apaga de la vela de emergencia. A través de la entrada al sótano, que permanece

cerrada con una rejilla de hierro doblada y herrumbrosa, se vislumbra una luz del día mortecina, opaca y gris. Fuera retumban los cañones a intervalos largos y cortos, gruñen los lanzagranadas, un granizo de acero zumbante se precipita sobre la ciudad, la andanada de un cañón derrama aullando a toda velocidad sus ráfagas sobre el puente de Jannowitz, los impactos hacen que el sótano vibre y que el polvo y la cal se eleven como un géiser.

La onda expansiva de un impacto cercano llega hasta lo más hondo de la entrada al sótano y vuelca la rejilla de hierro.

Los durmientes se despiertan sobresaltados.

–¿Ya ha llegado finalmente el Ivan? –pregunta uno con la voz soñolienta.

–¡Ha llegado un pajarito volando! –dice el joven tanquista, que se encuentra estirado junto a Schumann.

–Hellwig, releve usted al centinela –le ordena Tolksdorff con voz apagada.

Un joven soldado se pone rápidamente de pie.

–¡A sus órdenes, teniente!

Una vez aparta la rejilla de hierro con el fin de colocarla de nuevo, Lassehn acude en su ayuda.

–Yo también salgo –dice–, me vendrá bien respirar un poco.

–Por mí –dice el soldado joven.

Ascienden los escalones reventados de la escalera del sótano y reemplazan al centinela, que está apoyado sobre un nicho y fuma un cigarrillo.

–Allí detrás está el Ivan –dice el centinela e indica hacia las ruinas de la Alexanderplatz, desde donde las ráfagas iluminadas de una ametralladora barren a ras el suelo, golpean el asfalto y vuelven a rebotar hacia arriba.

Lassehn y el joven soldado permanecen en el nicho y pasean la mirada por la calle. Mientras tanto ha llegado la mañana, aunque las teas ardientes de las casas incendiadas han formado una pared de nubes negra, que se cierne pesada y sombría sobre el azul claro del cielo de primavera.

–Esto tiene el mismo aspecto que Stalingrado –dice el joven soldado.

–Sí –dice Lassehn–, igual que Stalingrado. Es curioso cómo nuestros pensamientos no dejan de dar vueltas alrededor de Stalingrado. Stalingrado es un nombre que se nos ha marcado a fuego...

El joven soldado Hellwig escruta a Lassehn con la mirada.

–Sí, Stalingrado. –Y sus palabras gotean con dificultad de sus labios–. Stalingrado, fue la que nos dio el primer golpe, el golpe decisivo, nos lanzó al suelo, quizá más psíquica que militarmente, entonces en realidad nos dejaron groguis, apenas había empezado la cuenta atrás y a la de siete o de ocho nos enderezamos de nuevo, aún contábamos con una nueva oportunidad, por lo menos cubrir la distancia, pero ahora...

–Pero ahora ha llegado el fuera de combate –completa la frase Lassehn.

–Sí, el fuera de combate.

–No únicamente de la guerra –añade Lassehn–, sino de toda nuestra existencia.

El joven soldado traga con dificultad, se ajusta mejor el abrigo sobre las caderas y se apoya con los ojos cerrados contra la pared. En su rostro joven, prácticamente amuchachado, se mezclan ya rasgos duros, masculinos.

–Es todo un sinsentido –dice en voz baja–: la guardia, la guerra, toda la vida; hay momentos en los que parece que lo mejor sería pegarse un tiro en la cabeza. ¿Qué puede ser ya de nosotros? ¿Tienes alguna idea, camarada?

Lassehn asiente.

–Sí que tengo una idea –contesta.

–¿Y?

–Te voy a decir lo que podemos hacer, lo que vamos a hacer: ser personas.

El joven soldado suelta una carcajada.

–¿Una vez que nos han enseñado a actuar como animales vamos a convertirnos en personas? Ni hablar, camarada. De un animal sólo puede salir un ser parecido a una persona, nunca una persona.

–¿Es que tú eres un animal, camarada? –le pregunta Lassehn con insistencia.

–Sólo desempeño las funciones de un animal: devorar, empujar el codo, digerir y follar, luchar por la vida, buscar refugio y calor; eso es lo que ha monopolizado mi pensamiento –contesta el joven soldado–. Éstos son los polos sobre los que mi vida gira desde hace años. ¡Vaya coño!

–¿Y qué profesión tienes? –le pregunta Lassehn.

El otro abre los ojos y se queda mirando a Lassehn melancólico.

–¿Profesión? Ametrallador, soldado, héroe, aspirante a ocupar una fosa común.

–¡Te lo pregunto en serio!

–¡Te lo digo en serio!

–¿Qué edad tienes?

–Supuestamente veintidós, pero debo ser mayor, mucho mayor, nuestras generaciones son viejas, viejísimas.

–¿Veintidós? –le pregunta Lassehn de nuevo–. ¿Y no tienes ninguna profesión? ¿Has pasado directamente de la escuela al ejército?

–¡Sí, además me presenté voluntario!

–¿Voluntario?

–Sí, voluntario, ¿qué, te sorprende? Cuando aprobé el examen de bachillerato y el servicio social, apenas tenía diecisiete años y quería ser dentista, mi viejo incluso ya me había encontrado un puesto de aprendiz.

–¿Y por qué no empezaste como aprendiz y te presentaste voluntario?

–¡Porque me obligaron!

–¿Te obligaron? Pensaba que te habías presentado voluntario...

–Así es –dijo el joven soldado, impaciente–, suena a locura, pero fue exactamente así, como en todas partes: coacción voluntaria. ¿O no te has dado cuenta? Coacción voluntaria con presión moral o extorsión total.

–Tienes que explicármelo.

–No hay mucho que explicar –contesta el joven soldado–. Una vez cumplimos con nuestro servicio social, el *Oberfeldmeister* nos hizo formar, nos soltó un gran discurso acerca de la patria, de la guerra impuesta y así, y al final preguntó... Sí, no preguntó: «¿Quién se presenta voluntario a la Wehrmacht?», sino: «¿Hay alguien que no se presente voluntario?».

Lassehn asiente.

–¡Hay que ver!

–Así es. No podías salir de la fila y decir: «¡No me voy a presentar!». Simplemente no podías, aunque lo quisieras. Bueno, y entonces llegó, tiró ella de él, él resbaló. Y entonces la guerra te empuja despiadadamente hacia delante o hacia atrás o hacia un lado, tú no haces más que tambalearte, ves el abismo claramente ante ti, muy claramente, pero sin embargo estás demasiado cansado, eres demasiado indiferente, estás demasiado sometido, para que puedas retroceder o cambiar de dirección, sigues obedeciendo, porque es lo más sencillo.

–La guerra, que supuestamente debía aportarte la libertad, te ha convertido en un prisionero –dice Lassehn.

El joven soldado asiente.

–Así es exactamente. Nunca lo tuve tan claro como cuando tuve que vigilar a unos prisioneros durante unos días. De hecho, no disponía de más libertad de movimientos que los prisioneros: estaba encadenado a una orden de la misma forma que ellos, y la única diferencia radicaba en que yo estaba delante del alambre de espino y ellos detrás.

–Lo que significa que los conceptos de delante y detrás sólo son relativos –añade Lassehn.

El joven soldado vuelve a asentir.

–Claro, tienes razón, camarada. La conciencia de lo inevitable finalmente me ha vuelto completamente indiferente; obedeces, marchas, luchas y ya no juega ningún papel si lo haces junto al lago Ilmen o junto al Müggel, en las colinas de Valdái o en el Rehberg, si patrullo por las calles de Minsk o si estoy de centinela aquí en una casa bombardeada de Berlín... ¿Cómo se llama esta calle?

–Stralauer –contesta Lassehn.

–... en Berlín, Stralauer Straße, número desconocido, a unos doscientos o trescientos metros de los rusos... ¡Hombre, hace ya tiempo que estamos muertos!

Se endereza y se golpea el pecho.

–Aquí dentro está todo muerto; aunque el corazón siga latiendo y los pulmones respiren, deambulamos de un lado a otro como lémures. ¡Tú también, camarada!

Éste ha llegado ahora allí, donde me encontraba yo hace ocho días, piensa Lassehn, busca un sentido en la embriaguez del sinsentido, busca un punto de luz en la maleza de la oscuridad, aún no ha llegado a la meta que se destaca por encima de su pequeño ego.

Saca dos cigarrillos del bolsillo.

–Fuma uno primero, Hellwig. ¿Así te llamas?

El joven soldado asiente y enciende un mechero.

–Cómo sabes... Ah ya, el teniente me llamó antes por mi nombre. Permite que me presente: Erhard Hellwig, de Poggendorf, comarca de Greifswald, veintidós años, de profesión ametrallador. ¿Y tú?

Lassehn contesta.

–¿Estudiante de música? –pregunta el joven soldado–. Tú eres un estudiante de música de la misma forma que yo soy dentista. ¡Todo es una puta mierda! Al soldado raso, el tío de los puros de Neukölln, no le faltaba razón cuando hablaba antes.

–Te refieres a...

–Sí, nosotros siempre hemos estado de servicio. ¿Trabajo? No lo conocemos. ¿Una meta? No la tenemos. Puedo entender perfectamente al viejo: quiere estar detrás de su mostrador, igual que otros detrás de su banco de carpintero o su trilladora. Sólo nosotros, si sobrevivimos a esta guerra, nos encontraremos con las manos vacías, pues no sabemos hacer otra cosa que disparar, cargar, clavar, apuntar y lanzar bombas. Hemos aprendido cómo se coloca una carga, cómo se introduce la cinta de proyectiles en la ametralladora MG, sabemos lo que es el ángulo de avance y el campo visual independiente. Pero ¿qué sabemos aparte de eso?, ¿qué es lo que hemos aprendido? ¿Un día regresamos a casa y debemos empezar a aprender?

Niega con la cabeza.

–¿Cómo imaginas tu vida futura? –le pregunta Lassehn.

–No me la imagino –contesta el joven soldado Hellwig–, no me imagino nada, únicamente me dejo llevar, como un trozo de madera en el agua. Quizá acabe arrastrado hasta alguna orilla, y

estará bien; aunque quizá la corriente me arrastre hasta alta mar y deba nadar el resto de mi vida de aquí para allá; también estará bien; o puede que antes me alcance una bala, lo cual también me parecerá bien. Todo me está bien. «Si alguien sobrevive a esta guerra será culpable», me dijo en una ocasión un viejo soldado raso. Y es exactamente así.

–No, uno no debería pensar de esta forma –dice Lassehn torpemente y siente él mismo que su objeción es débil e ineficaz.

–No debería –dice el joven soldado y suelta una carcajada–. Te voy a decir algo, camarada –prosigue en serio–. Simplemente tengo miedo.

–¿Miedo? –le pregunta Lassehn sorprendido.

–Sí, miedo de la así llamada vida civil, miedo de la vida que nos espera, miedo de no ser maduro para esta vida. Tú y yo, y seguramente todos nosotros, habíamos pensado que contábamos con un suelo seguro bajo los pies, que podíamos mamar la seguridad y la confianza del futuro, como una especie de adelanto, y ahora resulta que nuestros apoyos se han quebrado como cerillas. Allí donde nos adentramos, penetramos en la nada; cuando pensamos, nuestros pensamientos caen en el vacío.

Fuman en silencio sus cigarrillos hasta el final. La ametralladora de la Alexanderstraße cubre a intervalos regulares la Schickler Straße y la Stralauer Straße. Desde la Märkischer Platz, en la otra orilla del Spree, aumenta ahora el fuego, los lanzagranadas disparan hacia la Neue Friedrichstraße.

Cuando se produce un breve cese del fuego, durante unos minutos se instala un silencio irreal, sólo en la lejanía borbotan las detonaciones y, de repente, Lassehn recuerda que cuando era un muchacho a menudo se había detenido aquí, a menos de doscientos pasos, y había escuchado atentamente las treinta y siete campanadas de la iglesia parroquial; cada siete minutos y medio sonaban unos cuantos tonos, cada cuarto de hora un acorde, cada media hora una coral y cada hora entera una coral con preludeo. Y eso también le había parecido singularmente irreal; cómo los tonos limpios y delicados del juego de campanas flotaban desde la altura de la torre sobre la ciudad bulliciosa del mismo modo en que se rocían las gotas del agua bendita. Ahora la torre se ha venido abajo bajo el puño de la guerra y las campanas se han fundido junto a los bancos incendiados en una masa amorfa.

–Dime –vuelve a hablar el joven soldado–. ¿Realmente crees en Dios?

Lassehn alza la vista hacia él sorprendido.

–Es difícil decirlo –contesta.

–Si me contestas así –dice el joven soldado lentamente–, ya es una mala señal; a una pregunta así o bien se contesta con un rápido sí o con un no consecuente.

–No es tan sencillo como podría parecer –le replica Lassehn–. Ignoro si tu concepto de Dios coincide con el mío.

–Así que, según tu parecer, Dios es una cuestión completamente personal, viene a ser la suspensión e interpretación de cada uno de nosotros.

–Exactamente –contesta Lassehn animado–. ¿Estás seguro de que tu idea de Dios se corresponde del todo con la doctrina teológica?

El joven soldado se encoge de hombros.

–No lo sé, Lassehn, después de todo sólo tengo un sentimiento poco claro sobre lo que llamamos Dios. Aunque naturalmente Dios tiene que estar allí, pues tiene que haber algo superior al ser humano.

–Dios está comprendido en mi propio pecho –dice Lassehn lentamente–, sólo allí, no sobre este

cielo, al que ascienden los incendios de las ciudades, el hedor de millones de personas quemadas, los gritos de los martirizados. Dios únicamente se encuentra en mi pecho, camarada; Dios es amor, compasión, bondad, conciencia, pero no un ser sobrenatural tal como te han enseñado en la confirmación, ningún ser al que puedes apelar e implorar, a no ser que apeles a la bondad que se encuentra en tu propio pecho.

–¿Y si ya no hay más? –pregunta el joven soldado–. ¿Si sólo quedan vísceras y no hay alma? ¿Entonces qué?

–Si realmente ya no queda nada –contesta Lassehn con insistencia–, si no se reaviva ni tan siquiera una chispa en tu interior, entonces en realidad sólo eres un animal.

El joven soldado mira inmóvil el pequeño pedazo de cielo despejado que, durante unos segundos, emerge entre las nubes de humo que se van desplazando y hacia el que las detonaciones lanzan sus hongos rojizos contra el oscuro fondo.

–En la clase de religión hemos aprendido que los caminos de Dios son milagrosos, inescrutables, insondables y escapan a nuestra razón.

–Sí –interviene con intensidad Lassehn–, y con ello la responsabilidad queda desplazada a lo sobrenatural, pues Dios es omnipotente, omnisciente, misericordioso y omnipresente, y cuando el Dios todopoderoso no es capaz de cambiar las circunstancias terrenales, cuando todo lo que ocurre se realiza según su voluntad y con su voluntad, ¿qué podemos entonces cambiar nosotros los humanos, que sólo somos arcilla en sus manos? Si Dios es omnipotente, ¿por qué *él* no recorre el mundo a sangre y fuego con el fin de exterminar a aquellos que deshonran su nombre invocándolo, mientras al mismo tiempo martirizan a las criaturas que supuestamente se han creado según su viva imagen, en cámaras de gas, refugios antiaéreos y trincheras? ¿Dónde te encuentras, Dios, y cómo eres, me pregunto, que no atiendes las lágrimas, los dolores y los miedos de las personas, que las dejas caer cada vez más en el odio, la infamia, la culpa, el sufrimiento, la enemistad, la desgracia, la miseria y la necesidad?

El joven soldado ha escuchado el arrebato de Lassehn respirando con dificultad.

Lassehn suelta una amarga carcajada.

–El único apoyo radica en buscar refugio entre el temor a la muerte y el suplicio de la conciencia o, tal como lo llama Goethe, el suplemento de nuestra miseria. Justamente porque las personas creen en un Dios, por decirlo así, superior (y este es un rasgo muy alemán) que al fin y al cabo organiza la vida con sensatez y justicia, pues todo se desplaza hacia la trascendencia y escapa a la razón, por eso mismo Dios no es invocado en el propio pecho. La mirada hacia el cielo, que sólo es materia, impide la mirada hacia el propio pecho, donde reside el alma.

–Ahora me has dejado completamente confuso –dice el joven soldado, y en su voz se mezclan la tristeza y la rabia.

–Cuando los viejos conceptos se vienen abajo, siempre se origina confusión, hasta que se alza lo nuevo –contesta Lassehn.

Después ambos vuelven a callar. Una segunda ametralladora dispara desde la Alexanderstraße en fuego cruzado, los disparos del lanzagranadas caen asimismo en el cruce de la Neue Friedrichstraße y la Stralauer Straße, la corriente oscura salpica de vez en cuando agua siseante.

–El Ivan está preparando la tormenta –dice Hellwig impasible.

–Allí ya vienen unos –dice Lassehn–. ¡Allí!

Desde la orilla del Roland dos sombras giran hacia la Stralauer Straße, están cubiertas por una nube de humo espeso y sólo se reconocen sus siluetas.

El joven soldado alza su fusil, lo coloca y apunta,

Lassehn le aparta de un manotazo el fusil del hombro.

–Estás loco –dice–, no nos puede pasar nada bueno si...

No llega a terminar la frase, pues en ese mismo momento una granada se aproxima aullando e impacta en la calzada destrozada. Se agachan rápidamente, a la espera de otra granada, aunque los siguientes impactos ya se producen más allá.

Cuando se enderezan de nuevo, ambas sombras se han convertido ya en personas, han cruzado las cortinas de humo y ahora se arriman todo lo que pueden a las fachadas reventadas.

–No son rusos –dice Hellwig y coloca el fusil a un lado–. Ya me parecía extraño, mientras aquí se bombardea ellos no atacarán.

–No –dice Lassehn ausente y clava la mirada con los ojos escocidos en las dos personas, que ahora entran a tientas en la calle. De repente su corazón late con fuerza, el susto atraviesa su cuerpo como un temblor.

–Parece que son dos hombres del Volkssturm –dice el joven soldado, y se pone de puntillas con el fin de poder avistar mejor el camino que siguen–. No, un hombre del Volkssturm y una mujer.

Lassehn no puede reconocer los rostros de ambas personas, están ennegrecidos por el humo y sin embargo... Tiene un nudo en la garganta, quisiera gritar, pero de ésta únicamente surge un resuello ronco.

–¿Qué es lo que te pasa? –pregunta Hellwig–. De repente tienes un aspecto lamentable.

Finalmente se afloja la pinza que oprime el cuello de Lassehn y su voz se libera.

–¡Wiegand! –grita, y coloca las manos alrededor de la boca para hacer de bocina–. ¡Wiegand!
¡Wiegand!

Ambas personas se detienen, miran a su alrededor como si quisieran cerciorarse de haber oído una llamada en medio del fragor de los disparos y las explosiones.

Lassehn ya no puede contenerse, abandona la posición a cubierto y corre con poderosas zancadas por la calle.

–¡Wiegand! –grita, y se abalanza sobre ambos.

–¡Lassehn! –exclama Lucie Wiegand, y le echa los brazos al cuello.

XVI

27 de abril

Cuando Lassehn entra en el sótano con los Wiegand aún reina allí dentro el silencio de la resignación. Tolksdorff está sentado sobre la caja junto a la puerta, inmóvil, apoyado en la pared y con los brazos cruzados sobre el pecho.

–¡Doctor, Schröter! –exclama Lassehn excitado–. ¡Traigo conmigo dos viejos conocidos!

–No armes tanto escándalo –dice Wiegand.

El doctor Böttcher contempla perplejo ambas figuras, cuyas siluetas se destacan nítidas en el marco de la puerta de la entrada al sótano, se pone de pie de un salto y va a su encuentro.

–Estoy tan feliz de verte aquí –dice, y su voz no tiene en esta ocasión la fría serenidad que la caracteriza.

–Se trata de una tremenda coincidencia –dice Schröter, y estrecha vivaz las manos de ambos.

–No, no se trata de una coincidencia –le replica Wiegand–, os hemos estado buscando. ¿Hay por aquí algún sitio para mi mujer?

Tolksdorff se pone de pie torpemente.

–Buenos días –dice con voz débil e indica hacia la caja–, por desgracia no puedo ofrecerle otro sitio donde sentarse, señora.

–Aún no me lo puedo creer –dice el doctor Böttcher con voz alterada–, que volváis a estar entre nosotros... que hayáis conseguido llegar hasta aquí.

–¿Cómo no os habéis quedado en la Schlesischer Bahnhof? –pregunta Schröter–. ¿O es que no era posible?

Wiegand rechaza la tormenta de preguntas con una sonrisa.

–Poco a poco, poco a poco, uno detrás del otro. En todo caso no hay mucho que contar. Permanecemos en el sótano de Klose...

–... y pensábamos en vosotros –añade Lucie Wiegand–. Estábamos tremendamente solos. Resulta muy amargo tener que separarse justo en el momento en el que uno necesita del otro de forma apremiante.

–Así que estábamos sentados en ese sótano oscuro –prosigue Wiegand–, nos parecía el doble de grande en nuestra soledad, oímos a las SS deambular por la vivienda y la tienda y después se hizo el silencio en la casa. Fuera ya tableteaban las ametralladoras, los lanzagranadas escupían ininterrumpidamente sus proyectiles contra la calle. Hacia la noche la casa recobró la vida. Carreras, llamadas, gritos, portazos. Finalmente han llegado los rusos, pensamos, aunque decidimos esperar un poco más. El ruido era cada vez más escandaloso y de repente se hizo el silencio completo. En el exterior se disparaba furiosamente, pero dentro de casa no se percibía ningún ruido. No nos lo podíamos explicar. Si antes el sótano nos había parecido gigantesco, sus muros se habían desplazado tan inmensamente lejos a través de nuestra soledad, que ya no ofrecían ninguna protección, sino que nos exponían, ahora...

–... ahora éstos se desplazaban hacia nosotros, de repente los teníamos tan encima, que casi nos dejaban sin respiración –añade Lucie Wiegand–. Hace muchos años, leí un cuento largo de Edgar

Allan Poe en el que narra cómo el techo de la celda de una prisión se va hundiendo sobre los delincuentes con una certeza paulatinamente mortal: así nos sentíamos nosotros.

Lucie Wiegand se estremece con el recuerdo de esas horas y se encoge de hombros tiritando de frío.

–Como acaba de decir mi mujer –prosigue Wiegand, y toma las manos de su mujer–, nos cortaba el aliento, con la imaginaria disminución de la habitación parecía que también disminuía rápidamente el aire existente. Sin embargo, no se trataba de una ilusión, señores, realmente era así, nos faltaba el aire y, de repente, descubrimos que olía a quemado. Al principio no quisimos admitirlo, pues al fin y al cabo olía a quemado por doquier, pero el olor se hizo finalmente tan intenso que decidimos abandonar el sótano. ¡Ya iba siendo hora!

–Pues la casa había ardido hasta los cimientos –añade Lucie Wiegand.

–El resto se cuenta rápidamente –dice Wiegand–. Primero intentamos pasar al lado de los rusos, pero no lo conseguimos, así que empezamos a buscaros a vosotros.

–Pero cómo ha sido posible... –empieza a decir Schröter.

–... ¿qué os hayamos encontrado? –le interrumpe Wiegand–. No ha sido tan difícil. Como ya podéis imaginar, sabíamos que toda la zona alrededor de la Küstriner Platz estaba ocupada por el batallón Muchalla de las SS y, por lo tanto, supusimos que el comando del teniente Tolksdorff también pertenecía a éste. Hemos ido preguntando...

–No habrás sido imprudente, Wiegand –empieza a decir el doctor Böttcher, precavido.

Wiegand calla y evita la mirada de su mujer.

–Ahora hay que jugarse el todo por el todo –dice entonces–. Resulta absurdo eludir el tomar una decisión.

–¡Bravo! –grita el cabo Schumann–. ¡Éstas son palabras del Führer! ¿De qué se trata en realidad?

–Si el pastel de ciruelas se hace mejor con levadura fresca o en polvo –le espeta Schröter.

–Eres increíblemente gracioso, abuelo –suelta el cabo–. ¡Le presento mis respetos, joven heroína alemana!

Se pone de pie y hace una reverencia irónica frente a Lucie Wiegand.

–Realmente aún te queda humor –dice Schröter arisco.

–Humor negro –dice el cabo encogiéndose de hombros–. Dime, ¿qué hay de nuevo allí fuera? –Se dirige ahora a Wiegand–: ¿Dónde está el Ivan ahora?

–He podido conseguir un periódico –contesta Wiegand.

–¿Aún se consiguen periódicos? –pregunta el soldado Ruppert y se acerca al círculo–. ¿Qué dice el *Völkischer Beobachter-Morgenpost*?

–Se trata de un periódico muy especial, no es ni el *Völkischer Beobachter* ni el *Berliner Morgenpost*. Mirad.

Todos observan la pequeña hoja que Wiegand sostiene en la mano.

EL PANZERBÄR 27 de abril de 1945

Periódico de combate para los defensores del Gran Berlín

–Espléndido –dice el doctor Böttcher, y examina el escudo–, el oso berlinés con una pala y un lanzagranadas. En todo caso los titulares dejan mucho que desear.

UN BALUARTE EN CONTRA DEL BOLCHEVISMO BN BALUARTE EN CONTRA BERLÍN: FOSA COMÚN DE LOS
TANQUES SOVIÉTICOS

–Hombre, no hables tanto –dice uno de los soldados rasos–, mejor léenos el boletín militar, si que es se incluye alguno. Quizá los rusos han salido corriendo de nuevo de Berlín y nosotros no nos hemos enterado.

–Bueno, escuchad bien atentamente –dice Wiegand.

Desde el cuartel general del Führer, 26 de abril

LA BATALLA POR BERLÍN

Durante la batalla por Berlín, batalla decisiva para el futuro del Reich y la existencia de Europa, ambos bandos aportaron reservas. En la parte sur de la capital del Reich se intensificaron los duros enfrentamientos callejeros en Zehlendorf, Steglitz y el extremo sur del campo de maniobras de Tempelhof. En el este y en el norte, nuestras tropas ofrecen –apoyadas valientemente por unidades de las Juventudes Hitlerianas, del Partido y del Volkssturm– una resistencia encarnizada en la Schlesischer Bahnhof, en la Görlitzer Bahnhof, así como entre Tegel y Siemensstadt. También se ha desatado la lucha en Charlottenburg. Numerosos tanques de los soviéticos han sido aniquilados durante estos enfrentamientos.

–De este hecho se deriva –dice el doctor Böttcher– que ya no se trata de un cerco de Berlín, hace tiempo que eso se superó. El centro de la ciudad está bajo asedio, la periferia ya ha sido conquistada por los rusos. Es posible que aquí y allá todavía haya un nido de resistencia, pero este informe deja bien claro que el nudo se cierra con una seguridad mortífera.

–Y ese nudo nos estrangula también a nosotros –dice el soldado Ruppert.

–Hemos participado, nos han hecho prisioneros, nos han ahorcado –dice el cabo Schumann–, no puedes evitarlo. Eres pasado, precioso y magnífico estanco.

Ruppert avanza rápidamente hacia el cabo y alza amenazador el puño.

–¡Ruppert! –le llama Tolksdorff al orden.

Ruppert retrocede, su rostro tiene un tono rojo oscuro, sus mejillas chupadas y sin afeitar se contraen con violencia.

–Teniente –profiere–. Ya no puedo más... y encima esta forma insolente de hablar de Schumann...

Schröter se lleva *al* furioso soldado al fondo del sótano.

–¡Contente! –exclama con severidad.

–¡Mira que permitir que ese piojoso suelte aquí su discurso! –exclama Ruppert negando con la cabeza.

–¿Y qué es lo que está pasando en los otros frentes? –pregunta el teniente.

–Por todas partes éxitos de la defensa –contesta Wiegand–, aunque a pesar de ello los otros prosiguen su avance rápidamente, Ulm, Tuttlingen, Bremen, Troppau, el Po han caído por completo... La guerra total se ha convertido en el hundimiento total.

–¿Y por qué no terminan de una vez con ella? –pregunta el larguirucho soldado raso, que como siempre habla en voz baja y cansada, como si hablara consigo mismo.

Schröter se vuelve hacia él.

–Hitler ha dicho que luchará hasta el final. Y el cumple *su* palabra, puedes estar convencido de ello.

–Aquí hay otro aviso muy interesante –dice Wiegand, y abanica la hoja de periódico–. Esto debe ser...

Se interrumpe y se da la vuelta, pues una sombra se cierne sobre él.

–Se acerca alguien –dice el cabo Schumann al tiempo que se incorpora–. Esperemos que finalmente llegue algo de comida, si uno no tiene nada que hacer, por lo menos quiere tener algo para jalar, aunque sólo sea la última comida antes de la ejecución.

Unas botas de pisada fuerte descienden haciendo ruido por la escalera, los escombros resbalan y entran en el sótano, entonces en el marco de la puerta aparece un miembro de las ss.

–Teniente Tolksdorff –dice, y se cuadra–, el *Hauptsturmführer* le espera para analizar la situación. ¡Le ruego que me siga!

Tolksdorff se pone de pie lentamente y se coloca el casco de acero.

–¡Cabo Schumann, usted se hace cargo del comando en mi ausencia!

El teniente y el hombre de las ss abandonan el sótano.

–¡Análisis de la situación! –exclama el soldado Ruppert, irónico–. Ése está loco.

–Quizá pretende entablar negociaciones para capitular –dice el soldado raso larguirucho.

–¡Tú estás completamente loco! –lo increpa Schumann–. ¡Y ahora silencio! ¡No permitiré que se mantengan estas conversaciones!

–No permitiré que tú me prohíbas hablar –dice Ruppert–, tú no.

Schumann tira de su abrigo y ata el cinturón:

– Ruppert, te lo digo una vez más...

–Mirad –se burla Schröter–, ¡un cabo de la cabeza a los pies!

–Y tú cierra el pico también. –Se dirige el cabo a Schröter–. El teniente es demasiado decente, os ha permitido demasiadas cosas.

–¡Tú! –le dice Ruppert, amenazador–, ¡aquí tengo aún una granada de mano que con mucho gusto te meteré en la jeta, aunque yo mismo salte por los aires!

–Sed sensatos, gente –se inmiscuye el doctor Böttcher.

–¿Es que quizá soy insensato? –le espeta el cabo.

El doctor Böttcher hace un gesto conciliador con la mano.

–No quería decir eso. –Lo elude y se dirige a Wiegand–. Mejor será que oigamos qué más publica el periódico.

–Aquí hay un aviso muy interesante –contesta Wiegand.

NUEVO COMANDANTE EN JEFE DE LA LUFTWAFFE. EL MARISCAL DEL REICH, HERMANN GÖRING, SE PONE ENFERMO

Berlín, 26 de abril

El mariscal del Reich, Hermann Göring, ha recaído de su enfermedad cardíaca crónica de hace mucho tiempo, que ahora ha entrado en una fase aguda. Debido a ello él mismo ha rogado que en estos momentos que requieren el empleo de todas las fuerzas disponibles, sea dispensado de la Jefatura de la Luftwaffe y de las tareas que se derivan de ella.

El Führer ha atendido esta petición.

El Führer ha nombrado como nuevo comandante en jefe de la Luftwaffe al coronel general

Ritter von Greim y lo ha ascendido al mismo tiempo a mariscal de campo.

—Éste se ha puesto enfermo en el momento oportuno —dice el soldado Poppe—. Lástima que como simple soldado uno no pueda alegar que está enfermo.

—Muy interesante —opina el doctor Böttcher—, sobre todo porque no se dice si sigue manteniendo sus otros cargos. Está claro que esto huele mal. El segundo de a bordo del Führer se vuelve de repente loco y el mariscal del Reich sufre una enfermedad cardíaca crónica.

—¿Dónde pone eso sobre Göring? —pregunta el cabo Schumann con una voz que se ha vuelto insegura y que prácticamente ha perdido su acritud.

—¿No te lo crees? —le pregunta Wiegand—. Mira, lee tú mismo, en la tercera página. Y aquí, convéncete, esto es el *Panzerbär* y no el *Pravda*.

El cabo coge el periódico y lee a media voz.

—¿Supongo que te fiarás de lo que dice tu propio periódico? —le pregunta Schröter.

—Este periódico puede ser una indecente falsificación —dice el cabo, aunque su voz suena débil y sin convicción.

—¿Quién lo edita?

Da la vuelta al periódico y lee a media voz:

—El *Panzerbär*, editor n.º Fp. 67 700.

—Sólo quieres creer lo que te conviene —dice Schröter—. Hombre, ¿no vas a abrir los ojos de una vez?

El cabo se da la vuelta y arruga el periódico.

—¿Te han dejado hecho polvo, cabo Schumann? —pregunta Ruppert.

—¿Cuando todo se vaya al diablo, yo también quiero acabar con todo! —exclama Schumann furioso—. ¿O es que acaso pensáis que voy a seguir en este appestoso agujero de sótano para ahogarme en mi propia mierda o dejar que me hagan prisionero los bolcheviques?

—¿Qué harás, si no? —le pregunta el doctor Böttcher.

El cabo calla obstinado.

—Ya haré cualquier cosa... —dice tras un rato.

Lucie Wiegand se pone de pie y coloca la mano sobre su brazo.

—Usted es prácticamente un muchacho —dice en voz baja—. ¿Por qué quiere usted desperdiciar su vida?

Schumann la observa con una mirada maliciosa y sombría en el rostro.

—Es algo que usted no puede entender, joven —le contesta.

—¿Y por qué no?

—Porque es cosa de hombres.

Schröter quiere hacer una objeción, pero Lucie Wiegand lo detiene con un rápido movimiento de la mano.

—¿Usted cree que su vida no tiene ningún valor?

Schumann la mira de pasada y permanece callado.

—¿Cómo no puede tener valor una vida? —le sigue preguntando Lucie Wiegand—. Yo tengo cuatro hijos, joven cabo, a cada uno de ellos lo he llevado durante nueve meses en mi cuerpo, lo he protegido con mi cuerpo, lo he alimentado con mi sangre, lo he parido con tal dolor que pensaba que me moría, tan fuertes eran el dolor que hurgaba en mí y los espasmos que me sacudían. E igual pasaría con su madre.

–¿Por qué me cuenta esto? –le pregunta el cabo, todavía malhumorado.

–¿Cómo puede no tener valor una vida que se ha engendrado con amor, que se aguarda con esperanza y ansiedad y que se da a luz con un dolor feliz? –le pregunta Lucie Wiegand con insistencia.

–No son más que palabras bonitas –dice el cabo, y se vuelve de manera brusca, se dirige hacia la salida del sótano y se queda mirando fijamente la luz opaca y difusa del día.

–Pero si aún no has vivido, joven –dice Lucie Wiegand con suavidad.

El cabo no contesta, permanece inmóvil junto a la salida del sótano, un hombre joven y delgado vestido con un abrigo raído gris campaña, con las manos hundidas en los bolsillos, el cabello rubio largo y desgreñado, que le cubre la nuca.

–No acabas de darte cuenta... –empieza a decir el soldado Ruppert.

El cabo Schumann se da la vuelta impetuosamente, saca las manos de los bolsillos del abrigo y se coloca el casco de acero con un movimiento hábil.

–¡Dejadme todos en paz! –exclama a gritos-. ¡Yo no me doy cuenta de nada!

–Cálmate de nuevo, pequeño –le dice el soldado Poppe.

–¡Cierra el pico! –le grita el cabo-. ¡Esto es una pocilga y hay que formar!

–Tú no estás muy bien de la cabeza –le dice el soldado Ruppert, y se coloca el dedo índice en la frente.

–¡A cerrar el pico! –vuelve a gritar Schumann-. ¡Haz el favor de ponerte firme, viejo tonto del culo! ¡Vamos, de pie, ya has sobado demasiado!

–Cuando uno se desquicia, primero se le desquicia la cabeza –dice un soldado desde su colchón.

–¡Vamos, estúpidos, a formar!

–El cabo se salva con el ordeno y mando –dice el doctor Böttcher irónico-. Los miedos reprimidos generan un aumento excesivo del ego.

–¡No le des al pico tan estúpidamente! –le reprende el cabo-. ¡Tú también debes cerrar el pico como los demás! ¡Vamos, en pie!

–Anda ya, que te den por culo –dice un soldado raso sin moverse de su colchón.

–¡Esto es desobediencia, amotinamiento! –grita Schumann-. Ya sabéis lo que os espera.

–Deberías darte una ducha fría –le dice Schröter.

El cabo empuña su ametralladora.

–El teniente ha delegado en mí el comando en su ausencia –grita-. ¡Utilizaré el arma si hace falta!

Dos soldados rasos se ponen de pie a duras penas.

–Tiene el estallido de cólera de un suboficial –dice uno de los dos al alzar la cabeza-. No se puede hacer nada.

–Esperaré un minuto más –dice Schumann algo más tranquilo-. Si para entonces no se ha formado haré un comunicado.

–Lo mejor es que acudas directamente al Führer –dice Poppe tranquilamente y se pone de pie muy lentamente-. Esta vez reside excepcionalmente no muy lejos del frente.

–Te prohíbo que... –le increpa el cabo y apunta con la ametralladora.

Schröter salta sobre él y le quita el arma de las manos.

–¡Tú estás completamente chiflado! –le dice furioso.

El cabo no se defiende, se mantiene allí con las manos contraídas, los hombros encogidos, las

mejillas temblando, con las comisuras de los labios hacia abajo, el rostro hundido. Se cubre el rostro con el brazo y se apoya sobre la pared, un sollozo seco le sacude el cuerpo.

–Tiene los nervios destrozados –dice Schröter, y guarda la ametralladora.

El cabo alza la cabeza durante unos pocos segundos del codo flexionado.

–No te hubiera disparado, Poppe –dice–, tienes que creerme, tampoco le había quitado el seguro a la ametralladora.

Y unas cuantas lágrimas le recorren las mejillas.

Lucie Wiegand le acaricia tiernamente la espalda con la mano.

–Todo irá bien, muchacho –le dice cariñosa.

El cabo se enjuga las lágrimas con la manga del abrigo.

–¡Déjeme en paz! –dice categóricamente con los labios contraídos.

Nadie dice nada. El derrumbamiento del joven cabo, sus lágrimas y su rebelión última contra un destino incomprensible, que le ha arrancado de las alturas de la gloria hasta este sótano de la capital del Reich destruida, han dejado a todos enmudecidos. Aquel que ahora permanece frente a la salida del sótano con los brazos colgando y mirando fijamente la luz diurna grisácea difuminada es en cierto modo el símbolo de una juventud perdida, abandonada y traicionada.

De repente el joven cabo da un respingo, se pone firme, da un paso a un lado con el fin de dejar libre la entrada y exclama en voz alta:

–¡Atención!

Se oye cómo se acercan los pasos, dos sombras grises caen sobre la entrada. Dos hombres grandes se agachan y entran en el sótano, el teniente Tolksdorff y el *Hauptsturmführer* Wiegand.

–¡El grupo de Tolksdorff con quince hombres! –informa el cabo Schumann.

El *Hauptsturmführer* le da las gracias y se cuadra en el sótano oscuro, en el cual se mezclan la luz titilante de la vela de emergencia y la fina luz grisácea del día en una penumbra crepuscular.

–Está terriblemente oscuro aquí abajo –dice el *Hauptsturmführer*.

El teniente Tolksdorff busca en la semioscuridad con la mirada tensa a los Wiegand. Se han retirado discretamente a la esquina más alejada del sótano, que se encuentra completamente sumida en profundas sombras.

–¡Camaradas! –dice el *Hauptsturmführer* con una voz cortante, que oscila justo en la frontera entre la jovialidad y la orden–. La batalla por la capital del Reich se ha encarnizado del todo, aunque de ninguna manera está decidida, tal como nuestros enemigos suponen erróneamente. Esta misma mañana me han llamado al cuartel general del Führer y he estado cara a cara con el Führer, he recibido de sus manos la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro y mi ascenso a *Sturmbannführer*.

«Así que sí que había algo que me había llamado la atención», piensa Lassehn, «que se encuentra junto a Ruppert, Schröter y el joven tanquista en la segunda línea, lleva colgada al cuello la Cruz de Hierro, e incluso ha tenido tiempo para añadir la cuarta estrella en sus hombreras y cuello».

–¡Camaradas! –prosigue el *Sturmbannführer* Wiegand–. Considero este ascenso como una distinción a todo el batallón, al que ahora también pertenecéis. ¡Camaradas! Nuestra situación es difícil, pero no desesperada. El Führer se encuentra entre nosotros y a aquellos que hoy se reunieron a su alrededor les dio razones para el optimismo, pues desde todas partes avanzan hacia Berlín ejércitos de auxilio. En breve se romperá desde fuera el anillo de asedio al que estamos sometidos. Éste será sin embargo el primer paso en el camino para expulsar a los bolcheviques.

Hasta que lleguen las reservas debemos formar un grupo de fidelidad de vasallaje germánico en torno al Führer y formar un núcleo duro de la resistencia.

Hace una pequeña pausa y pasea la mirada por los rostros.

—¡Camaradas! Confío en vosotros. Recordad vuestro juramento. *Heil* a nuestro Führer!

XVII

28 de abril

El tiempo transcurre plúmbeo: un minuto es como el anterior; una hora, indistinguible de la siguiente. Los ataques se recrudecen y vuelven a disminuir, se dilatan en un fuego nutrido largo y ensordecedor, o se precipitan de forma breve como un chaparrón, la artillería murmura a lo lejos como una tormenta que arrecia o retumba como un trueno cercano.

Las ruinas de una casa son iguales las unas a las otras, quizá a una le han privado de las entrañas y sólo conserva el rostro exterior; otra se ha desmoronado piedra sobre piedra. Un sótano es igual a otro, bajo, húmedo, impregnado del olor a moho y habitado por las ratas, uno es quizá cuadrado y el otro tiene muchos rincones ladeados. Hay sótanos que son como cráneos partidos, aunque entre las ruinas, y bajo ellas, también hay sótanos que han mantenido su bóveda craneal intacta y han soportado la presión del desplome.

En el primer tipo de sótanos aún permanecen sentados los esqueletos de los muertos, con los miembros contraídos, retorcidos, rotos, aplastados y molidos. Las ratas se deslizan de un lado para otro con rapidez y voracidad; durante estos días de muerte están corpulentas, pues en los sótanos y en los accesos, en los patios y en las calles hay para elegir una gran cantidad de cadáveres, tanto de humanos como de animales.

El segundo tipo de sótanos está habitado por seres a los que se les atribuye la teoría de las ciencias naturales de la especie del *Homo sapiens*. No obstante, en su estilo de vida se diferencian notablemente de la manera conocida para estas especies, suelen mostrar más bien las características durante una parte cada vez mayor de su existencia en el sótano y en la madriguera las características, que diferencia su modo de vivir del de los animales y se desarrollan hacia la especie del hombre primitivo, que sólo ahora ha cruzado el umbral de la era de ser conscientes de ser personas.

El grupo de Tolksdorff unido al batallón de las ss ha abandonado la Stralauer Straße y se ha adentrado en el centro de la ciudad, pues el asedio le amenazaba avanzando desde la plaza de Molkenmarkt. Al resguardo de la noche ha reulado por muchas calles y algunas plazas, ha trepado por escombreras y casas en ruinas, ha superado a trompicones automóviles y tanques para el desguace, se ha hundido en cráteres causados por las granadas, se ha colado por ruinas, patios y huecos en los muros, ha corrido por calles incendiadas y finalmente ha perdido la orientación. Los fogonazos de los disparos de los cañones atraviesan la oscuridad de la noche y fosforecen con un verde singular sobre las siluetas dentadas de las ruinas, y por unos segundos todo se ve completamente iluminado por las pantallas móviles que descienden, luminosas, de los aviones, y que lo inundan todo con un resplandor desagradablemente cegador y arrojan de forma brutal la destrucción desde su punto de mira.

Finalmente, el grupo de Tolksdorff ha encontrado un sótano vacío, cuyo techo sólo está un poco reventado. En este sótano, del que no se sabe ni a qué calle pertenece, del que ni se sabe si se encuentra en la zona de resistencia o ya en la zona ocupada o quizá en la franja del campo de ruinas, que según la terminología militar se llama tierra de nadie, en este sótano pasa el grupo lo

que queda de noche. Los sótanos a derecha e izquierda los ocupan otras unidades del batallón, que se mantienen en contacto mediante enlaces.

Una vez que las primeras olas de la luz matinal aclaran un poco a través de la capa de humareda y nubes de humo, que cubren a lo ancho y pesadamente la fachada de la casa, en la oscuridad se hace posible la orientación. Un letrero de la calle caído indica que el sótano pertenece a una casa de la Anhalter Straße, y pronto se demuestra que el que hayan llegado en retirada hasta ese barrio no ha sido de ninguna manera por casualidad, pues el batallón ha sido elegido para formar una barrera en la zona sur de Friedrichstadt frente al avance de los rusos desde Tempelhof, pasando por la Belle-Alliance-Straße hasta la Hallesche Tor. Al batallón le corresponde por lo tanto la honrosa tarea de hacerse cargo de proteger inmediatamente el barrio gubernamental.

En el sótano del grupo de Tolksdorff sólo llega de manera vaga la mañana que avanza. Lassehn y el joven tanquista están de centinelas en la puerta cochera, cuyo arco de medio punto está destrozado y cuyos pilares macizos muestran las huellas de muchos impactos. Las ruinas de este barrio tienen ya algún tiempo, entre los escombros y en los huecos del asfalto rajado, en el arroyo y entre las vías del tranvía de un rojo herrumbroso brota la hierba, que a pesar de lo escaso aporta el único color en este paisaje de piedra gris y escabroso.

—Todo esto antes eran edificios —dice Lassehn pensativo—, edificios con viviendas, viviendas con habitaciones, habitaciones con muebles, muebles con vajilla y vestidos...

—... y en las viviendas y entre los muebles se movían personas —completa la frase el tanquista.

Lassehn observa al joven soldado con el uniforme negro. Hasta entonces ha querido llamar siempre la atención y ha sido pretencioso y de hecho es el único que ha tomado partido por el cabo Schumann. Tras el colapso del cabo se ha vuelto igualmente apocado y se ha contenido, la ironía arrogante con la que antes él y Schumann habían puestos nerviosos a los soldados rasos y los hombres del Volkssturm mayores se ha transformado en desconcierto e inseguridad.

—Sí —dice Lassehn después de un rato, y avanza un paso desde detrás del pilar protector—, y allí antiguamente vivía gente.

—«Antiguamente»... suena como si hubiera pasado una eternidad —dice el tanquista—. Cuando te encuentras frente a la ciudad de Pompeya, sepultada bajo la lava y la ceniza, sí que puedes decir «antiguamente», pero aquí...

—Sí, las ruinas parecen conservar aún el calor del aliento y los cuerpos de las personas que las habitaban —apunta Lassehn—, y aun así, si aquellos que hace medio año o tres meses habitaban la casa de allí enfrente —y señala una casa cuyas paredes aún están en pie pero únicamente rodean un hueco incendiado— estuvieran ahora aquí y pasaran la mirada por las esquinas y nichos, les parecería que ha pasado un tiempo inconcebiblemente largo desde la última vez que estuvieron sentados en esa esquina, en un cómodo sillón, bajo la cálida luz de una lámpara de pie y sosteniendo un libro entre las manos. Tampoco creerían que, frente a esa pared, habían abrazado en la cama el cuerpo de una mujer, o que entre esas cuatro paredes, que antes quizá habían encerrado una cocina, una mujer andaba de un lado para otro, abría el grifo de latón, el agua hervía y el gas silbaba, le daba a un interruptor y se encendía la luz, llamaba a un timbre, levantaba un aparato de aglomerado y mediante la práctica conjunción de un micrófono, un cable y electricidad podía mantener una conversación. Todas estas características externas de una felicidad anterior se han pulverizado, triturado, se han disuelto. La vida que antiguamente llevaban entre esas paredes es ahora un horizonte lejano, inalcanzable; intentan inútilmente acercarse al mismo y, aunque les dé la impresión de que lo están haciendo, éste se aleja de ellos, nunca serán capaces de darle alcance, sólo restan las paredes desnudas y el olor a quemado.

El tanquista clava la mirada en las ruinas vacías.

–¿No es toda nuestra vida algo así, camarada? –pregunta sin apartar la mirada de la casa–. ¿Una fachada sin contenido?

–Nuestra vida es como las otras casas de esta calle –contesta Lassehn–, incluso sus fachadas se han venido abajo.

–¿Y qué es lo que queda?

–Únicamente el material bruto, destruido, y nuestras manos para formar algo nuevo a partir de él.

El joven tanquista saca las manos de los bolsillos y las mantiene abiertas frente a él.

–¿Nuestras manos? –dice, y suelta una sonora carcajada–. ¿Y qué es lo que pueden hacer? Lo que antes podían hacer hace tiempo que lo han olvidado y lo que han aprendido durante estos últimos seis años seguramente ya no les servirá para nada.

–Todo irá bien –dice Lassehn–. Siempre que tú quieras.

–Realmente no sé si lo quiero –le replica el tanquista–. Sólo estoy cansado, ya no quiero oír más, ninguna promesa ni nada, no quiero oír ningún discurso ni ver ningún cartel, no quiero.

–Parece que ya no te queda ni la desesperación –dice Lassehn.

El tanquista asiente débilmente.

–Así es, en mí ya no hay ni desesperación, sólo apatía y sumisión, ya esté aquí de guardia o patrulle por allí, ya esté comiendo o sentado en la letrina; de noche, siempre siento como si me sumiera en una rígida inmovilidad, como si fuera una escayola, estuviera en el lecho enfermo y tuviera la mirada perdida en una oscuridad impenetrable. Así me siento.

Lassehn retrocede un paso por detrás del pilar y se enciende un cigarrillo. Lo que acaba de decir el joven tanquista es exactamente lo mismo que le ha conmovido a él, aunque nunca lo ha reconocido; ha querido reprimir las preguntas para evitar las respuestas. Lo que el joven soldado dijo la noche anterior también le había conmovido antes de forma amenazadora a él. «Somos como una madera que flota a la deriva», afirmó. «¿No hemos estado siempre rodeados de un remolino del que no éramos capaces de escapar? Wiegand, el doctor, Schröter, Gregor, el mismo Ruppert saben lo que quieren, les mueve su propia voluntad para conseguir un objetivo, pero nosotros siempre hemos sido arrastrados y como aquellos que hasta ahora habían tirado de nosotros ya no están aquí, avanzamos sin rumbo fijo, nos hemos convertido en una madera a la deriva».

El crepúsculo avanza cada vez más hacia la mañana. En alguna parte del este, tras las ruinas y por encima de las nubes de humo espeso, hace tiempo que tiene que haber salido el sol y en alguna parte iluminará con esplendor un despejado cielo de primavera, calentando la tierra con sus rayos; sólo aquí el cielo está cubierto y sombrío; en el horizonte los incendios forman un muro de llamas y nubes negras se amontonan pesadas y sombrías en el cielo primaveral.

El fuego de la artillería se recrudece y brama en el aire, el barrio gubernamental se encuentra bajo un bombardeo ininterrumpido. Los enlaces corren agachados y saltan como conejos por la calzada, las brigadas de aprovisionamiento y munición conducen a toda velocidad de forma peligrosa por las calles llenas de boquetes, expuestas a las cortinas de fuego cruzado y a la pesada lluvia de los cascos de las granadas. Los heridos se pegan a las fachadas de las casas.

También el grupo de Tolksdorff recibe provisiones y unos cuantos ejemplares del nuevo número del *Panzerbär*.

Bajo la luz mortecina el joven tanquista se hace con un ejemplar y empieza a leer a media voz el editorial.

PALABRA SAGRADA: BERLÍN

La capital del Reich se ha convertido en la capital de la lucha. De Berlín salieron las órdenes del Führer, que consiguieron, a partir del desgarramiento interior alemán, una única Gran Alemania y que le procuraron al pueblo los fundamentos para un orden social ejemplar. De Berlín salieron, una tras otra, las órdenes del Führer que apaciguaron Europa. De Berlín salieron las órdenes del Führer que durante la guerra y, a pesar de todas las dificultades, procuraron durante años a la Europa ocupada por nosotros tranquilidad y orden, trabajo y pan. Berlín fue la capital del orden interno alemán, Berlín fue la capital del orden europeo.

Hoy el bolchevismo golpea a la odiada Berlín. Quiere acabar con la cabeza del orden alemán, del orden europeo. Reivindicamos esta lucha. Por ello el Führer se encuentra en Berlín. Soporta con nosotros todos los esfuerzos en la ciudad, en la línea del frente, donde se combate duramente. Está con nosotros en la dura batalla. Desde Berlín salen de nuevo sus órdenes para la batalla por la libertad, que va a hacer historia en el mundo. En Berlín se decidirá si en el futuro el bolchevismo debe someter a todos los pueblos o si los pueblos podrán mantener el derecho a decidir su propio destino. En Berlín derrotaremos definitivamente al bolchevismo. Por ello el Führer se encuentra en Berlín. Se encuentra en el campo de batalla más encarnizado que haya conocido la historia. Alrededor de él se han reunido los soldados más fanáticos que se puedan conocer.

El Führer está en Berlín. Aquí se derrotará al enemigo del mundo.

Una vez ha terminado de leer, alza la vista todo atónito.

—¿Por qué me miras así? —le pregunta Lassehn.

—Esta lengua... Tú, ahora sí que estoy completamente confuso —dice—. Tiene que haber algo de esto.

—Naturalmente que hay algo —dice Lassehn—; cada una de estas palabras es una mentira infame. Sólo tienes que analizar el artículo parte a parte, derecho de autodeterminación de los pueblos, la pacificación de Europa, el orden europeo y después reflexiona.

El tanquista niega con la cabeza.

—Y aquí tienes el titular del Alto Mando de la Wehrmacht.

BATALLA HEROICA POR BERLÍN

SE APROXIMAN TROPAS DE RESERVA DESDE TODAS PARTES

—Lo oyes, tropas de reserva desde todas partes. Y ayer el secretario de Estado, el doctor Naumann, afirmó según el *Panzerbär*...

Saca el periódico del bolsillo.

—Aquí está.

Berlín, 26 de abril El secretario de Estado, el jefe del Estado Mayor doctor Naumann, dio el pasado jueves desde el ministerio del Reich para Ilustración pública y Propaganda, el siguiente discurso:

A LA CABEZA EL FÜHRER

A la cabeza de la defensa de Berlín se encuentra el Führer. Este hecho por sí solo le confiere a

la batalla por Berlín su rostro único y decisivo.

–Ése no es el párrafo correcto –dice el tanquista–. Éste, yo me refería a éste.

Los soldados alemanes que luchan bajo la mirada del comandante supremo están convencidos de que su perseverancia será correspondida debidamente y que conseguirán vencer a un enemigo al que en los últimos años han conseguido vencer en cientos de batallas. En toda la dirección de la batalla notan el toque personal del Führer.

LOS GENERALES DE MÁS ALTA GRADUACIÓN DIRIGEN PERSONALMENTE LAS UNIDADES PARA LA
LIBERACIÓN DE BERLÍN

El jefe del Estado Mayor supervisa cada detalle de la defensa de Berlín. Se ha evitado la victoria de los bolcheviques prevista para el 20 de abril. La palabra del Führer se mantiene a pesar de todo: Berlín seguirá siendo alemán y Europa no será rusa. También en diferentes zonas las fuerzas se han desplegado y preparado para apoyar a Berlín a la hora de infligir a los bolcheviques una derrota decisiva y así cambiar la situación de Alemania de forma fundamental. Los defensores de la capital del Reich se han armado de valor al recibir la noticia de que unidades ya fajadas en la lucha avanzan rápidamente y luchan con obstinación y encarnizamiento en la firme esperanza de oír pronto el retumbar de los cañones de las reservas que deben intervenir.

El tanquista vuelve a guardar el periódico.

–A pesar de *todo*, debe de haber algo de verdad. No se puede mentir de *esta* manera.

–Se puede mentir de *esta* manera –le replica Lassehn–, *ellos* pueden hacerlo, aunque lo peor de todo es que tú los sigas creyendo.

El tanquista se sienta sobre el recantón de la puerta cochera y coloca la ametralladora sobre las rodillas.

–Tú tampoco lo sabes todo –dice tras un rato–. Veamos lo que dice el boletín del Alto Mando de la Wehrmacht.

Desde el cuartel general del Führer, 27 de abril El Alto Mando de la Wehrmacht informa de lo siguiente:

La prioridad de las operaciones militares en el noroeste de Alemania.[...] En el frente del Elba los angloamericanos siguen comportándose con tranquilidad.[...] En el centro de los combates estaba también la batalla por Berlín. Hombro con hombro con todos los hombres aptos para luchar, nuestras tropas lucharon heroicamente contra el asalto en masa bolchevique, defendieron casa por casa y expulsaron al enemigo mediante contraataques del interior del círculo de defensa de la ciudad.

Desde la zona del sur de Fürstenwalde nuestras unidades avanzaron atacando por el oeste hacia el interior del flanco de los bolcheviques que operaban en el sur de Berlín y rompieron su enlace de suministro principal en la calle Baruth-Zossen. Nuestras jóvenes divisiones que atacaban de forma activa en el oeste alcanzaron la zona de Beelitz y mantienen allí duros combates en el bosque con los soviéticos.

–Allí llega el enlace –le interrumpe Lassehn.

–Es probable que venga a buscar al teniente para un análisis de la situación –dice el tanquista.

El enlace los escruta rápidamente con la mirada y desaparece en la entrada de la casa. Pocos minutos después aparece de nuevo con el teniente Tolksdorff.

–Ya te he dicho que no lo puedes saber todo –retoma la conversación el tanquista–. En el boletín del Alto Mando de la Wehrmacht ya dice claramente que los ejércitos de refuerzo avanzan hacia aquí desde el sur y el oeste.

Lassehn niega con la cabeza.

–No se trata de ejércitos de refuerzo –le replica–, se trata de las divisiones del Noveno Ejército cercadas desde hace ya una semana y que intentan escapar del cerco.

–Para todo tienes una respuesta –dice el tanquista molesto.

–Y tú hace años que ante cada derrota muestras una fatua esperanza –le replica Lassehn.

El joven tanquista se encoge de hombros cansado y se muerde el labio inferior.

–A mí ya me da todo igual.

Durante bastantes minutos se mantienen en silencio. Los cielos retumban y braman. Los aviones pasan en vuelo rasante sobre las casas, sus armas de a bordo arrancan el estuco de los muros, los cañones cuádruples de defensa antiaérea empiezan a tabletear. Por la Saarlandstraße se acerca un cañón antiaéreo pesado y se dispone a disparar a ras de tierra.

–Parece que la cosa se pone en marcha aquí –dice Lassehn.

–Por mí –dice el tanquista indiferente–, tiene que haber un final. Allí llega nuestro reemplazo.

Hacen el relevo de la guardia, recorren a grandes zancadas la bóveda de ese antiguo pasillo y descienden una docena de escalones desmoronados hacia el sótano. Está sumergido en una penumbra difusa, pues sólo recibe la luz desde el agujero que hay en el techo. Este agujero es del tamaño de la hoja de un periódico, aunque a través del mismo se pueden atisbar cinco pisos hasta el cielo, las vigas maestras o se han quemado o van de muro a muro totalmente calcinadas.

Pocos minutos después de ellos regresa el teniente. No baja los escalones como alguien que se pone a cubierto rápidamente, sino que los baja lentamente uno a uno, casi con torpeza. Hace un gesto cansado con la mano cuando el cabo Schumann se pone de pie de repente y grita en el sótano su «¡Atención!», se apoya sobre la pared de la puerta y cuelga el casco de acero de un gancho. Su cabello rubio, empapado de sudor, le cubre la frente; lo retira con un movimiento débil y se pasa la mano por encima de la frente, hundiendo la barbilla en el pecho. Da la impresión de ser una persona completamente agotada; su pecho se alza en rápidas sacudidas desesperadas.

Todos observan asustados al teniente, pues todos tienen claro que el agotamiento del que es presa no es de tipo físico.

–El *Sturmbannführer* ha ordenado que nos presentemos a las diez y cuarto en la esquina de la Wilhelm Straße con la Anhalter Straße para contraatacar en dirección hacia la Blücherplatz y la Belle-Alliance-Straße –dice en voz baja, apagada, sin ningún tono de mando.

«Que formemos para contraatacar», piensa, «contraatacar para volver a conquistar cualquier bloque de viviendas de los miles de bloques de viviendas de Berlín, un bloque de viviendas que supuestamente es importante estratégicamente». Cuán a menudo ha contraatacado con su compañía, ya que se decía que era estratégicamente importante, aunque entonces se trataba por lo menos de recuperar la ventaja de un terreno elevado o el paso importante de un río, y también entonces se ordenaba finalmente retroceder a la posición de salida inicial, más favorable y preparada, con el fin de enfrentarse a la presión del enemigo de forma flexible. Y la primera línea del frente, que ayer había que ampliar sin tener en consideración las pérdidas, con el fin de conseguir una base

mayor para el contraataque, al día siguiente era despejada –sin que el enemigo reparase en ello– con el fin de rectificar el frente. Quizá fuera una decisión fruto de necesidades militares, aunque hoy en día todo lo que antes resultaba claro y necesario, ahora lo cuestiona, pues ha ganado en distancia y está impresionado por la derrota. Sin embargo, todo lo que se ha llevado a cabo anteayer, ayer y hoy mismo en esta ciudad se basa en la histeria en aumento y convertida en rabia furiosa de un individuo megalómano.

Un silencio atronador sigue a las palabras del teniente. Cada uno de ellos sabe lo que supone un contraataque en estas calles objeto de un granizo de acero y bloqueadas por una cortina de fuego, cada uno de ellos sabe que ningún contraataque podrá disminuir el avance de un enemigo superior ni lo más mínimo, cada uno de ellos sabe también que un contraataque sólo conseguirá aplazar la agonía únicamente unas cuantas respiraciones más.

–Ni hablar –dice Schröter el primero.

El teniente hace un gesto para evitar otras objeciones.

–No tengo la intención de hacer cumplir esta orden –dice lentamente, pero con voz clara.

Durante lo que me queda de vida ya no impartiré ninguna orden, que vaya en contra de mi conciencia y del sentido común, piensa, no voy a impartir ninguna orden más.

De nuevo reina el silencio en el sótano. El joven apoyado en la pared es una persona como otra cualquiera, aunque ello no se ha puesto de manifiesto, pues hasta entonces ha ocultado su humanidad con charreteras de todo tipo. Unas cuantas bandas plateadas y unas cuantas estrellas troqueladas con un metal ligero lo han elevado a un nivel inaccesible para él y le han puesto un poder en las manos que de civil nunca se le hubiera adjudicado. Ninguno de los soldados en este sótano está en disposición de valorar la acción casi sobrehumana que acaba de realizar este hombre joven, pues con unas cuantas sencillas palabras se ha hecho inaccesible. Muy al contrario, por su forma de proceder sospechan que su actividad mental se ha detenido y, aunque no desean de ninguna manera participar en ese insensato contraataque, la interrupción de la cadena de mando a la hora de impartir órdenes se convierte casi en un cometido indisoluble.

–¿Y qué es lo que vamos a hacer? –pregunta finalmente el cabo Schumann.

–Lo que queráis –contesta el teniente cansado–. Podéis obedecer las órdenes (el punto de reunión es la Wilhelm Straße esquina con la Anhalter Straße a las diez y cuarto), podéis quedaros aquí o lo que os venga en gana. Ya no voy a seguir ejerciendo el mando.

–Supongo que, naturalmente, no se lo ha comunicado al *Sturmbannführer*, ¿verdad? –pregunta el doctor Böttcher.

El teniente sonrío levemente.

–No, no lo he hecho, pues hubiera puesto en peligro no sólo a mí mismo sino también a todo el grupo.

El doctor Böttcher y Wiegand se entienden mediante una mirada.

–Entonces debemos abandonar lo antes posible este sótano –dice el doctor Böttcher.

–De inmediato –dice Schröter.

El cabo Schumann los mira confuso.

–¿Y qué va a ser del grupo, teniente? –pregunta.

–Te puedes largar –dice Schröter–. Naturalmente, siempre que quieras.

–No te he preguntado a ti –le increpa el cabo, y entonces mira al teniente–. Teniente...

–Tiene usted total libertad de acción, Schumann –dice el teniente–. ¿No le basta?

Schumann se encoge de hombros.

–No sé por dónde empezar, teniente, realmente no sé...

–Piensa tranquilamente, joven, en lo que quieres hacer –le dice Schröter irónicamente–. De todas formas vamos a largarnos, pues cuando se den cuenta de que no estamos irán a por nosotros.

–Entonces mejor me voy –dice Schumann–. ¿Qué vas a hacer tú, Ruppert?

Ruppert alza lentamente los hombros.

–Se trata de un dilema completamente endemoniado –dice–. Si no acabaran de ordenar el contraataque...

–Ay, miserable cabrón –dice Schröter despectivamente–, ¿quieres atenerte a lo seguro?

–Vamos –dice el doctor Böttcher–, lo mejor es que salgamos a través de las ruinas, no por la calle; ya encontraremos cualquier sótano, por pequeño que sea.

El doctor Böttcher, los Wiegand, Schröter, Gregor y Lassehn se dirigen hacia la salida, Tolksdorff se mantiene inmóvil junto a la puerta de hierro, mantiene los ojos entornados y los brazos cruzados sobre el pecho.

–¿Y usted, teniente? –le pregunta el doctor Böttcher mientras le toca levemente el hombro.

Tolksdorff se lo queda mirando como si no hubiera entendido la pregunta.

–Dietrich –le dice Lassehn y le sacude el hombro–. ¡Vente con nosotros!

El teniente niega con la cabeza.

–Marchaos ya, antes de que sea demasiado tarde.

El cabo Schumann se mantiene aún indeciso en medio del sótano; la luz del agujero en el techo le cae de forma oblicua sobre el rostro, de un color verde pálido; sus ojos aún miran fatuos y desorientados a cada uno de ellos.

–Ya son las diez y veinte –dice mirando su reloj de muñeca–. Vamos a hacer como si...

Tras Wiegand, el último del grupo, ascienden por las escaleras el cabo y los otros soldados.

–Cruzaremos las ruinas por aquí –dice Wiegand–, en la Saarlandstraße aún quedan unas cuantas casas, en alguna de ellas podremos alojarnos.

–Vosotros lo tenéis fácil –dice el soldado Poppe, malhumorado–, sólo tenéis que deshaceros de vuestros brazaletes del Volkssturm y ya os convertís en civiles.

–Está bien –lo interrumpe Schröter–, ahora no disponemos de tiempo para conversar.

Trepan por encima de una escombrera, la tumba de una casa que se ha venido abajo. El cabo Schumann y unos cuantos soldados se detienen indecisos en el patio entre los muros de las ruinas vacías que se alzan ennegrecidos. Sobre ellos sobrevuela a toda velocidad, e incesantemente, el fuego de la artillería rusa y de los lanzagranadas.

–¿Dónde está el teniente Tolksdorff? –rompe a gritar una voz–. ¿Qué es lo que está pasando aquí?

El *Sturmbannführer* Wiegand se encuentra frente a la puerta cochera.

–¡A formar! –brama–. ¿Dónde está el teniente Tolksdorff?

El cabo Schumann y los soldados se cuadran enseguida, el doctor Böttcher y los otros mantienen el paso.

El *Sturmbannführer* pasea la vista de forma amenazadora a su alrededor.

–¿Y vosotros, los de la escombrera? ¿Adónde vais? ¡Deteneos!

Schröter levanta el fusil y lo deja caer de nuevo.

–No te jode –murmura en voz baja–. ¿Tenía que ser justamente este tipo el hijo de Wiegand?

–Se presenta... –empieza a decir el cabo Schumann.

–¡Quiero saber dónde está el teniente Tolksdorff! –le grita el *Sturmbannführer*.

–El teniente Tolksdorff aún está en el sótano, *Sturmbannführer* –contesta Schumann–. Ha...

En ese mismo momento se oye un disparo en el sótano, y después, el ruido sordo de un cuerpo

que cae al suelo.

El *Sturmbannführer* frunce los labios.

–Vamos, vosotros, los de allí detrás, venid aquí. A qué esperáis...

Se detiene; su voz desfallece súbitamente; su mirada se pierde; sus manos, que sostienen una ametralladora, empiezan a temblar; después da un paso de forma enérgica hacia Wiegand y avanza la cabeza.

–¿Tú aquí? –dice con una voz inquietantemente amenazadora, su boca vuelve a ser firme, su mirada escruta los rostros–. ¿Y tú también, madre?

Wiegand respira con dificultad y atrae con fuerza a su mujer hacia sí.

–Ahora ya entiendo qué es lo que está pasando con este grupo –dice el *Sturmbannführer* Wiegand con una voz afilada.

–Robert –dice Lucie Wiegand en voz baja.

–Nada de sentimentalismos –dice cortante el *Sturmbannführer*.

–No –dice Wiegand–, nada de sentimentalismos.

–Tenéis la oportunidad de demostrar vuestras capacidades –dice el *Sturmbannführer*–. Todos vosotros, a formar...

Ruppert, que ha arrojado su abrigo gris campaña da un paso adelante.

–¡Perro loco! –le grita–. ¡Haz la guerra por tu cuenta!

El *Sturmbannführer* alza la ametralladora.

–Os ordeno...

Ruppert vuelve a retroceder un paso, suelta la espoleta y lanza la granada al *Sturmbannführer*. Una explosión, un eco que retumba por duplicado, la metralla que sale disparada, una nube de humo espeso y polvo, nada más. El que estaba allí, ya no está, es como si la tierra se hubiera abierto para tragárselo. Si uno hubiera observado con más atención... Sin embargo, nadie mira hacia el lugar donde antes había un hombre joven que vestía un uniforme gris oliva, con un casco de acero y las runas de las SS, una ametralladora preparada para disparar en las manos. Nadie pasea su mirada de un lado a otro con el fin de buscar las huellas de ese hombre joven.

–Ésta me la había guardado –dice el soldado Ruppert triunfalmente– para una ocasión excepcional.

XVIII

29 de abril

Un sótano es igual al otro: un agujero excavado en la tierra, un agujero cubierto con hormigón o amurallado con ladrillos; un techo bajo, sin luz y sin calefacción, mantenido por el peso de una casa. Aquello que en las viviendas está a salvo de las miradas, dentro de las paredes o bajo el revoque, en los sótanos está a la vista de forma desagradable y evidente: las tuberías del gas y del agua, los tubos del desagüe, las tripas de una casa de alquiler berlinesa. Aunque lo que antes era un apéndice desapercibido, un cuarto trastero para muebles inservibles o cualquier otro tipo de trastos, hoy se ha convertido en el centro y el refugio de la vida.

Lo que ha quedado del grupo de Tolksdorff se ha instalado en un sótano de este tipo, se encuentra debajo de una casa que se incendió hace pocos días. La ceniza sobre el techo del sótano aún no se ha enfriado. Aquí y allá aún se aprecian pequeñas llamaradas de un color amarillo azulado. Las tejas y los sillares crepitan de forma casi imperceptible. Por lo visto, han abandonado el sótano precipitadamente, pues todavía hay en él sillones y sillas; incluso, desperdigados aquí y allá, un colchón, unos cuantos camastros de refugio, maletas viejas y cajas. Este sótano pertenece al ala lateral de una casa de la Saarlandstraße. La parte delantera de la vivienda se ha mantenido intacta, ofrece el aspecto habitual de una casa berlinesa de esos días, con el revoque arrancado e impactos de disparos, con los marcos de las ventanas hechos astillas y sin tejado.

La Saarlandstraße –antes Stresemannstraße y antes Königgrätzer Straße–, la arteria principal del tráfico entre la Hallesche Tor y la Potsdamer Platz, con una estación de trenes de largo recorrido, de cercanías y rápidos, con estaciones de metro elevado y subterráneo, tranvías y autobuses, innumerables taxis, vehículos y camiones, bicicletas y grupos de transeúntes, con un teatro y un museo de etnología, el hotel Fürstenhof y el hotel Excelsior, la Anhalter Bahnhof y la Haus Vaterland, la Europa-Hochhaus y la Filarmónica. Esta calle, antaño lujosa y llena de vida, se ha convertido en estos días en la línea de vanguardia del frente. Desde el sur, desde el Tempelhofer Feld, los rusos han avanzado por la Belle-Alliancestraße hasta la Hallesches Tor; desde el oeste avanzan por la Potsdamer Straße, mientras que en el norte las unidades de las SS aún presentan resistencia en el eje este-oeste, en el Reichstag y en la Puerta de Brandeburgo. Aunque sobre la cúpula del Reichstag ya ondea la bandera roja. Esta extraña LVF sólo mantiene alguna libertad de movimiento al este, una vez pasada la Wilhelmstraße.

La artillería pesada y los morteros martillean sin pausa los bloques de casas de esta calle, los aviones la sobrevuelan en picado, los disparos de la artillería y las bombas arrojadas por los aviones remueven el suelo de piedra, los proyectiles incendiarios provocan llamaradas en las casas, en las cuales la débil llama de la voluntad de vivir apenas titila.

El antiguo grupo de Tolksdorff aún está formado por catorce hombres: el doctor Böttcher, Wiegand, Schröter, Gregor, Lassehn, los soldados rasos Ruppert, Poppe, Keschull, Hinzpeter, Behrend, Manthey, Dulinski, el joven soldado Hellwig, el tanquista Reithofer, además de Lucie Wiegand.

El grupo se ha sumido en un silencio completo. En el exterior arrecia el fuego de la batalla: el

aullido y estallido de las granadas, el petardeo demencial de los motores de los aviones, los disparos de los cañones antiaéreos y la lluvia de piedras se mezclan salvajemente. El sótano se estremece, las paredes maestras tiemblan bajo los golpes de los impactos, la tierra parece dar vueltas, aunque las quince personas que se esconden allí abajo permanecen inmóviles en medio del huracán desatado de hierro y polvo; es como si se hubieran desprendido por completo de sus vidas, sentados en este sótano como en una balsa que un mar embravecido impulsa sin rumbo.

¿Quiénes son estas personas que la tormenta de la guerra ha reunido en este sótano? ¿Y cuáles son sus pensamientos en este momento, el 29 de abril de 1945, a las once de la mañana, en este sótano oscuro bajo una casa bombardeada en la Saarlandstraße, al sudoeste de Berlín?

Allí tenemos al doctor Walter Böttcher, de Berlín Este, Frankfurter Allee 14, cincuenta y seis años de edad, de profesión médico de familia, viudo, de una inteligencia fría y superior, y con empatía social por un sentido de la responsabilidad, antiguo miembro del Partido Socialdemócrata y concejal de distrito, cabeza intelectual del grupo de la resistencia *Berolina*. Está sentado con las piernas cruzadas y los brazos cruzados sobre el pecho, y medio retrepado, mientras piensa en la granada de mano del soldado Ruppert que hizo trizas al *Sturmabführer* Wiegand como si se tratara de un fardo de remiendos. Un hombre joven se ha convertido ante los ojos de su madre en una inmundicia de carne, sangre y fibras textiles.

Allí tenemos a Friedrich Wiegand, de Eichwalde, del distrito de Teltow, cuarenta y seis años de edad, de profesión impresor, miembro de los Schweizerdegen, más adelante secretario sindical, desde hace doce años buscado por la Gestapo, en situación ilegal desde hace cuatro años, el miembro más activo del grupo de la resistencia *Berolina*. Está sentado de forma distendida en un sillón y memoriza palabras rusas, con el fin de poder hablar con sus libertadores en su lengua.

Allí tenemos a Lucie Wiegand, de soltera Rückert, su mujer. Cuarenta y dos años de edad, menuda y delicada como una jovencita, aunque fuerte de espíritu y voluntad; a los dieciocho años, cuando trabajaba como estenotipista en la imprenta del *Vorwärts*, conoció al impresor Friedrich Wiegand y se casó con él. Está sentada con el cuerpo rígido y se frota levemente las puntas de los dedos. Piensa en su hijo Robert, a quien una granada de mano ha borrado de la faz de la tierra no hace ni veinticuatro horas, y no sabe muy bien si el sentimiento que se debate en su pecho es de luto o de alivio.

Allí tenemos al hombre que se hace llamar Gregor y que en realidad se llama Josef Grabner, doctor que reside en Berlín-Frohnau, de cuarenta y un años, católico convencido, profesor de Derecho canónico en la universidad Friedrich-Wilhelm de Berlín, desde hace más de un año en situación ilegal, pues se descubrió que copiaba y distribuía las encíclicas del Papa y los discursos de Clemens von Galen, obispo de Münster; miembro del grupo de la resistencia *Ringbahn*. Permanece tumbado sobre un sofá, con los ojos entrecerrados, y reflexiona sobre si será posible que las personas vuelvan a tener fe, pues en todo el orbe tienen que pasar por el Purgatorio.

Allí tenemos a Richard Schröter, de Berlín Este, Petersburger Straße. Sesenta y dos años de edad, divorciado, de profesión mecánico, marxista dogmático y fanático, motor del grupo de la resistencia *Ringbahn*, astuto y hábil. Recorre intranquilo el lugar y mira hacia la entrada del sótano, por la que se cuelga una luz grisácea, piensa que dispararía sobre cualquier uniforme que se presente allí, ya sea de las SS o de la Wehrmacht, de las Juventudes Hitlerianas o de la policía. «Yo no permito que me saquen de aquí hasta que no lleguen los rusos».

Allí tenemos a Joachim Lassehn, de Berlín-Lankwitz. Veintidós años de edad, que se casó durante un permiso de ocho días, estudiante de música, tierno y sensible, aunque endurecido por la

presión de unos tiempos supuestamente grandes. Descansa en un sillón mientras se deja embriagar por el rondó del *Concierto para piano n.º 3* de Beethoven, por el original cambio de tono menor a mayor y de compás de dos por cuatro a seis por ocho en el *presto*.

Allí tenemos al soldado Karl Ruppert de Berlín-Neukölln, Boddinstraße, de cuarenta y tres años, casado y padre de dos niños, de profesión comerciante y dueño de un pequeño estanco. Un hombre sencillo al que le gusta la tranquilidad, el orden y la limpieza, golpeado por la guerra y que finalmente ha caído en un estado casi psicopático. Está sentado sobre una caja, como si estuviera preparado para saltar en cualquier momento y piensa: «Ahora deberían llegar los rusos, meterme en un coche y llevarme hasta la Boddinstraße, o simplemente dejarme llegar hasta allí andando, yo mismo lo conseguiría... sí, quizá podría lograrlo en una buena media hora desde el Hallesches Tor hasta la Urbanstraße, pasando por la Hermannplatz y subiendo por la cuesta de la Hermannstraße».

Allí tenemos al soldado Arthur Poppe, de Forst, en Lusacia. Treinta y ocho años, casado y sin hijos, de profesión tejedor. Un hombre callado y algo torpe, que desempeña su trabajo de forma concienzuda, aunque sin ánimo ni estímulo, miembro de los sindicatos obligatorios nacionalsocialistas DAF, el Frente Alemán del Trabajo, y NSV, Bienestar del Pueblo Nacionalsocialista; por lo demás, muestra una absoluta indiferencia hacia la política. Mantiene la cabeza apoyada sobre el hombro izquierdo y piensa en su mujer, de la que no sabe dónde se encuentra actualmente, piensa en ella mientras ve sus manos diestras utilizando las agujas de ganchillo con rapidez y habilidad.

Allí tenemos al soldado Emil Keschull de Wendischfähre, junto a Bad Schandau. Cincuenta y un años, casado, padre de una hija ya crecida y abuelo de dos nietos sin yerno. Trabajador sin formación. Durante la guerra se vio obligado a servir en una fábrica de armamento de Dresde, donde fue formado como tornero. Tras el bombardeo de la fábrica, fue trasladado a las unidades de defensa. Permanece sentado, muy recto, y escucha atentamente los ruidos con la mirada dirigida hacia el techo y la cabeza constantemente en movimiento, como si siguiera el trayecto de los disparos que sobrevuelan el techo del sótano con un desagradable silbido, aullido, pitido, chillido y bramido.

Allí tenemos al soldado Paul Hinzpeter, de Cosel, en la Alta Silesia. Cuarenta años, casado, padre de un hijo de dieciséis años, cabo primera de las Juventudes Hitlerianas, de profesión vendedor de una ferretería, miembro del Partido desde 1933, después de ello secretario para la recaudación de impuestos, siempre declarado como imprescindible para la vida civil hasta que con la ocupación rusa se le llamó a filas. Más adelante se le encomendó un batallón del Volkssturm, que tres días después de su formación fue dinamitado. Un hombre flemático y apáticamente obcecado. Permanece sentado con una expresión de amargura en el rostro, medio estirado sobre dos sillones de mimbre, y piensa, muy inquieto: «¿Qué pasará si finalmente perdemos la guerra?».

Allí tenemos al soldado Ernst Dulinski, de Nedlitz, cerca de Potsdam, de treinta y seis años de edad, casado y padre de tres niños, de profesión albañil, antiguo miembro del Roter Frontkämpfer Bund comunista e, inmediatamente después del 30 de enero de 1933, detenido por las SA, puesto en libertad tras unas palizas inhumanas y, gracias al matrimonio con una muchacha de pocas luces de Osthavelland, finalmente convertido en un ciudadano paciente, sin abandonar sin embargo el olor a comuna. Piensa en el tren de mercancías que el 20 de febrero de 1945 entró en el andén C de la estación de Cottbus con muchos cientos de refugiados y recuerda que tuvo que ayudar a

descargar cadáveres congelados y personas petrificadas y casi sin vida, y aún le recorre un estremecimiento cuando la expresión «Comando de carne congelada» le cruza por la mente.

Allí tenemos al soldado Bruno Behrend, de Landau, en el Saarpfalz. Treinta y dos años, soltero, enamorado de una viuda de guerra que es dueña de un buen bazar en Kaiserslautern, de profesión representante de joyería de Pforzheim. Un hombre vivaz y ágil, astuto y hábil, antiguo sargento en una tropa de abastecimiento, degradado por malversación y trasladado a una compañía de castigo, finalmente indultado y destinado a una unidad de infantería. Está tumbado en un camastro de refugio, mantiene las manos cruzadas en la nuca y piensa: «De todos modos, tras la guerra la joyería se irá al traste, así que habrá que empezar totalmente de nuevo».

Allí tenemos al soldado Walter Manthey, de Altfähr, en Rügen. Treinta y cinco años de edad, viudo, hijo de dos niñas pequeñas que cría la abuela, de profesión jardinero, dueño de un centro de cultivo de semillas. Un hombre trabajador, erudito y algo complicado; soldado desde 1941, se congeló los pies en Rzhev, se recuperó a duras penas y cuando se inició la ofensiva soviética, fue reincorporado al servicio activo. Está apoyado sobre la pata de una de las literas y piensa en su jardín, en el que ha ido trabajando año tras año y que no ve desde hace tres años, y en los frutales, que habría que podar y limpiar a fondo este mismo mes.

Allí tenemos al joven soldado Erhard Hellwig, de Poggendorf, distrito de Greifswald. Veintidós años de edad, estudiante de formación profesional con el objetivo de ser dentista; no es un soldado voluntario del todo. Un joven que se ha vuelto voluble, que siempre se ha dejado arrastrar a disgusto, con un rechazo innato por lo militar. Está tumbado en el camastro superior e intenta dormir, aunque no lo consigue, tiene que pensar en su pequeño pueblo natal y en una muchacha a la que besó durante su último permiso, en otoño de 1943, y en sus labios bien formados y de color rojo oscuro, que al principio permanecieron cerrados firme y obstinadamente, pero que después se abrieron suaves, calientes y húmedos.

Allí tenemos al joven tanquista Ulrich Reithofer, de Cham, en el Oberpfalz, de diecinueve años de edad, hijo de un cervecero, *Fähnleinführer* en la Deutches Jungvolk, *Gefolgschaftsführer* de las Juventudes Hitlerianas, aceptado con 18 años como miembro del Partido; no es en absoluto un nacionalsocialista fanático, sino más bien alguien que participa porque todos los demás lo hacen; un joven algo descarado, sorprendentemente seguro de sí mismo, que cree en todo a ciegas, lo que le resulta cómodo. Está sentado de lado en una silla de cocina, intranquilo e incómodo, no porque los disparos retumben fuera, sino porque piensa en el cabo Schumann, que ha desaparecido después de que Ruppert lanzara la granada: «Como se le ocurra denunciarlo estamos perdidos, nos colgarán a todos».

Los minutos transcurren lentamente; el fuego de artillería es cada vez más fuerte; los muros caen a pedazos con gran estrépito sobre el patio; a través de la puerta abierta del sótano se cuelan nubes de polvo y de un espeso humo.

—Resulta insoportable permanecer aquí sentados y no saber lo que está ocurriendo a nuestro alrededor —dice Schröter y golpea enfadado el suelo con el pie.

—Ahora no puedes salir —dice Wiegand—. Te pillarían enseguida.

—Lo sé —responde Schröter—, y me voy a quedar aquí, pero sin embargo... Parece que hay un montón de gente en el refugio de aquí al lado.

—¿Y? —pregunta el doctor Böttcher—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Que deberíamos entrar en contacto con ellos —le contesta Schröter.

Wiegand niega con la cabeza.

—Un refugio antiaéreo es una como una sociedad cerrada: no quieren ver a nadie desconocido...

–... y menos aún hombres, incluso soldados –añade Gregor–. Te entregarán simplemente para estar tranquilos.

–Puedo ir yo a ver qué tal –dice Lucie Wiegand.

Wiegand rechaza el ofrecimiento con un movimiento rápido de la mano.

–Es demasiado peligroso, Lucie.

–Iré yo –dice Lucie Wiegand, decidida–, en cuanto los disparos cesen un poco.

–Yo le acompaño –dice Lassehn–, si...

No llega a terminar la frase. Un silbido siseante se acerca con rapidez, impacta contra el techo del sótano, todo tiembla y se tambalea, una lluvia de porquería salpica hasta la entrada del sótano, aunque a continuación no se produce ninguna explosión.

–¡Un proyectil sin estallar! –exclama el soldado Keschull y se pone de pie.

–¡Vamos, todos fuera! –grita Wiegand–. ¡Rápido, rápido!

Todos se ponen de pie de un salto y suben corriendo por la escalera. El patio está cubierto de un humo espeso, un torbellino de ceniza revolotea por el aire como una tormenta de nieve negra; la ruina que se eleva muestra ahora una grieta enorme, se balancea; desde el borde superior del muro ya se desprenden ladrillos que se precipitan en el patio con un estrépito sordo.

–¡Vamos, vamos! –los anima a gritos Wiegand.

Corren hacia el extremo del patio, trepan por un muro intermedio hecho pedazos y alcanzan un patio, que aún se mantiene rodeado de las partes intactas delantera y trasera de las casas. El corredor de una de las casas ofrece cierta protección y se detienen jadeando y con el corazón latiendo con fuerza. Una granada provoca un agujero en el muro de la parte trasera de la casa. En ese mismo momento, una bomba lanzada desde el aire atraviesa rápidamente el humo espeso, rasga el aire como si se tratara de una cortina y se precipita sobre las ruinas que se encuentran sobre el sótano donde permanecían hace menos de un minuto, oscila como una vela, se inclina y se viene abajo con un estrépito enorme. Las piedras y las esquirlas de hierro revolotean por todas partes, la onda expansiva lanza al suelo a los hombres, que se desploman revueltos como bolos y casi pierden el conocimiento por la falta de aire. Durante unos segundos todo permanece envuelto en humo y polvo, el estrecho patio es como una chimenea humeante. Sólo tras unos minutos interminables se disipa la nube gris y pesada.

–Maldita sea, ¿dónde está aquí el refugio antiaéreo? –grita Schröter.

Mientras tanto Schröter ha descubierto la puerta del sótano bajo la salida hacia la parte delantera de la casa.

–¡Aquí! –exclama–. ¡La puerta junto al pasillo de la casa!

Intenta abrir la puerta, pero ésta no cede, la golpea con la culata de su fusil.

–¡Abran! –grita–. ¡Abran!

La puerta se abre, aunque sólo un resquicio, y sin embargo Lassehn se la arranca de las manos al hombre que se encuentra tras la misma y la abre del todo.

–¡Alto! –exclama el hombre, cuyo brazalete blanquiazul le identifica como el vigilante del refugio–. ¡Alto! ¡El sótano está saturado! ¡Aquí no entra nadie!

Se coloca con las piernas separadas en el último escalón de la escalera y extiende los brazos.

Lassehn lo empuja a un lado sin decir una palabra y le cede el paso a Lucie Wiegand.

–¡Este sótano no es para vosotros! –dice el guardián del refugio, furioso–. ¡La mujer puede entrar, pero vosotros no!

–Ya te pediremos permiso después –dice Schröter–. ¡Vamos, todos abajo, y después cerrad la puerta!

–¡A los soldados no se les ha perdido nada aquí! –empieza a berrear el guardián del refugio y agarra al soldado Ruppert–. Vosotros tenéis que estar arriba, largaos, de lo contrario...

Ruppert le propina un golpe en el pecho al guardián del refugio y hace que éste tenga que retroceder tambaleándose y agarrarse a la barandilla para no precipitarse por las escaleras.

–¿De lo contrario qué? –le pregunta, y lo agarra de las solapas de la chaqueta–. ¿De lo contrario qué? –le pregunta amenazador.

El vigilante del refugio, un hombre de edad media, de estatura media y ancho de hombros, intenta soltarse de Ruppert.

–¡Suéltame! –jadea.

–¿De lo contrario qué, eh? ¿De lo contrario qué? –El soldado Ruppert no deja de repetir la pregunta y descubre el distintivo del Partido en su chaqueta–. ¿Qué más, señor camarada del Partido?

–No montes un espectáculo, Ruppert –le dice el soldado Manthey.

Ruppert lo agarra con menos fuerza, aunque permanece amenazador frente al guardián.

–¡Tú, quiero saber qué pasará de lo contrario! ¿Nos echarás encima a las SS o a la policía militar?

El vigilante del refugio se arregla la chaqueta y examina de reojo a los soldados con una mirada maliciosa.

–¿Ésta es forma de tratar a la gente?

Ruppert lo suelta del todo.

–¿Todos abajo? –pregunta–. ¡Entonces cierra la puerta, Hellwig!

El joven soldado Hellwig cierra la puerta.

–Sois muy finos –dice mientras desciende por la escalera–, incluso tenéis suministro eléctrico.

La tropa se reúne al final de la escalera del sótano, en el vestíbulo que hay antes del refugio antiaéreo propiamente dicho. Todos están sanos y salvos, a excepción del soldado Poppe, al que un casco de granada le ha desgarrado el brazo.

–No es tan terrible, Poppe –dice el doctor Böttcher y lo sienta sobre una caja de arena–, sangra mucho, pero se trata de una herida leve.

Corta un trozo de tela del abrigo y de la chaqueta, limpia los bordes de la herida, aplica yodo alrededor de la herida, cierra los tejidos con pequeñas grapas y la tapa colocando una gasa alrededor.

–Bueno, muchacho –dice mientras vuelve a guardar su instrumental–, por ahora será suficiente.

Por la puerta de hierro que separa el refugio antiaéreo en sí del vestíbulo ha aparecido mientras tanto un hombre alto con unas gafas sin montura y ha observado con interés cómo trabajaba el doctor Böttcher.

–¡Bravo! –dice en reconocimiento–. ¡Le ha atendido usted como un médico titulado!

El doctor Böttcher le echa un vistazo por encima de las gafas y a duras penas contiene una sonrisa.

–Esto se cura *per primam*.

El hombre de las gafas sin montura le observa perplejo.

–¿Usted es sanitario de formación? –le pregunta.

El doctor Böttcher sonrío.

–Doctor en medicina, señor mío –le responde.

El otro también sonrío, su rostro severo se ilumina de repente completamente.

–Entonces somos colegas –dice, y le tiende la mano al doctor Böttcher–. Doctor Heinrich Wiedemann.

El doctor Böttcher le estrecha la mano y le dice como se llama.

–¿Cómo es eso? –le pregunta el doctor Wiedemann–. ¿Usted un simple miembro del Volkssturm?

–Tiene sus razones concretas –dice el doctor Böttcher brevemente–. Dígame, colega, ¿debemos quedarnos aquí en el vestíbulo? ¿Ya no hay sitio en el sótano?

–Aunque hubiera sitio –se inmiscuye el vigilante del refugio–, el sótano no es para vosotros. ¿Os pensáis que voy a permitir que me acusen de haberos ayudado a huir?

–La mierda ya la tienes aquí –le dice el tanquista a Lassehn–. Está claro, apesta a kilómetros a distancia.

–Escúchame, hombre –le dice el soldado Ruppert, y se pega por completo al vigilante del refugio–: las ss y la Gestapo se las han pirado, así que no deberías confiar en *los* hermanos, sino estarás perdido.

–Pero... –quiere objetar el vigilante.

–Aquí no hay pero que valga –dice Ruppert de forma despectivamente arrogante–, y deberías deshacerte de una vez del caramelo este, donde nadie lo encuentre.

–Eso déjame a mí –dice el vigilante obstinado.

–Pues claro que te lo dejamos a ti –dice Schröter.

–Hombre –dice el soldado Hinzpeter–, no seas tan tozudo, el Tercer Reich ya está acabado, eso lo puede ver hasta un ciego. Aquí tienes una oportunidad extraordinaria para conseguirte una coartada.

–¿Una coartada? ¿A qué te refieres?

–Mira, si nos acomodas donde sea –dice el soldado Hinzpeter–, entonces habrás hecho algo... Bueno, algo...

Se detiene abochornado y recuerda que también el pertenece al Partido.

–Bueno, habla ya de una vez –le dice el vigilante impaciente.

–Bueno, entre nosotros hay unos cuantos...

Echa una mirada huidiza a Wiegand, al doctor Böttcher y a Schröter.

–Bueno, me refiero a unas cuantas personas que más tarde quizá puedan hacer algo por ti.

–No sé de lo que me estás hablando –dice el vigilante.

–Basta de cháchara –dice Schröter–. Si no quieres, nazi de altos vuelos, entonces disponemos de medios probados.

Apunta con su arma hacia el vigilante.

–¡Manos arriba!

El vigilante alza los brazos enseguida.

–Por Dios... –jadea.

Schröter suelta una carcajada y baja el arma de nuevo.

–¿Entiendes ahora a lo que me refiero, camarada de Partido vigilante de refugio?

El doctor Wiedemann pone la mano sobre el hombro del vigilante.

–Seguro que aquí hay algún cuarto, señor Zimmer, en el que se puedan alojar los hombres. Esto no durará más de un día o dos, puede que incluso sólo unas cuantas horas.

El vigilante del refugio ha bajado los brazos lentamente.

–Bueno, sí que hay un cuarto –dice–, el de calderas.

–Al cuarto de calderas –dice el doctor Böttcher–. Vamos, indíquenos dónde está.

El vigilante baja la mirada obstinado y sin moverse.

–El pasillo de allí –dice, e indica el pasillo que pasa junto a varios trasteros rodeados por una empalizada–. Lo pone en letras grandes, «cuarto de calderas».

–Que alguien haga guardia frente a la puerta –dice el doctor Böttcher–, no sea que al vigilante del refugio se le ocurra algo... ¿Empiezas tú, Lassehn?

No hay demasiado espacio en el cuarto de calderas, pues hay dentro una gran estufa y dos calentadores de agua, pero se encuentra prácticamente bajo el nivel de la calle, los huecos están tapados con sacos de arena, incluso hay luz eléctrica.

El doctor Wiedemann ha seguido a la tropa hasta el cuarto de calderas.

–Los rusos estarán aquí mañana –dice–, quizá incluso esta misma noche.

–La verdad es que no sabemos prácticamente nada sobre la situación –dice Wiegand–. ¿Dispone usted de información?

–También muy aproximada –contesta el doctor Wiedemann–. Los rusos ya han llegado a la Belle-Alliance-Platz, incluso podrían haber avanzado hasta la parte inferior de la Friedrichstraße y de la Wilhelmstraße, por el otro lado ya se encuentran por detrás de la Anhalter Bahnhof y muy cerca de la Potsdamer Platz.

–Así que estamos justo en el medio –dice el soldado Ruppert–. Hombre, si por lo menos nos hubiéramos quedado en la Stralauer Straße, entonces ya habría pasado todo.

–Seguro –dice el doctor Wiedemann–, el boletín del Ejército ya habla de la Alexanderplatz.

–¿Tiene un boletín del Ejército? –pregunta Schröter rápidamente–. ¿De la radio o un periódico?

–Un periódico –contesta el doctor Wiedemann–, aquí tiene el *Panzerbär* de hoy mismo.

Schröter agarra el periódico.

–Estos miserables cochinos –dice despectivamente.

LUCHA HEROICA DURANTE DÍA Y NOCHE LLEGAN LAS FUERZAS DE
INTERVENCIÓN

SE DESATA LA LUCHA POR EL CENTRO DE LA CIUDAD
PROSIGUEN LOS COMBATES DE DESCARGA

Desde el cuartel general del Führer, 28 de abril

El Alto Mando de la Wehrmacht informa:

En la heroica batalla por la ciudad de Berlín se pone de manifiesto de nuevo frente al mundo la lucha decisiva del pueblo alemán contra el bolchevismo.

Mientras se defiende la ciudad en una lucha única y grandiosa en la historia, nuestras tropas en el Elba han conseguido desgajar a los americanos con el fin de descargar desde el exterior el ataque contra los defensores de Berlín.

En el anillo de defensa interno el enemigo ha avanzado desde el norte hasta Charlottenburg y desde el sur hasta el Tempelhofer Feld. En Hallescher Tor y en la Alexanderplatz se ha iniciado la lucha por el centro de la ciudad. El eje este-oeste se encuentra bajo un intenso fuego.

Escuadrones aéreos apoyan la lucha gracias a la sacrificada aplicación de sus tripulaciones. A pesar de la intensa actividad de los cazas y de los cañones antiaéreos, de día y de noche consiguieron aterrizar tropas de reserva y se lanzó munición. Nuestros escuadrones de cazas y aviones de combate destruyeron durante los últimos cuatro días 143 aviones, 58 tanques y más

de 300 vehículos. En la zona sur de Königs Wusterhausen, las divisiones del Noveno Ejército continuaron con sus ataques hacia el noroeste y se defendieron durante todo el día de los ataques concéntricos de los soviéticos contra los flancos. Las divisiones utilizadas lograron que el enemigo retrocediera tras una encarnizada lucha a lo ancho del frente y han alcanzado Ferch.

–Hombre –dice el tanquista miedoso–, esto tiene muy mala pinta. Si realmente el Ivan está retrocediendo, entonces estamos con la mierda al cuello.

–Sí –dice el soldado Behrend, y mueve la cabeza de un lado a otro–. ¿No sería mejor presentarse ante cualquier destacamento? ¿Qué pensáis?

–Yo opino –dice Schröter arisco– que sois unos miserables cobardes. ¡Pero si así lo queréis, largaos!

–Eres realmente testarudo –dice el soldado Keschull–, ¿no serás un comunista, una pieza de museo del treinta y tres?

–Cierra el pico –prosigue furioso Schröter–. Si yo soy una pieza de museo entonces te voy a decir de dónde sales tú.

–¿Ah, sí? ¡Suelta la lengua!

–Del álbum de los criminales pardos, para que lo sepas bien.

–Señores, estense tranquilos –dice el doctor Wiedemann apaciguador–, la guerra está a punto de terminar. Lo que dice el boletín del Alto Mando es todo mentira, únicamente lo escriben con el fin de alentaros un poco.

–Pero entonces no tendría ningún sentido –dice el tanquista Reithofer, dubitativo.

–Sí que tiene sentido –dice el doctor Böttcher–, y es arrastrar a todo un pueblo a la catástrofe.

–Eso es imposible –dice el soldado Behrend negando con la cabeza, y coge el periódico, hojea la primera página y la pasa.

–Aquí hay más artículos sobre el ataque –dice el tanquista, que mira sobre su hombro–. Este de aquí, por ejemplo:

¡DONDE SE ENCUENTRA EL FÜHRER SE ENCUENTRA LA
VICTORIA!
SE ESPERA EN BREVE UNA MEJORA DE LA SITUACIÓN DE
COMBATE

Las tropas de refuerzo alemanas que avanzan desde el exterior hacia el aérea metropolitana de Berlín ya se han acercado peligrosamente al contrincante. Incomodan los movimientos de avituallamiento enemigos de manera sensible y presionan cada vez más, en un avance imparable, la retaguardia del enemigo.

Está claro que, en el último momento, los soviéticos han intentado con todas sus fuerzas alcanzar su objetivo, la ocupación de Berlín, con el fin de no encontrarse entre dos fuegos. El enemigo también presiona con todas sus fuerzas sobre el anillo de defensa interior. Intenta encontrar puntos débiles en nuestra defensa con el fin de avanzar por allí, pues sus fuerzas no son suficientes para aplicar una tenaza con la misma intensidad en todo el frente.

Dada esta situación han surgido diferentes puntos de inflexión en la batalla, durante los cuales se han dado de forma pasajera situaciones complejas y también críticas, que sin embargo gracias al esfuerzo decidido de los defensores y en parte en el contraataque se han podido superar.

Si se continúa luchando con la misma valentía, entonces la situación debería cambiar de forma drástica en ese centro de conflicto que es Berlín. La forma decidida con la que el berlinés defiende su ciudad natal se desprende del hecho de que ayer, de nuevo, se destruyeron más de cincuenta tanques y en los últimos cinco días en total unos trescientos tanques. También la Luftwaffe apoyó de nuevo la lucha en tierra con la participación intensa de cazas y aviones de combate.

Nuestra tarea está clara. Mantenernos firmes y aguantar. Junto a nosotros se encuentra el Führer. ¡Y donde se encuentra el Führer se encuentra la victoria!

–¿Es que te esperabas que en los otros artículos se dijera lo contrario? –pregunta Schröter–. ¿Dónde se encuentra la victoria del Führer? ¡Desde que el Führer está aquí, no hay más que derrota tras derrota!

–Quien miente en A también miente en B –dice el doctor Böttcher.

–¿Con qué posibilidades os pensáis que contamos aún? –pregunta Wiegand, y agarra el periódico–. Leed la segunda parte del boletín del Ejército. En Prenzlau, grandes derrotas, se han perdido Regensburg e Ingolstadt, entre Dillingen y Ulm avanzan hacia el sur, es decir, hacia Augsburg y Múnich, detrás del Tesino están en retirada, es decir, desde el valle del Po hasta los Alpes...

–Se trata de la derrota más aplastante que haya sufrido nunca un ejército alemán –dice Gregor–, ¿y aun así queréis seguir alargando esta locura unos pocos segundos más?

–No queremos eso, no somos tan idiotas –dice el soldado Behrend–, aunque tampoco queremos ser descubiertos durante estos últimos segundos.

El doctor Wiedermann pasea la mirada unas cuantas veces a su alrededor, empieza a hablar, vuelve a callar, hasta que finalmente sí que prosigue:

–Hay algo que también resulta interesante –dice–, no aparece en el periódico, pero lo he oído en la radio. El día 27 los partisanos italianos detuvieron a Mussolini en Dongo en su huida y ayer por la tarde fue fusilado según la ley marcial.

–¡Bravo! –exclama Schröter–. ¿Y dónde están los partisanos alemanes?

–Nosotros contamos con heroínas –dice el doctor Wiedemann–. Les voy a leer al respecto un pequeño pasaje de un artículo.

MUJERES EN LA PRIMERA LÍNEA DE FRENTE

En Neukölln una anciana se presentó con su mochila preparada en una comisaría de policía. Finalmente la enviaron en el mismo edificio a la sección de mapas y allí preguntó: «Quiero apuntarme a un Volkssturm que me facilite un lanzagranadas. Debo luchar contra los bolcheviques».

–Conmovedor –dice Schröter–, así ya nada nos puede ir mal.

–Y justamente en Neukölln tiene que ocurrir algo así –murmura el soldado Ruppert.

–Resumiendo, ¿nos vamos o nos quedamos? –se hace escuchar el soldado Keschull.

–Bah, ya da lo mismo –dice el tanquista Reithofer y se sienta en un banco–, diñarla aquí o fuera viene a ser lo mismo, sólo se puede morir una vez.

–Tienes razón, joven –opina el soldado Keschull, y se sienta a su lado–. Entonces nos quedamos.

–Realmente son personajes muy vacilantes –le comenta el doctor Wiedemann al doctor Böttcher.

–¿Qué otra cosa puede esperar de gente como ellos? –le pregunta el doctor Böttcher.

–Siempre mirando hacia arriba indecisos y miedosos, esperando órdenes e inseguros cuando éstas no llegan, siempre dispuestos a cumplir cualquier orden, aunque nunca han pensado o actuado por su cuenta, pues no conocen la necesidad de la conciencia y la fuerza de la decencia.

El doctor Wiedemann asiente.

–Todo lo demás es una excepción extraordinaria. Hace poco fui a dar con un caso que no sólo resulta humanamente conmovedor y médicamente interesante, sino que demuestra por sí mismo cómo las personas, personas pacíficas, amables, calladas y tranquilas, pueden verse arrastradas a un trágico enredo. Es el trágico signo de los tiempos.

–Cuenta usted –le ruega el doctor Böttcher.

XIX. LA HISTORIA DEL CONDUCTOR DE TRANVÍA MAX ECKERT

Pero lo que resta
se incorpora a la fuerza de los vivos.

FRANK WEDEKIND, *Canciones de cabaret*

El día despunta, al igual que lo han hecho antes que él innumerables días, con el sol imponiéndose por el horizonte y asomando por éste. Sus rayos envían su luz sobre la tierra, nada anuncia lo que va a ocurrir en el período de tiempo entre la salida del sol y su descenso bajo el horizonte. Durante esas horas, ya que la luz inunda la tierra o se filtra entre el cielo densamente encapotado, el reloj vital de dos mil millones de personas prosigue imparable su marcha. Para muchos se ha detenido y para otros muchos aún se le está dando cuerda, pues todo está aún imbuido en la oscuridad. La mañana, que los recibe tras la noche, es como cualquier otra mañana; ningún presentimiento advierte a sus almas del desastre que se precipita sobre las personas.

El 3 de febrero de 1945, el revisor de tranvía Max Eckert abandona su vivienda en Berlín-Reinickendorf, Residenzallee 144, con el fin de acudir a su servicio de primera hora. Trabaja como conductor en el BVG, el servicio de transporte público de Berlín, y se encarga de la línea 141, cuyo primer convoy parte poco después de las cinco de la mañana desde la cochera hacia la Pankower Allee. Poco después de las cuatro de la tarde, Eckert regresa a casa, una vez ha terminado su jornada. Hasta entonces el día ha transcurrido como otro cualquiera: ha prestado su servicio, se ha enfadado con los viajeros y ha intentado ceñirse al horario, a pesar de que se ha producido una alarma aérea prolongada y hace tiempo que eso no es algo extraordinario. Mucho más extraordinario resulta el hecho de que su mujer y su hija de dieciséis años no estén en casa. Eso no suele ocurrir nunca y si en alguna ocasión ha sido así, entonces se ha encontrado con una nota sobre la mesa de la cocina, en la que su mujer le informaba con unas cuantas líneas que habían ido al cine o a ver a unos conocidos y que sólo tenía que calentarse la comida. Sin embargo, este día Eckert no encuentra nada, ni a su mujer ni a su hija, ni una nota ni la comida. La vivienda está recogida de forma impecable, pues la señora Eckert es un ama de casa de las de antes. En los dormitorios las camas están, como siempre, impecablemente hechas; incluso los edredones están extendidos por encima sin una arruga, aunque en la cocina no hay nada preparado para comer. Es evidente que su mujer se fue de casa ya por la mañana y ahora, por la tarde, aún no ha regresado. Resulta totalmente incomprensible, razón por la cual Eckert siente cómo le invade un sentimiento de inquietud. Sin embargo, después recuerda que a la hora de comer se produjo un ataque diurno de los americanos, que, por lo que él sabe, básicamente ha afectado al centro de la ciudad. Ahí tiene Eckert la explicación a la ausencia de su mujer. Dos veces a la semana visita con su hija a un médico de la Ritterstraße, pues la hija sufre de unos eczemas pertinaces, que hasta ahora han mostrado resistencia ante cualquier tratamiento. Les han recomendado el médico de la Ritterstraße por ser especialmente eficiente. De hecho, desde que la muchacha está en tratamiento con este doctor Wiedemann, está mucho mejor.

Eckert se tranquiliza, por el momento. Sabe que se ha interrumpido el tráfico en la línea de metro D, que va de Neukölln a Gesundbrunnen, que es la que suele utilizar su mujer, al igual que las líneas de tranvía que conectan el sur y el centro con el norte de la ciudad también han dejado de funcionar debido al ataque aéreo. Por lo tanto, su mujer y su hija deben haber ido andando desde la Ritterstraße en dirección a Reinickendorf y seguramente habrán tenido que dar muchos rodeos, pues después de los ataques aéreos sabe por experiencia que siempre se realizan muchos cortes y desvíos en las calles.

Eckert se calienta el resto del café que encuentra en la cafetera y se prepara unos bocadillos, después lee el *12-UhrBlatt*. Sin embargo, pronto se da cuenta de que nada de lo que lee le interesa, por lo menos en su estado de ánimo actual, pues a medida que su mirada se pasea por las líneas y lee aquí o allá un titular como «El pueblo alemán está hoy más unido que nunca», «718.^a y 719.^a Cruz de Caballero con las hojas de encina» y «El Volkssturm se prepara para lo que se avecina», sus sentidos sólo prestan atención a los ruidos que llegan desde la escalera del inmueble. En cuanto oye unos pasos, todo su cuerpo se tensa, y se prepara para llegar de un salto hasta la puerta; pero cuando parece que una llave se va a introducir en la cerradura, los pasos se pierden siempre antes de alcanzar el segundo piso o pasan junto a su puerta y se dirigen hacia el siguiente piso. En una ocasión se detienen también en el rellano del segundo piso, pero después llaman al timbre del vecino del pasillo. Eckert se pasea de un lado a otro de la habitación, con las manos a la espalda. De vez en cuando mira por la ventana, aunque eso no lo distrae del silencio abrumador que reina en la vivienda ni de la tortura de la espera. La calle está animada como siempre con los transeúntes apresurados, los tranvías van llenos y los camiones traquetean. El miedo a la noche que cae sobre la ciudad, el sonido de las sirenas y el desastre que se cierne sobre ellos hace que la gente ya empiece a temblar.

Transcurren dos horas, el ocaso se impone y se cuele por los cristales de la cocina. Eckert enciende la radio, aunque el altavoz se mantiene mudo y cuando le da al interruptor la luz de la lámpara no se enciende. En el barrio se ha producido un nuevo corte de electricidad. Se le niega el consuelo de la luz y la distracción mediante la música. Eckert vuelve a tuestas hasta el sillón de mimbre y se deja caer pesadamente. Los minutos se arrastran aún más lentamente, pues al tormento de la espera se le ha sumado también ahora la mortaja de la oscuridad. Eckert permanece sentado inmóvil en la cocina y espera, tiene las manos sobre las rodillas y mira hacia la pared, que cada vez lo ensimisma más a medida que la oscuridad se hace más densa. Un único pensamiento lo ocupa, lo llena del todo y amenaza con dinamitarlo. Hace tiempo que su mujer debería estar en casa; desde la Moritzplatz hasta la Residenzstraße no hay más de hora y media, como máximo dos. Hacia las dos de la tarde –como hombre del tráfico sólo piensa en el ritmo de veinticuatro horas– se avisó del cese de la alarma antiaérea, por lo que su mujer, aunque quizá tuviera que dar algún que otro rodeo, debería estar en casa como mucho hacia las cinco de la tarde. Pero ya son las seis y media y aún no ha llegado.

Eckert es un hombre realista y objetivo, no le gustan las palabras exageradas, no es ni sentimental ni romántico. Se sorprendería si alguien describiera el sentimiento que le profesa a su mujer como amor. Se trata más de un afecto firme, de una fidelidad incondicional, de un hábito probado y de buenos resultados, aunque estos tres componentes –el afecto, la fidelidad y el hábito– conforman un ligamen firme, más duradero y resistente que el rosario del amor y la fidelidad eternos. Durante las horas en las que le ronda un negro presentimiento no le asalta por ello ninguna emoción; se trata más bien de un temor por una posesión valiosa, que también es

parte de su propio ser. Se trata de la última posesión que le queda, su mujer y su hija, después de haber perdido a sus otros dos hijos supuestamente de la misma forma que se pierde un reloj, para más adelante comprobar que se lo han sustraído mediante un truco de prestidigitación. Al hijo más joven, que servía en la Luftwaffe, ya se lo quitaron antes de la guerra, después de que sus cartas, que parecieron tomar un camino misterioso, llegaron cada vez con menos frecuencia y finalmente dejaron de llegar, hasta que un día llegó la notificación de que se había estrellado durante unas maniobras y había resultado mortalmente herido y que se le dio sepultura con todos los honores militares. Mucho más tarde, cuando se describió el velo del misterio alrededor de la Legión Cóndor, Eckert se enteró de que su hijo había muerto en la guerra civil española, la gran prueba general de la Luftwaffe alemana. Al hijo mayor, modelista en el Rheinmetall-Borsig en Tegel, un joven tranquilo y hábil, con cierta inclinación artística hacia la talla en madera, lo engulló la guerra: regresó de la estepa kazaja con las manos y los pies congelados, un fardo humano amputado con muñones negros que, cuando pudo moverse por su cuenta, lo primero que hizo fue lanzarse por el cuarto piso del hospital militar, precipitándose sobre la calle y estrellándose contra el asfalto. De esta forma se arrancaron del ámbito vital dos piedras supuestamente firmes al igual que se arrancan dos buenos dientes de una dentadura sana, y en cada ocasión se trató de un golpe dirigido con precisión al corazón, que más que dolor le provocó ira, pues la muerte de sus hijos vino acompañada del ruido histérico de las canciones de marcha.

Así que tan sólo le quedaban su mujer y su hija. Todos sus cuidados, todo su afecto se concentraron entonces en ellas, aunque este ámbito vital también está en peligro a diario y a cada hora, al igual que los ámbitos vitales de todas las personas. Las sombras se ciernen cada vez más, amenazantes, encogen los corazones, se vuelven cada vez más negras y profundas, aunque no se trata de un poder sobrenatural ante el que deban doblegarse sin oponer resistencia y rindiéndose, ni tampoco de un dios omnipotente ni del poder de una catástrofe natural por encima de la voluntad y la previsión humanas. Se trata del puño de un tirano sobre la vida y la seguridad, la suerte y la tranquilidad, y por ello no hablamos de un dolor que surja a raíz del luto, a raíz de la pérdida de la vida y la afección por un destino ineludible, sino de un sentimiento de ira e indignación.

Ahora, sentado a oscuras en una silla de la cocina, Eckert comprende la razón de que la tristeza por sus hijos perdidos no haya ensombrecido del todo su vida, y esta comprensión hace crecer la ira, la rabia y el odio desde lo inconsciente hasta lo consciente; la intranquilidad interior de la espera se convierte en una angustia explosiva, que debe tratar. Se pone de pie y empuja la silla con fuerza, se sacude la mesa de encima, se coloca su gorra de color verde grisáceo con la escarapela y la corona de hojas de roble por sus veinticinco años de servicio, se pone el pesado abrigo color gris oscuro del uniforme y abandona la vivienda. Aún no sabe exactamente qué es lo que piensa hacer, pero algo tiene que hacer, la espera se ha vuelto insoportable y lo mina por dentro; el silencio y el vacío de la casa y la oscuridad lo abruman. Permanece indeciso frente al portal del edificio y entonces empieza a descender lentamente por la Residenzstraße hacia la Osloer Straße. Aquí se detiene de nuevo. Las siluetas de los postes de alta tensión y las líneas interminables de los hilos metálicos recortan de forma fantasmagórica figuras en el oscuro cielo nocturno. Frente al campo de judíos de la Gestapo en la Schulstraße aún están encendidas las farolas exteriores, bajo cuya luz opaca se acierta a ver a un centinela con un brazalete rojo y una estrella amarilla ir de un lado a otro.

Eckert gira indeciso sobre sus talones y está a punto de regresar a la Residenzstraße, que ahora permanece inanimada y hundida en la grisura. Las ventanas cegadas de las casas son como ataúdes

cubiertos, dentro de los cuales se mueven seres vivos que esperan escapar a la muerte, que intentan engañarla, teniendo a punto la mochila para el refugio, las máscaras de gas y las gafas protectoras, escuchando las noticias de los retransmisores que informan sobre el espacio aéreo y amortiguando todos los sentidos en beneficio del oído. Sin embargo, Eckert detiene el paso, no, ahora no puede regresar al silencio vacío de su vivienda. ¿Pero qué puede hacer?

Permanece solo en la esquina de ambas calles y mira a su alrededor confuso. Toda la energía que antes había surgido en él se ha retirado de nuevo, una falta de decisión paralizante se empieza a apoderar de él. Entonces su mirada se detiene en una cabina de teléfonos frente a la escuela de la Osloer Straße y en ese mismo momento la incipiente parálisis remite. Telefonar, eso es lo que debe hacer ahora mismo. Con largas zancadas se acerca a la estructura de hierro rojo y gruesos vidrios opacos, abre la puerta y descuelga el auricular. Todo ha ocurrido de forma tan espontánea, que ahora se da cuenta de que desconoce el número de teléfono del médico. La guía de teléfonos está desgarrada y en la cabina reina tal oscuridad que resulta inútil querer buscar el número. Abandona la cabina y cierra de golpe la puerta tras de sí. Durante unos segundos Eckert está abatido y se apoya sobre una farola, aunque a continuación entra decidido en la Schwedenstraße. Sabe que, en el lado derecho, a medio camino entre la Osloer Straße y la Exerzierstraße, hay un gran restaurante, telefonará desde allí mismo.

Entra en el restaurante saludando brevemente, pide una cerveza y el listín telefónico. El doctor se apellida Wiedemann. Wiedemann, es un apellido que se repite mucho en el listín telefónico de Berlín, más o menos unas cincuenta veces. Lenta y concienzudamente su dedo recorre línea a línea: arquitecto, tienda de cuadros, barnizador, estanco...; entonces da con él, casi al final de la primera columna. «Heinrich Wiedemann, Dr. med., médico especialista en enfermedades cutáneas, Berlín sw 68, Ritterstraße 44, 17 48 64». Eckert se dirige hacia el aparato de teléfono y marca el número: uno, siete, cuatro, ocho, seis, cuatro. La señal comunica, Eckert cuelga y lo intenta de nuevo pasados unos minutos. El intento resulta vano, en cuanto marca los primeros números en el auricular ya se entreoie el zumbido profundo del tono de comunicar. Realiza tres intentos más, en cortos intervalos de tiempo, pero obtiene el mismo resultado.

El dueño del restaurante se da cuenta del desconcierto de Eckert y le da a entender que todas las comunicaciones telefónicas con el centro y el sur de la ciudad están interrumpidas, el ataque aéreo... Eckert ya no le presta atención, lanza una moneda de cincuenta *pfennigs* sobre la chapa de metal de la barra y abandona el local. Necesita hablar con el doctor Wiedemann, ni él mismo sabe qué espera de ello, pero la necesidad resulta irrenunciable. En la esquina con la Koloniestraße agarra al vuelo un 88, viaja hasta Gesundbrunnen y cruza hasta el metro. «Tráfico de los trenes irregular», lee de forma mecánica. «Interrupción del servicio entre Alexanderplatz y la Kottbuser Tor». Desciende por la profunda boca hasta el andén. «¡El convoy sólo va hasta Alexanderplatz!», grita la revisora del andén con una voz ronca y fuerte, «¡El convoy sólo va hasta Alexanderplatz!». Sólo hasta la Alexanderplatz, piensa Eckert. Quiere ir hasta la Moritzplatz, que se encuentra –calcula rápidamente, puente de Jannowitz, Neanderstraße, Moritzplatz– a tres estaciones, aunque ahora ya da todo igual: si el metro sólo va hasta la Alexanderplatz, tendrá que cubrir la distancia desde la Alexanderplatz hasta la Moritzplatz a pie, y aunque tuviera que hacerlo a cuatro patas.

La gente que, como Eckert, es arrastrada de repente a una necesidad maníaca, puede convertirse, en su intransigencia, en asesina, es capaz de cometer actos que en toda su vida anterior ni siquiera hubiera imaginado. Por ahora Eckert no pierde la calma, pues no se encuentra

con ningún obstáculo, sólo está intranquilo y asustado, aún es capaz de dominar los negros presentimientos, esos presentimientos no son más que sensaciones imprecisas.

Eckert camina a grandes zancadas y se adentra en el desfiladero de casas de la Alexanderstraße. Está vacía, desierta, el policía de la entrada A de la Jefatura de policía enfrente de la Kaiserstraße está apoyado aburrido sobre la reja, sostiene un cigarrillo en la mano hueca y fuma con disimulo. Los pasos de Eckert resuenan sordos, desde las ruinas a derecha e izquierda no llega ningún eco, tras las ventanas vacías brillan las estrellas sobre el manto tensado del cielo nocturno. Cuando Eckert logra atisbar el puente de Jannowitz desde detrás de la Blumenstraße, el cielo ya no es de un color azul oscuro, sino completamente negro; superficies rojas y anchas se alzan desde el sur, el reflejo casi llega hasta el cenit y si no fuera de noche, uno podría pensar por un instante que se trata de la puesta del sol. Pero no es un pensamiento que se le pase por la cabeza a Eckert. Ha presenciado todos los ataques diurnos y nocturnos y sabe exactamente lo que significa este muro de nubes rojas: la ciudad sigue ardiendo nueve horas después del ataque.

En el puente de Jannowitz paran a Eckert. El paso está cerrado, un policía le explica que no puede adentrarse de ninguna manera en la Brückenstraße, de ninguna manera, es completamente imposible, todo el barrio al otro lado del Spree se mantiene cerrado. La intranquilidad de Eckert se convierte en excitación, pues se ve apartado de su objetivo, aunque aún es dueño de sus pensamientos, palabras y acciones, y puede tenerlos bajo control. Antes de que su excitación derive en acción con el propósito de conseguir pasar por la fuerza, las sirenas entonan su espeluznante melodía en el silencio de la noche. El policía indica con un movimiento de la cabeza en dirección al Waisenbrücke, donde una señal indica un refugio antiaéreo público. Eckert avanza unos cuantos pasos en la dirección indicada y se detiene tras una columna de anuncios reventada. Ni se le ha pasado por la cabeza ir al refugio. La alarma sólo puede favorecer sus propósitos, que pondrá en práctica hasta cierto punto al amparo de la alarma. Cuando se inicie el bombardeo, probablemente el policía también se pondrá a cubierto y entonces quedará libre el paso en el puente. Eckert espera pacientemente. Los arcos del puente de Jannowitz se dibujan en el cielo oscuro como una especie de enorme telaraña; a la derecha se alza la maciza torre del museo Märkisch; a la izquierda, la fachada del edificio destruido e incendiado de la fábrica de cigarrillos Josetti, dentada como un castillo en ruinas.

Eckert no siente miedo, únicamente un espanto indescriptible. Aunque no es capaz de distinguir qué pasa al otro lado del Spree, sabe que allí se ha desatado el infierno, que la llamas llegan al cielo y que la ciudad arde aún. El tiempo transcurre lentamente, la oscuridad del cielo es total, aunque un leve zumbido, grave y regular, se vuelve cada vez más audible. Entonces, un espectáculo grandioso se despliega desde el trasfondo oscuro: pirámides rojas, como formadas por interminables y diminutas llamaradas, emergen desde el cielo negro, destellan hacia todas partes y planean suavemente sobre la tierra. Acto seguido aparecen otras señales, tres bolas amarillas que, tras algunos segundos, adoptan colores blancos y que vuelven a ser absorbidas de nuevo por la oscuridad.

Eckert está como fascinado, nunca había visto algo así, aunque sabe que las pirámides rojas, los llamados «árboles de Navidad», delimitan los puntos de mira de los bombarderos y las bolas de colores son las marcas para los cazas. De repente hacen su aparición los focos, se elevan a partir de la corona de siluetas de casas, se estiran fantasmagóricamente hacia la oscuridad, con sus brazos largos y blancos tientan el cielo a la búsqueda de algo, se unen en un haz de rayos y se despliegan de nuevo en abanico. Cuando uno de los focos se apaga, la oscuridad cae con mayor

pesadez aún, y cuando otro se ilumina directamente detrás de la caja de ahorros, en éste aparece una pequeña, luminosa y plateada mancha: un avión. Enseguida todos los demás focos se precipitan sobre él, se entrecruzan y casi tropiezan debido a la agitación, persiguen con perseverancia el trayecto del avión, que sigue de forma uniforme e inalterable el curso de su vuelo. Un estallido fuerte y seco interrumpe repentinamente el silencio: los cañones antiaéreos han empezado a disparar. Alrededor del avión todo se ilumina de un color rojo amarillento y estalla, a derecha e izquierda, abajo y arriba; entonces un resplandor se eleva en el horizonte, al este, las detonaciones lanzan al aire sus hongos rojo claro sobre el fondo negro y, pocos segundos después, retumban como un trueno cercano.

Eckert no puede apartar la mirada de ese espectáculo, aunque después decide ponerse en movimiento y se acerca con cuidado al puente. Ahora no hay nadie vigilando. Eckert se ajusta bien el abrigo al cuerpo y atraviesa corriendo el puente, jadea un poco al avanzar por la suave pendiente, aunque una vez ha alcanzado el vértice del puente sus piernas ya van solas. En la Brückenstraße modera el paso, pues la carrera y la excitación lo han dejado sin aliento. Cuanto más se acerca Eckert al cruce con la Köpenicker Straße, más caliente aún le golpea el aliento de las llamas y le cubre el humo espeso. Está demasiado oscuro para que Eckert sea capaz de diferenciar los detalles, aunque sí que puede distinguir que aquí no queda ni una sola casa en pie; por todas partes salen llamaradas: por las ventanas y las claraboyas, de las tiendas y los sótanos; la tormenta las azuza y las refrena, las empuja hacia dentro y vuelve a tirar de ellas hacia arriba. La calle es como un camino por un cascajal, pedregoso e irregular; los postes y las farolas están tronchados, la catenaria del tranvía cuelga. Eckert se rasga la mejilla con un hilo metálico y ésta empieza a sangrar, aunque apenas presta atención, se limpia la sangre que mana con el guante y finalmente presiona con el pañuelo sobre la herida. Avanza a trompicones por encima de los escombros, cada paso que da resulta peligroso, pues los montones de rocas siguen sueltos, la calzada está llena de profundos hoyos. Eckert no se detiene en ningún momento, ni se le pasa por la cabeza regresar, es como si un puño invisible le empujara hacia delante. Lo rodean la oscuridad y el fuego, los escombros y las ruinas; de las tuberías reventadas sale el gas con un borboteo desagradable y el agua escapa a chorros de las cañerías arrancadas; allá arriba estallan las granadas de los cañones antiaéreos, los Mosquitos británicos y los cazas alemanes dan vueltas alrededor, aunque Eckert prosigue a trompicones su marcha por las escombreras. Al tropezar cae sobre una masa blanda y pegajosa, la sangre de sus venas se hiela y da la impresión de que se haya coagulado, le recorre un ataque de fiebre y escalofríos, un horror inconcebible le invade y hace que su frente se perle de un sudor frío. Las manos, que ha estirado para protegerse del impacto de la caída, se han hundido en una masa resbaladiza, que desprende un olor a sangre dulzón y barrunta más de lo que sabe, y es que ha ido a caer encima del cuerpo destrozado de una persona. Durante unos pocos segundos permanece en el suelo, totalmente paralizado, siente como si se hubiera agarrado al muñeco sangriento de la guerra desatada, después se pone de pie a duras penas de forma impetuosa y prosigue su camino tambaleándose, sólo piensa en la Moritzplatz, en el doctor Wiedemann, en su mujer y su hija. Al final ya sólo va dando tumbos, cada piedra y cada hoyo son una trampa imprevisible y pérfida, y cuando resuenan los tres tonos previos al cese de la alarma antiaérea, ha alcanzado la Dresdner Straße y aún está rodeado de montañas de fuego y escombros, de olor a sangre y a fuego. Apenas puede alcanzar a ver algo, pues sus ojos están pegados debido a la sangre, el hollín y el polvo, aunque consigue llegar hasta la Ritterstraße, conoce muy bien el barrio y finalmente da con el domicilio del doctor Wiedemann.

Cuando prácticamente se abalanza dentro de la entrada principal justo están llegando los

últimos vecinos desde el refugio antiaéreo. Una mujer se detiene y, por un instante, parece quedarse de piedra en cuanto lo ve, para después empezar a gritar de forma estridente. Una mujer joven se acuclilla en el escalón inferior de la escalera y empieza a gemir en voz baja, un niño se coloca las manos sobre el rostro y empieza a llorar en silencio.

Eckert tiene un aspecto horrible, como el de un muerto que hubiera surgido de una espantosa fosa común. Su rostro muestra en la mejilla derecha una terrible herida, de la que aún sigue manando sangre; su abrigo está empapado de sangre, lleno de polvo y desgarrado; en los botones de su manga derecha se ha quedado enredada una víscera humana; desde su rostro tiznado miran fijamente dos ojos salvajes y demenciales con unas pupilas inyectadas en sangre. Eckert quiere decir algo, pero únicamente es capaz de balbucear, las palabras se le hinchan en la boca; avanza unos cuantos pasos, después sus rodillas se doblan, intenta de nuevo ponerse de pie de golpe, pero entonces sus pies pierden contacto con el suelo y se desploma.

Cuando recupera el conocimiento, está estirado en un sofá; un hombre con unas gafas austeras y sin montura está inclinado sobre él y le pasa algo húmedo por la herida de su mejilla. El hombre de las gafas le advierte que debe permanecer estirado tranquilamente, que no debe moverse, pues tiene que coser la herida. Eckert deja caer de nuevo la cabeza, de repente nota algo helado sobre la mejilla y nota unos leves pinchazos, que no le llegan a doler. ¿Quién es el hombre de las gafas sin montura? ¿Un médico? Por supuesto que es un médico, debe de ser...

—¿El doctor Wiedemann? —pregunta Eckert a duras penas.

El otro asiente, ya ha terminado de coser la herida, se acerca a un lavamanos y se lava las manos cuidadosa y prolijamente.

—¿De qué me conoce usted? —le pregunta por encima del hombro.

El hecho de que el hombre que se encuentra con él en la misma habitación sea efectivamente el doctor Wiedemann, al que ha tenido que llegar abriéndose paso entre ruinas y escombros, sorteando cadáveres y cráteres de bombas, a través del fuego, el gas y el agua, le reanima; desplaza con cuidado las piernas del sofá y se quiere poner de pie, pero el doctor Wiedemann le devuelve con facilidad al sofá.

—Quédese tumbado —le dice amablemente, pero con decisión—. Se encuentra usted en un estado completamente desastroso —añade—. ¿De dónde viene usted?

Sin embargo, Eckert no está dispuesto a contestar preguntas, le urge hacer las preguntas que él quiere. Con cuidado se apoya sobre el cojín.

—Me apellido Eckert —dice.

El doctor Wiedemann se le queda mirando interrogativamente.

—Eckert, Max Eckert, de Reinickendorf —repite Eckert—, mi hija es paciente de usted, doctor.

—Correcto —dice el médico—, estoy perfectamente al corriente.

Se queda mirando atentamente a Eckert. «*Fluxus salinus*», piensa, «así que éste es el padre».

—¿Y qué le trae a estas horas de la noche hasta aquí? —pregunta.

Eckert inspira profundamente. Finalmente ha alcanzado la meta, aún no presiente que únicamente se trata de una etapa más. Con palabras cortas y rápidas, sin puntos ni comas, se lo cuenta todo.

El doctor Wiedemann lo ha escuchado tranquilamente sin interrumpirlo.

—Sí, su mujer estuvo con su hija esta mañana en mi consulta, señor Eckert —dice una vez Eckert ha callado—. He tenido a su hija bajo la lámpara ultravioleta y le he inyectado detoxina. Su mujer tenía mucha prisa, pues ya habían dado aviso de la llegada de escuadrones de bombarderos; se fue de aquí sobre las once y cuarto, seguramente ya no consiguió llegar hasta su casa, pues diez

minutos después empezaron a sonar las sirenas. Seguramente encontró refugio en algún búnker o en el metro.

El doctor Wiedemann omite adrede el hecho de que una bomba ha destrozado la cubierta de la estación de metro de la Moritzplatz y ha matado a un número aún por determinar de personas que se encontraban en el interior de la estación. Tampoco comenta nada sobre el hecho de que tras la primera ola de bombardeos toda la zona entre la Moritzplatz y el puente de Köpenick, la Hallesches Tor y la estación de la Friedrichstraße estaba en llamas y que justamente durante los minutos durante los cuales las personas huían de los sótanos de las casas y fábricas incendiadas y salían a la calle, sobrevolaron el mismo objetivo una segunda y una tercera oleada de bombarderos, que dejaron caer cantidades inmensas de bombas explosivas e incendiarias.

—A las seis y media mi mujer y mi hija todavía no habían llegado a casa, doctor —dice Eckert alterado—. Algo ha sucedido, la corazonada se ha convertido en una certeza en mi sangre.

—Tranquilícese, señor Eckert —lo apacigua el doctor Wiedemann—. Quizá el ataque ha obligado a su mujer a quedarse en casa de algún conocido.

—No contamos con ningún conocido en este barrio —le dice Eckert categóricamente.

—O quizá ha optado por huir a pie por el camino más largo —intenta el doctor Wiedemann atenuar sus temores.

Tampoco Eckert quiere oír hablar de ello.

—Piense usted, doctor, que, cuatro horas y media después del cese de la alarma, aún no estaban en casa —dice insistente—. ¡Cuatro horas y media!

—No tiene sentido perderse en suposiciones —le dice el doctor Wiedemann—. Mientras usted estaba de camino, su mujer podría haber llegado a casa. Ahora son las nueve y media pasadas. Al fin y al cabo, lleva usted más de tres horas fuera. Mientras usted está hablando aquí conmigo, posiblemente ella esté sentada en casa preocupada por usted.

Eckert se endereza. No había pensado en esa posibilidad, se ha obsesionado demasiado con su estado de ánimo catastrofista.

—Podría ser así —dice rápidamente, baja las piernas del sofá y se pone de pie.

—¿Adónde quiere ir usted ahora? —le pregunta el doctor Wiedemann.

—A casa —contesta Eckert—, pues claro.

—Ni hablar —lo contradice el doctor Wiedemann de forma enérgica—. ¿En este estado, en medio de la noche? ¿No ha tenido usted suficiente con la primera vez?

Durante minutos discuten sobre si se va o se queda, al final gana la batalla el doctor Wiedemann, después de prometerle a Eckert que a primera hora de la mañana le llevará en su automóvil hasta Reinickendorf. A escondidas le añade una buena dosis de bromuro a su café y no pasa mucho tiempo hasta que Eckert se duerme profundamente. El doctor Wiedemann es un médico, para el cual su profesión es al mismo tiempo una vocación profunda, para el cual el ser humano que sufre no se clasifica en un paciente que viene de forma privada o de parte del seguro médico. Naturalmente, no es sólo determinante la humanidad, sino también el interés médico concreto, pues se ha licenciado con un trabajo sobre la dermatitis, tomando en especial consideración el *fluxus salinus*, el eczema, aunque no se le puede acusar de ello —es algo que sólo actúa en su subconsciente—. Se ha dado cuenta que Eckert ha ido a parar en un estado de depresión espiritual y mental acentuado, que falta poco para que una violencia maniaca amenace con salir disparada desde su interior, por lo que se propone tratar al hombre con precaución.

A la mañana siguiente, a las siete, mientras Eckert aún duerme profundamente, el doctor Wiedemann va a buscar su automóvil del garaje, que milagrosamente ha quedado indemne en

medio de toda la destrucción, y conduce a Eckert, tal como le había prometido, hasta Reinickendorf. Para llegar hasta la Residenzstraße debe dar un enorme rodeo, pasando por Schöneberg, Friedenau, Charlottenburg y Moabit, ya que el ataque del día anterior ocasionó una devastación inimaginable y los desvíos siempre devuelven al automóvil hacia el oeste. No consigue llegar a la Residenzstraße hasta las nueve. El doctor Wiedemann acompaña a Eckert hasta su vivienda, a él mismo le sobreviene la intranquilidad. Aunque Ursula Eckert sólo sea una de sus muchas pacientes, tanto ella como su madre, que siempre le acompañaba, no dejan de ser personas a las que conoce personalmente, y un destino humano individual nos toca siempre más de cerca que la más terrible de las catástrofes en masa.

Las manos de Eckert tiemblan de tal manera que es incapaz de abrir la puerta de su casa. El doctor Wiedemann le quita las llaves de las manos, abre la puerta y la empuja con fuerza hacia delante. Con unas cuantas miradas ve que la vivienda está vacía: la señora Eckert y su hija todavía no han regresado a casa. Sabe lo que eso significa y también en el semblante de Eckert se puede ver claramente. A pesar de todo, intenta consolarlo. Sin embargo, Eckert ya no lo oye, recorre a pasos rápidos la vivienda, permanece pensativo unos pocos segundos en la cocina, levanta una silla de forma pedante con un movimiento completamente mecánico y la abandona decidido.

No dice ni una palabra cuando descenden las escaleras uno al lado del otro. No se precipita por las escaleras, tiene las manos bien hundidas en los bolsillos y baja con prudencia, escalón a escalón, aunque justamente esa lentitud resulta más inquietante que las carreras y los gritos. Sólo cuando el doctor Wiedemann abre la puerta de su automóvil, Eckert le ruega que lo lleve a él también. El doctor Wiedemann no se atreve a negárselo y también considera correcto no dejar por el momento solo a ese hombre con la mirada petrificada. En el camino de regreso a la Ritterstraße el doctor Wiedemann intenta unas cuantas veces entablar conversación con Eckert, pero no lo consigue, así que finalmente lo deja estar. Cuando el médico se detiene en la esquina de la Ritterstraße con la Prinzenstraße, con el fin de ceder el paso a un camión de los bomberos, Eckert abre rápidamente la puerta, se baja del automóvil, saluda con un gesto rápido de la cabeza al médico y cierra la puerta tras de sí. Todo ello se desarrolla con unos movimientos tan rápidos y fluidos, que el doctor Wiedemann no hubiera creído capaces en ese hombre algo lento y cuidadoso, que le coge completamente por sorpresa y es incapaz de detenerle. Aún es capaz de atisbar cómo Eckert se dirige con pasos decididos directamente hacia la escombrera. Y allí se inicia la odisea del conductor de tranvía Max Eckert, el 4 de febrero de 1945, el día después del bombardeo aéreo más destructor de los americanos sobre Berlín. Bien es verdad que el barrio destruido se mantiene acordonado en un radio amplio, pero Eckert sabe cómo colarse en las calles destruidas, pues además su uniforme de revisor le sirve para ello. Está convencido de que sólo existe una posibilidad de que su mujer y su hija estén vivas, y es que estén encerradas en cualquier sótano. En la Schmidstraße, cerca del cruce con la Neanderstraße, está trabajando una excavadora, pues se presume que bajo los escombros aún queda gente con vida. Eckert rastrea el terreno entre la Köpenicker Straße y la Moritzplatz, aunque una y otra vez regresa a la excavadora y observa cómo las mandíbulas afiladas de la cuchara devoran las montañas de piedras, se vuelven y las escupen hacia un lado. Observa con atención el desarrollo del trabajo, se pasea a menudo por la Schmidstraße y por lo demás está siempre de camino. Lo que de noche sólo llegaba a percibirse vagamente, lo que en la oscuridad sólo podía figurarse, ahora es, cuando la luz diurna cae encima, un infierno de un horror supremo. Entre las casas derruidas y aún en llamas hay tranvías despanzurrados, automóviles y carruajes, hombres y caballos desmembrados, trozos de cuerpos y restos de cadáveres, cabezas sin cuerpo, cuerpos sin cabeza, troncos sin piernas,

piernas sin tronco, acumulaciones indefinidas de carne humana quemada, carbonizada y desgarrada; por allí vagan personas desesperadas, lamentándose, medio idas, muchas de ellas observan fijamente con la mirada fuera de sí e indican con débiles ademanes los edificios humeantes, destrozados y devastados, que no hace ni veinticuatro horas aún prestaban refugio y calor y albergaban un débil resto de vida privada. Algunos de ellos se precipitan de los portales llenos de humo y trepan por los muros tambaleantes con el fin de rescatar de las escombreras los miserables restos de sus pertenencias.

Cuando está claro que en el sótano de la Schmidstraße ya no puede haber ninguna persona con vida, pues se ha inundado de agua hasta el techo, la excavadora deja de trabajar y la retiran. Cuando es arrastrada por un tractor, en Eckert se produce una completa y repentina transformación. Hasta el último momento ha alimentado la débil llama de la esperanza, aunque ahora está convencido de que su mujer y su hija han muerto aquí, en alguna de estas calles. Si hasta entonces Eckert estaba alterado, aunque conservaba una tranquilidad y sensatez relativas, ahora se ha apoderado de él una idea que ya no lo abandona y que lo incita: debe encontrar a su mujer y a su hija, donde sea y como sea. Mira a cada muerto a la cara, le da la vuelta a todo cadáver que encuentra tirado sobre el vientre y examina los rasgos completamente destrozados, comprueba la vestimenta de los torsos y sostiene en las manos cráneos, asciende entre las ruinas todavía humeantes y convertidas en brasas, se introduce en sótanos derruidos y se cuela a la fuerza en entradas sepultadas. Una y otra vez recorre la escombrera entre el puente de Köpenick y la Schmidstraße, entre la Moritzplatz y la Alexandrinenstraße, desde la Michaelkirchplatz y la Neanderstraße, aparta con sus propias manos los montones de piedras cuando cree que de esta forma puede liberar la entrada a un sótano, se abre paso por las ventanas sepultadas de los sótanos, ya ha visto cientos de muertos y ha ayudado a recuperar los cadáveres de la estación de metro de la Moritzplatz, ha contemplado los rostros negros de las personas quemadas y carbonizadas y ni una sola vez ha podido determinar si se trataba de hombres o de mujeres, aunque todo ello en vano. No ha sido capaz de encontrar a su mujer y a su hija.

Está completamente desaseado y muerto de hambre, lleva cadaverina en las manos, está cerca del colapso total, pero aun así no deja de errar por las escombreras. Sabe que su mujer y su hija han muerto, aunque también quiere saber cómo murieron y dónde se encuentran sus cadáveres. Si hubieran muerto de tuberculosis o de cáncer o de cualquier otra enfermedad infame, se hubiera tratado de una muerte que él hubiera podido presenciar, que se hubiera justificado en las mismas personas, que se correspondería con las ideas tradicionales de la muerte. Entonces hubiera caminado detrás del ataúd y hubiera arrojado tres puños de tierra sobre la tumba abierta, sabría en qué lugar preciso se arqueaba el montículo y, más tarde, dónde reposaba la sencilla placa de mármol. Sin embargo, de esta forma no sabe nada. No puede entender que las dos ya no estén aquí; desaparecidas, machacadas, dispersas...; que simplemente ya no estén aquí. La fantasía de este hombre sencillo se enciende con las imágenes más espeluznantes y horribles, imágenes que ha ido viendo a lo largo de este día y que aún se le representan. Ve a una mujer y a su hija sentadas en el banco de un refugio antiaéreo, con las cabezas bajas, con los brazos pegados al cuerpo, las rodillas juntas, las mandíbulas temblorosas y las miradas encendidas, sosteniendo en las manos un paño húmedo dispuesto para ser presionado sobre la boca en cada momento, las gafas protectoras retiradas sobre la frente, a la espera de cubrirse con ellas los ojos en cualquier momento. Las ve allí sentadas, con cada fibra de su cuerpo pendiente de los ruidos que se producen, el ruido cantarín de los motores, el estruendoso ladrado de los cañones antiaéreos, el susurro, el bramido y el silbido de las bombas que caen sobre ellas. Las ve allí sentadas, en un abrir y cerrar de ojos,

antes de que puedan pensar siquiera, antes de que el acontecimiento que se abate sobre ellas a toda velocidad provoque un reflejo en sus cerebros y entre en su conciencia; en ese abrir y cerrar de ojos, el techo del refugio caerá sobre ellas como una fuerza elemental. Les sucedió a ellas, sin que pudieran ver, oír o sentir nada, a pesar de que ya estaban preparadas tras cientos de alarmas.

Podría haber ocurrido así, aunque también podría... Eckert ya no es capaz de refrenar su fantasía, alimentada por los riachuelos fundidos de los campos de cadáveres que lo rodean. Como cualquier persona, está encerrado en el mundo del pensamiento empírico y carece de la experiencia de aquellos cuya boca ya está cerrada para siempre, pues ya se encuentran al otro lado del río Leteo, aunque la fantasía desfigura aún más terriblemente los contornos y nubla los colores de las imágenes.

Aunque ¿no podría haber ocurrido también que, cuando todo estaba incendiado y cuando sobre su mujer e hija se abalanzaron el calor, la angustia y la falta de aire, la salida del sótano fuera infranqueable porque les cerraban el paso las llamas ardientes, que, a toda prisa, se abriera a golpes un boquete en el muro y las llamas del sótano de al lado también cerraran ese paso? ¿No podría haber ocurrido, que las llamas las embistieran con dedos ávidos como garras, que hundieran sus lenguas candentes en la carne y las convirtieran en ceniza o muñones carbonizados o que la espesa humareda las venciera y las ahogara lentamente hasta matarlas? ¿No podría ser que aún tuvieran tiempo de tener muchos pensamientos y experimentar espantosos sentimientos, un repentino espanto, un miedo angustioso, un terror mortal, un espanto inconcebible, un horror paralizante?

¿No podría haber ocurrido también, que se hubieran visto sepultadas por una avalancha de escombros, encerradas en una oscura cámara mortuoria y que de una tubería reventada empezara a salir a borbotones el agua, que fluyera incesante como una cascada, que cubriera el suelo del refugio y empezara a subir de nivel lenta, pero continuamente, cercando a las personas sin remedio en una maniobra húmeda, que siguiera saliendo más y más agua y, finalmente, llegara a cubrir a las personas, que empujara la sangre hacia el cerebro y lo paralizara, que inundara los pulmones dejándolas sin respiración? ¿O no podrá haber ocurrido que una conducción se hubiera partido y hubiera empezado a salir gas, se hubiera empezado a extender por el sótano una nube invisible y mortífera, que al principio se hubiera desplazado por el techo y después hubiera descendido hacia las personas, provocando el parpadeo de los ojos y entonando en los oídos un pitido insoportable, provocando el sopor de la gente y aturdiéndolos a todos, cerrando los poros y dificultando la respiración, volviendo la sangre de un rojo claro y destiñendo las mucosas?

¿No podría haber ocurrido que un pedazo de piedra las derribara y las inmovilizara, igual que un luchador mantiene a su oponente sobre la lona, que el peso aplastara sus cuerpos o piernas, aunque no les hiciera más, simplemente mantenerlas sujetas, que las permitiera respirar, pensar, sentir, incluso hablar, pero que la piedra las mantuviera presas y el lugar donde el bloque de piedra las había alcanzado demostrara ser el último ámbito vital invariable, que únicamente la mano de un enorme milagro podría haber sacado de encima la piedra y liberarlas, que su vida agonizara bajo esa pinza pedregosa en la bóveda oscura del sótano derruido y sus cuerpos fueran suspendiendo lenta y penosamente sus funciones?

¿Y si no les hubiera pasado nada, y si cuando se quedaron encerradas en una bóveda subterránea fueran capaces de andar de un lado para otro, deliberar y golpear contra las paredes y el techo, pero nadie oyera su golpes, pues por encima de ellas había enormes cantidades de escombros; y si en estos momentos, mientras Eckert trepa por los pedregales, aún estuvieran vivas y tuvieran la esperanza de ser liberadas, aunque dicha esperanza se volviera cada vez más débil y

volátil, y si en sus cerebros se inflamara la desesperación y la locura, a medida que el hambre y la sed y la oscuridad se adueñan de ellas, porque resulta improbable que alguien encuentre su tumba de piedra y las libere?

El conductor de tranvía Eckert se encuentra en el umbral de ese mundo inaccesible, que ningún ojo humano ha podido ver, cuyas paredes sólo pueden penetrarse con los pensamientos y que no puede explicarse mediante ninguna parábola, únicamente una incertidumbre fría y escalofriante.

Conoce la palabra «desaparecidas», pero hasta ahora él no se ha hecho una idea sobre la misma, la ha leído y repetido, aunque no ha habido nada que lo uniera a ella. En su vida ha utilizado muchas palabras irreflexiva y superficialmente, sin conferirles un sentido. Una de ellas es la palabra «desaparecidas»; hasta ahora la ha pronunciado sin más y, sin embargo, ahora se ha personificado frente a él un monstruo enorme, con las fauces abiertas y los dientes afilados, unos ojos inyectados en sangre que sonrían burlones y unos brazos largos y rapaces: «desaparecidas». Ahora sabe lo que significa precipitarse en el vacío y no dejar de pensar en círculos, ahora experimenta las esperanzas y los anhelos causados por una incertidumbre mortal: «desaparecidas». No contar nunca con la certeza completa, pensar una y otra vez en los sótanos y galerías, huecos y cráteres, no parar de especular si han sido aplastadas por una avalancha de piedras, cubiertas por el agua, adormecidas por el gas, si han salido despedidas por el aire al estallar una granada, si han sido mordisqueadas por las ratas, si agonizaron despacio o si la vida se les escapó rápidamente: «desaparecidas».

Incluso en estos días de caos total, un hombre como Eckert no podía pasar inadvertido. Una patrulla de policía lo detiene finalmente e intenta que abandone la zona dañada, primero llamándole la atención y después llevándose en volandas. Eckert se defiende desesperado, pero los policías son más fuertes que él, por lo que finalmente cede y permite que lo conduzcan hasta el centro y se lo lleven detenido.

Uno de los policías, un hombre joven con un rostro plano y anodino, lo golpea apaciguador en el hombro y le dice como de pasada:

–Es terrible, hombre, pero si le sirve de consuelo, sólo se muere una vez.

Al principio Eckert no le presta atención, pero después las palabras se deslizan en su conciencia. «¿Qué acaba de decir el de verde? Que sólo se muere...». Eckert se planta delante de los policías y fija su mirada, a la vez desesperada y amenazadora, en el joven.

La mirada incomoda al policía, así que aparta a Eckert con un gesto de rechazo y le pregunta:

–¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué me mira así?

Eckert sigue clavando los ojos en policía.

–¿Que sólo se muere una vez, has dicho? –murmura–. Así es, exacto, sólo una vez.

Su voz es cada vez más alta y se convierte finalmente en un bramido animal.

–Sí, sólo se muere una vez, pero es importante cómo se muere. Si uno simplemente muere porque la sífilis se lo va comiendo lentamente o porque un día el corazón ya no puede más. Pero esto de aquí no es morir: ser quemado, carbonizado, asfixiado, ahogado, destrozado o aplastado, despedazado o pulverizado por la onda explosiva...

–Está bien –dice el policía, y retrocede un paso–. Todo es posible, pero ahora acompáñenos.

–Tiene que entender –dice el otro policía, un hombre mayor con un rostro grueso, mientras le guiña el ojo al otro–, que no puede usted arrastrarse por esta zona dañada. ¿A quién está buscando?

–A mi mujer –contesta Eckert–, a mi mujer y a mi hija, tienen que estar por aquí.

Con la mano derecha indica las ruinas.

–Aquí, allí o allá, en alguna parte. Quizá ya estén muertas, aunque quizá aún sigan con vida y nosotros nos encontramos justo encima de su sarcófago.

–Es absurdo buscar aquí, no las encontrará con vida –dice el policía mayor–. Y ahora se ha terminado la búsqueda. No queremos llevarle detenido. ¡Váyase!

–¿Adónde? –pregunta Eckert–. ¿Me puede decir usted adónde?

–A casa, naturalmente –le contesta el policía más joven–. ¿Adónde va a ir, si no? ¿O es que han bombardeado su casa?

¿A casa? La palabra se clava como una espina en la conciencia de Eckert. ¿A casa? ¿A la vivienda vacía y desierta, donde todo le recuerda que su mujer y su hija hace dos o tres días aún vivían allí? Estar allí es casi peor que buscar en este campo de cadáveres.

–Sea usted sensato, hombre –le dice el policía mayor, y le pone la mano en el hombro–. ¡Váyase usted!

–Que vaya bien –dice el más joven–. ¡Heil Hitler!

Eckert, que ya se había vuelto a medias y se había alejado unos pasos de los policías, se da la vuelta de repente. Es como si algo se hubiera rasgado en su interior, como si la costra que hasta entonces había cubierto su alma hubiera reventado y, a través del desgarro, todo aquello que durante años había permanecido reprimido una y otra vez, brotara despedido hacia la superficie. Las imágenes desfilan a toda velocidad por su cerebro: la pérdida de sus dos hijos, el destino de la hermana de su mujer, que estaba casada con un judío y que fue torturada hasta morir en Sachsenhausen, la detención y asesinato a sangre fría del preboste Lichtenberg (pues Eckert es un devoto católico), la completa materialización del pueblo, las apelaciones a Dios por boca de unos asesinos rapaces, la continuación descabellada de una guerra perdida hace tiempo.

–¿«¡Heil Hitler!» dices tú, aquí, sobre las ruinas de Berlín? –rompe a gritar Eckert, y avanza la cabeza como un toro que se dispone a embestir.

Quizá, y seguramente es lo más probable, el joven policía haya soltado el saludo hitleriano por costumbre y sin una intención especial, pero Eckert no puede considerar esa posibilidad; una ola roja anega su cerebro, se extinguen todas sus reflexiones, el odio, la rabia, la ira, el desprecio, la desesperación invaden cada célula, cada poro. Ese de ahí, con el rostro plano e insolente, con el uniforme verde y el morrión, representa para él el mismísimo sistema; bajo la visera bien calada hasta los ojos, sonrío la facha repugnante del odiado demonio de Braunau, el Anticristo.

De un salto Eckert se planta frente a él, le agarra fuertemente el cuello con ambas manos y presiona sobre su garganta. El joven policía ha perdido el equilibrio, se tambalea y cae al suelo, aunque Eckert no le suelta la garganta. La embriaguez se ha apoderado de él, el mundo ha desaparecido a su alrededor: sólo él está allí, y, debajo de él, el otro, esa jeta demoníaca con ese bigotillo negro en el labio superior.

El otro policía se ha sorprendido tanto con el repentino arrebato de Eckert, que ha perdido la oportunidad de intervenir en el momento oportuno. Saca la pistola de la cartuchera.

–¡Suéltelo! –grita–. ¡Suéltelo ahora mismo!

La voz le llega a Eckert como desde muy lejos; la sangre brama en sus oídos salvaje y díscola; sus manos aprietan cada vez con más fuerza la garganta; el joven policía está completamente aturdido, su rostro está completamente rojo y ya se está tornando azul.

El otro policía intenta soltar a Eckert, pero no lo consigue, las manos de Eckert son como unas pinzas de hierro alrededor del cuello del joven policía.

–¡Suéltelo! –grita el policía mayor de nuevo–. ¡O disparo!

Golpea a Eckert, pero no consigue que suelte las manos, presiona la cabeza de su oponente cada

vez con más fuerza sobre la piedra, ya sólo respira a sacudidas, saca espuma por la boca. El policía mayor se arrodilla junto a Eckert, le coloca la pistola en la sien y dispara.

Un estallido corto y fuerte y un crujido sordo y todo ha pasado. La cabeza de Eckert cae a un lado, su cuerpo se tensa para a continuación desplomarse y rodar unos cuantos metros sobre la calzada empinada.

Una necrológica en forma de un atestado oficial no se le dedica a cualquiera que haya dado su vida por el Führer, el pueblo y la patria. Por ello se reproduce a continuación el atestado policial del jefe de policía Wilhelm Schikorra, de la comisaría n.º 13.

El 6 de febrero de 1945 el sargento retirado Günther Dietzter y yo mismo estábamos patrullando las zonas afectadas en el radio de acción de la comisaría n.º 13. Hacia las 16:15 horas nos dimos cuenta de que en las ruinas del inmueble de la Annenstraße 12 estaba trajinando un hombre totalmente desastrado que más adelante identificaríamos como el conductor de tranvía Max Josef Anton Eckert, nacido el 19 de noviembre de 1894 en Bielefeld, con residencia en Berlín-Reinickendorf, Residenzstraße 144/II. Ya al primer requerimiento de abandonar la zona en ruinas, el susodicho Eckert ofreció una fuerte resistencia. Finalmente conseguimos, sin utilizar la violencia, que abandonara la zona en ruinas. El sargento d.R. Dietzler se dirigió a él con el saludo alemán. A ello reaccionó el susodicho Eckert dándose la vuelta y gritando: «¿¡Heil Hitler!» dices tú, aquí, sobre las ruinas de Berlín?». En ese mismo momento, se abalanzó al cuello del sargento d.R. Dietzler, lo lanzó al suelo y empezó a estrangularlo con todas sus fuerzas. Dietzler quedó completamente aturdido a causa de la caída y el estrangulamiento al que estaba sometido y, por lo tanto, no estaba en condiciones de defenderse. Por ello le exigí al susodicho Eckert, en dos ocasiones y en voz alta, que soltara a Dietzler. Puesto que hizo caso omiso de mi requerimiento y fracasaron otros intentos de librar a Dietzler del inmediato peligro que corría su vida, utilicé mi arma reglamentaria. El susodicho Eckert murió en el acto.

Esto en lo que concierne al expediente III IC de la Ley administrativa policial del 1 de agosto de 1931. En lo sucesivo se aplica el § 53 del Código Penal.

Berlín, 7 de febrero de 1945

Fdo. WILHELM SCHIKORRA
Jefe de policía

Ésta es la historia del conductor de tranvía Max Eckert, que podría parecer el destino trivial de un hombrecillo anónimo. Tuvo lugar durante la violenta vorágine de un conflicto que sacudió a los continentes, y sólo fue una gota en un mar de sangre y lágrimas, aunque también el hecho más vasto y amplio se forma a partir de hechos pequeños y pequeñísimos, y cuya suma da el total más grande. La muerte del conductor de tranvía Max Eckert es sólo una piedrecita diminuta en el terrible mosaico de esta violenta guerra. Hay muchas y aún más inútiles, la mayoría han muerto sin el triunfo de haberse arrojado a la garganta del odiado enemigo. Eckert ha muerto, pues su alma torturada y pisoteada se descargó con la violencia de una erupción volcánica. Tampoco ha muerto en vano e inútilmente, pues toda muerte en la lucha contra la tiranía sirve para algo, aunque no sea perceptible. Así que no se trata de una conclusión y un final, sino de la semilla de un nuevo inicio.

Son las doce y cinco minutos. El aliento de la ciudad se ahoga bajo las miasmas del humo espeso que recorre las calles, sus arterias están reventadas y dejan que el cuerpo maltratado se desangre. Una nube de aire apestoso descansa sobre la jungla de ruinas. Montañas de cuerpos humanos y cadáveres de animales, carros de combate y automóviles desguzados, incendiados y acribillados, escombreras, cráteres, muros de casas inclinados, puentes volados y llamaradas de incendios bloquean las calles, aunque los enfrentamientos en el centro de la ciudad aún causan estragos. En el Kaiserdamm y alrededor de los grandes búnkeres elevados de Friedrichshain, el zoológico y Humboldthain, en la estación de Gesundbrunnen, tienen lugar combates aéreos entre los cazas rusos y los aviones de abastecimiento alemanes, se disponen y envían a combatir nuevas compañías de heridos y tropas huidas en desbandada, ancianos miembros del Volkssturm y jóvenes de quince años de las Juventudes Hitlerianas pobremente armados o con órdenes de hacerse con las armas de los caídos.

La Wilhelmsplatz está vacía y desierta bajo el fuego frenético de la artillería rusa. Únicamente lo amplio de la plaza recuerda para qué se destinaba anteriormente: un recinto para los desfiles de la exaltación, la exaltación histérica de un pueblo errático y la exaltación ordenada de los ilotas; nada recuerda ya a la procesión de antorchas de las SA del 30 de enero de 1933, a los desfiles de los regimientos de la Luftwaffe acompañados de la música de marcha, a la formación ordenada de los escolares con motivo de la visita de invitados ilustres, a las llamadas en coro, «¡Queremos ver al Führer!», y los gritos esclavos, «¡Führer ordena, nosotros te seguimos!», ya no queda nada de eso, las pancartas y las pancartas, los emblemas nacionales y estandartes, las antorchas y las chinescas han sido reducidos al polvo de las losas de granito de la plaza. Únicamente las ruinas flanquean la plaza, el Kaiserhof, la iglesia de la Santísima Trinidad, el ministerio de Hacienda, la Oficina de los Ferrocarriles del Reich, la cancillería del Reich, el ministerio de Propaganda.

La cancillería del Reich se encuentra bajo un fuego ininterrumpido, las granadas arrancan trozo a trozo la mampostería y descubren el engaño representativo del falso mármol, delgadas placas de arenisca y baratos ladrillos de color rosáceo. Como si se tratara de un blanco, los proyectiles de los aviones en vuelo rasante taladran el revoque de muros y paredes, los techos empiezan a resquebrajarse, los espejos a romperse, las arañas de cristal se estrellan contra el parqué y se hacen pedazos.

En el búnker que hay en el subsuelo del jardín de la Cancillería del Reich, el Führer, Adolf Hitler, está sentado sobre una caja de madera. Su rostro está desfigurado y deformado, los rasgos desdibujados y sin fuerza alguna, la piel está pálida y cubierta de manchas de un rojo claro; cada pocos segundos una contracción nerviosa deforma las comisuras de sus labios; tiene los ojos hinchados, fuera de sus órbitas y rodeados de unas ojeras rojas; tiene la mirada perdida, le tiemblan las manos, el cabello húmedo y pegajoso, su frente está perlada de gruesas gotas de sudor.

El Führer del Reich de la Gran Alemania, sentado sobre una miserable caja de madera con aspecto desagradable e inquieto por el miedo, no parece el novio feliz que la noche anterior se ha

casado con la que fuera su amante durante tantos años y que ha agasajado a sus invitados con un banquete con champán. La ceremonia de la boda es únicamente el prelude de la opereta de un suicidio espeluznante y sensacionalista, que tras las exactas indicaciones del descarriado pequeñoburgués de Braunau se ha puesto en escena exactamente como él lo ha ordenado, igual que ha mandado perseguir antes a tantos millones de personas para arrojarlas a la miseria, la necesidad, la muerte, la desesperación, el hambre, el fuego, las cámaras de gas, las fosas comunes, los cadalsos, los presidios, los campos de concentración, los hospitales militares o el frente de trabajo. Este Führer, que ha ejercido un poder tiránico sobre el continente europeo, que ha tenido a su disposición todos los medios y todas las fuentes de información, que jugó con los generales como los niños juegan con los guijarros, a cuyos pies se puso todo un pueblo presa de un embeleso histórico, un pueblo que recibió todos los obsequios de sus manos como dádivas de un dios y que escuchó atentamente sus palabras como si fueran las palabras de Dios, este gran Führer está sentado ahora en un refugio antiaéreo sobre una simple caja de madera y le pregunta a su chófer: «¿Alguna novedad?».

Sin embargo, su chófer no está en condiciones de facilitarle las novedades que le gustaría oír, es decir, que los ejércitos de refuerzo están cerca o que el mariscal de campo Ritte von Greim ha intervenido en la batalla por Berlín con los restos de su aviación desde Rechlin. No puede ocultarle por más tiempo que los tanques rusos ya han alcanzado, desde la Puerta de Brandeburgo, la Potsdamer Platz, el zoológico y el puente de Weidendamm; que en el Reichstag, sobre el que hace doce años se encendió la antorcha sobre todo el mundo, ondea la bandera roja de los soviéticos; que, además, desde el sur, por la Wilhelmstraße, se desplazan carros de combate rusos hacia el norte en dirección a la cancillería del Reich, que la infantería rusa avanza ya por los accesos del metro de la Friedrichstraße. Tampoco se puede obviar por más tiempo que alrededor de la entrada al búnker cae un fuego de artillería aniquilador que hace temblar la tierra y que escupe chorros de tierra negra, que desgarran los árboles y tira abajo los muros que rodean el jardín de la Cancillería del Reich. Dos días antes mandó que fueran a buscar a su casa al jefe de grupo de las ss Fegelein, el cuñado de Eva Braun, y lo hizo fusilar, pues había intentado regresar a la vida civil; en una arenga nocturna, exigió a todos los residentes del búnker un juramento de fidelidad para cometer suicidio por reciprocidad; se siguió ocupando de la defensa y de las tropas de auxilio, se embriagó con la victoria final, expresándola con el siguiente grito: «No desesperéis, todo irá bien». Sin embargo, su humor ha vuelto a cambiar y, como un loco, ha ido recorriendo, fuera de sí, los pasillos y habitaciones del refugio una vez ha recibido la noticia de que su sostén de más confianza, Heinrich Himmler, el *Reichsführer* de las ss, ha contactado a través del vicepresidente de la Cruz Roja sueca, el conde Folke Bernadotte, con los aliados occidentales y que ha ofrecido la capitulación sin condiciones de Alemania a Gran Bretaña y los Estados Unidos, lo que ha encendido en él de nuevo las ansias de una destrucción total. Ya ha perdido definitivamente el poco sentido común que le quedaba, prohibiendo una posible comunicación con el tren especial *Steiermark*, el cuartel general de Himmler, mientras ha ordenado a Martin Bormann, de la *Parteikanzlei*, que emita hacia los cuatro puntos cardinales: «La prensa internacional informa de una nueva traición, el Führer espera de todos una fidelidad inalterable», y que Schörner desde el frente suroriental, Dönitz desde Holstein, Vietinghoff desde Italia, Wenck desde el frente del Elba y Stumpf, con la flota aérea, acudan en socorro de la capital del Reich. Aunque desde entonces han pasado dos largos e inquietantes días y sólo ha recibido excusas o, directamente, ninguna respuesta en absoluto, ante lo que Bormann afirma: «Traición por todas

partes». Ya no existe otra salida, el Führer Adolf Hitler se siente sitiado desde tierra y aire; ha caído en su propia trampa. Hace ya días que no abandona su búnker y tampoco lo va a hacer ahora; está sentado cobardemente en la profundidad de la tierra bajo una capa de metros de hormigón, sabiendo que ha llegado su final, que el Tercer Reich de los mil años que él había proclamado ha finalizado, que ya son las doce y cinco minutos, que los soldados cuya buena fe juvenil embaucó con gestos vanidosos y palabras pretenciosas y a los que consiguió someter, que hace seis años envió para que conquistaran el mundo, que, según sus órdenes, tuvieron que destruir ciudades e incendiar parajes, ahora han regresado a la capital del Reich desde las noches heladas de Noruega y los ardientes desiertos de Egipto, desde las amplias estepas de Rusia y la muralla inexpugnable en la costa francesa, y aun así no detiene el brazo del hombre de la guadaña, quiere que se sieguen hasta las últimas briznas de trigo, que esta vez la cosecha sea completa. Dicta su testamento político y personal y envía a tres hombres con copias del mismo a Dönitz, Schörner y al archivo del Partido en Múnich, nombra a Dönitz como su sucesor, redacta una nueva lista ministerial y designa a Bormann como su ejecutor testamentario. Y durante sus últimas horas sigue actuando de la misma forma en que había vivido, como un estafador, ordenando que se emita un comunicado que informe de que ha caído en la batalla al mando de sus soldados, aunque en realidad no busca la muerte en las balas del enemigo, sino que sale a hurtadillas de su maldita vida, ordena a su chófer que consiga doscientos litros de gasolina, se despide de sus cómplices y se retira a su habitación. Mientras los centinelas del búnker bailan con las secretarias al son de la música que suena en el gramófono, se coloca la pistola en la boca calumniadora y dispara, su mujer se envenena, Goebbels y Bormann trasladan sus cadáveres hasta la salida de emergencia que da al jardín de la cancillería del Reich y los empapan de gasolina. Bajo el estruendo de los cañones rusos y los brazos en alto y manchados de sangre de sus cómplices, arden los cuerpos de Hitler y de su amante con unas llamas que se elevan hacia el cielo. El hedor que se ha extendido bajo su tiranía por toda Europa también lo acompaña en su camino al infierno.

Hacia la mañana, el fuego de artillería vuelve a aumentar a unos niveles atroces, la gran casa se estremece y tiembla bajo las pesadas detonaciones, los cimientos dan la impresión de tambalearse, el aire es sobrevolado a toda velocidad por un rugir y retumbar ininterrumpidos, sobre la ciudad se cierne un cielo de fuego y del mismo se precipitan la pólvora, el plomo y el fuego y se alzan las columnas de fuego cuando explotan las granadas de los órganos de Stalin. El sol asciende rojo sangre y cubierto de gris sobre el horizonte del este y lanza sus rayos sobre la ciudad segada, que humea y arde por miles de heridas y sigue siendo machacada desde todas partes con todo tipo de calibres, órganos de Stalin, obuses, cañones antiaéreos, morteros, cañones de tanques, cañones antitanque, bombarderos, ametralladoras pesadas, lanzaminas y misiles.

Una vez la luz turbia del día rasga las nubes de espeso humo, el vigilante del refugio se presenta en el cuarto de calderas. Saluda brevemente y se dirige al doctor Böttcher:

—¡Quería advertirles, señores!

—¿Advertirnos? —pregunta el doctor Böttcher, y se pone de pie lentamente—. ¿De qué?

—Las SS andan por aquí cerca, están en la Europahaus y en el Excelsior —contesta el vigilante—, la lucha se concentra ahora en la Saarlandstraße.

El doctor Böttcher escucha atentamente el estruendo, aunque el fragor del fuego de artillería es tal que resulta imposible distinguir los disparos de las armas de fuego.

—Me puede usted creer —dice el vigilante—, es como yo le digo.

—Usted se quiere deshacer de nosotros —dice Wiegand dando un paso hacia delante—, ¿no es así?

El vigilante mira enfadado a Wiegand.

–Está claro que eso también, nos van a buscar un buen lío con su gente. Como vengan las SS dirán que no he ayudado y me retorcerán el pescuezo. Si vienen los rusos, habrá combate.

–¿Dónde está el doctor Wiedemann? –pregunta el doctor Böttcher.

–En el refugio antiaéreo público –contesta el vigilante–, vigila si todo está en orden. Parece que viene para aquí.

El doctor Wiedemann aparece por la puerta.

–Señores –dice con voz viva–, la situación es crítica, las SS han sido sitiadas muy cerca de aquí, están defendiendo casa por casa, pasillo por pasillo, patio por patio, sótano por sótano...

–Se lo acabo de decir –lo interrumpe el vigilante–, ¡pero no me creen!

El doctor Wiedemann les explica en pocas palabras y rápidamente la situación.

–En la parte oeste de la Saarlandstraße están los rusos; la parte este sigue ocupada por las SS, aunque a sus espaldas, en la Wilhelmstraße, ya están también los rusos. La LVF, como aún se sigue denominando la línea de vanguardia del frente, que aquí es al mismo tiempo la de retaguardia, discurre en medio de los bloques de viviendas. Los muros que delimitan los patios de la Saarlandstraße y de la Wilhelmstraße y los muros cortafuego que separan las casas de la Saarlandstraße y de la Wilhelmstraße conforman la LVF del día de hoy. La lucha es encarnizada en los muros de unión de los patios y en los huecos de los muros de los sótanos, las SS parecen no darle importancia al hecho de que en los sótanos aún haya cientos y miles de mujeres y niños.

–Por lo tanto, hay que actuar con rapidez –dice Wiegand decidido.

–Si le he entendido bien, doctor Wiedemann, sólo tenemos que saltar el muro del patio trasero y ya estaremos donde los rusos.

–Largaos de aquí –dice el vigilante molesto–, al encuentro de los rusos o de las SS o por mí de los cafres zulúes, sólo quiero que os larguéis de mi refugio.

–Salgamos por algún hueco en el muro –dice Lassehn.

–Tiene toda la razón –le contesta el doctor Wiedemann, y alza levemente los hombros–, aunque naturalmente no les puedo garantizar...

–Naturalmente que no –dice Wiegand–, aunque sus consejos nos son muy valiosos.

–También podemos tener mala suerte e ir a parar a un patio que aún esté ocupado por las SS –dice el soldado Poppe.

–También puedes resbalar en una montaña de arena –lo despacha Schröter–. Estoy a favor de que intentemos alcanzar la Wilhelmstraße.

–Hay una cuestión importante –dice ahora Gregor–. ¿Vamos armados o desarmados?

–Desarmados, naturalmente –dice rápidamente Lassehn.

–¿Cómo que «naturalmente»? –le replica Gregor–. Si de camino nos encontramos con las SS, esta vez sí que no dejaré que se me lleven como hicieron en la Schlesischer Bahnhof y luego en la Stralauer Straße.

–Bien dicho –dice Wiegand–, pienso lo mismo. Esta vez nos abriremos paso luchando, estoy a favor de que vayamos armados. Ya dependerá de nosotros que utilicemos las armas en el momento adecuado o que nos deshagamos de ellas cuando sea necesario.

–Entonces iremos armados –dice el doctor Böttcher.

–¿Y qué vais a hacer vosotros? –se dirige Schröter a los soldados.

–Realmente no sé qué hacer –le contesta el soldado Kebschull.

–Tómate todo el tiempo que quieras –le dice Schröter–, no hay ninguna prisa.

–Cómo se puede saltar tan fácilmente –dice el joven soldado Hellwig–, el asunto no es un juego de niños.

–Está bien que por fin te hayas dado cuenta –le replica Schröter.

–Piensen muy bien lo que van a hacer –les dice el vigilante hostilmente–. Los ejércitos de carros de combate de Von Wenck alcanzaron ayer por la noche la periferia occidental de la ciudad y avanzan hacia el centro. Los bolcheviques ya retroceden e incluso podrían estar rodeados. Y ustedes quieren...

–Siempre he afirmado –lo interrumpe triunfal el soldado Hinzpeter– que la batalla por Berlín no es otra cosa que una trampa que el Führer les ha tendido a los bolcheviques, una gran trampa, de la misma forma que Hindenburg se la tendió en Tannenberg, dentro de la ciénaga y después a por ellos a voz en grito. Estad atentos, en unos cuantos días Berlín volverá a ser libre.

Schröter lo mira de arriba abajo con desprecio.

–Hombre –dice lentamente–, ¿de verdad que aún te crees todo eso?

–Éste es tonto como una compañía entera –dice Ruppert, y sonríe ampliamente–. A ti te han taladrado el cerebro, pero se han olvidado de remover. ¡Hombre, si por mí fuera!

–Eres un tipo de lo más convencional –le dice furioso el vigilante del refugio–. El camarada tiene toda la razón, Berlín no es otra cosa que una trampa, una trampa enorme, enterraremos a los bolcheviques bajo las ruinas y a los que queden les daremos caza hasta el mar.

El doctor Wiedemann sonríe fugazmente.

–Ustedes hoy se dejan engañar como les han engañado hasta la fecha, aunque no hayan aprendido nada de ello –dice–. Toda gran derrota la han convertido en una jugada genial del Führer. Cuando nos expulsaron de África, un representante del Alto Mando explicó a la gente de la prensa: «La evacuación de África ya forma parte de nuestras disposiciones estratégicas desde hace muchos meses. En este momento nos ayuda a consolidar esa fortaleza que es Europa. De ninguna manera nos queríamos quedar en África, sino más bien mantener al enemigo lejos del suelo europeo hasta que hayamos convertido el continente europeo en intocable».

–Aunque unos meses antes, Rommel lo había explicado en el Sportpalast de forma excelente –interviene el doctor Böttcher–: «Nos encontramos frente a Alejandría y en nuestras manos está la llave del Canal de Suez. Donde está el soldado alemán, allí se queda».

El doctor Wiedemann asiente.

–Y tras la derrota de Stalingrado el doctor Dietrich vino a decir lo siguiente en una conferencia de prensa especial: «Si no contáramos con el genio y la genialidad única del Führer, ahora uno podría mirar con cierta preocupación el desarrollo posterior. Sin embargo, Stalingrado es sólo una de las muchas jugadas geniales del Führer, que él le ha preparado al enemigo en el camino hacia la victoria alemana».

–¿No tienen suficiente con esto?

El vigilante del refugio enarca las cejas malhumorado y se mantiene en silencio.

–No tiene por qué ser verdad –dice el soldado Hinzpeter.

El doctor Wiedemann se encoge de hombros.

–Sí, si sólo cree usted lo que quiere creer, entonces no tiene remedio.

–Pensadlo bien, deberíamos irnos ahora mismo –añade Schröter.

El doctor Böttcher, Wiegand, Gregor, Lassehn, Schröter y Lucie Wiegand abandonan el cuarto de calderas.

–Tú te podrías quedar aquí, Lucie –le dice Wiegand a su mujer–, aquí estarás segura y a salvo.

Lucie Wiegand sonríe a su marido y se ajusta el turbante de la cabeza.

–Ni tú mismo te lo crees, Fritz, ahora no pienso escurrir el bulto.

–Pero si no es escurrir el bulto... –empieza a decir el doctor Böttcher.

–Está bien –dice Lucie Wiegand rápidamente–, no hay nada más que decir.

Suben lentamente la escalera del sótano.

–¡Esperad! –exclama el soldado Ruppert–. ¡Voy con vosotros!

Lassehn abre con cuidado la puerta del sótano y otea el patio. El cielo forma una gran bóveda de humo espeso y hollín, el fuego de artillería ha disminuido, se ha alejado un poco, ahora impera el retumbar y el traqueteo de las cadenas de los tanques, las ráfagas duras y secas de las ametralladoras, el disparo seco de las armas. Las balas silban por los corredores de las casas, las balas rebotadas zumban por doquier.

–El patio está vacío –dice Lassehn.

–Tienen ustedes que ir por el corredor de la casa trasera, cruzar el segundo patio y saltar el muro, entonces alcanzarán el patio trasero de la casa número ciento dieciséis de la Wilhelmstraße –dice el doctor Wiedemann.

–Gracias –dice el doctor Böttcher y le estrecha la mano.

–Mucha suerte –dice el doctor Wiedemann.

Lassehn abre la puerta del todo. Ascienden los últimos escalones de la escalera del sótano, cruzan a toda prisa el patio por el pasillo oscuro de la casa trasera, se presenta ante ellos el segundo patio, rodeado por tres lados por la parte trasera de tres casas grises, y entonces alcanzan el muro, la frontera entre el amigo y el enemigo, aunque en esta ocasión los conceptos están completamente cambiados, el enemigo es en realidad el amigo y el amigo el enemigo.

–Despacio –advierte Wiegand, que se mantiene pegado a Lassehn.

Sin embargo, el segundo patio también está vacío. Se detienen de nuevo como embobados y, con los ojos escociéndoles, se quedan mirando fijamente el muro, el muro de las promesas que conduce al país enemigo libre.

–Entonces... –empieza a decir Wiegand, aunque no sigue hablando.

Sobre el muro aparecen seis miembros de las SS, sus botas claveteadas se precipitan con estrépito sobre el suelo de piedra, uno de ellos tropieza y pierde su ametralladora, tras ellos unas cuantas balas golpean en la mampostería.

A Lassehn lo recorre un escalofrío que lo deja helado. Ser detenido así, en el último momento...

Wiegand aparenta estar completamente tranquilo, su rostro es un único músculo duro. Por un segundo se ha estremecido, pero no hace ningún movimiento de retroceso, que podría interpretarse como una huida.

Ruppert quiere abrir la boca para decir algo, se vuelve a medias, pero Gregor lo agarra con fuerza.

–¡Cállate! –sisea.

–¿Adónde vais? –pregunta un *Unterscharführer* aún sin aliento.

–Al otro lado –contesta Wiegand indicando el muro–, un avance de reconocimiento.

–Ya no podéis ir hasta allí –dice el *Unterscharführer*–, allí ya están los rusos.

«Ésa es la razón de que queramos ir hasta allí», piensa Schröter rabioso, «justamente ahora teníamos que cruzarnos con estos perros. Será posible...».

–Largaos –dice el miembro de las SS–. ¿Dónde estáis destinados?

–Aquí –responde Wiegand–, entre la Anhalter Straße y la Hedemannstraße.

Se vuelve y les guiña el ojo a los demás.

–¡Bueno, entonces volvamos, andando, andando!

Saluda a la gente de las SS brevemente y se pone en movimiento.

Se detienen en el corredor de la casa que da a la Saarlandstraße.

–Mala suerte –dice Wiegand–, aunque aun así hemos salido airosos, podría haber sido peor. Estupendo que nadie haya salido corriendo, sino se hubieran olido la tostada.

–¿Y ahora qué hacemos? –pregunta el soldado Ruppert–. ¿Regresamos al cuarto de calderas?

–No, mi querido fumador de cigarrillos Juno de Neukölln –lo contradice Schröter–, ahora ya nos hemos puesto en movimiento, ahora vamos a correr. Si no se puede por arriba, lo haremos por abajo.

–¿A qué te refieres? –le pregunta Ruppert, incrédulo.

–Hombre, todas las casas tienen pasos en sus muros, por allí nos colaremos –le contesta Schröter.

–Bien, Schröter –dice el doctor Böttcher–, en eso también había pensado. Vamos, regresemos todos al sótano, nuestro buen miembro del Partido, el vigilante del refugio, nos mostrará el paso en el muro que da a la Wilhelmstraße.

El vigilante habla animadamente en el vestíbulo del refugio con el doctor Wiedemann. Tiene el rostro sonrojado, hace aspavientos con los brazos y le habla ininterrumpidamente al médico.

El doctor Böttcher le informa brevemente y entonces se dirige al vigilante.

–¿Dónde está el boquete que da a la Wilhelmstraße?

–Déjeme usted en paz –dice el vigilante enojado–. ¡Hay cosas más importantes!

–¿Qué cosas? –le pregunta el doctor Böttcher.

–Dicen que Hitler ha muerto –contesta el doctor Wiedemann, y se encoge de hombros–. Que sea verdad...

–Esperemos que sí –dice Schröter, y le suelta al vigilante una buena palmada en la espalda–. Vamos, veterano miembro del Partido, enséñanos rápidamente esa ratonera, que queremos asistir al entierro de tu gran Führer.

Empuña su arma y coloca el cañón debajo de las mismas narices del vigilante.

–Ya sabes que no me ando con chiquitas.

–Esto es... esto es... –acierta a decir jadeando el vigilante.

–Lo que tú quieras, querido –dice Schröter–, por mí puedes pensar lo que quieras, me importa un rábano, aunque ahora me vas a enseñar dónde está ese paso.

–¿Y si no lo hago?

–Entonces morirás aquí mismo, heroicamente, por tu Führer –dice Schröter, y juega con el seguro de su arma.

–¡Me está amenazando por la fuerza! –jadea el vigilante.

–¡Pues claro que sí! –dice Schröter furioso–. ¿Cómo si no?

El vigilante mira huraño a Schröter, mientras se muerde con fuerza el labio inferior.

–Lo que me pides...

Schröter alza el arma.

–Deja ya de hablar. ¿Lo vas a hacer o no?

El vigilante abre lentamente los labios pálidos completamente pegados.

–Vamos –dice con rabia.

Atraviesan diferentes pasillos oscuros.

–Como nos entregues... –le advierte Schröter amenazador y le ilumina el rostro con la linterna.

–Déjalo estar –refunfuña el vigilante.

Entonces se detienen frente al muro. Se trata de un muro como otros cientos de miles de muros de sótano, someramente encalado en blanco, piedra junto a piedra, cubierto de telarañas. Y, sin embargo, se trata de un muro muy especial, pues en el medio muestra una gran y oscura mancha sobre la que hay escrito en letra de imprenta: «Paso a la Wilhelmstraße 116.»

Lassehn agarra el pico colgado de un gancho junto al paso y empieza a golpear el muro. Al principio sólo se desprende el enlucido y algún pedazo de ladrillo; después se forma un pequeño agujero; pronto saltan ladrillos enteros y el agujero crece rápidamente. Lassehn trabaja a un ritmo frenético, el pico cae sobre el muro de forma ininterrumpida.

El sótano al otro lado está completamente oscuro, de él mana un olor a moho. Wiegand lo ilumina con la linterna: está vacío. Finalmente, el agujero es lo suficientemente grande para que todos se puedan introducir por él. Wiegand se encuentra frente al mismo y observa la oscuridad, en la que sólo se recorta el cono de luz de su linterna. Durante unos segundos se mantiene inmóvil, hay un silencio inquietante allí abajo.

Entonces se oyen los primeros pasos en el sótano y, acto seguido, voces forasteras. En el halo de luz de la linterna de Wiegand aparece un soldado ruso, vestido con un abrigo largo de color verde grisáceo y un gorro de piel blanco sobre el que centellea con brillo una estrella roja soviética.

Wiegand respira profundamente, entonces se introduce con habilidad por el agujero en el muro y se dirige hacia los soldados rusos:

–*Tovarisch* –dice con voz conmovida al mismo tiempo que alza los brazos.

El soldado ruso se lo queda mirando tranquilamente, en sus labios asoma una sonrisa desdeñosa y le contesta:

–Nada *tovarisch*. Dar relojes. *Davái!*

EL FINAL

Aquí, y en el día de hoy, comienza una nueva época de la Historia Universal, y siempre podréis decir que estuvisteis presentes.

GOETHE tras la Batalla de Valmy (1792)

2 de mayo

Son las cinco y media, los rayos del sol naciente penetran el muro de nubes, que gris y desolador cubre la ciudad aniquilada. En la Voßstraße, la unión entre la Wilhelmplatz y la Hermann-Göring-Straße, una capa maciza asciende lentamente, se eleva lentamente y de mala gana, como un puente levadizo que abre el paso a un castillo derrotado. Esta capa de hormigón, que se eleva a la fuerza con ayuda de una grúa, abre la entrada a una cavidad, el último puesto de mando de los últimos comandantes de la batalla por Berlín. Está rodeada por todas partes, un comando de oficiales rusos ha formado frente a la misma, alzan sus ametralladoras, dispuestos a disparar en cualquier momento sobre la entrada del búnker, pero no será necesario utilizarlas, pues en primer lugar aparece un soldado, sin afeitar, andrajoso, demacrado y en la punta de su bayoneta calada muestra el jirón de un pañuelo blanco. A continuación, aparecen los otros, el general de artillería Weidling, el comandante en jefe de la defensa de Berlín, en uniforme impecable, con el cuello cerrado hasta arriba y la gran Cruz, hombreras doradas con dos estrellas y medallas y únicamente el descuido con el que se ha arremangado las polainas delata la especial rapidez con la que se las ha puesto. El alto comisionado del Ministerio de Propaganda, Hans Fritzsche, el hombre joven de Goebbels y su imitador en palabra y voz, viste de forma impecable un elegante traje con la raya del pantalón marcada. Y, finalmente, el doctor Otto Kriegk, jefe de redacción, creador de opinión e incitador del consorcio Hugenberg, en un uniforme gris oliva de un jefe del Servicio Social con galones plateados. Durante unos segundos permanecen allí en silencio y parpadean como aves nocturnas frente a la luz que les cae encima, después se suben lentamente en un carro blindado de reconocimiento, que se encuentra a unos metros. Se cierran las puertas, el blindado se pone en marcha, dobla hacia Hermann-Göring-Straße y cruza la Potsdamer Platz. Desplaza sus roncadas señales acústicas por las calles destruidas, cubre a toda velocidad la Saarlandstraße, pasando junto a los esqueletos horripilantes de las estaciones de Potsdam y Anhalt, continúa a toda prisa por la Hallesche Tor y cubre la elevación de la Belle-Alliance-Straße en dirección a Tempelhof. El carro blindado conduce sin consideración por encima de las ruinas y baches creados por las bombas, lanza a sus pasajeros de un lado a otro contra paredes y techo, aunque ninguno de ellos abre la boca, mantienen los labios bien sellados y los ojos entrecerrados, el general se quita de vez en cuando las gafas y las deja relucientes, el mentiroso de la radio se toquetea nervioso la corbata, el sobornador de editoriales está completamente imbuido en sus pensamientos.

De repente el vehículo frena violentamente, las puertas se abren de golpe, el general Weidling, Fritzsche y el doctor Kriegk descienden, se encuentran frente a una casa en la Schulenburg-Ring, una de las muchas calles de Tempelhof en la que los edificios nuevos se alinean de forma uniforme. Ascienden lentamente los escalones, a través de las ventanas sin marco junto a la escalera sopla un desagradable viento frío y húmedo, el sol ha desaparecido tras las oscuras nubes, empieza a caer una fina lluvia. El general lanza una mirada rápida a la calle y entonces se introduce en una vivienda del primer piso, lo acompañan a lo largo de un pasillo y se detiene en una habitación. Se trata de un despacho burgués amueblado con un escritorio y una librería, un

sofá de cuero y un bodegón colgado encima, unas cuantas sillas y un archivador, una habitación masculina burguesa. Sin embargo, tras el escritorio no hay sentado un burgués sin más, sino un hombre de estatura mediana, fuerte y rollizo, con un rostro ancho y enrojecido, cabello claro, corto e hirsuto y unos ojos azul acuosos y decididos: el mariscal Zhúkov, el conquistador de Berlín. Se pone de pie brevemente, señala una silla y se vuelve a sentar. El general Weidling se lleva la mano de forma correcta a la gorra y se la quita, se deja caer pesadamente y observa furtivamente el rostro de la persona que tiene enfrente. Este Zhúkov, debe de pensar, no es un general de sangre noble, educación y privilegio, sino un campesino ancho y casi metido en carnes que viste un uniforme de general, un hombre de ese país incomprensible, que ahora está sentado en esta pequeña, casi pequeñoburguesa vivienda de Berlín-Tempelhof tras un escritorio y que en este momento empuja el documento de la capitulación por encima de la mesa. Por lo demás, el escritorio está completamente vacío, no hay nada que interrumpa sus vetas lisas y de color marrón claro, únicamente esa hoja blanca.

El general Weidling traga saliva unas cuantas veces con fuerza, vuelve a pasar un paño por sus gafas para dejarlas brillantes y le saca el capuchón a su pluma. Al hacerlo le tiemblan levemente las manos, se dispone a firmar, pero acaba retirando la pluma. Ahora se ha dado cuenta de que conoce el contenido del documento, pero no su texto, por lo que lo lee por encima e inclina de nuevo la pluma sobre el papel. Son las seis de la mañana y en la habitación reina un silencio absoluto. La taquimecanógrafa junto a la ventana ha interrumpido su trabajo y se ha dado la vuelta, los oficiales rusos inclinan sus cabezas, incluso Fritzsche y el doctor Kriegk son incapaces de sustraerse a la tensión del momento, únicamente el mariscal Zhúkov se mantiene allí reclinado tranquilamente, sin apartar la mirada de la mano del general alemán que sostiene la pluma. El general parece sentir la mirada, alza la vista por un segundo y mira su propia mano —la pluma sobresaliendo de aquel puño que parece un fruto agusanado—, después se pasa la lengua por los labios y escribe decidido su nombre al pie del documento. Berlín ha capitulado.

Intercambian unas pocas palabras y después el general abandona la habitación, desciende la escalera rápidamente y no se preocupa de sus acompañantes. Aún tiene un encargo por hacer y que quiere realizar lo antes posible, por lo que se sube de nuevo al carro blindado. En esta ocasión la puerta no se cierra del todo. El general alcanza a ver las calles por las que transitan por el resquicio, ve las interminables columnas de soldados del Ejército Rojo desfilando, montones de tanques, baterías de artillería, vivacs y las largas filas de los derrotados, que trotan apáticos hacia el cautiverio; también ve las humeantes cocinas de campo rodeadas por la población, y los camiones hacia los que se alzan los brazos, no para saludar al Führer, sino para pedir el pan que reparten los soldados del ejército vencedor.

En esta ocasión el vehículo se dirige a Johannisthal. En un antiguo estudio cinematográfico, el general se coloca frente a un aparato grabador de vinilos, y allí graba su última orden sobre un acetato:

Berlín, 2 de mayo de 1945

El 30 de abril de 1945 el Führer, al que habíamos jurado lealtad, nos dejó en la estacada. Por orden del Führer creéis que debéis seguir luchando por Berlín, aunque por la falta de armamento pesado, munición y la situación general de la batalla resulta inútil.

Cada hora que continuéis luchando alarga el terrible sufrimiento de la población civil de Berlín y de nuestros heridos.

En conformidad con el Alto Mando de las tropas soviéticas os requiero por ello a abandonar inmediatamente la lucha.

WEIDLING
General de artillería y comandante
de la defensa del área de Berlín

¿EL NUEVO INICIO?

El doctor Böttcher, Wiegand y Schröter ascienden lentamente los escalones de una ancha escalera, se trata del acceso central de una escuela de enseñanza primaria, que aparte de los cristales rotos de las ventanas, no ha sufrido ningún desperfecto. Es un día fresco y lluvioso, el viento sopla a través de las ventanas desnudas, de vez en cuando un trozo de cristal se precipita con un tintineo al suelo o un marco de ventana golpetea. Del colgadero donde antes colgaban abrigos de niños, gorras y bolsas de desayuno, cuelgan ahora cascos de acero, ametralladoras, máscaras de gas, cinturones con munición. En las escaleras, que antes cobraban vida con los pasos de cientos de niños cuando la campana anunciaba el inicio o el final de las clases, ahora alborotan los pasos rápidos de botas firmes y claveteadas. Por los pasillos y en las aulas, que antes rebosaban de la cháchara alegre que salía de las bocas de multitud de niños, pasan zumbando voces extranjeras. La escuela primaria es la sede de la comandancia militar rusa.

Los hombres se detienen frente a una puerta del segundo piso y saludan a otros que están esperando allí con el semblante serio. En la puerta aún se puede leer el cartel «Sala de conferencias», por encima hay una cartulina clavada con una chincheta con caracteres rusos.

Entonces entran todos en la habitación. Sentado a una gran mesa, un mayor ruso da la espalda a la ventana; su cabello oscuro muestra las sienas plateadas; en la barbilla se aprecia la barba de unos días; un cerco enrojecido rodea sus ojos, los párpados son gruesos y pesados; alrededor de la boca y de los ojos están grabados los profundos pliegues del cansancio. Sentado a uno de los laterales de la mesa hay un joven sargento con la cabeza estrecha y oscura, tiene unos cuantos folios ante él y sostiene una estilográfica en la mano.

El mayor señala las sillas que hay alrededor de la mesa con un gesto cansado y pesado. Una vez se han sentado los hombres, observa atentamente sus rostros, los escudriña. Transcurren unos pocos segundos de esta forma; a lo lejos se oye aún el rodar de los cañones en alguna parte; hay un ruido de pasos rápidos por todo el pasillo; pero en esta habitación de la comandancia militar impera el silencio.

—¡Señores! —dice finalmente el mayor—. Me han sido recomendados como personas cumplidoras y dignas de confianza, por lo que quiero preguntarles si están dispuestos a ocuparse de la gestión provisional de este distrito.

El mayor habla un excelente alemán, con poco acento, con las erres marcadas, destacando las sílabas.

—La tarea que se les encomienda es enormemente difícil —prosigue el mayor—, no puede ser llevada a cabo con métodos burocráticos. Tienen que encontrar la forma más rápida de abastecer a la población de provisiones, agua y corriente eléctrica, y prometo ayudarles, siempre que esté en mi mano.

—¡De ello estoy completamente convencido, camarada mayor! —exclama Schröter.

El doctor Böttcher y Wiegand se mantienen en silencio.

El mayor observa al sargento, cuya pluma se desliza con rapidez sobre el papel.

—Como miembros de la alcaldía pueden ustedes instalarse de momento en algunas de las aulas de esta escuela. Voy a dar la orden de que las desalojen para ustedes. El sargento Yenakiev les

facilitará pases, con los cuales podrán transitar libremente; además, les entregaremos brazaletes para que se les pueda identificar visualmente.

El mayor pasea de nuevo su mirada sobre los rostros de los hombres.

–Espero de ustedes que empleen todas sus fuerzas y conocimientos para cubrir las necesidades de su pueblo. Pónganse a trabajar de inmediato. Mañana sobre esta misma hora espero su primer informe. Muchas gracias, señores.

Cuando el doctor Böttcher, Wiegand y Schröter descienden la escalera, se detienen frente a una ventana sin cristal. Desde allí pueden ver el mar de casas, las escombreras y los focos de incendio, las calles destrozadas y las plazas levantadas. Frente a ellos se extiende la gran ciudad, sesgada por la guadaña de la muerte, extinguida por las llamas de la guerra, machacada por el paso de los ejércitos; un huracán de destrucción ha derribado todo lo que se le oponía, aunque aún le queda un resto de aliento a Berlín, la sangre de sus venas no se ha helado del todo, la voluntad de sus habitantes no se ha roto del todo. Pesadas nubes de humo se elevan hacia el cielo turbio; las ruinas dentadas llegan hasta el horizonte; aquí y allá despunta la torre de un campanario como una antorcha apagada; por todas partes los tejados muestran sus cabrios desnudos, se abren grietas y huecos en los muros, faltan los cristales de las ventanas. Abajo en la hilera de calles se apilan los escombros; las farolas y los postes del tranvía están tronchados; cuelgan los cables eléctricos; los comercios sólo son cuevas vacías y asaltadas; personas desesperadas vagan sin rumbo, hambrientas, cansadas, sin hogar; los soldados van dando tumbos hacia los puntos de recogida con los rostros apáticos y la mirada apagada; desde las casas resuenan los gritos de las mujeres violadas.

El doctor Böttcher se estremece al dirigirse a Wiegand.

–Resulta muy duro –le dice–. Estos gritos nos perseguirán con dureza durante mucho tiempo...

–¡Qué va! –lo interrumpe Schröter–. Lo ves todo demasiado negro.

–Ojalá estuvieras en lo cierto –dice Wiegand.

Su rostro denota escepticismo.

Siguen descendiendo por la escalera. En la calle los recibe una lluvia fina. Se suben el cuello del abrigo y se internan en la ciudad destruida.

En ese mismo momento, un vehículo con altavoz se detiene en la esquina. Anuncia la capitulación.

¹ El 20 de julio de 1944 un grupo de oficiales de la Wehrmacht atentó fallidamente contra Adolf Hitler. [N. del T.]

² El cabo de *SIN NOVEDAD EN EL FRENTE* de Erich Maria Remarque que imparte la instrucción militar. [N. del T.]